ABRIL LAÍNEZ

Cuando somos enemigos

Lectulandia

ABRIL LAÍNEZ

Cuando somos enemigos

Lectulandia

Me llamo Ashley Evans, soy restauradora de arte y vivo en Los Ángeles.

Viajo a Inglaterra para cumplir un sueño profesional, pero antes de acariciar el sueño tendré que conocer a un médico arrogante e insoportable que me hace la vida un poco difícil. Y antes, también, me quedaré sin alojamiento en Londres. La solución llega poco después, cuando tengo la oportunidad de compartir casa con un buen amigo, y los problemas llegan al mismo tiempo, cuando conozco a su compañero.

Y lo peor de todo es que… siempre está lloviendo.

Me llamo David Ellington, soy médico y me veo obligado a cambiar mi querida vida en Londres por otra muy distinta en un apacible pueblo del sur.

El problema llega cuando mi compañero de casa me pide que acoja a su amiga americana. Lo hago con mucho gusto, pero… desconocía de quién se trataba.

Nos convertimos en enemigos y nos sumergimos en una guerra de lo más accidentada.

Y llueve. Siempre llueve, algo que a mi nueva compañera parece molestarle.

Y tenemos secretos, muchos.

Abril Laínez

Cuando somos enemigos

Enemigos 1

ePub r1.0
Titivillus 01.12.2024

Abril Laínez, 2024

Editor digital: Titivillus
ePub base r3.0 (ePub 3)

Índice de contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67

Capítulo 68
Epílogo
Sobre la autora

ABRIL LAÍNEZ

Cuando somos enemigos

Capítulo 1

Ashley

Los Ángeles, California.

—¡Ashley, repítelo! —Me reclama mi amiga Kelsi en un tono de súplica desde el otro lado del teléfono.

—Kelsi, no seas pesada, te he dicho que se lo voy a decir esta noche —le confirmo después de suspirar de forma ruidosa mientras intento localizar la casa de Connor, mi… pareja. Claro que, a ese título, que no tengo muy claro si se ajusta a la realidad, le queda solo unas horas de vigencia.

—¿Quieres que lo hablemos otra vez? —insiste riéndose. Le gusta provocarme.

—¿Otra vez? —me quejo resoplando—. Kelsi, estoy conduciendo y no dejas que me concentre. Estoy intentando localizar su casa. No necesito que hablemos más del tema, lo tengo claro.

—Eso mismo dijiste el fin de semana pasado. —Me reprocha con un tono de resignación que me hace sonreír.

—El fin de semana pasado me resultó muy violento decírselo. Me trajo flores, se encargó de traer la cena… ¡Me dio pena! Y después, no nos hemos vuelto a ver. ¡No podía decírselo por teléfono o con un triste mensaje!

—¿Hoy no te dará pena? —ironiza. Está empezando a ponerme muy nerviosa.

—No, hoy se lo diré, sé que no puedo alargar esto más tiempo. Pero no es fácil decirle que hemos terminado… ¿Te he dicho que me da pena?

Detengo el coche, no puedo mantener esta conversación con Kelsi y buscar la dichosa casa al mismo tiempo. La calle no está muy bien iluminada y no conozco bien este barrio.

—Kelsi, ¿sigues ahí?

—Sí, estoy haciendo un esfuerzo por comprenderte.

—Pues no es tan difícil —protesto molesta.

—Normalmente hay que frenarte, Ashley, no empujarte. Esto es nuevo para mí. Me estoy intentando hacer a la idea.

—Y para mí. Esta es la relación más larga que he tenido nunca. Jamás he estado cuatro meses con nadie. ¡Cuatro meses! Nunca he tenido que decirle a nadie que lo nuestro se había acabado. Mis relaciones, por llamarlas de alguna manera, se han reducido a unas cuantas citas y poco más. Se terminaban cuando dejábamos de llamarnos o cuando ignoraba una llamada o un mensaje. ¡Con eso bastaba! ¿Lo comprendes ahora?

—Ashley, ese no es un motivo para que sigas con alguien que no te aporta nada y que lo único que te inspira es pena. Para seguir con una relación tienes que estar enamorada, al menos, un poco. Y es evidente que tú no lo estás.

—¿Tú lo crees?

—¿Eso es una pregunta?

—Es una broma, claro que no lo estoy, pero ya que lo has mencionado… ¿Cómo puedo estar segura? Creo que nunca he estado enamorada, ¿o sí?

—Eso se nota, se siente. No te preocupes que el día que te enamores te darás cuenta.

—Eso me tranquiliza —le digo echándome a reír—. Y… ahora ha llegado el momento de colgarte porque no puedo concentrarme en encontrar su casa.

—Pero… ¡No es la primera vez que vas a su casa!

—Solo he estado un par de veces y siempre acompañada de él. El problema es que todas las casas son iguales en esta zona. Vive en Westwood, no conozco muy bien este barrio.

—Yo tampoco. ¿No acabarás antes si lo llamas para que te dé la ubicación exacta?

—Prefiero encontrarla. No debe estar muy lejos. Estoy buscando alguna referencia. —Emito un pequeño grito de satisfacción—. Acabo de recordar que, según me contó él, su vecino, el de la casa contigua, se había copiado de su naranjo y había plantado uno más grande en el jardín delantero. Tienen una especie de competición para ver quién tiene el jardín más bonito. También recuerdo que me dijo que le molestaba que el vecino se hubiera copiado de su seto en forma de arco.

—¿Esas conversaciones soléis tener?

—Esa es de las más profundas.

Kelsi se echa a reír y me contagia.

—¿Necesitas que repasemos otra vez lo que tienes que hacer esta noche? Ahora más que nunca empiezo a preocuparme.

—No necesito repasar nada. Necesito acabar con esto de una vez. Es muy buena persona y sé que alargarlo solo le va a hacer daño. Pero es el que el pobre es tan soso…

—Como no se lo digas hoy, lo llamaré yo…

—No va a hacer falta. Por cierto, ¿qué le digo? —le pregunto retomando la marcha, no puedo seguir aquí parada buscando naranjos.

—No me lo puedo creer… ¡Dile la verdad! —me dice resoplando.

—No puedo decirle que me aburro soberanamente con él.

—¿Le has dicho lo de Inglaterra?

—No, no le he contado nada.

—Eso confirma la profundidad de esa relación. Estás a punto de cumplir un sueño y no se lo has contado.

—Cuando me llamaron para darme la noticia, ya tenía intenciones de dejarlo, no merecía la pena hablarle de ese viaje. ¿Qué le digo? Esfuérzate, yo estoy en blanco.

—Veamos… —Hace una pequeña pausa que me hace resoplar—. Si no le has hablado del viaje antes, háblale ahora. Dile que te vas dentro de poco y que te ha salido una gran oportunidad. No le estarías mintiendo. Y añade cualquier cosa que se te ocurra relacionada con el viaje: «No quiero tener ataduras», «Necesito centrarme en esta oportunidad», «Prefiero que seamos solo amigos», «Te llamaré cuando vuelva…». Eso es infalible.

—Eso es lo que te dijo Aiden a ti —añado refiriéndome al único hombre que le ha roto el corazón.

—¿Lo ves? Para algo tenía que servir aquel estúpido discurso que me soltó. ¡Cópiatelo!

—A ti te hizo mucho daño…

—Mi relación con Aiden no tenía nada que ver con la que tienes tú con ese tío. Joder, Ashley, dile lo que quieras, pero sé un poco sensata.

—¡Ya he encontrado su casa! —le suelto aliviada mientras sonrío por su último comentario.

—¿Seguro que es esa?

—Seguro.

—Comprueba que haya un naranjo en la casa de al lado y un seto en forma de arco.

—Comprobado. —Me echo a reír.

—¿Cuál de los dos es más bonito?

—Pues… los dos son iguales —le digo bajándome del coche.

—Puedes buscar pelea diciéndole que te gusta más el naranjo del

vecino, y el seto también. Puede que con esa confesión te deje él… y así acabas antes.

Me echo a reír de nuevo.

—Connor no es tan simple, Kelsi, no seas malvada. Es buen chico. Es guapo, educado, detallista…

—¿Repasamos lo que tienes que hacer hoy?

—No, no hay nada que repasar. Ya he llegado. Te voy a colgar.

—¿Cuándo lo vas a dejar? —insiste.

—Hoy —le digo con determinación.

—¿Por qué?

—Porque es una relación plana.

—¿Hay alguna posibilidad de que hoy no se lo digas?

—Ninguna. Sea como sea se lo suelto.

—¿No te va a dar pena?

—Nada de pena.

—Vale, así me gusta. ¡Suerte!

Cuelgo el teléfono al tiempo que expulso aire, el mismo que he aspirado lentamente con la clara intención de serenarme.

Estoy algo inquieta, no querría tener que pasar por esto, pero sé que no puedo alargar más una situación que no nos conduce a ningún lugar a Connor y a mí.

Al principio, durante un par de meses, fue entretenido e incluso si me esfuerzo, podría afirmar que también, a veces, divertido, pero pasado ese tiempo la poca magia que había habido desapareció y pasó a ser una relación plana e inmensamente aburrida.

Ojalá no hubiera tardado tanto en decidirme a decírselo. Lo que más me ha frenado ha sido el no querer hacerle daño, pero solo voy a conseguir hacerle más. He sido cobarde y me he dejado llevar por la compasión, algo que no me gustaría que hicieran conmigo, así que… de hoy no puede pasar.

Después de pulsar suavemente sobre el timbre, hago movimientos circulares con los hombros. Hoy he puesto poco interés en mi atuendo y mi maquillaje: quiero estar a la altura de las circunstancias. En definitiva, voy echa un asco.

La puerta se abre y Connor aparece con una sonrisa de oreja a oreja. ¿Por qué va vestido de forma tan elegante?

Me mira de arriba abajo con curiosidad. Yo bajo la mirada. Necesito que repare en mi estado de ánimo, pero no parece importarle. Se acerca a mí y me besa suavemente en los labios. Me siento incómoda y bajo la mirada de nuevo. Sin decir ni una palabra, me sujeta rápidamente la mano y tira de mí hacia el interior de su casa. Parece tener prisa. Presiento que algo no va bien. Se comporta

de una forma extraña.

Nada más abrir las puertas del salón escucho un coro de voces que gritan:

—¡Sorpresa!

Estoy confundida. No tengo ni idea de quién son todas esas caras sonrientes que me están mirando fijamente.

Soy incapaz de moverme, mucho menos de pensar. Giro la cabeza hacia Connor, pero se ha alejado unos pasos. ¿Qué es todo esto?

En medio de la confusión y de la lucha por soportar el escalofrío que me está recorriendo todo el cuerpo, Connor aparece con un micrófono en la mano. El silencio es absoluto. En este momento, me pasan mil cosas por la cabeza, pero la que más se repite es la de salir corriendo de aquí.

—Atención a todo el mundo —dice mientras su voz grave retumba de forma molesta en los oídos de todos—. Vaya, perdonad, creo que el volumen está muy alto.

Se escuchan unas risas y murmullos de fondo. Todas aquellas personas siguen en el mismo sitio, sonriendo, recorriéndome todo el cuerpo con la mirada.

La voz de Connor se escucha de nuevo, esta vez es menos molesta.

Sigo inmóvil. Sigo en *shock*.

—Quiero presentaros a Ashley, mi novia —dice sonriente—. Hace un tiempo que salimos y tenía muchas ganas de que la conocierais.

Las palmas de algunas manos se alzan a modo de saludo, otras chocan entre ellas para aplaudir.

¿Están aplaudiendo?

Puede que salir corriendo no deba quedarse solo en una idea, debería ejecutarlo.

Connor me acerca el micrófono a la boca y solo consigo decir un tímido y ridículo «Hola».

Veo como todos los presentes empiezan a acercarse a nosotros dos y yo solo soy capaz de mirar a Connor y preguntarme cómo voy a salir de esta situación.

Capítulo 2

Ashley

Hace más de media hora que he llegado a la «fiesta». Me he bebido dos cócteles y he seguido a Connor mientras me presentaba a todos sus amigos. Todos amables, todos sonrientes, pero todos mantienen la distancia conmigo.

—Deberías haberme avisado. —Es lo único que hemos hablado Connor y yo a solas.

—No te preocupes, estás guapísima.

¿Por qué ha interpretado que me refería a mi imagen? Supongo que porque es más que evidente que desentono con todo el mundo. Mis pantalones vaqueros, mi blusa blanca y mi cabello recogido en una desenfadada coleta alta contrastan con los vestidos de noche, el perfecto maquillaje y… todos esos detalles que denotan unas cuantas horas frente al espejo.

¿De dónde han salido tantos amigos?

Sigo pensando en salir corriendo, pero hay algo que me retiene aquí y aún no sé qué es. Puede que sea mi perplejidad por Connor. Se comporta de manera distinta, mucho más abierto y sociable de lo que se comportaba conmigo. Incluso su forma de vestir es distinta. Su ropa es más estrecha, marcando mucho más su cuerpo musculoso: acorde con el resto de cuerpos masculinos que se encuentran dispersos por la casa.

Empiezo a asfixiarme. Ni la curiosidad es capaz de hacerme sentir bien. Estoy muy confundida y me siento totalmente fuera de lugar, como si me hubiera colado en una fiesta sin ser invitada.

Sé que no es el momento de hablar con él, me parece muy cruel y fuera de lugar, pero tampoco soporto la idea de estar aquí mucho más tiempo sintiéndome tan incómoda como me siento.

Ni siquiera consigo conectar con sus conversaciones, que solo tratan de temas que solo ellos pueden entender.

—¿En qué trabajas, Ashley? —me pregunta una chica con unos ojos muy pequeños y una melena que le cubre la cintura.

Por fin, alguien parece querer entablar conversación conmigo.

—Soy restauradora de arte.

Ahí termina mi intervención. A cambio de desvelar mi profesión obtengo quince minutos, siguiendo un orden cronológico, de su historia laboral. Con detalles. A esta mujer nadie la escucha nunca… ¡Se nota que está necesitada!

Pero no voy a ser yo la excepción: estoy empezando a desesperarme. Busco con la mirada a Connor. Lo localizo no muy lejos de mí, justo cuando se dispone a entrar en la terraza.

Dudo entre seguirle o ir al baño… Gana la segunda opción. A ver si soy capaz de pensar con claridad. El baño es un sitio ideal para aclarar ideas. La chica de los mil trabajos no parece tener intenciones de acabar, creo que todavía está narrando el trabajo de entrenadora de tenis que tuvo hace cinco años, así que me disculpo alegando que necesito ir al baño con urgencia.

Cuando salga del baño, buscaré una excusa y le diré a Connor que abandono su fiesta. ¡Sí! Eso es lo que pienso hacer. No tiene ningún sentido estar aquí. Yo he venido a hablar con él y a decirle que nuestra relación se termina. Si no puedo decírselo hoy, será mañana, pero tengo que largarme.

Entro a toda prisa, como si estuviera escondiéndome de alguien y me siento sobre el inodoro. Pasado un minuto, estoy más calmada y respiro mejor.

Rescato mi móvil del bolsillo de mi pantalón con la intención de comunicarme con Kelsi, pero tardo poco en abandonar la idea. No es el momento. La conversación se alargaría y en lo único que debo pensar es en salir de esta casa.

Cuando abandono el baño para volver al salón, siguiendo el mismo pasillo, paso delante de una habitación que tiene la puerta abierta. Paso de largo, pero algo que veo me hace retroceder. Me asomo con discreción. En la pared del fondo de la habitación, a través de un gran ventanal, veo la figura de Connor. Esa ventana parece que desemboca en la terraza. Está hablando con una chica mientras gesticula de forma exagerada con las manos.

Debería seguir mi camino, pero tengo demasiada curiosidad. A veces aparece en mi mente una diminuta esfera de color rojo intenso, seguida de un cosquilleo en la mejilla que no sé bien qué significa, y siempre, sin excepción, es sinónimo de que algo no muy bueno está a punto de ocurrir. Ahora está en mi cabeza.

He intentado averiguar de todas las maneras posibles qué puede

significar, pero no lo he conseguido. Con más o menos sentido, siempre anuncia algo malo por lo que soy fiel a tenerla en cuenta. Ya estoy acostumbrada, hace años que he dejado de cuestionarme su significado, simplemente la acepto como algo que forma parte de mí. Es infalible.

Miro a mi alrededor al tiempo que me froto la mejilla para que desaparezca el cosquilleo. Cierro la puerta después de entrar y me pongo de rodillas para evitar que Connor, que no está muy alejado de la ventana, pueda notar mi presencia. Gateo hasta situarme debajo de la ventana y me encojo todo cuanto puedo. Estudio el mecanismo de apertura de la ventana y la abro lentamente unos pocos centímetros; lo suficiente para poder escuchar la conversación que Connor mantiene con esa chica.

Rezo para que no me hayan descubierto, sería un poco humillante. Solo dispongo de un sentido que me diga lo que está pasando, mi oído, así que me centro en agudizarlo.

Escucho la voz de Connor hablando con alguien a quien llama Megan. El resto de voces se escuchan lejanas por lo que deduzco que deben estar apartados del resto de invitados, en algún rincón de la terraza. Empiezo a dibujar un plano en mi cabeza.

¿Megan? Puede que sea casual, pero ese es el nombre de su exnovia, lo ha mencionado en alguna ocasión. Pero puede que esté equivocada. Si la memoria no me falla la dejó porque era muy celosa, o al menos eso es lo poco que recuerdo de las confesiones mortalmente aburridas que me hacía cuando se refería a ella. Pero… ¿qué sentido tendría que esa chica estuviera en la fiesta?

Sigo escuchando durante unos segundos más, pero no consigo encontrar sentido a sus palabras. Empiezo a impacientarme y a creer que ha sido una estupidez esconderme debajo de esta ventana, pero… mi suerte cambia. Por fin se escuchan sus voces; deben haberse acercado a la ventana.

—¿Es que no lo entiendes todavía, Megan? Lo he hecho por ti. —Le dice Connor un poco alterado.

—¿Por mí tienes novia? Me estás tomando el pelo.

Es la primera vez que escucho la voz de ella y parece angustiada.

La esfera de color se presenta en mi cabeza de nuevo, esta vez es más intensa. Pero ya no la necesito, con lo que estoy escuchando sé que no voy a tardar en quedarme clavada al suelo, más de lo que ya lo estoy.

—Ashley no me importa nada, he salido con ella para que reacciones de una vez por todas. ¿Es que no lo ves, pequeña?

Trago saliva. Efectivamente me estoy clavando al suelo. ¿Pequeña?

—¿Por mí? —le dice «pequeña»—. Eso no me lo creo, Connor. No juegues conmigo.

—El problema es que no te has dado cuenta, mi amor. Me he vuelto loco buscando la manera de que reacciones, de que entiendas lo mucho que te quiero. Desde que salgo con Ashley pareces más receptiva.

No me puedo creer lo que estoy escuchando. Esto debe de ser una broma. Debe formar parte del espectáculo surrealista de esta fiesta inesperada.

—¿Por eso me invitas a esta fiesta? Connor, se la has presentado a todos como tu novia…

—No me importa ella y mis amigos ya lo saben. Solo quería darte celos. Llevo tiempo haciéndolo.

No me lo puedo creer. ¡Menudo cerdo! ¿Cómo puede decir todas esas sandeces juntas? Seguro que ella está alucinando. Al menos voy a escuchar cómo ella le insulta y lo pone en su sitio.

«Venga, Megan, alias "pequeña", dale, humíllalo», me digo empezando a sentir que se me espesa la sangre.

—¿De verdad que lo has hecho por mí?

¡No! No puede ser real. Esa mujer no puede estar preguntándole eso. ¿Vendrá ahora el comentario mordaz?

—Claro que lo he hecho por ti, pequeña, es que ya no sabía qué hacer. Lo he intentado todo. El día que te vi en el cine no era casualidad. Logan me dijo que pensabas ir. Solo quería que te dieras cuenta de que no podemos estar separados. Si me veías con otra… Y en el restaurante mexicano también… Los Ángeles es muy grande para que nos encontráramos tantas veces. ¿Te das cuenta ahora?

—Pues ha funcionado tu plan, me he puesto celosa.

No sé qué está pasando, pero no doy crédito a lo que escucho.

Asomo ligeramente la cabeza para ver a qué se debe el silencio, temo que se hayan alejado.

No, no se han alejado. Siguen en el mismo sitio. La pareja que aparenta tener doce o trece años está abrazada.

¡Esto debe ser una broma! Ese diálogo no puede mantenerlo alguien adulto con un poco de cerebro.

Tengo que marcharme. Eso es lo que voy a hacer, pero antes decido escuchar de nuevo en cuanto oigo la voz de Connor. Ya que estoy aquí…

—A Ashley la dejaré en cuanto tú me digas lo que quiero escuchar. Solo he salido con ella para darte celos. Te aseguro que no ha sido fácil. No me gusta nada, de hecho, no la soporto. Es una chica… sin orden, no está centrada. No como tú, pequeña.

—Para ser tan patética… Sigues con ella… —le dice sollozando la pequeña, que al parecer es una mujer muy centrada.

¿Centrada? Será despreciable… Estoy empezando a cabrearme mucho… Esto no hay quién lo aguante.

—Ni siquiera nos hemos acostado, Megan. Bueno, solo una vez, y fue porque no pude evitarlo, se puso muy pesada.

—¿Solo una vez? ¿No me mientes? Solo imaginar que la has tocado…

—No, te digo la verdad. Lo he pasado muy mal, pero esperaba que tú te dieras cuenta de que tenemos que estar juntos. Este sacrificio lo he hecho por ti. Sé que me quieres, nunca tendríamos que habernos separado.

—¿Solo te has acostado una vez con ella?

—Sí, te lo aseguro. Y prefiero no recordarlo, fue lamentable. No dejaba de pensar en ti… He vivido un infierno intentando recuperarte, pequeña.

—¿De verdad? Si solo te has acostado una vez… creo que puedo perdonarte. ¡Oh, Connor! Cuando te veía con ella me dolía tanto…

El siguiente silencio no me quedo para interpretarlo. Tengo náuseas y necesito volver al baño.

¿Una vez? ¿Se ha acostado conmigo una vez? ¿Pesada? ¿No me soporta? Esto es más de lo que puedo soportar. ¿A qué día del cine se refería? Teniendo en cuenta que en cuatro meses hemos ido unas treinta y tres veces… ¡A saber! Y el mexicano… Con razón insistió tanto…

¡Menudo cabrón! Es tan absurda la situación, tan lamentable, tan increíblemente estúpida que no soy capaz ni siquiera de pensar con claridad.

Esta vez sí que llamo a Kelsi. Tarda muy poco en contestarme, señal de que está impaciente por saber de mí. Le cuento lo ocurrido lo más brevemente posible.

—No sé qué decirte, no estoy muy segura de haberte entendido bien —me susurra—. ¿Dónde estás exactamente?

—En el baño, sentada en el inodoro, jugando con el papel higiénico y hablando contigo.

—¿Estás segura de lo que estás diciendo? ¿No será una bromita, Ashley?

—Te he hecho un resumen, cuando te lo cuente con detalle, te desmayas.

—Sal de ahí, Ashley. Lo poco que creo haber entendido es suficiente para que salgas de ahí a toda velocidad. Ni te molestes en decirle nada. Sal corriendo. Ven a mi casa y me lo cuentas bien.

—¿Quieres que me marche así, sin más? ¿Eso me estás pidiendo?

—Ashley… ¡Que te conozco! Sal de ahí, por favor.

—Luego te llamo, que se me ha ocurrido algo.

—Ashley…

Cuelgo el teléfono. Respiro hondo, dibujo una sonrisa traviesa y me dirijo al salón.

Al pasar junto a la habitación, compruebo que Connor y su chica pequeña y centrada ya están. Connor me debe estar buscando para decirme que me deja.

Aterrizo en el salón y me apodero del micrófono que hay situado junto al pequeño *buffet* de comidas y bebidas.

—Atención a todos. Quiero decir unas palabras.

Todos se giran hacia mí. Connor está junto a la entrada de la terraza, cerrando un círculo con la señorita «dignidad justita» y dos chicas más. Ni siquiera se ha molestado en buscarme, y llevo un buen rato desaparecida.

Todos están expectantes, incluso los que están en la terraza, que también unen a mi convocatoria.

Es mi momento.

—Tengo algo importante que anunciar. Esperaba decírselo en la intimidad a Connor, pero ya que ha preparado esta fiesta, no se me ocurre mejor momento que compartirlo con sus amigos.

Todos los rostros muestran curiosidad, especialmente el de Connor que es el que más me interesa. Tiene el ceño ligeramente fruncido y muestra una media sonrisa algo forzada. Intercambia una mirada con la de la poca dignidad y después vuelve a mirarme a mí.

—Cariño, tengo que decirte que… —Hago una pausa—. ¡Estoy embarazada!

Tras un murmullo colectivo, el silencio se vuelve sepulcral, acorde a la palidez del rostro de Connor.

—¡Enhorabuena! —dice tímidamente la chica de los mil trabajos, pero es la única que se pronuncia.

Connor se acerca a toda prisa a mí, pero se detiene para ver cómo su recién recuperada novia, la tal Megan, la pequeña, bordea el salón y se dirige a la puerta de salida a toda prisa. La poquita dignidad que le quedaba a la muchacha pequeña se derrama por el salón.

—¿Podemos hablar? —me dice tirando de mi mano y conduciéndome a la cocina, que se encuentra justo detrás del salón.

—¿No estás contento, cariño?

—Pero… ¿cómo se te ocurre? Tenías que haber hablado conmigo antes. —Me suelta furioso.

Vaya, el chico está disgustado.

—Es que no podía esperarme, quería darte yo también una sorpresa. ¿No te ha gustado? ¿He hecho algo mal? Pareces enfadado… Vas a ser papá.

Connor me mira fijamente. Ha debido darse cuenta de que mi tono de voz no es el habitual, y también le habrá sorprendido mi sonrisa bobalicona; no está acostumbrado a verla.

Se pasea por la cocina negando con la cabeza y vuelve a dirigirse a mí algo más calmado.

—Ashley esto no me gusta nada… No sé cómo ha podido pasar.

Me apoyo sobre una encimera de mármol y empiezo a sentir que me invade una extraña serenidad poco acorde a la situación.

—Fue aquella vez que nos acostamos… Aquella única vez.

Se detiene y me mira con curiosidad. He conseguido confundirlo. ¿Lo habrá pillado?

—Esto no estaba en mis planes, Ashley. Somos muy jóvenes.

Pues no, no está confundido, ni lo ha pillado.

Guardo silencio. Dejo que camine por la cocina mientras me suelta un discurso tras otro. «Somos muy jóvenes», «¿Cómo pudo pasar si siempre hemos tomado medidas?», «Mi carrera profesional acaba de despuntar»… Y unas cuantas cosillas profundas más.

Estoy a punto de interrumpirlo para decirle que mis planes consistían en dejarle esta noche porque me aburría soberanamente con él, pero entiendo que no merece la pena. El que una vez me inspiró pena, ahora me da asco y solo quiero alejarme de él y de su maldita casa.

—No estoy embarazada.

—Es un tema muy… ¿Qué? —Se detiene bruscamente y me mira sorprendido—. ¿No lo estás? Entonces, ¿por qué lo has dicho?

—Para divertirme un rato. Antes de decirte que te vayas a la mierda, he pensado divertirme un poco. Al menos tendré un recuerdo divertido contigo, aunque solo sea uno.

—¡Estás loca! ¿Qué te pasa?

—Adiós, Connor. Vuelve al salón, tienes a tus amigos algo revueltos por la noticia. Y a la «pequeña», la que ha salido corriendo también. Tienes mucho trabajo por delante.

Lo miro fijamente, sonrío, paso por su lado, le doy un par de palmaditas en el hombro y me dirijo lenta y altivamente hacia la salida. Lo vi en una película y me encantó la escena. Ella salía de la casa de él con la cabeza bien alta, triunfadora, dispuesta a comerse el mundo.

Pero no ha funcionado…

Nada de eso siento.

¿Para qué engañarme?

Ni triunfo, ni altivez, ni la sensación de haber ganado nada.

Me siento tan mal que antes de llegar a mi coche vacío el contenido de mi estómago sobre la rueda trasera. Al menos, ni los cócteles me llevo de recuerdo.

Pongo en marcha mi coche y paso por delante del seto del vecino. Me echo a reír y luego me echo a llorar.

Capítulo 3

Ashley

Dos semanas después. Los Ángeles.

Llevo más de media hora observando la mesa de mi cocina. A un lado, sobre un soporte de madera, se encuentra mi reserva de vuelo para viajar a Inglaterra dentro de catorce días. Al otro, mi móvil, en espera de la llamada de mi amigo Hank.

La reserva del vuelo es para mí como una obra de arte, no dejo de observarla sin apenas pestañear.

Mi tía Lucy, la mujer con la que me he criado, la que es como una madre para mí, y la persona que más quiero en el mundo, se ha encargado de hacerla valiéndose de su mejor amiga, la dueña de una agencia de viajes de Los Ángeles. Sospechaba que su insistencia se debía a que quería hacerse cargo de la factura, a pesar de mi oposición, pero ahora ya no me quedan dudas de que ha sido así.

Tía Lucy es así y no la voy a cambiar.

Vuelvo a centrarme en la reserva. Siento que los ojos se me llenan de lágrimas por todo lo que supone ese simple documento.

He trabajado muy duro, aunque confieso que también la suerte ha estado de mi lado, para tener la oportunidad de trabajar en Europa. España, Inglaterra o Italia siempre han sido los destinos con los que he soñado y por fin ha llegado el momento. En el destino ha influido mi amigo Hank. Él lleva dos años trabajando en un pequeño pueblo del sur de Inglaterra, Rye, en la restauración de un castillo, el de Bodiam.

Estudiamos juntos en la universidad la carrera de Historia del Arte, y ambos nos especializamos en Restauración y Conservación, aunque él se decantó por la escultura y yo por la pintura.

Hank es un gran amigo, me lo ha demostrado una vez más luchando para que pueda incorporarme en la fundación para la que él trabaja. Tendré la oportunidad de trabajar en la restauración de un

fresco antiguo que se encuentra en el interior de una casa-palacio situada en Rye.

Observo de nuevo mi móvil. En Inglaterra deben ser las cinco de la tarde, la hora en que Hank termina su trabajo. No creo que tarde en llamarme. Estoy impaciente por decirle que ya tengo reservado el vuelo.

La diferencia horaria, la distancia, y el hecho de que Hank no haya vuelto a Los Ángeles desde que se marchó, han puesto algunos obstáculos en el ritmo que tenía nuestra amistad, pero hemos luchado para no distanciarnos y mantener siempre el contacto. No es lo mismo que poder abrazarnos, salir por la noche a divertirnos, o compartir cualquiera de las muchas cosas que compartíamos junto a Kelsi, pero sí ha sido suficiente para que nuestra amistad persista. Nos adaptamos a los horarios de trabajo y a la diferencia horaria e intentamos, en uno u otro momento, encontrar algo de tiempo para escuchar nuestras voces, aunque debo admitir que en los últimos meses la frecuencia ha disminuido.

Aparto la mirada del móvil y la vuelvo a dirigir otra vez a la reserva del vuelo.

Suspiro de forma tan sonora que hasta consigo sobresaltarme.

Mi tía Lucy solía decirme que lo que elegí estudiar me llevaría lejos de Estados Unidos y tiene razón, pero solo será durante seis meses. Tengo intención de volver. Hay varias razones por las que no podría marcharme definitivamente.

En cualquier caso, es un sueño cumplido y no me puedo creer que quede tan poco tiempo para marcharme.

El timbre de mi móvil hace que me sobresalte. Me ha interrumpido mientras acariciaba por novena vez la reserva.

—Dime que no ha cambiado nada —me dice Hank nada más descolgar con su peculiar calma.

La frase ha tardado más de la cuenta en pronunciarla, pero solo se debe a que esa es la forma en la que Hank lo hace todo: sin prisa. Su paciencia, su autocontrol y su calma son cualidades con las que yo solo puedo limitarme a soñar.

—¿Qué quieres que cambie? Ya tengo mi reserva. El avión sale el día 19 de marzo a las seis de la mañana.

—Por un momento, he pensado que habría algún problema. Cuánto me alegra. Tengo ganas de verte. Dos años, Ashley, y ni siquiera te has molestado en venir a visitarme antes.

Me echo a reír, sé que está bromeando.

—El que se marchó fuiste tú, tendrías que haber hecho tú la visita.

—Y no me arrepiento.

—Ufffff, esas palabras me dejan claro que va a ser complicado que vuelvas.

—Nunca se sabe, Ashley, pero estoy muy bien aquí. De momento, me quedo. Ya sabes que mis padres viven ahora en España, están más cerca, no tengo razones para volver, mucho menos si tú aterrizas dentro de poco. También echo de menos a Kelsi, eso no puedo olvidarlo.

—Me ha prometido que vendrá a visitarnos en verano.

—Ojalá pueda hacerlo, pero siempre está muy ocupada.

—Encontrará el momento de hacerlo. Me ha dicho que se va a tomar unas largas vacaciones.

—Esperemos. Tendremos que recordárselo de vez en cuando.

—Te confieso que estoy muy nerviosa, Hank. Este trabajo es… muy importante para mí. Y todo gracias a ti.

—No, Ashley, no es gracias a mí. Los méritos son tuyos. Tu trabajo en el Museo de Arte de California es el que te ha dado la oportunidad. Eres jodidamente buena en lo que haces y ese ha sido tu pasaporte hasta aquí. Son las recomendaciones las que te han brindado la oportunidad. Yo solo hablé con la fundación para que tuvieran en cuenta tu candidatura en la plaza de intercambio con Estados Unidos, pero eso solo supuso que se agilizara el trámite, estoy seguro de que habrían contemplado tu solicitud de todos modos.

—Bien, pues, en ese caso, no te doy las gracias —bromeo—. Deben apreciarte mucho si tienen en cuenta tus recomendaciones…

—Pues… no me va mal. Mi jefe parece estar contento con mi trabajo.

—En cualquier caso, tengo que agradecerte el apoyo.

—No necesito que me des las gracias, me basta con que no pierdas ese vuelo.

—No lo perderé.

—Miedo me da.

—Hank, estoy más centrada en lo que a asuntos de puntualidad se refiere.

—¿Seguro? Te recuerdo que vienes a Inglaterra, aquí es algo sagrado, algo inviolable.

Conozco la fama de la puntualidad inglesa, pero la forma en que lo pronuncia Hank hace que me impresione. Sé que es una gran virtud y una señal de buena educación, pero ¿quién no se retrasa unos minutos alguna vez?

—No sé cuándo podremos vernos. —Decido darle un giro al tema—. ¿Podrás ir a Londres? No había pensado ir a Rye hasta que empiece el trabajo. Me gustaría verte antes.

—Ashley, ¿has pensado lo que te dije sobre alojarte en Londres?

Odio que ese tema vuelva a salir. Me resulta complicado que Hank lo entienda.

—Hank, no he cambiado de opinión. Ya lo tengo todo planeado.

—Ashley, aún estás a tiempo de razonar, el alojamiento en Rye todavía está disponible. Hay dos plazas libres, me he informado. No tiene sentido que te alojes en Londres. Rye está a una hora de tren. No tienes necesidad de hacer ese trayecto a diario. Te cansarás.

—Hank, ya lo hemos hablado. Quiero pasar tiempo con Nicole y conocer Londres. Ya sabes que, si puedo elegir, prefiero la ciudad. No será para siempre. Nicole tiene pensado marcharse a Nueva York dentro de dos meses, quizás algo más. En ese momento, me plantearé otra opción. He hablado con el señor Carter —le comento refiriéndome al coordinador de mi intercambio en Rye—, y me ha dicho que no habrá ningún problema. Dentro de dos meses se marchan dos becarios que trabajan contigo en el castillo de Bodiam y su alojamiento quedará libre.

—No estoy tan seguro. Sé a quién te refieres y puede que continúen un tiempo.

—Seguro que encuentro algo. Me apetece estar con Nicole.

Nicole es otra buena amiga que conocí a través de las fiestas universitarias. Ella estudió un primer año de Historia, pero se marchó para cursar otros estudios relacionados con la organización de eventos, que fue lo que descubrió que más le gustaba. Ella, al igual que Hank, hace dos años que reside en Londres.

—¿De verdad te entusiasma pasar tiempo con Nicole?

Ni Hank ni Kelsi han tenido nunca mucho *feeling* con Nicole. Ambos la consideran una persona aburrida y «sin vida», como suelen expresar ellos mismos, pero eso se debe a que nunca se han conocido bien. Es cierto que Nicole tiene una personalidad algo frágil y suele tender a hacer un drama de… casi todo, pero también es divertida y le tengo mucho cariño. Llevamos mucho tiempo planeando estar juntas en este viaje y no voy a cambiar mis planes. Entiendo los inconvenientes que puede suponer, pero quiero estar con mi amiga un tiempo, antes de que se marche a Nueva York, su próximo destino. Aunque mi amistad con ella no es comparable a la de Hank o Kelsi, hemos compartido muchos momentos juntas y nos tenemos muchísimo cariño. No hemos perdido el contacto en estos últimos dos años y hemos hecho mil planes en las últimas semanas para que yo pueda conocer Londres de su mano.

—Hank, tú no la conoces bien. La respuesta es sí, sí me entusiasma pasar tiempo con ella. Además, está pasando un mal momento, está

decaída, y me gustaría animarla.

—Vaya, pobrecita. No me imagino a Nicole sin un drama en su vida. Pero si es lo que quieres… A mí me parece una idea descabellada, pero ya lo verás por ti misma cuando tengas que hacer ese trayecto a diario. Además, Ashley, Londres es un puro caos, ten en cuenta que son más de ocho millones de habitantes, más del doble que en Los Ángeles. Avisada estás. Aun así, tienes tiempo para pensártelo.

—Me encantan las ciudades grandes, ya lo sabes. En cualquier caso, Hank, si en Rye pudiera estar contigo, sería diferente, pero no me apetece compartir casa con alguien desconocido, si puedo evitarlo.

—Ojalá pudiéramos compartir casa, pero es complicado.

—Lo sé. ¿Sigues viviendo en la casita georgiana?

—Sí, claro que sí. Es una casa pequeña, pero muy bonita. El jardín es enorme. Me gusta que esté en las afueras, alejada del núcleo de Rye. Tiene varias habitaciones, pero solo dos están habilitadas como dormitorios.

¿Alejada del núcleo? ¡Por Dios! Rye solo tiene unos tres mil habitantes. Cómo ha cambiado Hank…

—Dile al dueño de la casa que me conformo con un colchoncito en algún rincón —bromeo.

—Ojalá fuera posible… —murmura afectado.

—Hank, solo bromeaba —le aclaro en cuanto, para mi sorpresa, parece angustiado con el tema—. Ya sé que la compartes con otra persona.

Tras un silencio que me sorprende, Hank cambia radicalmente de tema para hablarme de su trabajo en el castillo. Me comenta algunas anécdotas sobre el escudo en el que está trabajando y una vez más disfruto imaginando toda la belleza que le rodea diariamente.

Nos despedimos. A pesar de haber escuchado su pequeño relato, no he conseguido conectar totalmente. He tenido que hacer un esfuerzo para apartar una sensación que he tenido durante nuestra conversación. En algún momento, me ha parecido que Hank se sentía incómodo. Entiendo que no esté de acuerdo en que yo quiera vivir en Londres, pero me sorprende su reacción cuando hemos hablado del alojamiento en Rye, de su casa. Puede que se haya sentido comprometido porque crea que mis intenciones sean compartir casa con él en el caso de que me acabe en Rye después de Londres, algo que aún no tengo claro que suceda, pero… si es así está equivocado. Yo sé que está cómodo en la casa en la que se encuentra actualmente. Lleva más de un año en ella y la comparte con un amigo. Nunca le plantearía que hiciera cambios por mí. Yo solo estaré un tiempo en Inglaterra, seis meses, y después volveré a Los Ángeles. Por nada del

mundo querría alterar su vida en ningún aspecto.

En cualquier caso, ya se lo aclararé cuando lo tenga delante, aunque creo que no será necesario. Pienso permanecer en Londres todo el tiempo posible. Quizás, con suerte, Nicole aplace sus planes de marcharse a Nueva York. Además, por lo que tengo entendido, alquiló un apartamento impresionante y sé que esa opción es mucho mejor que compartir espacio en Rye con alguien que no conozco. Aunque no he visto el apartamento de Nicole, puedo imaginarme que debe ser lujoso. No me extraña, desde que sus padres ganaron una cantidad de dinero millonaria en unas apuestas de lotería, su vida ha cambiado mucho.

Me siento satisfecha de que Hank no haya mencionado nada relacionado con el asunto de Connor. Le hablé de ello hace una semana, en nuestra anterior conversación y ha sido más que suficiente. Hank es una persona práctica, discreta, un tanto reservada. Kelsi, en cambio, me pregunta constantemente, especialmente porque sabe que el tema me ha afectado bastante; según su opinión, más de la cuenta.

Aunque se lo he explicado varias veces, no consigue entenderme. No estoy afectada por la pérdida en sí, es evidente que mi tención era dejar a Connor aquella noche. Eso es más que suficiente para que ya hubiera pasado página, pero me ha costado y me está costando lidiar con el hecho de que me utilizara para volver con su exnovia.

Descubrir que ni siquiera el tiempo que yo consideraba «especial» fue real me ha dejado un sabor muy amargo.

Él me engañó y, en cierto modo, yo también a él, o… a mí misma. Los dos primeros meses fueron buenos, en cierto modo estaba ilusionada mientras le iba conociendo, pero después de ese tiempo nuestras citas eran cada vez más aburridas. Tardé demasiado en decidir que debía poner punto final; y aun habiéndolo decidido nunca encontraba el momento para hacerlo, motivo por el que se alargó un poco más. Me engañaba a mí misma, algo que no se me da del todo mal, creyendo que todo cambiaría, que debía esperar, que estaba siendo injusta con él, pero ahora entiendo que estaba muy equivocada. Yo no le utilicé, solo me desencanté de él, pero el tiempo que vivimos algo bonito para mí fue real y sincero.

Hace tres días recibí un paquete con su nombre. Me envió una caja reutilizada de zapatos con unas medias en su interior. En una ocasión se me rompieron y me las cambié por unas nuevas en el interior de su coche; y allí se quedaron.

La caja contenía una nota escrita a mano:

Es todo lo que conservo de ti. Supongo que no las necesitas, pero son tuyas.

Me sentí burlada, me sentí con ganas de estrangularlo con las medias lentamente.

¿Era necesario enviármelas?

¿Acaso no fue él el que estuvo saliendo conmigo durante meses para que su novia se pusiera celosa?

¿Es eso normal?

Claro que, después de escuchar la conversación que mantuvieron en la terraza, no debería sorprenderme.

Puedo lidiar con muchas cosas, pero con la traición y la mentira…

Espero no volver a tener que enfrentarme a una situación parecida en mi vida. Sentir que alguien te ha utilizado es algo que no llevo muy bien.

Si tengo una historia de una noche, o de una semana, o de cuatro citas… al menos, que sea real mientras dure.

Sé que me olvidaré de esto en pocos días, cuando desaparezca toda la rabia que siento, pero me temo que alguna huella me va a dejar.

Puede que en un futuro cercano me cueste confiar en alguien con el que pueda empezar una relación… ¡Puede que no! Lo sabré cuando suceda. De momento, los próximos seis meses los tengo ocupados en otras cosas. Dudo mucho que tenga alguna aventura… mucho menos con un inglés.

Capítulo 4

Ashley

Mientras me dirijo a casa de Kelsi, me pregunto por qué no habré reservado mi vuelo mucho antes. Todavía quedan doce días y es demasiado tiempo, teniendo en cuenta que aquí no puedo hacer nada.

Terminé mi trabajo en el museo hace más de un mes, cuando todavía desconocía que me habían seleccionado para el intercambio con la fundación.

Si bien la emoción y preparación del viaje, así como el asunto de Connor, han mantenido mi mente ocupada, en este momento he dejado incluso de pensar. Pasan los días en blanco y se me están haciendo eternos. Incluso he pensado en adelantar el viaje. Esta noche se lo comentaré a mi tía Lucy para que lo hable con su amiga Grace, la de la agencia de viajes.

Puede que llegar antes a Londres y pasar más tiempo del previsto con Nicole nos anime a las dos.

Ni siquiera puedo pasar tiempo con Kelsi, ella siempre está viajando por el estado. Es representante en una empresa farmacéutica que le obliga a pasar mucho tiempo fuera de Los Ángeles.

Esta es la única semana en la que ella pasará dos días seguidos en Los Ángeles, por lo que se podría decir que es nuestra última cena hasta que vuelva de Inglaterra. Esa idea me produce una sensación muy amarga. Sé que la voy a echar de menos.

Kelsi me recibe con una gran sonrisa mientras sujeta una caja gigante de *pizza*.

Mientras coloca un mantel en el suelo, lugar donde nos gusta cenar cuando estamos en su casa, rodeadas de cojines, me anuncia que tiene una sorpresa para mí.

—¿Me vas a presentar a unos amigos? —le pregunto en honor al recuerdo de la fiesta de Connor.

—Estoy embarazada.

Durante unos segundos, antes de que se eche a reír a carcajadas, me hace dudar. A estas alturas todavía me creo sus bromas…

—Mi sorpresa es conjunta con tu tía, así que, en cuanto ella pueda, haremos una videollamada y te contaremos nuestra sorpresa. No creo que tarde, ya le he dicho que estás aquí.

Por mucho que me esfuerce, no voy a ser capaz de adivinar de qué se trata esa sorpresa, pero conociéndolas como las conozco a las dos, estoy segura de que será algo… poco común. Puede que hayan organizado alguna despedida…

Kelsi se abalanza sobre su ordenador portátil en cuanto escucha el sonido que anuncia la videollamada y se apresura a colocarlo en una buena posición para que ambas tengamos un buen ángulo de la pantalla.

—Hola, cariño —me dice mi tía sonriendo, como siempre hace.

—Hola, tía Lucy —le digo devolviéndole la sonrisa.

—Solo dispongo de quince minutos. Hoy tenemos una demostración de un tratamiento y hay varias clientas esperando.

Mi tía es la dueña de un salón de belleza en Pacific Palisades desde hace muchísimos años. El negocio siempre ha sido un éxito. Éxito que, junto a la herencia que recibió de mi tío Bruce, fallecido cuando yo era muy pequeña, le ha permitido llevar una vida muy acomodada; también a mí, que me he criado con ella. Es como una madre para mí. Cada día pienso que todo lo que he conseguido ha sido gracias a ella, en todos los sentidos. Ella siempre me ha animado a perseguir mis sueños.

—Díselo ya, Lucy. —La anima Kelsi impaciente.

—Cariño, Kelsi y yo te vamos a hacer un regalo de cumpleaños.

—¡Quedan más de tres meses! —les aclaro sorprendida.

—Lo sabemos, pero en esas fechas seguramente no podamos celebrarlo juntas porque estarás en Inglaterra.

—Ajá —exclamo mientras asiento con la cabeza.

—Teniendo en cuenta que te has quejado muchas veces en los últimos días de que quedan muchos días para ese viaje, y también que estás algo mustia por… ese hombre. —Se detiene para arrugar la nariz. Sin duda, está hablando de Connor—. Y, teniendo en cuenta que conocemos uno de tus sueños… ¡Hemos decidido que se cumpla! ¿Cómo? Regalándote un pasaje para viajar desde Nueva York a Inglaterra en un… ¿Te lo digo?

—En un… ¿qué?

—Trasatlántico.

Antes de que me dé tiempo a procesar sus palabras, interviene Kelsi.

—Siempre has dicho que te encantaría hacer la travesía que hizo el *Titanic*: cruzar el Atlántico en un barco hasta Inglaterra.

La sangre empieza a subirme a la cabeza a pesar de estar sentada en el suelo.

—No sé si os he entendido —susurro temiendo lo que viene después.

—En vez de viajar en avión, viajarás en barco. —Aclara sonriente mi tía—. Zarpa dentro de cinco días. Es una forma distinta de llegar a Inglaterra. ¿Qué te parece?

Guardo silencio incapaz de pronunciar una sola palabra coherente.

—¿No te ha gustado? —me pregunta Kelsi horrorizada, como si el regalo consistiera en un simple frasco de perfume.

—¿Es… es una broma?

Ambas se miran preocupadas.

—Cariño, ¿no te ha gustado? Siempre has dicho que querías hacer ese viaje, que te encantaría atravesar el Atlántico sola para disfrutar de una desconexión absoluta.

—¿Cuántas veces lo has dicho? —pregunta Kelsi enfadada—. Te lo hemos regalado por eso.

No soy capaz de pronunciar ni una sola palabra. Mi mente es un amasijo de ideas sin sentido que se mezclan entre ellas a demasiada velocidad y no sé qué debo hacer o decir.

—Yo… sí, alguna vez creo que lo he dicho, pero… no sé si es un buen momento ahora. No voy a Inglaterra por un viaje de placer, voy a trabajar y… no sé si ese viaje es conveniente. ¿Yo sola?

—Siempre has dicho que querías hacerlo sola. —Me aclara mi tía—. Kelsi y yo hemos pensado que te ayudaría a poner tus ideas en orden y a llegar allí fresca y dispuesta a empezar tu sueño.

Esa es la idea, pero en un vuelo que dura diez horas, no en un viaje de esas dimensiones.

—Y… ¿Cuánto tarda en llegar? —pregunto mientras empiezo a temblar porque presiento que la respuesta me va a impactar.

—Siete días. —Afirman al unísono.

Estoy a punto de marearme. La cifra es razonable. Es evidente que viajar de Estados Unidos a Inglaterra en barco no puede durar menos, pero me parece una eternidad.

—No sé qué deciros, yo… me mareo en los barcos… un poquito.

—¿Desde cuándo? —me pregunta extrañada Kelsi.

—Aquella vez, en el barco de Jhon…

—¿Te refieres a aquella vez que íbamos borrachas?

—Sí, puede que eso influyera. ¿Y mi avión? Ya tenía hecha la reserva, ¿recuerdas?

—Grace se ocupará de todo, por eso no te preocupes. —Me aclara satisfecha mi tía refiriéndose a su amiga.

—Ashley —interviene Kelsi—, es un trasatlántico, no te vas a marear, eso no ocurre en ese tipo de barcos gigantes.

—¿No? —le pregunto mientras sigo pensando cómo salir de esta.

—Cariño, me temo que no te ha hecho ilusión.

En este momento, las observo a las dos y solo veo su sorpresa mezclada con decepción. Y la ilusión que han puesto en el regalo. Y el hecho de que creyeran que me iba a volver loca de alegría. Y el hecho de que sea un regalo tan costoso… Si hasta lo han llamado sueño…

Forma parte de mi hacer afirmaciones como «Algún día haré esto», «Algún día visitaré lo otro», «Me encantaría hacer esto y lo otro…», «Esto es un sueño…». Es cierto que, en alguna ocasión, especialmente cuando me he sentido estresada, que ha sido muchas veces, he mencionado que me encantaría hacer ese viaje, pero me refería a que podría ser muy sanador estar sola durante una travesía de ese tipo y poder poner las ideas en su sitio. Pero nunca me lo he planteado en serio.

¡Cuidado con lo que deseas!

—Me da un poco de miedo… El *Titanic* se hundió.

Ambas se miran confundidas, pero enseguida se echan a reír. Tenía que intentarlo.

—¿Quieres ir o no? —me pregunta Kelsi mirándome fijamente.

Vuelvo a observarlas. Yo solo veo ilusión, decepción, cariño… La de molestias que se han tomado. Me conocen y están a punto de declarar oficialmente que no me ha gustado la sorpresa, así que tengo que apresurarme a sacarlas de su error; claro que, error, lo que se dice error… no es.

—Perdonad, es que no me lo esperaba. ¡Menuda sorpresa! ¡Guau! Viajar siete días en un trasatlántico… Sola… ¿Es directo? —pregunto sabiendo la respuesta.

—Es directo de Nueva York a Southampton. No hay escalas, solo océano. Y una vez que llegues al puerto, solo tardarás una hora y media en llegar a Londres en tren. —Me aclara mi tía.

—El regalo también incluye el vuelo hasta Nueva York, que es de donde Zarpa —añade Kelsi—. Entre el vuelo y la salida del barco solo tendrás que esperar cuatro horas.

—¿Seis horas de vuelo a Nueva York y cuatro de espera para a zarpar? Qué viaje más largo, ¿verdad? —suelto una risa absurda que hace que ambas se miren confundidas.

En un principio, se trataba de un viaje de diez u once horas desde Los Ángeles a Londres, ahora, si no fallan mis cálculos, teniendo en

cuenta todos los desplazamientos, se va a largar a ocho días… ¡Genial! Claro que, puede que esto sea mejor que estar once días esperando a volar hasta Londres.

Mi cabeza se desbloquea y empieza a trabajar con rapidez: el océano, las comodidades de un barco, el tiempo que puedo dedicar a pensar y cargarme de energía…

No funciona. Necesito más argumentos para animarme, todavía veo demasiados inconvenientes en este viaje, pero no tengo tiempo. Puede que sus caritas decepcionadas tengan para mí más peso que cualquier otra cosa…

—Sois maravillosas. —Suelto sin darle más vueltas—. Cuánto os quiero, muchas gracias. Ha sido una sorpresa muy… sorpresa.

Me acerco a Kelsi y la beso efusivamente y después me acerco a la pantalla y pongo una mano sobre ella para recibir la de mi tía poco después. Es lo que siempre hacemos cuando estamos lejos y no podemos vernos en un tiempo; principalmente por sus viajes.

El ambiente se destensa y la decepción que he visto reflejada en sus rostros desaparece. Me he convertido en una gran actriz forzando un entusiasmo que no es del todo real. Necesito más tiempo para procesar el regalo.

—Os habrá costado una fortuna… No era necesario…

Ambas saben que soy muy ahorradora y suelo quejarme continuamente del coste de todo, por eso ponen los ojos en blanco. Aunque mi tía ha tenido una vida acomodada, siempre me ha intentado inculcar el valor de las cosas. Ella proviene de una familia muy humilde, supongo que eso ha sido un peso importante a la hora de intentar transmitirme esos valores.

—Yo solo he hecho una contribución simbólica. —Confiesa Kelsi—. Estoy ahorrando para comprarme un coche nuevo y alquilar un apartamento mejor que este cuchitril.

Me echo a reír por su característica sinceridad.

Kelsi se levanta y extrae de un cajón una carpeta con el logo de la agencia de viajes.

—Aquí encontrarás todos los detalles del barco.

La acepto sintiendo que me tiembla la mano.

—Tengo que dejaros, chicas. Ashley, ¿vendrás el fin de semana a casa? Te entregaré toda la documentación completa.

—Sí, claro.

Durante unos minutos más nos dedicamos a decirnos cuánto nos vamos a echar de menos y la manera en la que debemos comunicarnos para estar siempre conectadas. Me cuesta mucho seguir la conversación porque aún sigo aturdida, pero salgo victoriosa de la

situación.

Mi tía desaparece de la pantalla y Kelsi, muy animada, se anima a aportarme más detalles sobre el viaje. Tengo que hacer un esfuerzo muy grande para que no se dé cuenta de lo aturdida que estoy.

—La reserva incluye unos cuantos extras que te van a encantar: un masaje, un tratamiento corporal con algas, un circuito de *spa*, una inscripción en el concurso de talentos…

Al ver su entusiasmo, me alegro de haber aceptado, pero… ¡Un momento! ¿Qué es lo que ha dicho?

—¿Una suscripción de qué? —pregunto horrorizada buscando señales que me indiquen que está bromeando.

—Un concurso de talentos que se organiza en el barco. —Me aclara muy seria—. He pensado que te encantaría. Te he inscrito. Serás la segunda en participar. La segunda noche de viaje. Como no conocía bien tus talentos te he inscrito cantando. Es que no había categoría de pintura.

—No me lo puedo creer. ¿Cantando? ¿Concurso de talentos? Ahora mismo vas a anular la suscripción a esa gilipollez —le pido enfadada.

—Es una broma, Ashley —me dice muerta de risa.

Me siento ridícula y culpable por la forma en que he abordado el tema.

—¿Estás bien? Ese tipo de bromas suelen ocurrírsete a ti. Te noto algo estresada. ¿Ves cómo ese viaje te conviene? No sé por qué sigues pensando en ese idiota, pero lo que aún te quede dentro tienes que expulsarlo en el Atlántico.

—¿Por qué mencionas a ese idiota? —Aunque quiero que me lo aclare, me interesa seguir esa línea y que crea que mi estado de ánimo se debe a Connor y no a la impresión y confusión que me ha producido el regalo.

—Lo menciono porque sé que te sigue afectando y ya debería ser historia desde hace días.

—Lo sé, pero…

—Pero ¿qué? —me pregunta molesta.

—Me siento burlada, Kelsi, engañada. No era el hombre de mi vida, ni siquiera tenía intenciones de seguir con él, pero cada vez que me pasa por la cabeza lo que ocurrió, siento que he perdido todo el tiempo que estuvimos saliendo.

—Y lo has hecho. Al cuarto de hora de conocerlo ya deberías haberlo dejado, pero si te flagelaste con cuatro meses más… no debes darle más vueltas. Así es la vida, amiga.

—Cómo he podido estar tan ciega, encima me daba pena decírselo…

—Deja de castigarte con eso. Mi deber como amiga es decírtelo, pero eso no significa que mi historial sentimental sea un ejemplo, ni que yo no estuviera ciega mil veces. Menudo historial de gilipollas tengo yo…

Sonrío con el gesto infantil que me ha regalado.

—Es cierto, saliste con aquel… ¿Cómo se llamaba? El que tenía la manía de comer papel.

—Lucas, pero ese no fue el peor. Le superó el que solo se duchaba una vez a la semana: Harold. Y tú saliste con aquel que tenía una obsesión con la limpieza e iba limpiándolo todo a su paso, hasta el asiento del coche.

—Sí, ese era Jackson —afirmo muerta de risa—, se desvió una vez en la autopista para detenerse a limpiar dos veces más el asiento: «Ashley, ¿te importa que le dé un repaso a mi asiento, me incomoda la suciedad?». En ese momento, ya sospechaba que era un poco maniático, pero cuando detuvo el coche y vi el contenido de su maletero supe que era la última vez que tendría una cita con él. Llevaba toneladas de guantes, líquidos desinfectantes… Y en los bolsillos de la chaqueta y del pantalón, en vez de llevar llaves, cartera, móvil… llevaba paquetes de toallitas desinfectantes: toneladas. Hasta llegué a pensar que quería asesinarme y que ese arsenal era para borrar huellas…

Nos animamos a seguir con la lista y no dejamos de reír a carcajadas, especialmente porque nos damos cuenta de que la lista es demasiado larga.

Permanecemos entre risas durante una hora más. Eso conlleva seguir recordando anécdotas, no solo relacionadas con nuestra lista de conquistas.

Cuando llega el momento de despedirme de ella, me entrega un pequeño paquete envuelto en papel de regalo.

—¿Más regalos?

—Esto es supervivencia pura.

Lo abro lentamente y me encuentro con un paraguas de bolsillo. Me echo a reír.

—Allí no hay una media de veinte o veintidós grados como aquí, hay una media de cinco o seis. Y llueve, mucho, cada día, hasta conseguir que la gente se tire por la ventana.

—Eres única dando ánimos.

—Avisada estás.

—No llueve cada día.

—No, pero llueve unos doscientos cuarenta días al año.

—Bueno…

—No, no te hagas ilusiones, en la época que tú vas no se encuentran esos ciento veinticinco días soleados. Y hay riesgo de heladas por la noche.

Me echo a reír de nuevo y me lanzo a abrazarla.

Permanecemos así más de diez minutos, rompiendo el silencio de vez en cuando para jurar que no vamos a llorar, a pesar de tener las dos el rostro lleno de lágrimas.

Cuando salgo de su casa me dirijo al coche con todo el peso de una despedida. Sé que durante los próximos seis meses no nos vamos a ver.

Y… me voy en barco a Inglaterra.

Siete días.

Seis horas de vuelo a Nueva York, más cuatro de espera.

Sola.

Y allí… llueve cada día.

La *pizza* centrifuga en mi estómago y la rueda trasera de mi coche recibe todo el cóctel de emociones que llevo dentro.

Capítulo 5

David

Hoy no he tenido un gran día, por eso me pregunto por qué no he anulado la dichosa cena que todos los viernes mi madre se empeña en celebrar en familia.

¿Familia?

Seguro que habrá muchos tipos de familias, pero la mía es, sin duda, la que menos honor le hace a su significado, a menos que hablemos de una simple relación consanguínea.

De las tres propuestas que recibo al mes por parte de mi madre, vía telefónica, reforzadas con su correspondiente mensaje insistente, suelo rechazar dos. Y hoy, para mi inmensa alegría, es la restante.

Mi madre está aferrada a la idea de que esta cena, aunque solo sea una vez al mes y no se alargue más de una hora, es sinónimo de mantener una buena relación; no importa si la mayoría de ellas acaban con malas caras o con alguna discusión entre mi padre y yo… El caso es que nos veamos durante una hora al mes. Eso significa para ella mantener viva la llama familiar.

La única ventaja que tiene cenar con ellos es saborear las maravillas con las que nos deleita siempre Eleanor. Ella es la cocinera y la que se encarga de casi todo en la casa, con la ayuda de dos personas más. No sé qué hará mi madre cuando ella se retire, ya no debe quedar mucho tiempo. Creo que de las personas que trabajan en su preciada casa, Eleanor es la única que de vez en cuando, y solo de vez en cuando, recibe algún halago.

Me adentro en el barrio de Kensington, uno de los más señoriales de Londres. El elegido por mis padres para fijar su residencia en los últimos ocho años.

Expulso todo el aire que retengo en mis pulmones y me dispongo a enfrentarme a la maravillosa velada que me espera.

Me pregunto si hoy tocará cenar en silencio, o tocará discutir o,

por el contrario, será de las pocas cenas que son soportables; palabra que utilizo para definir aquellas veladas en las que tengo que escuchar mil historias sobre personas que forman parte de su círculo de amistades y no conozco apenas. Pero eso es preferible a escuchar a mi padre metiéndose en mi vida sin haber sido jamás invitado a ello. Siempre tiene algo que decir.

Por suerte, después de cenar, me encontraré con Andrew, mi mejor amigo, en Sway, su local de copas preferido. Después de un largo día en el trabajo, además de infernal, y una cena con mis padres, será la mejor terapia.

Entro en la casa de mis padres con la misma sensación de siempre: la de adentrarme en un iceberg. Así es todo lo que me une a mi familia: frío, superficial, lejano.

Ambos se encuentran junto a la chimenea con una copa de vino en la mano, perfectamente vestidos para la ocasión.

Me acerco a ellos. A mi madre le doy un beso en la mejilla, a mi padre le tiendo la mano para estrechársela. Ambos sonríen con cordialidad. Solo mi madre me hace un gesto cariñoso frotándome en la espalda y brindándome su segunda sonrisa. No es que mi madre se haya excedido jamás en gestos cariñosos… No es ese tipo de madre, pero de vez en cuando muestra algo de cercanía y se puede mantener una conversación normal con ella, especialmente si solo estamos ella y yo. Puede que ese sea el motivo por el que todavía me deje convencer para asistir a estas cenas.

Cuando me dispongo a salir del salón para saludar a Eleanor, mi madre me indica que Eleanor está enferma. Nada grave, solo una pequeña lesión en el tobillo que la alejará de su trabajo unas semanas.

Anoto mentalmente que mañana la llamaré por teléfono. Ella forma parte de la familia. Con ella he pasado más tiempo que con mi propia madre.

Unos pocos minutos después, nos sentamos alrededor de la mesa dispuestos a cenar.

La cena sigue pareciéndome deliciosa, quien se haya encargado de ella sigue teniendo buena mano para cocinar y así lo digo en voz alta.

—Se trata de una sobrina política de Eleanor que se ha incorporado hace poco. Es estupenda.

¿Halagos? Vaya, mi madre sigue teniendo la capacidad de sorprenderme.

—David —interrumpe mi padre—, supongo que habrás considerado la decisión que tomaste en tu trabajo.

—No ha cambiado nada —le contesto molesto por tener que hablar de ese tema—. Es una decisión firme.

—Te equivocaste, David, pero eso no significa que debas salir huyendo. —Me comenta con un tono conciliador de padre preocupado que no va con él en absoluto. Conozco ese tono y sé que el maldito tema no va a acabar así sin más.

Suelto el tenedor provocando un sonido molesto y lo miro fijamente.

—Ni me equivoqué entonces, ni huyo de nada. No espero que lo entiendas, pero es mi trabajo y mi decisión.

—Si no eres más ambicioso, no llegarás a ninguna parte.

Estoy dudando. No sé si soltarle algo acorde a su comentario, ignorarlo, o levantarme y marcharme. Mi madre es la que me ayuda a decidir.

—¿Podemos cenar en paz? David, Richard, ¿podéis dejar a un lado vuestras diferencias?

—Por supuesto, Katherine. —La complace mi padre con un gesto de rabia que no puede disimular—, solo pretendía que nuestro hijo me escuchara, aunque solo fuera una vez. ¿Qué tiene de malo que intente que razone?

—Soy mayor para decidir en mi trabajo y en mi vida. Cuando necesite un consejo, te lo pediré.

Dudo si voy a ser capaz de seguir comiendo algo, se me está atravesando en el estómago.

—Lo único que lamento es haber movido tantos hilos para nada. Es evidente que no valoras lo que tienes ni el esfuerzo de los demás por proporcionarte un puesto digno.

Me levanto bruscamente, no doy crédito a lo que estoy escuchando. Suelo mantenerme bastante al margen de sus comentarios, casi siempre me inclino por ignorarlo: hace tiempo que aprendí a hacerlo, pero hay ocasiones, como esta, que no puedo contenerme.

Mi madre protesta al ver cómo me levanto, pero ni él ni yo la escuchamos.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué hilos? —le pregunto desafiante.

Mi cuerpo empieza a sentir un ligero temblor. Temo su respuesta.

—¿Cómo te crees que conseguiste esa plaza? —Me dice poniéndose también en pie—. ¿Por tus méritos?

—Dime tú cómo la conseguí…

—Moviendo hilos, acudiendo a contactos… ¿Me convierte eso en una mala persona? Mirar por los intereses de…

—Eso no funciona así en mi trabajo —interrumpo su aburrido y falso discurso—, no es así como se consigue una plaza.

—Todo en la vida funciona así, no seas ingenuo.

—Richard, David estaba preparado para ocupar ese puesto… —me defiende mi madre levantándose también.

—No lo dudo —se defiende mi padre—, pero sin mi ayuda no hubiera conseguido esa plaza. Y lo único que ha hecho es tirar por la borda esa oportunidad por no saber mantener la boca callada y por no aguantar las presiones que él solito ha creado.

Cuando escucho la forma tan despectiva que tiene de resumir todo lo que he vivido en los últimos meses, se me revuelve el estómago.

Me gustaría decir muchas cosas, pero a estas alturas no vale la pena.

—David, siéntate, por favor —me pide mi madre lanzándole miradas asesinas a mi padre—, continuemos con la cena.

—Será mejor que me marche —le digo dirigiéndome a la puerta.

—No te vayas así, David —me pide mi madre siguiéndome a lo largo del salón—. Yo estoy muy orgullosa de ti, y tu abuelo también lo estaría.

Ha tocado una tecla delicada que no era necesario tocar. Sería mejor que empleara sus fuerzas en decirle a mi padre que se comportara y se metiera en sus asuntos.

—El abuelo —interviene mi padre con sorna— si pudiera verte, se echaría las manos a la cabeza. Dudo que hoy tomara la decisión que tomó con respecto a ti.

—Eso es lo que más te fastidia —le recrimino retrocediendo unos pasos para acercarme a él—. Eso es lo que no te deja dormir.

—Richard, por favor. ¡Basta ya! —le ordena mi madre, pero sé que no le va a hacer caso.

—Ojalá estuviera aquí el abuelo —continúo diciendo—. Estaría orgulloso de ver que los valores que me enseñó los he puesto en práctica, pero tú eres incapaz de entender eso.

—¿Llamas valores a cargarte tu carrera?

Lo miro con desprecio. Miro a mi madre que está al borde de las lágrimas. No merece la pena seguir aquí.

Beso a mi madre en la mejilla.

—David… No te vayas así…

Salgo a toda prisa.

Expulso aire nada más entrar en contacto con el exterior.

Me subo a mi coche dispuesto a encontrarme con Andrew. Compruebo que me ha enviado un mensaje indicándome que se encuentra en el local.

No tengo ninguna duda sobre la decisión que he tomado en el trabajo, pero si así fuera, la habría resuelto esta noche.

Ahora más que nunca siento que debo marcharme.

Capítulo 6

Ashley

Terminal de cruceros de Manhattan, Nueva York.

—¿Y si me mareo? —le pregunto a Hank mientras hablamos por teléfono y respiro aliviada por haber encontrado la dichosa pasarela de embarque, después de estar más de media hora perdida entre los amplios vestíbulos de la terminal. La misma pasarela por la que tendré que avanzar dentro de media hora.

—No te preocupes, hay servicios médicos a bordo, te atenderán encantados —me contesta con su peculiar calma.

—¿No deberías decirme que en los trasatlánticos no se marean las personas?

—No puedo afirmar algo así porque no tengo ni idea. A mí se me ocurrió la idea descabellada de viajar hasta aquí en avión… Soy así de raro.

—Eres muy gracioso, como si hubiera sido idea mía…

—Tú aceptaste, ahora no te quejes.

—No tenía otra opción, Hank. ¿Qué podía hacer? Por un lado, me daba mucha pena porque le pusieron mucha ilusión; por otro lado, no es un regalo cualquiera, esto vale mucho dinero.

—Ashley, la reserva no estaba cerrada. —Me informa en un tono que no consigo interpretar—. Tu tía y Kelsi esperaron a darte el regalo para ver qué te parecía.

Habría preferido no tener esa información. ¿Cómo di por hecho que estaba pagado y confirmado?

—¿Tú cómo sabes eso?

—Porque me lo dijo Kelsi. Yo sabía que te iban a regalar el crucero.

—¿Por qué no me avisaste?

—Porque no era asunto mío. Es un regalo de ellas, ¿cómo

pretendías que rompiera la sorpresa?

—¿No te sorprendió?

—Sí, pero te vuelvo a decir que no era asunto mío.

No sé por qué me molesto en hablar este tema con él, como si no lo conociera. Hank es práctico y reservado y no suele pronunciarse si no es necesario. Si me ha comentado algo del viaje es porque sabe por mis propias palabras que no es algo que me entusiasme en exceso.

Respiro hondo. La información que me ha dado me vuelve a hacer sentir ridícula.

—Quedaban pocos días, pensaba que ya estaría cerrado…

—Deberías haber preguntado.

—No me confundas más, ahora es tarde. Me dejé llevar por…

—Por la pena, lo sé. Últimamente todo te da pena. —Me suelta refiriéndose también a Connor—. Me preocupa, Ashley. Si ahora todo te da pena, no quiero pensar qué será de ti después de convivir con Nicole una temporada… Deberías planteártelo de nuevo.

—Nicole ha cambiado, no es la misma que tú recuerdas. Yo he hablado muchas veces con ella desde que se marchó hace ya dos años y… es más positiva.

—Tendré que creerte.

—Hank… ¿Y si me caigo por la borda?

—Te lanzarán uno de esos botes salvavidas.

—¿Y si no se dan cuenta?

—Entonces procura agarrarte siempre a la barandilla con fuerza, y también haz amigos, así estarás acompañada.

—¡Dios mío! No se darían cuenta de que he desaparecido. Vosotros pensaríais que estoy disfrutando de un crucero y puede que estuviera en el fondo del océano. El *Titanic* lo encontraron a dos o tres millas de profundidad.

—Ashley, ahora ya no se hace esa misma ruta.

—¿Y eso debería tranquilizarme?

—No, solo pretendía que lo supieras. En cualquier caso, si te caes por la borda, también puedes acabar a unas cuantas millas de profundidad. Aunque… en el caso de una persona no estoy seguro de que se sumerja a esa…

—Déjalo, Hank —le interrumpo—, no hace falta que me des tantos detalles. A mí solo me preocupa que no os enteraríais.

—Creo que en el desembarque se darían cuenta. No sé cómo funciona, pero de una u otra forma lo sabrían, así que no padezcas. Puede que no nos enteráramos justo en el momento, pero antes o después nos informarían de la tragedia.

—¿Y si la muerte es por aburrimiento?

—Entonces nos enteraríamos cuando ocurriera.

—No me tomas en serio.

—¿Debería? No dices más que tonterías…

—Voy a estar incomunicada, no podré llamaros. Tengo que acabar de informarme, pero si no hay escalas y no estás en tierra, es complicado… y muy costoso.

—Puede que tengan servicio de telegramas…

—Hank…

—Dime algo que te preocupe y que tenga sentido.

—Puede que… ¡No importa!

—¿Qué te preocupa, Ashley? Estás muy rara. Supongo que la ilusión por el trabajo la tienes…

—Claro, ya sabes que eso es lo que más deseo.

—Entonces…

—Lo único que me inquieta es… que voy a pasar fuera mucho tiempo y… Me preocupa que… ya sabes, que les ocurra algo y yo… tan lejos… ¿Y si no consigo comunicarme?

—Ashley no va a pasar nada. —Me calma sabiendo a qué me refiero—. Todo seguirá igual que siempre. Tu tía está más cerca. Todo seguirá como hasta ahora. Tendrás noticias como siempre.

—Lo sé, eso mismo me ha dicho mi tía. Pero ella viaja mucho y yo… estaré lejos y… si las dos estamos lejos y… ocurriera algo y no nos enteráramos o no pudiéramos ir…

—Ashley —me interrumpe— no pasará nada, deja de darle vueltas. Desconecta, relájate y disfruta de todo lo que te ofrece ese barco, que será mucho.

—Tienes razón —le digo intentando no pensar en que la esfera de color rojo ha aparecido en mi mente. Y también la punzada en la mejilla. ¡Otra vez esa maldita sensación!

Después de despedirnos, cuando reparo en que una azafata está llamando mi atención, me apresuro a recorrer la pasarela arrastrando mis dos maletas.

Camino lentamente hasta desembocar en el interior del barco. Mientras me solicitan la documentación y me dan la bienvenida, un empleado uniformado me pide el equipaje y me indica que me guiará hasta mi camarote.

Las palabras de Hank aparecen en mi mente. Tiene razón, puede que últimamente esté demasiado sensible y me deje llevar demasiado por las emociones. Kelsi, aunque de otra manera, también me comentó algo.

Desconozco qué me ocurre, pero yo también me siento distinta.

Conforme avanzo por los pasillos, me digo a mí misma que este

viaje es una oportunidad de poner en su sitio lo que sea que se ha estropeado. Fuera las penas y los miedos. Voy a disfrutar de esta maravilla y valorar que es una preciosa experiencia.

Con una sonrisa de oreja a oreja entro en mi camarote después de que el amable empleado me diera de nuevo la bienvenida y algunas indicaciones más sobre mi estancia en el barco.

Nada más cerrar la puerta, antes de poder apreciar lo confortable y amplio que es, me siento mareada. Mi estómago empieza a revolverse y mi cabeza parece estar metida dentro de una nube.

Si el barco ni siquiera se ha movido… Aún no hemos zarpado y ya siento que todo me da vueltas.

Corro hacia el baño y dejo que se vacíe mi estómago.

Me quedan siete largos días por delante.

Sola.

Incomunicada.

La esfera roja…

¿Será una señal de que se va a hundir el barco?

¿Por qué estoy tan mareada?

Capítulo 7

Ashley

Puerto de Southampton, Inglaterra. Siete días después.

El barco no se ha hundido, pero queda muy poco de la persona que se subió a él siete días atrás.

Mientras observo el vestíbulo de salida, a la espera de que nos permitan desembarcar, me doy cuenta de que tengo la sensación de que la primera vez que lo pisé fue hace un mes y no una semana.

Escucho los lamentos de muchos pasajeros por tener que dar por finalizado el viaje, incluso algunos derraman alguna que otra lágrima. Yo soy la única que luce una sonrisa de oreja a oreja porque no veo el momento de pisar tierra.

Cuando se abre el acceso a la pasarela, siento que estoy flotando, aunque pude deberse también a los dos kilos que he perdido durante la travesía.

He pasado el noventa por ciento del viaje metida en el camarote, entre la cama y el baño. El mareo me ha acompañado durante todo el tiempo que he permanecido sobre ese monstruo flotante.

A pesar de los intentos del servicio médico y de Harry, otro pasajero, un señor de mediana edad, médico también, de hacer desaparecer la sensación de que todo daba vueltas a mi alrededor, no lo han conseguido.

Cada intento por salir a cubierta para recibir un poco de aire fresco era peor. En todos ellos acababa en un rincón, con los ojos cerrados, echa un ovillo sobre mi cuerpo, con una manta que Harry, se encargaba de conseguir.

«Fija la mirada en un punto», eso era lo que me aconsejaban. Y no solo el médico del barco, o Harry, sino también todos los curiosos que al pasar por mi lado interpretaban la situación. Pero fijar la mirada ha sido casi imposible porque desparecía la nitidez en su totalidad y todo

lo que tenía delante se volvía borroso.

Cada ola parecía decirme algo, como si el barco estuviera bailando con el océano y yo intentara seguirle el ritmo, pero lo único que sentía es que se estaba burlando de mí.

He lucido el cabello hecho una maraña durante todo el viaje porque era incapaz de darle forma. Permanecer frente al espejo requería unas fuerzas que no tenía.

He permanecido tanto tiempo en el camarote que no puedo describir otro rincón del barco, excepto una parte de la cubierta, las instalaciones médicas, los baños que encontraba camino del camarote, y poco más.

A veces sentía que apretaba los pies sobre el suelo del camarote en un intento de luchar contra un vaivén que solo existía en mi cabeza.

Ha sido una pesadilla.

He desayunado, almorzado y cenado en el camarote, aunque muy poca cantidad. Solo una vez hice un intento de acudir al restaurante, pero me marché antes de que me sirvieran el primer plato.

Solo he podido aprovechar el masaje, que no me fue del todo mal, pero en vez de una hora, tuvimos que reducirlo a media: el tiempo que fui capaz de resistir sin que me diera vueltas la cabeza.

Cuando conseguía restablecerme, solo era capaz de tener la cabeza despejada durante un par de horas. Cualquier intento por hacer algo diferente a estar tumbada sobre la cama era un auténtico fracaso.

Harry, que lo conocí en mi primera y triunfante salida a cubierta, me ha visitado y cuidado constantemente. Su compañía, sus atenciones y mi esperanza por recuperar el control y pisar tierra firme han sido mis compañeros de aventura.

Aunque no es frecuente que alguien sienta ese tipo de mareos durante todo el trayecto, me ha consolado saber que no he sido una excepción. Los fármacos no han hecho mucho efecto, excepto producirme somnolencia. Así que mi crucero por el Atlántico se puede resumir entre dormir, vomitar, estar mareada, y sentir que el reloj no avanzaba, que se había congelado en alguna parte del océano.

¡Qué viaje más largo!

No tengo palabras para describirlo. Y lo más curioso de todo es que el mareo ha empezado a remitir hasta casi desaparecer justo en el momento que han anunciado que quedaban seis horas para llegar al puerto. Mi querido cerebro, en cuanto ha escuchado que íbamos a pisar tierra, se ha relajado.

Nunca he tenido problemas al navegar, excepto algunas molestias propias del inicio de un paseo en una embarcación pequeña. Me he subido muchas veces en un barco… ¡Vivo en Los Ángeles! No lo

entiendo.

Cuando abandono la pasarela y salgo al exterior me enfrento a algo que no esperaba.

Llueve.

El cielo tiene un color deprimente y la claridad es inexistente, pero no permito que enturbie la alegría que siento por pisar tierra firme. Si no fuera porque estoy rodeada de personas, y ya bastante he llamado la atención en el barco, me pondría a saltar. Tampoco el suelo resbaladizo es de ayuda.

Aun así, piso fuerte varias veces.

—¿Esa sonrisa se debe a que estás en tierra?

Me echo a reír cuando descubro que es Harry, mi amigo el médico, el que ha hecho el comentario.

—Necesitaba tocarla. Tú eres testigo de lo mucho que lo necesitaba.

—Hoy te encuentras mejor, ¿cierto?

—Sí, algo cansada, pero muchísimo mejor.

Harry me anuncia que él también viaja en tren hacia Londres y decidimos hacernos compañía.

Mi entusiasmo por estar pisando Inglaterra no le pasa desapercibido. A pesar de que, durante la accidentada travesía, he tenido tiempo de explicarle la historia de mi viaje, incluida la oferta de trabajo y el sueño que supone, me veo más animada y en condiciones de ampliar la historia.

Harry es inglés, londinense, y se ha tomado unas vacaciones para desconectar de una vida estresante, motivo por el que se animó a hacer el viaje. En su caso ha sido de diecinueve días, ya que partió de este mismo puerto hace más de dos semanas con destino a Nueva York. Tras una escala de cuatro días para visitar la ciudad, ha vuelto a hacer el viaje de retorno.

No consigo entender cómo alguien puede encontrar atractivo ese viaje, mucho menos ida y vuelta. Claro que, de no haber estado colocada todo el viaje, puede que me hubiera divertido.

Harry me guía durante el trayecto hasta la estación de tren mientras charlamos. Me pregunto por qué solo yo me he quejado de la lluvia.

Antes de abandonar la terminal me giro para mirar el barco antes de perderlo de vista para siempre.

Sonrío, le lanzo un beso al aire y maldigo en voz baja.

Lo importante es que me he recuperado, aunque me siento muy cansada, y que acabo de pisar Inglaterra. Eso es lo que me importa en este momento. Quiero olvidarme del viaje. Lo único que lamento es

que gastaran tanto dinero… Pero prefiero no pensarlo, no es culpa de nadie.

Envío un mensaje a Kelsi y otro a mi tía para anunciarles que he llegado a mi precioso destino.

No he hablado con ellas en toda la semana, pero sí les hice llegar un mensaje a través de un paquete especial que tenía contratado Henry diciéndoles que estaba feliz y disfrutando mucho del viaje. No quise hablarles del estado en que me encontraba, era innecesario, solo habría conseguido preocuparlas.

Miro al cielo y dejo que me moje la cara. No me importa. Me reconforta.

Empieza mi sueño.

Capítulo 8

Ashley

Londres, Inglaterra.

Volver a ver a Nicole ha sido muy emotivo. Me ha recogido en la estación, después de despedirme de Harry e intercambiar nuestros teléfonos con la promesa de volver a encontrarnos para tomar un té. No sé si eso será posible, odio el té, pero a él me gustaría volver a verlo.

El coche de Nicole es impresionante. Me he sentido extraña ocupando el asiento del copiloto, en el lado izquierdo, pero es algo a lo que tendré que acostumbrarme. En un principio, durante el trayecto, me he preguntado si conducir por la izquierda podría suponer un problema para mí y he dudado de si tendría oportunidad de comprobarlo, pero he salido de dudas en cuanto Nicole me ha ofrecido su coche para todo lo que desee entregándome un juego de llaves. Ella no lo utiliza a apenas, me ha confesado.

No sé si será necesario, pero puede que algún día me anime a vivir la experiencia.

Hace apenas una hora que he llegado a su apartamento y ya estoy sumergida en su mundo.

El salón es más pequeño de lo que me había imaginado, pero todo él es confort y lujo. Los muebles son modernos, al igual que la decoración, y lo mejor son las vistas a la ciudad.

Me ha llamado la atención el tamaño de la alfombra, que casi cubre el salón en su plenitud, y también el grosor. Es tan mullida que invita a lanzarse de cabeza.

No me han pasado desapercibidas la gran cantidad de fotografías que decoran las vitrinas del salón, todas ellas de sus padres. Es evidente que los añora.

Ese detalle hace que sienta una pequeña punzada de dolor en el

pecho, aunque intento apartarlo de mi mente bruscamente y lo consigo.

Tras abrazarnos efusivamente durante un buen rato, me muestra mi dormitorio y el resto del apartamento. Todas las estancias están decoradas con muchos detalles originales y modernos.

Me encanta este lugar, sé que me voy a sentir como en casa.

Después de vaciar solo parte de mi equipaje, el suficiente para acomodarme y no perder demasiado tiempo, una ducha y una explicación breve de mi trabajo en Rye, el que empezaré dentro de diez días exactos, nos sentamos a cenar en una pequeña mesa de cristal. Ha elegido un surtido de pasta italiana traído por un restaurante de servicio a domicilio, uno que me ha asegurado ser el mejor de la ciudad.

Me sorprende su elección. Este tipo de alimentos no son buenos aliados para una persona diabética como lo es ella, pero decido no hacer ningún comentario. Siempre ha sido muy estricta con su dieta.

Me dejo llevar por el aroma que desprende cada plato y consigo que se me abra el apetito. Mi estómago ha permanecido medio vacío durante demasiados días.

Me entretengo en relatarle mi aventura en el barco y consigo que sonría, algo que apenas se ha producido desde que he llegado. A pesar de lo que opina Hank y Kelsi, Nicole siempre ha sido una persona animada. Algo tímida, algo frágil, muy dada a dramatizar por pequeñas cosas, pero yo he conocido su mejor versión: la divertida. Y es esa versión la que nos ha hecho pasar muy buenos momentos. Pero esa versión, al menos hoy, parece muy lejana. Está apagada. Parece cansada y preocupada. Tal y como me había comentado días atrás, no está en su mejor momento. Presiento que debe tratarse de trabajo, de ahí que me anunciara que tenía intenciones de marcharse a Nueva York.

Entre bocado y bocado, decido abordar el tema directamente y Nicole me confiesa el motivo de su estado de ánimo: un hombre.

¡Vaya! Eso no lo esperaba.

—Era el hombre de mi vida, Ashley. Lo supe en cuanto lo vi. Era perfecto, el mejor hombre que he conocido. Le quiero tanto…

—Vaya, Nicole, lo siento. No sabía que salieras con alguien.

—Llevábamos tanto tiempo felices… Me ha roto el corazón.

Nicole baja la mirada, sus ojos se llenan de lágrimas. Se muerde el labio, como si con ello pudiera frenarlas. Después de un suspiro profundo, continúa:

—Pensé que éramos el uno para el otro, Ashley. Hicimos planes, soñamos juntos. Pero de repente, todo cambió. Como si alguien

hubiera decidido que nuestra historia tenía que terminar. Me ha partido el corazón en pedacitos.

Madre mía, qué profundidad. ¡Pobrecilla! Se ve que está muy afectada. No tenía ni idea de que mantuviera una relación, mucho menos tan intensa.

—No me habías hablado de él —le digo intentando comprender por qué las veces que hemos hablado en los últimos meses no lo ha mencionado, mucho menos si era algo tan… intenso.

Sus manos empiezan a jugar con la servilleta, como si ella pudiera consolarla.

—No me esperaba un final, Ashley —continúa su relato ignorando mi comentario—. Fue como un golpe repentino que me dejó sin aliento. Lo peor es que no entiendo por qué. Yo sé que él me quiere, pero no ha sido claro conmigo.

Me sorprende esa forma de expresarse, me parece demasiado poética. Incluso su acento americano ha desaparecido un poco, algo que no noté las veces que hablamos por teléfono. Es un acento más… inglés.

—¿Qué motivo te dio?

—Ninguno, solo que la vida nos llevaba por caminos distintos. Me anunció que aquella noche… sería la última.

También el chico parece ser poético hablando, puede que se le haya pegado a ella.

—¿Cuándo habéis roto?

—Hace un mes.

Vaya, eso me preocupa. No es que sea demasiado tiempo para algo tan intenso, pero no parece haberlo superado ni siquiera un poquito. Claro que, yo nunca he sentido algo igual, así que tampoco tengo una medida buena para ello. Kelsi sufrió mucho con su novio, pero al mes de dejarlo no dejaba de insultarlo y lanzarle maldiciones, era un caso distinto.

—¿Cuánto tiempo duró la relación?

—Mucho, Ashley, una eternidad. Creía que íbamos a estar juntos siempre, que nos casaríamos, tendríamos una familia… Habíamos hecho tantos planes… —me confiesa mientras se echa a llorar desconsoladamente.

La abrazo y dejo que se desahogue. Debe estar muy pillada de ese hombre… de… ¡Vaya! Ni siquiera ha dicho su nombre. De hecho, no me ha contado nada de él. Pero ahora poco importa.

Nicole se deshace de mis brazos sonriéndome y siento alivio al ver que se encuentra mejor, pero la tregua dura poco.

—Es el hombre de mi vida, es perfecto. Guapo, inteligente… Un

caballero.

¿Un caballero? Esta no es la Nicole que yo recuerdo.

Debo encontrar la forma de animarla un poco, pero no tengo ni idea de cómo hacerlo, quizás solo necesite que la escuche.

—¿Qué tal si tomamos una copa? —Me sorprende preguntando.

Asiento con la cabeza y la sigo con la mirada mientras sirve dos vasos de un licor verde que… no tiene muy buena pinta.

—Prefiero vino, ¿tienes?

Nicole asiente con la cabeza y atiende mi petición en pocos segundos.

Junto al vino ha traído una bandeja de pasteles.

Por un lado, me siento halagada, sé que se ha acordado de que soy increíblemente golosa, pero por otro lado, me desconcierta que se lance a devorar uno de ellos, el más grande; uno que rebosa azúcar en cantidades prohibitivas.

¿Y su diabetes?

El licor tampoco parece apropiado.

—Nicole, no deberías comerte eso. Has comido mucha pasta… y ahora pasteles… El licor…

—Está controlado, Ashley. Cuéntame cómo te va la vida en Los Ángeles.

No es lo que parece, pero puede que esté sometida a un tratamiento que desconozco. La Nicole que yo conocía era muy estricta con su alimentación. Entiendo que debe saber lo que hace, pero aun así, me sorprende.

Un rato después, cuando ambas mostramos señales más que evidentes de cansancio, decidimos que ha llegado la hora de dormir.

Permanezco despierta durante más de dos horas. Soy incapaz de conciliar el sueño. Sé que puede ser algo egoísta, pero no esperaba que Nicole se encontrara en ese estado. Supongo que se irá animando y que hoy solo ha sido un primer contacto para desahogarse. No quiero ni pensar que siga en ese estado muchos días.

Sí, es egoísta, sé que está sufriendo mucho por ese tío, pero… yo esperaba algo más… animado. Después de ese dichoso viaje, no esperaba envolverme de lágrimas.

Me digo a mí misma que conseguiré animarla y hago un nuevo intento por conciliar el sueño. Estoy algo aturdida y sé que no va a ser fácil, pero lo consigo.

Me despierto cuatro horas después.

Escucho un ruido en el salón y deduzco que Nicole se ha levantado a buscar algo.

Después llega de nuevo el silencio e interpreto que se ha vuelto a

acostar.

Media hora después escucho a Nicole gritar mi nombre.

Salgo deprisa de la cama y corro hasta el salón y la encuentro recostada en el sofá con un vaso vacío en la mano.

Me acerco a ella temblando, presiento que algo malo está ocurriendo, y esta vez no necesito a la esfera roja para saberlo.

—Nicole, ¿qué te ocurre?

—Llama a emergencias, me encuentro muy mal —dice con una voz temblorosa.

¿Emergencias?

En cuanto le toco la cara y noto que está empapada de sudor frío y noto que tiene dificultades para respirar, corro en busca de mi móvil.

Presiento que los excesos de la cena de ayer tienen algo que ver.

¿Cuál es el número de emergencias en Inglaterra?

—El 999 —me dice como si me hubiera leído el pensamiento.

Lo hago, marco rápidamente y explico a la operadora lo ocurrido.

¡La situación no podría ser peor!

O sí.

Se convierte en peor cuando la ambulancia, que solo llega doce minutos después, se lleva a Nicole y no me permiten acompañarla. Solo me indican el nombre del hospital y me sugieren que llegue por mis medios.

Y eso es lo que voy a hacer.

En cuanto se cierra la puerta se me ocurre la descabellada idea de vestirme, coger las llaves del apartamento, que cuelgan de la pared, las llaves del coche que me ha ofrecido Nicole y salir por la puerta dispuesta a llegar al dichoso hospital… en coche.

Prefiero no pensar.

Si el barco me pareció una mala experiencia…

Capítulo 9

Ashley

Mientras sujeto el volante y sigo las indicaciones del navegador, me doy cuenta de la locura que he cometido.

Vuelvo a ser yo.

Esto de lanzarme sin pensar demasiado en las consecuencias es muy propio de mí. Ya se ha acabado la etapa mustia, reflexiva, de darle mil vueltas a todo antes de actuar.

Debería haberlo pensado antes de subirme a este coche, que tiene el volante a la derecha. Además, aquí conducen por el lado izquierdo…

Y está empezando a llover…

Y me estoy alterando mucho al escuchar esas bocinas impacientes en mi honor.

Debería haber llamado a un taxi, pero ahora ya no puedo remediarlo. Según el navegador, me supone casi la misma distancia descorrer camino hasta el apartamento de Nicole que llegar hasta el King's College, el hospital donde ella se encuentra.

Algunas señales de tráfico no me resultan familiares. No puedo detenerme a leer algunos indicadores porque no puedo apartar la vista del navegador y de la carretera… y no es buena combinación.

Unos minutos después, que se me hacen eternos, por fin, leo un cartel que indica un desvío para el hospital.

Sonrío satisfecha y siento algo de euforia por haberlo conseguido. Confieso que he pasado miedo conduciendo y que he jurado un millón de veces no volver a subirme a un coche mientras esté en este país. Pero… ya que lo he conseguido, puede que lo intente otra vez. Al fin y al cabo, tendré que volver al apartamento conduciéndolo… No creo que Nicole esté en condiciones de hacerlo.

Ni siquiera sé cuánto tiempo permanecerá en el hospital. No puedo saber su gravedad porque los sanitarios que se la han llevado en

ambulancia no me han proporcionado mucha información. ¿Dónde se ha visto eso? Solo me han dicho que estaban intentando controlar su respiración.

Quince minutos después, estoy a punto de desesperarme. No encuentro el acceso al *parking* del hospital. Está señalizado de una forma que no comprendo y he probado todas las formas posibles.

Otros quince minutos después, mi desesperación está llegando al límite. Estoy a punto de detener el coche en medio de la carretera y salir corriendo. He dado unas doce vueltas al recinto del hospital intentando localizar el acceso, pero cada vuelta que doy es peor… Hay mucho tráfico y la lluvia impide que pueda concentrarme en lo que me rodea… ¡Lo he probado todo!

Respiro hondo e intento calmarme. Me digo que voy a intentarlo de nuevo y que lo voy a conseguir. No puedo ser tan difícil encontrar el *parking* de un hospital tan grande como este.

El navegador no es de gran ayuda, tiene menos idea que yo, en todo momento indica un punto por el que no se puede acceder por mucho que se empeñe.

Cuando estoy a punto de gritar y de llorar debido a la impotencia, me fijo en un acceso en el que antes no había reparado.

Claro, lo tenía delante de mis narices y no lo he visto.

Me encuentro con una rampa pronunciada y desciendo por ella satisfecha.

Al llegar al final me topo de bruces con un gran cartel: *Reservado solo para personal médico del hospital*.

¡Vaya! Con lo que me ha costado llegar hasta aquí. ¿Por qué no lo indican en el desvío? Claro que, puede que esté indicado y yo no lo haya visto. ¡No puedo concentrarme!

El *parking* no es demasiado grande.

Hay una salida a la derecha que debe conducir al exterior, debería seguirla, pero… sigo recto. No hay una barrera que lo impida.

Doy varias vueltas y descubro que solo hay tres plazas libres. Una no es muy amplia y me va a resultar complicado encajar el coche en ella. No me puedo olvidar que el coche no es mío y que debo cuidarlo. Una cosa es que Nicole me lo ofrezca amablemente y otra distinta que se lo destroce.

Las otras dos plazas son contiguas y mucho más amplias.

Detengo el coche frente a una de ellas. Medito dos segundos antes de decidir si debo o no hacerlo. Empiezo la maniobra de aparcamiento. No voy a volver a pasar el calvario de seguir dando vueltas. Es una cuestión de integridad física. Tengo las bocinas incrustadas en el cerebro. Creí que los ingleses eran más pacientes, eso

es lo que siempre me dice Hank.

En cualquier caso, ya está decidido, me niego a dar más vueltas. Puede que sea más sencillo de lo que creo, pero mis circunstancias no son favorables en ningún sentido y no puedo perder más tiempo.

Si me descubren, me avisarán por megafonía, al menos es lo que hacen en Los Ángeles. Además, siempre puedo utilizar el recurso de la extranjera despistada que acaba de llegar y no se aclara.

Además, se trata de un hospital, no de un centro comercial, no creo que el médico al que le esté usurpando la plaza se enfade demasiado. ¿O sí?

Cuando estoy a punto de iniciar la maniobra, reparo en la figura de un hombre de mediana edad que sostiene un maletín y luce una barba muy poblada. Se detiene justo delante de mi puerta.

Me mira detenidamente. Sé que se me ha acabado la posibilidad de aparcar. Espero que no sea el dueño de la plaza. Interrumpo la maniobra y bajo la ventanilla.

—Disculpe mi curiosidad, señorita… ¿Le han asignado esta plaza?

¡Vaya! Se acabó mi suerte. Es una manera educada de decirme que me ha pillado.

—Yo… lo siento, es que… En realidad, estaba algo despistada, solo voy a estar un rato y no… pretendía molestar. No conozco la ciudad y… ¡Lo siento! Me marcho enseguida.

Me sorprendo a mí misma de lo que he dicho, principalmente porque no estoy actuando.

—No, no se preocupe. Esta plaza no la va a ocupar nadie, de momento. Le he preguntado porque he sentido curiosidad. No se inquiete más, si solo va a permanecer unas horas, no habrá problema. Procure aparcar en esta, esa otra —me informa refiriéndose a la contigua— sí está reservada.

—Gracias, así lo haré. Se lo agradezco.

El inglés amable me sonríe y continúa su camino. Estoy encantada. Ya no debo preocuparme, tengo permiso para aparcar.

Cuando decido continuar con la maniobra, observo un coche que aparca rápidamente en la plaza contigua. Mientras continúo con mi propósito de aparcar de una vez por todas, el dueño de ese coche, un hombre joven, alto y con cara de pocos amigos, se acerca hasta mi puerta.

La ventanilla ya está bajada, por lo que me limito a mirarle en cuanto escucho su voz grave.

—¿Hay alguna razón para que esté utilizando esta plaza?

Pero qué ocurre en este sitio, es que esa plaza es del interés de todos. ¿Y esa cara de asco es normal?

—Yo… me han dicho que no está ocupada y solo… —Me detengo para mi sorpresa. Estoy nerviosa, ese hombre me está alterando y no sé cómo continuar.

—Es una plaza reservada para médicos, no para estudiantes. ¿Me ha comprendido?

¿Estudiantes? ¿Eso es lo que ha pensado? ¿Tengo pinta de estudiante?

—Me han dicho que está vacía y me estoy volviendo loca para aparcar, puede que…

—Oiga, tengo prisa, no necesito que me explique nada. Aquí solo aparca personal médico del hospital. Debe marcharse. Es muy sencillo, ¿no?

—Pero hay una persona que me ha dicho que…

—¿Tan complicado de entender le resulta lo que le he explicado? —dice en un tono seco y un poco alto para mi gusto.

—No hace falta ser tan borde.

—Ni tampoco dar tantas explicaciones porque se lo he dejado claro con pocas palabras.

¡Menudo gilipollas! Seguro que le importa muy poco quién aparque, de lo contario el otro señor me lo habría comentado.

—¿Alguna duda? —continúa alzando ligeramente la voz.

—Ya me marcho, no grite… —le digo en el mismo tono desagradable que está empleando—. Yo de usted me apartaría.

Se aparta rápidamente y sigue su camino como si le hubieran pegado algo en la espalda.

Mientras doy una vuelta para localizar la salida, le veo desaparecer por una puerta doble.

¿Y si aprovecho que no está para aparcar?

Lo pienso y lo hago. Dos segundos de meditación le he dedicado.

No puedo entretenerme en pensar si debo o no debo, si puedo o no puedo… ¡Solo quiero saber cómo está Nicole!

Aparco a una velocidad récord y me bajo algo malhumorada, todavía afectada por la actitud de ese tío. ¡Qué antipático! Se pueden decir las cosas de muchas maneras…

El caso es que era guapo. Hubiera ganado mucho si fuera un poco más agradable.

Al abrir la puerta, noto que esta frena bruscamente. Le he dado a la puerta del coche de al lado, al del tío borde.

¡Oh, no!

No sé si meterme dentro del coche, salir huyendo o tirarme por la ventanita que tengo en la pared de enfrente, a pesar de estar enrejada…

Intento olvidarme de la puerta… Estas cosas pasan a diario. ¿A quién no le han rallado el coche en un *parking* público por un vecino desconsiderado?

No sé si lo que acaba de pasar se ajusta a la normalidad como yo pretendo convencerme a mí misma, pero me sirve para no acabarme de desesperar.

Necesito tranquilizarme.

En cuanto pueda me llevaré el coche a otro sitio, pero antes necesito saber cómo está Nicole y también que alguien con un poco más de paciencia me diga cómo encontrar otro aparcamiento sin volverme loca.

Miro de reojo el coche de al lado cuando estoy a punto de alejarme. ¡No parece grave! Seguro que apenas se nota.

Satisfecha, intento olvidarme del incidente y me dirijo a la misma puerta por la que han desaparecido las únicas dos personas con las que me he cruzado.

«Acceso al hospital. Solo personal», leo antes de abrir la puerta.

¡Genial!

Capítulo 10

David

Sin duda, hoy no va a ser un buen día. Soy consciente de ello y aún no son las nueve de la mañana.

Me han asignado a un grupo de estudiantes de cuarto curso. Eso conlleva tener que hacer una ronda de visitas a pacientes de urgencias que no me corresponde, pero no voy a pronunciarme al respecto. Mis horas de formación a estudiantes ya están cubiertas, pero como viene siendo habitual en los últimos meses, no voy a discutirlo. No vale la pena. Igual que no valía la pena discutir con esa mujer que ha ocupado la plaza equivocada. ¿Quién me manda a mí meterme donde no me llaman? Me habría ahorrado el comentario que me ha regalado: «No hace falta ser tan borde».

Pero ¿qué quería? ¿Que estuviera diez minutos explicándole que no podía aparcar en esa plaza? Se lo he dejado bien claro, no era yo el que tenía ganas de perder el tiempo.

Sé perfectamente que esa plaza no se va a ocupar, al menos en un tiempo, por ello he sentido curiosidad de saber a qué se debía su presencia allí. Cuando he comprobado que lo único que ocurría era que pretendía aparcar sin más… me ha molestado. ¿Por qué? Pues no lo sé bien, supongo que porque mi humor no es muy bueno desde hace días.

No es inglesa, sino americana. Reconozco perfectamente ese acento.

En cualquier caso, debo intentar serenarme. Me quedan pocos días para olvidarme de este lugar, pero si no consigo relajarme un poco, se me van a hacer todavía más largos. Prueba de que no estoy centrado es que tengo que volver a bajar al *parking* en busca de mi móvil: lo he olvidado. Probablemente, esa mujer me ha despistado.

Cuando llego a la altura de mi coche, no doy crédito a lo que veo.

Es el coche de esa mujer.

¡No puede ser!

No puedo creerme que finalmente haya aparcado. ¡Qué cara más dura! Y encima me llama borde. Es increíble que haya tenido la desfachatez de esperar que me marchara para aparcarlo, a pesar de lo que le he dicho.

Recupero mi móvil mientras mi mal humor aumenta. Y empeora cuando me doy cuenta del golpe que ha recibido la puerta. Ha sido lo suficientemente fuerte para hacerle una buena marca a la pintura. ¿Cómo ha abierto la puerta? Hay distancia más que suficiente para que ambos coches queden bien separados. ¿Por qué se ha acercado tanto a mi plaza? ¿Lo ha hecho a propósito? Está claro que sí.

Consulto mi reloj. No puedo perder más tiempo con esto. Voy a llegar tarde a la ronda con los estudiantes y no me conviene.

Si tuviera más tiempo haría lo mismo con su puerta, pero… esto puede acabar en una masacre de puertas rayadas.

Me molesta que este incidente quede impune, pero no puedo hacer mucho más. Lo mejor es olvidarme de este incidente, pero estaré atento por si hay suerte y me la encuentro en el hospital.

Capítulo 11

Ashley

Menuda odisea de pasillos. El ascensor del *parking* solo conduce a zonas médicas reservadas y no funciona si no se pasa una tarjeta por un lector colocado en el exterior. Tiene sentido: si el *parking* es solo para médicos, el acceso al hospital desde ese lugar, también.

Por suerte, las puertas se han abierto un par de minutos después de encontrarme con ese inconveniente. El hombre que me ha saludado con un «Buenos días», me ha salvado de tener que dar más vueltas.

Estoy hecha un lío. Este hospital es muy grande y no consigo salir de aquí sin encontrarme con zonas restringidas por una u otra razón.

Sé que no estoy en la zona correcta, pero mis intenciones son salir y encontrar un punto de información para los visitantes.

Finalmente, consigo la información, pero me ha costado más de veinte minutos. Debo dirigirme a una planta superior, permanecer en la sala número dos, letra B, zona izquierda, y esperar a que el doctor Ellington o un miembro de su equipo se ponga en contacto conmigo.

Solo tardo doce minutos en localizar la sala que me han indicado.

Me dejo caer en el asiento con desgana. No hay nadie más en la sala. Claro qué, solo hay seis asientos más.

Me masajeo las sienes con delicadeza. Empiezo a sentir las señales de cansancio. Por mucho que ayer me viniera arriba, tras desembarcar, mi cuerpo no puede estar recuperado después de un viaje en barco tan espantoso como el que he tenido.

Apenas he dormido. Y si le sumo que han trascurrido más de dos horas desde que salí del apartamento de Nicole dando vueltas y vueltas por todas partes… todavía puedo considerar que estoy mejor de lo que podría estar.

Harry, el médico que conocí a bordo del monstruo flotante, me aconsejó que me hidratara constantemente, pero apenas he podido tomar ni siquiera un café.

Hank me habló de lo mucho que se toma el té en Inglaterra, pero sabiendo lo mucho que lo odio, me tranquilizó informándome que cada vez se consume más café y que encontraría muchas cafeterías donde degustarlo.

La máquina que tengo enfrente ofrece café. Será suficiente para que algo caliente entre en mi cuerpo.

Hay ocho opciones distintas de té, una de agua caliente y una de café. La máquina todavía no está al día en ese aumento de consumo de café que me indicó Hank.

Elijo café.

Espero.

En breve, aparece un vaso de cartón diminuto con un mejunje espeso y oscuro.

Está caliente, odiosamente amargo, pero puede servir para calmar mi estómago.

Sé que el café que adoramos en Estados Unidos es muy suave, pero no esperaba algo tan espantoso y amargo.

Aprieto los labios, arrugo la nariz, me sujeto a la silla y consigo beberlo. Unos segundos después escucho un ruido que proviene de la misma máquina. Expulsa lo que parece ser un sobre de azúcar junto a una cucharilla envuelta en papel transparente.

Suspiro. Ya no sé qué más puede pasarme hoy, y apenas ha despuntado el día.

Tic, tac…

Media hora y nadie aparece en esa sala.

Media hora más…

Nada. Silencio absoluto. Ni siquiera otro familiar que me haga compañía.

Media hora más.

¡Se acabó! Ya no puedo más.

Descorro el pasillo por el que he llegado hasta la sala. Me encuentro que las únicas opciones son accesos destinados solo al personal del hospital, pero no pienso esperar más en esa sala ni quedarme de brazos cruzados.

Sé que no funciona así, que la espera es la única opción, pero estoy cansada, la paciencia es incompatible conmigo y estoy preocupada por Nicole. No tenía buena pinta cuando se la han llevado esta mañana.

Me haré la despistada y preguntaré por el doctor Ellington.

Me inquieta no haberme encontrado ni a un alma desde que me dirigí a esta planta… Eso solo confirma que estoy aquí olvidada y más que olvidada. O me muevo yo, o me muero esperando.

Una puerta con dos ojos de buey grandes me impide el paso, o más

bien me sugiere que no entre a menos que sea personal del hospital.

Empujo suavemente y cede.

Me olvido de la sugerencia.

Entro sigilosamente.

Tres pasillos después y dos mesas con tres enfermeras manteniendo una conversación entre ellas, pregunto por el doctor. Me dan unas indicaciones rápidas sin cuestionarme y desaparezco rápidamente.

De momento, no me han echado.

Desemboco en una sala donde hay un grupo de médicos, a juzgar por su indumentaria, hablando entre ellos haciendo un pequeño círculo. Algunos parecen muy jóvenes. Puede que se trate de estudiantes.

El tío borde del *parking* mencionó algo de los estudiantes.

Una idea se me cruza por la cabeza y hace que me tiemblen las piernas.

Tal y como me temía, el tío borde se encuentra al final de la sala, casi de espaldas, pero he conseguido reconocerlo.

Un hombre muy delgado, me mira y me hace un gesto con la cabeza que no entiendo.

—Busco al doctor Ellington —digo en voz alta.

Se hace un silencio y todos se giran hacia mí.

Por la sonrisa irónica que me regala el tío borde del *parking*, sé que lo he encontrado.

Capítulo 12

David

No puedo decir que me sorprende ver a esa mujer aquí. Tal y como había sospechado en el *parking*, se trata de una estudiante. Acabo de comprobar que falta una en el grupo, una tal Sarah… ¡No recuerdo el apellido! Es la que faltaba para completar el grupo de seis que me han asignado.

¡Qué casualidad!

Me parece maravilloso que la hayan asignado a mi grupo. Debería haberse pensado antes lo de aparcar en esa plaza y rayarme el coche…

A juzgar por su pálida y perpleja expresión, deduzco que debe estar pensando lo mismo.

Me acerco a ella lentamente borrando la sonrisa maliciosa que le he regalado.

—Llega tarde.

—¿Yo? —pregunta con timidez—. No, creo que…

—Llega diecisiete minutos tarde y además se presenta sin ir uniformada. Deduzco que no ha hecho el registro. Empieza bien. Claro que. —Bajo la voz porque el resto de estudiantes están pendientes del desencuentro—, rayarme el coche y vacilarme en el *parking* tampoco está muy a su favor.

Me pregunto si está sopesando lo que va a decir, me sorprende que guarde silencio.

Cuando estoy a punto de intervenir con brusquedad, se anima a hablar.

—Llevo mucho rato esperando, estoy muy nerviosa. Me han dicho que el doctor Ellington me podría informar.

No entiendo bien a qué se refiere. Esta mujer es muy rara. Si antes hubiera tenido alguna duda de si era o no americana, ya no la tendría. Su acento es inconfundible. Cursé un año de postgrado en un intercambio en Harvard, en Boston, Massachusetts, y lo reconozco

bien. También tengo un amigo americano.

—¿Informar? Es lo que estoy haciendo. No vamos a esperar a que esté preparada, si no está lista en dos minutos no le permitiré que se una al grupo.

Me mira agrandando mucho los ojos, pero permanece inmóvil.

En este justo momento, entra otra joven, uniformada.

—Siento llegar tarde. ¿El doctor Ellington? Soy Sarah Foster.

Si esa es la tal Sarah, ¿quién narices es la mujer americana?

Le hago una señal a Sarah para que se una al grupo y salgo de la sala mientras le indico a la intrusa que me acompañe. Esa mujer tiene que aclararme qué está pasando.

Cuando atravesamos la puerta, descubro que Andrew se encuentra a pocos metros de nosotros. Se detiene y nos observa, puede que mi expresión le haya llamado la atención.

—¿Se puede saber quién es usted y qué está haciendo aquí?

La intrusa está delante de mí. Me mira fijamente, desafiante, pero tarda poco en suavizar su expresión. Me llama la atención el tamaño de sus ojos: son grandes y un color azulado poco habitual.

—Oiga, yo solo quiero saber cómo se encuentra mi amiga, solo quiero que me digan algo. La han traído esta mañana en ambulancia. Es diabética y le ha pasado algo… no sé qué, pero estaba medio inconsciente.

—¿Su amiga? Pero ¿de qué está hablando? —le digo confundido—. Oiga, no sé qué está pasando, pero esto es demasiado. Aparca donde le da la gana, a pesar de mis advertencias, me raya el coche e irrumpe en esta sala haciéndose pasar por estudiante… Y ahora me pregunta por su amiga, quien quiera que sea…

—No, yo no me he hecho pasar por estudiante, se ha confundido usted. Yo… estoy muy nerviosa por saber cómo se encuentra mi amiga y me han dicho que el doctor Ellington me diría cómo está, que…

—Sí, soy yo, pero no funciona así. Si le han dicho que le informaría yo, también le habrán explicado que debe esperar en una sala… No puede irrumpir aquí. ¿Dice que es su amiga?

Asiente con la cabeza.

—Pues lamento comunicarle que no proporcionamos información de un paciente, a menos que sea un familiar directo.

—Pero… su familia vive en Estados Unidos.

—No le voy a dar ninguna información a menos que me autorice la paciente o, en caso de que no pueda hacerlo, comprobemos que no tiene familia o esta no se puede localizar. La lista de opciones es más larga, pero con esta información creo que será suficiente.

Intercambio una mirada con Andrew y él baja la cabeza. No puedo

ni quiero interpretar ese gesto, solo quiero desaparecer. Cuando estoy a punto de darme la vuelta, después de observar la perplejidad de la intrusa, escucho su voz, más alterada que en su intervención anterior. El brillo de sus ojos me sorprende y me intimida a la vez.

—Escúcheme. Siento haberle rayado el coche, pero… yo no he visto que sea para tanto. He aparcado ahí porque estaba desesperada y he dado mil vueltas. No soy de aquí, soy americana, acabo de llegar desde Nueva York… ¡En barco! En un puto barco y ha sido un desastre de viaje. Nada más llegar, mi amiga ha sufrido un… un lo que sea, un ataque de algo. Es diabética y… supongo que los pasteles de ayer por la noche no le han sentado muy bien. Está aquí desde hace horas. Ha venido en ambulancia y no me han dejado acompañarla. He llegado como he podido. No me desenvuelvo bien conduciendo por la izquierda ni tampoco conozco esta ciudad, así que me he metido donde he podido. —Hace una pausa, por fin, pero dura poco—. Solo quiero que me digan cómo está. He estado horas y horas dando vueltas y en esa sala de espera… Solo quiero un poco de información.

—Siga en la sala de espera, puede que en las próximas horas alguien le proporcione información de… su amiga, pero no se lo garantizo, ya le he hablado del protocolo.

—En este momento, estoy en desigualdad de condiciones. Usted no necesita nada de mí, yo sí de usted, por eso me voy a callar y no le voy a decir lo que pienso.

Se da la vuelta, pero se detiene.

—Y… que le quede claro que yo no me he hecho pasar por estudiante… debería estar más atento.

No me puedo creer que se permita ser tan insolente.

Niego con la cabeza. Miro a Andrew, que sigue observando a pocos metros y espero a que se acerque.

La intrusa desaparece por el pasillo.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? Supongo que algo has escuchado. Esa mujer no está bien de la cabeza…

—¿Por qué no le has dicho cómo estaba su amiga?

—¿Cómo? No me puedo creer que me digas eso. Tú sabes perfectamente que el protocolo…

—Vamos, David, ahórrate ese discurso. Sabes perfectamente que no venía al caso decirle eso por mucho que lo dicte el dichoso protocolo.

—Andrew, aunque nos hayas escuchado hablar, no sabes lo que ha pasado.

—Sé lo suficiente para entender que es una persona desesperada

por saber el estado de una paciente que… deduzco que debes llevar tú. No te costaba nada proporcionarle algo de información. Estás muy raro, tío.

—¿A qué viene tanto interés? Es muy guapa, ¿verdad?

—Gracias por otorgarme tanta profesionalidad, tío, estoy emocionado.

—¿Es que no la has escuchado, Andrew? No dice más que tonterías. Se ha metido en… ¡Es igual! No tengo ganas de pensar en eso. Esa mujer es muy rara, ¿es que no la has oído? Dice que ha venido en barco desde Nueva York, no parece muy centrada.

—Tú no eres así, David. Esto te hubiera parecido divertido y hubieras sido más amable con ella. Incluso cuando quieres echar una bronca eres más suave… No puedes seguir así.

Esas palabras me llegan muy dentro. Puede que Andrew sea la persona que más me conoce en este mundo y la única que sabe cómo dispararme dándome en el centro de la diana.

—Estoy asqueado, Andrew —le confieso en una actitud más calmada—. Estoy deseando de marcharme. ¿Qué te parece? Me han asignado a un grupo de tercero…

—Desde que anunciaste que te marchabas no tienen mucha consideración.

—¿Por qué? Porque me aprecian, porque sienten que me marche…

—Algunos sí, y mucho.

—Pero no puedo seguir aquí, y lo sabes.

—La reunión con tus padres te afectó, David. No es lo que suele pasar, ya deberías estar acostumbrado, pero el otro día estabas demasiado agobiado cuando saliste de su casa.

—Puede que sí, me molestó que me dijera que este puesto lo he conseguido gracias a él y sus contactos.

—Tú sabes que eso no es cierto. Puede que lo intentara, pero la decisión final no se tomó por sus intentos de influencia ni sus contactos.

—Después de lo que he vivido aquí, ya no me sorprende nada.

—En cualquier caso, llevas mucho tiempo. No sé quién te abrió la puerta, pero eres tú el que la ha mantenido abierta.

Asiento con la cabeza y empiezo a caminar dispuesto a volver entrar.

—David, dile algo a esa chica.

—A ti te ha gustado… No sé a qué viene esa insistencia.

—Joder, David. Es que no te reconozco…

—Ni siquiera sé de quién me habla. ¿Quién es su amiga? No he empezado la ronda aún, no puedo informarle del estado de nadie. Y a

este paso, no voy a empezar nunca. No ha dicho quién era su amiga.

Andrew me regaña con la mirada, es un gesto que solo yo puedo entender.

—Está bien. Veamos quién hay aquí… —le digo de mala gana.

Consulto la tableta que sujeto en la mano desde hace un buen rato, notando que una de las hebillas de la funda que la protege se me ha clavado en la mano dejándome una marca. Eso solo significa que estaba demasiado tenso.

Me preocupa estar así, llevo demasiado tiempo. Puede que Andrew tenga razón.

—Veamos —suavizo mi tono—, aquí hay ocho pacientes…

—Ha dicho algo de… ser diabética. —Aporta Andrew.

—Ha dicho amiga, ¿cierto? ¿O amigo?

—Amiga. —Me aclara con desgana Andrew.

—Solo hay dos mujeres y esta no puede ser, no tiene que ver nada con lo que ha dicho de…

Me detengo y el corazón empieza a latirme muy deprisa.

—No puede ser, Andrew, no me lo puedo creer…

Le entrego la tableta para que lo compruebe él mismo.

—¿Qué? ¿Nicole? —Me mira abriendo la boca—. ¡Increíble!

—Por aquí no paso. ¿Ves? Ves como esa mujer no está bien, es la amiga de Nicole, yo… No quiero ni seguir hablando de esto. Esto es superior a…

—Tranquilízate, David —me interrumpe cuando ve que estoy empezando a agobiarme de nuevo—. Yo me encargo de esa visita y de informar a esa chica.

—No sé si es buena idea… No puedo pasarte a Nicole sin más. Deberías…

—Me las ingeniaré —me interrumpe—. Déjalo en mis manos. Pásame esos datos y yo me ocupo. Hablaré con Abigail. Ve a hacer la ronda de los otros pacientes con esos chicos que están esperando.

—¿Estás seguro? —le digo resignado.

Me responde con un apretón en el hombro.

Cuando entramos en la sala, antes de separarnos, ambos nos giramos en la dirección en la que una voz nos ha llamado la atención.

Cuando comprobamos que nuestras sospechas eran ciertas, intercambiamos una mirada de complicidad.

El doctor Fitzroy se encuentra a pocos metros de nosotros, hablando de forma animada con dos de las enfermeras de esta planta. Ellas parecen encantadas con su visita.

—¿Qué hace aquí? —le pregunto a Andrew, que es el que suele estar siempre al corriente de todo lo que sucede en el hospital.

—Tengo entendido que se trata de algún trámite administrativo —me dice mientras me vuelve a poner la mano en el hombro—. Estará haciendo la ruta de cortesía, sigamos con lo nuestro.

No tenemos más remedio que pasar cerca de donde él se encuentra, así que lo hacemos a paso ligero.

Al llegar a su altura, el doctor se gira ligeramente y nos dedica una cordial media sonrisa.

—Doctor Ransey… —susurra manteniendo un poco más la sonrisa.

—Doctor Fitzroy… —le contesta Andrew.

Como es de esperar, a mí no se dirige, algo que agradezco enormemente, pero su presencia no puede pasarme desapercibida, especialmente porque no ha sido así para los demás. Hay varios compañeros en la sala que en cuanto reparan en nuestro fugaz encuentro intercambian miradas entre ellos para luego clavarlas en mí.

Debería estar acostumbrado, pero no es así. Esta situación solo hace que reforzar mi decisión.

En este momento, si pudiera, saldría por la puerta para no volver jamás.

Y para que el día no sea peor de lo que ya en sí lo está siendo, consulto mi tableta para memorizar el box donde se encuentra Nicole y así evitar entrar en él por error.

Capítulo 13

Ashley

He empezado a pensar que nadie me iba a informar y no dejo de pensar en la mala suerte que he tenido de que sea precisamente el tío borde el que se encargue de Nicole.

¡Menudo estúpido!

Reconozco que soy impaciente, sí.

Y que he aparcado donde me ha dado la gana a pesar de sus «amables advertencias».

Y que le he rayado el coche, pero habría que verlo con un microscopio.

Y… sí, estoy demasiado nerviosa para actuar con sensatez y no dejo de meter la pata, pero… ¿Negarme la información porque no soy un familiar?

Ni que tuviera que pedirme permiso para una intervención quirúrgica o un trasplante… Solo le he pedido información de su estado.

Ni que Nicole fuera una personalidad famosa y yo una periodista husmeando…

¿Así funciona aquí?

Espero que sea lo único que me sorprenda y fastidie tanto.

Si no me quiere informar… Ya me puedo olvidar de visitarla.

Abandono la sala de espera y recorro el pasillo una y otra vez hasta que veo acercarse a alguien. Rezo para que sea el médico borde que viene dispuesto a informarme, pero me equivoco. He visto a ese hombre antes, pero no recuerdo dónde.

—Hola. Soy el doctor Andrew Ransey, la he escuchado mientras hablaba con el doctor Ellington.

Asiento con la cabeza al recordar de qué me sonaba. Sé que no es el momento, pero mi cabeza se empeña en preguntarse si todos los médicos de este hospital son guapos o solo los que he conocido.

—Él no puede atenderla en este momento, me haré cargo yo.

Asiento de nuevo centrándome en lo que dice. No me puedo creer que esté pensando en si son o no guapos, mucho menos el borde.

—Lo agradezco. ¿Siempre es así de amable?

—Nunca es así de «no amable» —me dice sonriendo—. Hay días complicados en el hospital.

—Solo quiero información.

—No nos ha dicho el nombre de su amiga…

Me llevo la mano a la boca.

—Lo siento, es que… no me he dado cuenta. ¿No lo he dicho? Nicole Donovan.

—Lo he deducido por la mención que ha hecho a la diabetes.

—¿Cómo está?

—Está estable. Ha sufrido una hipoglucemia importante, pero hemos conseguido estabilizarla.

—Vaya…

—¿Estaba usted con ella cuando sufrió este episodio?

—Yo… la encontré así, me levanté de la cama al escuchar que me llamaba pidiendo ayuda.

—¿Sabe si durante el día de ayer se administró la insulina que le correspondía?

—No lo sé. Yo acabo de llegar a Londres y nos vimos por la noche. Sé que comió… —Me detengo a sopesar lo que le voy a decir.

—Continúe.

—Ayer, no se ciñó mucho a su dieta, comió pasteles, hidratos…

—No creo que se deba a eso, pero hablaremos con ella cuando esté más despierta.

—¿Cuándo podrá marcharse?

—Deberá estar en observación unos cuantos días. Es la tercera vez en un mes que ingresa por el mismo motivo.

—¿Tres veces? —pregunto horrorizada.

—¿No lo sabía?

—No, como le he dicho, he llegado hoy. No me ha contado nada relacionado con esos ingresos.

Evito decir que lo único que Nicole refirió respecto a ese tema era que lo tenía controlado.

—¿Ha dicho que su familia vive lejos?

—Sí, en Los ángeles, ¿por qué?

—¿Lo saben?

—No.

—Hablaremos con ella, pero puede que… cuando le demos el alta médica le convenga estar acompañada. No sé si usted…

—Yo…, no sé qué decirle, todo esto me confunde mucho. Viviré en su casa, pero mi trabajo… ¿No se va a recuperar?

—Sí, claro que sí, no se preocupe ahora por ello. Le iremos informando. Dentro de un par de horas podrá visitarla, ahora todavía está un poco aturdida.

—¿Qué ha sido del protocolo que su amable compañero me recordó?

Por un momento, temo haber hablado de más, pero me relajo cuando se echa a reír.

Se acerca a mí para hablarme al oído.

—Yo me lo salto de vez en cuando… Mi compañero hoy tenía un mal día.

Se va sonriendo, pero se detiene a unos metros de mí.

—Por cierto, debe acudir a la primera planta, en la recepción de visitantes, para que le den permiso de visita. Si me indica su nombre podré autorizarla.

—Ashley Evans.

Hace una señal con la mano y desaparece.

Algo más aliviada, pero sin dejar de estar aturdida, me dirijo al lugar que me ha indicado y consigo mi autorización para visitarla después.

Lo único que deseo es entrar en el apartamento de Nicole y darme una ducha, desayunar algo sólido y dejar su coche bien aparcado en su garaje. No pienso volver a subirme a él. Si algo tengo claro es que volveré en taxi.

Como viene siendo habitual, me cuesta acceder al *parking*, pero una vez más, he tenido que esperar y aprovechar el acceso de otra persona para colarme.

Cuando llego a la altura del coche veo que han colocado un pequeño cepo que impide que pueda moverlo de la plaza.

¡Esto no puede estar pasando!

Una nota pegada a la luna delantera me indica los trámites que debo seguir para liberarlo. Empiezan acudiendo al departamento de seguridad del hospital, que se encuentra en… ¡Qué más da!

Por rápido que sea el trámite, me va a llevar un tiempo y voy a tener que cambiar todos mis planes. No puedo marcharme, tal y como tenía pensado hacer, y volver después para visitar a Nicole.

Me siento tan cansada que cuando me apoyo sobre el coche siento que no voy a ser capaz de moverme.

Me resbala una lágrima por la mejilla.

Me siento frustrada y saturada. ¿Qué más me puede pasar hoy?

Capítulo 14

Ashley

¡Ciento noventa libras!

Esa es la cifra, gentileza del departamento de policía con sede en el hospital, que he tenido que abonar para recuperar mi coche. Me parece un precio abusivo, pero si le añado la cantidad de vueltas que he tenido que dar para realizar el trámite… y las otras tantas para localizar el *parking* donde sí puedo aparcar…

Ese médico no ha parado hasta que ha conseguido que me lleve un buen recuerdo del incidente del aparcamiento. ¡Menudo energúmeno! No era necesario tomarse tantas molestias: él sabía perfectamente que solo iba a permanecer unas pocas horas en esa dichosa plaza de aparcamiento. Puede que haya querido asegurarse de que no volveré a aparcarlo. ¿Acaso la plaza es suya también?

Y si ese fuera mi único problema, no estaría tan desmoralizada como lo estoy ahora.

Acabo de visitar a Nicole y, aunque no tiene mal aspecto como cuando la he encontrado tirada en el sofá, parece muy cansada. Estaba muy adormilada y apenas he podido intercambiar cuatro palabras con ella.

¡Pobre Nicole! Si no tenía bastante con la ruptura con su novio…

Y… todavía no se acaba la lista de alegrías.

Su madre me ha llamado para decirme que no puede localizar a Nicole y he tenido que mentirle. No podía delatarla sin hablar antes con ella; desconozco si quiere o no que lo sepan sus padres. ¿Qué voy a hacer? Seguro que vuelve a llamar en cuanto pasen unas horas y Nicole no se ponga en contacto con ella.

No dejo de pensar en lo que me ha dicho el doctor… el más amable, respecto a que debía permanecer ingresada varios días y que después necesitaría algo de ayuda. ¿A qué se refería? ¿Qué tipo de ayuda?

¿Cómo es posible que haya ingresado en el hospital tres veces en un solo mes? Eso significa que algo no va bien.

Miro a mi alrededor. El restaurante del hospital empieza a llenarse y decido que es hora de abandonarlo. El sándwich de queso, aunque no tenía un sabor muy agradable, me ha sentado bien, es lo único sólido que ha entrado en toda la mañana en mi estómago y ya empiezo a notar lo agradecido que está.

Ahora toca enfrentarme a la aventura de volver al apartamento de Nicole en coche, pero al menos no me costará localizarlo ni me llevaré sorpresas: ahora está a salvo, bien aparcado.

Al salir del restaurante, como viene siendo habitual, dudo de hacia dónde debo dirigirme.

A la izquierda.

No, a la derecha.

Debo encontrar el ascensor que hay situado junto a dos columnas para bajar a la planta subterránea… ¿Dónde narices está?

Me dejo llevar por mi instinto, ese que tanto falla, pero que suelo serle fiel, y me decanto por la derecha. Planeo mentalmente el recorrido cuando me doy cuenta de que puedo estar equivocándome y rectifico dándome la vuelta bruscamente.

Tropiezo con alguien que lleva un vaso de plástico grande en la mano. Es evidente que el vaso no está cubierto, de ahí que se estrelle en su pecho antes de caer al suelo.

Los daños principales los ha recibido una bata.

Una de un blanco inmaculado.

La de un médico.

¡¡¡El borde!!!

No me sorprende que me ocurra algo así, es el complemento perfecto para un gran día como este.

—¿Se puede saber qué hace? —grita con desprecio.

He estado a punto de disculparme, pero ese tono de voz me lo impide.

—Se llama accidente —le digo mientras le miro desafiante.

—¿Accidente?

—¿Qué otra cosa puede ser?

—La he visto ahí y después darse la vuelta…

—Pues… eso: un accidente.

No estoy dispuesta a seguir hablando con ese hombre y bordeo el líquido derramado en el suelo con la intención de seguir mi camino.

—Una disculpa no habría estado de más.

Me detengo, no me puedo ir sin más.

—¿Disculparme? Me denuncias para que me bloqueen el coche en

el aparcamiento, pierdo una hora para conseguir que quiten ese maldito cepo, tengo que pagar doscientas libras y ¿quieres que me disculpe por un simple refresco que se ha derramado accidentalmente? Eso sin contar que eres la misma persona que se ha deshecho en amabilidad cuando lo único que pretendía era tener información de una paciente… ¡Tuya! —He decidido tutearlo, ya me he cansado de formalidades con ese estúpido.

—El que se ha deshecho en amabilidades confieso que he sido yo, el que te ha… ¿denunciado? No, eso no he sido yo. ¿Doscientas libras? ¿Te lo han inmovilizado? No dirás que no te lo avisé.

Me parece ver cómo dibuja una sonrisa, pero es tan fugaz que no podría asegurarlo. ¿Se está divirtiendo?

—No lo diré nunca…

—¿Por ese motivo te has querido vengar con el refresco?

No me puedo creer que se esté burlando de mí.

—Claro. No ha estado mal la venganza, ¿cierto? Es que no he tenido mucho tiempo para planear otra más cruel.

—Es bastante ridícula. Lástima que no hayas tenido más tiempo.

Reconozco que el cansancio, la sorpresa, la impotencia y dos mil razones más, son las que hacen que me aleje de ese hombre sin decirle ni una palabra más.

Cómo me hubiera gustado estrangularle, pero lo más sensato es alejarme. Puede que incluso me haya excedido teniendo en cuenta que es el médico de Nicole. Que no me haya informado, no quiere decir que deje de ser su médico y disfrute poniéndome obstáculos.

Antes de perderlo de vista, me doy la vuelta y veo que sigue en la misma posición sin dejar de mirarme.

Tardo un rato en quitármelo de la cabeza, aunque me cuesta, pero es lo que debo hacer si quiero llegar sana y salva al apartamento de Nicole.

Una hora después lo consigo.

No ha sido tan complicado como esta mañana, pero hay tanta tensión en mi cuerpo que camino como si me hubiera empezado a petrificar.

Planeo todo lo que deseo hacer antes de caer inconsciente en la cama, pero llego a la conclusión que solo voy a ser capaz de darme una ducha.

Hasta mañana no podré volver a visitar a Nicole, así que debo dedicar el resto del día a descansar y poner mis ideas en su sitio. Si no consigo que mi cuerpo y mi mente se centren, la que va a acabar en una cama del hospital, voy a ser yo.

Abro el frigorífico en busca de alguna bebida fresca que me calme

la sed.

Antes de cerrar la puerta, me llama la atención la bandeja de pasteles.

No comprendo como solo queda uno de ellos. Yo solo me comí uno, Nicole otro… ¡Al menos había diez!

¿Se los comió Nicole?

Eso me desconcierta. No consigo entender nada.

Corro hacia la ducha, es la única que ahora puede hacer milagros sobre mi aturdida mente.

Capítulo 15

Ashley

Han trascurrido tres días desde que Nicole ingresó en el hospital y, aunque he recuperado algunas fuerzas y Nicole está mejorando, sigo algo confundida con la situación.

Sus padres llegaron ayer por la mañana después de que me viera obligada a confesarles lo que estaba ocurriendo. Nicole no se mostraba muy receptiva cuando le preguntaba qué debía hacer al respecto y yo no podía seguir mintiéndole a sus padres.

Desde que llegaron, han sido ellos los que se han encargado de visitarla y estar pendiente de su estado. Por suerte, se han alojado en un hotel, así que he podido disfrutar de privacidad en el apartamento.

«Le vendría bien tu visita», son las palabras que ha pronunciado la madre de Nicole esta mañana a primera hora. Palabras que han hecho que cambie mis planes y me dirija al hospital. No es que no quiera visitarla, pero ese lugar solo me produce malestar y desde que ellos llegaron no lo he pisado.

También me ha informado de que dentro de tres días Nicole podrá volver a casa, ya que está prácticamente recuperada.

¡Cuánto me alegro! Llevo menos de cuatro días en Londres, pero tengo la sensación constante de acabar de llegar, como si el momento en el que llegué a la estación Waterloo, acompañada del bueno de Harry, se hubiera producido hace solo unos minutos. No sé a qué se debe esa sensación, pero parece que todo ha ocurrido en un instante y, sin embargo, han sido días largos y agobiantes.

La voz del taxista me anuncia que estamos a punto de llegar. Recibo un mensaje de Kelsi en el que me muestra una fotografía en la que aparece un pedacito de cielo azul muy iluminado. La ha hecho desde la terraza de su apartamento y es su manera de decirme lo que me estoy perdiendo. Eso se debe a lo mucho que me he quejado de la lluvia; desde que llegué no he visto ni un solo momento el cielo

despejado. ¡Es deprimente!

Sonrío al ver la foto y me bajo del taxi mientras suspiro y pienso en lo mucho que la echo de menos. Ella es la única que está al corriente, con detalles, de todo lo que me ha ocurrido desde que abandoné Los ángeles. Mi tía y Hank desconocen lo ocurrido. A mi tía le he contado una versión edulcorada, y a Hank, aprovechando que se encuentra de viaje, no le he contado nada. Y seguiré sin hacerlo hasta que todo vuelva a su sitio. Empiezo a trabajar dentro de siete días y la idea empieza a inquietarme. Me siento como si estuviera nadando en un caos absoluto, pero ahora que sé que Nicole vuelve pronto a casa, empiezo a animarme. Por suerte, sus padres permanecerán en Londres una temporada, hasta que se aseguren de que Nicole está recuperada del todo.

Me alegro que su madre me haya pedido que la visite porque dentro del apartamento mi cabeza da demasiadas vueltas y prefiero tenerla ocupada. Me queda menos de una semana para incorporarme al trabajo y siento que estoy clavada al suelo. El ingreso de Nicole ha cambiado todos nuestros planes y, aunque lo importante es que ella se recupere, no dejo de preguntarme qué estoy haciendo aquí, especialmente desde que sus padres llegaron. Pero… ¿qué otra cosa puedo hacer?

Cuando llego al hospital, me dirijo a uno de los ascensores. Ya no me pierdo, está todo bajo control.

Me encuentro frente a una serie de cuatro ascensores, y ninguno de ellos abre sus puertas. Subiría por las escaleras si Nicole no se encontrara desde hace dos días en la octava planta.

Sigo esperando.

Una voz a mi espalda me sobresalta.

—¡Hola! —me dice sonriente el doctor Andrew Ransey, el amable—. ¿Cómo estás?

Vuelvo la sonrisa.

—Bien, gracias, esperando que un ascensor se apiade de mí y me abra las puertas.

—A veces tardan mucho —dice mientras introduce una llave en un panel de uno de ellos; el último, el que indica que es solo para personal del hospital.

Cuando este se abre me invita a pasar con la mano.

—Utiliza este, llegarás antes. ¿A qué planta vas?

—A la octava.

—Sé que tu amiga se encuentra mejor… me dice nada más entrar.

El ascensor se detiene en la planta segunda y cuando se abren las puertas entra el doctor borde. ¡La última persona que me apetece ver!

—Vaya, veo que es mi día de suerte —dice nada más entrar—. Andrew…

—David…

Ignoro su comentario, sé que va dirigido a mí. El ascensor reanuda la marcha y el doctor Ransey sigue hablando:

—Tengo entendido que hoy abandona el hospital.

—¿Qué? ¿Hoy? ¡Eso no puede ser! —suelto confundida, un poco más alterada de lo que me habría gustado mostrar—. ¿Seguro?

Los dos médicos clavan su mirada en mí. La madre de Nicole me ha dicho que aún permanecería unos días más y solo hace una hora que he hablado con ella. ¡No entiendo nada!

—No pareces muy contenta… —señala el borde sin que nadie le haya invitado a participar—, puede que después de todo le hayas cogido cariño a estar aquí.

No sé a qué viene ese comentario y mucho menos ese tono irónico, pero hoy no toca «ignorarlo». ¡Hoy no!

—Tienes razón, pero no ha sido al hospital al que le he cogido cariño sino a encontrarme con alguien tan arrogante como tú…

—¿Arrogante yo? —pregunta con una sonrisa de satisfacción.

—¿He dicho arrogante? Sería más acertado decir que eres un auténtico gilipollas.

El ascensor se detiene. Me hago paso entre ellos y me giro hacia el doctor Ransey.

—Gracias por todo, ha sido un placer conocerle.

—¿Y a mí no me lo dices? Eso es injusto —dice el auténtico gilipollas mientras se cierran las puertas.

¿De qué va ese tío?

¿Borde, graciosillo, gilipollas? Es completo el doctor.

Entro en la habitación de Nicole y enseguida me olvido del incidente del ascensor. Está sola, sentada en una silla.

—¿Dónde están tus padres?

—En el restaurante. Me marcho en un par de horas.

—Eso es estupendo, Nicole. ¡Qué ganas tenía de que salieras de aquí! Tienes muy buen aspecto.

Nicole me toca la mejilla.

—Gracias, te has portado muy bien conmigo.

—Somos amigas, no me des las gracias.

Quiero hablar con ella de muchos temas, pero debo esperar a que abandonemos el hospital y se encuentre en un ambiente más tranquilo.

—No ha venido a verme, Ashley. Llevo aquí cuatro días y no me ha visitado. Le echo tanto de menos, le quiero tanto…

Me sorprende mucho. A pesar de su buen aspecto, ha vuelto esa expresión sombría al hablar de ese hombre. Sé que se refiere a él.

—Nicole, puede… que ni siquiera se haya enterado —le comento sin saber bien cómo abordar ese tema. Si han roto, no tiene mucho sentido que reclame su visita, mucho menos después de una ruptura algo brusca y… dramática, al menos para ella.

—Sí, lo sabe, me consta. Trabaja aquí, Ashley. Es médico.

Esas palabras me confunden. No acabo de entenderlo bien.

—¿En este hospital? ¿Trabaja aquí?

—Sí, David es médico. Sabe que estoy aquí, pero no ha pasado a visitarme.

Siento un escalofrío al escuchar ese nombre.

—¿David? ¿Cuál es su apellido? —le pregunto mientras empiezo a ver la esfera roja sobre mi cabeza y cierro los ojos para que mi presentimiento no se cumpla.

—David Ellington.

Me dejo caer sobre la cama y siento como el sudor frío y la dichosa esfera me inundan la cabeza.

—Mañana me voy a Los ángeles con mis padres y ni siquiera me ha visitado.

Esas palabras son la estocada que le faltaba a mi estancia en Londres. Por un momento, siento que la habitación está dando vueltas.

Capítulo 16

David

—¿A qué viene esa cara de felicidad? —le pregunto a Andrew cuando se cierran las puertas del ascensor, tras desaparecer esa odiosa mujer.

—Es que… estoy pensando que yo llevo días queriéndote decir lo mismo que te ha dicho ella.

Niego con la cabeza mientras permito que una sonrisa se dibuje sin poner objeción.

—¿Auténtico gilipollas? ¿Eso es lo que te querías decirme? Ella no se ha cortado, no lo hagas tú tampoco.

—Te lo mereces. —Afirma Andrew sin ocultar lo mucho que le divierte.

—¿Qué motivos tiene para llamarme así?

—Puede que tu comentario haya ayudado. ¿A qué venía eso?

—¡Eh! ¡Alto! Pareces empatizar mucho con la amiguita de Nicole, ¿me he perdido algo?

—No seas absurdo.

—Te gusta. ¿Le has pedido ya que salga contigo?

—Ahora entiendo por qué te ha llamado gilipollas… He hablado dos o tres veces con ella y me parece encantadora, tal y como te he dicho. Nada más. Y seguro que lo es más todavía, pero teniendo en cuenta que estamos en un hospital y las circunstancias en las que se encuentra…

—Tu experiencia con ella y la mía son diferentes. La encontré aparcando en la plaza del doctor Fitzroy, le avisé de que no debía aparcar, pero lo hizo de todos modos en cuanto me marché. No debió gustarle lo que le dije, porque aparcó muy cerca de mi coche, suficiente para que al abrir la puerta con muy mala intención me rayara el coche. Se hizo pasar por una estudiante y me dejó en evidencia delante de los demás. Me la encontré en el pasillo, fingió tropezar conmigo y me echó el refresco por encima. Me acusó de ser

yo el que le había denunciado para que le pusieran un cepo en el coche… ¿Sigo? Muy bien no me cae la chica, pero creo que tengo motivos de sobra.

—Te falta el más importante, que es amiga de Nicole… ¿O no?

—Eso le proporciona muchos puntos. ¿Crees que lo de tropezar y rayarme el coche fue accidental? ¿Casualidad?

—Puede que no, pero debes reconocer que fuiste bastante duro con ella antes de saber que era amiga de Nicole.

—Andrew, no te voy a negar que estoy agobiado y que no soy yo, pero te aseguro que me esfuerzo.

—Lo sé, pero no me gusta verte así.

—A mí tampoco. ¿Es cierto que hoy le dan el alta a Nicole? ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Me acabo de enterar, David, me lo ha dicho el doctor Percy. —Me informa refiriéndose al especialista que lleva días atendiéndola.

—Evelyn me ha dicho que estaba preguntado por mí y que ha pedido que me avisaran varias veces —le comento de mala gana refiriéndome a la enfermera que trabaja en la planta donde Nicole está ingresada.

—¿Y te ha sorprendido?

—No sabría contestarte a eso. Puede que no, ya pocas cosas me sorprenden. Y… no quiero seguir hablando de ella. No quiero que mi humor empeore, bastante mal está ya.

—¿A qué «ella» te refieres?

—A Nicole… Y a la otra también. Solo me faltaba perder tiempo con esas dos. Por suerte, hoy se largan.

—No estás bien, David, lo sé, pero ya queda poco.

—Estoy contando los minutos.

Andrew me pone la mano en el hombro, como suele hacer siempre que quiere dejarme claro que está a mi lado, en todos los sentidos, y nos despedimos.

Antes de tomar direcciones distintas, Andrew, como no podría ser de otra forma, me regala un comentario.

—No puedes negar que es muy guapa.

Le ignoro. Sé de quién está hablando, de esa odiosa mujer del aparcamiento.

Pero… Tiene razón, no puedo negárselo. Es preciosa.

Si tuviera que destacar algo de ella, diría que sus ojos, grandes y de un azul poco común, llaman la atención. Tampoco está nada mal esa melena larga y castaña ligeramente ondulada…

Tiene un bonito cuerpo y unas piernas largas que…

Me detengo.

¿Por qué estoy pensando en esa mujer?

Sí, es atractiva, pero me cae mal y es amiga de Nicole. Debo estar peor de lo que creo si pierdo el tiempo pensando en ella. Probablemente, no vuelva a verla nunca más, y con suerte tampoco a su amiga.

Capítulo 17

Ashley

Me siento culpable por no estar atenta a todo lo que Hank me está contando al otro lado del teléfono. En otras circunstancias estaría embobada escuchando todos los detalles del trabajo que ha realizado en el castillo, pero me cuesta mucho concentrarme, mi cabeza es incapaz de procesar otra cosa que no sea la situación en la que me encuentro.

—¿Por qué tengo la sensación de que no me estás escuchando?

—No lo sé, es tu sensación, tú sabrás por qué la tienes.

—¿Me equivoco?

—Es que… me cuesta centrarme.

—¿Estás nerviosa? Solo quedan cuatro días para que empieces en el palacio de los Lyndhurst. Ayer pasé delante de él y vi que había mucho movimiento en el exterior.

—No estoy nerviosa por empezar a trabajar, estoy deseando de hacerlo.

—Entonces… ¿Qué te pasa? ¿Problemas con Nicole?

—Es una larga historia, Hank. Nicole ha estado ingresada en el hospital desde que llegué a Londres.

—¿Desde que llegaste? ¿Es grave?

Dedico unos minutos a contarle lo sucedido de forma resumida.

—Vaya, menudo panorama. ¿Dices que le dieron el alta? ¿Ahora se encuentra bien?

—Se fue ayer a Los Ángeles con sus padres. La convencieron de que regresara a casa. Según su madre, es lo mejor para ella. Quieren que la visiten los mejores especialistas de Los Ángeles.

—¿Y ella quería marcharse?

—No lo sé bien. Apenas hemos hablado. Cuando salió del hospital se fue al hotel en el que se alojaban sus padres. Esa misma tarde aparecieron sus padres dispuestos a recoger sus cosas y se llevaron

cuatro maletas. Me despedí de ella por teléfono.

—¿Estás así porque se ha marchado? ¿Dónde estás?

—En su apartamento. Cuando se despidió de mí, me dijo que podría permanecer aquí durante dos meses más, el tiempo que le quedaba de contrato. Ya estaba pagado.

—Pero…

—Pero la dueña del apartamento me dijo ayer que tenía dos días para abandonarlo. Una vez que se ha marchado Nicole, el contrato queda rescindido. Ya lo tiene reservado a nuevos clientes…

—¿Y ahora qué?

—Ahora tengo solo dos días para encontrar algo en esta ciudad, pero está siendo complicado. Llevo todo el día buscando en…

—¿Estás buscando alojamiento en Londres? —me interrumpe.

—Sí, en Rye no hay nada disponible, ya lo he descartado. He hablado con el señor Carter. Me ha dicho que está todo ocupado hasta dentro de dos meses.

—Ahora que no está Nicole, no tiene sentido que sigas en Londres.

—He buscado en los alrededores de Rye, Hank, pero tampoco he encontrado. Solo hay disponibilidad para días concretos, no hay alojamiento permanente.

—Ashley… —Me regaña.

—Ya lo sé, me he equivocado, no tendría que haber renunciado al alojamiento de la fundación Lyndhurst, pero no pienso perder tiempo lamentándolo. Estoy en la calle y tengo que encontrar una solución.

—El alojamiento en Londres no te suponía coste alguno, igual que el de la fundación… ¡Ahora vas a tener que costeártelo tú!

—Lo sé, pero solo serán dos meses. Encontraré algún lugar que sea asequible hasta que la fundación me permita ocupar uno de los alojamientos que custodian: el de estudiantes, o becarios, o empleados… Cualquiera de ellos.

—Yo no vivo solo, de lo contrario…

—Hank, esto no tiene nada que ver contigo. Sé perfectamente que compartes casa con un amigo y te aseguro que no pretendo alterar nada en tu vida, ni siquiera me lo he planteado.

—En la casa donde vivo solo se pueden alojar dos personas, aunque es grande solo hay dos dormitorios, el resto de estancias están habilitadas para otras cosas. El dueño es muy especial.

—No es necesario que me hables como si te estuvieras justificando.

—No lo hago, solo quiero que entiendas que me encantaría compartir espacio contigo.

—Hank, yo me marcharé dentro de seis meses, cuando termine mi contrato con la fundación. No tengo intención de alterar tu vida. Esto

me lo he buscado yo, y yo lo solucionaré. Hice unos planes que ahora se han estropeado, pero sé que lo solucionaré de una manera u otra.

—Pero Carter no puede dejarte en la calle, ¿le has dicho claramente cuál era el problema?

—No, ni lo voy a hacer. Hablé con él hace mucho tiempo y renuncié al alojamiento que me ofreció, ahora no voy a lloriquearle. No pienso empezar así mi trabajo. De momento, seguiré buscando.

—Bien. Algo tiene que haber disponible, pero dudo que tú y yo podamos encontrarlo. Dame unas horas. Hablaré con algunas personas que pueden ayudarme. ¿Te parece bien?

—No quiero que te tomes tantas molestias.

—Te llamo esta noche.

Cuando cuelga tengo la misma sensación que tengo siempre con él. Nunca sé bien qué pasa por su cabeza. Aunque es una persona sincera, también es reservada y esa mezcla hace que Hank siempre sea un misterio.

Ojalá le hubiera hecho caso cuando me aconsejó que me alojara en Rye… Pero yo no podía saber que Nicole enfermaría, se marcharía y me quedaría en la calle.

¿Qué voy a hacer?

Ojalá tuviera más tiempo para encontrar un lugar. No entiendo las prisas de los padres de Nicole por abandonar Londres, mucho menos cuando ella está recuperada. Me habría gustado charlar con ella un poco más, pero sus padres parecían desesperados por salir del país.

Lo que más me ha sorprendido ha sido esa seguridad con la que afirmaban que Nicole no había tenido una buena asistencia médica aquí y por esa razón había tenido tantas recaídas en tan poco tiempo. Es evidente que Nicole no les ha hablado de su estado de ánimo después de su ruptura con el médico, de lo contrario habrían deducido que ese ánimo ha influido en su enfermedad al no haber seguido su dieta y sus pautas de medicamentos.

Si supieran que se zampó una bandeja de pasteles…

Me pregunto si debería haber hablado con su madre, que es la que ha llevado la voz cantante en todo, de ese episodio, pero creo que he hecho bien en mantenerme al margen. Si Nicole no les ha hablado de su drama con el médico… yo no soy nadie para hacerlo.

Todavía no me creo que ese tío sea el que mantuvo una relación con Nicole. Sigo en *shock*.

Entiendo que se fijara en él, es muy atractivo, pero en la última conversación que he mantenido con ella ha vuelto a nombrarlo de una forma que me ha sorprendido, especialmente porque he tenido el inmenso placer de conocerlo y todo lo que ha dicho de él me ha

chirriado en la cabeza.

«David es tan amable, tan divertido… No ha venido a visitarme, Ashley. Me ha hecho tanto daño. Le he dado tanto…», han sido sus palabras.

¿Amable? ¿Divertido? No consigo imaginarme a ese hombre en esas circunstancias.

¡Pobre Nicole! Se ha enamorado de ese energúmeno… Se ha enamorado de verdad. Estaba tan destruida… Nunca antes la había visto así. Ella es muy intensa y se toma las cosas de forma muy personal, pero… jamás antes la había visto tan afectada por nada, mucho menos por alguien.

En cualquier caso, ni ella ni yo volveremos a verlo. Lo mejor que le puede pasar a Nicole es alejarse de él, es la mejor manera de que lo olvide.

Y yo… Yo también me alegro de no tener que volver a verlo. Pero eso ahora poco me importa. No tengo alojamiento.

No hay manera de que salga el sol. Nunca mejor dicho…

Desde que salí de Los Ángeles no he tenido ni un solo día de tranquilidad.

Estoy deseando de meterle mano a ese fresco de la casa-palacio Lyndhurst, así como a alguna de las obras que deben ser restauradas. Es todo un privilegio haber sido seleccionada y tener la oportunidad de trabajar en la restauración de una obra de tanto valor. Al parecer, ese palacio, que ha permanecido cerrado durante una eternidad, va a exponer sus obras al público en cuanto estén terminados los trabajos de restauración. Pertenece a las mismas personas que dirigen la fundación con el mismo nombre y a nivel artístico es todo un acontecimiento.

Pero… necesito un alojamiento o todo se complicará.

Me siento decepcionada conmigo misma. Acepté la proposición de Nicole sin pensar demasiado en las consecuencias. Hank tiene razón. Aunque los planes no se hubieran estropeado, la distancia de Londres a Rye es demasiado larga para recorrerla dos veces diarias.

¿Por qué puedo ser tan razonable cuando ya me he equivocado y caído? Sí, lo sé, porque es más fácil, pero alguna vez me gustaría adelantarme a las catástrofes y prevenirlas en vez de verlas solo cuando ya me han aplastado.

Puede que eso sea imposible…

Igual que también es imposible quitarme a ese maldito médico de la cabeza. Por mucho que me lo proponga, aparece una y otra vez.

Capítulo 18

David

—¿Ya te has mentalizado de que voy a vivir aquí todos los días? —le pregunto a Hank, mi amigo y la persona con la que comparto mi casa desde hace un año.

—Estoy en ello. —Me confiesa echándose a reír y dándome un abrazo rápido—. Me alegro de que hayas salido de tu infierno. ¿Has adelantado tu salida del hospital?

—Solo unos días, no merecía la pena continuar hasta el final.

—¿Te encuentras bien?

—Empiezo a estarlo.

Hank me hace un gesto de complicidad. Él conoce los motivos por los que he abandonado el hospital de Londres.

Alejarme de la vida de Londres, en un principio me produce algo de vértigo, mucho más cuando voy a trabajar en un centro médico, el de Tenterden, a unas diez millas de Rye. De momento, era la única opción rápida para abandonar el hospital y también la que me permitía alojarme en esta casa tan especial para mí.

Alejarme de Andrew y de mi cómodo apartamento no es algo que me guste, pero no he tenido elección y sé que es necesario buscar otro escenario en mi vida, aunque sea provisional. Y qué mejor lugar que Rye, el lugar donde se encuentra la casa de mi abuelo, el hombre que más he querido en mi vida; el lugar en que muchos fines de semana me refugio cuando necesito una pausa con el bullicio de Londres; la casa donde mi abuelo fue feliz; la que heredé de él.

Sé que Hank se alegra de que esté aquí. Hace solo dos años que nos conocemos, uno que vive en esta casa, pero hemos conseguido tener una buena amistad. Aunque tenemos vidas distintas y solo nos hemos visto algunos fines de semana, ha sido suficiente para compartir buenos momentos e irnos uniendo cada vez más.

Su carácter reservado hace que siempre haya cierta distancia, pero

en los malos momentos él ha sido de gran ayuda. Es una persona leal y muy sensata que tiene muy claro lo que quiere en la vida y nunca suele dar pasos en falso.

Andrew es mi mejor amigo sin duda, pero en todo el proceso del hospital he intentado que se mantuviera al margen para que no saliera perjudicado.

En cualquier caso, no quiero pensar en ello. Hoy es el primer día de una nueva vida y quisiera dejar atrás los malos momentos cuanto antes. Sé que volveré a Londres antes o después, pero ahora solo necesito la paz de este lugar.

—Estás muy pensativo… —me dice Hank sonriendo y ofreciéndome una cerveza.

—Estaba pensando en mi cambio de vida. Me gusta este lugar y necesito alejarme de Londres un tiempo, pero trabajar en un centro médico de un pueblo tan pequeño como Tenterden… me asfixia un poco. Además, sé que no tardaré en echar de menos la vida en Londres. Hasta ahora, venir a Rye solo era una distracción, un refugio de vez en cuando, pero trasladar mi vida aquí…

—Es un cambio muy radical, pero yo creo que podrás soportarlo. Verme cada día va a ser muy bueno para ti. —Se echa a reír y me contagia.

—Podré soportarlo, tienes razón. Además, no voy a firmar un contrato con el centro para toda la vida.

—¿Por qué ese centro médico?

—El director es amigo mío, él me facilitó el acceso. Creció aquí y lo conozco desde haces muchos años. Él siempre se ha decantado por la medicina de familia en zonas rurales.

Mientras hablo con Hank y le explico mis planes, me vienen a la cabeza las palabras de mi padre afirmando que el puesto en el hospital lo conseguí gracias a él. ¡Qué maldita mentira! Él sabe perfectamente que no es cierto, pero necesita estar por encima de todo y anular cualquier mérito mío.

Sé que el mundo de las recomendaciones y los favores de ese tipo existe y existirá. Yo también he recurrido a un amigo para conseguir la plaza de Tenterden, pero solo he recibido un pequeño empujón, he pasado un largo proceso de selección que duró cuatro días. En el hospital de Londres no ocurrió así. Mi carrera se ha desarrollado allí prácticamente desde que empecé. Solo he permanecido fuera un año, uno de los diez que ha durado la carrera.

Mi padre nunca quiso que me dedicara a la medicina. Él quería que siguiera sus pasos y los de mi madre, algo que bajo ningún concepto hubiera aceptado jamás. El problema vendrá cuando cumpla treinta

años. Ese día, de una u otra forma, cambiará mi vida, y… probablemente la de ellos. Llegado el momento, sabré lo que debo hacer.

—¿Algún problema? —le pregunto a Hank al ver que cuelga una llamada y muestra preocupación.

—Tengo que pedirte un favor. Necesito que me ayudes a encontrar alojamiento para Ashley en Rye.

—¿Quién es Ashley?

—Es la amiga que te dije que iba a trabajar en el palacio.

—Sí, cierto. ¿Dices que necesita alojamiento?

—Sí, renunció al que le ofreció la fundación porque tenía otros planes, pero esos planes se han torcido y ahora no tiene dónde ir.

—¿No ha hablado con…? ¿Quién es su contacto en la fundación?

—Carter, pero ya le ha dicho que no hay nada disponible hasta dentro de dos meses.

—No pueden dejarla en la calle…

—No es así exactamente, en realidad fue ella la que renunció. Planeó algo que no ha salido bien y… ¡No importa! Es una larga historia. Ahora está colgada y quiero ayudarla. ¿Sabes de algún lugar en Rye, o cerca?

—Déjame hacer unas llamadas. Puede que Calleham tenga algo —le comento refiriéndome a una de esas personalidades de Rye que están en todas partes y todo lo saben.

—Ya lo he intentado yo. Está todo repleto de estudiantes. Las nuevas restauraciones y la apertura de la casa-palacio han hecho que esté todo ocupado. Y también han llegado unos cuantos becarios al castillo.

—¿Y en Tenterden?

—Solo hay alojamientos provisionales.

—No sé qué más podemos hacer… —le digo percibiendo su preocupación—. ¿Es la chica que va a restaurar las pinturas del palacio? Me hablaste muy bien de ella.

—Sí, es una artista increíble, aunque ella no se lo cree.

—¿No te parece extraño que seleccionen a alguien del programa de intercambio con Estados Unidos para un trabajo como ese? Esas obras son… excepcionales.

—Me extrañaría si no supiera lo buena que es. Su currículum ha hecho que se le abra esa puerta. No creo que haya nada raro, David. Trabajó en unas obras importadas de Italia en El Museo de arte de Los Ángeles que impulsaron su carrera.

Hank se aparta para consultar su móvil.

Quiero ayudarle.

Empiezo a darle vueltas a una idea…

—Hank, entiendo que es una persona de tu máxima confianza, así que ¿por qué no se aloja en la casa de invitados?

Hank me mira sorprendido.

—¿La casa de invitados? Creía que la ibas a reformar.

—Sí, pero no hay prisa, puede alojarse allí. Tendría que hacer alguna llamada para que le dieran un repaso, pero podría estar muy cómoda. Las obras del tejado y el resto de cambios que quiero hacer pueden esperar un tiempo. ¿Cuánto tiempo estará?

—El contrato es para seis meses, pero tendrá alojamiento con la fundación dentro de un par de meses.

—Por mí no hay problema. Supongo que sois buenos amigos.

—Sí, Ashley es una gran amiga, la conozco bien. Te gustará, ya lo verás, es muy simpática y muy divertida.

—Pues no se hable más. Si a ella le apetece alojarse en la casa, llamaré a alguien que se ocupe de tenerla en condiciones.

—Yo puedo encargarme de limpiarla, no te preocupes.

—No digas tonterías, no tienes que ocuparte de nada. Además, hace unas semanas que quiero hacerlo. Aunque tengo pensado hacer reformas, no me gusta dejar el mantenimiento mucho tiempo. ¿Cuándo empieza?

—Dentro cuatro días.

—Es suficiente. Voy a hacer esa llamada.

—Gracias. Voy a decírselo.

—Hank… —le llamo la atención para que se detenga—. ¿Le has hablado de mí? Ya me entiendes. Como va a trabajar en el palacio… Preferiría que no…

—No, no le he dicho nada que no deba decirle. Ya me conoces.

—Me gustaría que siguiera siendo así.

Hank me mira fijamente. No voy a saber qué piensa, ni siquiera voy a intuirlo, a menos que se anime a decírmelo, pero esta vez me da la sensación de que le he puesto en una situación incómoda.

Su silencio hace que vuelva a intervenir:

—Puede que ella te cuente… cosas. Si es así y lo consideras oportuno… Ya me entiendes. Espero que no te moleste que te lo diga.

—No te preocupes, te entiendo. Todo lo que debas saber… lo sabrás.

Asiento con la cabeza y permito que se aleje para llamar a su amiga.

Hank la ha mencionado en varias ocasiones y recuerdo que hace poco tiempo me habló de su incorporación en el palacio, pero he estado con la cabeza en tantos sitios que ya no me acordaba.

Puede que no haya sido totalmente sincero con Hank y me siento algo culpable. Si le he ofrecido la casa de invitados a su amiga, el motivo principal ha sido que va a trabajar en el palacio Lyndhurst, algo que me interesa mucho.

Capítulo 19

Ashley

Hank me ha esperado pacientemente en la estación, después de un retraso de casi media hora. ¡Vaya con la puntualidad inglesa!

Qué bien me han sentado los tres abrazos dolorosos que nos hemos dado. Me hacía tanta falta…

Como era de esperar, está lloviendo. Desde que llegué a Inglaterra he visto el sol en contadas ocasiones. No se trata de una lluvia intensa, sino de una llovizna constante que parece invisible, pero que va calando lentamente, especialmente en el cerebro, o al menos en el mío.

No quiero pensar en el clima de Los Ángeles, ni en las preciosas playas de California, ni en la ropa ligera… No debo pensar en ello. Debo aceptar mi abrigo, mis botas y mi paraguas como un elemento que me va a acompañar durante mucho tiempo. Creo que me acostumbraré.

Nos dirigimos en su coche hacia mi nuevo hogar. Recorremos las calles de Rye mientras no dejamos de bromear y repetir las ganas que teníamos de vernos.

El paisaje parece aún más sombrío a través del vidrio empañado por la lluvia. Observo las casas que nos encontramos a nuestro paso y me parecen monumentos olvidados: sus tejados cubiertos de musgo y sus paredes de piedra desgastadas por los años.

Aunque tiene cerca de cuatro mil habitantes, la escasa actividad en las calles me produce sensación de melancolía.

Pasamos junto a algunas tiendas cerradas y nos cruzamos con algunas personas que caminan despacio bajo sus paraguas.

El ambiente es silencioso, solo interrumpido por el suave zumbido del motor y el constante golpeteo de la lluvia sobre el techo del coche.

Dejamos atrás el centro y nos adentramos en las afueras, donde el paisaje se vuelve más rural y más tranquilo, si es que eso es posible.

Campo y granjas dispersas. Eso es lo que ven mis ojos y lo que me produce una sensación de soledad que a punto estoy de echarme a llorar.

—No salió bien lo de Londres, pero ¿entiendes que prefiriera vivir allí?

—Sabía que no tardarías en hacer un comentario. Claro que lo entiendo, pero la distancia es un inconveniente muy grande. ¿Has visto el retraso del tren? No es un hecho aislado, ocurre con frecuencia. Es debido a un tramo conflictivo que nunca acaban de solucionar.

—Esto es desolador… ¿Dónde está la casa palacio?

—Hemos visto la parte más deshabitada de Rye, mañana verás la otra parte y es diferente. Hay más vida. Y más que habrá cuando incluyan la casa palacio en la ruta hacia los castillos.

—¿Eso debería animarme?

—Debería. Mañana lo verás de otra manera.

Suspiro. Me va a costar aguantar seis meses aquí. Espero que lo que me ha dicho de la otra parte del pueblo sea real.

Después de un breve trayecto, llegamos a la casa. Está situada en una zona apartada, más todavía, rodeada por una tranquilidad que creo que se va a convertir en mi peor pesadilla.

Mientras Hank apaga el motor, la observo y siento un escalofrío que me recorre toda la espalda. La esfera de color rojo se impone en mi mente acompañada de un ligero cosquilleo en la mejilla.

¿Por qué aparece ahora?

Puede que la sensación que me ha producido el paisaje tenga algo que ver, espero que no sea una señal de que algo no demasiado bueno va a ocurrir. Aunque esa esfera me ha acompañado a lo largo de toda mi vida, no recuerdo que apareciera tantas veces seguidas. Desde que salí de Los Ángeles, la he sentido muchas veces, pero ninguna de ellas con la intensidad que siento ahora.

¿Qué va a ocurrir?

Desde que he llegado a este país me he enfrentado a muchos inconvenientes, pero nada que no se pueda soportar. Espero que la esfera siga augurando «tragedias» de esa misma dimensión.

Nos bajamos del coche. La lluvia ha remitido y sin darme cuenta suspiro de alegría. Nos acercamos a la casa. ¡Impresionante! Hank me mira y me sonríe, sabe que las casas de estilo georgiano son mi debilidad.

No destaca por sus dimensiones, pero sí por su preciosa fachada.

Nos detenemos frente a una valla de hierro forjado con motivos florales que rodea la propiedad. Es elegante y, sin duda, necesaria

para proporcionar privacidad y seguridad.

Hank introduce una llave en un lateral de la valla y me hace una señal para que entre en la propiedad.

—¡Es preciosa! —observo fascinada conforme me acerco.

—Sabía que te gustaría. No es muy grande, pero no le faltan detalles.

—El alojamiento que ofrece la fundación no es así, ¿cierto?

Hank se echa a reír.

—Hay de varios tipos, pero te aseguro que no se parecen a este. Son pequeños apartamentos o pequeñas casas adosadas.

Caminamos hasta detenernos delante de la fachada principal. La casa se alza de forma elegante ante nosotros. Se trata de una estructura de una sola planta que refleja el encanto clásico del estilo georgiano. Su fachada blanca, que está impecablemente mantenida, muestra detalles arquitectónicos muy elegantes y distintivos: cornisas decorativas, molduras esculpidas alrededor de las ventanas…

Las contraventanas son de color verde; un toque de color que destaca con la fachada clara.

No puedo dejar de observarla mientras siento que Hank espera pacientemente a que lo haga.

A medida que nos acercamos, puedo apreciar mejor los pequeños detalles que la hacen tan elegante.

Las puertas de la entrada son dobles, de madera maciza, y están adornadas con detalles decorativos de bronce. En la parte superior, tallada sobre una piedra de distinto color, aparece una fecha: 1792.

La lluvia se presenta de nuevo y nos refugiamos bajo el pórtico cubierto.

Miro a mi alrededor y me enfrento a un jardín iluminado de una forma tenue, pero acogedora. Está cubierto por césped y decorado en todo su perímetro por diferentes especies florales y arbustos recortados.

A lo lejos, puedo apreciar una estructura más pequeña. Hank me aclara que se trata de la casa de invitados. Aunque no se aprecian bien los detalles, en conjunto observo que sigue la línea clásica de la casa principal, aunque en una escala más modesta.

Me produce una sensación de calma que me sorprende, pero que me anima a sentir que mi nuevo y provisional hogar va a ser de lo más acogedor.

—Entremos, te presentaré a David. Luego iremos a la que será tu casa.

—¿David? ¿Otro David? Espero que sea diferente.

—¿Otro?

—Sí, conocí a un David en Londres, un tío muy borde.

—Este David no es borde, te caerá muy bien.

Entramos en la casa y tras recorrer un pequeño vestíbulo, desembocamos en el salón. Me sorprende el contraste del exterior y la decoración del interior, mucho más moderna y minimalista.

No es fácil hacer convivir esos dos estilos, pero en este caso está muy logrado.

Lo que más me atrae es la chimenea, que muestra una llama viva y acogedora.

—Sabía que te gustaría —me dice Hank recordando mi fascinación por las chimeneas. En Los Ángeles no forma parte de nuestras vidas.

—¡David! —grita Hank—. ¿Puedes salir?

Se escucha una voz al final de un pasillo que nace de la pared del fondo del salón, pero no logro entender lo que dice.

Hank me sonríe, me toca la mejilla y me pasa la mano por los hombros estrechándome contra su cuerpo.

—Cuánto me alegro de tenerte por aquí —me dice sin dejar de sonreír.

Aparece la figura de un hombre en el salón.

¡No es posible!

Se me hiela la sangre. Me quedo clavada al suelo.

No me puedo creer que ese David sea el mismo David borde que conocí en Londres.

Mis ojos se abren mucho, mi boca también.

¡Esto debe ser una broma!

Capítulo 20

David

Tengo que hacer un esfuerzo por centrar mi vista, por momentos se me nubla. No me puedo creer que la mujer del hospital, la amiga de Nicole, esté delante de mí. Miro a Hank buscando una explicación, pero parece tan confundido como yo.

—¿Tú? —logro decir al ver la expresión de esa mujer, que me mira como si tuviera delante al mismísimo diablo—. ¿Tú eres la restauradora de arte? ¿La amiga de Hank? ¿Tú? ¡No me lo puedo creer!

—¿Tú? ¿Tú eres el compañero de casa de Hank? ¿El que se portó como un imbécil en el hospital? —me dice alzando una ceja con un gesto desafiante que me llama la atención.

Hank permanece inmóvil entre nosotros, que nos encontramos frente a frente, a pocos metros de distancia.

—¿Has dicho imbécil? Qué maravilla, es la segunda vez que me insultas.

—¿Borde te gusta más? Porque borde no es un insulto, es el mejor adjetivo para definir cómo te comportaste en todo momento.

—Veo que ya os conocéis… —comenta Hank con su particular tono calmado.

—Sí, ya nos conocemos. Una experiencia muy agradable —comento con ironía mientras decido si debo sentarme, permanecer de pie o salir corriendo.

—¿Agradable? —repite ella—. No fui yo la que provocó que la situación fuera agradable. Yo no te humillé en el hospital negándome a darte información de un paciente del que estabas preocupado, ni tampoco te denuncié para que te inmovilizaran el coche.

—¿Yo te humillé? Te burlaste de mí haciéndote pasar por estudiante. ¿No podías esperar en la sala de espera como todo el mundo? Y yo no te denuncié. A mí no puedes culparme. Si hubieras

aparcado donde debías, no te habría pasado.

—¿Qué te importa a ti donde aparco? ¿Es tuya la plaza?

—Que no sea mía no significa que tenga que quedarme de brazos cruzados cuando veo a alguien con tanta cara dura… —Me acerco un poco más a ella sin darme cuenta—. No entiendo de qué me acusas cuando la que me rayó el coche fuiste tú y la que me persiguió para tirarme encima un refresco, también fuiste tú.

—¿Yo? Yo no te perseguí. ¿De verdad crees que no tenía nada mejor que hacer? Qué arrogante eres… ¿Rayarte el coche? Necesitarías un microscopio de la NASA para detectarlo, deja de lloriquear por algo que no ha ocurrido. Menuda excusa más infantil.

—¿Lloriquear? El coche está aparcado ahí fuera, cuando quieras te lo muestro.

Se hace un silencio. Necesitamos respirar.

—Así que os conocisteis en el hospital… ¿Qué hacías en el hospital? —le pregunta Hank a ella.

—Nicole… Ya te lo conté.

—¡Ah! Cierto, no me acordaba.

—¿Conoces a Nicole? —le pregunto a Hank perplejo.

—Sí, la conozco. ¿Y tú?

Antes de que pueda contestar se adelanta ella.

—Sí, la conoce bien, era su novio y… la dejó.

—¿Has sido novio de Nicole? —me pregunta Hank más perplejo todavía.

—No, no, nada de eso. Nosotros dos…

—Ni siquiera te dignaste a visitarla —me interrumpe ella cargando de nuevo contra mí—. ¿Tanto te costaba? ¡Qué poca sensibilidad! Trabajas allí, podías haber asomado la cabeza.

—Esto es lo último. No sabes lo que estás diciendo —le recrimino molesto. Esta mujer me está empezando a poner muy nervioso.

—Sí que lo sé. Sé que eres el hombre que la dejó destrozada.

—¿Destrozada? Si está destrozada no es mi problema ni mi responsabilidad.

—¡Qué sensibilidad! Esto es increíble. —Comenta indignada.

—No os caéis muy bien, ¿verdad? —interviene Hank para llamar nuestra atención. Se sienta en una silla que arrastra hasta un punto intermedio entre ella y yo y se cruza de piernas con total tranquilidad.

—No, claro que no me cae bien. Si vieras cómo me trató en el hospital…

—Te equivocas. Tú te colaste en mi territorio. Aparcaste donde no debías y me rayaste el coche.

—Te equivocas, aparqué donde pude porque estaba desesperada y

ni siquiera rocé tu coche.

—Te hiciste pasar por estudiante para tomarme el pelo.

—Te equivocas, fuiste tú, que no te enteras de nada, el que me confundió con una estudiante.

—Tropezaste conmigo para echarme el refresco por encima.

—Fue un accidente, si no hubieras ido tan deprisa… Y tú me denunciaste y me costó doscientas libras tu entretenimiento. ¿Es que no tenías nada mejor que hacer? Parecía que había muchos estudiantes esperándote.

—¿Tú no podías esperar y seguir los protocolos?

—Te negaste a darme información, estaba preocupada. ¿Qué clase de médico hace eso?

—¿Uno que sigue el protocolo y no da información a nadie que no sea familiar o persona autorizada?

—Venga, ¡menuda estupidez! ¿Es que un amigo no puede acompañar a un paciente y esperar a que le informen de su estado? ¡Estaba muy grave!

—¿Grave? —pregunta Hank.

—No, no lo estaba.

—¿Y tú qué sabes? Ni siquiera la visitaste, fue el doctor Ransey quien me informó. Él sí se saltó ese dichoso y absurdo protocolo.

—¿También conoces a Andrew? —le pregunta Hank a ella.

—Sí, lo conozco. Un hombre encantador, amable, profesional… Igualito que este.

Se hace un nuevo silencio. Espero que sirva para calmarnos porque no estoy dispuesto a escuchar de nuevo las mismas absurdas acusaciones, ya hemos hecho dos series de lo mismo.

Dos minutos. Ese es el tiempo que permanecemos todos callados. Hank cómodamente sentado mientras nos mira, ella paseando alrededor de una mesa pequeña y yo, cruzado de brazos, apoyado en la mesa central.

—Bueno, ya que no han hecho falta presentaciones… será mejor que te enseñe tu casa, Ashley —interviene Hank de forma resignada.

—Sí, será lo mejor. A menos que este señor que está tan indignado con mi presencia, llame al dueño de la casa para pedirle que no me permita alojarme; a saber, qué puede inventarse.

¿El dueño de la casa? ¿Por qué dice eso esta mujer?

Busco la mirada de Hank rápidamente. Él parece también sorprendido y se encoje de hombros haciendo una mueca que me deja claro que no sabe a qué se puede referir.

—¿Eso es lo que crees que voy a hacer? —le pregunto a ella intentando aclarar lo que ha dicho.

—No me sorprendería, mucho más sabiendo que no tengo alojamiento.

—No me lo puedo creer —exclamo sorprendido de que esa mujer me considere un monstruo. Si la única que se ha quejado y mostrado impertinente ha sido ella desde que pisó el aparcamiento…—. Puedes alojarte tranquila, no voy a decirle al «dueño» que la casa de invitados la va a ocupar una mujer que no está muy centrada y que solo suelta incoherencias por su boca.

Me mira con la boca abierta.

—Me alegro, cuánto te lo agradezco. Es todo un gesto viniendo de alguien tan arrogante y borde como tú.

Hank se levanta.

—Fin del combate. Ashley, vayamos a ver tu casa.

Ella me fulmina con la mirada y se dirige a la puerta.

—Dame unos minutos, Ashley, quiero hablar con David.

—Tómate los que quieras, yo prefiero no verle la cara —dice antes de salir—. Voy a buscar las maletas.

Hank me mira fijamente.

—No sé qué decirte, David. —Me confiesa—. No tenía ni idea de que erais tan amigos…

—Vaya, lamento la situación, no ha debido ser cómodo para ti. La conocí en el hospital, estaba allí por su amiga. ¿De verdad conoces a Nicole?

—Sí, así es.

—¿Sois amigos?

—No, no somos amigos, es amiga de Ashley. ¿De verdad la conoces tú? ¿Ha dicho que fue tu novia?

—Prefiero no hablar de ello, Hank, es una larga historia. Tantas casualidades me están mareando —le confieso.

—Sí, son muchas casualidades. Siento que hayáis empezado así.

—¿Ashley es la gran artista que va a trabajar en el palacio? —le pregunto con ironía—. ¿Estás seguro? No da el perfil.

—Estoy seguro, es ella. Va a trabajar en el fresco de la sala de los espejos y en la restauración de otras pinturas de la colección nueva.

—¿Tiene la misma sensibilidad con el pincel?

—Sé que ahora no habéis conectado, pero si la conoces mejor, verás que es una mujer increíble. Y es una artista impresionante, viene con muy buenas recomendaciones, ya te hablé de ello.

—En el hospital me dijo que había venido en barco desde Nueva York…

—Sí, pero eso también tiene una larga historia.

—¿Quién viene en barco desde Nueva York para trabajar aquí?

—Ella, pero que no te confunda, que Ashley es una tía alucinante en todos los aspectos: algo inquieta, impulsiva, pero… La adoro.

—No lo dudo, pero a mí me parece que es…

—He dicho que la adoro, David —me interrumpe con un tono severo—. Y a ella le diré lo mismo de ti.

—¿Qué quieres decir?

—Que si a ti te estoy diciendo que la adoro y que es maravillosa, a ella le voy a decir lo mismo de ti. Eso quiero decir.

La situación da un giro inesperado ante la llamada de atención de Hank.

—¿Me adoras? —le pregunto para romper el hielo que se ha creado entre nosotros y consigo que sonría—. De acuerdo, te he entendido. ¿Qué ha querido decir con eso de avisar al dueño de la casa?

—Ha dado por hecho que tú no eras el dueño. Yo no le he hablado de ti y… tampoco le he mencionado de quién era la casa, solo que la compartía contigo. No es algo que yo haya ni aclarado ni desmentido. No sé, debe ser una conclusión de ella.

—¿Cuándo me vio en el hospital no me relacionó contigo?

—No veo por qué, yo con ella no hablo de ti, ya me conoces. Y desde que supe que iba a trabajar en el palacio, mucho menos.

—¿Entonces es una casualidad que sea amiga de Nicole y tuya y que haya terminado en mi casa y nos conociéramos sin saber nada el uno del otro en el hospital?

—David… eso es lo que se llama un cúmulo de casualidades, si hay alguna conspiración detrás la desconozco. Pero te aseguro que no será por parte de Ashley.

—Lo sé, es que me cuesta creerlo.

—Si quieres, le aclaro que eres el dueño o… hazlo tú mismo.

—No hace falta que se lo aclares. Si sabe que la casa es mía, es capaz de destrozarla.

—No estás hablando en serio…

—No, claro que no, pero ya que va a trabajar en el palacio… mejor que sepa poco sobre mí. Supongo que me entiendes. Allí se relacionará con personas y…

—De acuerdo. De todos modos, le ayudaré a buscar un alojamiento, no te preocupes.

Ese comentario me llega en forma de bofetada. Como si hasta el momento no hubiera sido consciente de la situación porque solo he pensado en mí.

—Hank, no es lo que pretendo. Siento haberte confundido, pero no me importa que se quede. El problema del alojamiento debe ser el

mismo que hace unos días, así que no ha cambiado nada. Me cae mal, no voy a negarlo, las circunstancias en las que nos hemos conocido no han sido las mejores, pero por mí puede quedarse. No sé si soportaría vivir bajo el mismo techo, pero la casa de invitados está en el jardín, no necesito compartir nada con ella. Si ella está de acuerdo, puede quedarse. Por mí no hay ningún problema, repito. Siento haberte hecho sentir mal.

Hank se acerca a mí y me da uno de sus abrazos rápidos.

—No te preocupes. Voy a acompañarla a la casa, debe estar esperándome. ¿Me das las llaves? ¿O prefieres ir tú?

Me echo a reír y le doy lo que me ha pedido.

Cuando desaparece de mi vista, me siento junto al fuego e intento hacer un balance de lo que ha ocurrido. Es todo tan casual que hasta me asusta.

La amiga de la que me había hablado, la que iba a trabajar en la fundación, resulta ser amiga de Nicole y coincidimos en el hospital donde trabajo porque Nicole ingresa de urgencias… Me la encuentro en el aparcamiento, me raya el coche, me incordia delante de los estudiantes y después me tira un refresco por encima. Me acusa de haberla denunciado y me llama auténtico gilipollas delante de Andrew.

Y resulta que Hank también conoce a Nicole… ¿Por qué nunca antes lo descubrí?

No sé por qué me pregunto algo así, la respuesta está clara. Yo no suelo hablarle a Hank de mis… aventuras, ni él a mí de las suyas, excepto si está presente Andrew y nos animamos todos a contar alguna anécdota. Andrew es el que siempre anima la fiesta.

Lo que está claro es que esas acusaciones que me ha lanzado respecto a Nicole dejan ver claramente que ella me conocía cuando llegó al hospital.

Eso nadie me lo puede discutir, así que espero que deje de hacerse la ofendida por mi actitud porque el único que tiene motivos para estar molesto soy yo.

No se lo voy a poner excesivamente difícil por respeto a Hank, pero tampoco va a ser un camino de rosas.

Si no fuera tan antipática…

Si no fuera la amiga de Nicole…

Si no fuera tan guapa… ¿Guapa?

¿En qué estoy pensando?

Capítulo 21

Ashley

—Eso es exactamente lo que ocurrió —le digo a Hank después de contarle el relato con detalle de mis encuentros con el doctor mientras disfruto del calor de un generoso y maravilloso fuego.

Es lo que más me ha gustado de la casa, aparte de la buena distribución y la sensación de hogar que transmite. Necesita varias reformas, especialmente un cambio de mobiliario. Da la sensación de viajar un siglo en el tiempo, pero es funcional y más de lo que podría pedir dadas las circunstancias.

—Joder, qué pequeño es el mundo. —Me comenta negando con la cabeza.

—¿Qué te parece? ¿Entiendes que me haya alterado cuando lo he visto?

—Ashley, él tiene su versión y tú la tuya. Os habéis caído mal y ya está. No voy a entrar en ello. Es mi amigo, le adoro, y a él le he dicho lo mismo de ti.

Ese comentario me hace sentir una punzada de dolor en el pecho. No por ver la neutralidad de Hank, que no esperaba otra cosa, y además me parece razonable, sino porque evidencia que se siente incómodo estando en medio de los dos. Por mucho que me cueste entender que ese tío sea su amigo, debo respetarlo.

—Le hizo mucho daño a Nicole, estaba destrozada. ¿Nunca te ha hablado de ella?

—Ashley, jamás antes habíamos hablado de Nicole. No tenía ni idea de que salía con ella, ambos somos algo reservados para esos temas. Es un cúmulo de casualidades. De todas formas, Nicole está destrozada la mayor parte de su vida. Si no tiene un drama, no es feliz.

—Exageras. Estaba mal, muy mal, no dejaba de repetir que era el amor de su vida, que eran felices, que habían hecho planes y que un

día, sin más, la dejó diciéndole que no volverían a verse. Eso la ha llevado a descuidar su medicación y su dieta para la diabetes y a tener una crisis importante, más de una. Preguntó por él en el hospital, pidió que le pidieran que pasara por la habitación a visitarla, pero no se presentó. Me parece triste. Sé que no te cae bien, pero no es una tontería de Nicole, créeme.

—Esa es la versión de Nicole, no conoces la de David.

—A ver qué te cuenta a ti…

—No me va a contar nada, no se lo voy a pedir, no me interesa. Y si lo hiciera… tampoco te lo contaría. No es asunto mío, Ashley. Si quieres conocer la otra versión, pregúntasela tú, pero a mí los dramas de esa chica me importan poco. Me aburre soberanamente la gente así.

No me impactan sus palabras, ya conozco el carácter de Hank, pero tenía esperanza de que él le diera su versión de los hechos, solo por curiosidad. Desde luego yo no se la voy a pedir.

—Ese hombre trabaja en Londres, ¿por qué comparte casa contigo?

—Para empezar, ya no trabaja en Londres. Dentro de unos días empezará a trabajar en un centro médico, cerca de aquí. Ha hecho un cambio.

—Pero antes sí trabajaba en Londres, ¿cierto?

—Durante la semana estaba en Londres, en su apartamento, y los fines de semana se evadía aquí.

—¿Por qué aquí?

—Le gusta, pasó tiempo aquí con su familia. ¿Pensabas que había otro loco capaz de trabajar en Londres y vivir aquí?

—Sí, empezaba a consolarme la idea de que no era la única que se lo había planteado, aunque a la inversa. Sé que era un error. Cuando vi el retraso del tren, me pareció una locura.

—En coche es peor, salir de Londres te puede costar la vida.

—¿Cómo conociste a ese hombre?

—Me lo presentó Thomas, es el compañero con el que empecé en el castillo. Ellos se conocen desde hace muchos años. Thomas organizó alguna que otra fiesta, aquí o en Londres y… coincidimos y nos fuimos haciendo amigos. Lo creas o no, David es un tío increíble en muchos aspectos.

—Aun así… mañana buscaré un alojamiento.

—No, no lo harás. —Me suelta rotundo—. Te quedas, al menos, durante un par de meses. Si después quieres alojarte en lo que te ofrezca la fundación es cosa tuya, pero ahora no veo motivos. Solo porque os caigáis mal y choquéis no debes buscar ningún alojamiento. No vais a compartir cama.

—No, joder, ni lo menciones, me dan náuseas.

Hank se echa a reír y se levanta dispuesto a marcharse.

—Te he comprado algunas cosas básicas para comer que encontrarás en el frigorífico y en la despensa. Mi idea era que cenáramos los tres juntos, pero visto el éxito de vuestro encuentro, será mejor no hacerlo.

—Gracias, Hank. Siento haberte puesto en una situación comprometida.

—Es asunto vuestro como os llevéis. Todos somos mayorcitos.

Me guiña un ojo y desaparece por la puerta. Por años que haga que lo conozco siempre hay alguna situación en la que me resulta imposible saber qué está pensando. Esta es una de ellas. No sé si está disgustado o simplemente le da absolutamente igual.

Me siento mal, muy mal. Estaba tan asqueada cuando he visto a ese tío, al doctor borde, que ni siquiera he pensado que Hank podía incomodarse. Me ha buscado un alojamiento, se ha preocupado por mí. Tengo un techo gracias a él… y el doctor no ha puesto objeción, de lo contrario, no habría podido alojarme aquí. Claro que, estoy a bastante distancia, no sé por qué iba a poner objeciones…

Esta casa es más de lo que podría aspirar a tener hace unos días, incluso en todo momento. El apartamento de Nicole era estupendo, pero cada vez me doy más cuenta de lo descabellado que fue pensar que podría desplazarme diariamente hasta Londres sin morir en el intento.

Ni siquiera el alojamiento de la fundación me hubiera brindado tanta privacidad; tenía que compartirlo con otra persona.

Tengo que animarme, tengo que ser positiva. Si entro en esa parte de mi mente que se empeña en preguntarse por qué desde que llegué a este país todo ha salido al revés… Voy a acabar llorando.

Y no pienso hacerlo. Mañana empiezo un sueño, el de un trabajo que me han confiado y que supone mucho para mí.

En esa casa-palacio hay arte por todas partes y quiero impregnarme de él sin que nada me lo impida.

Sí, estoy bien. Todo va a mejorar.

Aún no me creo que ese doctor sea el compañero de Hank, ni el exnovio de Nicole, ni el gilipollas que…

¿Por qué no me lo pudo quitar de la cabeza?

Capítulo 22

Ashley

No sé cómo voy a ser capaz de subir, aunque solo sea un escaloncito, mi moral, la misma que vaga por los suelos como un fantasma harto de deambular por este mundo.

¿Cómo no me voy a sentir así?

Otro imprevisto.

Otra decepción.

Otro contratiempo de los que ¿duelen?

Salgo de la ducha después de treinta minutos exactos debajo del agua caliente, algo arrugada y sin dejar de pensar en mi primer día de trabajo para la fundación.

Mi reunión con el señor Carter ha sido provechosa. Es un hombre poco hablador, de palabras justas, ni una más, pero es amable y me ha hecho sentir bienvenida. Me ha proporcionado detalles de todo lo relacionado con la fundación, la casa-palacio, mi trabajo y también el de las otras personas que forman parte del mismo proyecto o de los proyectos paralelos que se están desarrollando en el interior de esa majestuosa casa del siglo XV.

La casa-palacio Lyndhurst.

Suena bien, me gusta su nombre.

Es una impresionante obra arquitectónica: su fachada, sus techos altos y abovedados, su escalera de mármol… Posee al menos treinta estancias, todas ellas decoradas con muebles de madera tallada a mano, tapices, candelabros…

Hay varias estancias repletas de colecciones de arte preciosas, incluyendo obras maestras de artistas renombrados y también esculturas.

La sala en la que yo voy a trabajar está completamente vacía de mobiliario. En el techo ovalado se despliega un fresco impresionante que representa una escena celestial con ángeles y seres divinos con

destellos dorados por todas partes. Está inspirado en las grandes obras de los maestros renacentistas. Ese fresco fue un encargo de la familia a Joris Hoefnagel, un maestro del siglo XVI. Tiene un gran valor, principalmente porque se aleja mucho de su estilo, empezando por el hecho de que sea un fresco y terminando por la escena que representa, muy alejada de sus obras paisajísticas.

¿Dónde está mi decepción?

Más debajo de ese fresco en el techo. Ahí está mi decepción. En el lugar que me han destinado a trabajar.

En la parte inferior de una de las cuatro paredes de esa sala, se encuentra otro fresco que ha permanecido cubierto por espejos desde hace más de dos siglos.

Ese es mi objetivo al parecer: restaurar ese fresco una vez que se han extraído los espejos que lo cubrían.

Esa ha sido mi decepción.

Mi gran decepción.

El haber creído que ese fresco era igual que el que hay en el techo, la obra de Hoefnagel. Eso es lo que yo creí entender cuando hablé por primera vez con el señor Carter. El que tengo que restaurar es posterior, sin valor histórico ni artístico y está agujereado por todas partes debido al «listo» que decidió cubrirlo de espejos.

En un principio, he creído que esos espejos tenían como función realzar el fresco del techo mediante el juego de reflejos, pero el señor Carter me ha dicho que la función no era otra que ocultar una puerta que conduce a una especie de sala secreta, una que se descubrió hace relativamente poco tiempo, que ha albergado durante siglos una colección de pintura del siglo XV, concretamente de Memling, un maestro de la escuela flamenca.

Alguna de las generaciones que habitó ese palacio decidió ocultar esa colección. De hecho, descubrirla ha sido el motivo por el que los actuales dueños de la casa, que son los mismos que le dan nombre a la fundación y a una empresa privada, han decidido habilitarlo y abrirla en breve al público.

Estoy deseando ver esa colección. Los maestros de la escuela flamenca, se podría decir que son mi especialidad junto al renacimiento. No todo iban a ser decepciones, al menos eso me hace ilusión. El señor Carter me ha asegurado que me la mostrará muy pronto.

La segunda decepción ha llegado cuando me he enterado de que no voy a trabajar en la restauración de ninguna de las obras que alberga el palacio.

Ante mi insistencia solo me han dicho: «Quizás».

Ese «quizás», me ha roto. No es lo que me habían dicho que iba a hacer. También me ha dicho que hablaría con el señor Wallace, la máxima autoridad en el palacio, junto a los dueños, pero Hank me ha dicho que es un hombre insoportable y muy difícil de tratar.

¿Demasiado bonito para ser cierto?

Puede que haya sido demasiado ingenua al creer que sin ser una personalidad en la materia me iban a asignar la responsabilidad de restaurar unas obras de arte de esa magnitud. Mucho menos siendo a través de un acuerdo de intercambio que tiene la fundación con el museo de Los Ángeles.

Entonces, ¿por qué me mintieron?

Nada ha salido como esperaba.

Escucho unos golpes en la puerta, debe tratarse de Hank.

Lo encuentro con una sonrisa que conozco bien, está tramando algo.

Le he contado todo lo que ha ocurrido durante mi primer día en el palacio y sé que pretende animarme. Él se ha sorprendido tanto o más que yo. Él también tenía entendido que me iba a ocupar del fresco del techo ovalado y de otras obras.

—¿Cenamos juntos?

—¿Dónde?

—En mi casa. David ha cocinado. Es un *crack* en los fogones.

Me aparto de la puerta para que pueda pasar. No estoy segura de haberle entendido bien.

—¿Has dicho que David ha cocinado? ¿Qué David? ¿Tu amigo el doctor borde?

—¿Qué tal si lo intentamos de nuevo? David es un gran cocinero y hemos pensado que estaría bien que cenáramos los tres para limar asperezas.

—¿Limar asperezas? ¿A qué viene esa cursilada, Hank? ¿Qué quiere decir «hemos pensado»?

—Joder, Ashley, solo te estoy invitando a cenar.

—No sé si es buena idea que ese hombre y yo nos sentemos juntos a cenar, no nos soportamos.

—¿Y tiene que ser así siempre? —Se da la vuelta para salir—. Bien, respeto tu decisión.

—Espera, no te vayas. —Le cojo del brazo—. De acuerdo, iré, pero dile que se comporte.

—¿Tú también lo harás?

—Yo siempre me comporto.

—Claro… ¿Cómo he podido dudarlo?

—¿Por qué no estás de mi parte?

—Porque ni conozco ni me interesa esa absurda batalla.

—Eres único para darme argumentos y acabar de convencerme.

—Dentro de una hora. —Me informa con una sonrisa de triunfo antes de marcharse.

—Lo quieres a él más que a mí… ¿Dónde está mi Hank? Me lo han cambiado.

Escucho cómo se está riendo mientras se aleja.

Esa sonrisa me indica que he hecho bien en aceptar. Lo último que me apetece en este momento es verle la cara a ese hombre, pero sé que esta situación es molesta para Hank. Me siento como si hubiera irrumpido en su vida y es una sensación que no logro quitarme de encima.

El sonido del móvil me sobresalta. Me gustaría que se tratara de Kelsi, pero está de viaje y su agenda está algo apretada. El cambio de horario no ayuda mucho a la hora de tener una conversación telefónica.

Se trata de Nicole. Miro mi reloj. Son las once de la mañana en Los Ángeles.

—Nicole… ¡Qué alegría! ¿Cómo estás?

—Bien, Ashley, mucho mejor, me siento más fuerte. Solo quería saber qué tal te va. Me marché muy rápido y apenas pude despedirme de ti.

—Bien, me va bien. Estoy en Rye, dejé el apartamento de Londres.

Evito contarle que tengo a su «David» a pocos metros de mí.

—¿Por qué?

—Me llamó tu casera y me dijo que era una cuestión de contrato y que no podía quedarme.

—Vaya, eso sí que no me lo esperaba. Supongo que eso te supuso muchas molestias.

—No, ha sido lo mejor. Estoy más cerca del trabajo. Al no poder estar contigo, me he planteado otras cosas. ¿Has estado en Rye?

Reconozco que es mi forma de tocar el tema del doctor, no se me ha ocurrido otra.

—No, nunca.

Esa es la respuesta y detrás un silencio que no sé cómo romper.

—Aparte de tu salud, ¿cómo llevas… lo otro?

—¿El qué?

—Lo de tu ruptura con… tu novio.

—Sigo pensando en él, no puedo evitarlo. Con él fui feliz, Ashley, me sentía plena, me sentía libre, me sentía yo misma. Él me llenaba de todas las maneras e hizo que me planteara por primera vez un futuro. Era tan cariñoso, tan detallista…

¡Dios! Qué manera de expresarlo.

—¿Y qué pasó exactamente? —le pregunto con mucha curiosidad.

—Que se fijó en otra.

—Eso no me lo habías dicho, me dijiste que te dejó sin más.

—Sé que hay otra mujer, por eso me dejó.

—¿Te lo dijo él?

—No, pero yo lo sé, Ashley.

—Vaya, lo siento. ¿Salisteis mucho tiempo?

—No salimos, Ashley, éramos novios.

—Pero… ¿Novios de estar comprometidos?

—Novios sencillamente.

—¿Cuánto tiempo?

—Una eternidad, Ashley, la que íbamos a estar juntos y estropeó.

Los siguientes minutos tengo que volver a escuchar lo mucho que lo quiere y lo extraña en diferentes formatos.

Me rompe el alma escucharla. Aunque sé que es algo exagerada, no me queda duda de que lo está pasando mal. Y todavía me siento peor porque no soy capaz de contarle que estoy viviendo en la casa de al lado del doctor-novio infiel.

—¿Vas a volver a Londres algún día? —le pregunto desesperada por cambiar de tema.

—Quizás.

Detrás de ese adverbio, Nicole se despide de mí.

Me siento algo aturdida. Sé que Nicole lo ha pasado muy mal con el doctor y con su enfermedad, pero parece otra persona. Es como si estos dos últimos años en Inglaterra la hubieran cambiado.

Está muy apagada. Sus conversaciones son escuetas, como si le costara una vida seguir el hilo. Excepto cuando habla de él, en ese caso no hay quien la detenga.

¿El doctor la dejó por otra? ¿Por qué Nicole no me lo dijo aquel día? Puede que lo haya descubierto después y por esa razón no es capaz de levantar cabeza. ¡Pobre Nicole!

Me dirijo al dormitorio dispuesta a darle un toque mágico, de los milagrosos, a mi aspecto.

Estoy agotada. Todavía no me he recuperado físicamente del dichoso viajecito en barco, y ya han pasado unos diez u once días.

Estoy ten decepcionada…

Y pensar que tengo que cenar con ese capullo…

Capítulo 23

David

«Me gustaría invitar a cenar a Ashley», esas han sido las palabras mágicas que ha pronunciado Hank.

El tono de voz que ha empleado ha sido suficiente para que aceptara sentarme a la mesa con su odiosa amiga; incluso me he ofrecido a preparar la cena.

Lo he hecho porque entiendo que su situación no es muy cómoda. Hank ha estado a mi lado cuando más necesitaba que me escucharan… No puedo negarle un poco de cordialidad con su amiga, aunque reconozco que me supone un gran esfuerzo; creo que se debe en mayor parte al hecho de que sea amiga de Nicole.

En cualquier caso, no tengo que convivir con ella, eso no lo hubiera aceptado bajo ningún concepto. La casa de invitados se encuentra a una distancia más que suficiente para que no tengamos que coincidir, y si Hank cree que podemos compartir una cena de vez en cuando… creo que podré soportarlo, pero confieso que no me apetece.

Los golpes en la puerta me sobresaltan. Debe ser nuestra invitada de honor. ¿Por qué no utiliza el timbre? Es de un tamaño considerable.

Escucho la voz de Hank que proviene de su dormitorio. Me toca recibir a mí a la invitada.

Abro la puerta y le sonrío. El primer esfuerzo no ha sido difícil.

Antes de dejarla pasar señalo el timbre que hay en un lateral de la puerta.

—Es más práctico si usas eso. —No he podido contenerme.

—Es evidente que golpear con los nudillos también lo es, de lo contrario no me hubieras abierto. Señal que los has escuchado —me dice cambiando su expresión y convirtiéndola en una más desafiante.

Me aparto para que entre y me muerdo la lengua. Tengo que

contenerme o el sentido de esta cena se va a desvanecer.

—Ashley… —le digo acompañando el gesto de dejarla pasar.

—Doctor… —me dice pasando altiva delante de mí.

—¿Llamarme «David» te supone algún problema?

—El nombre no, la persona… ¿Quieres que entre en detalles?

Me muerdo la lengua una vez más. Hank debe estar a punto de aparecer.

—¿Dónde está Hank?

—Se ha marchado. ¿No te apetece cenar conmigo a solas?

—Claro, no te imaginas lo mucho que lo deseo.

—¿Quieres tomar algo mientras llega Hank? Está hablando por teléfono, una llamada de trabajo.

—No, gracias.

En estas dos últimas frases, ambos hemos hecho un esfuerzo.

—Acomódate, siéntete en tu casa. Voy a terminar de preparar la cena.

—¿Por qué me has invitado a cenar?

Me doy la vuelta sonriendo con cinismo.

—¿Te sorprendería si te dijera que ha sido idea de Hank?

—¿Por qué has aceptado?

Su expresión es muy serena, parece que necesita conocer mis intenciones.

—Te seré sincero… Quiero seducirte, conquistarte… ¿Crees que lo conseguiré?

—Claro que lo conseguirás, a mí se me conquista con poco esfuerzo… A menos que alguien sea un estúpido arrogante y borde… En ese caso te va a costar. Pero tú no lo eres, ¿verdad?

—¿Por qué has aceptado venir tú?

—Por lo mismo, para conquistarte y seducirte. Hace días que lo tengo en la cabeza y no he querido perder la oportunidad.

—Eso explicaría esa persecución que me tenías en el hospital.

—¿Persecución? ¿A qué narices te refieres?

—¿Negarás que no sabías quién era e intentaste fastidiarme cuanto pudiste?

—¿Yo? Tú tienes un problema muy grande. Yo no te conocía de nada…

—Claro, tu amiga no te había hablado de mí.

No estoy muy satisfecho del planteamiento, si tuviera que repetir lo que he dicho, probablemente lo plantearía de otro modo, pero ya es tarde. De alguna manera, mi subconsciente se ha dirigido a Nicole.

—Sí, me habló de alguien que le había hecho mucho daño, pero no tenías nombre, ni cara. Cuando me encontré contigo en el

aparcamiento solo vi a un borde con ganas de fastidiar, nada más. No te relacioné con nadie. ¿Qué es lo que crees que pasó?

—Que sabías quién era y viste la oportunidad de fastidiarme, empezando por rayarme el coche, seguramente con cierta influencia de tu amiga.

—Mi amiga estaba inconsciente en el hospital, ¿qué estupidez es esa?

—¿Me quieres hacer creer que no te había hablado de mí?

—Ya te he dicho lo que sabía de ti.

—¿Y dices que no sabías cómo me llamaba?

—Pues… no, aunque no te lo creas. Y para tu información, mi amiga y yo teníamos temas más importantes de los que hablar que tú. Digamos que solo saliste en alguna conversación.

Se está contradiciendo, y por su expresión, deduzco que se ha dado cuenta. Yo tampoco me siento orgulloso de mi discurso, pero ya es tarde.

—Ya. ¿Pretendes que me crea que no sabías quién era desde el primer momento? Todo han sido casualidades…

—No pretendo nada, me da igual lo que creas. Me di cuenta que era tú el último día, cuando le dieron el alta. Después de encontrarme contigo en el ascensor y escuchar uno de tus episodios de amabilidad. ¿Lo recuerdas? Ese día Nicole dijo tu nombre completo. Ahí descubrí que eras la misma persona.

—Sois amigas y… nunca me ha nombrado. Ingresa en el hospital y no te dice que trabajo allí…

—Te vuelvo a decir que teníamos temas más importantes que tú.

—Para importarle tan poco a tu amiga, no entiendo por qué les pidió a mis compañeros que me dieran el aviso de que pasara a visitarla.

Va a abrir la boca, pero se detiene y espera. Está procesando lo que le he soltado.

—¿Eso hizo? No lo sabía. —Confiesa. Parece sincera—. Reconozco que eso fue una estupidez.

—Como todo lo que hace tu amiga.

—¿Cómo puedes hablar así de ella? Joder, te has portado fatal con ella, al menos córtate un poco. Me resulta muy difícil entender que se enamorara de ti, es algo que no me explico, pero podrías mostrar un poco de respeto. Lo ha pasado muy mal.

—¿Y qué tengo que ver yo con eso?

—Tú eres la causa.

—No sé qué clase de amistad tenéis, pero te falta mucha información.

—Proporciónamela tú.

—¿Yo? Yo no tengo ningún interés en aclararte nada, eres tú la que estás reprochando eso continuamente. Tu amiga no me importa absolutamente nada.

—¡Qué sensibilidad! Ha estado muy enferma…

—¿Cuándo volverá a estarlo? Estoy seguro de que dentro de poco vuelve a ingresar en el hospital… Por suerte, yo ya no estaré.

—Está en Los Ángeles, para tu información. Y no veo por qué tendrá que ingresar…

Esa afirmación me sorprende y me agrada a partes iguales.

Esta conversación no parece tener fin. Ni ella ni yo tenemos interés en sentarnos a la mesa juntos, ni ella ni yo nos vamos a caer bien jamás, pero…

El motivo de que estemos hablando en este momento aparece por la puerta.

—Veo que ya habéis enterrado el hacha de guerra… ¡No sabéis lo feliz que me hacéis!

Esa observación por parte de Hank, deduzco que a ambos nos impide seguir con nuestra batalla dialéctica. No sé ella, pero yo me he dado cuenta de que Hank está afectado por este desencuentro. Él no suele intervenir ni implicarse de esa manera.

—Bienvenida, Ashley —le digo con ironía.

—Gracias, doctor… No sabes cuánto me halaga que te hayas tomado tantas molestias y hayas cocinado.

—No es molestia, Ashley… Y ahora, si me disculpáis, voy a terminar de preparar la cena.

Desaparezco contemplado la sonrisa irónica de Hank. No sé cómo va a acabar la velada, pero me resulta imposible creer que en algún momento me va a caer bien esa mujer. No decía más que tonterías, y se contradecía continuamente.

Decido retroceder para recoger una bandeja de una de las vitrinas que se encuentra en el salón, pero me detengo al escuchar sus voces susurrantes. Tengo curiosidad en saber qué le está diciendo ella, puede que le esté dando quejas sobre mí…

—¿Estás mejor? —le pregunta Hank.

—Pensaba que me ibas a regañar…

—Sois mayorcitos, haced lo que queráis. Si no os soportáis… pues que así sea.

—Puede que hoy no sea mi mejor día…

—¿No estás más animada?

—Supongo que no. No me esperaba que me asignaran ese trabajo.

Eso me llama la atención y sigo escuchando.

—Se arreglará, ya lo verás.

—Eso espero, Hank, tirar un sueño a la basura, de esta manera… Quizás soy demasiado ingrata y debería valorar…

—No fastidies, Ashley. Tú te basas en lo que te prometieron, si no cumplen te puedes quejar hasta caer rendida.

No sé de qué hablan, pero me interesa. Espero que Hank se anime después a contármelo.

En cuanto a ella… Me parece increíble escucharla. Es la primera vez que su tono es normal, claro que, no está hablando conmigo.

Sigo atento unos segundos más, pero solo escucho el sonido de un móvil y a ella disculpándose para atender la llamada.

Sale de la casa. Puede que sea una llamada personal. ¿Su novio?

Como si a mí me tuviera que importar.

Capítulo 24

Ashley

—Ashley, espero no molestarte —me dice la madre de Nicole nada más descolgar.

Me encuentro bajo el pórtico de la entrada de la casa y me arrepiento de haber buscado intimidad en este lugar. Como siempre, la lluvia está presente y hace frío.

—¿Ocurre algo? —le pregunto alarmada.

—No, no te preocupes. Sé que Nicole ha estado hablando contigo y quería comentarte algo.

—Ajá —le digo intrigada.

—¿Nicole te ha hablado de ese hombre cuando te ha llamado? El hombre con el que ha estado saliendo en Londres, un tal David, el médico.

—Yo… sí, algo ha comentado de él, ¿por qué?

—Estamos preocupados, Ashley. No consigo que se quite a ese hombre de la cabeza. Ha sido un golpe para ella, pero necesito que se olvide de él. Su psicólogo nos ha dicho que debemos quitarle importancia cuando hable de él, que no le conviene y que es mejor que se mantenga ocupada en otras cosas.

—¿Psicólogo?

—Sí, es el psicólogo de la familia y he creído que le vendría bien que la asesorara, yo soy incapaz. Estoy harta de escucharla hablar de ese maldito médico. Sé que estaba muy ilusionada con él y ha sido duro para ella, pero no puede estar así por un hombre. ¡Todos son iguales! En cuanto encontró a otra más bonita… Y pensar que nos lo iba a presentar en mayo…

—¿A presentar? Vaya, si le soy sincera no conozco tantos detalles. Nicole me habló de esa relación cuando llegué a Londres y ya se había acabado. No sé cuánto tiempo ha durado…

A ver si esta vez soy capaz de enterarme…

—A nosotros también nos habló hace poco de él. Por lo que decía era un médico encantador y estaban muy bien juntos, pero de la noche a la mañana rompió con ella. Solo quiero que se olvide de ese cretino, por eso te he llamado. Siempre que te hable de él, intenta evitar el tema o quitarle importancia, te lo ruego.

—Claro, eso es lo que haré. Yo… creo que pronto se le irá de la cabeza, mucho más estando tan lejos de él.

—¿Has tenido oportunidad de conocerlo?

—Yo… sí, en el hospital, Nicole me dijo quién era, pero… solo eso.

¡Madre mía! Lo que tengo que decir. ¿Cómo le voy a decir a la mujer que voy a cenar con él?

—Gracias, Ashley. No le digas a Nicole que te he pedido esto, se enfadaría.

—Pero… por lo demás, ¿está bien?

—Sí, la está visitando un especialista, el mejor endocrino del estado. Todo está bien, pero su estado de ánimo ha hecho que descuide sus rutinas y su alimentación, de ahí sus recaídas.

Eso era justo lo que yo había imaginado.

Nos despedimos. Antes de entrar de nuevo, expulso el aire contenido en mis pulmones.

Me siento tan fuera de lugar cenando con ese hombre después de escuchar a esa mujer tan preocupada por su hija, pero… hay tantas cosas que no tienen sentido en esa historia. Mientras Nicole llora por todos los rincones, él habla con tanto desprecio…

Entro en el salón con un nudo en la garganta. No estoy en condiciones de sentarme plácidamente a cenar con ellos, pero no quiero hacer sentir mal a Hank.

Ha sido un día cargado de decepciones, en todos los sentidos.

—¿Todo bien? —me pregunta Hank. Debe haber observado mi expresión.

—Sí, sí, todo bien —le digo sin querer mencionar a la autora de la llamada.

—Te has mojado… —observa Hank.

—Solo un poco. ¿Aquí llueve todos los días? —pregunto retirándome algunos restos de lluvia de mi chaqueta.

—Casi todos, te acostumbrarás. —Confiesa Hank.

—¿Acostumbrarme? No, de eso nada. Una cosa es que te resignes y otra es que te acostumbres a ver el cielo siempre gris y esa maldita lluvia constante que para cuando te quieres dar cuenta te ha calado hasta el alma.

—¡Qué poético! —observa el doctor mientras entra en el salón con unas bandejas que deposita en una vitrina auxiliar, junto a la mesa.

Estoy a punto de soltarle algo, lo que sea, aunque simplemente sea un «gilipollas», pero me abstengo.

Odio esa gente que suelta las cosas para provocar y después se quejan de que los llames como se merecen. Al final la que insulta soy yo y la malhablada.

Hank me mira con una media sonrisa, sé que valora que me haya callado porque sabe lo mucho que me cuesta. Me pide la chaqueta y desaparece con ella en la mano, momento que aprovecho para decirle al doctor:

—Compórtate, yo tampoco estoy entusiasmada con tu compañía.

—¿No lo estás? ¿Ya has desistido de seducirme?

Pero… este tío tiene ganas de fiesta, no me queda la menor duda.

Entra Hank y nos callamos los dos. Hank y yo nos sentamos alrededor de la mesa en absoluto silencio mientras el doctor sirve ensalada verde en cada plato, al tiempo que la adereza con el líquido que contiene un recipiente opaco. Debe tratarse de algún vinagre por su color. Deposita en el centro de la mesa una bandeja que contiene, a simple vista, un pastel de carne cortado en porciones y nos sirve una a cada uno.

—¿Qué es? —pregunto cuando observo el color del relleno del pastel. Es oscuro y… no me acaba de conquistar.

—Pruébalo primero. —Me ordena el doctor.

—Cuánto misterio…

—¿Vino blanco? ¿Vino negro? —me pregunta el cocinero girándose hacia donde están apoyadas las botellas que ha mencionado.

—¿Cerveza? ¿Coca-cola?

Me mira como si le hubiera pedido zumo de cocodrilo y se levanta para dirigirse a la cocina.

Solo tarda unos segundos en volver con una cerveza, el mismo tiempo que dedico a inspeccionar de nuevo el pastel.

—Espero que os guste. —Confiesa señalando el pastel y sonriendo. Hasta ahora se está comportando como cualquier anfitrión.

—A mí sí, pero Ashley es algo delicada para comer. Ya te lo he dicho. Quizás algo más sencillo…

—No soy tan básica, Hank. Me alimento bien.

—Ashley… ¿Estás afirmando eso de verdad?

—Es que no estás al día. Desde que te fuiste como mejor, mucho más sano.

—¿Tiene que ver con mi marcha? ¿Tanto me echabas de menos?

Nos echamos a reír Hank y yo.

—¿Qué comías antes? —me pregunta el doctor.

—Comida sabrosa y poco saludable.

—La comida americana no se distingue precisamente por ser saludable.

—La comida inglesa tampoco se distingue precisamente por chuparse los dedos.

—¿Cenamos? —nos dice con tono de cansancio Hank debido al tono que ambos hemos utilizado.

Asiento con la cabeza.

Comemos en silencio. Yo decido terminarme la ensalada antes de probar el pastel. Ellos lo alternan.

Cuando termino la ensalada miro al doctor:

—¿Qué carne es?

—Primero pruébalo —me pide Hank.

—Está bien…

Pruebo un trozo. Lo mastico despacio. No consigo saber qué ingredientes lleva, pero sé que no me gusta.

Soy incapaz de tragármelo y no dejo de darle vueltas en la boca.

El doctor se ha dado cuenta y me mira con una sonrisa cínica.

—Se puede preparar de muchas maneras, aunque siempre existe la receta tradicional, claro está. A mí me gusta prepararlo con riñones solo, la carne de buey no suelo incluirla.

Empiezo a sentir un escalofrío en la nuca cuando oigo esa palabra.

—¿Riñones? —pregunto con dificultad, negándome a tragarme lo que tengo en la boca. Seguramente sea una bromita del doctor.

—Sí, es un pudin de riñones, *Kidney Pie*, es bastante tradicional en Reino Unido. Son riñones de cordero.

Miro a Hank y él asiente con la cabeza. Miro al doctor y muestra una sonrisa de triunfo.

—Está delicioso. Me encantan los riñones. —Afirmo con tal de no satisfacer al doctor, aunque sin ser capaz de tragármelo.

Finjo masticar con apetito, pero lo único que aparece en mi cabeza es una bola de riñones triturados y condimentados dando vueltas en mi boca como si fuera el contenido de una lavadora.

El estómago empieza a oprimirme y siento una arcada.

—El baño está al final de ese pasillo. —Me informa Hank.

Salgo corriendo en esa dirección y me deshago de lo que tengo en la boca dentro del inodoro. Lucho con las arcadas.

Tardo poco en recomponerme, pero cada vez que me imagino los riñones de un cordero dando vueltas en mi boca se reanuda la sesión de arcadas.

Soy muy respetuosa con la comida, así me educaron, pero se ven claras las intenciones de ese hombre.

Vuelvo al salón y me siento despacio en la mesa.

—Ya me imaginaba yo que no te iba a gustar. —Me confiesa Hank.

—Lo has hecho a propósito, lo has hecho sabiendo que eso no me iba a gustar —acuso al doctor.

—Desconozco tus gustos. He decidido preparar un plato típico de nuestra gastronomía… Es lo habitual cuando quieres sorprender a alguien de fuera.

—¿Sorprender o joder? Eso solo es capaz de comérselo un inglés, y yo no lo soy. Hank es una excepción, se come cualquier cosa que no sea tóxica, pero él no cuenta.

Hank se echa a reír, seguramente se ha acordado de las muchas veces que hemos bromeado con su apetito insaciable y poco selecto.

—Lamento que no te haya gustado —me dice con una sonrisa que evidencia que el resultado ha sido el que había planeado.

—No lo lamentas… ¡Sé sincero!

—¿Tú no me habrías obsequiado con algo típico estadounidense si tuvieras que invitarme a cenar? ¿Una hamburguesa, por ejemplo?

—No solo comemos hamburguesas, doctor, infórmate bien.

—David vivió un año en Boston. —Me aclara Hank.

—Pues entonces deberías saberlo.

—Vaya, tengo la sensación de que debo disculparme por haber preparado una cena con tanta ilusión…

—Eso es cinismo puro. Tu cena «de tanta ilusión» no tenía buenas intenciones. ¡Por Dios! Son riñones… Eso no debería estar permitido que se comiera…

Hank se levanta riendo de la mesa y me pide que espere. Mientras, el doctor y yo nos miramos fijamente.

A pesar de la tensión, la situación no es como otras anteriores. Se acerca más al humor que al drama. Una forma de liberar la tensión, aunque sea extraña.

Hank vuelve con un plato de verduras y patatas que tiene muy buena pinta.

—¿Te apetece más esto? Lo preparé yo ayer. Lo acabo de calentar, creo que te gustará.

—No era necesario que…

—No puedes estar sin cenar. Ya lo tenía en mente… En cuanto he visto lo que estaba preparando David, me he imaginado que no ibas a probar bocado. Te conozco bien Ash…

Ese es el nombre que utiliza a veces de forma cariñosa.

¡Qué cena más absurda! Tengo que esforzarme, pero cada vez que miro al doctor se me encoge el estómago. Evito decirle a Hank que podría haber intentado impedir que ese hombre cocinara algo así, pero solo pensar que estoy siendo demasiado exigente y

desagradecida, me frena.

Tengo unas sensaciones tan contradictorias y tan desagradables. Hasta creo que estoy enfocando mi mal humor con el doctor. ¿O no? Ya no sé qué pensar. No me reconozco.

—¿Cómo ha ido tu primer día en el palacio? —Se preocupa el doctor. Es la primera vez que su tono es cordial y se lo agradezco, no puedo seguir con este mal humor y este intercambio de dardos.

—Bien, genial, todo un éxito.

—Mientras hablabas por teléfono le he contado lo ocurrido a David, espero que no te importe. En este pueblo todo el mundo conoce la fundación y el palacio… Suelo desahogarme con David cada vez que tengo un mal día en el trabajo.

El doctor lo mira confuso, pero relaja la expresión.

—He firmado un contrato de confidencialidad, pero… no creo que incumpla nada si comento que… no era lo que esperaba, o más bien lo que habíamos acordado.

—Hank me ha dicho que te han asignado otro trabajo. —El doctor parece interesado y decido que es mejor no alterar la situación. Si ese tema nos va a mantener en paz, bienvenido sea.

—Me ha tocado ocuparme de un fresco que tiene unos pocos años más que yo y que parece un colador. Requiere más las manos de un albañil que de un restaurador de arte.

Por primera vez, veo reír al doctor. Vaya, no pensaba que tuviera la capacidad de hacer algo así. Sus sonrisas, hasta ahora, eran cínicas, irónicas…

—¿Tan reciente es ese fresco? —pregunta con interés el doctor.

—No debe tener más de un siglo.

—Míralo por el lado bueno. El fresco del techo es una obra de arte, una única. Podrás admirarlo mientras trabajas en el otro. —Intenta animarme Hank.

—Sí, tengo que buscar el lado bueno…

Me detengo cuando escucho a Hank toser aparatosamente. Se está atragantando. Mi tía Lucy me enseñó a reconocerlo y actuar con rapidez.

Todo transcurre de forma muy rápida.

Le veo sujetarse el cuello y moverse incómodo. Me levanto rápidamente, como un rayo, tiro de él para que se levante y me coloco tras él. Le presiono a la altura del estómago, siguiendo la maniobra de Heimlich.

Lo que fuera que tuviera obstruido sale disparado rápidamente. Por suerte no ha tardado más que un par de segundos.

—Ya está, Hank, ha salido. Bebe agua. ¿Estás bien?

—Estoy bien. —Me tranquiliza Hank con dificultad levantando una mano—. Joder, qué susto.

Miro al doctor que está de pie, a mi lado.

—Pero ¿tú qué clase de médico eres? —le grito notando como me resbala una gota de sudor por la nuca—. ¿Qué hacías ahí parado?

—¿Yo? Pero si no me ha dado tiempo a tocarlo, ya te habías colocado tú detrás de él…

—¡Oh! Qué atento. Esos modales ingleses… ¿Era el momento de ser educado? Joder, que el médico eres tú.

—Te estaba observando, ¿crees que no iba a intervenir?

—Sinceramente, no te he visto mover ni un músculo.

—Esto es lo último. ¿Qué pretendes decir?

—Que tu capacidad de reacción es increíble para ser médico.

—¡Queréis parar…! —Grita Hank todavía afectado por lo que ha pasado—. Estoy bien. Ya está, ya se ha pasado.

—Es que no pienso permitir que me acuses de algo así…

—Pues la próxima vez muévete más rápido. Si haces lo mismo en el hospital…

—No tengo por qué escuchar esto —dice furioso.

Seis segundos de silencio, aunque el aire podría cortarse con un cuchillo de lo mucho que pesa.

Mi malestar y ciento veinte sensaciones negativas más se instalan dentro de mí. No puedo seguir aquí.

—Hank, lo he intentado, pero no ha funcionado. A este tío no lo soporto ni él a mí. Lo siento por ti, pero es mejor que me marche.

Me dirijo a la puerta sin esperar siquiera a recuperar mi chaqueta.

—¡Buenas noches! —suelta el doctor con un tono que me enerva—. ¿No te quedas a probar el postre? No lleva riñones.

—Hank, ¿le digo por donde se puede meter el postre y los riñones o me voy?

—Vete, mejor vete —me dice echándose a reír para mi sorpresa.

No me esperaba esa risa de Hank. Pero ¡qué más da! Hoy soy incapaz de distinguir el bien del mal. No sé bien cómo entender eso, pero es así como me siento.

Corro bajo la lluvia hasta llegar a mi casita y me lanzo sobre la cama. Tengo el pelo mojado, pero no me importa.

Ha sido un maldito día.

Me siento mal por Hank, me siento culpable. A pesar de esa risa, sé que la situación ha sido incómoda para él. Todavía tengo la capacidad de ponerme en su lugar y entender cómo me sentiría yo.

Todavía estoy temblando… ¡Casi se ahoga!

Odio a ese maldito doctor. Aunque haga un esfuerzo, hay algo que

me frena. No puedo evitar sentir que, en cierto modo, estoy traicionando a Nicole. No sé hasta qué punto es así, no sé medirlo. Quizás, oírla lloriquear por él y estar tan hundida no me ayuda a ver con claridad esta situación.

Y, por encima de todo eso… siento que hay un sueño que se ha roto y me hace preguntarme si tiene sentido estar aquí.

Echo de menos a Kelsi y a mi tía.

Me siento estúpida e infantil.

Mi cabeza es una bomba a punto de estallar.

Necesito llorar.

Y lo hago, lo hago durante un buen rato. Después llamo a Kelsi. Son las doce del mediodía en Los Ángeles por lo que espero que se esté tomando un descanso para almorzar. Necesito su hombro, aunque sea a tantos miles de kilómetros. Necesito reírme hasta caer rendida y necesito hablarle del doctor inglés, del gilipollas del doctor inglés.

Capítulo 25

David

—Sé que esto te hace sentir incómodo —le digo a Hank en cuanto esa insoportable mujer sale por la puerta—, pero es que me supera…

—Estáis en vuestro derecho de no soportaros, la vida nos concede el puto derecho a que alguien nos guste o no nos guste.

—Es que no hace más que acusarme de cosas… Desde que la vi en el hospital por primera vez ha sido un constante ataque. Puede que si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias…

—David, tú lo has pasado mal, muy mal. Ayer empecé a ver una expresión distinta en ti…, pero no estabas bien desde hace mucho tiempo. Cuando no estás de humor, o llevas una carga, no te comportas con la misma sensatez que cuando estás bien. Te has enfrentado a un jeroglífico emocional muy duro… —Hace una pausa y abandona el tema para empezar otro—. Y ella tampoco está en su mejor momento. Hace tiempo que la noto un poco a la deriva y el trabajo en el palacio la tenía muy ilusionada. Para ella era un sueño trabajar aquí. No sé si se arreglará, pero la han partido en dos cuando la han tratado como a una estudiante y le han asignado una un trabajo que le queda muy pequeño.

—Bien, eso significa que en otras circunstancias puede que nos hubiéramos caído bien. ¿A eso te refieres? Es lo que yo he dicho, pero…

—Ashley es pasión en estado puro cuando trabaja —continúa diciendo—. Tendrías que verla cuando sostiene un pincel… Y su sueño es poder deslizar su pincel por encima del mismo trazo de cualquiera de los maestros que acoge el palacio. Y se ha encontrado con un muro que la ha dejado tambaleándose.

Intento seguir su discurso, de hecho, ya me parece increíble que sea tan largo. No puedo dejar de sentir un escalofrío cuando siento como describe a esa mujer como artista. No sé dónde quiere llegar, no

es habitual escuchar tantas palabras saliendo de la boca de Hank.

—¿Dónde quieres llegar, Hank?

—No lo sé, estoy haciendo una reflexión en voz alta. No necesito que os esforcéis por mí, pero esa tensión es muy moleta. Me gustaría poder compartir momentos con los dos, pero no voy ni siquiera a disgustarme por no poder hacerlo. Si va a ser así siempre… pues que sea. Mira que es tozuda… Si no hubiera renunciado al alojamiento de la fundación… Lo hablé con ella muchas veces.

—¿Por qué lo hizo? —pregunto aliviado de que cambie de tema.

—Porque quería vivir con Nicole en Londres, al menos una temporada.

—¿Alojarse en Londres y trabajar aquí?

—Sí, eso pretendía a pesar de que le avisé que no era nada práctico y se cansaría. En parte, puedo entenderla. No le hacía gracia eso de compartir alojamiento con un desconocido en una de las casas de la fundación.

—Entiendo… ¿Y qué la hizo cambiar de opinión y querer alojarse en Rye?

—Nicole se largó a Los Ángeles y se quedó colgada. —Me mira con atención—. ¿De verdad saliste con Nicole?

—Ahora no, Hank, otro día te lo cuento. No quiero hablar más de esa mujer, ya he tenido bastante esta mañana con Ashley. —Me levanto y me siento frente al fuego dándole la espalda y me apoyo los codos en las rodillas mientras.

—Ashley es tozuda, impulsiva y muchas cosas más, pero tiene un corazón increíble. La vida la ha tratado bien, pero se ha enfrentado a alguna situación emocionalmente muy compleja que no todo el mundo habría solucionado como ella. Si tuviera que destacar algo entre sus muchas virtudes, diría que es su sentido de la lealtad.

—¿Tiene familia? —Reconozco que tengo curiosidad. Al fin y al cabo, la mujer que está describiendo me cuesta creer que sea la misma que he conocido.

—Sí, se ha criado con su tía, una mujer increíble. Se adoran, están muy unidas.

—¿Y sus padres?

—De sus padres… prefiero no hablar. Si ella te lo cuenta alguna vez… Aunque dudo que eso sea posible. No os imagino ni haciendo cola uno detrás del otro para entrar en el cine.

—Hank, siento que haya habido tanta tensión.

Podría decirle muchas más cosas, pero sería difícil sin atacar a su amiga. No me gusta verlo disgustado, y es evidente que lo está.

—Si te soy sincero, me gusta tenerla cerca, hace mucho tiempo que

no nos veíamos. No es lo mismo hablar por teléfono o hacer esas odiosas videollamadas que se empeñaba en hacer de vez en cuando para verme la cara. En estos dos años hemos estado un poco desconectados el uno del otro, pero como ves, seguimos siendo igual de amigos.

—Tú y ella… alguna vez…

—No, vas por la dirección equivocada. Ella y yo, nada. Amigos, de los mejores. Desde la universidad hasta que vine aquí éramos inseparables, junto a otra amiga, Kelsi.

Asiento con la cabeza. No sé por qué he tenido curiosidad por saber si ellos se han liado alguna vez… El caso es que desde que supe que eran amigos me lo he preguntado más de una vez.

—Siento que su trabajo no haya sido el que esperaba. ¿Por qué lo han hecho? Me imagino que en su contrato estaba todo especificado.

—Sí y no. Restauración, piezas de arte… Se emplean esos términos, pero no se especifica. La obra que le han dado… es… un fresco sin mucho interés artístico, pero no puedes decir que se salga de las funciones.

—¿Y no se puede arreglar?

—Ha hablado con Carter y le ha dicho que «quizás», pero eso no es una garantía de nada. Yo creo que algo se arreglará. El intercambio siempre es una oportunidad importante y está bien organizado y definid. No sé por qué a ella… le ha tocado. —Suspira—. Me voy a acostar, estoy cansado.

Asiento con la cabeza.

Antes de desaparecer se acerca a mí y me da unas palmadas en el hombro.

No le digo nada más. Me siento incómodo yo también. Entiendo su parte, pero yo, al menos, me he esforzado en aceptar que cenemos juntos. Sin embargo, ella, no ha dejado de atacar. Si hasta me ha acusado de no atender a Hank cuando se estaba ahogando…

Renunciar al alojamiento de la fundación para vivir con su amiguita… Y acudir a trabajar cada día desde Londres…

Y venir desde Estados Unidos en barco…

Hank la adora, pero esa mujer no está muy centrada. Exactamente igual que su odiosa amiga…

En cualquier caso, no quiero que esta situación sea constante. No puedo evitar sentirme mal por Hank…

Mañana hablaré con ella y le expondré la situación.

Capítulo 26

Ashley

Aunque en el palacio no ha ido tan mal como ayer, tampoco puedo decir que haya sido un buen día. Lo bueno es que ya he terminado por hoy, es casi mediodía y, por suerte, no llueve.

Hasta el lunes no podré empezar a trabajar en el fresco, así que prefiero estar fuera del palacio.

He conocido a la señora Lyndhurst, la dueña del palacio y la actual dirigente de la fundación. Es una mujer altiva y poco agradable, pero ha dedicado algo de tiempo a hablarme de la casa.

—Mi bisabuelo es el que creó la fundación, pero este palacio es un legado particular que ha pasado de generación en generación. Ha permanecido cerrada durante muchos años, pero hemos decidido abrirla al público con la intervención de la fundación. Una parte muy importante de los beneficios obtenidos serán destinados a asociaciones benéficas.

Mientras me ha estado hablando de ello, me he limitado a asentir con la cabeza y a pronunciarme únicamente para confesar mi admiración por las obras de arte que cobija su casa.

—¿Le gusta trabajar aquí, señorita Evans?

—Señora Lyndhurst sé que usted no es la persona que se ocupa de mi intercambio y mi trabajo aquí, pero me gustaría decirle que ha habido alguna confusión respecto a mi trabajo.

—Como bien dices, no me ocupo de esos asuntos, para ello está el señor Carter, a quien ya debes conocer, y el señor Wallace, aunque no te aconsejo que a este último lo molestes si no es estrictamente necesario.

En ese momento, he pensado que había sido un error intentarlo con ella, pero me ha sorprendido su siguiente intervención.

—¿Cuál ha sido el malentendido?

—Solo me han asignado la restauración del fresco.

—Hay cuatro obras por restaurar: el fresco de Hoefnagel, el fresco de los espejos, en el que tú estás trabajando, y las dos obras de Fontana; estas últimas están seriamente dañadas. ¿Crees que estás capacitada para trabajar en esas otras obras? Se te ha asignado el fresco por tu currículum en California. Con el museo tenemos una excelente relación y una política de intercambio que ha sido satisfactoria para ambas partes durante años. Te recomendaron, nos pareciste una buena candidata y aquí estás. ¿Te parece demasiado pobre el fresco?

—Es un fresco reciente, artísticamente hablando. Me hablaron de la participación en alguna de las obras dañadas, las de la colección de Memling u otras del periodo renacentista. Ya lo he hecho con anterioridad, aunque siempre con maestro y supervisión. Estoy más que preparada, soy muy buena en lo mío. Tienen muchas referencias que lo avalan.

Ni siquiera sé cómo he sacado valor para venderme así delante de ella.

Me ha mirado fijamente sin perder la altivez.

—No te negaré esa participación, pero será siempre con supervisión y estrictamente participativa. Las obras de Memling no serán restauradas, no lo necesitan, así que olvídate de ello; te han informado mal. A pesar de haber permanecido ocultas en la cámara durante siglos, se encuentran en perfecto estado de conservación. Vas a estar un tiempo aquí. No tenemos intención de inaugurar su apertura al público hasta dentro de siete meses. Tendrás tiempo para hacer mucho trabajo y demostrar ese talento del que te enorgulleces tanto. Hay otros escenarios en la región en los que también podrías aportar tu talento, pero el señor Carter será el que te vaya informando. No creo que haya tal malentendido, como tú has dicho, creo que lo que ocurre es que tienes un poco de prisa. Y tienes suerte de que esté perdiendo mi valioso tiempo proporcionándote información que no me corresponde. Pero… si te soy sincera, me ha llamado la atención tu ambición y el comentario que le has hecho hace un rato al señor Carter sobre la selección de una de las obras que se expondrá en la primera galería. Me ha parecido interesante tu visión como comisaria de arte.

En ese momento, no he sabido qué más decir, pero confieso, que he visto algo de luz. No siempre que comento algo impulsivamente me va mal.

—Gracias —le digo con timidez.

Se ha molestado en mostrarme una de las piezas estrella de la colección de Memling, de las que se encontraron en la cámara secreta,

y he sentido que mi estancia en Inglaterra empezaba a mejorar. He tenido que contenerme para no mostrar la emoción que sentía al estar cerca de esa obra. Si hubiera podido, habría saltado, llorado y aplaudido de forma exagerada, pero no es muy profesional y me he contenido; mucho más teniendo a esa mujer tan estirada a mi lado.

Todavía estoy emocionada por haber podido ver esa obra. Conozco tan bien ese estilo y ese pintor… Reconocería su trazo con los ojos cerrados. Esa obra es todo un descubrimiento. ¿Quién las encerraría en una cámara durante años y por qué?

No me ha ido tan mal, debo admitirlo. Incluso me he animado a hacer comentarios que la señora Lyndhurst ha escuchado con atención; no puedo quejarme.

—Pareces una apasionada de la pintura flamenca…

—Lo soy, especialmente de este maestro.

Su sonrisa me ha dejado claro que no debía arrepentirme de haberle comentado a ella mi situación.

Tengo que admitir que, si bien, no consigo centrarme y me siento como si todavía estuviera flotando, he visto un rayito de luz al hablar con esa mujer.

Le he enviado a Hank un mensaje con lo que ha ocurrido y me ha contestado con unos cien emoticonos aplaudiendo.

No me puedo quitar de la cabeza la dichosa cena, no dejo de sentirme algo culpable.

He hablado con él esta mañana, cuando se ha ofrecido a llevarme al palacio y no parecía molesto por lo que pasó ayer. Claro que, hemos evitado hablar del tema.

Antes de entrar en mi preciosa casita de invitados, me detengo en el jardín. El espectáculo de ver el sol es algo que no puedo perderme. Es el primer día soleado que disfruto desde que llegué a este país y no tiene precio poder sentir un rayito de sol en mi cuerpo.

Mientras me deleito con él, hasta planeo sentarme en la hierba a almorzar, aunque haga algo de frío, escucho una voz a mi espalda.

—¡Buenas tardes! —Con esas palabras se anuncia el doctor.

Me doy la vuelta despacio, cogiendo aire, dispuesta a no emprender una batalla bajo ningún concepto. Le voy a mostrar lo elegante que soy, no me voy a poner a su altura.

—¡Buenas tardes!

—¿No estás en el trabajo? —me pregunta muy conciliador.

—Sí, estoy allí. —Me arrepiento nada más decirlo, pero no me he podido aguantar. Me lo ha puesto muy fácil.

«Ashley, has dicho que no ibas a discutir», me digo. Eso es suficiente para convencerme, eso y la cara que muestra tras mi

comentario. Decido arreglarlo recurriendo a un tono conciliador.

—Hoy he terminado pronto, no tengo que volver hasta el lunes. ¿Y tú?

—Y yo, ¿qué?

Vaya, vuelta a empezar.

—¿Quieres algo o puedo seguir disfrutando de este sol?

Hace un esfuerzo, se le ve. Expulsa aire.

—Me gustaría que enterráramos el hacha de guerra. Por Hank… no es justo para él.

—Yo nunca he sostenido un hacha de guerra. —Hago un esfuerzo para rebajar el tono, no quiero discutir más—, pero entiendo lo que quieres… decir.

—Ayer estaba bastante disgustado por la situación.

—¿Tú?

—Hank…

—¿Hank? Hoy lo he visto y no me lo ha parecido disgustado.

—Pues te aseguro que ayer sí lo estaba. —Me confiesa en un tono algo severo.

—Tengo la sensación de que me responsabilizas a mí. —Me enfrento molesta a él.

—La que se marchó de esa forma tan airada fuiste tú y la que me acusó de utilizar la comida para fastidiarte fuiste tú y la que me acusó, que es mucho más grave, de no querer asistir a Hank cuando se atragantó fuiste tú… No creo que Hank se sintiera mal por mi actitud.

Me muerdo la lengua, no quiero empezar una nueva batalla dialéctica, ya no tengo ganas ni fuerzas.

—¿Qué narices quieres exactamente? Es que me estoy perdiendo.

—No me parece justo que le hagamos presenciar nuestras disputas a Hank, es una situación muy incómoda para él. No vivimos bajo el mismo techo, no trabajamos juntos, solo vamos a coincidir de vez en cuando y… sé que podemos comportarnos, al menos yo. Solo puedo hablar por mí. ¿Crees que tú también podrás?

Lo miro fijamente y tardo un poco en contestarle.

—Te repito que no lo sé… —Resoplo molesta.

—Vamos a ver, ¿qué es lo que te impide tener una relación mínimamente cordial conmigo? Y no me digas que es porque te caigo mal porque tú también me caes mal y estoy aquí haciendo un esfuerzo. Y, por favor, no vuelvas al tema de los desencuentros en el hospital. ¿Qué más tienes en mi contra? Te aseguro que estoy intentando ser razonable y acabar con esta absurda guerra.

—Yo no quiero ninguna guerra —le contesto en un tono conciliador—, pero tengo que ser sincera y decirte que me siento

incómoda cuando te tengo delante. No sé si me entenderás, pero eres la persona que le ha hecho daño a una amiga y… eso me incomoda. Mi postura es incómoda. Lo ha pasado mal, muy mal, e interactuar contigo como si nada hubiera pasado me supone un esfuerzo muy grande y un conflicto también. Siento como si la traicionara…, aunque no sea así y las circunstancias sean otras.

—¿Daño? Creo que no hay nadie que le haga más daño a Nicole que ella misma, pero no tengo intenciones de hablar de esa mujer.

—Si yo le hubiera hecho daño a Hank o a cualquier otro amigo, no me verías igual. Una cosa es que sea involuntario, pero ella me contó lo mal que lo ha pasado y eso a mí… me influye.

—Eso te ocurre porque solo conoces su versión, y me estás juzgando, equivocadamente, basándote en lo que ella te ha contado.

—Pues cuéntame la tuya.

—No —dice frunciendo el ceño en una expresión muy severa—. Yo no tengo nada que contarte, ni nada de lo que justificarme.

—Entonces, ¿cómo pretendes que sepa tu versión?

—Es que no lo pretendo. Si en vez de soltar dardos, me hubieras concedido el beneficio de la duda… ya tendrías otra versión.

—Sé lo que ella me ha contado. No quiero que creas que me importa tu relación con ella, sino la suya contigo. Si no me cuentas esa versión que tanto defiendes y que, según tú, podría hacérmelo ver de otro modo…

—Yo no tengo nada que contarte, no tengo ningún interés en compartir contigo nada de mi vida personal. Si quieres seguir pensando que soy un monstruo, y que le hice no sé qué cientos de putadas a tu amiga, es tu decisión. Si no eres capaz de separarlo, es tu problema, pero me parece injusto que no pienses en Hank. Solo te he propuesto un poco de cordialidad cuando esté Hank delante para no ponerle en una situación incómoda, pero tú te empeñas en hablar de Nicole… ¡No creo que seas justa con Hank!

—Le estás dando la vuelta, estás manipulando el discurso para que parezca responsabilidad mía.

—Hank se ha tomado muchas molestias por ti, estaba muy preocupado porque no tenías alojamiento. Me pidió ayuda después de hacer muchas llamadas y ver que no podías alojarte en ninguna parte.

—¡Ojalá hubiera encontrado algún lugar! No debería haberme alojado aquí.

—Eres libre de marcharte cuando quieras, nadie te retiene. Creo que incluso Hank estaría muy tranquilo, y yo también, por supuesto. —Me suelta en un tono de furia.

—Ese comentario me parece bastante asqueroso. ¿Tú pretendes

enterrar el hacha de guerra?

—Eres tú la que pone objeciones, pero no pretendo discutir. Haz lo que quieras. Ojalá no le hubiera propuesto arreglar la casa de invitados… ¡Si llego a saberlo…!

—¿Tú lo propusiste? ¿A quién?

Me mira desafiante.

—A nadie, joder, a nadie. Esta es mi casa, Ashley, a ver si lo entiendes. Estás aquí porque él me pidió ayuda y yo decidí ayudarlo.

—¿Tu casa? ¿Esta casa es tuya?

Su expresión se suaviza mientras la mía empeora y se vuelve sombría.

—¿Cambia algo?

—Sí, si cambia, lo cambia todo. ¿Por qué no me lo dijisteis?

—Qué más da de quién es la casa, tú lo interpretaste mal y… no había razón para sacarte de tu error.

Me cuesta pronunciarme, siento tanta presión en el pecho que me parece que el corazón me va a salir disparado.

—Sí, si la había.

Me doy la vuelta, pero me detengo al escucharlo.

—Ashley, solo he venido a poner paz… ¿Podemos conseguirlo de una vez?

—Claro que sí. Tendrás toda la que necesites. Gracias por tu amable hospitalidad. Antes de que acabe el día tendrás la casa desocupada.

—Ashley… ¡Ashley!

Corro el corto trayecto que me separa de la casa intentando contener las lágrimas, pero en cuanto atravieso el umbral de la puerta las dejo correr libremente.

No sé si son de rabia, de pena o de qué son.

Sé cuál es mi responsabilidad en todo esto. No estoy orgullosa de mi comportamiento con ese hombre, ni de que Hank se haya sentido incómodo con nuestras absurdas disputas. Ni siquiera soy capaz de entender si existe una traición a Nicole o no por mi parte. Son tantas cosas…

Se han hecho tan grandes…

Es un cúmulo de tonterías y a la vez «no tonterías». Es algo que me sobrepasa y me siento como un auténtico gusano.

Hank debería haberme dicho de quién era esta casa. No entiendo a qué venía ocultar algo así, mucho más sabiendo cómo me llevo con ese hombre.

Al final me he expuesto a que me restregara en mi cara que me encuentro en su casa, y me habría gustado ser libre de evitar algo así.

Es que no soy capaz de pensar con claridad…

Pero si algo tengo claro es que me marcho de aquí. Ya lo creo que me marcho…

Tengo que encontrar alojamiento como sea, aunque sea provisional. Un hotel, un hostal… Ampliaré el radio y me dejaré la vida si hace falta, pero me largo de aquí.

¿Su casa? No me lo puedo creer.

Capítulo 27

David

Sé que he metido la pata, la he metido hasta el fondo. No lo lamento por ella, sino por Hank.

Cuando le he llamado para contárselo solo he escuchado como resoplaba y exclamaba «¡Genial!».

No me puedo quitar de la cabeza la mirada que me ha lanzado cuando se ha dado la vuelta para desaparecer…

El caso es que no había ese brillo de furia… Puede que le haya afectado más de lo que creo.

Me ha dicho que se marcha…

Si me hubiera callado, ahora esto no estaría pasando. Yo le pedí a Hank que no la sacara de su error cuando ella creyó que el dueño de la casa era una tercera persona y… soy yo quien se lo he soltado porque estaba enfadado…

Pero es que… ¡Me saca de quicio!

Y no sé por qué me siento culpable. He intentado poner paz, ha sido ella la que no ha querido.

¿A qué venía otra vez hablarme de su amiga? ¡Dios, qué pesadilla!

Y el caso es que, bien mirado… Es tan absurdo lo que ha ocurrido.

Por suerte, puedo interrumpir mis pensamientos. Escucho el sonido de la puerta al abrirse. Debe ser Hank.

Respiro aliviado, tengo ganas de aclarar esta situación. Llevo unas cuantas horas dándole vueltas al mismo tema y es más de lo que puedo soportar.

—Hola, David.

—Hola, Hank. Siento lo que ha pasado, de verdad.

—Yo también, créeme.

—¿Has hablado con ella?

—Sí, y me ha colgado. Dice que se larga. Cuando he intentado insistir, me ha colgado.

—¿Sigue diciendo que se marcha? ¿A dónde?

—No me lo ha dicho, pero es eso lo que tiene en la cabeza.

—Vaya, lo siento, me tenía que haber controlado. Prácticamente la he echado yo.

Hank se desprende de la bolsa que lleva en la mano. Entra en el baño y vuelve poco después.

—Voy a hablar con ella. —Me anuncia dirigiéndose directamente a la puerta. Supongo que aún no se ha marchado.

—No la he escuchado salir.

—¿Voy solo? —me dice levantando los brazos delante de la puerta.

—¿Qué? ¿No pretenderás que vaya yo también?

—Esta es tu casa, tú la has echado, tú lo has fastidiado…

—¿Y qué quieres que le diga yo? No se puede hablar con ella. Te recuerdo que todo esto ha venido porque esta tarde le he propuesto que enterráramos el hacha de guerra. ¡Mira cómo ha acabado!

—Joder, David, se quiere largar. Está en la puta calle… La has echado tú…

—No ha sido exactamente así, no le he dicho que se vaya textualmente. Hank, yo no tengo ningún interés en que se marche, de verdad. Fui yo el que la acogí y no puse ninguna objeción cuando la conocí, a pesar de lo poco agradable que fue descubrir quién era. Yo te pedí que no le desmintieras quién era el dueño de la casa, y… sé que hoy me debería haber callado, pero…

No sé bien qué más decir.

—Bonito discurso, pero ahora toca pasar a la acción. Vamos los dos. No tiene donde ir, no hay alojamiento en ninguna parte.

—Entonces no se irá…

—No la conoces… ¡Vamos! ¿Me ayudas a arreglar esto?

—¡Tiene narices que yo tenga que ir a hablar con ella! —Resoplo mientras intento pensar—. Está bien, iré, pero es por ti. Que quede claro que no tengo ganas de verle la cara.

—Eso ya lo sé, y seguro que ella tiene pocas de ver la tuya. Venga, vamos de una vez.

Sin pensarlo más, le sigo.

Cuando avanzamos unos pasos, siento frío en los pies. Voy descalzo, solo con unos calcetines.

Hank se da cuenta y me hace una señal para que siga andando.

Por suerte, el suelo no está mojado.

No me puedo creer que ni siquiera me haya dado cuenta…

Hank golpea la puerta de la casa de invitados.

Aspiro aire y lo expulso lentamente.

¡Lo que tengo que aguantar!

Capítulo 28

Ashley

Mi maleta está casi a punto. Pero hay un pequeño problema: que no encuentro alojamiento en ninguna parte.

Solo he encontrado una pensión en las afueras de Rye. No existe ni una sola foto de las habitaciones en la web, es muy barata y la mejor valoración que le han hecho es para hablar de cucarachas. Claro que, hay otras peores, como la de una mujer muy molesta por las manchas de las sábanas…

¡Ay, Dios!

¿Cómo me voy a meter ahí?

Tiene que haber algo donde alojarse…

Pero si lo hay yo no lo he encontrado y he estado dos horas haciendo llamadas.

En Rye no hay alojamiento, ni siquiera en un extrarradio de treinta millas. Es cierto que he encontrado algún apartamento no muy lejos de aquí, pero sin coche representa una dificultad; aunque cuenta con transporte público está limitado a unos pocos viajes diarios.

¿Cómo narices he llegado a esta situación?

He estado todo este tiempo alojada en esta casa sin saber que el doctor era el dueño… Habría sido muy distinto de haberlo sabido. No sé cómo, pero habría sido diferente. ¿Cómo me ha ocultado algo así Hank?

Escucho golpes en la puerta.

Vaya, seguro que es Hank. No me apetece hablar, pero no puedo negarme.

Me encuentro con dos rostros congelados. La verdad es que dan miedo. ¿Qué hace aquí el doctor?

—¿Nos dejas entrar? —pregunta Hank.

—¿Es necesario? ¿Los dos?

Hank suspira y me aparta suavemente para pasar. El doctor lo

sigue y me mira de reojo.

¿Qué hace descalzo?

Nos dirigimos al salón y nos detenemos en el centro haciendo un círculo, quedando todos frente a todos.

—¿Sigues con esa idea de marcharte? —pregunta Hank.

—Por supuesto, ya he hecho la maleta. De hecho, estaba a punto de salir.

—¿A dónde vas?

—Eso no importa, ya he encontrado sitio.

No menciono que solo hay una opción con cucarachas y que estoy desesperada.

—No has encontrado nada, no te creo. —Me confiesa Hank algo molesto.

—Sí lo he encontrado y está muy bien. Es un buen sitio y me ha gustado.

El doctor no dice nada, ¿para qué ha venido?

—Ashley, deja de decir que has encontrado algo porque no hay nada disponible. Me consta, sé muy bien que no tienes dónde ir.

¡Qué mal suena eso! Es cierto, pero se podía haber ahorrado el comentario. Parezco una vagabunda.

—Hank, no quiero discutir. Me marcho y punto. Tengo mis razones y lo sabes.

Hank mira al doctor. Este se encoje de hombros.

—Te toca, David… —Le apremia.

—¿Yo? Si lo tiene tan claro…

Hank lo mira desconcertado. Es evidente que el doctor no está por la labor.

—Ashley, yo… no pretendía que te marcharas —dice por fin el doctor.

—Pues no lo parecía… ¿Es eso una disculpa, doctor?

—Es una manera de decirte que no tienes por qué marcharte, solo estaba enfadado cuando lo he dicho.

—¿Enfadado?

—Sí, enfadado. Es que es muy pesado escucharte una y otra vez decir lo mismo. Esta mañana he intentado firmar la paz…

—¿Diciéndome que esta es tu casa y que Hank y tú estaréis mejor sin mí?

Hank nos mira a los dos. ¡Pobre, qué paciencia!

—Eso ha sido después de que me sacaras de quicio hablando de tu amiga otra vez.

—Entiendo que no te guste escuchar su nombre, pero es la manera que tengo de hacerte entender por qué, entre muchas otras razones,

no te soporto…

—Sois iguales, no sé por qué me sorprendo. Eres igual que esa desquiciada. Joder, solo la he visto tres veces en mi vida. ¿Qué película os estáis montando?

—¿Tres veces? —repito sintiendo que la sangre se me congela. No puede hablar en serio. ¡Qué manera de rebajar una relación!

—Sí, tres veces, al menos voluntariamente. Pero no he venido a hablar de esa mujer, he venido a decirte que… puedes quedarte, que por mí no hay problema.

—Vale, pues queda dicho, pero me largo…

Se hace un silencio incómodo. Se podría cortar con un cuchillo el aire que estamos respirando. Hank sigue mirándonos a los dos y sigue sin intervenir. Hay algo en su expresión que no me gusta.

—Hay olor a humedad… —comenta el doctor para mi asombro.

Da varios pasos mirando el techo.

—No me gusta nada —continúa diciendo—. Las obras del tejado las voy a tener que adelantar… No debería haber esperado.

—¿Ahora te pones a hablar del tejado? —No doy crédito a lo que escucho—. Si esa es tu manera de decir que vas a hacer reformas para que me largue, te lo puedes ahorrar. Es ridículo. ¿Es que no has oído que me voy?

—Pero… ¿Es que todo lo tienes que retorcer? Solo he observado eso —dice señalando un rincón del techo— y no me ha gustado.

—¿Vais a seguir así todo el rato? —pregunta Hank mostrando resignación.

—Hank, yo estoy inten… —dice el doctor.

—Hank, a mí no me… —digo yo.

Ambos hablamos a la vez y Han nos interrumpe.

—Joder, dejadlo ya —grita—. ¿Es que no veis lo ridículo que esto?

Nos callamos de golpe sobresaltados por la intervención de Hank.

—He intentado ser paciente, no meterme, respetar lo que pensáis cada uno… pero ya estoy hasta los cojones. ¡Hasta los cojones! Ashley. —Me mira fijamente—, no tienes alojamiento, así que te quedas aquí. David —le mira fijamente—, ella no tiene alojamiento, así que se queda aquí. ¿Me entendéis los dos?

El doctor y yo nos miramos y asentimos con la cabeza suavemente.

—Esta situación es absurda, arregladlo de una puta vez. No dejáis de dar vueltas y vueltas a lo mismo. ¡Es insoportable! —sigue diciendo manteniendo el tono elevado.

Se pasea por el salón mientras el silencio se impone de una manera casi intimidatoria.

Después de un minuto en el que el doctor y yo nos hemos mirado

fijamente varias veces, decido intervenir. Mi voz es susurrante, casi como si me diera miedo hablar.

—Pues sí que deberíamos arreglarlo, doctor.

—Pues sí, creo que es eso lo que deberíamos hacer.

Hank nos mira a los dos con dureza.

—Vale, pues os dejo para que lo hagáis. Arregladlo como os dé la gana, yo no me quedo a verlo, pero hacedlo.

Sale por la puerta y da un portazo que hace que el doctor y yo nos sobresaltemos.

Creo que también puedo hablar por él si afirmo que no nos esperábamos la reacción de Hank.

Pasan más de diez minutos, ¡diez largos minutos!, hasta que me decido a hablar. Su rostro se ha suavizado, el mío también y hemos evitado mirarnos. Hemos paseado por el salón como dos fantasmas y ya… no puedo más.

—En mi primer curso en el colegio, la profesora nos encerró a una compañera y a mí en una sala hasta que fuéramos capaces de abrazarnos. Es que me siento así ahora.

—En cierto modo es lo que pretende Hank… ¿Os abrazasteis tú y tu compañera?

—No, pero nos pusimos de acuerdo para decirle a la profesora que éramos amigas.

—¿Os creyó la profesora?

—Sí, no era muy espabilada.

Se echa a reír.

—¿Y seguisteis peleando?

—No. El hecho de ponernos de acuerdo para engañar a la profesora nos unió. Acabamos abrazándonos.

—¿Seguís siendo amigas?

—Sí, Kelsi es mi mejor amiga.

—¿Por qué os peleasteis?

—Porque le robamos el almuerzo a otra niña y no nos pusimos de acuerdo en quién se lo quedaba.

El doctor se echa a reír.

—Erais iguales…

—Así es.

—¿Debo interpretar que quieres engañar a Hank?

—No, no creo que eso sea buena idea.

—Entonces… ¿Quieres que te abrace?

—Ni se te ocurra, tampoco nos pasemos. Me he acordado de esa situación y te la he contado, solo me ha recordado a ella.

Sonríe.

—Yo no quería llegar a esto —le digo por fin. Es como si se me hubiera caído la venda de los ojos de repente. Hank ha tenido que gritarnos para que nos demos cuenta—. Lo siento, por la parte que me toca.

—Ashley, confieso que me encantó discutir contigo, disfruté jodiéndote con la cena… pero nunca pretendí que te marcharas.

Su tono de voz es nuevo para mí, supongo que a él le ha pasado lo mismo al escucharme.

—¿Acabas de reconocer que lo de la cena lo hiciste para joderme? —pregunto con una media sonrisa, dejando claro que no estoy empezando una batalla.

Sonríe de una forma que me deja helada.

—Sí.

—¿Me invitaste a cenar sabiendo que no iba a probar bocado?

—Sabía que había otro plato en la nevera que te gustaría, el que te ofreció Hank.

—Demasiadas molestias te tomaste elaborando ese plato solo para joderme unos segundos…

—Después de verte la cara, valió la pena.

Vaya, sincero sí que está siendo, al menos no justifica lo injustificable.

—Empezamos mal, es evidente —afirmo expulsando aire.

—Siento no haberte informado del estado de tu amiga —me sorprende retrocediendo a los hechos del hospital—, tenía un mal día y me molestó que me vacilaras con lo del aparcamiento. Tampoco me gustó que me rayaras el coche. Y… no pretendo iniciar una discusión, que conste.

—Yo tampoco. No te rayé el coche a propósito. Fue un accidente. Aparqué allí porque estaba desesperada. No encontraba el otro *parking*, estaba nerviosa, conducía un coche desde la derecha, circulaba por la izquierda, los otros coches tocaban la bocina, llovía y di más de siete vueltas al mismo lugar.

—¿Y el refresco? —Sonríe.

—¿Quieres seguir con esto?

—Ya que estamos… dejémoslo claro de una vez.

—El refresco fue un accidente —le aclaro—, en ese hospital no había forma de encontrar nada, siempre iba perdida y despistada.

—Ajá —me dice asintiendo con la cabeza.

—Fuiste muy borde en el ascensor. Ya que estamos repasando…

—Un mal día, Ashley. Tú también lo fuiste acusándome de no querer auxiliar a Hank. Eso me dolió.

Se hace un silencio que me decido a romper yo.

—Me puse muy nerviosa cuando lo vi en ese estado.

—Lo hiciste muy bien, por cierto.

—Mejor que tú —le digo sonriendo.

—Vale, ese disparo lo aguanto, pero estábamos firmando la paz, ¿recuerdas?

Sonrío abiertamente.

—¿Por qué no me dijiste que eras el dueño de la casa?

—Te vi confundida y… le pedí a Hank que no te lo aclarara. Temía que si te enterabas me destrozaras la casa.

—¿Hank estuvo de acuerdo en eso? ¿Destrozarte la casa?

—Él no le dio importancia, Ashley. Créeme que no hay nada detrás de eso. Tú lo confundiste y nunca más hemos vuelto a pensarlo. Supongo que Hank te dirá lo mismo si le preguntas.

—¿Por qué has dicho eso de Nicole? ¿Tres días? ¿Qué has querido decir?

—Solo eso, Ashley, lo que he dicho.

—Cuéntame esa historia.

—No, ahora no. Puedes seguir creyendo que soy el monstruo que le hizo daño a tu amiga. Estás en tu derecho, pero yo no voy a contarte nada, no tengo ningún interés en aclararlo.

—No pretendo meterme en tu vida, no es mi estilo. Es solo que… quiero que entiendas que para mí eres la persona que le hizo mucho daño y, pasara lo que pasara entre vosotros, me siento como si la traicionara.

—Es que no se trata de que «pasara lo que pasara». Se trata de lo que ocurrió de verdad. Cuando creas que existe la posibilidad de que mi versión pueda cambiar el giro de esa historia y me concedas el beneficio de la duda… te lo contaré.

Se acerca a mí. Todavía hay bastante distancia, pero a mí me parece muy poca.

Ese gesto me altera, pero lucho por mantenerme inexpresiva y quieta. Desde aquí puedo oler su aroma y hasta diría que sentir su calor, claro que no sé si es por su cuerpo o por el mío.

—Estarás mejor aquí que donde hubieras decidido ir, y Hank también. Y yo… tendré con quien discutir de vez en cuando. Es que Hank es muy pacífico.

—Ahora no lo era tanto.

—Está harto… Y yo también.

Se acerca. El aire se vuelve distinto. Me mira, lo miro. Hay algo que… ¿Cómo se llama? Tensión, pero… de la sexual. ¡Dios mío! ¿Me puedo creer lo que acabo de decir? Hace unos segundos nos estábamos lanzando misiles… ¿Será una interpretación mía?

—Ashley, nos hemos conocido en unas circunstancias algo incómodas. Puede que, en otro lugar, otro día, de otra forma… nos hubiéramos caído mejor. Eliminemos esas circunstancias, podemos tener una relación… ¿Cordial? Puede que el abrazo sea excesivo, pero… ¿Qué tal la mano?

Me la tiende acompañándolo de una sonrisa.

El contacto con su mano me impacta. Es solo un gesto, pero… es tan inesperado y extraño.

—¿Te quedas?

—Me quedo, aunque ya había pagado el alojamiento. —Miento sin poder desprenderme de mi orgullo.

—Si quieres te llevo. Estamos un rato, robamos las toallas y así sientes que no has perdido nada.

—¿Eso es lo que tú harías?

—Por supuesto…

Ambos sonreímos.

—Me lo pensaré, mañana te digo algo. Está pagado hasta la noche.

—Bienvenida a… mi casa. Creo que debía decírtelo.

Termina de decirlo y se dirige a la puerta.

—Gracias. ¿Por qué me denunciaste?

Resopla y pone los ojos en blanco.

—Yo no te denuncié, te lo aseguro. Esa plaza pertenece a un médico que actualmente está ausente. Hace tiempo que no la ocupa, pero el día de nuestro precioso encuentro, él se encontraba en el hospital. Puede que esa sea la explicación. No debió gustarle que alguien la ocupara y debió quejarse.

Asiento con la cabeza y le hago un gesto con la mano a modo de saludo. El caso es que le creo.

Cuando oigo la puerta al cerrarse, suspiro y me dirijo al dormitorio para deshacer la maleta.

Capítulo 29

David

Hank ha recibido la noticia de nuestra reconciliación con una sonrisa. No me ha preguntado nada, solo me ha dicho que se alegraba.

He cenado solo una pequeña ensalada con muchos ingredientes que él ha preparado y llevo más de una hora sentado en el sofá dándole vueltas a la cabeza y recreando frases que Hank ha pronunciado estos días.

«Ayer la partieron en dos».

«Cumplir su sueño».

«Es muy sensible».

«Tiene un corazón enorme».

«Lealtad».

«Se ha enfrentado a una situación muy compleja».

«De sus padres no te voy a hablar».

No entiendo como he pasado en cuestión de horas de detestarla a sentir tanta curiosidad.

Tampoco entiendo como he pasado en tan poco tiempo de maldecir por haberle acogido en mi casa a lamentar que se marchara.

Y tampoco puedo entender cómo me he dejado convencer por Hank para intentar convencerla de que se quede.

Por mucho que quiera engañarme diciéndome que lo he hecho por Hank, sé que hay algo más. Lo acabo de descubrir, nunca antes me lo hubiera planteado.

—Voy a llevarle algo de cena a Ashley, David. Después te veo.

Asiento con la cabeza algo decepcionado, como si me hubieran apartado de la fiesta.

¿Qué me está pasando?

Por suerte, he estado distraído y no he pensado en el hospital. Me parece algo lejano, como si hubiera ocurrido hace meses, muchos meses, y tan solo hace un par de días que me despedí de él y… de

todo lo sucedido en los últimos meses.

Por suerte, dentro de dos días empezaré a trabajar en el centro médico. Me ha alegrado recibir una propuesta del Royal Sussex Hospital, en Brighton, una ciudad que se encuentra a unas cuarenta millas de aquí. Aunque no puedo aceptar la oferta antes de seis meses, el tiempo que tengo firmado un contrato con el centro médico, sé que mantendrán la oferta. Eso me proporciona mucha tranquilidad y le da mucha luz a la oscuridad que veía a mi futuro profesional. Está algo retirado de Rye, pero la carretera es muy buena. Aceptar esa oferta supondría renunciar a Londres, pero no entraba en mis planes volver tan pronto. El hecho de tener esa oferta, es mucho más de lo que habría imaginado al salir del King's College.

Una hora después, me siento agotado frente al fuego. Hank aún no ha vuelto.

No quiero seguir dándole vueltas a la cabeza, he repasado demasiadas veces todo lo ocurrido en cuestión de dos días, e intento entretenerme atendiendo algunos mensajes recibidos en mi móvil de Andrew y otros compañeros.

Cuando estoy a punto de hacerlo, el móvil vibra en mi mano. Se trata de una llamada de Hank. ¿Está tan lejos que ha decidido llamarme?

—Corre, Ven rápido, Ashley no está bien.

Cuelga y salgo disparado hacia la casa de invitados preguntándome en el corto trayecto qué me voy a encontrar.

Nada más entrar me encuentro a Ashley de pie, junto a la ventana, llevándose la mano al pecho y respirando con dificultad, mientras Hank está a su lado intentando ayudarla sin éxito.

—Le cuesta respirar, algo le pasa.

—Estoy… bi… Es… Bien, joder —dice molesta.

Aparto a Hank y le cojo las manos a Ashley para que me mire, pero no puede mantenerse erguida, se mueve y busca el aire fresco que entra por la ventana mientras se mueve de forma desordenada y confusa.

—No, Ashley, tienes que conseguir controlar la respiración, déjame ayudarte.

—¿Qué ocurre?

—Está hiperventilando… Busca una bolsa de papel, solo de papel.

—Joder, ¿dónde encuentro eso? Voy a casa…

—No, no hay tiempo.

Ashley sigue revolviéndose sin permitir que me acerque a ella, que me aparta constantemente. La situación solo hace que aumentar su ansiedad y debo darme mucha prisa en controlarla o puede acabar

mal.

De una forma muy rápida, la sujeto con fuerza, Me levanto el jersey y le cubro la cabeza con él. Necesito reducir la entrada de dióxido en sus pulmones, pero esta forma no es la más aconsejable, pero sí la única a la que puedo recurrir durante unos segundos.

Le pido a Hank una silla y me la proporciona en segundos. Me siento, la libero de mi jersey y la siento de espaldas a mí ejerciendo de pilar sobre su espalda. Ella sigue moviéndose desordenadamente, pero parece ceder. Su respiración empieza a ser más calmada.

Le sujeto los brazos con fuerza y le pido que respire por la nariz y apriete un poco los labios.

Tarda en seguir mis indicaciones, pero lo consigue. Cuando noto que sus músculos empiezan a destensarse, le suelto los brazos y le ayudo a respirar colocándole una mano en el pecho y otra en el abdomen.

No sé cuánto tiempo pasa, pero noto como su pecho empieza a calmarse y a respirar con normalidad.

Escucho el siseo del aire a su alrededor y me relajo sintiendo que la batalla está a punto de ganarse.

Permanecemos así durante al menos cinco minutos, mientras, Hank que está a nuestro lado, resopla de forma sonora demostrando que se siente aliviado.

Asiento con la cabeza para indicarle que está bien. Hank se acerca a ella y le acaricia la cabeza. Siento como su espalda se apoya más sobre la mía y retiro mis brazos lentamente para liberarla. Le susurro al oído:

—¿Mejor?

Ella mueve la cabeza asintiendo y se separa de mí intentando incorporarse. Hank la ayuda a levantarse y la acompaña al sofá.

Pasa un buen rato hasta que ella se pronuncia, todavía está algo confundida.

—Lo siento, no sé qué me ha pasado. Estoy bien… ¡Gracias!

—¿Qué te ha pasado? —le pregunta Hank a ella, pero me mira a mí.

—Parece ser un ataque de pánico.

—¿Pánico? —me pregunta ella abriendo mucho los ojos.

—Está relacionado con la ansiedad. No te preocupes, como has visto, igual que viene se va. ¿Te ha ocurrido antes alguna vez?

—No, jamás. Además, no lo entiendo, ¿has dicho ansiedad? Yo creía que me estaba dando un infarto, que me moría, joder. No estaba nerviosa, más bien cansada cuando me ha ocurrido.

Los siguientes minutos recibo toda la atención de Hank y de Ashley

mientras les hablo de los ataques de pánico o lo que comúnmente mucha gente llama «crisis de ansiedad», aunque no es lo mismo. Les hablo de todo lo que sé sobre ello para tranquilizarlos y les convenzo de que pueden ser episodios aislados. Creo que Ashley ha acumulado demasiada tensión últimamente y su cuerpo se ha revelado y ha elegido un momento en el que ella empezaba a relajarse. Pueden ser mil causas, pero estoy seguro de que no hay nada más.

Seguimos hablando sobre ello e intento aclarar sus dudas. Mientras, Hank ha preparado unas infusiones de flores que hemos tomado con calma.

—Vamos, te vienes a casa a dormir —le dice a Ashley.

—Estoy bien, no le des más vueltas. Estoy cansada y quiero dormir, pero en mi cama, no en la tuya.

—No te voy a dejar sola.

—Doctor —dice dirigiéndose a mí—, dile que estoy bien y que no necesito que se quede conmigo. No le pega nada este papel tan paternal.

—Deberías dormir en nuestra casa, tiene razón.

—¡Traidor! —me dice provocándome la risa. ¿Por qué hablamos de una forma tan natural si ni siquiera hemos tenido una conversación del todo «normal»? Solo hemos salido del paso dadas las circunstancias, pero… normal, lo que se dice normal, no ha habido nada entre nosotros todavía.

—Vale, si quieres me quedo aquí, pero tu cama es muy pequeña. Dormiré en el sofá…

Quince minutos, eternos, nos cuesta convencerla. ¡Qué tozuda es! Ella, finalmente cede resoplando, poniendo los ojos en blanco y asintiendo con la cabeza de la mala gana. Desaparece en el pequeño pasillo sin dejar de despotricar, lo cual nos hace reír a Hank y a mí.

Cuando llegamos a casa le ofrezco una pastilla para que se relaje más. Duda, me mira, mira a Hank, vuelve a mirarme a mí, vuelve a mirar la pastilla… Y por fin la acepta y se la traga.

Ambos desaparecen en dirección al dormitorio de Hank, pero él vuelve poco después.

—¿Eso es grave?

—No, claro que no, está bien. Es más frecuente de lo que te imaginas. Tú… sueles controlar muy bien los nervios, no espero que lo entiendas —le digo refiriéndome a su extrema calma.

—Mañana por la mañana me marcho a Bamburgh y estaré fuera un par de semanas, quizás algo menos. Me preocupa Ashley.

—No te preocupes, estaré pendiente. No tiene por qué volverle a pasar, si es eso lo que te preocupa.

—Te agradecería que…

—Vete a dormir, no hace falta que me lo pidas. Estaré pendiente. Si quiere… puede quedarse aquí. Propónselo.

Nos despedimos y le sigo con la mirada mientras desaparece de mi vista. Siento una ligera presión en el pecho cuando pienso que va a dormir a su lado…

¿Es lo que me gustaría a mí?

Si es así, ¿por qué tiene tan poco sentido que desee algo así?

Si alguien me hubiera jurado que esto iba a ocurrir, me habría muerto de risa en su cara.

No me caía bien, me sacaba de quicio, me asqueaba que fuera amiga de Nicole, me repelían sus provocaciones… Y ahora, solo unos días después…

Me preocupa su salud.

Tengo interés por aspectos de su vida.

Me atrae…

Me…

Es mejor no seguir, acabo de reconocer que me atrae, no merece la pena seguir torturándome más. Esa es la clave.

Esa insoportable y preciosa americana… ¡Me atrae!

Capítulo 30

Ashley

Mi entretenimiento del día se ha terminado. Apenas son las ocho de la tarde y no sé qué hacer. Por suerte, mañana empiezo a trabajar en firme y estaré distraída gran parte del día.

Espero conseguir material a través de la fundación, echo de menos mis lienzos, mis pinceles…

La marcha de Hank me ha descolocado. Si bien, me lo había comentado, no esperaba que fuera tan pronto, mucho menos justo después del episodio de anoche. Y tan lejos… Bamburgh está a más de cuatrocientas millas de aquí.

Aunque me encuentro perfectamente, solo un poco más cansada de lo habitual, tengo que apartar de mi mente constantemente lo ocurrido. No solo por el miedo que pasé pensando que mi corazón se iba a partir en dos o que iba a morir asfixiada, sino por todo lo que sentí en brazos del doctor.

A Kelsi, con la que he mantenido una conversación de más de una hora y media, la he puesto al corriente de todo.

Qué sanador es hablar con ella. No solo me río a carcajadas, sino que siento lo mucho que me entiende en todo momento. Sé que a ella le ocurre lo mismo conmigo.

—Hubiera sido una muerte feliz, Ashley —me ha dicho muy seria—. Si es tan guapo como dices, ¿qué mejor manera de marcharse a otro mundo que con la cara estampada a ese cuerpo?

Se refería al momento en que mi cabeza se ha quedado atrapada entre un jersey y un cuerpo de infarto, entre un aroma increíble y un calor que… ¡Dios mío! Me da vértigo cada vez que lo pienso.

Intento apartarlo de mi cabeza, pero no hay forma de hacerlo.

¡Qué día más largo!

He hablado con mi tía y con Kelsi.

Me he duchado dos veces.

He hablado con Hank tres veces para decirle que estoy bien.

He recibido al doctor tres veces más cuando ha venido a asegurarse de que me encuentro bien. La primera me ha traído una ensalada, la segunda un té con leche que no me ha desagradado y la última tan solo hace una hora, un plato cocinado por él mismo de verduras salteadas y pescado.

Han sido encuentros breves, correctos, pero seguía habiendo tensión entre nosotros, no me voy a engañar. Y no tensión de la que te lleva a sacar las uñas, no. Tensión de la que te hace luchar contra tu cuerpo porque quiere hacer cosas que no puede hacer.

Cómo ha cambiado la situación…

No puedo quitarme los momentos de ayer de la cabeza… los del ataque de pánico.

¡Otra vez estoy pensando en eso!

Para evitarlo, decido seguir leyendo un libro que he empezado más de seis veces. Uno que me ha prestado Hank. Se trata de una historia de ciencia ficción que no me atrae nada, pero cualquier cosa es mejor que estar luchando contra mi cabeza.

El sonido de la lluvia me llama la atención. Se acabó la racha. Dos días sin llover, no me puedo quejar. Algo es algo.

Intento concentrarme en la lectura, pero el sonido de la lluvia es cada vez más intenso y decido acercarme a la ventana.

Llueve con mucha fuerza.

Después de media hora, sin que la lluvia cese, siento una gota en la cabeza que me alerta.

Miro hacia el techo y noto un pequeño hueco entre las vigas que no debería estar ahí.

La gota se convierte en una gotera constante y tengo que apartarme con rapidez. Busco un cubo para poner debajo de la gotera y una vez solucionado localizo una nueva a pocos metros.

Y otra…

Y otra…

El techo del salón parece que se va a hundir. Hay goteras por todas partes y desisto de ocuparme de ellas. Recojo las cosas que tengo dispersas y me refugio en mi dormitorio, pero antes de entrar me encuentro con una cascada cayendo desde el techo a lo larga de una pared y convirtiendo el suelo en un arroyo.

Corro por todas partes sin dejar de mirar hacia el techo que muestra varios orificios entre las vigas y las tejas. Algunas de ellas parecen haberse movido o desintegrado.

Empiezo a asustarme, pero no quiero marcharme sin mis cosas de más valor: el móvil, el portátil, el bolso… Las localizo todas y cargo

con ellas mientras vuelvo al salón y observo que hay nuevos orificios y nuevos chorros de agua. Me refugio con el móvil en el baño. En una esquina del techo también parece haber un hueco, pero de momento, no entra agua.

Intento ponerme en contacto con el doctor, pero me doy cuenta de que el número que me ha dictado le falta una cifra. Me lo ha proporcionado en una de sus visitas. Lo he grabado directamente en el móvil mientras me lo dictaba y me he comido un número.

¡Mierda!

Me doy cuenta de que mis pies solo están cubiertos por unos calcetines finos. Entro en el dormitorio en busca de las botas, pero el suelo tiene más de un dedo de agua que se dispersa por el resto de la casa en cuanto abro la puerta.

La chaqueta también está dentro…

Renuncio a las dos prendas.

No tengo tiempo de maldecir, gritar o lo que sea que se hace en una situación así. Tengo que salir de aquí o el techo acabará deshaciéndose de esas preciosas vigas para impactar una de ellas contra mi cabeza.

Estoy temblando, por el frío, por el miedo y por saber que tengo que pedirle ayuda al doctor y ni siquiera sé si se encuentra en la casa.

Llevo puesto un pijama bastante fino… ¡Qué frío!

Me cuelgo el bolso del cuello, me coloco el portátil bajo el brazo; el móvil lo sujeto con la boca y recojo una manta cuando paso por el sofá y me la coloco sobre los hombros.

Recorro los pocos metros que separan las dos casas a toda prisa, pero no puedo evitar empaparme. Llego a su puerta y respiro con dificultad. Necesito calmarme o se pensará que vuelvo a tener un ataque de pánico.

Lo raro es que no lo tenga.

Golpeo la puerta con los nudillos y presiono sobre el timbre también.

Tarda poco en abrir.

Su expresión al verme es la misma que si hubiera descubierto a un oso de seis metros con las garras sacadas. La misma que tendría yo si lo viera en esas condiciones.

Consigo quitarme el móvil de la boca.

—El techo de la casa… Es horrible. Hay agua por todas partes —le digo con la voz entrecortada y encogida por el frío, al tiempo que lucho con todo lo que estoy sujetando.

Se queda inmóvil y me mira de arriba abajo.

—Entiendo… y… ¿En qué puedo ayudarte?

Abro la boca para decir algo, pero soy incapaz.

No puedo procesar lo que ha dicho. Ni siquiera pestañea.

—Pero tú me has escu…

Me detengo cuando lo oigo reír. Tira de mí hacia dentro de la casa.

De repente, se transforma y le surge la preocupación.

—Estás empapada…

Coge mis cosas y las deja en una mesa. Yo no me muevo. Vuelve a buscarme y me lleva de la mano hasta el centro del salón. Ese contacto hace que sienta un escalofrío en la espalda. Me resbalo por culpa de los calcetines mojados y me aferro a su brazo, al tiempo que él me sujeta con fuerza y consigue que me mantenga en pie. Me coloca sus manos en mis brazos, como si quisiera que me mantuviera erguida y me habla con una voz suave que hace que me estremezca.

—¿Qué le pasa al techo?

—Que es un colador, hay agua por todas partes. Chorros de agua. Cada vez es peor.

—Maldita sea, sabía que no tenía que haber pospuesto las reformas del tejado, llevo un año queriéndolas hacer.

—¿Y permites que me aloje ahí?

—La persona que vino a valorarla hace poco, me aseguro que estaba bien y acordamos hacer las reformas cerca del verano.

—Pues dile a ese tío que se dedique a otra cosa.

Seguimos plantados el uno frente al otro. Me mira, me mira más, me mira mucho y… Se aparta de mí.

Me coge de la mano, me lleva cerca del fuego, me quita la manta mojada y me tapa con una manta mucho más grande que me cubre por completo.

—Iré a buscar tu ropa y a ver lo que pasa. Caliéntate en el fuego. Quítate esa ropa, estás empapada.

—¿Y qué me pongo? No creo que puedas entrar ahí, no deberías. La ropa está dentro del armario, pero el dormitorio está inundado. Hay agujeros del tamaño de un melón.

—Entra en mi dormitorio, coge mi ropa, la que sea. Vengo enseguida.

—Por mi ropa no lo hagas… Espera a que acabe de llover, está en el armario y no se puede entrar.

Veo a cierta distancia que se coloca unas botas de goma que guarda en el armario del vestíbulo y un chubasquero.

Desaparece.

Estoy en *shock*.

Es todo tan rápido, tan caótico.

¡Maldita lluvia! ¡Maldito tejado! ¿Reformar el tejado? Cuando lo

vea se dará cuenta de que va a tener que construirlo de nuevo, eso es un colador y seguro que acaba desplomándose.

Pienso en mis pertenencias mientras me voy desprendiendo de la ropa mojada… El calor del fuego me reconforta, pero estoy tan aturdida por lo que está pasando que no puedo pensar.

Me desprendo de los calcetines mojados y me dirijo a su dormitorio. Consigo un pantalón deportivo largo y una sudadera, seis tallas mayores que la mía. No llevo ropa interior, pero no me siento cómoda apropiándome de una de sus prendas íntimas… ¡No! Eso no. Bastante extraña me he sentido ya removiendo su ropa.

¡Qué ordenado lo tiene todo!

Me refugio bajo la manta de nuevo y saco los pies para que se acaben de calentar, es la parte más mojada y fría de mi cuerpo.

Claro que, cuando me ha cogido por la cintura… diría que la parte más mojada no eran mis pies.

¡Ashley!, me riño con mi propio comentario.

El doctor vuelve casi veinte minutos después.

—¿Estás bien? —grita nada más entrar.

—Sí, pero estaba empezando a pensar que se te había desplomado el techo.

—¿Y eso te preocupaba?

—Sí, porque no he encontrado calcetines… Me hubiera tocado buscar otra vez.

Se echa a reír y me da un informe de los daños mientras desaparece y aparece de nuevo cargado con una bolsa de jardín en la que ha introducido alguna ropa, unas botas, mi chaqueta, y un oso pequeño de peluche.

¿Por qué ha traído ese oso?

Deposita la ropa sobre el sofá.

—No he podido detenerme a seleccionarla.

—Todo lo que has traído está bien. Gracias.

—El osito he pensado que era necesario… ¿Me he equivocado? Sería una lástima que se mojara.

—¿Cuándo dejaste de dormir con él?

Me mira confundido.

—Estaba en la casa cuando llegué. No es mío.

Se echa a reír.

—Entonces… ¿Por qué estaba encima de tu cama?

—No me obligues a contarte lo que hago con él… ¡Es muy violento!

Suelta una carcajada.

—¿De verdad estaba ahí?

—Así es. Mío no es.

—¿Será de Hank?

—¿Hank con un oso de peluche? Creo que te faltan detalles sobre él.

—Pues no tengo ni idea de quién es, no sabía que estaba ahí.

—Ya… ¡No debes avergonzarte! Puedes contármelo.

Seguimos riendo mientras nos acercamos más al fuego.

Tardamos un rato en acabar de entrar en calor, en silencio. Creo que él está tan descolocado como yo por la escena tan íntima que estamos viviendo.

Desaparece anunciando que va a cambiarse de ropa y aparece poco después descalzo, con un pantalón parecido al que le he robado del armario y una camiseta de maga corta.

La temperatura es perfecta dentro de la casa, pero mi sudadera es de dos metros de grosor y no me molesta.

—¿Quieres beber algo?

—¿Algo caliente?

—¿Una taza de chocolate deshecho te gustaría?

—Es perfecto.

Tarda solo unos minutos en volver con las tazas. Me pregunto si Hank le habrá comentado mi pasión, barra obsesión por el chocolate, pero me contesto que no tiene sentido que hayan hablado de mí en esos términos.

—¿Te has cambiado? —me pregunta observando que solo mi cabeza está visible.

—Sí, te he cogido ropa prestada… —Abro la manta para que la observe y se echa a reír.

—Vaya, te viene un poco ajustada, pero servirá hasta que entres en calor.

Sonrío con timidez. Es que el hombre que tengo delante es un perfecto desconocido, sin embargo, me siento cómoda. Lo raro es pensar en que es el mismo con el que durante más de una semana solo he hecho que discutir cada vez que he tenido oportunidad.

—¿Se ha caído alguna parte del tejado?

—No, pero hay orificios por todas partes. Hay maderas astilladas, tejas rotas… El exterior es un desastre y el interior… ya lo has visto. Mañana llamaré para que lo cubran mientras llueve y para que planifiquen la reforma cuanto antes también. Mañana, si no llueve y el tejado sigue en su sitio, iremos a rescatar tus cosas.

—¿Has dicho si no llueve? Aquí siempre está lloviendo…

—No con esta intensidad, esto es más propio del final de la primavera, no de esta época.

—¿Eres consciente de que… tienes que hacer una pequeña mudanza?

Me sorprende que haya mantenido tanta calma durante tanto rato. Yo habría maldecido mil veces por lo del tejado. Tampoco le veo preocupado. Claro que, a juzgar por la casa en la que me encuentro y el coche que conduce… el dinero no debe ser un problema para él.

—Sí, yo… Joder, no sé qué decirte. Esto no lo tenía previsto. Cuando vuelva Hank ya habré encontrado algo donde ir…

—No te preocupes ahora por eso. Hank me pidió que te cuidara mientras estuviera fuera y qué mejor que viviendo aquí para hacerlo. Hank estará fuera dos semanas, no es suficiente para arreglar ese tejado, pero intentaré que sea poco tiempo.

—¿Hank te ha pedido que me cuides?

—Ajá, estaba algo preocupado por lo que te pasó ayer. Tú me habrías pedido lo mismo…

—No voy a tener más ataques de esos, ¿no?

—No creo, me parece que ayer necesitabas liberar algo de tensión.

—Ha sido por tu culpa…

Sonríe con malicia.

—Siento lo que ha pasado con el tejado. No debí confiarme. Antes de que llegaras, le dieron un repaso y no me dijeron que las reformas fueran tan urgentes.

—Ha llovido muy fuerte, puede que eso haya ayudado.

—¿Necesitas algo más?

—Unos calcetines, ¿has cogido algunos?

Me levanto y me dirijo al sofá para hurgar entre la ropa que ha traído.

—Creo que sí, pero no estoy seguro. Te puedo prestar unos, pero seguro que te vienen grandes.

Mientras sigo buscando, siento que los pantalones se me deslizan por las piernas.

Intento subírmelos con rapidez, pero se atascan un poco con los pies. Me giro y veo al doctor sonriendo. Me apresuro a subirlos y pierdo un poco el equilibrio. Me dejo caer en el sofá, en medio de la montaña de ropa, y… cuando alzo la vista me encuentro con unos labios grandes, carnosos y calientes, estampados contra los míos. Me sonrojo.

Me está besando.

—¿Demasiado invasivo?

Mi pecho sube y baja por la impresión mientras no dejo de mirarlo. Está a solo unos centímetros de mí, apoyando una rodilla en el sofá y cubriéndome ligeramente con su cuerpo.

Me cruzan rápidamente por la cabeza muchas razones por las que debería parar esto, pero las ignoro.

—No me he quejado. Sigue, si algo no me gusta, te lo haré saber.

Y… lo hace. Sonríe y sigue.

Capítulo 31

David

Durante unos segundos, he creído que me iba a detener y recriminar que me haya lanzado de esa manera sobre ella.

Ha sido algo inesperado, lo sé, pero no solo para ella, sino para mí también.

Nunca hubiera pensado que sentiría un deseo tan fuerte que me nublara la mente e hiciera que mi cuerpo actuara como si no hubiera un cerebro que lo dominara.

El sabor de sus labios es dulce, familiar de alguna manera que no puedo definir. Ashley responde a mi beso con la misma intensidad, y me pregunto qué estará pensando en este preciso instante.

Continuamos besándonos mientras la ropa va desapareciendo. No es fácil ni es rápido debido a la posición en la que nos encontramos, pero ninguno parece querer cambiarla. Por suerte, no llevamos mucha ropa.

Estamos desnudos.

Inicio un reguero de besos que hace que escuche sus gemidos suaves y provocativos, por primera vez.

Ese sonido me enciende aún más de lo que estoy y hace que mis movimientos se vuelvan más rápidos y ansiosos.

Ashley se mueve incómoda al sentir la montaña de ropa que hemos creado, entre la que nos acabamos de quitar y la que ya se encontraba antes, y arquea la espalda buscando una postura mejor.

Eso hace que la sujete por la cintura y la impulse hacia el suelo, hacia la alfombra mullida.

—Mucho mejor —susurra con los ojos cerrados.

Nos mantenemos en esa posición durante un buen rato mientras yo me dedico en cuerpo y alma a besar cada centímetro de su cuerpo y a seguir deleitándome con los sonidos que salen de su garganta. Su sonrisa hace que me detenga de vez en cuando para no perdérmela, a

la vez que intento mirarla de reojo cuando la posición no me permite enfocarla de frente.

Ashley serpentea sobre la alfombra. Alzo sus piernas y ella las apoya sobre mis hombros y espalda mientras me inclino hacia su sexo y mordisqueo sus labios.

Me sorprende sentir que si en este momento tuviera que detenerme podría enloquecer. Es demasiado intenso este deseo y, en cierto modo, me asusta. Es como si no pudiera controlarme, como si fuera un adolescente excitado que no es capaz de controlar sus impulsos.

Ashley grita y suelta risitas que me hacen sonreír constantemente e impiden que pueda continuar como a mí me gustaría.

Me detengo, la miro fijamente, me deleito con ese brillo tan propio del deseo.

Interrumpo el momento para desaparecer y aparecer en un tiempo récord, el que tardo en localizar protección. Odio esta interrupción, pero es necesaria.

Cuando vuelvo, ella está de espaldas, mirando en dirección al fuego y me detengo a contemplarla. Tiene un cuerpo precioso.

Me coloco a su lado y le acaricio de mil maneras la espalda. Ella se da la vuelta lentamente y me abraza el cuello. Mira mi erección y sonríe.

La alzo con dificultad y me dirijo al sofá. La dejo caer, se tambalea, intento sujetarla y ambos caemos sobre él. Nos reímos como niños. Me siento en el suelo, apoyado contra la parte inferior del sofá, y ella se coloca a horcajadas sobre mí mientras no deja de mordisquearme los labios.

El contacto de su sexo contra el mío hace que emita un sonido tan ronco que le hace echarse a reír.

Se separa bruscamente de mí y me abre las piernas para hacerse paso mientras desliza su lengua a lo largo de mi dolorosa erección hasta que la atrapa con la boca, la acoge y me hace soltar un gemido desesperado, y otro… y otro…

Necesito estar dentro de ella, así que interrumpo sus caricias y tras varios movimientos consigo hacerme paso hacia un lugar que se me antoja paradisiaco.

Así de poético, así de romántico.

Me sorprendo, pero es como me siento.

Por alguna extraña razón, una que tiene que ser muy rebuscada, siento que la conozco desde hace mucho tiempo y me muevo a su lado con una confianza no muy propia de un primer encuentro, mucho menos de uno basado solo y exclusivamente en el sexo.

Ashley cabalga sobre mí, provocándome continuamente con su

risa, o tapándome los ojos o separándose bruscamente para luego dejarse caer lentamente.

Pierdo la noción del tiempo a continuación. No sé si estamos horas o minutos, me pierdo. Solo cierro los ojos para absorber cada segundo.

Alcanzamos el ¿orgasmo? Seguro que podría llamarlo de otra manera, porque pocas veces he sentido tanta intensidad.

Ella apoya su cabeza en mi hombro y siento como la tensión se libera de su cuerpo.

La abrazo por la cintura y le beso constantemente el cuello.

Esto es demasiado íntimo, demasiado real e irreal al mismo tiempo.

Miro hacia el techo y le doy las gracias a la lluvia que ha destrozado el tejado.

Capítulo 32

Ashley

El agua caliente ha conseguido que me despeje por completo. Estoy sentada frente al fuego, vestida con mi ropa, con la que ha traído el doctor, esperando que él salga de la ducha.

Por suerte, ni él ni yo hemos propuesto una ducha conjunta. No sé él, pero yo necesitaba procesar un poco lo ocurrido y estar a solas.

Ha sido demasiado intenso. Si alguien me hubiera jurado que yo me iba a comportar así, entregándome por completo a la causa, y disfrutando de la manera que lo he hecho… ¡No lo habría creído!

Ha sido el momento de fantasía, de calentón, de deseo, de excitación… Y ahora la vuelta a la realidad.

No tengo casa, estoy en la suya, me he acostado con él…

Ayer no nos matamos porque no pudimos y hoy disfrutamos de un polvo apoteósico que me ha llevado a… muy arriba. ¿Exosfera se llama? ¿O era estratosfera? Sea cual sea, hoy he viajado hasta allí.

Nicole aparece por tercera vez en mi mente, la vuelvo a apartar. Vuelve a aparecer… Y así paso un rato que se me hace eterno.

¡Joder, me he acostado con el doctor!

¿Qué clase de amiga soy?

¿Qué pensaría de ella si se hubiera acostado con Connor nada más llegar a Los Ángeles?

La verdad es que ese ejemplo no consigue sensibilizarme. No me afecta lo más mínimo. Más me daría pena por ella… Pero claro, eso se debe a que no hubo nada tan intenso como entre ellos…

¿Y si fuera Kelsi?

No, es distinto.

Nicole y Kelsi no son iguales para mí, pero no importa. Una amistad es una amistad. Da igual, si compartes más tiempo o tienes más vivencias… Si hay un mínimo de cariño, hay un mínimo de respeto.

Me siento sucia.

Pero es que no veo la manera de haberle puesto freno…

Lo deseaba de una forma tan intensa… que he perdido el control y la noción de todo.

¿Eso vale como argumento? ¿Serviría para contárselo a Nicole si se enterara?

El doctor aparece perfectamente perfumado y vestido con ropa deportiva: un pantalón amplio y una camiseta de manga corta. Yo no he tenido elección, así que me he conformado con poder vestirme con un pantalón vaquero y un jersey de algodón de color rosa, mi preferido.

—¿Estás bien? Pareces hipnotizada.

—El fuego tiene ese efecto en mí. Me da por pensar…

Lo miro fijamente. Se ha sentado a mi lado y está sirviendo un vaso de agua de una jarra que ha traído antes de que nos separáramos para la ducha.

—¿Quieres?

Asiento con la cabeza y acepto el vaso. No sabía que tuviera tanta sed de nuevo. Lo termino y niego con la cabeza cuando él me pregunta si quiero más.

—Cuéntame qué pasó con Nicole…

—¿Por qué debería hacerlo?

—Tengo la esperanza de que me ayude a no sentirme tan mal. No sé si eso es el voto de confianza que querías, pero es lo más parecido.

—¿Por qué te sientes mal?

—Porque somos amigas.

—Dime algo… ¿Qué te dijo de mí?

—Primero cuenta…

—Solo dímelo a grandes rasgos.

—Me habló de vuestra relación. Ella estaba mal, muy mal. No asimilaba que se hubiera acabado.

—¿Qué clase de relación te dijo que teníamos?

—Pues… normal… ¿Por qué no hablas tú?

—¿Te seguía hablando de mí poco antes de ingresar en el hospital?

—Sí, es que antes nunca lo hizo. Ella me habló de ti cuando llegué a Londres.

—Y… si afirmaba que tenía una relación conmigo, ¿cómo es posible que no te hablara de mí? Dices que sois muy amigas… ¡Eso no lo entiendo!

—No teníamos el mismo contacto desde que se fue a Londres, solo de vez en cuando. No lo sé… hay cosas que no…

—Que no, ¿qué?

—Deja de hacerme preguntas, ¿me lo vas a contar o no?

Se acomoda entre los cojines.

—Ashley, si te hago esas preguntas es porque intento saber qué había en su cabeza y qué te contó. Yo no tuve una relación con Nicole, nos vimos solo cuatro o cinco veces.

—¿Cuatro o cinco veces?

—La conocí en el hospital. Coincidimos en el ascensor. Ella esperaba uno y yo también. El de personal tardaba y me subí en el mismo que ella. Se movía inquieta. La miré y me dijo que tenía claustrofobia a los ascensores y… en cuanto se detuvo el ascensor, dos plantas más arriba, empezó a desvanecerse. La atendí y la ayudé. Estuve con ella un rato hasta que se recuperó y después se ocuparon mis compañeras.

—¿Qué hacía en el hospital?

—No lo recuerdo bien, pero creo que iba a visitar a un compañero de trabajo. Creo que algo así me dijo.

Me sorprende porque no fue así como ella me contó que se habían conocido.

—Continúa, por favor.

—Al día siguiente la encontré en la cafetería y me dio las gracias. Estuvimos charlando un rato y… me invitó a cenar ese mismo día. Bromeamos sobre si debía o no aceptar por eso de la relación médico paciente, pero llegamos a la conclusión de que podíamos hacerlo. Yo no era su médico en ningún sentido.

»Cenamos juntos y nada más. Ella me habló de su trabajo y de su vida en Estados Unidos, yo de mi trabajo y… ¡Lo habitual! Me gustó. Me pareció simpática, muy guapa… Volvimos a quedar otra vez y después de cenar fuimos a su apartamento. Nos acostamos y ya está. Esa misma cita se repitió una vez más.

»El fin de semana siguiente vine a Rye con Andrew. Nos fuimos de fiesta con Hank y otros amigos de él. Me llamó y le dije que estaba fuera de Londres con unos amigos y se puso muy desagradable acusándome de cosas que no entendía.

»Está claro que ella veía aquellos encuentros de otra manera, pero se lo dejé claro.

»Me estuvo llamando varias veces el fin de semana, pero la ignoré. Al día siguiente me fue a esperar al hospital. Me la encontré en el *parking*, junto al coche.

»Decidí que lo mejor sería dejárselo claro y fuimos a una cafetería lejos del hospital.

»No me podía creer que me hablara de sus padres, que quería presentármelos cuando vinieran. Le dije que estaba equivocada, que

no íbamos en la misma dirección y que no quería verla más. Fui claro, te lo aseguro.

No entiendo nada de lo que me está contando, parece que me está hablando de otra persona. Lo poco que me contó no coincide en absoluto y estoy muy confundida.

—Al día siguiente, cuando llegué al hospital, me dijo una enfermera que mi novia estaba ingresada en urgencias por una hiperglucemia. ¿Mi novia? Así se había presentado ella.

»Fui a verla y estuve un rato con ella. Le pedí que no se presentara así con mis compañeros. Me dio pena verla tan frágil y la atendí todo cuanto pude. Se recuperó y se fue al día siguiente.

»Me envió varios mensajes y tuve que aclararle de nuevo que no había nada entre nosotros y que el hecho de haberla atendido y visitado no debía confundirla.

»La semana siguiente volvió a ingresar por lo mismo y también les pidió a mis compañeras que me avisaran porque era mi novia, pero esa vez no acudí a visitarla. Se marchó dos días después. Su médico me dijo que le parecía que la medicación no la estaba llevando correctamente y que parecía estar atravesando un problema personal, pero se fue recuperada. Y la tercera vez fue el día que te conocí. Es todo lo que duró nuestra "relación". No sé si llegó a un mes. Dos o tres cenas y dos o tres ingresos en el hospital… ¡Ya está!

»Cuando me enteré de que había ingresado la última vez no me lo podía creer. Su médico, después de darle el alta, me contó que había hablado con sus padres y les había aconsejado que la tratara un profesional, que necesitaba ayuda. Fin de la historia, Ashley. Cuando me dijiste que yo le había hecho tanto daño y esa serie de cosas… no salía de mi asombro, aunque, si te soy sincero, tampoco me sorprendió demasiado.

—¿Por eso sus padres se la llevaron con tanta urgencia?

—Podría ser.

—¿Por eso tú no me informaste de su estado, sino tu compañero?

—Sí, le pedí que lo hiciera. Me negaba a tratarla.

—Joder…

—¿Te contó ella algo de esto?

—No, no se parece en nada. Ella describió una relación muy asentada. Muchos sentimientos, planes de futuro… Una ruptura muy trágica por… otra persona.

—¿Eso te dijo?

—Sí, algo menciono de otra mujer. No entiendo nada.

—No está bien, es evidente.

—Es que son historias tan diferentes… ¿Por qué tantos ingresos?

He entendido que… quizás… No sé si debo decir esto, pero…

—Si lo que piensas es que provocaba su ingreso, te diré que sí, que eso es lo que creo, y su médico también.

—Cuando hablé con su madre no me pareció que lo enfocaran de esa forma. Me dijo que había descuidado la medicación y la dieta por culpa de su desengaño amoroso.

—Eso lo desconozco. Solo te he contado lo que sé. Me alegro de que esté con sus padres y que alguien se ocupe de ella. ¿Cómo está?

—Bien, mejor. No he hablado más que una vez con ella desde que se fue.

—¿Te habló de mí otra vez?

—Sí, un poco, por eso no entiendo nada. Sigue pensando en ti de la misma forma.

—Ya te he contado lo que pasó. ¿Entiendes por qué me molestaba que me reprocharas que me hubiera portado mal con ella?

—Sí, según tu relato… lo entiendo.

—Te he contado la verdad, Ashley, solo nos vimos unas pocas veces, pero ella lo llevó todo muy lejos.

—Si te digo la verdad, me da mucha pena oír esto. No está bien, es evidente. Yo la noté diferente, parecía ausente, pero lo achaqué a que estaba en un momento muy malo, muy hundida.

—Si estaba hundida no era por mi culpa. Ella imaginó algo que no era real y se le fue de las manos.

Menuda historia. Nada que ver con el romance empalagoso que me contó Nicole.

Y… el caso es que le creo. Encaja con muchas preguntas que le hice a Nicole y que no me contestaba.

—¿Sois muy amigas?

—No igual que con Hank o con Kelsi, otra amiga que vive en Los Ángeles —le aclaro—, pero sí hemos tenido mucha relación en nuestra etapa universitaria. Hasta que vino a Londres, ahí se redujo el contacto, pero no desapareció. Planeamos estar juntas en Londres, pero en cuanto llegué, se puso enferma. Aquella noche comió de una forma extraña, le declaró una guerra a su dieta. Cuando volví del hospital me di cuenta de que la noche anterior debía haberse comido casi una bandeja de pasteles mientras yo estuve durmiendo.

—Eso es impensable en una persona diabética, aunque también debió jugar con la medicación.

—¿Cómo puede alguien autolesionarse así? ¿Qué pretendía?

—No lo sé, Ashley.

—Lo hacía para llamar tu atención…

Se encoge de hombros, y se acerca a mí abrazándome por la

espalda. Es un gesto tan íntimo y que necesito tanto…

—¿He conseguido que dejes de sentirte culpable?

—Sí, pero me preocupa que haya llegado a ese extremo.

Me refugio en sus brazos e intento que mi mente deje de pensar en Nicole.

Con las veces que le he reprochado al doctor que le hiciera daño y se portara mal con ella…

Creo que Nicole se obsesionó con él e hizo castillos en el aire.

El caso es que me da pena, pero la entiendo. No por lo que hizo, sino por sentirse tan atraída por él.

El caso es que Nicole no está bien… En el fondo lo sospechaba.

Había algo extraño en ella…

Capítulo 33

David

Soy consciente de la sonrisa que se me ha dibujado en cuanto he salido del centro médico en dirección a mi casa.

Soy consciente, también, que esa sonrisa la provoca ella: el saber que la voy a encontrar en mi casa, o a punto de llegar a ella.

Es el cuarto día que tengo esta sensación, una que me satisface y me confunde a la vez.

Desde la noche en que acudió a mi casa después de estar a punto de ser cubierta por el tejado de la casa de invitados, hemos adoptado una rutina que no deja de sorprenderme, pero que a la vez hemos acogido como si lleváramos años practicándola.

La segunda noche que pasó en mi casa empezó de una forma más distante entre nosotros. Creo que ambos estábamos adaptándonos a la nueva situación sin creernos demasiado que hubiera podido cambiar tanto en tan poco tiempo. Pero… solo fue el principio, a medida que avanzaba la tarde y llegaba la noche nos fuimos acercando más. Y así ha sido el resto de días.

El fuego tiene un efecto hipnótico entre nosotros. Hace que cualquier sensación fría que se interponga, se deshaga en pocos segundos.

La temperatura sube demasiado rápido cuando nos dejamos acariciar por el calor del fuego y por cualquier leve contacto que se produzca entre nosotros. Combustión pura.

Esa ha sido nuestra rutina las tres últimas noches. Conversación, cena, fuego, sexo… Un «buenas noches», y horas después un desayuno entre risas antes de separarnos a nuestros respectivos trabajos.

Sí, es muy extraño. Ni siquiera yo, que lo estoy viviendo, mientras lo relato o lo repaso en mi cabeza puedo creérmelo.

Me gusta hablar con ella. Estos días hemos compartido detalles de nuestros trabajos y nuestra vida en general, pero solo de forma

superficial. Creo que ni ella ni yo somos especialmente amigos de hablar en exceso de nosotros mismos.

Ella me ha hablado de su trayectoria artística y yo de la mía en el mundo de la medicina.

A pesar de la cercanía, hemos adoptado temas cómodos que no supusieran ningún tipo de invasión personal, pero reconozco que, en muchas ocasiones, muchas, me habría gustado preguntarle miles de cosas.

Tengo mucha curiosidad por saber aspectos de su vida de los que ella relata de forma superficial, pero soy consciente que no debo mostrar demasiado interés, necesito mantener la distancia. No quiero que ella se anime a preguntarme por mi vida…

Algún día se lo contaré… Claro que, Ashley está de paso en mi vida. Ella solo va a estar un tiempo en Rye antes de volver a su vida en Los Ángeles… No hay razón para inquietarme.

Es una aventura que me apetece vivir, es todo. Pero… espero que se frene en algún momento porque este ritmo es… ¿Peligroso?

No, no lo es. Es una experiencia buena. Una forma de darle descanso a la mente después de haber discutido mil veces.

La encuentro en la cocina. Hay un olor extraño que no consigo identificar.

—Hola, doctor.

Todavía no he conseguido que me llame por mi nombre y ya he perdido la esperanza.

—¿Estás preparando algo?

—Sí, estoy preparando comida de verdad. De la que me exige mi estómago. Nostalgia pura.

Está de espaldas a mí. Me acerco a ella y veo que está moviendo algo que se encuentra dentro de una olla. Es una especie de crema de color claro.

—Sopa de almejas. Me ha costado encontrar todos los ingredientes, pero he improvisado.

—¿A qué se debe este honor?

Se gira hacia mí.

—¿Por qué un honor? ¿Quién te ha dicho que lo voy a compartir contigo?

Suspiro y me apoyo en la isla de la cocina.

—Menudo peso me quitas. Pensaba que querías que me comiera eso, tiene un aspecto terrible.

—Eso es… una broma, ¿verdad?

—¡Oh, vaya! He metido la pata.

Se acerca a mí con la cuchara de madera en alto.

—Escúchame bien, graciosillo. Que tú me digas que esta sopa sagrada, la única receta elaborada que sé preparar, la mejor sopa de la costa este, el mejor ejemplo de que los americanos no solo comemos hamburguesas como algunos incultos ingleses creen, tiene un aspecto terrible… No te lo voy a permitir. Mucho menos después de ver cómo adoráis los riñones, las tripas de los corderos y un sinfín de pecados que incluís en vuestros platos. Así que… ve haciéndote a la idea de que hoy, cenas sopa de almejas americana cien por cien.

—Te contradices… Antes me has dicho que no la ibas a compartir contigo. No hay quien te entienda.

—No quiero que me entiendas, doctor… solo que me… ¿Complazcas?

Esa actitud desafiante, esas cejas enarcadas y ese pelo recogido de forma desastrosa sobre la parte alta de su cabeza… me pierden.

Me apodero de la cuchara y la lanzo sobre la encimera. Despejo con rapidez la isla de la cocina y la tumbo de espaldas sobre ella, haciéndome paso entre sus piernas, que cuelgan al tiempo que se agitan.

—¡Eh, doctor! Esta interrupción está poniendo en peligro mi sopa, aún le queda un poco de cocción.

—Eso es lo que pretendo. No se me ha ocurrido mejor manera de decirte que odio las almejas.

Me mira horrorizado.

Se incorpora de golpe.

—¿En serio?

—Mi enemistad con ellas se remonta a veinte años atrás. No las soporto…

Asiente con la cabeza sin ocultar su decepción.

Se baja de la isla y apaga el fuego.

Me siento extraño porque no sé exactamente qué pasa por su cabeza. Me encantan las almejas, puede que haya llegado demasiado lejos.

Se sube en la isla, de espaldas, quedando sentada de nuevo frente a mí.

—Bueno, ya me lo has dicho, ahora ya lo sé. Sigue con lo que tenías en mente.

Me echo a reír y me lanzo sobre ella de una forma casi salvaje, es lo que siento cada vez que me provoca de esa manera.

—¿Y si le quito las almejas…? La crema sabe poquito a almejas… —sugiere decepcionada.

—¿Una sopa de almejas que no sabe a almejas?

—Así define mi tía mi sopa…

Me echo a reír. Cuando veo que tiene intenciones de volver a hablar, le tapo la boca, consigo que se ría y bajo lentamente hasta su sexo para dedicarme a él en cuerpo y alma.

Los sonidos que salen de su garganta me dejan claro que no tiene intenciones de interrumpirme más.

Cuando empieza a retorcerse sobre la isla, me detengo. Me mira. Respira con dificultad y sé que se está preguntando por qué me he detenido justo en ese momento.

—Un momento, es que no me quedo tranquilo —le digo mientras me acerco a la cacerola y la destapo.

Me giro hacia ella, sé que está atónita. Se ha incorporado levemente.

—Solo quiero probar la sopa, puede que me guste. Te has tomado tantas molestias…

Se incorpora de golpe.

—¿Es cierto que estás probando la sopa ahora? Dime que estoy soñando. ¿No podías hacerlo después?

La pruebo intentando no hacer ningún gesto que me delate. Me encanta provocarla.

Cuando intenta bajarse de la isla, me acerco corriendo hacia ella, y lucho para que acepte mis caricias. Acaba por rendirse y continuo con lo que he dejado.

—Cenamos fuera —le digo un minuto antes de que estalle de placer.

Siento un golpe en la cabeza, acompañado de un «¡Capullo!». Y tengo que aguantarme para no echarme a reír de nuevo.

Capítulo 34

Ashley

Es tan reconfortante poder hablar con el doctor de mis inquietudes en el trabajo y sentir que me escucha y que entiende todo lo que le cuento… Se nota que Hank le ha contado mil cosas, tal y como él me ha confesado. No hay ni un solo concepto que le resulte desconocido.

Estamos sentados frente al fuego una vez más, aunque este se ha consumido prácticamente y ni él ni yo nos hemos preocupado de revivirlo.

Así han sido todas las noches desde que… firmamos la paz. Está lleno de momentos de intimidad y de complicidad que siguen sorprendiéndome, pero me gustan.

El sexo es fantástico, casi adictivo con él, una nueva experiencia en cuanto a sensaciones, muchas casi desconocidas para mí. Y también en cuanto a mi forma de comportarme. Nunca antes me había sentido tan lanzada, tan desinhibida. Lo soy, y así lo he vivido en todas las aventuras que he tenido, pero nunca tanto. Siempre ha habido algún momento en que me he sentido cohibida o me he frenado. Con él es distinto.

Parece que haga meses que nos conocemos, y los episodios de conflictos, los del hospital y los que se produjeron cuando llegué aquí, parecen no haber existido o haberse producido hace años.

Seguimos recurriendo a ellos para bromear. Si algo distingue esta nueva relación entre nosotros es las ganas de fastidiarnos que tenemos a todas horas, pero de forma distinta a la que empleábamos nada más conocernos.

—No te veo muy entusiasmada —me dice refiriéndose a mi trabajo.

Me encanta cómo se preocupa por él y cómo consigue que me desahogue constantemente cuando la jornada no ha sido muy satisfactoria, es decir… todos los días.

Después de cuatro días en el palacio, no ha cambiado nada. Al contrario, más bien se ha intensificado la decepción.

—Es frustrante —le confieso—. Estoy trabajando en ese fresco y ni siquiera eso puedo hacerlo con libertad. He tenido que pedir muchas veces material que no se molestan en suministrarme o cuando lo hacen, no es el apropiado. En ese palacio solo están volcados en las galerías, en la colección secreta, y en el fresco del techo…

—¿Por qué es así?

—Porque lo que yo tengo que hacer es lo menos importante. Tengo que restaurar un fresco sin apenas valor y la mayor parte de las veces, aparece ese odioso hombre, Wallace, para recordarme que el trabajo de Percibal Marmion tiene prioridad, ante todo. Cuando él está trabajando en el fresco del techo yo casi resulto una molestia, tengo que ir adaptándome a sus movimientos. Tiene un andamio que no deja de mover y que me hace sentir acorralada. He avanzado seis centímetros cuadrados en cuatro días.

—¿Por qué no hablas con Carter? Sé, por Hank, que él suele ser muy resolutivo en cualquier problema que surja.

—Sí, lo es, pero por encima de él está Wallace. Solo se hace lo que él diga, ni siquiera Carter tiene autoridad cuando está él. Es insufrible. Altivo, arrogante… Me mira por encima del hombro y se dirige a mí como si me perdonara la vida constantemente. El pintor es más tratable, debo reconocerlo, incluso se muestra amable en muchas ocasiones. Me ha dicho varias veces que ha presenciado alguno de sus comentarios que tenga paciencia con Wallace, pero él es el primero que no respeta mi trabajo moviéndose constantemente sin decirme nada. Claro que, debo confesar que el tío es increíble. No te imaginas cómo trabaja… No puedo dejar de admirarlo y de quedarme embobada cada vez que sujeta un pincel. He oído hablar de él en alguna revista especializada y tiene una gran reputación. Es todo un talento. Me gustaría ver alguna de sus obras propias y así se lo he dicho. Me ha prometido mostrarme alguna cuando acabemos el trabajo.

—¿Cómo es su relación con Wallace? ¿Mejor?

—Con él se muestra más amable, es diferente, aunque también les he oído discutir alguna vez, pero no sé por qué motivo.

—¿No sería mejor que lo intentaras de nuevo con ese hombre, con el tal Wallace? Exponle claramente el tema. Te contrataron para algo que no es lo que estás haciendo.

—No, no puedo hacer eso, de momento. Esta mañana me ha dicho que no debería haberle dado mis quejas a la señora Lyndhurst, así que no tengo nada que hacer. Ha sido muy desagradable.

—¿Le diste quejas? ¿La conoces?

—La vi un día. No le di quejas propiamente dicho. Ella me preguntó si me sentía bien en el palacio y yo fui sincera. Aunque es un poco altiva, me dijo que no tuviera prisa y que todo llegaría.

—Si te dijo eso, debes creerla.

—No, no puedo. Me ha quedado claro quién lleva la voz cantante. Debió decirle algo a Wallace y él no ha perdido oportunidad de recriminármelo. Creo que le caigo mal.

—¿Qué te ha dicho?

—Que no era nadie para dar mis quejas a esa mujer y que me limitara a hacer mi trabajo.

—Si más adelante no se cumple lo que te asignaron o lo que esa mujer te ha dicho… puedes volver a hablar con ella.

—No, doctor, no funciona así. Esa mujer solo viene de vez en cuando, según me han dicho y Wallace es su mano derecha.

—¿Cómo funciona entonces? ¿Callando sin rechistar y haciendo algo para lo que no has sido contratada?

—Te lo resumiré. Cuando trabajé en el museo de Los Ángeles, viví una experiencia increíble en mi carrera. Pero… digamos que estuve en el primer nivel, para que lo entiendas. Yo quiero subir al segundo nivel y para ello necesito un buen informe de mi trabajo aquí. Ese informe, si es bueno, me abrirá otra puerta que me llevará de cabeza a lo que más deseo: restaurar sin supervisión constante, poder escribir mi nombre después de un trabajo. Aunque ha sido una decepción, no puedo arriesgarme a que ese informe sea negativo, y ese hombre es capaz de cualquier cosa si le sigo incordiando o me coloca entre ceja y ceja. Lo de hoy me ha parecido un aviso. He sido seleccionada en un programa muy prestigioso, doctor. El museo de Los Ángeles no espera que ese informe sea un desastre o no contarán conmigo. Es mi pasaporte.

—Entonces ¿por qué dijiste que era un sueño trabajar aquí? O… puede que fuera Hank el que lo mencionó.

—Porque lo era, pero pensaba que mi trabajo sería otro distinto, no el de un maldito fresco de hace cuatro días.

—Comprendo. ¿Y qué vas a hacer?

—Aguantar y tener esperanza, pero intentaré no tener a Wallace de enemigo. Nadie habla muy bien de él. En una de las galerías hay varios profesores y estudiantes, tanto de Historia del Arte como de Bellas Artes. He coincidido con alguno de ellos un par de veces y me lo han confesado.

»No me parece justo, doctor, esos programas son muy importantes, lo sé. Ahora mismo habrá en el Museo de Los Ángeles un restaurador

inglés que… probablemente haya tenido más suerte que yo.

El doctor me habla durante un rato del tema y me quedo muy asombrada de lo mucho que conoce este mundo.

—¿Cómo sabes tanto de arte?

—No, apenas sé nada. Hank me habla mucho. También tengo amigos en Rye que trabajan en la fundación. ¿Qué sabes tú de la fundación?

—¿Yo? Pues… que su nombre original era Fundación para la Preservación del Arte y la Herencia Cultural de la Nobleza Británica. ¿Lo sabías?

Niega con la cabeza y sonrío por la forma en que lo hace.

—El nombre se cambió hace unos cuantos años. Es una entidad muy adinerada y muy prestigiosa dedicada a la restauración y conservación del patrimonio artístico. Su labor se extiende a nivel nacional. Restauran obras significativas con mucho valor histórico y cultural. Y como muchas fundaciones, está financiada por donantes adinerados, filántropos y creo que tiene también el apoyo gubernamental. Su principal cometido es la restauración de obras en lugares históricos y también la colaboración con museos, galerías, propiedades históricas.

—Estoy impresionado. Aunque parece que te lo hayas aprendido de memoria.

—Leí mucho sobre ella antes de venir, cuando me seleccionaron. Creo que acabé por memorizarlo.

—¿Y de la casa-palacio?

—Esa mujer me contó la historia por encima. —Suspiro—. Me parece todo muy raro.

—¿Raro?

—Ya sé que el palacio corresponde al patrimonio de los fundadores… o a los herederos de los fundadores, y es algo aislado del resto de actividades de la fundación, pero la forma en que se trabaja allí me sorprende.

—¿Por qué?

—Esta mañana se lo he comentado a Hank.

—¿Qué le has comentado? ¿Ocurre algo?

Me encanta verlo tan interesado.

—Todo parece demasiado caótico, como si no hubiera habido una planificación precisa, y eso me sorprende. Los cuadros de la colección que se encontró en el paraje, en la cámara que hay tras los espejos, se mueven constantemente de lugar… No es algo habitual. Los cuadros, una vez autentificados, catalogados y enmarcados, aparte de algunos trámites más puramente burocráticos, descansan a la espera de ser

exhibidos, y ahí tienen tanto movimiento que parece que se trata de una simple colección de un galerista de barrio.

—Yo… no puedo entenderlo, pero… si tú dices que es extraño…

—Sí, lo es, créeme, hay cosas que me parecen raras, pero no acabo de darles forma.

—Sigue investigando, puede que descubras algo interesante.

—Lo haré, te lo aseguro, pero con mucha cautela, no quiero problemas.

Hartos de hablar de arte, me animo a preguntarle por su trabajo.

—A mí me pasa un poco como a ti, Ashley —me dice invitándome a reposar mi cabeza sobre sus piernas mientras se acomoda en el respaldo del sofá.

Aún no me acostumbro a que tengamos este nivel de intimidad. Pero ya me niego a darle más vueltas al tema, bastantes le he dado durante los últimos días.

—¿En qué sentido?

—Mi trabajo en el centro es nuevo para mí. Yo soy carne de hospital, ahí es donde he desarrollado toda mi carrera, donde empecé siendo estudiante y donde he estado hasta hace pocos días. Las consultas de un centro médico, me parecen demasiado diferentes al trabajo de hospital, así que… no estoy en la cumbre de mi carrera.

—¿Por qué no sigues en el hospital?

Siento que su mirada se oscurece y que muestra un gesto nervioso con las piernas.

—No me sentía bien. Chocaba con la política del hospital y me cansé. Necesitaba un descanso y acepté este trabajo. Después… seguramente vuelva a un hospital, pero me va bien este descanso.

—¿Tu especialidad es médico de familia?

—No, hace tres meses que terminé mi especialidad en medicina interna.

El doctor da por terminado el tema. No quiero insistirle, he notado en él algo que le hacía sentir incómodo hablando de su trabajo. Hasta donde yo alcanzo a saber, es extraño que interrumpa de esa forma su trabajo y acepte otro en un centro médico, mucho menos con una especialidad terminada.

No creo que vuelva a preguntarle, pero a Hank si se lo intentaré sonsacar. Me llama mucho la atención.

Tras una pequeña conversación que dura pocos minutos más, decidimos marcharnos a dormir. Él gira hacia su dormitorio, a la derecha, y yo hacia el de Hank, el que estoy ocupando, a la izquierda.

Un «buenas noches» por parte de ambos, algo más frío de lo que correspondería al nivel de cercanía que hemos mostrado en estos

últimos días es lo que nos regalamos. Pero no solo hoy, sino todos los días. Es como si al acabar el día y salir de nuestra zona de confort frente al fuego nos olvidáramos de todo.

No sé él, pero yo tardo en conciliar el sueño. Todo lo que me ha pasado con él estos días no me permite concentrarme.

Sigo esperando el momento de sentir que estoy pisando el suelo, completamente centrada. Hasta ahora, desde que llegué, por una razón o por otra, he sentido que flotaba sin poder pisar firme. Y sigo así, solo que en el caso del doctor me preocupa esa manera de flotar que cada vez me hace sentir mejor y más cerca de él.

Capítulo 35

David

Nos acabamos de separar. He estado tentado a pedirle que durmiera conmigo, pero no lo he hecho. No sé por qué, después de todo lo que compartimos cada día, cuando llega la noche, nos decimos adiós sin más.

Esto tiene que cambiar.

Alcanzo mi móvil y le envío un mensaje:

¿Estás despierta?

No tarda en contestarme.

No, ya me he dormido.

Qué suerte, yo no puedo dormir.

Solo hace cinco minutos que te has metido en la cama…

Pero tú te has dormido y yo no. Necesito ayuda. ¿Sabes cantar?

No.

¿Contar cuentos?

Eso sí.

¿Uno cortito?

Ven y te lo cuento.

No, esa es la cama de Hank…

Ashley aparece solo unos segundos después en mi dormitorio. Me mira fijamente. Solo va vestida con una camiseta escotada y corta, de tirantes, y unas minúsculas braguitas con los bordes de encaje…

Está tan guapa…

Empiezo a pensar que esta noche va a ser difícil conciliar el sueño en esta casa.

Se mete en la cama directamente, a mi lado, y mira hacia el techo.

—Érase una vez…

—Espera. Eso es muy frío. Acércate un poco, pareces un cadáver.

Mueve la cabeza y se acerca a mí. Se abraza a mi cuerpo y apoya la cabeza en mi pecho.

—¿Mejor?

—Mucho mejor. Cuenta…

—Érase una vez una princesa… pintora.

—¡Qué egocéntrica! ¿Tienes que hacer a la protagonista pintora? ¿No puedes dejar de pensar en ti misma alguna vez?

Recibo un golpe en el brazo. Me encanta provocarla.

—¿Quieres que sea médico?

—Las princesas nunca son médicos… ¡Qué falta de imaginación! Quién diría que eres artista… ¿Dónde está esa faceta creativa de…?

—Mi protagonista —me interrumpe— va a ser pintora porque me da la gana, ¿aceptas o me voy a mi cama?

—De acuerdo, pintora. ¡Qué manera de estropear un cuento!

—La princesa —continúa diciendo ignorando mi último comentario—, un buen día, se subió a un barco gigante para atravesar el Atlántico y llegar hasta Inglaterra en busca de un sueño…

—Ashley, al menos en el cuento deberías utilizar el avión, le da más credibilidad. Es lo que hace la gente normal, no te cargues a la princesa desde el principio.

Se incorpora de medio lado y me mira furiosa.

—Me lo regalaron, capullo. No fue elección mía. Ese viaje fue un regalo y no pude negarme. Pasé una semana entera metida en el camarote con la cabeza dándome vueltas y sin ser capaz de retener nada en mi estómago. Una pesadilla. Estuve mareada todo el puñetero viaje: una semana. No fue idea mía.

—¿Quién te quería tanto para regalarte eso?

—Mi tía y Kelsi.

—¿Por qué lo hicieron?

—Por mi cumpleaños.

—¿Cuándo cumples años?

—Dentro de dos meses.

—¡Oh! ¿No se adelantaron un poco?

—Lo hicieron porque en esas fechas puede que no estemos juntas.

—¿Siempre os hacéis esa clase de regalos tan…?

—No, nunca. Es que… una vez dije que me gustaría navegar por donde lo hizo una vez el *Titanic* y… les sirvió de inspiración.

—Ashley, sé que puede resultarte violento, pero puedes confiar en mí. Si lo que querías era encontrar pareja, no tienes que inventarte lo del regalo ni decir que todo el trayecto estuviste mareada. ¡Puedes contármelo! Si ninguno de los solteros desesperados que viajaba en ese barco te gustó… no pasa nada. Tú lo intentaste, pero no hace falta que me cuentes ese cuento. Por alguna razón que desconozco, el destino quiso que el príncipe encantador lo conocieras en Rye… ¡Aquí estoy! No tienes que avergonzarte. Seguro que lo que dijiste muchas veces fue que querías encontrar novio, no que querías hacer la travesía del *Titanic*… Y tu tía y Kelsi te regalaron el crucero del amor. Sé honesta y reconócelo.

Me está mirando fijamente, fingiendo tener mucha paciencia y conteniéndose la risa.

—¿Has acabado?

—No —le digo fingiendo estar preocupado y acariciándole la barbilla mientras disfruto de su expresión—. Estoy seguro de que eres pura imaginación y creatividad cuando pintas, pero a la hora de inventar historias… Así no me voy a dormir.

Al final se acaba echando a reír.

—Eres un payaso —me dice volviéndose a apoyar en mi pecho.

—¿De verdad estuviste mareada todo el crucero?

—Sí, todo. Solo recuerdo unos pocos momentos lúcida y despejada. No quiero ni recordarlo. Pasé casi todo el tiempo dentro del camarote, entre el baño y la cama. Con las personas que más tiempo pasé fue con los médicos. Los del barco y un pasajero inglés que también era médico. Me ayudaron mucho, eso es cierto.

—Te gustan los médicos, lo sabía. Pensaba que estabas aquí por mi increíble y maravillosa personalidad, pero…

—Pero te equivocabas, solo me gusta de ti que seas médico.

—Eso es duro, pero lo acepto. Y ahora que estamos siendo tan sinceros… cuéntame por qué te regalaron ese viaje. La verdad, lo del *Titanic* puedes ahorrártelo.

—Es cierto. Alguna que otra vez dije que me atraía ese viaje y que sería increíble hacerlo sola para desconectar. Me sobraba tiempo para venir aquí, no dejaba de quejarme y… decidieron regalarme ese viaje pensando que me iría bien estar sola y desconectar un poco de todo.

—No sabían cómo librarse de ti…

—Eso creo —me dice riendo.

—¿Necesitabas estar sola?

—Llevaba un tiempo algo apagada y, a pesar de estar ilusionada con venir aquí… me faltaba algo. —Hace una pausa—. ¿Te cuento el cuento o no? ¿Alguna gilipollez más que añadir?

—Cuenta, cuenta. —Me echo a reír. Cómo me hubiera gustado saber las razones por las que necesitaba estar sola y desconectar.

—Cuando la princesa llegó a Inglaterra —empieza a decir sin ganas— se enfrentó a un cúmulo de calamidades, entre ellas… el conocer a un médico apuesto y arrogante.

—Miedo me da cómo va a seguir el cuento.

—No tengas miedo, ya he terminado.

—¿Qué?

—Otro día te cuento el resto, ahora te duermes.

Se levanta para mi sorpresa.

—Ashley… ¡Quédate! El cuento no ha funcionado… Si estás cerca, me duermo seguro. Eso no es un cuento. No sé qué le pasa a la princesa y eso me va a mantener desvelado.

Me mira de reojo, se gira, me sonríe y se vuelve a meter en la cama.

—Nada de cuento, a dormir.

—¿Me lo contarás otro día? —le digo unos minutos después, cuando noto que se encuentra en estado de duermevela.

—Sí —susurra.

—¿Con detalles? —Es que provocarla me pierde…

—Muchos —consigue decir con dificultad.

—¿Pronto?

—Te callas o me largo…

Me echo a reír y la atraigo más hacia mi cuerpo.

Me pregunto cómo acabará ese cuento. La parte en la que la princesa y el médico se pelean, no me apetece escucharla, pero me encantaría saber cómo interpreta ella, esto que está pasando entre nosotros.

Yo no me atrevo a pensar en ello, pero me gustaría saber qué pasa por su cabeza.

Capítulo 36

Ashley

El fin de semana acaba de terminar y todavía sigo impregnada de nuestra escapada a Londres.

Todo comenzó el viernes por la mañana, cuando le pregunté al doctor dónde podría adquirir material para pintar.

—¿Qué vas a pintar? —me preguntó muy interesado.

—Me gustaría hacerte un retrato. ¿Serías capaz de posar horas y horas para mí? El retrato es mi especialidad. Necesito seguir practicando.

—¿En serio? No sé si seré capaz. ¿No puedes pintar otra cosa? Espera a que llegue Hank y lo retratas a él.

—Es que… quería pedirte algo especial… Sé que puede parecerte algo incómodo, pero me gustaría retratarte desnudo.

Ha sido tal mi interpretación que lo he tenido engañado todo el fin de semana. Me ha preguntado tantas veces si se lo había planteado en serio y le he contestado tantas otras que sí que ha terminado por creérselo. He añadido un discurso precioso sobre los pintores renacentistas, el retrato y unas técnicas nuevas que estaba probando.

—Entiendo que te niegues, no quiero ponerte en un compromiso. He pensado que se lo pediré a Hank.

—¿A Hank? ¿Le vas a pedir que se desnude?

—Sí, no creo que tenga ningún problema. Es arte, doctor, tú no puedes verlo de la misma forma que nosotros.

—Está bien, pero lo haré yo.

—Tendremos que hacerlo en varias sesiones, la postura que tengo en mente es algo incómoda. Llevo tiempo desarrollándola en mi cabeza.

—¿Qué postura?

—Ya te la contaré cuando acabe de darle vida en mi cabeza.

Durante los dos días y las dos noches que hemos estado en la gran

ciudad, me ha mostrado su preocupación en varias ocasiones por el proyecto, pero siempre he conseguido calmarlo a la vez que seguía interpretando mi papel como si me fuera la vida en ello.

La verdad es que echo de menos pintar. Por suerte podré hacerlo muy pronto, quizás esta tarde. El doctor me llevó a una superficie enorme que se encontraba en el centro de la ciudad y que albergaba todo el material que se pueda imaginar relacionado con todas las técnicas de pintura y escultura.

Este fin de semana ha sido como un torbellino de emociones que aún me tienen sonriendo mientras lo recuerdo. Creo que cada momento de los que hemos vivido se ha grabado en mi memoria y ahí va a permanecer durante mucho tiempo.

Ha sido un auténtico festín para mis sentidos desde que llegamos hasta que, esta misma tarde, hemos partido en dirección a Rye.

Desde el momento en que llegamos, David se convirtió en mi guía personal por las calles de Londres, mostrándome parte de los lugares más impresionantes y exclusivos que la ciudad tiene para ofrecer.

Nos sumergimos en algunas calles de Notting Hill, que nos recibió con sus casas coloridas, su aire bohemio, sus peculiares tiendas *vintage* y sus calles adoquinadas. Probamos algunos pasteles deliciosos en una pastelería local y nos sumergimos en la atmósfera única de ese barrio.

La cena en un restaurante del centro de Londres fue mi forma de descubrir que la gastronomía inglesa contiene algunos platos deliciosos, aunque el mío consistiera en una versión sofisticada del tradicional *Fish and chips*.

El apartamento del doctor es muy amplio, a la vez que un oasis de modernidad y comodidades. A pesar de las diferencias con la casa de Rye, hay detalles que me recordaban mucho a la decoración de esta casa.

También me mostró una parte de la vida nocturna de la ciudad visitando un club muy exclusivo en el que se encontró a unos viejos conocidos con los que compartimos unas copas de vino; no disimularon su sorpresa al descubrir que yo soy americana y me hablaron durante un rato, que se me hizo interminable, de Los Ángeles. Al parecer los cuatro miembros del grupo la han visitado y me hablaban de la ciudad como si yo nunca hubiera estado allí. Me aburre la gente que recurre a los tópicos para bromear.

Por suerte, el doctor supo poner fin a la velada con ellos y mostrarme otros rincones en los que la conversación, las risas, las bromas y las provocaciones no faltaron.

Ha sido tan intenso y tan rápido que me asusta.

A pesar de todo lo vivido en Londres, si tuviera que elegir un

instante sería durante el trayecto de vuelta a Rye. El doctor se ha desviado de la carretera principal para mostrarme un lugar desde el que observar una campiña inglesa.

Él ha descrito el paisaje como único.

Y lo es.

He tenido la sensación de que esas colinas se movían como si fueran olas mientras las bañaba el sol de la tarde. Así de poético ha sido el momento. Mucho más cuando he sentido que el color de esa hierba, de un verde intenso, casi me nublaba la vista.

Y el elemento estrella ha sido las ruinas del castillo, sobre una colina cercana, y un pequeño tramo de río serpenteando sobre el pie de la colina. Un cuento, una postal, un paisaje digno de recordar para siempre.

—La fusión entre una obra maestra de la naturaleza y la historia, la olvidada, la que solo muestra un pequeño fragmento de una construcción que… tal vez un día «fue».

Eso es lo que le he dicho abrazada a él cuando me ha preguntado qué veía.

Él ha sonreído, me ha acercado a su cuerpo mientras hemos seguido contemplando esa belleza durante un rato más y me ha dicho que ese momento lo iba a retener en su memoria para siempre.

¡Qué instante!

De esos románticos que parecen salidos de un guion.

Solo hace una semana que me mudé a esta casa, tras el aguacero, y siento que el doctor lleva a mi lado, o yo al suyo, meses y meses.

Antes de intentar conciliar el sueño, apago la luz y finjo estar adormilada. Desde el día del cuento, he dormido todas las noches en su cama.

—Doctor…

—¿Sigue sin gustarte David?

—De momento, no me animo.

—Me has llamado David delante de mis amigos.

—No eran tus amigos, tenías tantas ganas de perderlos de vista como yo.

—¡Qué poco diplomáticos sois los americanos!

—Ya sé qué postura quiero en el retrato.

—¿En serio? ¿Sigues con eso? ¿Qué postura?

—Ya lo tengo, doctor. —Finjo un entusiasmo que capta toda su atención—. Me ha venido la inspiración a visitar como un huracán. Llevo tiempo queriendo hacer el retrato, mi retrato. Uno que para mí simbolice mi esencia de la anatomía humana, la de la expresión en estado puro. Ya lo tengo, doctor, y no sabes la ilusión que me hace

que aceptes ser mi modelo. Significa tanto para mí…

—¿Qué has pensado? —me pregunta muy escueto—. Yo… tengo que decirte que eso de posar desnudo…

—¡De rodillas! Te quiero de rodillas. Desnudo y arrodillado. A cuatro patas. Te retrataré en un ángulo que vaya desde la parte de atrás hasta el lateral derecho.

Se incorpora en la cama y enciende la luz.

—Ashley, a mí no me pintas así.

—¡Oh! Vaya, lo siento, pensaba que… No importa, lo entiendo. Lo de posar como modelo desnudo es algo complicado, lo entiendo.

—No se trata de eso, es que… tienes que entender que… no es muy… ¡No me veo!

Apago la luz.

—¡Buenas noches, doctor!

—¿Te has enfadado?

—No, claro que no, pero ni siquiera has esperado a que acabe de contártelo.

—Ashley, yo me imagino esa postura y… me entran escalofríos… No es porque pueda ser incómoda, pero eso es… ¿No se te ocurre otra cosa? Puede que encima de un caballo blanco, aunque fuera en pelotas, no me importara, pero así como lo describes… pintándome el culo… En esa postura tan ridícula… ¡Tienes que entenderlo! Para ti ese mundo es normal, pero es como si yo te pido que disecciones un cadáver… Vestido y de pie. ¿No me puedes pintar así?

—Lo comprendo, pero ni siquiera me has dejado acabar. Aún faltaban detalles, puedo que eso te anime, pero… ¡Tienes razón! Los artistas somos un poco excéntricos con algunas cosas.

—Está bien, acaba, ¿qué detalles quieres añadirle? Pero no creo que cambie de opinión.

—He pensado —le digo con exceso de entusiasmo— colocarte unas naranjas a ambos lados de las caderas, colgando de unas cuerdas… Y una piña en la cabeza. Es una fusión interesante. Son dos líneas artísticas que pueden resultar muy impactantes. Por un lado, esa influencia abstracta en la que…

Me he esforzado tanto en interpretar el papel que casi empiezo a creérmelo. Tengo que hacer un esfuerzo por dejar de imaginármelo con las naranjas y también por continuar con mi absurdo discurso.

—¿Me estás escuchando? Doctor, te estoy imaginando en esa postura, con las frutas… Casi lo veo… Venga, dime que aceptas.

—Te prohíbo que me imagines así… Quítate esa absurda imagen de la cabeza —dice enfadado mientras enciende la luz.

Estallo en una carcajada, su expresión es arte puro. No puedo parar

de reír.

—¿De verdad te lo has creído?

—Joder, Ashley, ¿no me digas que me estabas vacilando? Llevo sufriendo todo el fin de semana. Me parecía algo surrealista, pero como los artistas tenéis a veces ese punto excéntrico y raro…

Yo sigo riendo y él, al final, acaba por desprenderse de su ceño fruncido y unirse a la fiesta.

—Me vengaré, lo sabes, ¿verdad?

Se abalanza sobre mí e iniciamos una ronda de caricias que termina media hora después entre gemidos, sudor y gritos de placer.

—Lo de las naranjas ha acabado de destruirme… —me dice antes de que, por fin, nos animemos a cerrar los ojos.

Podría acostumbrarme a esto sin ningún esfuerzo.

Capítulo 37

David

Cuatro días después

Ashley duerme junto a mí y yo no puedo dejar de observarla. Todavía queda una hora para que el despertador nos empuje a salir de la cama, pero ya no soy capaz de conciliar el sueño.

El ritmo que llevamos no es muy saludable. Dormimos poco. Nos solemos ir pronto a la cama, pero nunca, desde que duerme conmigo, nos hemos limitado a dormir. Entre sexo y bromas nos dan las dos de la madrugada y solo unas horas después tenemos que ponernos en marcha para trabajar.

No me quejo, es más de lo que podría haber imaginado hace semanas, cuando me faltaba luz por todas partes. Siento que estoy más vivo que nunca y… aunque eso es motivo de celebración, también me asusta un poco.

Ashley estará en Inglaterra solo unos meses y no quiero pensar si esto sigue igual cómo me voy a sentir cuando se marche.

Estoy pensando en proponerle volver a Londres el próximo fin de semana, quiero que visite el Museo de Arte de Londres. El pasado fin de semana no hubo tiempo para ello. Sé que ella está deseando visitarlo, tal y como ha expresado varias veces. Pero… me enfrento a un pequeño dilema.

Andrew me ha propuesto un encuentro, bien en Londres, bien en Rye, y no sé qué excusa puedo proporcionarle. El fin de semana pasado me encontré con el mismo dilema, pero por suerte, antes de tener que mentirle, les surgió una guardia inesperada en el trabajo que se vio obligado a aceptar.

La verdad siempre es el mejor recurso, pero en este caso no quiero contarle nada todavía. Sé que voy a tener que sufrir sus bromas durante días cuando sepa la identidad de la persona que me tiene tan

ocupado y… no me apetece escucharlas.

Puede que eso sea una excusa demasiado simple y que, en realidad, no quiera hablarle de Ashley por otra razón que no me atrevo a analizar…

¡Puede!

Puede que no sea capaz de emplear el mismo tono desenfadado que utilizo siempre que le hablo de una aventura.

Puede que se dé cuenta de que…

¿De qué?

Esa es la cuestión.

Puede que él vea más allá y llegue a una conclusión que a mí me da pánico reconocer.

En cualquier caso, no tengo interés en enfrentarme a nada que no desee y tendré que buscar una excusa. Dispongo de una semana más, hasta que vuelva a proponérmelo y… quizás se me ocurra la manera de contárselo sin implicarme demasiado.

Escucho un ruido que me alerta. Escucho pasos por el pasillo, pero se detienen y se alejan en dirección al salón.

Necesito unos segundos para darme cuenta de que se trata de Hank. No lo entiendo, su vuelta estaba prevista para el domingo, y hoy es jueves…

Acaricio a Ashley le susurró al oído:

—Creo que Hank ha vuelto.

Abre los ojos bruscamente.

—¿Qué? ¿Dónde está?

—Creo que es él. Está en el salón si mi oído no falla… O es él o han entrado a robar…

Su expresión me hace sentirme culpable.

—Tranquila, voy a ver qué pasa.

Salgo de forma sigilosa del dormitorio. Asomo la cabeza por el pasillo y veo un lateral de la maleta de Hank. Escucho más sonidos y deduzco que ha entrado en la cocina.

—Es él —le susurro cuando me acerco a ella, que ya está en pie buscando algo con lo que cubrirse.

—Debería marcharme al otro dormitorio, ¿no crees? ¿Me da tiempo?

Eso hace que se me encoja el estómago. No quiere que Hank nos descubra. En realidad, yo también he colaborado hablando entre susurros, pero… creo que, sin ser muy consciente de ello, esperaba que lo afrontara con naturalidad y estuviera dispuesta a no ocultarse.

—Sí, te da tiempo, creo que está en la cocina —sigo susurrándole—. Espera un momento.

Me asomo al pasillo, le hago una señal con la mano y la observo mientras corre hasta el dormitorio de Hank.

Yo me cubro con una sudadera y me dirijo a la cocina.

—Hank… Me ha parecido escuchar ruido…

Se acerca a mí y me da uno de esos abrazos rápidos que solemos intercambiar de vez en cuando.

—No quería despertaros.

—Has adelantado la vuelta…

—Sí, me enteré ayer por la noche y he madrugado para volver. No quería enfrentarme al tráfico de la carretera que conecta con el sur de Londres.

—Has hecho bien, ese tramo es infernal a primera hora de la mañana.

—¿Café? —me pregunta alzando su taza sabiendo que me he aficionado a él desde que convivimos juntos.

—Sí, gracias.

—¿Qué tal todo por aquí?

—Bien, tal y como te conté por teléfono.

—He visto movimiento en el jardín, ¿ya han empezado las obras?

—Sí, terminarán en tres semanas, quizás antes. Están reconstruyendo todo el tejado y dentro de la casa también hay mucho que reformar, pero está muy adelantado. Hay cuatro personas trabajando, creo que cumplirán con el plazo.

—¿Ha habido muchos daños?

Le explico todo lo relacionado con la reforma y me escucha atentamente. No solo se trata del tejado, sino de las paredes interiores y el mobiliario. La lluvia hizo estragos en la casa y la reforma es grande a la vez que costosa, pero no soy yo quien se hace cargo de la factura, así que no me preocupa en absoluto.

Debí escuchar a mi madre cuando me aconsejó, un año atrás, cuando Hank se mudó a esta casa, que hiciera esa reforma, pero nuestros diálogos nunca son demasiado fluidos y hace tiempo que cualquier sugerencia se convierte en una disputa y un motivo de desafío. Lo único que lamento es el mal trago que Ashley pasó cuando el techo amenazó con desplomarse encima de ella, y lo que podría haber pasado… Por lo demás… solo puedo darle las gracias a ese bendito aguacero.

Capítulo 38

Ashley

Hace dos días que Hank llegó y desde ese momento todo ha cambiado. Las noches frente al fuego han desaparecido, así como los planes de pasar el fin de semana en Londres de nuevo.

El día que llegó Hank tenía pensado proponerle al doctor la visita al Museo de Arte de Londres. Me muero por visitarlo, aunque reconozco que la idea solo era una excusa para repetir la escapada a Londres.

La llegada de Hank hizo que desistiera de proponérselo. Su reacción cuando se dio cuenta de que Hank se encontraba dentro de la casa y podía descubrirnos juntos en su dormitorio, lo cambió todo. Si bien, yo fui la primera en proponer que debíamos disimular marchándome al dormitorio de Hank… él no puso objeción alguna.

Cuando aceptó mi propuesta lo observé con atención, no vi sorpresa ni decepción en ella, más bien me pareció que se sintió aliviado de que yo pensara igual que él.

No tengo que darle explicaciones a Hank de nada de lo que competa a mi vida personal, ni yo tengo que hacerlo ni él me las va a pedir, por esa razón me hubiera gustado que la situación se desarrollara con naturalidad.

Desde ese día, tan solo dos después, el esfuerzo por disimular es más incómodo que el hecho de que nos hubiera descubierto en sí.

Además, las noches son más largas. El mismo día en que Hank llegó, el doctor consiguió instalar una cama improvisada que adquirió haciendo unas cuantas llamadas camino del trabajo. Lo que hace tener un buen bolsillo…

Hank es el que se ha empeñado en dormir en ella. Se encuentra en una sala de lectura pequeña, pero muy confortable que, con pocos muebles, se ha convertido en un dormitorio muy acogedor, con chimenea incluida.

Las obras de la casa de invitados estarán terminadas en varias semanas, por lo que el dormitorio de Hank será el que me acoja mientras eso ocurra, y también mientras Hank no vuelva a marcharse.

Es curioso cómo ha cambiado todo. En estos dos días ni él ni yo hemos mostrado ni un solo detalle que pudiera delatarnos. Igual que llegó la locura, se ha marchado.

Delante de Hank nos mostramos amigables, pero sin excesos, lo suficiente para que él mismo haya comentado en varias ocasiones que se siente raro viendo cómo no discutimos una y otra vez.

Algo ha cambiado y me pregunto si volverá. Me cuesta creer que haya sido así de efímero y tampoco entiendo que la llegada de Hank haya podido provocarlo. ¿Será la excusa que necesitaba el doctor para frenar esta locura? Si es así, tampoco puedo entenderlo. Lo que hemos vivido en apenas una semana ha tenido la suficiente profundidad como para que no se pueda considerar una aventura pasajera.

Entonces, ¿qué ha sido?

¿Habré exagerado lo que hemos vivido? Puede que el doctor siempre se entregue así a sus aventuras. Al fin y al cabo, a Nicole la dejó tambaleándose… Aunque me contó lo sucedido y le creí, y también sé que Nicole no está bien, no dejo de pensar cómo llegó a montarse esa relación en su cabeza. ¿Y si lo poco que vivió con él fue tan intenso que la dejó desconcertada? Ellos tuvieron cuatro encuentros, pero yo… llevo una semana solo teniéndolos.

Esa idea me deprime, pero no puedo hacer nada.

Hank me saca de mi ensoñación cuando anuncia que la cena está servida.

Es el momento del día que coincidimos los tres y, como las dos noches anteriores, el momento que aprovechamos para hablar de anécdotas relacionadas con nuestros respectivos trabajos.

—¿Cómo ha ido hoy en el palacio? —me pregunta el doctor mientras degusta el plato de pasta italiana que Hank ha preparado.

—Estoy cada vez más descolocada. Hoy ha sido un día espantoso.

—¿Qué ha ocurrido? —se interesa Hank—. ¿Otra vez ese tío, Wallace?

—No, exactamente, y no directamente conmigo. ¿Os acordáis de que os hablé de la puerta que daba acceso al paraje donde encontraron la colección de Memling?

Ambos asienten.

—Para que podáis entenderlo, se trata de una puerta corredera cubierta por espejos. Toda la parte inferior de la pared también estuvo cubierta, pero la puerta tenía un espejo con un diseño diferente, para que sus dimensiones no contrastaran con el resto.

—Yo he visto esa puerta. —Comenta Hank—. Carter y yo estuvimos dos veces en el palacio, antes de que empezaran las obras de restauración. La recuerdo. Estaba perfectamente disimulada e integrada en la hilera restante de espejos. Quien la hizo, hizo un buen trabajo.

El doctor permanece callado escuchándonos a los dos. Su expresión indica que está interesado, como siempre que le hablamos de nuestro trabajo.

Esa idea, hace que sienta una punzada de dolor en el centro del pecho. Disfrutaba tanto las noches anteriores hablándole de mis aventuras en el palacio…

—¿Qué ha pasado, Ashley? —me invita a continuar el doctor.

—Que esa puerta supone un problema para la restauración, para mi trabajo. El fresco que estoy restaurando sería un desastre si no cubriera esa parte, así que se decidió sellar esa puerta. El señor Carter me dijo que la cámara a la que conduce es pequeña y no tiene uso alguno. Mantenerla sin sellar, una vez que se quitó el espejo que la cubría, solo provocaría problemas para mantener la temperatura deseada en esa sala. Habría filtraciones que el espejo, tal y como estaba colocado se encargaba de neutralizar.

—¿Por qué no dejan ese espejo en vez de sellarla? —pregunta el doctor interesado.

—Porque el efecto visual sería espantoso. Antes tenía una armonía con el resto de espejos, pero ahora ya no están. Y el fresco restaurado tendría un acabado espantoso. El original cubre esa zona y se está restaurando en su totalidad.

—Entiendo. Entonces, ¿qué problema hay?

—Que no se ponen de acuerdo. Hace dos días apenas pude estar en la sala porque estaban empezando a sellarla. Si es eso lo que pretenden, deben darse prisa porque me resulta imposible trabajar sin poder contar con esa zona. El lado derecho del fresco tengo que empezarlo si quiero que quede bien, y esa puerta me lo impide. Solo sellaron una parte. Enseguida llegó Wallace y lo paró recriminándole a Carter que hubiera organizado ese sellado sin antes avisarle. Les escuché discutir. Carter siguió el plan inicial, pero por alguna razón, Wallace no quiere que se selle todavía. Ordenó que se despejara de nuevo.

—¿Por qué? —me pregunta Hank—. Algún motivo tendrá…

—No lo sé, pero ayer, cuando estaba a punto de marcharme, me pareció ver a Percibal, el restaurador, delante de la puerta, como si se dispusiera a entrar. Tiene un pequeño candado en la guía inferior, nada sofisticado, y él estaba trasteando allí.

—¿Qué hay dentro? —pregunta el doctor.

—No lo sé, pero no puede haber nada de valor, mucho menos una pintura. No es el sitio para guardarla.

—Pero la obra de Memling estuvo ahí siglos encerrada. —Comenta el doctor.

—Sí, pero una vez liberada de la bolsa en la que se ha mantenido durante todo ese tiempo no puede volver a exponerse a oscuridad y… posiblemente humedad.

Hank se dedica a ampliar esa información dirigiéndose al doctor mientras yo desconecto pensando en la maldita puerta que solo está impidiendo que trabaje con comodidad.

—¿Has estado dentro de ese pasaje? —me pregunta el doctor.

—No, está prohibido. Además, está cerrada con un pequeño candado, como os he dicho. Estoy deseando que la sellen, incluidas las guías inferiores de la puerta, para ver en qué estado queda la pared. Sé que si no son muy finos con el yeso que apliquen… me va a resultar muy difícil que la pintura se fusione bien. Es un sellado especial, con un material especial.

Mientras ellos siguen debatiendo sobre ese tema, yo no dejo de darle vueltas a la idea de entrar en esa cámara. Pero es casi imposible conseguirlo. El palacio está controlado por seguridad. Las salas están aisladas unas de otras. Y Wallace es omnipresente. También Carter, pero este me deja más momentos de intimidad. Si no fuera por ese pintor, Percibal…

Descarto la idea. No voy a ganar nada con ello, solo satisfacer mi curiosidad, pero podría meterme en un buen lío si me descubrieran.

O… quizás no.

Capítulo 39

David

Mi madre ha evitado hablar conmigo directamente, lo sé. Por esa razón me ha dejado en el salón de su casa con la excusa de ir a buscar a mi padre. Me hace esperar. Es su forma de no enfrentarse a los problemas y ganar tiempo.

Estoy en el último lugar que quiero estar, en casa de mis padres. Mucho menos un domingo por la mañana y, mucho menos, después de no haber podido llevar a cabo mis planes de pasar el fin de semana con Ashley.

No me la quito de la cabeza… El trayecto hasta aquí ha sido una tortura. A pesar de que mantenemos una relación buena en todo momento, desde que llegó Hank, cuatro días atrás, no existe ni rastro de lo que pasó durante los días anteriores, casi un total de diez días… Nos comportamos como buenos amigos y solo bromeamos cuando Hank hace alusión a la paz que hay entre nosotros, comparándola con aquellos días en que saltaban chispas a la mínima.

Ayer pasamos el día mostrándole a Ashley los lugares más encantadores de Rye. Cenamos en el mejor restaurante y después fuimos a Hasting, a unas trece millas de Rye, a deleitarnos de un poco de vida nocturna junto a unos amigos de Hank que se unieron a la improvisada fiesta y resultaron ser de lo más divertido.

Todo entre nosotros es correcto, es agradable, pero parece que lo que pasó durante todos aquellos días se haya esfumado.

—Perdona, cariño, tu padre no tardará. —Me anuncia mi madre interrumpiendo mis pensamientos.

—Mientras, podemos hablar tú y yo.

—David, ya te he dicho antes, por teléfono, que yo poco puedo hacer en este tema.

—Mamá, no puedes estar hablando en serio.

Me ofrece algo de beber, pero lo rechazo. Ella se sirve un poco de

vino blanco.

—Le he pedido a Eleanor que sirva un pequeño almuerzo. ¿Te quedas a compartirlo con nosotros?

—No, mamá, no he venido a eso. Tengo que marcharme pronto, he quedado con Andrew. Solo quiero que me eches una mano.

—Sabes que yo no me ocupo de esos asuntos, debes hablar con tu padre otra vez.

—Y lo haré ahora, cuando se digne a aparecer, pero sé que va a volver a decirme lo mismo y estoy harto de que quiera tomarme el pelo. Tú también formas parte de esto y no puedes mantenerte al margen.

—¿Qué es lo que te ha dicho que tanto te ha molestado?

—No es lo que me ha dicho hoy, sino lo que lleva diciendo dos semanas. Lo he intentado pacientemente varias veces, y mi abogado también. Solo le estoy pidiendo algo que tengo derecho a tener, y lo sabes. Pero siempre me remite a su abogado. Y su abogado se limita a decir que hasta dos meses antes de la cesión no tiene obligación de presentarme las cuentas.

—¿Y qué quieres que haga yo? Si eso es así, ¿por qué no esperas a ese plazo?

—Porque quiero estudiarlo con calma y solo faltan ocho meses, mamá, ¿lo entiendes? Yo tengo un trabajo y una vida, quiero estudiar con calma las condiciones y todo lo relacionado con la herencia del abuelo antes de aceptarla cuando llega la fecha estipulada.

—No sé qué decirte, David, esto me pone en una situación delicada, cariño.

—Mamá, mójate de una vez por todas. Deja de estar al margen de una vez. ¿Es que no te importa… es que nunca vas a actuar con tu propio criterio…?

Mi madre me mira fijamente. Hay algo diferente en su expresión.

Cuando parece que ha reaccionado, escucho la voz de mi padre.

—¿A qué se debe este honor? Es difícil verte por aquí, a menos que te interese algo… ¿Es el caso?

Hoy no puedo callarme. Han sido muchos años haciéndolo. Aunque hemos discutido muchas veces, de cada tres comentarios suelo tragarme dos sin rechistar. Erróneamente, lo he hecho muchas veces por mi madre, o porque simplemente hace mucho tiempo, siglos, veintinueve años, los que tengo, que no siento que esto sea una familia.

Con mi madre ha habido momentos buenos que soy capaz de recordar, aunque no abunden, pero solo se han producido si el hombre altivo, arrogante, egocéntrico y egoísta que tengo delante no se

encontraba junto a ella. Me marché de casa con quince años para vivir con mi abuelo, hasta los dieciocho, cuando entré en la universidad y él falleció. Es evidente que le he molestado poco, pero siempre aprovecha la ocasión para quejarse.

Que no siguiera sus pasos, estuviera tan unido a mi abuelo y estudiara lo que me diera la gana es algo que todavía no me ha perdonado. Aunque a veces pienso que a esa lista también se ha unido el hecho de existir. Ese es el motivo por el que más me detesta.

—Pues no te equivocas. Aparte de venir a ver a mi madre, que es la única que me importa, y a Eleanor, hoy también he venido por interés.

—Si vas a insistir con ese desagradable tema de las cuentas, te voy a dar la misma respuesta, podías haberte ahorrado el viaje.

Se sirve una copa de vino y se sienta en su majestuoso sillón, a pocos metros de donde mi madre y yo luchamos por comportarnos como una madre y su hijo.

Miro a mi madre en busca de alguna reacción, pero tiene la mirada baja y no parece tener intenciones de intervenir.

—Tengo derecho a tener esas cuentas. Faltan ocho meses para que cumpla los treinta y quiero estudiarlas con tranquilidad.

—No estoy obligado a ello y me ofende tu interés, al mismo tiempo que me revuelve el estómago. ¿Qué esperas encontrar en esas cuentas para tener que estudiarlas con tanto tiempo? Solo vas a encontrar el esfuerzo de cuarenta años de mi trabajo.

—¿Del tuyo? ¿Tu trabajo? ¿Y el de mamá no? ¿Y el del abuelo, y el de sus antepasados…? ¿Por qué narices solo te nombras a ti?

—Es evidente que me refería al trabajo de todos. Eso es lo único que vas a encontrar —dice alterado. Sé que está a punto de atacar con algo—. Ese trabajo, duro y constante, nunca te ha interesado. Y ahora vienes aquí a pedir las cuentas de los últimos diez años…

»¿Qué esperas encontrar? Esas cuentas son inmaculadas, el reflejo del trabajo y la honestidad. El resultado de una ambición justa, la que a ti te falta. Tú estudiaste medicina y has echado a perder tu carrera por no saber mantener la boca cerrada como un hombre y por no conocer la lealtad. Ahora estás en un vulgar centro médico de un pueblo… ¿Para eso te hemos pagado unos estudios en Oxford? ¿Para eso te hemos pagado una estancia en Harvard y años de residencia…?

Hace una pausa. No tengo intenciones de intervenir de momento, prefiero que saque todo ese veneno antes de hacerlo.

—Si quieres las cuentas —continúa diciendo— tendrás que esperar al plazo que otorga la ley, no voy a hacer una excepción contigo. Si tuvieras dignidad y algo de amor propio, renunciarías a esa herencia.

Las empresas te importan muy poco, solo vas a hacer que estovar y estropear el trabajo que con mucho esfuerzo hemos hecho los demás.

Se enjuaga la boca con el vino. ¡Debe tener sed después del desgaste de palabras!

Mi madre está callada, como casi siempre hace, pero esta vez, como en otras disputas, no está llorando ni a punto de hacerlo. Eso me sorprende.

Claro que, yo me siento igual. Todas esas acusaciones me deberían afectar. Hace rato que tendría que haberme levantado y haberle parado los pies, pero para mi sorpresa, ya no siento la impotencia y la frustración que en otras ocasiones. Con el tiempo ha ido disminuyendo.

—¿Has acabado? —le pregunto mientras me levanto y me lleno la copa de vino. Le ofrezco a mi madre, acepta y se lo sirvo lentamente.

—Richard, si David quiere esas cuentas, debes dárselas, ¿qué más da ahora que dentro de unos meses?

—Yo soy el que administra las empresas, para eso trabajé en labrarme un futuro como abogado y economista. No voy a entregarle nada antes de tiempo a alguien que solo se va a subir a este tren porque ha visto que puede cambiar su estatus sin mover ni un solo dedo. El sueldo de médico no debe permitir muchos lujos…

—¿Estatus? Es gracioso que tú hables de eso. Si yo subo de estatus, como tú lo llamas, aunque a mí me parece ridículo, es porque a mi abuelo le salió de los cojones de hacerme heredero de una parte de su legado. Se llama legitimidad. No subiré de estatus por casarme con mamá como tú.

Se levanta enfurecido del sillón.

—No te voy a consentir…

—Me vas a consentir todo lo que tengas que consentirme. Yo no soy una persona elitista, ni clasista como tú. Yo no miro a la gente por encima del hombro ni me creo superior a los demás, por eso no voy a molestarme ni siquiera en decirte cuatro cosas que te mereces. No sé cómo hablas de éxito cuando tienes delante a un hijo que no te soporta, que te detesta y que durante toda mi vida he soñado con tener un padre distinto. ¡Menudo Triunfo! —Me acerco a él desafiante—. Quiero esos documentos, los quiero antes de que llegue la próxima semana y más te vale no volver a negarte. No tires de ese hilo…

—Si crees que me vas a amenazar a mí…

—Richard. Le entregarás la documentación, toda, en el plazo que te ha dado, antes si cabe.

—Querida… No me ofendas con…

—Si no lo haces tú, yo hablaré con el abogado. Dudo mucho que se niegue a hacer lo que le pido. Espero que te quede claro.

—¿Cómo puedes optar por hacer algo así? Humillarme delante de este…

—De nuestro hijo, Richard. Y no hables de humillaciones, deberías avergonzarte de todo lo que le has dicho. Mi padre decidió que él formara parte de las empresas al cumplir los treinta años y así será. Tú no eres nadie para cuestionarlo. Mi padre estaría orgulloso de que David fuera médico, y yo también lo estoy. Delante de mí no vas a volver a mencionar su carrera a menos que sea para respetarla. Y no quisiera seguir porque diría cosas de las que me arrepentiría.

Mi padre tiene el ceño fruncido a la vez que un color rojo pasión repartido por todo su rostro. Nunca antes mi madre le había hablado así. Si bien suele discutir con frecuencia, mi madre siempre ha acabado por ceder y mantenerse a su lado.

—No tengo por qué soportar esta actitud tuya.

Se marcha tirando la copa de vino sobre la mesa y provocando que se derrame el vino y se haga añicos el cristal.

Me acerco a mi madre.

—¿Qué ha pasado aquí? —le pregunto todavía en *shock*.

—David, tendrás lo que has pedido esta semana, no te preocupes. Últimamente, pienso mucho en mi padre, en tu abuelo, no sé por qué me ocurre. Será que me voy haciendo mayor…

Me acerco a mi madre y la beso en la mejilla. Se abraza a mí y se derrumba. Llora durante unos minutos, los que a mí se me hacen eternos. No quiero verla así, pero al mismo tiempo no estoy acostumbrado a lidiar con esto. Nunca nos ha unido algo así.

Hay tantas cosas que me gustaría decirle ahora que siento que está dispuesta a escucharme… pero sé que todas ellas le harían daño. No quiero entrar en ello. Hoy puedo darme por satisfecho de ver cómo se ha impuesto y ha optado por atender lo que le he pedido. No puedo pedir más… Es imposible creer que podemos ser una madre y un hijo normal, aunque lamentablemente me conformo con haberla podido abrazar en un momento vulnerable.

—Ahora, si me disculpas, David, quiero retirarme. Me gustaría irme a la cama a descansar.

—¿Estarás bien?

—Sí, solo algo disgustada por la situación. Te llamaré en cuanto tenga la documentación, yo misma te la entregaré.

—Gracias, mamá. Solo quiero estudiarla con calma, saber mis responsabilidades, familiarizarme con lo que voy a firmar en breve. Quiero hacerlo con calma, no con prisas.

—Lo sé, cariño —me dice mientras me besa en la mejilla y desaparece.

Me siento en el sofá a acabarme el vino.

Repaso mentalmente lo último que le he dicho a mi madre.

No le he dicho la verdad. Necesito esas cuentas porque tengo dudas de la transparencia de ellas. Hace tiempo que recibí información que me hizo estar alerta.

Capítulo 40

David

Aunque mi principal motivo para venir hoy a Londres ha sido la visita a mis padres para tratar el dichoso asunto de las cuentas, no me puedo marchar sin ver a Andrew.

Días atrás me inventé una excusa para no pasar el fin de semana con él, creyendo que lo pasaría con Ashley, antes de que apareciera Hank.

—Me ha sorprendido tu llamada, me dijiste que estabas ocupado con las reformas.

Le cuento el motivo de mi viaje con detalles. Andrew está al corriente de todo. Lo comentamos como lo hemos hecho otras veces y le pido que cambiemos de tema. Aunque hoy ha sido algo distinto por la intervención de mi madre, tengo la misma sensación de vacío e impotencia que todas las veces que voy a visitarlos.

Si bien, mi madre hoy parecía distinta y ha hecho algo que me ha sorprendido, no quiero confiarme en creer que algo ha podido cambiar. Sé que mi padre trabajará con uñas y dientes para salirse con la suya y conseguir que mi madre dé un paso atrás. Recurrirá al chantaje emocional y a todos sus patéticos recursos con tal de salir triunfante y no proporcionarme las cuentas hasta apurar el plazo legal. Mucho más después de lo que ha salido de mi boca.

Tras ponerle al día de mis avances en el centro médico, él me pone al día de su larga lista de conquistas. Poco después, me animo a preguntarle por un tema que sé que él no va a tratar voluntariamente. Desde que me marché evita hablarme del hospital y no quiero que eso se convierta en una costumbre. Sé que Andrew tiene sus conflictos y necesita hablar de ellos, como hemos hecho siempre. Estoy dispuesto a aclarar ese tema de una vez por todas, y espero que esta vez me haga caso.

—Andrew, estoy bien como puedes ver. Me gustaría que, igual que

yo te hablo de mi trabajo, tú me hablaras del tuyo con naturalidad. No necesito que me protejas en ese aspecto, ya no se me revuelve el estómago cuando oigo hablar del hospital… ¡No me estás haciendo ningún favor!

Espero una excusa o un discurso sobre lo que me conviene o no me conviene, como en otras ocasiones, cuando hablamos por teléfono y le pido lo mismo que le he pedido ahora, pero me sorprende asintiendo con la cabeza.

—Tienes razón… A veces necesito contarte algo o pedirte consejo y… evito hablarte del hospital y de la gente del hospital.

—No lo hagas, no es justo ni para ti ni para mí. Lo mejor que me ha pasado es marcharme. No me voy a quedar eternamente en el centro médico, pero representa un puente para mí que necesitaba como respirar. Ya te hablé de la propuesta del Royal Sussex. Tengo muy claro que será mi siguiente destino. Sé que el King's College será historia muy pronto.

—¿Todavía no lo es?

—Cuando todo acabe lo será. No creo que falte mucho tiempo. Y ahora… empecemos de cero. Te haré la pregunta que tú me contestarás con naturalidad: ¿Qué tal en el hospital?

Sonríe y menea la cabeza mientras le da un largo trago a una cerveza.

—Bien. Lo creas o no somos muchos los que te echamos de menos.

—Alguno que otro habrá —contesto con sequedad.

Me pone al día de todo lo ocurrido en las últimas semanas y, como siempre hacíamos, le ponemos humor a… casi todo.

—Veo que no ha cambiado nada —observo después de escuchar los mismos conflictos a los que nos enfrentábamos a diario.

—Hay algo que ha cambiado. Nicole no ha vuelto a ingresar —dice echándose a reír—. Puede que haya averiguado que ya no trabajas allí.

—No, no es ese el motivo. Es que ha vuelto a Estados Unidos.

—¿En serio? ¡Eso tenemos que celebrarlo! ¿Cómo lo sabes?

—Me… lo dijo… su amiga, ¿la recuerdas?

—¿Qué amiga? ¿La chica aquella tan guapa con la que tenías tan buen rollo?

—Esa.

—Un momento… ¿La has visto? Lo sabía, sabía que te gustaba.

—¿Por qué dices eso?

—Porque lo noté. Vi cómo la mirabas y yo te conozco.

—Si nos cruzamos dos o tres veces y siempre para discutir… ¿En qué te basas para decir eso?

—¿Quieres contarme de una vez cuándo la has visto?

—Es una larga historia, Andrew.

—Te escucho.

Y lo ha hecho. Me ha escuchado durante todo el tiempo que he necesitado para darle vida a esa historia, con detalles, con muchos detalles. Como era de esperar, le ha sorprendido la historia por lo extraña y todas las casualidades que contiene.

—Estás muy colado por esa tía, ¿verdad?

—¿Cómo? No, claro que no, ¿es que no me has escuchado? La historia tiene su gracia… Y… lo hemos pasado bien. Ya te he dicho que en cuanto volvió Hank… no hemos vuelto a… ¡Nada! Llevamos cuatro días comportándonos como simples amigos, como compañeros de casa. Es todo. Quizás deba ser así.

—David, estás colado por ella, deja de soltarme tonterías que ni tú te crees.

—¿Por qué te empeñas en decir eso? —le pregunto molesto. Parece que no me ha escuchado y que solo le interese llegar a esa conclusión.

—Porque es la primera vez que te lías con alguien y no me lo cuentas. Porque me diste una excusa muy mala el fin de semana en vez de decirme que tenías planes con una tía; porque no te has visto la cara cuando hablas de ella… ¿Necesitas más?

—Me gusta, Andrew, claro que sí, ya te he contado que nos reímos, nos provocamos, pero no hay nada más.

Andrew me mira de una forma que no sé interpretar y decide cambiar de tema radicalmente.

Le agradezco que lo haga. No me gusta la dirección que está tomando el tema.

Cuando nos despedimos, antes de que ponga un pie dentro del coche, Andrew me golpea en el hombro.

—Cuando reconozcas que te estás enamorando de esa chica… ¿Ashley?, será duro, amigo, lo sé y por eso entiendo que te niegues a reconocerlo, pero… no es tan malo. Dicen por ahí que eso de enamorarse tiene su encanto.

No sé si reír o llorar. Andrew, que el tiempo que más ha durado con la misma chica ha sido cinco días, me está hablando de enamorarse.

¿Qué sabrá él?

Claro que, yo tampoco domino el tema. La relación más larga que he tenido puede que… ¡Sí! Fue Nicole.

Decido ignorarlo, me siento incapaz de seguir hablando de ello. Entro en el coche y veo que golpea la ventanilla.

La bajo de mala gana.

—Si te propongo que te unas a los chicos y a mí el próximo fin de semana, ¿lo harás? Vendrán las amigas de William, las de Manchester…

—No creo, pero ya te lo comentaré. Todavía necesito algo de tranquilidad.

—¿Y tú y yo solos? ¿Nos vamos de fiesta? Hace tiempo que no lo hacemos.

No le contesto.

—¿Y el otro fin de semana? Ponle fecha.

—Ya lo hablaremos, Andrew, ahora no puedo confirmarte nada.

—Lo que yo decía… ¡Estás enamorado!

Salgo del coche. Necesito aire.

—Andrew, como broma tiene su gracia, pero no es verdad. Hace muy poco tiempo que la conozco. Eso son palabras mayores.

—¿Cuánto tiempo se necesita?

—Algo más, supongo.

—¿Cuántos días habéis estado… juntos?

—Todo el tiempo que estuvo Hank fuera. Diez días.

—Suficiente.

—No digas tonterías.

—Si no te gusta que diga que estás enamorado, diré que estás yendo por el camino. ¿Mejor?

—No. Lo que dirás es que me ha venido muy bien conocerla en este momento, me ha servido de… distracción. Me ha ayudado a adaptarme a mi nueva vida.

—Joder, qué aburrido es eso que me has soltado.

—Es que no voy a decirte lo que quieres oír porque no es real.

—Deberías haberte escuchado y haber visto la cara que tenías mientras me hablabas de lo que ha habido entre vosotros estos días. Te estás enamorando, tío… No es nada malo… ¡Creo!

Me echo a reír por la forma en la que lo ha expresado. Parecía confundido de verdad.

—Ya hablaremos.

Intento meterme en el coche, pero él me sujeta del brazo.

—David… Venga… ¡Admítelo!

—No sé qué es, tío, pero es diferente…

Sonríe abiertamente con aires de haber triunfado.

—Sea lo que sea, vívelo. Y… háblame de ello.

Entro de nuevo en el coche, espero que sea la definitiva.

Golpea en la ventanilla y bajo el cristal de mala gana.

—¿Qué quieres? Tengo ganas de perderte de vista.

—¿Le vas a hablar de tu familia? Según lo que me has contado…

Esa pregunta me deja clavado en el asiento. Andrew es una persona muy observadora y muy minuciosa a la hora de analizarlo todo, aunque su carácter desenfadado despiste.

Asiento con la cabeza y subo el cristal.

Sé a lo que se refiere. Le he contado la historia con detalles y esa conclusión es inevitable.

Me centro en la carretera con un nudo en el estómago que se me hace insoportable.

Enamorándome…

Hablarle de mi familia.

Por momentos, se me nubla la vista y siento miedo.

Capítulo 41

Ashley

He cambiado el pincel por una novela que me ha prestado Hank. He pasado gran parte del día pintando, pero he decidido darle un descanso a mi inspiración, que hoy ha fluido de la manera que yo deseaba.

La lectura no está mal. Estoy sentada frente al fuego, aunque está apagado, concentrada en una novela que trata sobre un asesinato que se produce en un museo; me parece interesante, no solo por la trama, sino por las alusiones a algunas obras de arte ficticias que nombra el autor.

Eso hace que siga pensando en la obra de Memling. El viernes la pude observar durante un solo minuto, pero esa vez me sorprendió no sentir ese cosquilleo que sentí la primera vez. Esa vez sentí que la dichosa esfera se instalaba en mi cabeza y no me dejaba admirar la obra como yo deseaba.

Había algo que me inquietaba en esa pintura y no sé qué es.

La novela, la pintura y las vueltas que le he dado a la obra del palacio han hecho que el domingo pase más rápido de lo que preveía.

Hank ha permanecido gran parte del día en la cama, por lo que apenas nos hemos cruzado. Y cuando lo hemos hecho solo ha sido para comentar su estado y bromear con él.

El doctor ha estado todo el día en Londres. Por suerte, me he mantenido lo suficiente ocupada para no pensar en ello y en lo mucho que ha cambiado nuestra relación en pocos días.

He encontrado un momento para poner a Kelsi al día de todo lo que estoy viviendo aquí. No le oculto nada y está al corriente de todo, no podría hacerlo de otro modo. A pesar de que hemos bromeado todo lo que nos ha apetecido, me han sorprendido sus palabras.

—Ashley, ¿no habéis vuelto a enrollaros por Hank? Eso es absurdo —me ha comentado sorprendida.

—Visto de esa forma, a mí también me parece absurdo, Kelsi. Es como si fuéramos adolescentes que nos escondemos para que no nos descubran. En un primer momento, podría haber resultado extraño que Hank nos viera tan unidos, después de haber presenciado nuestros conflictos, pero… seguir así durante tantos días… A mí también me confunde.

—Fuiste tú, según me has contado, la que propusiste disimular…

—No le pareció mala idea, Kelsi, no vayas a echarme la culpa a mí.

—Os habéis enfriado.

«Enfriado…».

No sé si eso se ajusta a la realidad. Por mi parte no hay nada enfriado. Cada vez que lo veo soy pura combustión y mi trabajo me cuesta disimular.

Nada de enfriamientos. De lo contrario no habría estado pensando en él todo el día y obligándome a estar entretenida para que no me estallara la cabeza.

Enfriamiento ninguno. Si fuera así no habría mirado doscientas veces hacia la puerta para ver si aparecía.

Conclusión. El que se ha enfriado es él.

A ver cuánto me cuesta asumir eso…

Antes de seguir leyendo decido contestar a todos los mensajes de voz de mi tía. Como siempre, le cuento muchas cosas, excepto las relacionadas con el doctor. De él no sabe nada. Eso me lo guardo para Kelsi. Si la tuviera más cerca… pero es una situación rara y nueva, y me siento extraña hablando de ello.

Decido seguir leyendo. Cada vez que me detengo, me torturo con algo.

Veinte minutos después, cuando el asesino de mi novela está dejando demasiadas pistas y empiezo a sospechar de quién se trata, escucho el sonido de la puerta.

El doctor aparece con aspecto de estar cansado.

Se acerca a mí directamente y se sienta en el sillón de enfrente.

—Hola, Ashley. ¿Hank?

—Durmiendo. Ha tenido resaca todo el día. Él la ha combatido durmiendo y yo pintando y leyendo.

—¿Resaca tú? —me pregunta sorprendido, sabiendo que apenas bebía una o dos cervezas.

—Sí, es que anoche bebí a escondidas —bromeo.

Le arranco una sonrisa que no espero y me siento satisfecha. Tiene mal aspecto.

—¿Qué tal por Londres?

—Bien y mal. La visita a mis padres mal, el rato que he pasado con

Andrew estupendo.

—¿Te ha ocurrido algo con tu familia? —Nunca me ha hablado de ella, pero sé que sus padres viven en Londres y que es hijo único.

—Siempre es así, Ashley, no es nada nuevo.

—¡Oh! Vaya, lo siento. ¿No os lleváis bien?

—No sé cómo es la relación con tu familia… me dijiste que tu tía y tú estabais muy unidas… —Asiento con la cabeza—. Yo nunca he sentido algo así.

Siento que tiene ganas de hablarlo y me siento bien al ver que está confiándome algo tan personal. Me levanto y me acerco a él.

—¿Vino? —le pregunto—. ¿Te apetece una copa? Compré uno en una tienda de Rye que tiene buena pinta.

—¿Vino tú? ¿Creía que no te gustaba? Siempre te he visto beber refrescos o cerveza.

—No es cierto, me has visto beber vino porque tú mismo me lo has servido. Soy californiana, ¿cómo pretendes que no me guste el vino?

Se echa reír y espera a que vuelva con las copas prometidas.

—¿Has cenado? —le pregunto.

—Sí, con Andrew.

—¿Quieres hablar de ello?

—Hemos comido unas *pizza*.

—No, bobo, de eso no, de tus padres —le digo golpeándole en la mano cariñosamente, sé que bromea.

—No hay mucho que decir, Ashley. No somos una familia convencional. Ellos siempre han vivido para ellos y para su trabajo, y yo… me he buscado la vida. Me fui a vivir con mi abuelo cuando tenía quince años. A los dieciocho falleció.

—¿No tenías relación con ellos en ese tiempo?

—Sí, pero nunca hemos estado unidos. Mi padre nunca ha visto con buenos ojos nada de lo que he hecho. Quería que siguiera sus pasos y como decidí estudiar medicina, todo empeoró.

—¿Y tu madre?

—Ella es distinta, pero tampoco puedo decir que sea una madre convencional. Siempre ha vivido para su trabajo y ha estado muy unida a mi padre. A veces… parece más cercana, pero solo en contadas ocasiones. Esta casa es de mi abuelo, la heredé de él.

—¿Aquí es donde viviste con él?

—No, solo veníamos algún fin de semana. Viví con él en Londres. Él y mi abuela compraron esta casa hace muchos años. Esta casa y esta región eran especiales para él.

—Es una casa preciosa…

—Sí, para mí tiene también un valor especial.

—Siento que tengas una familia así.

—Ya estoy acostumbrado. Te aseguro que a estas alturas solo me afecta cuando nos vemos y discutimos, pero se me pasa pronto. Antes solíamos reunirnos un viernes al mes para cenar, pero ahora ya no.

—¿Y por qué os habéis reunido hoy?

—Necesitaba pedirle una documentación. Cuando cumpla treinta años… tendré que firmar una parte de la herencia que me dejó mi abuelo, aparte de esta casa.

—¿Por qué a los treinta?

—Él lo dispuso así. Puede que creyera que sería más maduro.

—¿Y lo eres?

—No.

Nos echamos a reír.

—¿Qué heredarás?

—Un título de conde.

—¿Qué?

Se echa a reír a carcajadas.

—Qué tonto eres. No te veo yo a ti de conde. Claro que, tampoco sé bien qué hace un conde…

Bromeo sobre las ideas que tengo sobre las actividades de los condes y consigo que se ría más.

—Ashley… mi familia es… una familia bastante…

—Tienen mucha pasta, ¿no? ¿Te refieres a eso?

Él sonríe y baja la cabeza.

—Sí, solo que…

—¿Hay una copa de ese vino para mí? —nos sorprende Hank, que aparece con el mismo aspecto de haber sido atropellado tres veces por un tren.

—La hay. —Le contesto intentando ocultar mi decepción por no poder seguir estando a solas con el doctor.

—¿Interrumpo algo? No podía dormir.

—No. El doctor me estaba hablando de su familia.

Hank lo miro horrorizado y después me mira a mí. Vaya, eso me hace pensar que el doctor no habla mucho de eso. Puede que a Hank le sorprenda que tenga esa confianza conmigo.

—Le estaba contando la buena relación que tengo con ellos. Y la historia de esta casa.

Hank asiente y se sienta.

—¿Vino para conciliar el sueño? —le pregunto—. ¿Una resaca con alcohol antes de dormir?

—Ya no tengo resaca, y lo que no tengo es sueño.

—Después de veinte horas durmiendo es lo que suele pasar.

Nos echamos a reír y nos dedicamos a seguir haciéndolo durante una hora más. Después, todos nos retiramos a nuestros respectivos dormitorios.

Yo me voy con el sabor amargo de no haber podido seguir escuchando al doctor.

Lo que habría dado por abalanzarme sobre él y buscar ese placer que… a estas alturas ya puedo afirmar que solo he sentido con él. Al menos de una forma tan… ¿Intensa?

Esa palabra me recuerda a Nicole. Era la manera que tenía de describir su relación con él.

No sé nada de ella. No me atrevo a llamarla.

¡Mierda! ¿Por qué tengo que pensar siempre en cosas que me alteran?

Intento cerrar los ojos mil veces antes de sucumbir al sueño. Solo lo he conseguido cuando he decidido imaginar que el doctor estaba a mi lado y me abrazaba. Y también cuando me ha parecido ver la tonalidad de sus ojos como si la tuviera justo delante de mí.

Le echo de menos…

Sé que nunca volverá a ser como aquellos días, antes de que volviera Hank.

Capítulo 42

Ashley

Dos días después

Estoy satisfecha con el resultado, es justo lo que necesitaba plasmar en el lienzo.

No me ha llevado mucho tiempo, solo unas cuantas sesiones. Es una de esas pocas veces en la que pintar se convierte en una carrera contrarreloj para sacar lo que hay en mi cabeza y verlo reflejado cuanto antes en el lienzo. Ya me preocuparé de los detalles en otro momento… Puede que nunca, puede que lo deje tal y como está ahora, el resultado me hace sonreír.

Doy un paso atrás y vuelvo a sonreír satisfecha.

Es justo como lo recuerdo.

Ese pensamiento hace que se me haga un nudo en la garganta muy molesto.

El doctor de nuevo.

Pensé que algo cambiaría después de la noche del domingo, cuando me habló de su familia, pero no. Seguimos cruzándonos como dos buenos vecinos. Pobre doctor. Menuda relación tiene con sus padres. Claro que yo… aunque sea en otras circunstancias, tampoco puedo decir que la mía sea alucinante.

Todos tenemos algún talón de Aquiles y creo que el doctor y yo compartimos el mismo, aunque sea en circunstancias distintas.

Me encuentro en el antiguo porche, una zona pequeña que alguna vez se acristaló para aislarla del exterior. Es un refugio perfecto para pintar por las vistas que tiene a pie del jardín, aunque tienen más valor durante el día. Pero ahora también tiene un encanto especial. Está oscureciendo y las luces tenues que decoran el jardín mantienen una lucha por imponerse.

Escucho la voz del doctor. Eso significa que ya deben ser cerca de

las seis.

Asoma la cabeza y se acerca lentamente a mí. Ha tardado poco en adivinar dónde estoy. Aunque no es la primera vez que me encuentra aquí, el lugar que elegí para desplegar todo el material que adquirí en Londres y para pintar, sí es la primera vez que se acerca lo suficiente para ver lo que estoy pintando. El corazón se me acelera cuando noto que está tan cerca.

—Hola, me he imaginado que estarías aquí. ¿Y Hank?

—Aún no ha llegado.

—¿Qué pintas?

—¿Quieres verlo? —Le hago una señal para que se coloque a mi lado.

Guarda silencio un rato mientras observa el lienzo.

—Esto es… —Me mira fijamente—. ¿Es la campiña Lake?

Asiento con la cabeza. Se refiere al lugar que nos detuvimos a contemplar el fin de semana anterior, viniendo de Londres.

—Dijiste que querías volver para hacer fotos… ¿Hiciste alguna?

—No, no hice fotos. Esto estaba en mi cabeza, tengo memoria fotográfica.

—Es tan… real. ¡Es precioso!

—Solo es poco más que un boceto… pero es lo que tenía en la cabeza. A veces veo algo que se convierte en una secuencia, algo que se refleja con mucha nitidez en mi cabeza y puedo recordarlo con precisión… Este es uno de ellos.

—No entiendo mucho de pintura, pero me parece más que un boceto. Está muy avanzado. ¿Cuánto tiempo has dedicado?

—Tres o cuatro sesiones. Es de esas pocas veces que la inspiración me lleva a terminarlo pronto. Llevo toda la tarde. Necesitaba sacarlo de mi cabeza.

—¿No has trabajado esta tarde?

—Solo por la mañana. Están trabajando en mi sala y hoy no podía estar allí.

—¡Estoy impresionado, Ashley!

—¿Por mi horario?

—No, por la pintura. Eres una artista.

El doctor parece sincero y yo solo puedo sentirme halagada. ¡Qué curioso!

—¿Acaso lo dudabas, doctor?

—¿No podrías llamarme David? Haz un esfuerzo.

—No me sale, ya me he acostumbrado. Pero… prometo hacer un esfuerzo, doctor.

Sonríe y después se acerca más al cuadro, y en consecuencia a mí.

—Es precioso, Ashley —repite—. Es tan real… Puede que no esté terminado, pero a mí me ha llevado directamente a aquel lugar.

—Un lugar especial, sin duda. Se me quedó grabado.

—¿Sabes? Me gusta más cuando… Cuando somos enemigos.

Lo miro fijamente con el ceño ligeramente fruncido. No estoy segura de haberle entendido.

—¿Cuándo somos enemigos? —repito—. ¿No te gusta que seamos amigos?

—Si pudiera volver atrás, me convertiría de nuevo en ese enemigo.

—¿Por qué?

—Porque sé lo que viene después. Aquello me gustó. Volvería a vivir lo que viene después y buscaría la forma de evitar que desembocáramos en esto… En esta preciosa amistad llena de buen rollo.

—No sé si te entiendo, doctor —le digo mientras se acerca a mí hasta estar a solo unos centímetros de mí.

—Puede que sea una forma algo rebuscada de decirte que te echo de menos… No me gustaría que fuéramos enemigos, pero firmaría si pudiera volver a vivir lo que vino después… Y esta vez buscaría la forma de entender por qué se detuvo.

Me deja tan impactada por la carga de esas palabras que soy incapaz de reaccionar. Siento que la distancia se va acortando, y no solo la física. Va a besarme. ¡Cuánto lo necesito!

No podemos dejar de mirarnos. La distancia sigue haciéndose cada vez más pequeña. Se me está acelerando el corazón. Se me cae el pincel de la mano. Abro los labios ligeramente saboreando lo que está a punto de suceder.

Lo necesito. Me ahoga.

El calor me empieza a envolver la espalda, la nuca…

—¿Hay alguien en casa?

Es la voz de Hank.

¡Maldita sea!

Capítulo 43

David

He estado a punto de pedirle a Hank que nos dejara a solas, que su interrupción me ha partido en dos y que la necesidad que tenía de besarla era irracional, pero… aquí estoy, compartiendo cena con ellos como muchas otras veces.

Pero esta vez no es igual, esta vez me siento tan frustrado que apenas soy capaz de seguir el hilo de su conversación.

—Hoy está delicioso, mejor que nunca —observa Hank refiriéndose al pastel de verduras que ha encargado en Blen Bites, un restaurante que descubrimos hace poco tiempo, que se encuentra cerca del castillo donde él trabaja.

—Delicioso —comento mientras hago un esfuerzo por llevarme un pedazo a la boca. No tengo hambre, pero sé que se ha tomado muchas molestias en encargarlo.

—Mañana me marcho a Warwick. Estaré fuera dos semanas. ¿Podréis vivir sin mí?

Esas palabras traen luz, traen esperanza, traen lo suficiente para que mi cuerpo se transforme y hasta se me abra el apetito.

Ashley abre mucho los ojos.

—¿Está lejos?

—Sí, a unas doscientas millas.

Tengo la sensación de que Ashley no ha acogido la noticia igual que yo, parece decepcionada.

—El castillo de Warwick, Ashley. Ya te hablé de él. ¿Te acuerdas?

—¿Las tumbas? Eso es genial.

Hank nos proporciona detalles del trabajo que va a desarrollar en el castillo. Unas tumbas funerarias del siglo XII que necesitan una mano de restauración.

—Me he enterado hoy. Dirk, el holandés, ha pedido ayuda y me ha recomendado. Trabajamos juntos en las columnas de la basílica.

Hank se explaya hablando de su trabajo y Ashley lo escucha embobado. Muchas veces tengo que hacer un esfuerzo por entender la jerga que emplean.

—¡Eh! Estoy aquí —les digo—. Si vais a hablar en jerga «artística» hacedlo más despacio, bastante trabajo tengo en entenderos con vuestro «inglés» de Los Ángeles.

Ese comentario desata protestas y varias bromas, lo suficiente para que dejen de hablar de las dichosas columnas y se animen a enumerar todas las diferencias que hay en «nuestro idioma».

Ashley nos sorprende cambiando de tema.

—Hank, tengo que pedirte un favor. Necesito que me prestes tu cámara de fotos, la pequeña… ¿La necesitas?

—No, puedes quedártela. ¿Para qué la quieres?

—Para hacer unas fotos en el palacio.

—¿Te permiten llevar cámara de fotos? —pregunta Hank confundido.

—No, pero me las ingeniaré para entrarla. Ya tengo más o menos pensado cómo hacerlo.

—Ashley, no se puede entrar ni cámara ni móvil, ¿qué tienes en la cabeza?

—Quiero fotografiar la obra de Memling. Hay algo en ella que me está reconcomiendo y necesito estudiarla con tranquilidad. Solo la he visto tres veces, pero las dos últimas… No sé, hay algo que no sé lo que es, pero me gustaría averiguarlo.

—Ashley, te pueden descubrir y te meterás en problemas. Sabes las reglas, no se puede acceder con cámara ni desvelar nada de lo que ocurre en el interior.

—Hank os he contado mil cosas, ahora no te pongas serio con lo de la confidencialidad. Solo quiero hacer una foto y necesito un aparato pequeño que tenga una resolución increíble y que pueda esconder de alguna forma… Y esa es tu cámara.

—¿Y si te pillan?

—No me pillarán, lo tengo bien estudiado. Me he hecho amiga de George, el de seguridad.

—¿Cómo piensas pasarla por el detector?

—Ya lo tengo pensado. ¿Me la prestas o no?

—Te conozco, Ashley… ¿Estás pensando bien lo que vas a hacer? Si te pillan, se va a la mierda tu trabajo aquí.

—¿Qué trabajo? ¿Estar dando vueltas por los vestíbulos esperando que me permitan seguir trabajando en un fresco que no vale nada y que tiene más restauración que original? ¿Estar pendiente de que me dejen entrar en la sala porque todos los que trabajan allí parecen tener

prioridad? ¿Estar esperando a que se dignen a sellar esa maldita puerta para que pueda seguir pintando? Es que… no sé explicarlo, pero hay algo raro en ese palacio. No sé si es Memling, la puerta, Wallace o ese pintor, Percibal, pero hay un caos extraño. Un caos dentro de un orden, ¿me explico?

—No. —Respondemos al unísono Hank y yo.

—Es como si no hubiera un plan preparado. Se improvisa demasiadas veces, se rectifica una y otra vez. Es como si cambiaran de opinión cada cinco minutos. Me están mareando. Paso más tiempo con los estudiantes y admirando las monedas y las colecciones de la galería grande que en mi sitio.

—¿Y qué tiene que ver eso con hacer fotos? ¿A qué?

—A la obra de Memling, ya te lo he dicho. Esa obra tiene algo que me altera. La primera vez que la vi no fue así, pero las otras dos veces… ¡Confía en mí! Tendré cuidado.

—No sé si dejártela, no quiero contribuir a tu despido.

—Confía en ella, Hank. Ya te ha dicho que tendrá cuidado.

Hank me atraviesa con la mirada. Sabe que detrás de este apoyo hay un interés. Me siento incómodo.

—Está bien.

Dos horas después nos separamos.

Me cuesta conciliar el sueño.

Me pregunto si Ashley estará pensando en lo mismo que yo: Hank se marcha mañana.

Capítulo 44

Ashley

Un lienzo blanco… ¡No sé si debo empezarlo!

Es lo que me estoy planteando después de llevar más de media hora con un lienzo nuevo delante de mí. Estoy algo inquieta para empezar algo nuevo. No me concentro pensando en el tema de la cámara que he introducido en el palacio.

No ha sido difícil.

Tras entregarle el móvil, como cada mañana, he pasado mis pertenencias por la cinta de control. También he pasado entre los paneles detectores que alertan de objetos no permitidos. Ha pitado, ya lo creo que ha pitado, pero no ha habido problema.

Cuando lo ha hecho, una vez que me encontraba al otro lado de los paneles, me he metido la mano en el bolsillo y le he mostrado a George unas llaves sonriendo.

—¡Oh! Las llaves. ¿Será esto?

—¿Seguro que no llevas una pistola en el bolsillo?

—Me has pillado.

Nos hemos reído mientras mi corazón estaba a punto de salírseme de la garganta, pero me ha permitido seguir sin ponerme impedimento. Puede que las veces que me detengo a charlar con él hayan ayudado. George tiene un sueño: viajar a Nueva York, y no hace más que hacerme preguntas sobre la vida allí, como si yo viviera en esa ciudad. Pero parece encantado en escuchar mis descripciones sobre la vida en Los Ángeles, aunque esté a tres mil millas de la ciudad de sus sueños.

—Estás aquí… —escucho decir a mi espalda.

El doctor ha vuelto pronto del trabajo, pero no tanto como yo, que llevo ya dos horas inactiva.

—¿Aquí? ¿Estoy aquí? ¿En serio?

Se echa a reír.

—¿Cómo ha ido con la cámara?

—Bien, la he metido dentro, la he ocultado entre mi material y aún no he podido hacer la foto, pero la haré.

—Me alegro. ¿Qué pintas?

—Una obra de arte, mi mejor obra. ¿Quieres verla?

El doctor asoma la cabeza y se echa a reír.

—¿Hoy no hay inspiración?

—No, ni gota de ella. ¿Has pintado alguna vez?

—Sí, mi madre es aficionada a hacerlo y lo intentó muchas veces, pero… no era lo mío. Conseguí pintar un ciervo precioso, pero se negó a colgarlo en el salón y eso me destrozó.

El doctor lo está narrando de una forma que me hace reír, es tan dramático el relato…

—Imagínate lo que sufrí. El ciervo tenía un poco de exceso de peso, sus ojos estaban algo separados, unas patas más largas que otras… y un color verdoso que no es muy habitual, pero… me costó horas y horas pintarlo y la ilusión era tan grande… Ella me prometió que colgaríamos una pintura en el salón si me esforzaba.

—¿Por qué quería que te esforzaras?

—A ella le gusta pintar y quería que a mí también me gustara…

—Y… ¿Qué pasó? ¿Colgó finalmente el cuadro?

—No, lo intenté, pero solo conseguí que me dijera que era espantoso, que en vez de un ciervo parecía un monstruo. Me rompió el corazón y juré, a mis siete años, que jamás volvería a pintar.

—Puede que no te animaran como debían… ¿Quieres intentarlo hoy?

—¿Serás mi maestra?

—¿Ves a alguien más aquí?

Le cojo de la mano y tiro de él hasta detenerlo frente al lienzo. Me coloco delante de él, de espaldas, pegada a su cuerpo y le pido que me dé la mano derecha.

—¿Diestro?

—¿Aún no sabes eso?

—No me he fijado, capullo, tengo mejores cosas que hacer.

Se echa a reír.

—Sí, diestro.

Le entrego un pincel y abrazo su mano con la mía. Me acerco más al lienzo. Acerco el caballete con la paleta de colores, así me gusta pintar a mí, y llevo su mano hasta uno de los colores: el azul.

Me detengo, creo algo de expectación y noto como relaja su mano.

—Sigue el movimiento que desees. No tienes que buscar algo que observen los demás, no tienes que buscar un resultado. Es tu trazo,

solo tuyo.

Mi voz se vuelve envolvente, hasta yo me dejo llevar por ella. El cuerpo del doctor está más relajado. Me escucha. Y su mano se dirige al inmaculado lienzo cubierto por la mía. No puedo verle, solo sentir su cuerpo pegado al mío y el calor que empieza a emanar de él. Aunque no sé si el calor proviene del mío.

Permanecemos así unos minutos, quizás solo uno, pero a mí me parece una eternidad, una gloriosa eternidad.

Su mano y la mía siguen deslizándose por el lienzo de forma desordenada, hasta agotar la pintura impregnada en el pincel.

El doctor dirige la mano hacia la paleta, vuelve a impregnarlo. Demasiada pintura. Gotea, pero no me pronuncio.

Otro trazo, esta vez más rápido.

—Tienes que hacerlo sin prisa, doctor.

Le cojo la mano izquierda con dificultad y la guio hasta mi pecho. La idea era detenerla entre mis pechos, no encima de uno de ellos, pero ya es tarde para lamentarlo. El roce de su mano hace que uno de mis pezones reaccione.

—Debes sentir algo entre… este punto y este. —Levanto la mano que sujeta el pincel—. Debe ser como una corriente eléctrica que vaya desde ese punto hasta este otro —le susurro recreando la trayectoria del corazón a la mano. Solo podrás sentir lo maravilloso que es pintar si sientes ese recorrido.

Guardamos silencio. Siento su erección en la parte baja de mi espalda. Me entra calor en las mejillas, se revela el otro pecho y entre mis piernas la temperatura asciende a doscientos grados.

—Ashley, no quiero decepcionarte, pero… la única corriente que siento no sigue la trayectoria que tú has descrito…

—¡Ah, ¿no?! Inténtalo otra vez, me estoy esforzando para que borres el trauma de tu infancia, el del ciervo.

—Vale, lo intento —me dice mientras me acaricia el pecho.

—No lo intentas. No quieres pintar, solo quieres…

—¿Qué quiero?

—Follar.

—Vaya, yo no lo habría descrito así, suena algo brusco… pero…

—Pero ¿qué?

—Que tienes razón, el lienzo no me preocupa.

—¿No?

—No, te aseguro que el trauma está controlado. Yo solo quiero que me sueltes la mano, te des la vuelta, me dejes besarte, tocarte, tirarte al suelo, entrar dentro de ti y lamerte todo el cuerpo.

—¿En ese orden?

—Eres única estropeando el momento…

Me echo a reír.

Le suelto la mano, el pincel se cae al suelo y el ruido que hace al hacerlo es lo único que se escucha en la terraza acristalada en la que nos encontramos.

—¿Importa el orden? —me susurra al oído—. El orden de los factores…

—Cállate, doctor y fóllame de una vez.

Se echa a reír.

—¿Por qué tengo que empezar yo?

—Porque la hebilla de tu cinturón se me ha enganchado en el jersey…

Y es el momento de liberar la hebilla y todo lo que durante muchos días ha quedado retenido.

Nos damos la mano y corremos hacia su dormitorio entre risas mientras empezamos a desnudarnos a toda prisa, a besarnos, a mordernos, y a dejarnos marcas por todas partes.

—El maldito preservativo —me dice al oído mientras intenta hacerse con uno de ellos.

Es lo que siempre dice y a mí me suena a gloria. Esas palabras me hacen sentir que hemos retomado lo que días atrás desapareció con la llegada de Hank.

Seguimos.

Es ansia, es deseo en estado puro, del que duele.

Y saciamos ese deseo hasta calmarnos, hasta cerrar los ojos para amortiguar el sonido de todo lo que sale de nuestras gargantas cuando alcanzamos el máximo nivel, el que me confirma que existe algo parecido a un paraíso.

Y las prisas se agotan, y también las fuerzas. Y nos abrazamos de una forma distinta, con una complicidad distinta.

Nos miramos fijamente mientras la respiración se normaliza.

—Te he echado de menos, Ashley… Este jueguecito delante de Hank me ha matado.

—A mí también… David.

Abre mucho los ojos.

Ha pasado de ser el doctor a ser David.

No se trata solo de un nombre.

Eso implica mucho más. Algo que hasta ahora ni me atrevía siquiera a pensar. Algo que sospechaba, pero que me daba miedo.

Algo nuevo.

Me he enamorado de David Ellington.

Capítulo 45

David

Quince días después

No me puede creer que por fin haya terminado la jornada de hoy. Había más personas de las que esperaba en la consulta. Incluso mi compañera, la doctora Godfrey, que parece vivir en constante paz y armonía con la vida, se ha quejado varias veces.

Cada vez me doy más cuenta de que el trabajo de una consulta pequeña de medicina de familia no está hecho para mí.

El ritmo de un hospital es frenético, pero por mucho que me haya quejado en el pasado de ese ritmo es infinitamente mejor. Puede que un término medio sería perfecto, pero sé que eso es prácticamente imposible.

He contactado con el hospital de Brighton para asegurarme que esa plaza seguirá en pie dentro de unos meses. La persona que me la ha ofrecido es de mi total confianza, pero necesitaba asegurarme de ello.

En cuanto me alejo de la consulta se me olvida el centro médico y sus problemas y solo pienso en el momento de volver a ver a Ashley.

Desde que se fue Hank hemos vuelto a seguir la misma línea que antes de que llegara.

Es preocupante. Eso es lo que afirma Andrew burlándose de mí, y no le culpo. Yo le habría dicho lo mismo si él me lo hubiera contado.

Hace treinta y siete días que Ashley llegó a Rye, ayer me entretuve en contarlos. No es demasiado tiempo, pero eso depende de la intensidad con la que se viva, y eso es lo que hacemos nosotros.

Cada cena, cada ducha, cada madrugada, cada paseo, cada intento de cocinar juntos, cada visita a Londres…

Eso es lo que hemos hecho desde aquella noche en que me llamó por mi nombre…

«David», vuelve a sonar en mi cabeza. Fue un momento que

probablemente recuerde el resto de mi vida, no por el contenido de sus palabras, sino por las extrañas descargas eléctricas que sentí a lo largo de todo el cuerpo cuando la escuché.

Andrew nos visitó hace unos días. Aunque ella insistió en dejarnos solos, él se opuso alegando que no había venido a verme a mí sino a ella, motivo por el que empezaron a bromear y se conquistaron el uno al otro.

Andrew me aseguró que entendía que estuviera colado por ella, pero al mismo tiempo, no deja de decirme que está preocupado por mí para fastidiarme.

No es algo que quiera pensar, pero a veces no puedo evitar que me cruce por la cabeza que lo que siento por ella puede ir creciendo, y que el tiempo que Ashley va a permanecer en Rye, va disminuyendo cada día.

Cuando menciona Los Ángeles siento una extraña sensación de vértigo, aunque suele durarme solo unos segundos.

Sí, hoy no puedo negar que me estoy enamorando de ella o… quizás que lo estoy del todo. Aunque tengo la sensación de que este sentimiento seguirá creciendo y que aún no ha llegado a la cima.

Cada día es una aventura y una sorpresa a su lado.

Ashley tiene una personalidad que me atrae a partes iguales. Es el caos personificado en un segundo y la búsqueda de la perfección en otro. En un segundo está llena de dudas y miedos y en otro parece dispuesta a comerse todo lo que se ponga delante de ella. En el sexo, a veces parece esconderse y otras tengo la sensación de que voy a ser devorado…

Esa es Ashley.

En su trabajo, unas veces viene contándome maravillas de todo lo que le rodea y… al segundo se desinfla y no hay manera de consolarla.

Me sorprende ver el coche de Hank cuando llego a casa. No lo esperábamos hasta dentro de cuatro días.

Ha adelantado su viaje.

Sé lo que eso supone…

Por suerte, las obras de la casa de invitados estarán listas dentro de cuatro días, a falta de pequeños detalles relacionados con la decoración. Ha sido una reforma muy rápida, dada la complejidad de la misma, pero el compromiso del constructor y el decorador a terminarla en poco tiempo se ha cumplido. Es una casa nueva y… segura, ahora es segura.

Entro en casa intentando no mostrar mi decepción. Tengo el corazón dividido. Me apetece volver a ver a Hank, pero…

Hank me recibe con un fuerte abrazo. Aunque hemos estado en contacto durante estas semanas, ha estado muy ocupado y apenas hemos intercambiado unos pocos mensajes.

Ashley se encuentra a su lado. Me mira, me sonríe y se encoge disimuladamente de hombros. Sé que piensa lo mismo que yo.

—Te esperaba dentro de unos días.

—¿Decepcionado?

—Mucho, ¿se me nota?

Nos echamos a reír y acepto la cerveza que me ofrece.

—Me marcho dentro de un rato, solo he venido a buscar algunas cosas de mi equipo que dejé aquí. Pero… no te hagas ilusiones. Vuelvo en dos días.

—¿Tienes que volver a Warwick?

—Sí. Hoy he estado en Bodiam porque ayer me lo pidieron y, estando tan cerca, he aprovechado para venir a buscar una parte de mi equipo que echado en falta.

Hank nos habla de su trabajo en el nuevo castillo y ambos nos quedamos encantados por la forma en que nos habla de su historia, de sus leyendas, de sus fantasmas y… de su trabajo de restauración en unas lápidas funerarias.

—Cuéntale a David lo que se te ha ocurrido. —Le dice a Ashley con un tono de resignación.

—¿Qué pasa?

—No lo digas así, Hank. Es que te has vuelto muy aburrido, sé lo que hago.

—¿Poner en peligro tu trabajo?

Hank me mira con dureza, sé que cree que yo soy responsable por apoyarla y mirar por… mis intereses. No es así, pero no puedo rebatírselo porque no lo hemos hablado directamente todavía.

—Hank… ¡Escúchame! Te lo contaré brevemente otra vez.

Asiente con la cabeza y se acomoda, no sin antes lanzarme una mirada, pero esta vez es de preocupación.

—Le hice las fotos al cuadro con la cámara que me dejaste. Las he estudiado muchos días, incluso se las envié a mi… maestro.

—¿A Chase?

Se trata de un amigo de Ashley, antiguo profesor en la universidad. El mismo que la ayudó a entrar en el Museo de los Ángeles y el que apoyó su candidatura en el programa de intercambio con la fundación. Son amigos y, según ella, pueden pasar horas y horas hablando de arte sin cansarse.

—Sí, a Chase. Aunque es solo una fotografía, quería saber su percepción al ver la obra de Memling.

—¿Y?

—Nada. Es la persona más indicada para interpretar una obra de Memling. La ha estudiado. La ha pasado por todo el arsenal de tecnología que tiene en la facultad y…

—¿Y qué?

—No ve nada raro. Claro que, yo tampoco supe decirle qué tenía que buscar. Le hablé de mis sensaciones y me dijo que él también las tenía, pero que no sabía por qué.

—Eso no significa nada, Ashley. ¿Crees que el cuadro es falso?

—No lo sé.

—¿Dónde quieres llegar?

—No lo sé, Hank, pero solo me falta por hacer una cosa y la voy a hacer, como te he dicho. No sé cómo, pero así me quedo tranquila.

—Cuéntaselo a David.

—¿Qué pasa?

—Hoy ha estado la señora Lyndhurst en el palacio. La he encontrado mientras yo deambulaba como un fantasma por la sala de las monedas. Me ha preguntado y le he dicho que hasta que no cerraran esa puerta no podía trabajar con comodidad. Se ha sorprendido tanto de que todavía estuviera abierta, que ha ido a comprobarlo personalmente. Le ha pedido a Carter que llame a Wallace cuando ha salido de la sala y se ha marchado. Después, cuando Percibal me ha permitido seguir con mi trabajo, ella y Wallace se han presentado. «Señorita Evans, dentro de dos días exactos estará sellada la puerta y podrá seguir con su trabajo». Es lo que me ha dicho.

—¿Y qué? —le pregunta Hank confundido.

—Que voy a entrar en la cámara, como sea, antes de que la cierren.

—Eso ya me lo has dicho, pero ¿para qué?

—¿Vas a entrar? —pregunto yo.

—Sí, David, voy a entrar. En esa cámara hay algo. No tiene sentido que esté abierta y hasta esa mujer se ha sorprendido. Si dentro no hubiera nada no entiendo por qué Percibal y Wallace siguen entrando. Ellos creen que no los he visto, pero me han hecho salir de la sala hasta diez veces en los últimos días con una excusa tonta. He puesto una señal en la puerta, una que yo solo conocía y sé que esa puerta se ha movido varias veces… En resumen… Hay algo ahí que no me gusta y quiero averiguarlo.

—Ashley, tu trabajo es el fresco, haya lo que haya ahí, si es que lo hay. No puedes poner en peligro tu trabajo, te pueden descubrir entrando o saliendo…

—Si esa sala tiene que estar cerrada, quiero saber por qué hay tanto movimiento. Esa pintura de Memling me sigue desconcertando y puede que ahí tenga la respuesta. Voy a entrar, y cuando lo haga sabré si hay algo o me he equivocado, pero no puedo quedarme tranquila y ver como la cubren de yeso.

Yo permanezco callado mientras ellos debaten.

—Si hubiera algo de valor… no la sellarían. Esa cámara es un espacio muy pequeño en el que ocultaron algo una vez de valor, pero… ahora no tiene sentido que lo hagan. ¿Para qué?

—¿Y si hay un cadáver?

—Joder, Ashley, esto es preocupante.

—Sería un lugar perfecto para deshacerse de alguien.

—¿No hablas en serio?

—No, no hablo en serio, pero se me ha pasado por la cabeza. Yo estoy ahí cada día y sé lo que digo. Confía en mí, no me voy a poner en peligro.

—¿Y cómo piensas entrar? Está cerrada, tú misma lo contaste.

—Sé cómo abrirla, el problema es que necesito estar sola para que no me vean. Pero ya lo tengo todo pensado. En cuanto vea la oportunidad, entro.

—¿Qué clase de cerradura es?

—Una sencilla colocada sobre una guía, como la de un simple candado.

—¿Quién tendría una cerradura simple en algo que pudiera esconder algo de valor? Eso solo refuerza mi teoría de que ahí no hay nada, de lo contrario habrían colocado un dispositivo sofisticado.

—Puede que tengas razón, pero esa cámara está vacía supuestamente y esperando ser sellada, no había motivo para poner una cerradura sofisticada.

—Entonces, ¿por qué hay una? Aunque sea un simple candado.

—No lo sé, está colocada sobre una guía bien disimulada, pero te aseguro que se puede abrir.

—Ashley tiene razón —me animo, por fin, a intervenir—, podrían haberla colocado de forma provisional, solo una pequeña medida de seguridad para evitar que cualquiera tenga acceso, pero nada pretencioso porque la idea siempre ha sido sellarla.

Hank me mira.

—De acuerdo, pero sea como sea la maldita cerradura, está cerrada…

—Sé abrir esa cerradura, me enseñaste tú.

—Joder —exclama Hank levantándose.

—¿Tú le enseñaste eso? —le pregunto a Hank.

—Sí, es que Ashley solía perder casi todos los días las llaves de la taquilla del instituto y, hartos de abrírsela, le dijeron que la próxima vez que la perdiera no tendría acceso a su interior en un mes. Era poco sofisticada, le enseñé a abrirla con una horquilla, un chicle y un poco de sal.

—Pues esta no necesita ni sal ni chicle. Ya lo he probado.

El ambiente empieza a caldearse. Hank está incómodo y Ashley más tozuda que nunca.

Hank me mira buscando ayuda.

—Creo que no la vamos a convencer, Hank. Cuando Ashley vea lo que hay en esa cámara, si es que puede colarse… se quedará tranquila. Puede que tenga razón y haya algo. No es normal que ese simple sellado tenga tanto misterio y… la señora Lyndhurst se sorprenda tanto de que se retrase. Eso solo indica que no está al corriente del movimiento de ese lugar.

—Muy bien —se rinde Hank—. Intenta no quedarte atrapada… Recuerda que la van a sellar.

—Si me quedo atrapada y no vuelvo… Ya sabéis donde buscarme.

El ambiente se suaviza y Hank anuncia que se tiene que marchar.

Ashley recibe una llamada, descuelga y le dice a alguien que espere un momento.

—Es mi tía. —Le da un beso en la mejilla a Hank—. Ya hablaremos.

Hank se apodera del teléfono.

—Lucy, solo quería enviarte un abrazo. Adoro a tu sobrina, pero a veces me saca de quicio.

Algo debe decirle su tía para que Hank se eche a reír.

Ashley desaparece.

—¿La conoces bien?

—Sí, es una mujer increíble. Ya he hablado alguna vez con ella desde que Ashley llegó. Solo quería asegurarse de que Ashley estaba bien.

—Ambos la protegéis a vuestra manera.

—Sí, por eso quiero hablar contigo. Salgamos.

Nos dirigimos al exterior, pero Hank, antes, corre hasta su dormitorio a buscar lo que había venido a buscar.

Nos dirigimos a su coche.

—¿Qué pasa?

—¿Estáis liados?

Esa pregunta me llega como un jarro de agua fría.

—¿Te lo ha contado ella?

—No. Cuando he llegado he entrado en los dormitorios… En el

tuyo había varias prendas de Ashley sobre la cama. Prendas que en cuanto ha llegado y me ha visto ha corrido para hacerlas desaparecer. Y… en la basura hay algunos envoltorios de preservativos. Y… para que lo sepas, yo no buscaba nada. Me he comido una naranja y lo he visto. Algo sospeché antes de marcharme, pero como no me contabais nada, pensaba que queríais mantenerlo en secreto. No te estoy pidiendo explicaciones, que conste.

—Sí, estamos liados. Ya hace algunas semanas.

—¿Muy liados?

No sé qué responderle. Busco las palabras apropiadas, pero no las encuentro.

—No te estoy pidiendo explicaciones, joder. Sois mayorcitos y podéis hacer lo que queráis, ¿quién soy yo para deciros nada? Pero… visto lo que he visto y lo que me acabas de confirmar, me preocupa algo, y mucho. ¿Le has hablado de tu familia?

—No, Hank, quiero hacerlo, y lo haré, pero te aseguro que no veo el momento. Ella está metida en todo ese tema y… solo quiero que acabe para poder hablar con ella.

—Joder, David. Esto se está yendo de las manos. Si no os conocierais de nada, si siguierais odiándoos como al principio, o ella no viviera aquí, no te diría nada de esto. Yo fui el primero que consentí en no contarle nada de tu vida. Pero lo que en aquel momento tenía un sentido o una cierta justificación, ahora ya no lo tiene. Sinceramente, sin saber que estabais liados, esperaba que cualquier día me dijeras que se lo habías contado, o que ella me llamara poniendo el grito en el cielo. Yo estoy implicado en esta mierda, David.

—Lo sé.

—Es que todo ha cambiado desde que lo hablamos. ¿No lo ves? Ahora no puedes ocultarle eso. Tiene derecho a saber con quién está follando.

Esas palabras me están partiendo en dos.

—Se lo diré en los próximos días. Cuando termine con esa idea de averiguar qué hay en la cámara, se lo contaré.

—Claro, así no pierdes la posibilidad de que te cuente qué descubre, si es que descubre algo. O se lo cuentas tú o se lo cuento yo. No creo que esto…

—Basta ya, Hank. Te estás pasando. No se lo he contado, de acuerdo, pero no me agobies de esa manera. Lo haré, claro que lo haré y sé que se va a enfadar mucho. Pero deja de atosigarme… Si quieres contárselo tú, adelante, puedes hacerlo ahora mismo. Si tanto te preocupa no sé qué esperas… Si no piensas hacerlo, déjame hacerlo a

mi manera.

Estoy alterado y Hank no deja de mirarme.

—Está bien —me dice suavizando el tono—. Piensa bien lo que le vas a contar. Pero no debes retrasarlo más, David. Ashley tiene derecho a saber que la señora Lyndhurst es tu madre y que en poco tiempo la mitad de la empresa será tuya, junto a la dirección de la fundación.

Capítulo 46

Ashley

Hoy es el día. Confieso que estoy nerviosa, pero se me ha metido en la cabeza entrar en esa cámara y lo voy a hacer.

Llevo todo el día planeándolo y creo que puede salir bien.

Le he pedido al señor Carter que me permita quedarme media hora más o cuarenta y cinco minutos para poder terminar una parte importante. No me ha costado mucho convencerlo porque es consciente de los obstáculos que me ponen cada día. Le he dicho que había una parte de la pintura que debía estar seca mañana para continuar y… aunque ha dudado, me ha pedido que le acompañe a hablar con George.

—La señorita Evans se quedará media hora más o quizás algo más en la sala donde trabaja. Cuenta con mi permiso. Una vez que termine, puede cerrar esa sala, que será la única que quede. Asegúrese de que la señorita Evans no tiene ningún problema.

Esa parte no me ha gustado, pero confío en poder improvisar.

El corazón me va a mil por hora. Todos se han marchado. No hay forma de deambular por la casa porque todas las salas están cerradas, excepto la mía.

Wallace no ha venido en toda la tarde y Percibal no ha aparecido en todo el día.

El palacio está en silencio y el señor Carter se ha marchado hace veinte minutos, no sin antes recordarme que debía marcharme cuanto antes.

Sigo pintando, pero no me concentro. La cerradura está desbloqueada. Ya hace rato que lo he hecho y no supone problema, solo tengo que descorrer la puerta. No hace ruido, ya lo he comprobado, claro que… con el silencio que hay en el palacio podría suponer un problema.

George entra en la sala por segunda vez. Me estoy poniendo

nerviosa, no contaba con esto.

Finjo estar concentrada.

—¿Todo bien?

No le contesto.

—Ashley…

—George, disculpa, estoy muy concentrada. Necesito acabar esto cuanto antes. ¿Qué hora es?

—Las seis y diez.

—Vale, hagamos una cosa. Estoy deseando de salir de aquí… Dentro de veinte minutos exactos salgo por la puerta y nos marchamos. Pero no me interrumpas porque no podré terminar. ¿Te parece bien?

—De acuerdo. En veinte minutos te doy otro aviso. El Señor Carter me ha dicho que le recuerde el tiempo.

—Y haces bien, pero no constantemente, necesito concentración. Hagámoslo así, como te he dicho, y nos vamos pronto.

George sale por la puerta.

Espero dos minutos. Empiezo a arrepentirme, me entran las dudas, pero lo aparto de mi cabeza y deslizo la puerta con mucha suavidad. Solo lo suficiente para que mi cuerpo entre. Si me descubren… que sea lo que tenga que ser.

Huele a cerrado. La oscuridad, solo rota por la luz de mi linterna, me hace estremecer. Sé que es pequeña, así que no puedo tardar mucho en recorrerla.

Hay un olor desagradable en el interior, el propio de la humedad, pero hay algo más.

La luz de la linterna me muestra algunos retales de tela dispersos por el suelo. Son de los que se utilizan para limpiar restos de óleo.

Aquí no hay nada. Repaso las paredes con la linterna, y el suelo. Aunque el ángulo no me permite ver mucha superficie, ya se nota que no hay nada en este lugar.

Pero… No está todo perdido. Una de las paredes muestra algo distinto. Es una de esas cajas especiales que sirven para transportar obras de valor, incluyendo la tela que los cubre.

Esto solo es un almacén.

Antes de decidir marcharme, enfoco hacia el lado de la caja y veo algo que me llama la atención. Hay algo ahí. Es tela negra y por su caída sé que es lo que está cubriendo.

Me acerco, toco la tela. No es una tela cualquiera. Está cubriendo algo y sé que se trata de una pintura. Subo los faldones hacia arriba hasta que aparecen las patas del caballete en el que descansa, uno de los de roble igual al que vi hace unos días en la sala del renacimiento.

Sigo subiendo mientras el corazón se me sube a la garganta.

El cuadro de Memling.

El cuerpo empieza a temblarme.

Le pido perdón a la obra y le hago una foto. Sé que por una foto con *flash* no le ocurrirá nada. Y otra tampoco. Le hago varias.

Miro el reloj. Faltan seis minutos. George seguro que vuelve a buscarme. No esperará.

Salgo de la sala a toda prisa después de tapar el cuadro. Resbalo, hinco una rodilla en el suelo y me raspo la tela. Sé que me he hecho una herida, pero la ignoro.

Por fin veo la luz de la sala. Corro la puerta y con la mano temblorosa tardo en ajustar el candado. Compruebo que quede bien cerrado y me siento en el suelo a intentar respirar.

Me he hecho una herida. Lo veo al destapar la parte del pantalón que queda rasgada, pero nada grave.

Espero que George no se dé cuenta, así que me desprendo de la bata, me la cuelgo del brazo e intento que me tape la rodilla.

Siete minutos después, solo uno de retraso, salgo por la puerta.

George me sonríe.

—¿Ya has terminado?

—Sí, lo más importante lo he acabado. Mañana seguiré. Ahora solo quiero llegar a casa y darme una ducha.

—Espera, cerraré.

Se acerca a la sala donde he trabajado y vuelve enseguida. Me tiembla todo el cuerpo, espero no haber cometido ningún error.

—Ya podemos marcharnos. Toca descansar. ¿Quieres que te acerque a casa?

—No, no te preocupes, me vendrán a buscar pronto —le digo mientras llamo al doctor.

Cinco minutos después, tal y como le he pedido, aparece con su coche.

—Sé lo que está pasando, David —le digo respirando con dificultad.

—Cálmate, Ashley. ¿Qué pasa?

—Creo que el cuadro de Memling, el que hay expuesto en la galería, es falso. El auténtico está en la cámara.

Capítulo 47

David

Esta noche está siendo una auténtica pesadilla. Ashley está tras el descubrimiento que ha hecho en la cámara y yo creo que mi cabeza va a estallar en cualquier momento. Es tanta información la que quiero barajar al mismo tiempo, que solo consigo sentir que dentro de mi cabeza hay un volcán a punto de entrar en erupción.

Hemos utilizado una pequeña pantalla portátil de proyección que tenía guardada en la sala de lectura; una que utilicé hace dos años para ensayar mi participación en una conferencia. Al comparar las dos fotografías, la que Ashley le hizo a la obra en la sala de la galería y la que le ha hecho esta tarde a la obra de la cámara, no hemos podido apreciar ni una sola diferencia.

—Una de las dos obras es falsa, David.

—¿Podría ser que la obra falsa sea la que has visto en la cámara? ¿Podría ser una copia que se ha guardado con algún fin que desconocemos?

—David, eso no es un documento que se fotocopia sin más. Una copia de una obra de esas características requiere mucho tiempo y las manos de un experto. Y solo puede haber un fin para tomarse tantas molestias. Está claro que se trata de una actividad ilegal. El mundo del arte se enfrenta a muchas de esas actividades: falsificación, arte robado, blanqueo de dinero a través del mercado negro, coacción a artistas, contrabando de elementos arqueológicos…

—Según tu teoría…

—Según mi teoría, la obra de la cámara es la original. Será vendida a un coleccionista por una cantidad muy grande de dinero, mientras la otra falsificada estará expuesta en el palacio. Una vez que se ha autentificado no pasa ningún otro control. Son iguales, incluso a un experto le costaría trabajo diferenciarlo. Para ello tendría que haber un análisis completo. ¿Por qué motivo iban a analizar la obra? Está

expuesta y está autentificada.

—¿Quién ha pintado esa obra?

—No puedo decirlo, David, pero creo que Percibal podría ser el autor. Él y ese joven que le ha acompañado en alguna ocasión.

—¿Qué joven?

—No debe tener más de dieciséis años. Percibal lo presentó como un ayudante. No sé más de él, pero le permitió trabajar en el fresco del techo. Solo lo he visto dos veces y nunca me he podido quedar a observarlo, siempre me echan de la sala.

—¿No es demasiado descarada esa actividad? ¿Quién está detrás de todo eso?

—No sé si es descarada. Yo observé algo que no me encajaba y por eso he investigado, pero si no hubiera estado en la sala de los espejos, junto a esa puerta… no me habría llamado la atención. Ha sido un cúmulo de circunstancias, pero no hay nada descarado, quizás yo me fijé demasiado porque algo captó mi atención. No sé cuál es la explicación, pero esa puerta solo la han custodiado Percibal y Wallace. Carter parecía molesto con la falta de coordinación en el sellado y esa mujer también, la dueña.

—¿La señora Lyndhurst?

—Sí. Puede que ella tenga algo que ver con lo que sea que se está tramando en el palacio, pero solo la he visto dos veces y… el otro día parecía muy molesta porque no hubieran seguido sus órdenes con el sellado de la puerta. No lo sé, no puedo saberlo. Lo que sí es evidente es que esa obra tiene que salir de la cámara antes de que empiecen a sellar la puerta y eso será pasado mañana. O… por alguna razón esa obra quedará enterrada en esa cámara para siempre, pero no creo que sea así.

Cuando ha nombrado a mi madre se me ha hecho un nudo en la garganta, puede que este sea un buen momento para aclararle ese asunto, pero me veo incapaz de enfrentarme ahora a ello. Son demasiadas cosas…

Esa posible falsificación, aunque no estamos seguros, solo confirma mis sospechas de que algo ilegal podría estar ocurriendo en el palacio, a través de la fundación o a través de la empresa que dirigen mis padres y que gestiona todas las actividades de restauración y exposición.

Llevo un año con esas sospechas, desde que Hank y su compañero me alertaron de algo extraño en el castillo de Bodiam.

Las cuentas de mis padres, a pesar de haber sido siempre grandes, me parece que cada vez crecen con más rapidez. La adquisición de unas tierras de mucho valor y de varias propiedades históricas no han

hecho más que incrementar mis sospechas. Eso supone un movimiento de cifras muy importante.

A pesar de que la empresa y la fundación siempre nos han permitido vivir cómodamente, sé que muchas de las actividades no aportan ningún beneficio, son solo el resultado de una imagen y un prestigio necesario para interactuar con ese complejo mundo.

Mi abuelo me enseñó muchas cosas de ese mundo y mi madre, cuando ha tenido una época más cercana, también.

Por alguna razón, puede que equivocada, quizás solo sea un deseo, no puedo dejar de pensar que mi madre no está metida en nada ilegal. Puede que solo sea mi padre.

Las cuentas de la empresa y de la fundación me llegaron hace días, tal y como mi madre le pidió aquella tarde a mi padre. Mi abogado me ha dicho que no hay nada fuera de lugar, que son impecables y que puedo estar tranquilo.

Entonces, ¿qué está pasando? ¿Y si mi padre tiene una actividad paralela? Solo puede haber esa explicación.

Tal y como Ashley sospecha, creo que Wallace está detrás de todo, pero… ¿De quién sigue órdenes?

Intento creer que Ashley y yo estamos montando una película, pero hay algo que me dice que ella tiene razón, que hay algo sospechoso y que… siguiendo la lógica, la obra de la cámara es la auténtica y está oculta ahí para que en pocas horas salga para acabar en manos de alguien dispuesto a pagar mucho por ella. Un dinero que irá a parar al bolsillo de alguien relacionado con la empresa y la fundación, y me gustaría creer que… a pesar de todo lo que me distancia de él, no se trata de mi padre. No por él en sí, sino por lo que podría suponer para mi madre en el caso de que ella no esté involucrada.

—¿Y ahora qué? —me pregunta Ashley mientras chasquea los dedos—. Estás en otro mundo…

—Sí, has conseguido que me meta de lleno en este asunto. ¿Qué piensas hacer, Ashley?

—No lo sé, no sé hasta qué punto puedo hacer o no hacer algo. ¿Es mi cometido? Si hay algo ilegal… ¿A quién se lo cuento? Creo que lo mejor será hablarlo con Hank, él lleva mucho tiempo en la fundación y me aconsejará. De todas formas… jugar a los detectives está bien. Averiguar qué está pasando, también, pero por mucho que me duela que haya personas que trafiquen con arte… esto se me queda grande. Cuando me has dicho que no hablara con Chase de esto… lo he visto claro. Tienes razón, yo no puedo meterme en esto sin estudiarlo muy afondo.

Ashley tenía intenciones de enviarle las nuevas fotografías a Chase,

su maestro, pero le he aconsejado que no lo hiciera. Eso solo supondría abrir un cajón peligroso. No tiene sentido decirle a ese hombre que hay una obra idéntica en una cámara y que necesita su opinión experta para ver si encuentra diferencias entre las dos fotografías sin pretender que ese hombre no muestre interés por el tema.

Ashley se acerca a mí y se sienta en mi regazo mientras me besa.

—¿Pareces preocupado? Esto de jugar a los detectives…

—No, no lo estoy. Es cierto que durante todo el día he estado algo inquieto pensando que te podrían descubrir, mucho más cuando me has enviado ese mensaje explicándome lo que ibas a hacer.

—Siento haberte preocupado. Te habría llamado, pero no sabía en qué momento podrías atenderme, y además… mi acceso a mi móvil está muy limitado.

El móvil de Ashley nos sobresalta. Su expresión es extraña. Se levanta bruscamente y atiende la llamada. Por lo que la he escuchado decir, se trata de su tía.

—¿Sabes algo? —le pregunta mientras desaparece en dirección a su dormitorio.

Esta noche, a pesar de haber estado muy ocupados. La he visto mirar en dirección al móvil en varias ocasiones, incluso consultar algo en él, pero puede que no tenga importancia.

Decido dirigirme a mi dormitorio, puede que camino de él escuche algo. Tengo la sensación de que algo le inquieta.

Con todo lo que ha pasado estos días, no había vuelto a pensar en ello, pero si lo sumo a la actitud de Ashley esta noche… puedo asegurar que algo le preocupa. Juraría que estos últimos días la he visto estar pendiente del móvil muchas veces, no solo hoy. ¿Serán imaginaciones mías?

Al llegar a la altura de su dormitorio, descubro que la puerta está cerrada, pero oigo su voz.

Acerco la oreja a la puerta esperando que no se abra en este momento o me voy a sentir muy avergonzado.

—Lo sé, lo sé. Todo irá bien, no estoy preocupada. Diviértete con Grace, te hace falta un buen descanso.

No me parece nada extraña la conversación, puede que esto del palacio me esté afectando demasiado.

Ashley aparece unos minutos después.

—¿Todo bien?

—Sí, se trata de mi tía. Está de viaje, en Sídney, con una amiga…

Su móvil vuelve a sonar y su rostro se ilumina. Esta vez no corre hacia su dormitorio.

—Señor Walker…

Escucha atentamente lo que ese hombre tiene que decirle. ¿Quién será?

—Eso es muy raro, ¿está seguro? —le dice con una expresión de angustia que me llama mucho la atención.

El resto de la conversación se limita a pocas palabras. «Sí, seguro», «Gracias, es muy amable».

Cuando cuelga me mira fijamente. Abre mucho los ojos. Es como si ni siquiera se hubiera dado cuenta de que estoy aquí.

—¿Ocurre algo, Ashley?

—Eh… No, solo… No es nada.

Me levanto y me acerco a ella. La abrazo por la cintura y le levanto la barbilla para obligarla mirarme.

—Sé que algo te preocupa, no creo que tenga que ver con el palacio… ¿Hay algo más?

—No, no es el palacio. Es que… estoy preocupada por… mis padres.

—¿Tus padres?

Es la primera vez que los nombra. Hank mencionó algo una vez… Pero… su tía es la que siempre habla con ella…

—Sí, mis padres.

—No sabía que… Bueno, no me has hablado nunca de ellos, creía que estaban…

—Están vivos, al menos eso espero.

—¿Qué ocurre, les ha pasado algo?

—Es una historia muy larga, David, te aseguro que… es muy larga y muy compleja. No sé nada de ellos y estoy preocupada.

Me mira con los ojos llenos de lágrimas. ¿Qué está pasando?

La abrazo con fuerza y le susurro al oído que me cuente esa historia. Algo me dice que necesita hacerlo.

Asiente con la cabeza y me sigue cuando la cojo de la mano y la llevo hasta la chimenea, su lugar preferido en la casa.

Capítulo 48

Ashley

—¿Qué te preocupa? —me pregunta David mientras intenta que me sienta cómoda con sus caricias.

De repente, el asunto del palacio se ha esfumado por completo, a pesar de llevar horas y horas hablando de él.

—No puedo localizarlos.

—¿No contestan tus llamadas?

—No, no es eso, es que… digamos que no hay cobertura móvil donde viven.

—¿Cuántos días hace que no sabes de ellos?

—Muchos, pero… no es fácil de explicar. Mis padres viven en Montana, al norte, en un valle rodeado de montañas, cerca de la frontera con Canadá.

—Entiendo. El problema es que no hay mucha cobertura y te cuesta hablar con ellos. ¿No puedes localizar a algún vecino o algún familiar?

—No, no es el caso.

—Puede que te llamen en cualquier momento, ¿qué es lo que te angustia tanto?

—No puedo comunicarme con ellos, David. Ellos no tienen teléfono. Viven en una zona montañosa, aislados. El pueblo más pequeño, que es más una comunidad que un pueblo, está a unas ochenta millas, que por esas carreteras se convierte en un buen trayecto. Viven en mitad de la nada, en una cabaña gigante, rodeados de montañas y de vida salvaje.

Aunque David está intentando contenerse, sé que está muy sorprendido de lo que le estoy contando.

—Ya… y… ¿Cómo te comunicas con ellos normalmente?

—Cada dos meses acuden a ese pequeño pueblo y me llaman desde la tienda a la que van a buscar algunos suministros. No tienen

teléfono, solo usan una radio que tiene alcance local, para la comunidad, y… muchas veces con las temperaturas que hay allí, no funciona.

—Joder… ¡Qué vida más… aislada!

Sé que está impresionado y que ha seleccionado las palabras. Claro, que no me sorprende.

—¿Ya tendrían que haberte llamado?

—Sí, más o menos en las dos últimas semanas. Me he comunicado con el señor Walker, el hombre con el que he hablado antes, y dice que no han acudido por allí desde la última vez, hace más de dos meses. Él le ha pedido a algún vecino que, si se dirigía a esa zona, les visitara y se asegurara de que están bien. Y uno de ellos le ha dicho que no están en la cabaña ni tampoco está su avioneta. Solo la utilizan si hay una emergencia…

—¿Has llamado al hospital?

—Lo ha hecho el señor Walker y no están allí. Son como una familia, están repartidos por todo el valle, pero la tienda del señor Walker es el punto de encuentro.

—¡Ah! ¿Hay mucha más gente que vive así?

—Sí, David, algunos más. Ya sé que no es fácil de entender.

—¿Tú te criaste allí?

—No, solo estuve allí unos pocos meses. Mis padres se fueron allí cuando yo tenía cuatro años. Dejaron su vida en Los Ángeles, lo dejaron todo y se marcharon. Mi padre era profesor de niños de educación primaria y mi madre enfermera. A los dos les encantaba la naturaleza, así se conocieron. Siempre que podían se escapaban y acampaban durante días. Era pasión lo que sentían por estar en contacto con la naturaleza. Un día tomaron la decisión y cambiaron su vida. Vendieron todo lo que tenían, su casa en Los Ángeles, sus coches… Y con lo que obtuvieron y sus ahorros se compraron un terreno, una camioneta y una moto de nieve. Mi padre se adelantó unos meses y empezó a edificar la cabaña él solito.

—¿Él solo?

—Sí, así empezó. En un principio solo era una pequeña cabaña donde podían refugiarse y con los años la fueron ampliando hasta convertirla en una muy grande, de dos plantas. Ahora tienen un conjunto de tres cabañas. Cada una tiene su función. Y… hace unos años se compraron una avioneta y aprendieron a volar. Nada sofisticado, con la tecnología suficiente para mantenerse en el aire y volar una cierta distancia.

—¿Y tú? ¿Qué pasó contigo?

—A los pocos meses de vivir allí, enfermé. Un problema en un oído

se fue complicando y llegué a estar grave. Me llevaron al hospital con muchas dificultades. Acudieron a la tienda de Walker y por suerte, un vecino con avioneta nos trasladó hasta Withefish, una ciudad pequeña que cuenta con hospital.

—¿Qué te ocurría?

—Tenía una infección en el oído que se había extendido… Era grave, podía haber perdido la vida, pero me curaron. Mi tía Lucy acudió al hospital lo más pronto que pudo y les convenció para que yo me marchara a Los Ángeles con ella y pudiera tener revisiones médicas. Ese episodio hizo que mis padres se asustaran y aceptaron. Mi tía y mi madre siempre estuvieron muy unidas. Discutieron muchas veces cuando mis padres decidieron cambiar de vida; mi tía creía que esa no era vida para una niña.

—¿Te fuiste con ella?

—Sí, unos días después. En un principio, se trataba de una temporada, pero… nunca más volví. Mi tía quería que tuviera una educación distinta, una que allí no podía tener. Es un tipo de vida… diferente.

—¿Fue duro para ti?

—No lo recuerdo bien, pero al principio los echaba de menos. Aunque mi tía había formado parte de mi vida desde que nací, ellos eran mis padres… Pero me fui adaptando. Ella se encargó de que pudiera verlos de vez en cuando y de hablarme de ellos para que siempre los respetara y fueran importantes para mí. Se esforzó mucho.

—¿Lo consiguió?

—Tuve una época difícil, David, en la que me hacía muchas preguntas. Aunque siempre entendí que esa vida es la que les hace felices… me costó entender que renunciaran a mí. No renunciaron a su vida… renunciaron a mí. Fue un proceso largo que me llevó tiempo entender.

—¿Lo conseguiste entender?

—Gracias a mi tía y a escucharles a ellos cuando les pedí explicaciones.

—¿Qué te dijeron?

—Que el verme tan enferma les dio miedo. Que pensaron que solo me marcharía una temporada, pero que nunca vieron el momento de sacarme de una vida que… me hacía feliz. Mi tía estaba volcada en mí, tenía una buena educación… Y no quisieron arrastrarme a su vida.

—¿Cuándo te contaron todo eso lo comprendiste?

—Aunque haya una respuesta para todo, siempre he tenido la sensación de que… renunciaron a mí. Pero aprendí a aceptarlo. Fue un proceso complicado, no te lo voy a negar, pero acabé por rendirme y

dejar de torturarme y juzgarlos.

—Es que es una situación muy complicada… Entiendo que te sintieras así. ¿Los ha echado de menos durante mucho tiempo?

—No, no puedo ni he podido echarlos de menos. Solo tenía cuatro años cuando me fui con mi tía. Ella es mi madre para mí, la que me ha cuidado y sigue cuidándome.

—¿No estaba casada tu tía?

—Su marido, mi tío Bruce, murió cuando yo era muy pequeña y nunca ha tenido una pareja estable. Siempre hemos sido ella y yo. Tengo tanto que agradecerle.

—¿Tenías una vida cómoda? Me refiero a si ella…

—Sí, muy cómoda. Su marido le dejó una herencia importante que ella ha gestionado muy bien. Tiene su propio negocio y le gusta mucho su trabajo: el mundo de la belleza.

—¿Qué relación tienes con tus padres?

—La que se puede tener con unos padres con los que hablo por teléfono seis veces al año, quizás siete si incluimos mi cumpleaños, y nos vemos una o dos veces al año. Es una relación buena. Les quiero mucho a pesar de la extraña relación que hemos tenido y tenemos. He desarrollado ese sentimiento hacia ellos con la ayuda de mi tía, a pesar de que no han formado parte de mi vida. Sé que esa vida es la que les hace felices y no necesito más. Cuando paso con ellos un tiempo, una o dos semanas… me siento cómoda, me gusta, pero no podemos vernos con mucha frecuencia.

—¿Por qué?

—¿Qué tal andas de geografía, doctor? Hay unas mil quinientas millas.

—Eso no es una locura.

—No lo sería si uniera dos ciudades grandes, pero desde el aeropuerto más cercano hasta donde ellos viven hay que recorrer más de trescientas millas por carreteras espantosas. Y el vuelo más directo se hace con escala. Es toda una aventura viajar hasta allí.

—¿Y no hay nada que puedas hacer para contactar con ellos?

—Esperar unos días.

—¿Qué opina tu tía?

—Ella siempre intenta que no me preocupe. Cree que hay que esperar y que ya aparecerán por alguna parte.

—Seguro que sí.

—Es curioso, David. Son prácticamente dos extraños en mi vida, pero necesito saber que están bien. Para mí son… más lo que representan que lo que son en realidad.

—Pero son tus padres y les quieres. Es normal que te preocupes.

¿De qué viven allí?

—Eso te lo cuento otro día…

—Vale. Pues entonces habrá que entretenerte con algo para que no pienses tanto…

Me tumba en el suelo del salón, sobre esa preciosa y mullida alfombra que tan buenos ratos nos ha dado.

—¿Sigo? —me pregunta sonriendo.

—Sigue, sigue. Ya pensaré en ellos después.

Nos echamos a reír y buscamos la forma de llegar a ese paraíso que tanto nos gusta. En sus brazos todo es diferente.

Capítulo 49

David

—David, no sé qué decirte. Todo esto que me has contado es muy difícil de…

—¿Creer?

—No, yo quiero creerte, pero no me proporcionas datos concretos. ¿Cómo lo has averiguado? ¿Has entrado tú en la cámara? ¿Quién ha hecho esas fotos?

—Mamá, tendrás que confiar en mí, no puedo ni quiero desvelar el nombre de la persona que me ha proporcionado esa información.

—Pero… debe ser alguien que trabaja en el palacio. ¿Se trata de Carter?

—No insistas mamá, por favor. Hace tiempo una persona me dijo que veía algunos movimientos raros con algunas piezas de arte… no voy a concretar. Eso me hizo reflexionar mucho. He llegado a pensar que podía haber algo ilegal… Por eso te pedí las cuentas. No puedo decidir qué hacer con mi parte de la herencia sin tenerlo todo claro.

—Ya las tienes, David.

—Lo sé, y no hay nada que a mi abogado le haya llamado la atención.

Mi madre me mira con dureza.

—Mamá, no sospechaba que tú pudieras estar involucrada, sino él.

—Tu padre puede ser insoportable a veces… pero hace muy bien su trabajo. No hay nada ilegal en ninguna actividad de la empresa ni de la fundación, te lo aseguro. ¿Crees que yo no estoy al corriente de cada movimiento y paso que se da? Si lo crees, te equivocas. Tú no formas parte de ese trabajo, por eso tienes una idea equivocada. Te puedo asegurar que no hay nada ilegal, absolutamente nada.

—Me pareció desorbitada la forma de vida que lleváis, las nuevas adquisiciones…

—Todas legales y resultado del trabajo y los beneficios que nos

reportan las empresas. Si con esas cuentas no tienes suficiente, puedo encargar a mis abogados que…

—No es necesario. Pero entiende que me fie de ti, aunque confieso que en algún momento dudé, y no me fie de él.

—Que no tengas una buena relación con él y que se comporte como un cretino en muchas ocasiones, no lo convierte en un delincuente. Es así de… estúpido a veces.

Miro a mi madre con atención. Se le ha escapado una sonrisa y eso me hace reír.

—¿Confías en Wallace plenamente?

—Sí, confío en él. Lleva veinte años trabajando con nosotros, es mi mano derecha…

—Algo está ocurriendo, ¿quieres averiguarlo o no? Te recuerdo que yo todavía estoy al margen, la más interesada deberías ser tú.

—David, hace un año tuvimos problemas con un busto datado del siglo I. Es una larga historia, pero su autenticidad se puso en duda por parte de un coleccionista y… aunque no tuvo repercusión y pudimos resolverlo, podría haber sido una grieta importante en nuestra reputación.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Un día la obra era falsa y otra era auténtica. Durante el tiempo que duraron las dudas, yo misma pude comprobar que no era la pieza que había adquirido, pero poco después…

—Apareció la auténtica.

—No se planteó de ese modo, mucho menos ante la National Portrait Gallery. El asunto quedó zanjado, la obra se autentificó y solo pareció que había recibido denuncias falsas, no es algo inusual, pero…

—Pero…

—Sé que ese coleccionista tenía razón cuando hizo saltar las alarmas. Aunque quedó resuelto, ese asunto me dejó un sabor muy amargo. A veces, todavía intento resolverlo en mi cabeza. Tu padre estaba convencido de que alguien había devuelto el original cuando saltaron las dudas.

—¿Tú no?

—Sí, eso es lo que creo que pasó, pero… nadie conocía esas acusaciones más que el coleccionista, nosotros y el director de la galería.

—¿Y Wallace?

—David… no quiero creerte. —Me confiesa evitando contestarme.

—Pero me crees. Vamos al palacio, mamá. Quiero que lo veas con tus ojos. Si está allí el cuadro, quiero que busques la manera de explicar por qué hay una obra de Memling, la obra estrella, en una

cámara a punto de sellarse y otra igual a punto de ser exhibida para el público. Resuelve esto porque puede que el asunto de busto no se repita y esto sí tenga repercusión si alguien lo averigua.

—La obra de Memling está autentificada.

—¿Por qué hay dos?

—Vamos al palacio, hijo. Llamaré a tu padre…

—Espera. Primero vamos a ver qué averiguamos tú y yo.

—Es tarde, David. Estoy a más de una hora de casa, no puedo tener a tu padre creyendo que voy a llegar en cualquier momento.

—Invéntate una excusa.

—De acuerdo.

La veo apartarse para hacer esa llamada y espero a cierta distancia.

Mi madre se acerca a mí. Ha tenido que darle muchas explicaciones a juzgar por el rato que han hablado. Me acaricia la mejilla y me sonríe.

Es algo poco habitual. Incluso su expresión.

Espero que en el palacio no haya cambiado nada y la obra de la cámara se encuentre dentro, tal y como Ashley pudo comprobar.

Consulto mi reloj. Espero que Ashley se haya creído que estoy cubriendo una guardia nocturna, y espero que Hank, tal y como hemos acordado, haya sido capaz de quitarle de la cabeza que esta noche vigilara frente al palacio, tal y como pretendía.

Me ha llamado esta mañana para decirme que ha escuchado a Wallace y a Percibal hablar de algo relacionado con esta noche y a partir de ahí se ha desatado el caos.

Le he pedido ayuda a Hank para que la hiciera desistir.

—Hank, necesito hablar con mi madre, ponerla al corriente de todo. Quiero que sea ella la que entre en esa cámara y vea lo que hay allí. Necesito que Ashley se mantenga alejada, no quiero que mi madre sepa que ha sido ella la que me ha proporcionado la información. No es bueno para Ashley —le he dicho esta mañana. Ashley ya le había puesto al corriente de su descubrimiento.

—Aún no le has hablado de tu madre… —me ha reprochado molesto.

—Ayer estaba muy preocupada por sus padres, no era el momento. No necesito que me lo recuerdes, Hank. Yo soy el primero que deseo acabar con esto. Ashley está dispuesta a presentarse allí esta noche… Si finalmente esto tiene otra explicación, ella no debe involucrarse, no le conviene.

—No, estoy de acuerdo en que no debe involucrarse.

—Sea lo que sea lo que sucede ahí, quiero que sea mi madre la que se enfrente a ello. He quedado con ella dentro de una hora para

contarle todo lo que sé.

—¿Cómo le vas a decir que lo has averiguado? —me ha preguntado un poco alterado.

—Ya me las ingeniaré, pero no voy a nombrar a Ashley lógicamente.

—Pensaba volver mañana por la mañana, pero lo haré esta noche y hablaré con ella.

—Yo le he dicho que tengo que cubrir una jornada nocturna de urgencias para que no le sorprenda que esté fuera esta noche, o parte de ella.

Recordar esa conversación solo hace que me sienta mal por no haberle contado a Ashley nada de mi familia. Ella no tuvo reparos en hablarme de la suya, aunque… es diferente.

Me siento culpable y sucio.

Esto se me ha ido de las manos.

Mañana, sin falta, le contaré la verdad, aunque confieso que tengo miedo de su reacción.

Sé que no lo he hecho bien. Hank tiene razón en estar enfadado.

¡Mañana! Mañana lo haré.

Ahora solo me queda rezar para que nadie se haya llevado el cuadro de la cámara.

Capítulo 50

David

Llevamos más de media hora dentro de mi coche, a unos cuatrocientos metros de la entrada del palacio.

Aunque nuestra intención era entrar directamente en la cámara, hemos decidido no hacerlo.

Nos ha llamado la atención la furgoneta de grandes dimensiones que se encuentra aparcada justo delante de la puerta.

Durante más de media hora no ha ocurrido nada más que llamara nuestra atención. Cuando estábamos a punto de dirigirnos al palacio y enfrentarnos a lo que fuera que estuviera ocurriendo, hemos visto algo que nos ha hecho decidir esperar una vez más.

Dos hombres altos han entrado y salido del palacio en dos ocasiones dirigiéndose directamente a la furgoneta. No cargaban con nada, pero su forma de entrar y salir a toda prisa nos ha puesto en alerta.

Sé que algo está pasando. Si la cámara se sella mañana, algo que mi madre me ha confirmado, solo puede haber movimiento esta noche, mañana, durante el día, con el trajín de personal deambulando por el palacio es demasiado arriesgado.

El coche de Wallace está aparcado justo delante del palacio, pero no le hemos visto entrar ni salir.

—David, tenías razón, algo está pasando. No hay motivos para que alguien se encuentre a estas horas en el interior. ¡Dios mío! Algo grave está pasando, David. No quiero ni pensar a lo que me voy a enfrentar —me dice girando la cabeza hacia la ventanilla—. Voy a bajarme del coche y averiguar qué está pasando.

—Mamá, es peligroso. No conocemos a esa gente y tú y yo solos no vamos a hacer mucho si se ponen violentos.

—David, no puedo seguir sentada aquí viendo cómo algo está pasando ahí dentro. Buscaré a Wallace y le pediré explicaciones. Ese

es su coche, debe estar dentro del palacio.

—No, espera —le digo sujetándole el brazo.

—Esa furgoneta podría tener algo dentro. ¿Y si ya estaba cuando hemos llegado? ¿Y se van a toda prisa?

—Es demasiado arriesgado. Llama a los de seguridad, pídeles que vengan dos personas y entren directamente. Cuando les veamos, les seguiremos. Debemos acorralarlos ahí dentro, pero con refuerzos. Todavía no podemos llamar a la policía, tendríamos que darle unas explicaciones que ahora no podemos darles. No podemos decirles que crees que están robando, recuerda que es Wallace quién está ahí dentro… No quiero que nada salga mal.

—No quiero policía, David. No sé qué está ocurriendo ahí dentro, pero si se confirman tus sospechas y esto trasciende podría abrirse una brecha muy grande.

—¿Por qué? Tú no eres responsable de que… alguien esté traficando con una obra de…

—David, te queda mucho por aprender. Si esto trasciende se pondrá en tela de juicio todo nuestro trabajo… Wallace es parte de las empresas… Lo conoce todo el mundo en el que me muevo a diario. No se trata de un robo externo…

—Ahora no podemos discutir eso, mamá. Date prisa, llama a los de seguridad. ¿Crees que podrán venir ya?

—¿Crees que es necesario?

—¿Qué vamos a hacer tú y yo si nos encontramos a un ejército ahí dentro?

—Se trata de Wallace… Y ese que ha salido… Diría que es Percibal, no creo que… No creo… ¡Tienes razón! Voy a llamarlos.

Con la mano temblorosa sujeta su móvil.

Le pide a George que acuda al palacio junto a otro compañero. Le explica brevemente la situación y cuelga con una expresión mucho más relajada.

—Diez o doce minutos. Eso es lo que se ha comprometido a tardar. No puede contar con un compañero porque vive lejos de aquí, pero vendrá con otra persona. Debí contratar la seguridad privada por la noche también —me dice con la voz temblorosa—, pero Wallace me dijo que no era necesario, que era suficiente con el sistema de alarmas implantado.

—Ahora no pienses en ello, tranquilízate.

—Si antes de que lleguen los de seguridad vemos algo extraño, no podrás retenerme aquí.

—No lo haré, pero seguro que llegan pronto. No sabemos cuánto tiempo llevan esos tíos ahí dentro…

—¿Cómo te has enterado de esto? ¿Quién te ha alertado?

—Mamá, no vamos a hablar de eso ahora, tendremos tiempo de hacerlo. Lo importante es confirmar si tengo razón y ahí dentro se está cometiendo un robo.

—¿Y si todo tiene una explicación? —me pregunta angustiada.

Eso es lo que nos gustaría a todos y sé que se aferra a ello por lo que supone, pero ambos sabemos que no es así.

Uno de los hombres, el más alto, el que mi madre ha creído identificar como Percibal, entra en la furgoneta.

Por un momento, me parece que va a marcharse. Mi madre y yo nos miramos. No vamos a poder esperar refuerzos, vamos a tener que salir… La furgoneta se mueve y nos hace dar un respingo, pero pronto descubrimos que se mueve despacio hacia atrás y se detiene. Está más cerca de la entrada. Se baja a toda prisa y entra de nuevo en el palacio.

—David… la puerta de la cámara no se selló cuando yo lo ordené. Wallace interrumpió el enyesado sin motivo alguno. En la sala del fresco hay una joven que ha tenido problemas para trabajar por culpa de esa puerta, ella misma me lo dijo… Debí darme cuenta de que algo pasaba. —Me mira con los ojos llenos de lágrimas, compartiendo conmigo sus pensamientos. Sé que su cabeza debe ser un hervidero de ideas que vienen y van mientras nos mantenemos en esta angustiosa espera.

—Mamá, ahora es fácil deducir eso… No sabías nada. ¿Qué es lo que hace esa joven que has mencionado? —le pregunto en un intento de entretenerla… Claro que, también tengo curiosidad por saber qué me dice de Ashley.

—Restaura el fresco que había bajo los espejos. Es americana. Forma parte del programa con el museo de Los Ángeles.

Sé que mi madre no me va a contar mucho más y tampoco quiero insistir y mostrar demasiado interés, pero al menos, he podido entretenerme mientras esperamos. Se me ha escapado una sonrisa cuando he sido consciente de que mi madre estaba hablando de Ashley.

Pobre, Ashley. Confieso que la historia de sus padres me parece algo extraña, pero sé que ella está sufriendo. Esta mañana, la última vez que he hablado con ella, todavía no tenía noticias de sus padres…

La mano de mi madre en mi pierna, me sobresalta y me aleja de mis pensamientos bruscamente.

George y otro hombre se dirigen directamente al palacio. Buscan con la mirada en los alrededores. Mi madre se baja rápidamente del coche sin avisar y les hace una señal con la mano. En ese momento,

sale del palacio uno de los dos hombres desconocidos, y los hombres de seguridad se abalanzan sobre él hasta retenerlo. Mi madre y yo corremos.

El joven que han inmovilizado no debe tener más de dieciséis años. Me viene a la cabeza la mención que Ashley hizo de él.

Justo al llegar, aparece el segundo hombre. Da un paso atrás cuando se encuentra con la escena y mira a mi madre con expresión de terror.

—Señora Lyndhurst…

Mi madre adopta esa actitud altiva tan presente siempre en ella y se acerca a él mirándolo con desprecio.

—Percibal, entra dentro. —Le ordena George.

Vaya, se confirma que se trata del artista, por fin conozco al hombre cuyo trabajo tanto ha halagado Ashley…

Percibal no parece tener muchas opciones y le hace caso a George.

Mi madre y yo entramos en el palacio y nos dirigimos a la sala del fresco, dejando a los dos intrusos en manos de los de seguridad.

Antes de entrar en la sala, aparece Wallace con unas varillas metálicas en la mano.

—Elisabeth… —exclama abriendo mucho los ojos, como si hubiera descubierto al mismísimo demonio.

—¿Qué está pasando aquí, Wallace?

Wallace mira de reojo hacia atrás y me mira a mí con curiosidad.

—Estoy ultimando… la cámara. Mañana a primera hora vienen a sellarla como tú pediste y… he querido asegurarme de que todo está en orden.

—Qué eficiente eres, Wallace… A estas horas de la noche…

Mi madre se dirige a la sala y Wallace parece dudar sobre qué hacer.

—Vamos a ver qué escondes ahí…

Está temblando, lo noto en sus manos. No sabe qué decir ni qué hacer. Está pensando. Me mira, mira hacia la salida, mira hacia atrás…

—Ni se te ocurra intentarlo… —le digo con la confianza de valorar que puedo reducirlo en cuanto me lo proponga debido a su complexión escuálida.

La aparición de George recibe toda su atención.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta a George con tono autoritario.

—Sigo las órdenes de la señora Lyndhurst.

Intenta dirigirse a la puerta, pero George, que es tres veces más grande que él, se lo impide obstaculizándole el paso.

—No dejes que se marche, George —le pido mientras recibo la

mirada asesina de Wallace.

George asiente con la cabeza y se enfrenta a los insultos que salen de la boca de Wallace.

Corro para alcanzar a mi madre. La encuentro en la entrada de la cámara, dudando de qué hacer. Hay un foco de luz improvisado muy potente iluminando el interior. Me mira y le hago una señal con la mano. Sé que está muy nerviosa. Paso delante de ella y corro hasta el final del estrecho pasillo.

Cuesta respirar aquí dentro y el olor es desagradable.

Al final de la sala hay una caja de cartón de grandes dimensiones, desmontada y desplegada en el suelo. Junto a ella, varias telas enrolladas y cuerdas. Y… a su lado, apoyado sobre una plataforma de las que se utilizan para el transporte de cuadros… la estrella: la obra de Memling, cubierta por una fina capa de tela transparente.

Esto lo llamo yo pillarles infraganti.

Mi madre está justo detrás de mí.

—Aquí la tienes, mamá.

Me llama la atención su silencio.

Me giro para observarla. La luz no cubre toda la estancia, pero puedo apreciar una lágrima descendiendo por su mejilla.

Me acerco despacio a ella y la abrazo.

—Hemos impedido que se lo lleve… ¿Lo ves?

—David… Esto es terrible. No puedo creérmelo. Esta es la obra original, estoy segura. ¿Cómo no me he dado cuenta?

—Porque se trata de una perfecta falsificación. Vamos, tenemos que salir de aquí.

—No me voy sin esa obra.

—Mamá… Nadie se la va a llevar.

Mi madre se acerca a ella y hace el intento de cargar con ella. La sujeto del brazo, sé que los nervios le están impidiendo pensar con claridad.

—Mamá, hay que llamar a la policía.

—No, de eso nada, lo resolveremos de otra manera.

—Llama a Sprint… —le pido haciendo referencia al jefe de policía de Rye, un buen amigo de mis padres—. Contarás con su discreción, pero esto no puedo quedar impune… ¿Qué vas a hacer? ¿Regañarles y despedirles? ¿Y Wallace?

—Asesinarlo lentamente…

Me echo a reír, nunca antes había escuchado a mi madre expresarse de esa forma.

Mi madre me mira, parece haber recuperado la calma. Me adelanto a ella, la cojo de la mano y la guio hasta la salida. Mientras

avanzamos, siento que se lleva mi mano a la boca y la besa suavemente.

¿Quién es la mujer que hay detrás de mí? ¿Mi madre?

Desembocamos en la sala del fresco. Ella sale a toda prisa y yo me detengo un momento. La escucho hablar con George. La voz de Wallace también se impone… Debería correr, pero antes necesito echarle una ojeada al fresco en el que trabaja Ashley.

Es su obra…

Siento un escalofrío que me recorre la espalada.

Lo que daría por abrazarla en este momento…

Me acerco a su obra y admiro el pequeño tramo que ha restaurado.

Ashley…

Mi preciosa Ashley.

Capítulo 51

David

Son más de las dos de la madrugada. A pesar de haber entrado sigilosamente en casa, Hank ha salido a mi encuentro en cuanto me ha escuchado.

No hemos querido despertar a Ashley que, según Hank, duerme plácidamente, así que ambos, por sugerencia de Hank, nos dirigimos a la sala que alberga el gimnasio. Es la más alejada del dormitorio de Ashley y la mejor para que, en el caso de despertarse, pudiéramos escucharla.

—¿Una copa? —me pregunta.

—Sí, la necesito.

Me dirijo hacia el gimnasio. Hank tarda muy poco en volver con una botella de… ¿*Whisky*?

—Lo primero que he encontrado —dice justificando su elección, sabiendo que ni él ni yo somos muy amantes de él—. Regalo de un estudiante.

Tardo poco en relatarle lo ocurrido en el palacio.

—¿Qué ha dicho Wallace?

—Se ha negado a hablar. Se los han llevado a los tres y… ya nos irán informando.

—¿Qué impresión te ha dado?

—Creo que se trata de una estructura muy sencillita. El tal Percibal y el hermano, porque es su hermano, se encargaban de hacer las falsificaciones, y Wallace dirigía la orquesta. Ahora toca averiguar cuántas veces lo han hecho y localizar esas obras.

—¿Cómo estaba tu madre?

—Hundida. Mi padre ha acudido después.

—¿Crees que tiene algo que ver?

—No, no lo creo. Por lo poco que he visto y escuchado… el equipo lo formaban esos tres.

—Eso es bueno, David.

—Sí, lo sé. Sospechaba de él y… mi relación con él es pésima, pero prefiero descubrir que está al margen de todo.

—¿No le habrás hablado de Ashley a tu madre?

—Claro que no, ni lo voy a hacer, al menos ahora. Si quiere saber más, tendrá que conformarse. Y… te aseguro que le diré lo de mis padres en cuanto pueda hablar con ella.

—David… ese tema…

—Hank, no necesito un discurso, joder, ya lo hemos hablado. Sé que tenía que haberle dicho algo.

—David… yo no me estoy quitando responsabilidad, no debería haber permitido esto, pero… también es cierto que no sabía que había algo entre vosotros. Eso empeora las cosas. En cualquier caso, no es eso lo que quería decirte.

—¿Qué quieres decirme?

—Que… No sé si me arrepentiré de esto, pero… espera un poco, hasta que se solucione lo de sus padres. Sé que se va a llevar una buena decepción cuando se lo cuentes y… quizás es mejor que esté más tranquila.

—¿Ha pasado algo más?

—Ayer estaba muy mal. Ese hombre, el tal Walker, el que la informa, volvió a llamarla por la noche y le dijo que había averiguado que la avioneta hacía más de dos semanas que no estaba donde suele estar.

—Eso ya lo sabía. Me lo ha contado.

—Sabía que no estaba, no cuánto tiempo hacía.

—¿Qué cambia?

—Que esa avioneta solo la usan para emergencias, normalmente médicas, lo que significa que llevan dos semanas fuera de la cabaña… debe ser serio.

—¿No puede llamar a los hospitales?

—Lo hicimos, llamamos a varios hospitales y no están allí.

—La verdad es que estoy un poco perdido con esto, Hank. Me contó la historia de sus padres y… aluciné. Tampoco entiendo que apenas se puedan comunicar. ¿Suele tener muchos conflictos con eso?

—No, pero no es la primera vez que se preocupa. Pero otras veces no han estado tantos días sin comunicarse. Ashley siente como si debiera protegerlos. Tiene que encontrar la forma de aislarse de ello. No puede estar siempre pendiente de si llaman o no. Ellos han elegido esa vida.

—Por lo que me dijo… no fue fácil para ella aceptarlo cuando se hizo más mayor.

—Eso es lo peor. Ashley ha ido desarrollando un sentimiento de protección en el último año que no creo que sea bueno para ella.

—¿Por qué?

—Una de las veces que los visitó el año pasado, su padre se puso enfermo y ella volvió algo tocada. Es como si, de repente, hubiera descubierto que estaban desprotegidos.

—¿Y eso es malo?

Quiero entender a dónde quiere llegar Hank, pero me está costando. El simple hecho de que esté hablando de ello de esa forma ya me descoloca.

—Ashley no puede vivir con el corazón en un puño cada vez que llegue el momento en que tengan que llamarla y no lo hagan. Su vida no es como la nuestra… Viven en mitad de la nada, rodeados de nada y de nada. Y la mejor compañía que pueden tener una noche es un oso con ganas de tocar los cojones y comerse cualquier cosa que se encuentre a su paso…

—¿Un oso? ¿Hablas en serio?

—Pero… ¿No te contó Ashley cómo viven? Son montañeros, David. —Se echa a reír—. No te haces una idea de cómo es su vida. Vida salvaje, montaña, caza, autosuficiencia, incomunicación… Nieve, veinte grados bajo cero…

—Entiendo… ¡Parece fascinante!

—Sí, para unas vacaciones.

—¿Tú los conoces?

—Sí, la acompañé una vez. Son gente auténtica, son muy buenas personas. Me conquistaron. Y… te aseguro que me fue bien estar allí. Volví a Los Ángeles renovado.

—¿Qué le dijiste ayer para convencerla? —le pregunto cambiando radicalmente de tema. Mi cabeza ya no es capaz de soportar hoy mucho más.

—No tuve que esforzarme mucho… Le dije que no era buena idea que vigilara el palacio y que cuando llegara a casa lo hablaríamos con calma. Parecía poco convencida, pero cuando llegué estaba preocupada por lo de sus padres porque ese hombre acababa de llamarla y… el tema del palacio pasó a segundo plano.

—En cuanto pueda hablaré con ella.

Hank decide no atacarme más con ese tema y se lo agradezco. La verdad es que mi cabeza ya no es capaz de soportar mucho más por hoy.

Nos terminamos el *whisky* y decidimos irnos a dormir.

Al pasar por el dormitorio de Ashley, me detengo, lo miro y le suelto:

—Yo duermo aquí.

Se marcha sonriendo y yo solo puedo pensar en lo mucho que necesito abrazarla.

—¿Ya has vuelto? —me pregunta Ashley adormilada—. ¿Qué haces aquí?

—Voy a dormir contigo… No sé si lo sabes, pero Hank está al corriente de todo.

—¿De verdad? ¿Qué le has contado?

—Que follamos mucho y que nos encanta…

Se echa a reír. Se da la vuelta.

—¿Eso le has dicho?

—No de esa manera, pero… más o menos.

—¿De qué manera?

—Le he dicho que me encanta abrazarte, tenerte cerca… Que me estoy enamorando de ti locamente.

Ashley se incorpora de la cama.

—¿Eso le has dicho?

—No, claro que no, es una broma, pero… ¿Eso es lo que más te importa de todo lo que he soltado?

—Es que estoy en *shock*, doctor.

Nos miramos de una forma extraña, como si buscáramos la expresión del otro para entender qué está pensando.

—Dímelo otra vez, doctor… —me dice con una sonrisa traviesa mientras tira de mí para que la cubra con mi cuerpo.

—¿Qué me encanta abrazarte?

—No, eso no, capullo… lo otro.

Se me escapa una carcajada.

Se lo repito.

Soy capaz de olvidarme de todo en este momento.

De todo.

Excepto de que no le he hablado de mi familia…

Capítulo 52

Ashley

—Mañana me voy a Montana —les digo a Hank y al doctor mientras están sentados en la mesa desayunando.

Sus rostros se vuelven pálidos y sus bocas se quedan abiertas.

—¿Qué? —sueltan los dos al unísono.

—Carter me ha llamado para decirme que el palacio estará cerrado cuatro o cinco días. Ya he buscado el vuelo y mañana me voy.

—¿No es algo precipitado? —me pregunta Hank.

—Lo decidí anoche y busqué el vuelo. El hecho de que Carter me haya llamado, me parece muy oportuno. ¿Qué ha pasado? ¿Sabes por qué lo cierran, Hank? Algo ha pasado, seguro.

—No lo sé, ya lo averiguaré —me dice muy seco.

—Puede que ayer pasara algo… Es muy raro que cierren —observo, pero ninguno de los dos parece tener ganas de hablar de este tema.

—Ashley, es una locura ir a Montana… —protesta Hank.

—No lo es. Nadie sabe nada de ellos desde hace mucho tiempo. Su avioneta lleva más de dos semanas fuera y… no se han puesto en contacto conmigo ni han ido a buscar suministros a la tienda del señor Walker. No están en los hospitales de la zona… ¿Qué debo pensar? Solo puedo pensar que están estrellados en alguna parte y… si es así, quiero encontrarlos.

—¿No hay forma de ponerse en contacto con las autoridades de allí? —pregunta el doctor.

—Podría denunciar su desaparición, pero… lo que tenga que hacer lo haré desde allí, cuando esté en su casa y pueda intentar adivinar qué ha pasado. Puede que haya alguna pista, algo que… ¡No lo sé! Necesito ir y es lo que voy a hacer. Mañana sale mi vuelo.

Sé que Hank no está de acuerdo. Entiendo que parezca precipitado, pero algo me dice que tengo que ir hasta allí.

—Ashley, seguro que hay algo que puedas hacer desde aquí sin que… —interviene David. Él tampoco lo entiende.

—David, si se le ha metido en la cabeza, no hay nada que hacer. No te esfuerces —observa Hank.

—Muy buena observación, Hank —le digo mientras le sonrío.

El silencio invade la cocina, donde nos encontramos. Durante un buen rato nadie ha pronunciado ni una sola palabra. Solo se ha escuchado el sonido de la taza de café al chocar con el plato.

Decido terminar el último sorbo de café, soy incapaz de probar bocado.

—Me voy contigo. —Suelta el doctor.

El contenido de café que había en mi boca, sale disparado en forma de lluvia.

Capítulo 53

David

Dos días después.

No creo que, a este viaje, independientemente del motivo por el que lo estamos haciendo, se le pueda llamar de otra manera que no sea «aventura», en toda la extensión de su definición. Ya me lo había advertido Ashley.

Tras anunciarle a ella que había decidido acompañarla, todo se convirtió en una lucha contrarreloj: reservar el vuelo, alquilar un vehículo todoterreno, preparar la maleta con ropa para temperaturas bajo cero… Una conversación con mi madre, una solicitud en el trabajo para ausentarme varios días…

En el trabajo he obtenido ese permiso sin problemas. El director del centro no pudo negármelo después de nuestra amistad, mi gran profesionalidad… ¿O quizás fue porque su mujer trabaja en una de las sedes de la fundación y alguna vez le he hecho algún que otro favor hablando con mis padres y con Carter?

Sea cual sea el motivo, no tuve ningún problema para obtener ese permiso. Tampoco supuso un problema mantener una conversación normal con mi madre. Después de nuestra aventura juntos parecía más calmada conmigo y cercana que nunca.

Wallace y sus ayudantes, excepto el menor de edad, serán acusados de varios delitos, según me informó mi madre, aunque todavía es pronto para saber más sobre el tema.

Aún no me creo que hayamos podido hablar durante más de una hora de forma tan pacífica. Claro que, sin la presencia de mi padre, todo es posible. En cualquier caso, después de la tempestad viene la calma y eso es lo que parece que ha llegado, excepto si pienso en todo lo que tengo pendiente de contarle a Ashley.

Prefiero no pensar ahora en ese tema, es mejor que me centre en el

motivo de este viaje, un viaje que no parece acabar nunca, a pesar de que ya nos encontramos en el último tramo.

El vuelo ha tenido una duración de dieciséis horas, desde Londres a Kalispell, Montana, incluyendo las dos escalas, una en San Francisco, California, de dos horas, y otra en Salt Lake City, Utah, de otras dos.

Tras el vuelo, hemos recogido el coche que habíamos alquilado y hemos comido unos sándwiches en una pequeña cafetería, antes de adentrarnos en un terreno que nos iba a ofrecer pocos servicios.

Dos horas más de trayecto por carreteras secundarias que han ido estrechándose y empeorando cada vez más, nos han llevado hasta Libby, la pequeña comunidad en la que se encuentra el señor Walker, pero Ashley ha decidido llamarlo para evitar perder tiempo en visitarlo.

Como suponíamos, no ha habido noticias nuevas, así que hemos continuado nuestro camino adentrándonos en el último tramo, unas cien millas; el que nos llevará hasta la cabaña de sus padres.

Mientras avanzamos por las carreteras serpenteantes que se adentran en las profundidades de Montana, tengo una extraña sensación de solitud que hasta me asusta.

Las montañas se alzan a mi alrededor, imponentes, cubiertas por un manto blanco de nieve que refleja la última luz del día, quedan menos de una hora para que anochezca. El efecto del *jet lag* se ha adelantado y empiezo a sentir la fatiga de tantas horas viajando con sus correspondientes cambios de horario.

El aire es frío. Lo noto por la lucha que mantiene el vehículo al querer mantener una temperatura cálida en el interior.

La carretera es estrecha y sinuosa. Parece que desafíe cada curva con su inclinación y sus peligros ocultos.

A medida que avanzamos, el paisaje cambia constantemente, pasando de densos bosques a valles abiertos y desfiladeros escarpados. El silencio es intimidante y solo se interrumpe por el crujido de la nieve bajo las ruedas y el sonido del viento.

Apenas hay señales de vida, solo una cabaña en más de cincuenta millas.

Me sorprende pensar en cómo alguien podría elegir vivir en un lugar tan remoto…

Seguimos avanzando por tramos helados y resbaladizos que ponen a prueba la resistencia de nuestro vehículo. Sin embargo, a pesar de los obstáculos, siento una extraña sensación de calma y serenidad en medio de este paisaje.

Ashley ha permanecido muy calmada durante todo el viaje, incluso ha bromeado y me ha hecho soltar más de una carcajada con sus

ocurrencias, pero también me ha confesado que está intentando prepararse para lo peor.

—Esto da un poco de miedo, la verdad. No quiero ni pensar qué haríamos si el coche se averiara aquí.

—Pues imagínate si se avería una avioneta… —me dice apoyándose en mi brazo.

—¿Cómo es la vida de tus padres? —le pregunto en un intento de sacarle esa idea de la cabeza y distraerla.

—Cazan, pescan… Intentan ser lo más autosuficientes posible. Solo compran algunos alimentos que no pueden obtener de ninguna de las maneras… legumbres, arroz, algunas hortalizas… pero también tienen su propio huerto, aunque las temperaturas de aquí no les permiten plantar muchas cosas. Han creado una especie de sistema invernadero. También compran algunas herramientas, si las necesitan, pero la mayoría se las fabrican ellos.

—¿Y cómo obtiene el dinero para comprar?

—Curten pieles y las venden. Forjan cuchillos y los venden también. Trabajan mucho en primavera y verano para tener comida para el invierno. Los inviernos aquí son muy duros, pueden llegar a haber nevadas que los aíslan durante semanas y temperaturas de más de veinte grados bajo cero.

Sigo sin entender qué puede tener de encanto esa vida…

—Pero… ellos visten… normal. —Le pregunto sin pensarlo demasiado. En mi cabeza hay una especie de caos que no consigo deshacer.

—¿Crees que van en taparrabos? —Se ríe a carcajadas.

—No, no he pensado la pregunta, Ashley, es que… esta vida me sorprende.

—Son montañeros, David. ¿En Inglaterra no hay montañas?

—Sí, pero no conozco a nadie que viva en ellas. Están para otros… propósitos. Me he criado en Londres y, además, soy un amante de la ciudad. He ido a la montaña en contadas ocasiones y si lo he hecho ha sido para practicar deportes de montaña.

—Y si eres tan urbanita… ¿Por qué estás en Rye?

—Es provisional, además, que me guste la ciudad, no quiere decir que no me guste tener un lugar donde desconectar de vez en cuando.

Ashley bromea sobre «los encantos» de Rye durante un buen rato y consigue que me ría de nuevo sin parar. Tampoco se olvida de hacerle un homenaje a la lluvia, con la que parece tener una obsesión.

—Gracias por acompañarme. —Me sorprende diciendo con una voz muy dulce.

—Si vuelves a decírmelo, me bajo del coche y… ¡Bueno! Mejor me

busco otra amenaza.

Parece que las últimas millas nos han animado, a pesar de la preocupación y del cansancio del viaje, y no dejamos de decir una tontería tras otra.

Cazan, pescan… pieles, cuchillos…

¡Dios mío! No puedo ni imaginármelo.

Cuando Ashley anuncia que estamos a punto de llegar y me indica un sendero muy estrecho que se adentra en la propiedad de sus padres, escucho el grito de Ashley y casi doy un salto del asiento.

—Mira, David —me dice señalando una zona despejada de bosque a pocos metros de donde nos encontramos.

Hay una pequeña avioneta amarilla aparcada.

—¿Estás viendo eso?

—¿Es su avioneta?

—Sí, es ella.

—Eso es buena señal, ¿no? La avioneta ha aparecido, a menos que siempre haya estado ahí y el vecino que se acercó hasta aquí no la viera…

Ashley me golpea en el brazo sin perder la mirada al frente.

El camino se termina para dar paso a una valla metálica algo rudimentaria. Tras ella se encuentran tres cabañas alineadas, una de ellas más grande que las otras de cuya chimenea no deja de salir humo.

—¿Es lo que creo que es? —pregunta muy impresionada.

—Creo que hay buenas noticias…

Una mujer sale de la nada y se detiene a mirar en nuestra dirección.

Ashley se baja del coche y corre hacia ella.

No escucho lo que dicen, pero sí el fuerte brazo en el que se funden.

Están vivos. Al fin y al cabo, eso es lo que cuenta.

Capítulo 54

David

Ashley me ha presentado a sus padres, que me han recibido con los brazos abiertos y me han dado varias veces la bienvenida.

—Mamá, papá, este es David, un amigo… —les ha dicho con timidez.

—¿Qué clase de amigos? ¿Sois novios? —se ha animado a preguntar el padre.

Ashley se ha quedado algo impactada y me he adelantado a ella.

—Sí, novios, eso es —le he dicho ante la cara de estupefacción de Ashley.

Tras las presentaciones, su madre, que es la más habladora, nos ha explicado el motivo por el que no se había puesto en contacto con su hija.

—Siento haberte preocupado, cariño —le ha dicho tras las protestas de Ashley—. Llegamos ayer por la tarde. Hace tres semanas nos fuimos a explorar una zona de trampas nueva, al otro lado del valle, cerca de la frontera con Wyoming. Tu padre enfermó mientras estábamos allí y me dirigí al hospital más cercano, en Sheridan.

¿Trampas en una zona que se accede con avioneta?

Eso es lo que ha dicho, pero mejor no pregunto.

—¿Qué te ha pasado, papá?

—Nada importante. Un cólico renal. Tuvieron que intervenirme, pero todo ha salido estupendamente, estoy como nuevo.

Durante un buen rato, su madre nos ha contado la intervención y los días de espera en el hospital. Ashley no sale de su asombro.

—¿Por qué no me llamaste? —pregunta en un tono que desvela su perplejidad.

—No había motivo para preocuparte.

—Mamá, he venido desde Inglaterra. Llevo días esperando. Hablé con el señor Walker mis veces, envió una persona a comprobar cómo

estabais, me dijeron que la avioneta no estaba… ¡He estado muy preocupada! El viaje ha sido muy largo…

—¡Oh! No quería preocuparte, cariño. Como ves, no ha pasado nada.

La balanza no está requilibrada. Desde que hemos llegado, he observado que los padres de Ashley tienen una respuesta sencilla para todo, no importa la carga emocional de lo que les plantees. Da igual que Ashley les diga, al borde de las lágrimas, que creía que se habían estrellado y ha viajado miles de millas con esa idea en la cabeza, que les cuente que el té que beben en Inglaterra empieza a gustarle: la reacción es la misma. Todas sus respuestas se basan en la falta de preocupación, en la paciencia y en una visión muy distinta de lo que a nosotros nos puede inquietar.

La felicidad elevada a su máxima potencial.

Después de una desequilibrada charla, como si dos mundos opuestos lucharan por hacerse hueco en el otro, su madre nos ha guiado hasta nuestras respectivas habitaciones.

—Mamá, ¿en qué siglo vives? —le ha preguntado cuando nos ha propuesto dormir en habitaciones separadas—. Con una, nos basta.

La pregunta del siglo en el que viven, tiene su gracia, pero me abstengo de hacer comentarios.

—¡Oh! Claro —ha dicho sonriendo.

Ese ha sido todo el conflicto que ha presentado el número de habitaciones.

Lo que yo he dicho… respuestas sencillas y prácticas.

Tan solo acabo de llegar, pero ya he podido darme cuenta de los años luz que separan a Ashley de sus padres. Hay cariño, eso se palpa en el ambiente, mucho más del que yo he obtenido en toda mi vida de mis padres, pero son desconocidos. Sus vidas son tan diferentes… Sus motivaciones, sus preocupaciones… ¡Todo!

Antes de cenar, su padre, Jack, me ha mostrado parte de la propiedad. La cabaña en la que estamos alojados es su hogar. Un conjunto de madera cálida, pieles, cientos de objetos decorativos inspirados en la vida salvaje y una gran chimenea sin la que la vida no sería posible. Es una cabaña muy acogedora y transmite una sensación de calma y felicidad que empieza a contagiarme.

Al lado de esta cabaña, a pocos metros, otra más pequeña sirve de taller en el que curten las pieles; y otra más pequeña aún sirve para acoger una forja donde fabricar los cuchillos y guardar todas las herramientas que necesitan para su vida diaria.

También hay una pequeña cabaña algo más alejada destinada a ahumar las pieles, un proceso que su padre se ha molestado en

detallarme y que me ha llamado mucho la atención. No solo las pieles, sino la carne; una forma de conservarla y prolongarle la vida para su consumo.

Por todas partes hay herramientas, de hierro y de madera, escopetas, trampas para animales y un sinfín de objetos que soy incapaz de identificar.

Es más que evidente que el trabajo aquí nunca se acaba y que el concepto de trabajo diario es muy distinto al que nos acompaña a nosotros en nuestra vida en la ciudad.

Se han interesado por mi trabajo y por el de Ashley, pero no parecían estar muy al día de lo que la llevó a ella hasta Inglaterra.

Alice, su madre, se ha tomado la molestia de preparar una cena que, a simple vista, parece deliciosa.

La visita a la propiedad ha hecho que el frío me cale hasta los huesos, así que agradezco cualquier cosa caliente que entre en mi cuerpo. No recuerdo haber pasado tanto frío en mi vida.

Es algo tarde para cenar, pero creo que hablar de tiempo aquí desentona mucho.

En el centro de la mesa hay una bandeja con carne estofada. En los platos, unas patatas asadas.

—¿Qué carne es? —pregunto entusiasmado por el olor que desprende la bandeja. Sé que me voy a arrepentir de haber preguntado, pero ya es tarde.

—Bisonte —me ha dicho su madre orgullosa.

Ashley no parecía estar impresionada como yo, incluso la he visto mirarme de reojo y contener la risa.

Puede que ella esté acostumbrada, pero a mí, eso de comerme un bisonte…

No sé qué cruza por mi cabeza, pero siento arcadas y tengo que luchar por combatirlas.

—¿No te gusta la carne, David? —me pregunta al ver que no me animo a servirme de la bandeja.

—Sí, seguro que está deliciosa… es que no tengo mucha hambre. El viaje y el *jet lag* me están afectando, pero la probaré. Nunca he comido bisonte.

Ashley se lo está pasando en grande, no puede disimularlo.

—Ashley probó los riñones en Inglaterra y le encantaron, ¿verdad, cariño?

—Deliciosos, como todo lo que cocinan los ingleses.

«Claro», pienso. Después de comerse un búfalo a nadie le gustarían unos simples riñones de cordero.

—¿Qué carne suelen comer? —les pregunto por amenizar el

ambiente.

—Castor, bisonte, ciervo, marta, oso, rata almizclera… Depende de la época y la temporada de caza. Unas veces, debido a su superpoblación, aumentan el número de piezas y también la duración para cazarlas.

¿Para qué habré preguntado? Vamos a estar varios días en esta casa y espero que no haya de todo eso en la despensa. No me imagino comiendo oso… y… lo de la rata, mejor no lo pienso.

Me animo a probar un pedazo. Está bien cocinada, pero no soy capaz de comérmela sin verle la cara al animal en mi mente. Con lo feos y lo cabezones que son…

Durante un buen rato, charlamos de varios temas relacionados con su vida en las montañas y no deja de asombrarme, e incluso darme algo de envidia, la calma y la paz con la que viven.

Consigo terminarme el bisonte con mucho esfuerzo y sin arcadas. El animalito ha desaparecido de mi cabeza y he conseguido que las patatas que lo acompañan me ayuden a digerirlo.

Cuando Ashley y yo nos retiramos, sus padres vuelven a expresarnos lo mucho que les ha gustado nuestra visita y Jack nos comenta que durante el tiempo que estemos aquí me mostrará más aspectos de la vida diaria en las montañas.

—¿Estás bien? —le pregunto cuando estamos a solas; algo le inquieta.

—Hemos venido aquí para nada —me dice mientras se sienta en mis piernas y me abraza. Ese gesto me deshace.

—No, eso no es cierto, Ashley —le digo sosteniéndole la barbilla—. Has comprobado que están bien, que es lo que importa.

—Yo estaba tan preocupada… Y ellos parecen vivir en otro mundo. Han estado semanas en un hospital y no me han llamado. Además, mi madre me ha confesado que no se sabe mi número de memoria, que el señor Walker ya lo tiene apuntado y nunca ha necesitado llamarme desde otra parte. Y lo que más me ha sorprendido es que me haya contado que una familia que vive en el valle se ha instalado una línea telefónica que funciona de… no sé qué manera. El caso es que pueden comunicarse con el exterior, aunque tiene algunas interferencias.

—¿Qué significa eso?

—Que le he sugerido que tengan ese aparato y se ha negado. Me ha dicho que no lo necesitan. Me siento tan… fuera de lugar.

—¿Siempre te sientes así cuando vienes aquí?

—No, hoy es distinto.

—Ashley, hoy estás cansada, ha sido un largo viaje. Mañana lo verás de otro modo.

—Ellos son felices, no se preocupan por nada, y yo… yo he recorrido medio mundo, te he arrastrado conmigo y resulta que no se han comunicado conmigo porque ni siquiera lo han pensado, y en el caso de haberlo hecho no conocen ni mi número ni el de mi tía…

Ashley se echa a llorar en mis brazos y yo me dedico a consolarla durante un buen rato limitándome a acariciarla. Su discurso es desordenado, pero la entiendo. Puede que lo que Hank me comentó sobre ese exceso de protección que no la conduce a nada se esté haciendo más presente que nunca.

—No debes olvidar que están bien, que es lo que importa. Y… en cuanto a ellos, son felices, no puedes desearle nada más a unos padres.

Ashley asiente con la cabeza. Sé qué hay dentro de ella algo que todavía no ha salido, y presiento que este viaje va a cambiar algo.

—Además —continúo—, no digas que no ha valido la pena venir. No me imagino otro momento de mi vida en que tenga oportunidad de comer bisonte. Eso no tiene precio.

Consigo que se ría.

—¿Novios? —me pregunta sonriente.

—¿Amigos?

—¿Importa eso?

—Claro que importa. ¿No quieres ser mi novia?

—David… Hace tan poco que nos conocemos, que me parece raro hablar de esto.

La empujo sobre la cama.

—Vamos a ver, señorita Evans. Ya sé qué hace muy poco que nos conocemos, un mes y catorce días, si contamos desde que llegaste a Rye, un poco más si contamos nuestro precioso encuentro en el hospital, pero la gente que se conoce desde hace tan poco tiempo no atraviesa medio mundo hasta llegar a la nada, ni come bisonte. Eso lo dan los años, así que… Lo nuestro es intenso, concentrado, vale para un noviazgo.

Ashley se está riendo y me está desnudando al mismo tiempo.

—Oye, tus padres están ahí al lado…

—Hank también estaba la otra noche y no dijiste nada.

—No compares. Yo soy de emitir muchos sonidos… Son tus padres, esto no… va a funcionar. Si nos oyen, mañana me harán comer rata de esa…

Ashley no deja de reír.

—No tuve tiempo de contarte muchas cosas. Debería haberte prevenido.

—Mentirosa, lo has hecho expresamente. Lo de la rata… me preocupa.

—No te dejes llevar por el nombre, es otro animalillo más.

—¿Y el oso?

—No, solo pueden cazarlos si hay superpoblación, igual que el lobo.

—¿Lobo? ¿También comen lobo?

—Aquí no se desperdicia nada.

Se echa de nuevo a reír y me abalanzo sobre ella.

Se me ha contagiado la felicidad. Ahora no soy capaz de pensar en nada más que no sea estar a su lado.

Capítulo 55

Ashley

Dos días después

Hoy es nuestro último día en el valle. Hemos decidido acudir a Libby para recoger el pedido de mis padres en la tienda del señor Walker y de esa manera ahorrarles el desplazamiento.

En un principio, teníamos intención de añadir alimentos a ese pedido, pero ha sido David quien ha pensado que no era buena idea.

—Ashley, cuantos más suministros tengan, más tardarán en reponer, lo que significa que tardarán más en venir a esta tienda, no te llamarán y tú te volverás loca. Dejemos el pedido como está.

Me ha hecho reír, pero ese comentario me ha creado un nudo en el estómago del que tengo que desprenderme antes de marcharme.

Es la segunda vez que nos alejamos de la cabaña desde que llegamos. La primera, se produjo la mañana siguiente a nuestra llegada. Recorrimos este mismo trayecto buscando un punto de cobertura para poder hablar con Hank e informarle de que mis padres se encontraban bien. Mi padre nos dijo que no era necesario que nos adentráramos en Libby para poder usar nuestros móviles, que mucho antes encontraríamos una señal de cobertura, pero la «famosa» señal la encontramos solo a pocos metros de la tienda del señor Walker, lejos de dónde afirmaba que existía. Fue un motivo de risas entre David y yo. Mi padre describía ese punto como si se tratase de un lugar mítico donde se había producido un avistamiento de ovni que había hecho historia en el lugar.

Cuando por fin localizamos a Hank y le dimos la noticia, aparte de mostrar su alivio, no se contuvo en decirme que debía haber esperado tal y como él me había aconsejado. Lo esperaba…

También, a petición mía, cuando le pregunté si conocía los motivos por el cierre del palacio, nos dio la noticia. En Rye no se hablaba de

otra cosa que, del intento de falsificación y robo en el museo, intento que se pudo impedir la noche anterior al cierre del palacio. Eso resolvió mis dudas sobre el cierre provisional.

Al parecer había tres detenidos, Wallace, Percibal y un joven que resultó ser hermano de Percibal. No es que me sorprenda, pero confirmar esas sospechas me hizo sentir mal. He estado trabajando a su lado varios días…

—Había más personas al corriente de lo que yo descubrí… ¿Crees que podría haber sido Carter? —le pregunté a Hank mientras nos relataba los hechos.

—No lo sé, Ashley, yo solo sé lo que te he contado. Lo que han publicado en el periódico de la región y lo que me ha contado mi jefe.

David se mantuvo callado y me sorprendió que no compartiera mi euforia por la frustración del robo, al fin y al cabo, es un tema que viví con él en todo momento y le hice partícipe de todo. Puede que estuviera cansado de tanto palacio, y tanto arte… No es su mundo, quizás por esa razón me siento tan unida a él cuando algo de mi trabajo lo vive como si fuera del suyo propio.

—No sabes cuánto me alegro. Tenía la sensación de que aquella noche algo iba a ocurrir y que no estaba haciendo nada para impedirlo —le dije a David nada más hablar con Hank—. Eso explica el cierre del palacio, deben estar investigando. El señor Carter no me dio ninguna razón, solo que permanecerá cerrado. No sé a qué viene tanto misterio si hasta lo han publicado en el periódico… David, ¿te has dado cuenta? Yo no era la única persona que sospechaba.

—Seguramente ya estaban detrás de ellos —me dijo con sequedad.

—¿Te ocurre algo? —le pregunté muy sorprendida.

—No, es solo que… me da rabia saber que hay… delincuentes de esa clase.

Esa fue su respuesta, pero yo sigo pensando que había algo que le impedía pronunciarse como otras veces ha hecho en ese tema.

Me sorprende que el recuerdo de esa conversación me siga pareciendo extraño en cuanto a la actitud de David, que no ha vuelto a hablar de ese tema ni una sola vez. Pero prefiero pensar en lo que hoy nos ha traído de nuevo a Libby.

Tras cargar el coche de suministros, he estado durante un buen rato riéndome a carcajadas por los comentarios de David respecto a todo lo que se puede adquirir en la tienda del señor Walker… desde gasolina, alimentos no perecederos, ropa de abrigo, botas de piel de conejo, herramientas, piezas de coches, neumáticos… Podría estar horas enumerando todo lo que se puede adquirir, incluido el negocio de compra y venta de pieles curtidas.

Antes de abandonar Libby en dirección a la cabaña, le he enviado mensajes a Kelsi y a mi tía. Ninguna de ellas conoce el lugar donde me encuentro, ya les hablaré más adelante, cuando vuelva a Rye. David también ha intercambiado mensajes con alguien y nos hemos puesto en marcha.

Antes de salir de Libby, he escuchado el sonido de un nuevo mensaje y le he pedido a David que se detuviera.

Me ha llamado la atención que se tratara de la madre de Nicole. La semana pasada intenté comunicarme con Nicole, pero no obtuve respuesta. Lo intenté con su madre y el resultado fue el mismo. No había vuelto a pensar en ello. Es curioso cómo he apartado ese tema de mi mente, como si Nicole nunca hubiera existido.

Leo el mensaje ante la atenta mirada de David.

Querida, Ashley. Debo pedirte perdón por no haber contestado a tus mensajes preocupándote de por mi hija.

No puedo engañarte, ella es tu amiga y también la persona a la que le salvaste la vida. De no haber sido por tu reacción aquel día en Londres, mi hija podría no estar con nosotros.

Nicole no está bien, Ashley. Espero contar con tu discreción, no quisiera que su estado de salud fuera motivo de comentarios entre los amigos que tenéis en común.

Ashley está ingresada en un centro de reposo, un centro en Nueva York donde la están atendiendo psicológicamente, lo que más necesita en este momento.

Hizo que nos preocupáramos mucho cuando nos habló de un supuesto novio que acababa de conocer y del que se estaba enamorando locamente. Se trataba de un médico que la atendió en una clínica de Los Ángeles y que ella construyó una historia sobre una relación que solo existía en su cabeza. Nos habló de un episodio en el ascensor, un desmayo inesperado que supuso el comienzo de una historia que ella describía como «el hombre de mi vida».

Esa misma historia, con los mismos detalles, la habíamos escuchado con el médico de Londres y eso nos alertó. Creemos que probablemente la relación con aquel hombre, el tal David, solo estaba en su cabeza. Si te hablo de esto es porque sé que a ti también te hizo partícipe y entenderás la gravedad del tema.

Nos han dado muchas esperanzas en cuanto a su tratamiento y recuperación, pero para ello debe pasar un tiempo. Solo necesita reposo, ayuda profesional y cariño. Todo ello lo tendrá, por supuesto, pero seguro que entiendes que está siendo muy duro verla en ese estado.

Te iré informando de su recuperación. Sueño con verte un día en nuestra casa, cuando Nicole se haya recuperado y podáis abrazaros y planear algo juntas para compartir el tiempo que no pudisteis disfrutar en Londres.

De Londres nunca habla. Es como si nunca hubiera estado allí. Ni siquiera ha vuelto a nombrar aquel médico ni nada relacionado con su trabajo. Lo ha borrado por completo de su memoria. Alguna vez he mencionado Londres y me ha dicho que tiene ganas de ir, que no conoce la ciudad. Con estas palabras te podrás hacer una idea de su estado. Pero no quiero angustiarte, como te he dicho, solo necesita tiempo y cuidados, y somos optimistas, especialmente porque los médicos que se ocupan de ella lo son.

Gracias, Ashley. Cuídate mucho.

Espero que tu experiencia en Londres esté siendo buena. Cuento con tu discreción.

Susan Donovan.

—¿Quién envía un mensaje tan largo? —me pregunta David, harto de esperar a que lo lea—. ¿Qué pasa, Ashley? ¿Por qué lloras? ¿Qué ha pasado?

Le muestro la pantalla de mi móvil y le pido que lo lea. Tarda en hacerlo, especialmente porque interrumpe la lectura de vez en cuando para mirarme y enjugarme las lágrimas que corren por mis mejillas.

—Joder… Nunca hubiera imaginado que se trataba de algo así… Pensaba que era una persona celosa, obsesiva, pero… esto que cuenta es evidente que forma parte de un trastorno serio. No soy psiquiatra, pero esa manera de distorsionar la realidad… Eso del ascensor, me ha impresionado. Así la conocí yo…

—Y a mí me contó algo muy diferente. ¿Es grave, David?

—Es serio, Ashley, debe tratarse de un trastorno de personalidad de los muchos que hay, pero… pensemos que podrá recuperarse y hacer una vida normal. Hay fármacos que lo consiguen, Ashley. No sabemos cuál es el diagnóstico, puede ser un episodio aislado… Verás cómo se recupera. Por lo que he leído, está en buenas manos. Esos padres se están desviviendo por ella. Aunque parezca raro que diga esto… Siento mucho que sea así. Nicole era un incordio, pero no era consciente de que estaba enferma.

David me abraza y deja que expulse todo lo que siento.

—Su madre cree que tú tampoco exististe.

—Sí, existí en su vida, aunque no con la dimensión que ella describía.

Nunca he sentido que Nicole y yo nos pareciéramos, siempre hemos sido muy distintas, pero es curioso y… triste al mismo tiempo que las dos nos enamoráramos de él, aunque de maneras diferentes.

A veces, pienso que esta historia avanza tan deprisa que… incluso podría haberla soñado.

Mientras me desahogo en sus brazos, me pellizco en la pierna para asegurarme de que no es un sueño.

Capítulo 56

Ashley

Cuando le he dicho adiós a mis padres, antes de partir hacia Kalispell, Montana, donde pasaremos la noche en un hotel antes de volar mañana hacia Londres, he sentido algo diferente a otras veces.

Hoy, la despedida contiene el saber que no hablaré con ellos en un tiempo y que aun así será algo breve; el saber que no volveré a verlos en mucho tiempo, y la añoranza de los días de paz y tranquilidad que el valle me ha regalado junto a David. Pero hoy no he sentido que había algo que aclarar, algo pendiente. Hoy he sentido que todo estaba en su lugar y me he marchado feliz, con la tristeza propia del momento de decir adiós.

Sé que David ha tenido mucho que ver en esta despedida «diferente». Los momentos que hemos vivido en el valle han sido un regalo, uno de vida, uno que ni en mis mejores sueños podría haber imaginado.

—Yo también —le dije ayer mientras observábamos a través de las ventanas de la buhardilla las maravillosas vistas del valle.

—¿Tú también qué?

—Que yo también me he enamorado de ti.

—¿En serio? ¿Y me lo dices ahora? Llevo días sufriendo en silencio, con una amargura que me estaba destrozando de todas las maneras.

—David… —le he dicho muerta de la risa.

—Joder, Ashley, es que no me lo esperaba, he tenido que improvisar una gilipollez para salir del paso.

—Se te da bien…

—¿Por qué me lo dices ahora?

—¿No te parece un buen momento? Yo he elegido unas vistas preciosas, paz, tranquilidad… Un lugar apartado del mundo… Tú me lo dijiste en la cama, cuando estaba medio dormida… ¡Yo gano!

—Tú ganas, cariño… Tú ganas siempre.

El beso de después, todavía hace que me tiemblen las piernas cuando lo recuerdo. No sabía yo que pudiera ser tan romántica… Claro que «nuestro romanticismo» no podría decirse que es muy común. Es imposible que no lo mezclemos con algo que nos haga reír.

Reconozco que me asusta pensar en lo rápido que David ha entrado en mi vida y todo lo que hemos hecho y nos hemos confesado en tan poco tiempo…

Sé que hay miles de cuestiones que están en el aire, pero prefiero no pensar en ellas. Lo de vivir el momento nunca se me ha dado mal, aunque reconozco que con David tengo que hacer un esfuerzo para no pensar en lo que pueda pasar… mañana. Y es que… es la primera vez que siento que estoy unida a alguien y que forma parte de mí.

—Ashley, cuéntame un cuento.

—No —le digo mientras sigo mirando el techo.

Ambos estamos metidos en la cama de la habitación del hotel, en la misma posición que una momia egipcia, asomando las manos por el borde de la sábana y ausentes… muy ausentes.

—Solo uno.

—Ya te he contado muchos.

—Pero eso era en Inglaterra, en Montana seguro que son mejores.

—¿Qué les pasa a mis cuentos de Inglaterra?

—¿Mis cuentos? Siempre es el mismo, el de la dichosa princesa y el médico. Y nunca lo terminas.

—Porque no me dejas, siempre me interrumpes. ¿Dónde me quedé la última vez?

—En la princesa que se sentía atraída por el médico.

—Vale, le subiré el tono. Contaré que se enamora de él y que en la cama se lo pasan muy bien.

—Ashley… las princesas no follan, no seas vulgar.

—He dicho que se lo pasan bien bajo las sábanas…

—¿Y qué es eso sino follar? ¿Qué vas a hacer debajo de las sábanas, sino?

—Hacen el amor.

—Eso está bien, pero es cursi.

—Duérmete.

—Hasta que no me lo cuentes, no voy a poder. Uno cortito… Cambia la trama. Esta vez no quiero que sea médico… quiero que la princesa se enamore de un montañero.

Aunque el diálogo fluye, ni él ni yo podemos dejar de reír cuando escuchamos al otro, o incluso a nosotros mismos.

—¿Qué hace el montañero? —le pregunto sin dejar de reír.

—Pues lo mismo que he hecho yo con tu padre cuando me has traicionado y no has querido acompañarnos…

—¿Qué es lo que hacíais con él? —le pregunto a pesar de saberlo todo, pero deseando escucharlo de su boca por lo mucho que me divierte.

—Destripar un animal, cazar un castor, arreglar el pistón de la moto de nieve, curtir una piel, pasar un frío de cojones…

—¿Qué destripaste?

—Un bisonte, con sus mil trescientos kilos.

—Eres médico, no debería impresionarte ver las tripas de un bicho de esos.

—Soy médico y amante de los animales, y tripas que pesen trescientos kilos no he visto nunca.

—Ellos cazan para comer, también aman los animales.

—Sí, es lo que me ha dicho tu padre, al ver que casi me echo a llorar. Y… eso que el bisonte era feo…

—¿Qué más has hecho?

—Curtir la piel de un castor con… un mejunje hecho con el propio cerebro del castor… Pero… he aguantado estoicamente…

—Entonces la princesa se enamora de un montañero. Él es guapo…, con un mechón de pelo que le cae por la frente y que parece haberle declarado la guerra, con unos ojos preciosos, unas manos…

—¿Y qué me dices de su personalidad? ¡Qué superficial la princesa! Solo le importa el físico.

—Me estoy cansando, montañero.

—¿Quieres que te cuente cómo hace el amor un montañero?

Me echo a reír al ver cómo mueve las cejas y me muestra su expresión más payasa e infantil.

Antes de que me dé cuenta, el montañero ya se ha abalanzado sobre mí.

Capítulo 57

David

Dos días después

Ha sido muy brusco volver a Rye, no solo por el maldito *jet lag*, que me está matando, o por la dura jornada que he tenido en el centro médico, sino por qué sé que tengo pendiente una conversación con Ashley y no sé ni cómo planteárselo. No quiero ocultarle más tiempo quién es mi madre, mucho menos sabiendo que mañana se incorpora de nuevo al palacio y mi madre pasa más tiempo en él que antes, según me ha contado esta misma mañana.

Hank me ha lanzado varias indirectas, así que no puedo posponerlo más. Esta noche cenaremos en la casa de invitados para inaugurarla oficialmente y hablaré con ella.

Entiendo la postura de Hank, pero debe entender que acabamos de llegar prácticamente y que ninguno de los dos estaba en condiciones de mantener una conversación de esas características.

Me detengo en una tienda de Rye para comprar unos cuantos ingredientes que me faltan para la cena.

Al salir, cargado con dos bolsas, mientras las coloco en el maletero, veo a Ashley. Está a pocos metros de mí, delante de la cafetería de Ruby hablando con alguien. Es un hombre.

En esa escena hay algo que me está produciendo escalofríos, pero todavía pienso que la vista me está jugando una mala pasada.

Me subo al coche para observar con calma. Charlan animadamente.

Observo el coche en el que el hombre está apoyado.

¡No puede ser!

Lo observo detenidamente a él.

¡No me lo puedo creer!

¿Qué es lo que está pasando?

Es él… Está hablando con Ashley.

Se ríen, se dan un abrazo y se separan.

Él le dice algo, ella se da la vuelta y se echa a reír y vuelve a decirle adiós.

Ashley camina en dirección contraria a mí. Él se sube a su coche y pasa delante de ella. Reduce la velocidad, baja la ventanilla y vuelve a decirle algo que Ashley acoge entre risas.

Jamás suelo comprar en la tienda que hoy me he detenido, pero hoy así lo he decidido. Es como si el destino me hubiera traído hasta aquí, a esta zona de Rye que nunca frecuento para que pudiera ver esa maldita escena.

Ashley… ¿Qué haces con ese tío?

¡Maldita sea! Esto es superior a lo que puedo soportar.

Me dirijo a casa a toda prisa. No puedo soportar el vacío que se me ha desatado en el estómago y que me está provocando arcadas.

Nada más llegar, me dirijo a mi dormitorio, me siento en la cama e intento calmarme.

No puedo creerlo… ¿Por qué, Ashley? ¿Por qué tienes relación con ese hombre?

Decido darme una ducha y acabar de serenarme.

Veinte minutos después estoy aún peor, mi cabeza no deja de hervir.

Cuando salgo al salón, escucho a Ashley hablar con alguien por teléfono. En cuanto entro en la cocina se despide, no sé de quién, y cuelga.

—Se acerca a mí y me besa, pero yo apenas puedo moverme.

Me mira confundida por mi frialdad.

—¿Qué hacías con ese hombre? ¿Te he visto hablando con él?

—¿Por qué me hablas así?

—Te he preguntado, Ashley, ¿es que no quieres contármelo?

—No sé qué tengo que contarte si me hablas de esa manera…

—Ahora se trata de mi tono… ¿Es lo más importante? Te he visto con él, Ashley.

—Claro que se trata de tu tono. ¿Qué has visto?

—Te he visto con él, sé que lo conoces, es evidente. Os he visto reír, charlar… ¡Qué buen rollo! ¿Me lo quieres explicar de una vez?

—Pero ¿qué coño te pasa? ¿Estás hablando de Harry? Es un amigo…

—¿Un amigo?

—Pero ¿qué estás pensando? Harry es un amigo, pero eso no importa. ¿Por qué te comportas así?

—Me parece repugnante.

—¿Repugnante?

No puedo seguir con esta absurda conversación. Su mirada desafiante, su actitud…

—No puedo seguir aquí.

Salgo ante su atenta mirada.

Sé que ha dicho algo, pero no la he escuchado. Me encierro en mi dormitorio y después, solo dos minutos, decido salir de casa.

Cuando paso delante de la cocina ella está en la puerta mirándome fijamente. No le digo nada, solo le regalo un portazo al salir que hasta a mí me ha atravesado el cerebro.

Capítulo 58

Ashley

Son más de las doce de la noche y David no ha aparecido. Tampoco Hank. Aunque no sé nada de él, presumo que están juntos.

Hace cinco horas que se marchó y todavía sigo en estado de *shock*.

¿A qué ha venido esa escenita? No reconocía al hombre que tenía delante. De sus ojos parecía salir fuego y… esa manera de acusarme de… ¿De qué? No quiero creerme que me haya montado una escena por haberme visto hablar con Harry. No quiero ni pensar que es ese tipo de hombre, celoso… posesivo, y… otras cosas peores que no quiero ni pensar.

¿Esa es su forma de actuar cuando me ve hablando con alguien? ¿Con alguien o con un hombre?

Tengo ganas de llorar, más de lo que he llorado hace un rato. No consigo entender nada. Ni siquiera me ha llamado o ha venido a disculparse, claro que… ¿De qué me sirve una disculpa? Si David es así…

No, no, no puede ser. No he podido estar tan ciega. Esto tiene que tener algún sentido.

Escucho la puerta, pero la figura que veo delante de mí es Hank.

—Hank…

—¿Estás bien?

—¿Has estado con David?

Asiente con la cabeza.

—Está en la casa de invitados.

—¿Qué coño le pasa?

—¿Es verdad que estabas con ese tío?

—¿Tú también? ¿Qué estaba con quién? He ido a tomar un té con Harry, y… cuando he llegado, David estaba enfadado, furioso, me hablaba con un tono muy alto y muy despectivo… ¿Sabes qué está pasando? ¿Me lo puedes explicar? Y no me digas que tú no te metes,

¡haz el favor de hablar!

—Tranquilízate. Primero, háblame de ese hombre. ¿De qué lo conoces?

—¿A Harry?

Hank asiente con la cabeza. ¿Qué está pasando? ¿Hank también insiste en hablar de él?

—Hank, ¿de qué va todo esto?

—Dime de qué lo conoces, por favor.

—Lo conocí en el barco, era uno de los pasajeros que hacía el crucero. Es médico y me ayudo con los malditos mareos. ¿Qué tiene David en la cabeza? Aparte de parecerme asqueroso que me monte una escena, no entiendo que crea que me he liado con un tío que podría ser mi padre. Y en el caso de que crea eso… me parece más asqueroso que ni siquiera me pregunte, y mucho más que se comporte como un cretino.

—¿Harry Fitzroy?

Un momento, ¿qué está pasando aquí?

—Sí. ¿Lo conoces?

—¿Lo has visto muchas veces?

—Hank, es la primera vez que le he visto desde que nos bajamos del barco. Hoy me ha llamado porque pasaba cerca de Rye. Se dirigía a… no sé, un pueblo del sur, me ha dicho.

Se deja caer en una silla y expulsa aire.

—Hank… —Le apremio—. ¿De qué le conoces? Habla.

—No le conozco personalmente, pero ha salido en muchas conversaciones con David. Ese hombre… le ha hecho mucho daño. Él es el culpable de que David dejara el hospital, con todo lo que eso ha supuesto para su carrera. Ha sufrido mucho, Ashley por culpa de ese malnacido. Y no solo David…

Estoy tan sorprendida que no me salen las palabras.

—¿Qué… qué pasó? ¿Estás seguro de que hablamos del mismo?

—David lo ha visto hablando contigo, y tú me acabas de confirmar su nombre…

—¿Por qué no me lo ha dicho? ¡Dios mío! ¡Qué casualidad!

—Porque su mente se ha nublado, es un tema muy delicado y doloroso para él. No entendía por qué hablabas con esa persona ni de qué la conocías.

—¿Y no era más fácil preguntar? Todo lo que me decía era… como una acusación, como si diera por hecho que yo… estaba liada, parecía… otra cosa. Pero tenía que haberme preguntado, al menos.

—En su cabeza han empezado a pasar muchas imágenes. ¿Te acuerdas de aquel episodio del aparcamiento en el que discutías con

David? ¿El del hospital de Londres?

—Sí, ¿qué ocurre con eso?

—Esa plaza era de él. Está retirado temporalmente del hospital, pero su plaza era esa, en la que tú aparcaste y por la que discutisteis. David ha empezado a relacionar todos esos datos y… ha creído que lo conocías y que podía haber algo raro detrás.

—¿Raro? ¿Qué le pasó con Harry?

—Eso no te lo voy a contar yo, Ashley, es algo muy personal suyo… Yo ya te he dicho lo que podía contarte.

—Pero ¿qué es lo que ha creído?

—Qué sé yo, que tú podías estar traicionándole… Se le han pasado mil cosas por la cabeza.

—Para eso están las preguntas. Voy a hablar con él, yo también estoy alucinando… ¡Qué casualidad! Si lo conocí en un barco…

—Sí, mejor aclara este tema. Está hecho polvo, Ashley.

—Debería ser él el que intentara aclararlo.

Me coloco mi abrigo y me dirijo a la puerta, pero Hank me detiene para entregarme unas llaves.

—Puede que no quiera abrirte. —Me suelta encogiéndose de hombros.

Capítulo 59

Ashley

Abro la puerta despacio y entro en el salón. Ni siquiera me he molestado en pulsar el timbre. David no está. Temo que se haya acostado… Necesito que esté despierto. Miro a mi alrededor. Aún no había visto la casa terminada… ¡Menuda manera de inaugurarla!

David aparece por el pasillo y se detiene a la entrada del salón, en el umbral de la puerta. Me mira sin decir nada.

Espero, pero sigue en silencio.

Está cansado, las señales de fatiga son visibles bajo sus ojos.

Estoy enfadada porque no me ha preguntado ni explicado nada sobre Harry, pero el relato de Hank me ha impresionado. Nunca me ha hablado de esa parte de su vida y quizás eso también me escuece.

Me acerco a él. Estoy temblando y no es lo que querría. Le cojo la mano mientras siento su mirada clavada en mí y temo que me rechace. No lo hace.

—He venido a contarte de qué conozco a ese hombre, luego me iré —le digo mientras tiro de su mano para que se siente en alguna parte.

Al principio muestra algo de resistencia a dejarse llevar, pero acaba por ceder.

Se sienta en el borde del sofá y yo elijo el sillón que está enfrente.

—Hice un crucero, como sabes, desde Nueva York hasta aquí. Pasé todo el trayecto mareada, en un estado que… ¡Ya te lo conté! Los médicos del barco me ayudaron, y también un pasajero que resultó ser médico y que estuvo pendiente de mí todo el crucero: Harry. Me dijo que se estaba tomando un tiempo sabático y que había decidido viajar en ese crucero. Fuimos juntos hasta Londres, en tren. En la estación nos despedimos, le di las gracias mil veces, e intercambiamos nuestros teléfonos con la promesa de reunirnos para tomar un té. Hoy me ha llamado por primera vez para proponerme ese té. Estaba de paso por Rye, camino hacia un pueblo del sur. Esa es toda la historia. No sabía

que lo conocías, ni él te ha nombrado, ni yo tampoco. Y… lo del aparcamiento del hospital solo es casualidad. Yo no sabía nada de esa plaza, ni que él trabajara o hubiera trabajado en ese hospital. No intimamos hasta ese punto. Solo fue una relación cordial, dadas las circunstancias.

Me levanto cuando doy por terminado mi relato.

—Es lo mismo que te hubiera contado, si me hubieras preguntado antes. Lo mismo, David. Lo que quieras creer o añadir, no es asunto mío. ¡Buenas noches!

Me dirijo a la puerta.

—Se llamaba Emily. —Le escucho decir y me detengo—. Tenía diecinueve años cuando ingresó en el hospital.

David se levanta a avivar el fuego y vuelve a sentarse en el sofá, pero esta vez de forma más cómoda.

—No te vayas, por favor.

Vuelvo a sentarme frente a él.

—El día que ella ingresó en el hospital, más o menos a la misma hora, yo me encontraba en una pequeña taberna que había cerca del despacho de mi abogado, después de haber hecho un trámite con él. Era tarde y antes de dirigirme al trabajo, me detuve a comer algo rápido, me esperaba una larga jornada y no había probado bocado. Esa taberna se encuentra a seis o siete manzanas del hospital, algo lejos. Era la primera vez que acudía.

»Vi entrar al doctor Fitzroy. Le vi sentarse en la barra, y vi también cómo le servían un vaso generoso de *whisky* entre risas. Parecía conocer al camarero que le sirvió. Eran cerca de las dos de la tarde y me sorprendió que bebiera alcohol a esas horas, pero… yo desconocía cuál era su turno de trabajo. Yo estaba sentado en una mesa algo apartada y seguí observando. Antes de que yo terminara de comer, le sirvieron un segundo *whisky*, esa vez más generoso todavía.

»En otras circunstancias me habría acercado a saludarle, me caía bien, pero no lo hice. Esa misma tarde me enteré de la muerte de Emily en quirófano, por causa de una apendicitis que se complicó y le produjo una hemorragia. No presentaba ninguna complicación, *a priori*, y se había programado su intervención para unas horas después de su ingreso. Hay casos de apendicitis que no pueden esperar, pero no era el caso. ¿Quién se encargó de la intervención?

—¿Fue él?

—Exacto, un par de horas después de haberse tomado un par de copas… o quizás más, yo me fui antes que él de la taberna. Su familia denunció al hospital porque consideraron que no se había hecho un buen trabajo, no les convenció lo que les dijeron, que se había

complicado sin más. Yo no le habría dado importancia de no haber presenciado ese episodio. Durante un tiempo dudé, no me resultaba fácil hablar con él de ese tema o dirigirme a mis superiores. Siempre intentamos protegernos los unos a los otros.

»Antes de tomar una decisión, decidí volver a esa taberna. Descubrí que… Harry vivía cerca de allí, así que deduje que solía frecuentarla, mucho más estando tan retirada del hospital. Algo me decía que aquello no fue un caso aislado. Aunque lo hubiera sido no podía beber antes de entrar al trabajo, mucho menos si él se dedica a cubrir muchos quirófanos de urgencia. Ese día no fue a la taberna, pero sí dos después. Me dediqué a hacerle una especie de seguimiento y a descubrir que frecuentaba esa taberna muchos días, antes de entrar en el hospital.

»Estudié el caso de Emily, también estuve pendiente de sus intervenciones en quirófano y, finalmente, decidí hablar con él. Lo negó todo y tuvimos un enfrentamiento. Lo denuncié ante mi superior y ante el tribunal médico del hospital, pero todo quedó archivado. Lo único que prosperaba era la denuncia de la familia y para eso ya tenían a los abogados del hospital trabajando a toda prisa.

»Es solo un resumen. Los que estuvieron con él en la intervención de Emily, apoyaron que había sido una complicación y encontraron la manera de justificar la hemorragia que le causó la muerte. Fue un corte sin precisión, y una capacidad de reacción nula por parte de ese hombre lo que la mató. Era imposible que los que estuvieron con él no lo supieran. Daba la sensación de que lo protegían, por miedo supongo.

—¿Y quedó en nada?

—No, me lancé a por todas. Después de un camino lleno de amenazas, frustraciones y mil cosas que prefiero no recordar, fui a ver al abogado de la familia de Emily. No me costó averiguar quién era, me ayudó mi abogado. Le conté lo que sabía de forma… extraoficial y le di material para investigar. Eso conllevó un giro en la investigación… Y el hospital, ante las evidencias, se vio obligado a retirarlo de su cargo hasta que se celebre el juicio. Será dentro de un par de meses, creo, y yo estoy citado como testigo. Las cámaras de la taberna son claves en la investigación, así como el testimonio del camarero y… el de otros compañeros que, vista la gravedad, se han animado a cambiar su testimonio inicial.

»La noticia trascendió y… para que te hagas una idea, todos mis compañeros, excepto unos pocos, se pusieron en contra mía. Fue un infierno. Y decidí marcharme.

—¿Nadie te apoyó?

—Sí, pero muy pocos. Fue duro ver cómo se unían a una causa como esa, al grito de «somos compañeros y nos apoyamos».

—¿Por qué le apoyaron?

—Por cobardía, por miedo. Por causas menores, he visto caer buenos médicos, pero este señor tiene una familia muy influyente y adinerada que entrega cantidades de dinero muy generosas al hospital para la investigación y para apoyar el proyecto de convertirlo en el mejor hospital universitario de Londres.

—¿Por eso le apoyaban desde arriba?

—Sí, por eso, tardé poco en averiguarlo. Vi tanta hipocresía, tanta traición… Ese hombre no es una mala persona, Ashley, es muy querido por todo el personal porque siempre es amable con todo el mundo y siempre está de buen humor. Fue un buen médico, antes de ser adicto al alcohol, pero después se convirtió en un asesino. No fue fácil, pero no podía permitir que Emily fuera la primera de una larga lista. Encontrarme con todo eso fue como quitarle todo el sentido a mi carrera, todo. Estamos hablando de vidas humanas, la razón por la que nos ponemos la bata cada día. Y… lo que más me asquea es que mucha gente que lo apoyó sabía su problema con el alcohol.

—Lo siento, David, debió ser muy duro, pero no deberías haber desconfiado de mí de esa manera.

—No es lo que quería, pero no he sabido gestionarlo de otra forma. He revivido todo aquello en pocos segundos y sentir que tú pudieras estar traicionándome de alguna forma… me ha partido en dos.

—¿Hasta qué punto te ha perjudicado en tu carrera?

—Mucho, tuve que dejar el hospital, no podía seguir allí, me quemaba. Y… en adelante… no lo sé, pero seguiré luchando. Ni siquiera mi familia me apoyo, al menos mi padre no. Él me acusó de ser estúpido y tirar mi carrera por la borda. En todo este proceso nadie parecía entender que se trataba de la vida de una joven…

—¿Y los compañeros? Sigo sin entenderlo.

—Muchos tenían miedo a hablar y de recibir alguna represalia… Así funciona el mundo.

—Y en medio de ese infierno… te encuentras conmigo en el hospital.

Por primera vez me mira y sonríe.

—Ahora sé que es lo mejor que me pudo pasar, pero entonces no lo sabía.

Eso me da pie a lanzarme en sus brazos y besarlo impulsivamente.

—Siento que hayas vivido eso, David. No lo sabía. No sabía quién era ese hombre.

—Siento haberte hablado así, Ashley, se me ha caído el mundo

encima cuando te he visto con él.

Nos quedamos dormidos un rato después, abrazados y agotados.

Ese relato me ha unido más a él, y también el dolor que he sentido cuando he creído que David no era lo que parecía y que se había acabado el sueño.

Eso me ha hecho ver lo grande que es lo que siento por él.

Capítulo 60

Ashley

Tengo que contenerme las ganas de bostezar constantemente para poderme centrar en la pintura.

He llegado hace poco rato al palacio y hay un ambiente distinto. No hay estudiantes y todas las salas están cerradas. El señor Carter me ha dicho que podía seguir con mi trabajo, pero que solo le podía dedicar las mañanas.

Esto va de mal en peor.

La puerta famosa está sellada, pero todavía no puedo acercarme a pintar sobre ella, está demasiado húmeda.

El fresco empieza a gustarme más, puede ser que sin ese Percibal por medio me sienta mejor.

Escucho pasos, pero sigo centrada en unas pinceladas suaves que necesitan mucha concentración.

—Señorita Evans, ya está de vuelta —dice la señora Lyndhurst a mis espaldas.

Termino lo que estoy haciendo y me pongo en pie.

—Así es, señora Lyndhurst.

—Supongo que estará al corriente de lo ocurrido.

—Sí, claro, lo sabe todo el mundo.

—Ese incidente nos ha hecho replantearnos muchos aspectos de la apertura del palacio, por eso verás que hay menos actividad. Estamos revisando todas las obras para asegurarnos que todo está en orden. En cuanto al fresco… puedes tomarte tu tiempo.

—Me han dicho que solo puedo venir por la mañana. ¿Y por la tarde qué puedo hacer?

—Señorita Evans, como sabe, las circunstancias han cambiado. Lamento que haya coincidido con su trabajo aquí, pero si se refiere a lo que hablamos sobre explorar otros campos… Ahora no es el momento, y me temo que durante su estancia aquí, no habrá cambios.

Solo puedo decirle que puede continuar con el fresco, es lo único que puedo ofrecerle.

—¿Terminar el fresco por las mañanas es todo lo que puede ofrecerme?

—No necesita más tiempo. La parte central no tendrá que tocarla, Carter le proporcionará el boceto mañana mismo. Quiero que haya un contraste con el fresco original y se pueda apreciar la diferencia entre la parte restaurada y la original. El dibujo es sucesorio, con restaurar las partes laterales será suficiente.

Estoy a punto de desmayarme.

—En lo que sí puedo ayudarla es en el alojamiento. Dentro de tres días quedará libre una de las casas de los estudiantes holandeses y podrá ocuparla. Le avisarán cuando esté en condiciones.

—No es necesario, ya tengo alojamiento.

—Creí que lo necesitaba, eso me ha dicho el señor Carter.

—Sí, pero eso fue a mi llegada. Después encontré una casa gracias a un amigo.

—¿En Rye?

—Sí, así es.

—¿Dónde se aloja?

—En las afueras, con unos amigos. Uno de ellos, Hank Tyler, trabaja en la fundación, en el castillo de Bodiam.

—Sí, le conozco, hace mucho tiempo que está con nosotros. Es cierto… Carter me dijo que él te había recomendado… ¿Has dicho que vives con él?

—Sí —le digo de forma escueta, pero sorprendida de su interés.

—Entonces debes conocer a mi hijo…

—¿A su hijo? No lo creo…

—Si vives con Hank Taylor, debes vivir también con David. ¿No te ha dicho que es mi hijo?

—¿David? ¿Qué David?

—David Ellington.

No puedo mirarla, la cabeza empieza a darme vueltas. Me siento mareada. Aun así, hago un esfuerzo por confirmar que he escuchado bien.

—¿David es su hijo?

—Sí, así es. No seréis muy amigos si no lo sabías…

No sé qué contestarle, así que sonrío como una boba.

—Tengo que seguir pintando.

—Claro. Mañana veré a David, le diré que hemos charlado. Asiento con la cabeza y sonrío de mala gana.

Estoy otra vez mareada. Me siento en el suelo y me bebo el

contenido de la botella de agua de un trago.

Siento ganas de llorar y todavía no me he parado a analizar lo que esa mujer me ha dicho. No me puedo creer que David sea hijo de esa mujer.

Eso solo significa que la fundación…

Y que el palacio…

Me dirijo al baño y allí expulso todo lo que mi estómago se niega a contener.

Me refresco la nuca y las manos con agua y salgo dispuesta a hablar con el señor Carter, espero que esa mujer no se encuentre con él.

Como no tengo acceso, le pido a George que lo localice.

Sale pocos minutos después.

—No se encuentra bien. —Se adelanta a decir George.

—Señorita Evans, tiene mala cara. ¿Qué le ocurre?

—Algo que he comido no me ha sentado bien.

—Márchese a casa. ¿Quiere que la lleven?

—No, no, me irá bien tomar el aire.

Cuando salgo me encuentro con ese aire que tanto me hace falta, y con lluvia también, para variar.

Recuerdo que he quedado con Hank para almorzar, pero quedan más de dos horas.

Corro a cobijarme bajo el porche de una tienda de artesanía.

Busco el móvil en mi bolso.

David…

Hank…

David…

Me decido por Hank.

No espero que me atienda, debe estar ocupado, pero me equivoco y me contesta rápidamente.

—Hank, ¿tú lo sabías? Dime que tú no lo sabías —le pregunto mientras las lágrimas corren a toda velocidad por mi mejilla.

—Ashley, ¿qué es lo que sabía?

—Tú sabías que David era hijo de la señora Lyndhurst… Tú tenías que saberlo…

—Joder, Ashley… ¿Cómo…?

—Me lo ha dicho ella. ¿Tú lo sabías, Hank?

—Ashley, ¿dónde estás?

—¡Qué más da!

Cuelgo tras confirmarlo. Hank lo sabía, ¿cómo no?

Me dirijo a la casa dispuesta a meterme en la cama e intentar calmar la presión que siento por todo el cuerpo.

No saldo de mi asombro.

¿Por qué?

¿Por qué me han ocultado algo así?

Camino bajo la lluvia, protegida solo por un fino chubasquero, pero no me importa. El agua me reconforta al caerme en la cara.

Durante el camino, solo aparecen imágenes en mi cabeza. Es como si se tratara de un puzle que empieza a unir sus piezas.

«Cuéntame cómo ha ido», me solía decir.

Sus conocimientos sobre algunos temas…

La detención de Wallace aquella misma noche…

La manera en que me escuchaba…

La manera en que me invitaba a investigar…

La casa de su abuelo. Rye…

Cuando llego a casa soy consciente de que no quiero verlo, antes necesito respuestas y va a ser Hank quien me las dé, quiero que me explique por qué él me ha ocultado algo así.

Lo averiguo una hora después, en el salón, cuando Hank se presenta.

—Menos mal que estás aquí, te he buscado por todas partes. He ido al palacio y me han dicho que te encontrabas mal.

Guardo silencio.

—Ashley, lamento que te hayas enterado de esta manera, David lleva días queriéndotelo decir.

—¿Días? Hace casi dos meses que llegué.

—Ashley… David tenía problemas con su familia y no quería que nadie lo relacionara con la fundación. Él sospechaba que podía haber algo ilegal y yo también. Estábamos recopilando información… Cuando tú llegaste y supo que ibas a trabajar allí, me pidió que no te hablara de él. Yo, visto lo mal que os llevabais, no lo consideré importante.

—¿Y después? Porque te recuerdo que tardamos dos o tres días en dejar las discusiones.

—Yo no sabía que estabais liados. Cuando lo supe le pedí que te lo dijera. No pretendo justificarlo, pero él tenía miedo de decírtelo y lo iba posponiendo.

—Él no posponía nada. Se acercó a mí y le funcionó. Le conté todo lo que iba descubriendo día a día. Él me escuchaba siempre atentamente. Claro, ¿cómo no me iba a escuchar? En cuanto le dije que sospechaba de una pintura y… bla, bla, bla… debió ver el cielo abierto.

—No es así, Ashley, no lo veas de ese modo.

—¿Cómo quieres que lo vea? Tú me lo has ocultado, él me lo ha

ocultado. Llevo tiempo acostándome con él, he viajado con él hasta Montana… ¡Joder! Le dije que estaba enamorada de él. —Las lágrimas empiezan a correr desbordados por mis mejillas.

Hank intenta acercarse a mí.

—¡No te acerques, Hank! No quiero que me abraces.

—Lo siento, Ashley, no quería que esto ocurriera. Te aseguro que David quería hablarlo contigo. Hace unos días yo mismo le pedí que esperara, cuando estabas tan preocupada por tus padres.

—Joder, Hank, tienes un problema con el tiempo. De lo de mis padres hace solo unos días, y llevo acostándome con él muchísimo más. ¿Es que no ves lo absurdo que es lo que dices? Él quería ocultármelo, y tú lo consentiste. Fin de la historia.

Hank se sienta y se cubre la cara con las manos.

—¿Qué tiene que ver él con el palacio? Aparte de ser el hijo de la dueña.

—Nada, David siempre ha estado al margen, pero dentro de unos meses heredará la mitad de las empresas y será director junto a su madre de la fundación. Su abuelo lo estipuló así para cuando cumpliera los treinta.

Eso me duele todavía más. Solo le importa esa herencia, incluso me habló de ella.

—Necesito estar sola, Hank —le digo mientras me dirijo a mi dormitorio.

—Ashley. —Me sujeta el brazo—. Perdóname, yo no quería hacerte daño ni ocultarte nada… David te explicará sus motivos, pero yo…

—David no me va a explicar nada. ¿Es que no te has enterado, Hank? Solo dices eso porque no tienes ni puta idea de cómo me siento. Estoy enamorada de ese capullo, estoy enamorada de él y me siento como si me hubiera hecho añicos. Me ha hablado de su familia, de lo que pasó en el hospital con Harry, de mil cosas más, pero después de todo lo que hemos compartido, ¿no ha encontrado el momento de decirme que esa mujer es su madre y que la mitad o la parte que sea de la fundación es suya? Trabajo allí… y le he contado todo lo que hacía, incluso lo que pensaba de la estirada de su madre… ¿Eso no es jugar sucio? Él solo quería información… ¡Pues ya la tiene!

Hank tira de mí y me abraza. Estoy enfadad con él, dolida, pero no soy capaz de volver a negarle un abrazo porque lo necesito como respirar.

Capítulo 61

David

He pasado toda la noche dando vueltas por el salón, mirando mi móvil e intentando comunicarme con ella.

No responde a mis llamadas, ni a mis mensajes.

Cuando ayer por la tarde entré en casa y Hank me dio la noticia, creí que me iba a morir.

Ella se había marchado ya y Hank no sabía a dónde.

—No lo sé, David, tienes que creerme. Me ha dicho que necesitaba estar sola y se ha ido.

Se ha ido sin maleta, lo que significa que tiene que volver, pero si no lo hace hoy, me voy a volver loco.

No dejo de torturarme por haber permitido que eso pasara, por no haber escuchado a Hank o a la sensatez.

«Mañana se lo digo», eso es lo único que he hecho todo este tiempo. Y… ¿Para qué? Ahora más que nunca dejo de entender para qué lo he retrasado. Sí, tenía miedo de perderla, de que se sintiera engañada, pero… ¿Acaso no ha sido peor? El ovillo se ha ido haciendo más grande y… Debe sentirse tan engañada…

Hank tampoco está bien. Después de la conversación que tuvieron, me ha quedado claro cómo se siente ella y por qué necesitaba estar sola.

También le he fallado a Hank.

Si supiera dónde está, si pudiera explicarle…

Debí suponer que esto podría pasar. Mi madre está en el palacio todos los días, ¿cómo no lo he pensado?

Ayer por la noche, después de enterarme de lo ocurrido, llamé a mi madre para obtener algo de información. Ella, sin saber lo mucho que me interesaba, me contó lo sucedido. Una simple conversación que se inició tratando el tema del alojamiento de Ashley.

Tengo que irme al trabajo, no puedo volver a faltar, eso solo

perjudicaría a mis compañeros, aunque al menos he ganado un par de horas pidiéndole un favor a uno de ellos.

No sé cómo voy a escuchar lo que esos pobres pacientes tengan que contarme…

Fingiré estar enfermo, que en cierto modo lo estoy, y volveré aquí a esperarla.

¿Dónde puede estar? Hank me ha jurado que no sabía nada. Hoy no ha aparecido por el palacio, ya lo he comprobado.

Espero que, al menos se comunique con Hank y este pueda decirme algo de ella que me ayude a localizarla. Tengo que hablar con ella como sea hoy mismo.

Capítulo 62

Ashley

Toda una noche da para mucho y un día entero también. Ese es el tiempo que le he dedicado a tomar esta decisión. Y esta vez nadie me puede decir que mi decisión ha sido impulsiva. Después de pasar un día entero en ese hotel de Hasting, ya no hay marcha atrás.

No he dejado de darle vueltas. Sé que estoy dolida, pero no puedo pensar en otra cosa que no sea salir de Rye. No puedo ver a David, no quiero hacerlo. Ya no confío en él y cada vez que repaso todo lo que hemos vivido lo veo más claro.

Él ha jugado, se ha divertido, ha obtenido lo que quería y… yo me he enamorado.

Puede que él sienta algo, quizás solo quiero creerlo, pero yo no soy capaz de volver a mirarlo.

No quiero sus explicaciones, ni todo lo que querrá decirme, no me importa. Cada vez que revivo algún momento con él veo más claro que todo era un juego.

Su familia…

La fundación…

Su herencia…

Si hubiera querido hablarme de ello tuvo muchas oportunidades, pero no lo hizo. Al principio, puede tener sentido, pero después no. Después solo vio a una tonta dispuesta a contarle todo lo que ocurría en el palacio. Si me hablaba de su familia, se arriesgaba a que yo no compartiera nada con él o fuera prudente al hacerlo.

¿Cuándo pensaba hacerlo? Puede que estuviera esperando a que todo petara.

Y yo… ¿Qué tengo que hacer?

¿Volver al palacio y seguir trabajando como si nada?

¿Le pido ayuda a David? ¿Le digo que su madre se está portando conmigo fatal y que me sigue tratando como a una estudiante? ¿Me

quejo al señor Carter? ¿Hablo con mi contacto del programa? Esto último lo haré, claro que sí, pero a su debido tiempo.

¿Le cuento a David que su madre ayer rebajó mi trabajo y mi participación en el programa a… nada, a lo más bajo?

¿Le miro a la cara y le digo que le quiero después de que me mintiera de esta forma?

No, no quiero eso ni tiene sentido.

Hank ha puesto el grito en el cielo cuando le he hablado de mis intenciones. Como siempre, me ha dicho que me estoy precipitando, pero debe dar gracias de que aún haya sido capaz de hablarle de esas intenciones. Sigo dolida con él, aunque es distinto. Con él no se acaba, con David sí.

No puedo seguir en este lugar, participando en un programa ridículo que no han respetado y que solo me hace sentir mal constantemente. Ni tampoco puedo seguir aquí sabiendo que él está cerca.

Hoy lo detesto con todas mis fuerzas, pero si lo veo me voy a desmoronar.

Voy a pasar dos días en Londres antes de salir hacia Los Ángeles. Quiero pasear por las calles de Londres, impregnarme de esta ciudad antes de irme, aunque cada rincón me recuerde a él.

Hank sabe que me marcho y que será dentro de dos días, pero no sabe dónde estoy. No quiero que se lo diga a David.

También sabe qué he pasado por su casa, que he recogido mis cosas aprovechando la ausencia del doctor, pero no sabe que le he dejado una nota en la casa de invitados.

Cuando he visto que había colocado mi pintura de la campiña en el dormitorio de la casa de invitados, me he roto.

Y también cuando he pasado delante de su dormitorio. Y cuando he visto la chimenea, la terraza cubierta, la ducha…

Su ropa…

Me he llevado su camisa a la cara para olerlo una última vez y he creído que me iba a partir en dos del dolor que he sentido en medio del pecho.

¡Dios, cómo duele esto!

Capítulo 63

David

Empiezo a perder la esperanza. Hank me ha dicho que está bien, pero que no sabe dónde está. Tengo que creerle, dudo que haya querido compartirlo con él, aparte de estar dolida con Hank, teme que me cuente algo.

Si algo tengo claro es que no quiere hablar conmigo ni tampoco verme.

Eso me duele, aunque puedo llegar a entenderla.

Se ha llevado sus cosas. ¡Maldita sea! Ya poco queda de ella en esta casa, excepto que la veo por todas partes.

Entro en la casa de invitados, necesito torturarme un poco más con los recuerdos, aunque en este lugar no tengo demasiados. Solo los de la noche en la que le conté lo de Harry.

Ahora me parece tan estúpido ese tema…

Entro en el salón y encuentro la pintura de Ashley, la campiña, sobre el sofá. Y colgando de él una nota.

¿Qué significa esto? ¿Cuándo ha estado ella aquí?

Érase una vez una princesa…

Érase una vez un médico…

La princesa atravesó un océano y llegó a una tierra donde siempre llovía.

«Cuando somos enemigos», le dijo el médico a la princesa una vez. Y las palabras que siguieron… hicieron que dejara de llover.

Atravesaron unas montañas, comieron bichos inimaginables, lloraron juntos cuando conocieron lo frágil que es la línea entre la locura y la cordura.

Viajaron a muchos mundos bajo las sábanas y una vez, entre ellas, él dijo «Estoy enamorado de ti», y ella, a través de una ventana ovalada, con veinte grados bajo cero en el exterior, le dijo… «Yo también».

Y volvieron a la tierra de la lluvia, esa donde hacía tiempo que había dejado de llover.

Cada noche, la princesa le contaba al médico un capítulo nuevo del cuento.

Él se quejaba: «Demasiado lento», decía. «Este cuento nunca se acaba».

Y llegó una tormenta, una feroz, capaz de hacer añicos todo lo que encontrara a su paso. Unos la llamaron mentira, otros, cobardía, otros, juego sucio.

La princesa lo llamó «Fin del cuento».

Tal y como la princesa le dijo una vez observando las ruinas de un castillo: «Tal vez un día… fue».

Tal vez…

Pero dejó de ser, o… quizás, la cruda realidad es que… ¡Nunca fue!

Y llovió de nuevo.

Ahí tienes tu final, doctor.

Duele, pero dejará de hacerlo algún día.

Ashley.

Me dejo caer en el suelo abrazado a la nota.

Y lloro.

Lloro como nunca antes recuerdo haber llorado.

Capítulo 64

Ashley

—Creo que no eres consciente de que estás incumpliendo con unas normas. Esto no es un juego, señorita Evans. Su plaza se le otorgó por algo, y no puedo creerme que renuncie cuando le viene en gana.

La «mamá» de David está al otro lado del teléfono. Consulto mi reloj y me relajo al ver que tengo tiempo de escuchar su cutre discurso antes de embarcar.

He buscado un rincón en la terminal del aeropuerto para poder escucharla con atención.

A pesar de todo, me duele escucharla, mucho más sabiendo quién es ahora.

No le ha gustado que renunciara a mi plaza. Me habría gustado entregársela personalmente, pero no podía arriesgarme a que David apareciera por allí.

—Me está escuchando, señorita Evans.

—Por supuesto, continúe.

—Quiero que sepa que hablaré con el museo de Los Ángeles, y ya habrá podido adivinar que mi informe no la dejará en buen lugar. Son muchos los profesionales que luchan por conseguir esa plaza y usted renuncia a ella cuando le parece que no se le está dando el lugar que merece. No es muy profesional por su parte.

—¿Ha acabado?

—Sí, he acabado.

—Bien, le diré lo que vamos a hacer, Elisabeth Lyndhurst. Usted va a hacer un informe muy favorable sobre mí. Va a detallar que mi ausencia se debe a que usted no ha podido cumplir con el acuerdo debido a problemas externos del palacio, pero que mi paso por la fundación ha sido increíblemente bueno, admirable, responsable y digno de ser mencionado. Y lo va a hacer porque puede que haya algún periodista en Londres que esté dispuesto a escuchar cómo

descubrí lo que había en el interior de la cámara del palacio. Les contaré detallitos que no han salido en la prensa, de esos jugosos que tanto les gustan a los periodistas; detalles que no se han publicado. Y les diré cómo delante de sus narices y de las de sus empleados se estaba cociendo una falsificación que se tarda meses en hacer. Les contaré que una trama como esa la descubrió una simple trabajadora de intercambio y le enseñaré el material gráfico del que dispongo. ¿Cómo cree que eso podrá afectarle? Sé que debe tener muchos contactos, pero no dude ni un minuto de que encontraré alguien a quien mi relato le seduzca. Y ahora, dígame, ¿cuándo cree que puedo tener ese informe?

La señora guarda silencio unos segundos.

—Creo que será mejor para ambas partes que redacte ese informe y nos olvidemos de todo —me dice con su peculiar tono arrogante.

—Bien. Y… ahora, si me disculpa, tengo que subirme a un avión camino de Los Ángeles, el lugar del que nunca tenía que haber salido.

Sé que hablará con David de ese tema, y sé que redactará ese informe.

Debería sentirme aliviada, pero solo soy capaz de seguir las indicaciones que me llevan hasta la puerta de embarque luchando contra unas lágrimas que no voy a ser capaz de retener mucho más.

Odio las despedidas, y ahora tengo que despedirme de la tierra donde siempre llovía. Y de él…

Capítulo 65

David

Cinco días después

Todavía estoy dándole vueltas a la visita de mi madre. Ha sido breve, pero me ha impresionado su actitud.

Se ha decidido a visitarme después de que durante varios días no atendiera sus llamadas, y es que no estaba dispuesto a volver a hablar de Ashley de la manera en que lo hicimos la última vez que hablamos por teléfono.

No quiero ni recordar esa llamada. No solo por el tono que empleo mi madre, sino por el momento en que me dijo que Ashley le había dicho que se subía a un avión.

En ese momento todavía albergaba la esperanza de poder hablar con ella, de que Hank se animara a decirme dónde estaba o de que por alguna razón u otra averiguara su paradero. Cuando me enteré de que había presentado su renuncia en la fundación, mi esperanza empezó a desvanecerse, pero el momento en que mi madre me habló del avión…

No quiero ni recordarlo, especialmente por el tono que mi madre empleó y las quejas que me dio de ella. «Me ha amenazado». «Deberías haberme dicho que esa chica era la que te informaba de lo que sucedía en el palacio».

Confieso que cuando me habló de las amenazas solo pude sonreír. Puedo imaginarla diciéndole a mi madre que, o le hacía un informe favorable o le contaba a algún periodista los detalles que conocía sobre el robo de la obra del palacio.

Y no es mala idea para amenazarla. Ella y yo sabemos que las noticias que se han publicado sobre el tema no contienen todos los detalles que Ashley podría haber aportado. La noticia es jugosa.

En cualquier caso, el informe está redactado y enviado. Ya me he

encargado yo de que solo contenga elogios hacia ella.

Por esa razón, me ha sorprendido tanto su visita, o más bien su actitud durante su breve visita.

—Esa chica te importa, ¿verdad, David? —Esas han sido las primeras palabras que me ha soltado nada más abrir la puerta y encontrarla frente a ella con una expresión que pocas veces he visto.

Me he negado a hablar de Ashley, pero conforme veía que ella venía dispuesta a adoptar otra actitud, he acabado confesándole lo que sentía por Ashley. ¡Lo que hace la desesperación!

—Tiene genio, me di cuenta el primer día —me ha dicho en un tono conciliador acompañado de una sonrisa de esas que pocas veces muestra—. No me gustó que renunciara a la plaza, pero entiendo que estuviera decepcionada. Desde que tuve esa desagradable conversación, he buscado información sobre su trayectoria. De ese tema siempre se ha ocupado Carter, pero le pedí que me pusiera al día sobre todo lo que sabía de esa muchacha. Tiene un currículum breve, pero muy satisfactorio.

Esa ha sido su forma de elogiarla, no puedo pedir más.

—Si todo el mundo se comporta como vosotros, dudo que su currículum se amplíe. Este viaje era un sueño para ella, y solo la habéis arrinconado y ofrecido las migajas que cualquier estudiante o becario podría haber resuelto. Está claro que solo importaba el hecho de cumplir con vuestros compromisos con las entidades que forman parte de esos programas.

—No voy a discutirte eso, David. Tienes razón —me ha dicho antes de dirigirse a la puerta.

Esas palabras han sido impactantes para mí, pero no tanto como la forma en que me ha abrazado y dado las gracias por ayudarle en el asunto del robo.

—Si tanto la quieres, hijo, ve a buscarla.

No le he contestado. No valía la pena decirle que eso era lo que me proponía hacer.

Me centro en la pantalla del portátil y me olvido de la visita de mi madre. Son las dos de la mañana y soy incapaz de dormir.

—Hola, ¿no puedes dormir? —me pregunta Hank.

—Veo que no soy el único.

—¿Qué haces?

—Estoy intentando reservar un vuelo a Los Ángeles.

—¿En serio?

—Sí, ya sé que no me vas a decir dónde está, y lo entiendo, pero supongo que debe estar allí. Y ya sé dónde vive, he conseguido su ficha a través de la fundación.

—Claro.

—¿No vas a intentar persuadirme?

—No.

—No pretendo que me cuentes nada que no debas o quieras, pero… ¿Tu relación con ella ha mejorado?

—No hemos hablado apenas, solo algún mensaje.

—Supongo que sigue enfadada contigo.

—No, no está enfadada, está dolida, que es peor.

—Lo siento, Hank, una vez más te digo que siento haberte involucrado en esto.

—Me dejé involucrar, tengo mi parte de la culpa.

—¿Estás bien?

—No. No puedo estar bien sabiendo que le he hecho daño, ni tampoco viendo el estado en el que estás.

Unos minutos después anuncio el resultado de mi búsqueda.

—Creo que ya tengo el vuelo. Mañana a las ocho de la mañana sale un vuelo directo a Los Ángeles.

—¿Y tu trabajo?

—Tengo permiso por baja médica. Dos semanas. No estaba en condiciones de trabajar.

—¿Eso no te va a perjudicar?

—Cada vez veo más claro que tengo que adelantar el contrato con el hospital. Cuando me incorpore intentaré solucionarlo. Mi puesto lo está ocupando un antiguo compañero del hospital. Me está cubriendo durante la ausencia. Sé que está encantado… Puede que eso me ayude a salir del centro sin problemas, pero ahora solo me interesa esta reserva.

—Espera. No la hagas todavía.

—No vas a convencerme, Hank.

—Haz la reserva a Kalispell, no a Los Ángeles.

—No…

—Sí.

—¿Está en Montana?

—Sí, con Kelsi, nuestra amiga.

—Joder…

—Cambia la búsqueda.

Resignado inicio la búsqueda de un nuevo vuelo. No me puedo creer que tenga que trasponer hasta allí si quiero hablar con ella. Eso complica mucho las cosas.

—Hay un vuelo con dos escalas mañana: San Francisco y Salt Lake City. Mañana a las 16:45. Es la opción más cercana, pero una de las escalas es de seis horas.

Resignado, sigo con la reserva.

—¿No se habrá marchado cuando llegue? A este paso no llegaré hasta…

—Estará allí. Acaba de llegar prácticamente.

—Bien, pues si tiene que ser Montana, que sea Montana.

—Espera. —Me ordena.

—¿Algo que deba saber?

—Sí, no hagas una reserva, haz dos. Voy contigo.

No puede sorprenderme más, ni tampoco hacerme sentir mejor.

Capítulo 66

David

Solo hace dos semanas que recorrí estos caminos y me parece que fue hace una eternidad. Han pasado tantas cosas desde que estuve aquí con ella…

Ese viaje me pareció muy largo, pero esta vez se me está haciendo interminable.

Las horas de escala han sido como una tortura. No recuerdo haber mirado más veces el panel del aeropuerto rezando para que no se cancelara el vuelo, como había ocurrido con otros, debido al mal tiempo. Hank me ha aclarado veinte veces que los vuelos cancelados eran los que se dirigían a Alaska, pero yo solo podía pensar en que seguramente habría algún inconveniente que alargaría la agonía.

Me sorprende que, a pesar de haber estado aquí solo un par de semanas antes, el paisaje se haya ido transformando dejando claro que la primavera, esa que hace más de dos meses llegó a la mayor parte del mundo, empieza a asomar la cabeza, pero solo en cuanto a la tonalidad del paisaje, porque las temperaturas siguen siendo espantosas. Estamos acabando el mes de mayo y en el exterior hay dos grados bajo cero.

Respiro aliviado cuando reconozco el último tramo. La compañía de Hank no está siendo de gran ayuda. Si bien, no es de muchas palabras, muchas menos cuando conduce, y lleva haciéndolo las últimas ochenta millas.

—Es ahí. Joder, qué ganas. Estaba desesperado ya. —Me confiesa entusiasmado.

—¿Ahora lo dices? Podías haberlo dicho antes, al menos hubiéramos tenido conversación —le reprocho.

Veo dos camionetas aparcadas delante de la cabaña de sus padres y reconozco una de ellas, la de sus padres. Respiro aliviado. No dejaba de pensar que pudiéramos llegar y que ella no se encontrara aquí.

Yo no soy una persona pesimista, pero últimamente no dejo de verlo todo negro.

Estoy tan nervioso que no soy capaz de cerrar la cremallera de mi chaqueta de veinte centímetros de grosor y otras tantas capas de no sé qué textil térmico.

A los pocos segundos aparece la madre de Ashley, que muestra una gran sonrisa y se acerca a toda prisa.

Hank se acerca a ella y se funden en un abrazo que dura… demasiado. Sé que solo se han visto una vez, pero… Ashley les debe haber hablado mucho de él.

No sé qué hacer. Yo soy el malo.

Alice se acerca a mí sin perder la sonrisa y me abraza de igual forma que a Hank.

Vaya, mejor de lo que esperaba.

¿Y si Ashley no les ha contado nada?

—¡Qué sorpresa tan agradable! —dice Alice con su característica calma.

—¿Dónde está Ashley, Alice? Yo… supongo que ya sabes que… El caso es que necesito hablar con ella cuanto antes. —No dejo de mirar en todas direcciones, pero no parece haber nadie más.

—Ya… peleas de enamorados… —dice sonriendo mientras empieza a caminar en dirección a la cabaña.

—Es increíble cómo se gestiona aquí la vida —le digo a Hank siguiendo a Alice, impactado por la poca importancia que le ha dado al tema.

—Dan ganas de mudarse…

Nos echamos a reír y entramos en el calor de la cabaña. Entro con cierto miedo, aún no me ha dicho dónde está su hija.

¿Y si se ha ido a poner trampas con su padre? Pienso mientras me tiemblan las piernas. La última vez se fueron en avioneta…

—Ashley y Kelsi están con Jack, en el arroyo. Vendrán pronto. Jack puso ayer unas trampas para castores y han ido a ver el resultado.

Alice nos entrega un caldo caliente que sabe bien. Amenazo a Hank para que no pregunte de qué está hecho y se ríe a carcajadas.

—Creo que está hecho con plantas del bosque… —me susurra mientras Alice mueve el fuego en la chimenea.

—¡Ah! Eso puedo soportarlo.

—Y huesos de puma…

—Eres un hijo de… —le digo sin poder seguir bebiendo.

—Con hortalizas de mi propio huerto, el que hay detrás de la avioneta. —Aclara Alice orgullosa refiriéndose a un pequeño huerto

con sistema de invernadero del que siempre presume y que les proporciona la posibilidad de comer algunos tubérculos y hortalizas—. No asustes a David, Hank. El puma no está en nuestra gastronomía.

Hank sigue riendo y yo le golpeo con el codo.

—Pero sí que lo está el lince… —me dice Alice guiñándome un ojo.

Estoy nervioso, no dejo de mirar hacia la puerta. Aquí hay mucha gente y luego habrá más.

—Alice, me gustaría poder hablar en privado con Ashley, cuando llegue.

—Claro, puedes esperarla en el cobertizo, el del curtido, si quieres. Aquí dentro de la cabaña hay menos privacidad.

—Buena idea. Me voy hacia allí.

Cuando estoy a punto de salir, me detengo para pedirle algo a Hank.

—Hank… Podrías montar algo para que… cuando llegue, vaya engañada al cobertizo de las pieles.

—Yo no le miento —me dice sonriendo el muy…

—Claro que sí, David —interviene Alice—. Le gastaremos esa broma encantados. Deben estar a punto de llegar, así que vete hacia allí y cuando llegue, le pediremos que vaya al cobertizo a buscar algo… Ya se nos ocurrirá.

—Me gustaría dejarle una nota, ya que tengo oportunidad. Escribí algo durante el viaje y… no sabía en qué circunstancias la vería, pero ya que es posible, me gustaría que leyese la nota antes de verme.

—Claro, puedes dejarla en los tres troncos que hay junto a la forja. El resto déjamelo a mí.

Salgo de la cabaña temiendo que Ashley aparezca en cualquier momento, pero nada más lejos de la realidad.

Una hora después, congelado, todavía estoy escondido en el cobertizo y Ashley no ha aparecido.

No sé si conseguiré hablar con ella antes de morir de hipotermia.

¡Qué triste sería que encontraran mi cadáver aquí!

Capítulo 67

Ashley

Estoy tan contenta de que Hank haya venido… Nunca me lo hubiera imaginado. Me marché con un sabor tan amargo… Y las pocas veces que hemos hablado después, había tanta tensión…

Pero hoy se me ha olvidado todo, sé que volveremos a hablarlo, pero no quiero seguir con este sentimiento de decepción, no puede estar por encima de lo que Hank y yo hemos compartido durante toda una vida como amigos.

Si bien, me he alegrado de verlo, he sentido un pellizco tremendo en el centro de… lo más profundo porque solo hacía un par de horas que no pensaba en el doctor. Claro que, si soy sincera, no puedo negar que cuando he visto la camioneta, me han pasado mil cosas por la cabeza. E incluso cuando he descubierto que se trataba de Hank, he buscado inconscientemente a su alrededor para ver si venía acompañado.

Es que en medio de esta rabia y este dolor que siento por lo que ha pasado, no soy capaz de dejar de pensar en él. Esto va a ser más duro de lo que esperaba.

Sé que antes o después hablaré con Hank, y sé también que lo poco que me cuente no me va a gustar.

A pesar de todos los intentos que hizo por llamarme los primeros días, antes de bloquearlo, sé que no tardará en volver a su vida y yo… yo solo seré… Joder, ¡cómo duele!

Él podrá, pero yo no tengo ni idea de cuándo podré olvidarlo.

Quizás solo deje de doler… que ya es mucho. Pero olvidarlo… lo que se dice olvidarlo…

Aparto todo eso de mi cabeza. La angustia se ha vuelto a instalar en mi estómago y ahora mismo sería capaz de ponerme a llorar y no parar en media hora, pero no quiero. Hank y Kelsi están en la cabaña esperándome y voy a disfrutar de una situación que nunca antes se ha

producido. Podremos estar unos días juntos y sé que me hará muy bien tenerlos aquí.

Entro en el cobertizo y busco el tronco corto que mi madre quiere añadir al fuego. El que tiene un cuchillo clavado en un extremo…

No veo troncos por ninguna parte… ¡Ah sí! Vaya, no parecen muy aptos para el fuego, están mojados…

Debajo del cuchillo hay un papel que me llama la atención.

Tengo que hacer un esfuerzo por entender lo que veo al pie del papel. Es el nombre de David.

Lo libero del cuchillo y lo leo sintiendo que el corazón se me va a salir del pecho. Me tiembla la mano.

Ashley, yo no quería un final para tu cuento. Quería que me lo contases eternamente. Que ese cuento nunca llegara a su fin.

Yo quería seguir hablando de princesas y de médicos no aptos para ser montañeros.

Yo lo quería todo, Ashley, y lo he perdido todo también.

Yo quería que fuéramos eternamente enemigos, de esa manera que solo tú y yo sabemos. Y que siguiéramos jugando bajo las sábanas mientras me escuchabas protestar por el contacto de tus pies congelados.

Yo quería seguir pintando bajo tu mano trazos de colores sin sentido o campiñas perfectas.

Yo quería ver el brillo en tus ojos cuando me hablas de tu trabajo y escuchar todo lo que me contabas de esos personajes tan importantes en la historia del arte de los que jamás antes había escuchado hablar.

Yo quería seguir viendo lienzos pintados por ti y colgarlos por todas partes.

Yo quería prepararte platos de pasta italiana rebosante de queso y seguir fingiendo que me gustaban tus espantosas hamburguesas al estilo tejano.

Yo quería seguir escuchando eternamente tu acento americano y seguir adaptando algunas de esas palabras que me has enseñado.

Yo quería seguir haciendo el amor contigo cada noche, en todas partes, y seguir alcanzando la «estratosfera» como tú decías.

Yo lo quería todo, y lo he perdido todo.

No quiero un final para este cuento, Ashley.

Perdóname, nunca quise que esto ocurriera. Nunca quise hacerte daño, y mucho menos perderte.

Nunca quise ese horrible final.

Cuéntame un cuento, Ashley, otro… uno nuevo, uno en el que la princesa perdona al médico y vuelven a ser enemigos.

Recuerdo aquel castillo, aquella frase que me penetró el alma, la misma que utilizaste en tu nota. «Tal vez un día… fue».

Tal vez, no, Ashley. «Fue».

Te aseguro que nunca dejo de ser.

Y… «Es».

Y quiero también un «Será».

Te quiero a ti, Ashley.

David.

El cuerpo me está temblando, pero tengo que hacer un esfuerzo por disimular, algo que no he podido hacer con las lágrimas. Me las

enjugo y me doy la vuelta lentamente. He escuchado un sonido. Sé que el doctor está detrás de mí.

Capítulo 68

David

Ashley se da la vuelta lentamente y me mira con frialdad. No se mueve ni un solo músculo de su cuerpo.

—¿Qué esperas David? ¿Crees que, porque has venido hasta aquí y me has escrito esta cursilada, me puedo olvidar de todo?

Me lanza un taco de espuma, parecido a una esponja gigante, que hay sobre la mesa y lo esquivo con éxito.

—No, no es eso lo que pretendo, pero… tendrás que reconocer que venir hasta aquí no es cualquier cosa… y la carta… ¿Cursilada? ¿De verdad te parece una cursilada?

—Odiosa. Cursi, empalagosa. Deberías haber escrito que eres un auténtico gilipollas en vez de tanto «Yo quería». —Me lanza otra pieza de espuma, esta vez más grande.

Miedo me da. La mesa que tiene delante contiene de todo, y las espumas son lo único que no es de metal.

—Ashley, yo si quieres lo añado, cariño, puedo escribir que soy un auténtico gilipollas, no hay problema.

—¿Te estás burlando, capullo? Escribe también que te has portado como un cabrón conmigo. —Me lanza un conjunto de arandelas unidas por un alambre circular—. Y que has jugado muy sucio. —Me lanza otro conjunto que consigo esquivar también—. Y que me has mentido, me has engañado. —Otro conjunto de arandelas…

—No, Ashley, eso no es cierto.

—No tienes ni una maldita excusa que darme. Cuando llegué a Rye puedo entender que no me dijeras nada… No tenías por qué hacerlo, yo era la intrusa. Yo habría hecho lo mismo, si te soy sincera.

—¿Sí? Al menos ahí somos parecidos…

—Pero después no, capullo. Después no tenía ningún sentido, excepto si lo único que te importaba era que te hablara de tu maldita fundación y fuera tus ojos dentro de ella… —Me lanza una bota de

cuero a medio terminar.

La esquivo. Su padre se va a poner furioso. Con el trabajo que cuesta hacerlas.

—Ashley, no quería eso de ti… Al principio sí, pero tampoco lo planeé, solo vi la oportunidad. Cuando llegaste a mi casa, pensé que después de lo mal que me caías, algo bueno podría obtener. Pero todo cambió en cuestión de días, Ashley, yo no pensaba en eso…

—¿No? —Me lanza la otra bota y la esquivo también—. Pues fueron muchas conversaciones, muchas en las que siempre estabas atento, siempre preguntando detalles… ¡Qué ingenua soy! «¿Qué más has averiguado?», me dijiste mil veces. Siempre aportabas algo, excepto cuando te hablaba de la imbé… De tu madre, de esa maravillosa señora que tienes por madre. La misma a la que le contaste todo lo que yo compartí contigo y la misma con la que quedaste como un auténtico héroe por haber descubierto a los malos…

—Nunca me importó lo que mi madre pensara y sigue sin importarme —le digo mucho más serio.

—Tuviste muchas oportunidades, David, muchas. Yo era tu confidente, la idiota que te lo contaba todo. Y, mientras… Te divertías. Era perfecto. La tonta que me lo cuenta todo y la que me follo por las noches. Era una combinación perfecta.

—No, Ashley, eso no es cierto. Jamás lo vi de esa manera ni lo planeé. Jamás. Busqué la forma de decírtelo, pero me acojonaba la idea de perderte, de hacerte daño, de que no quisieras seguir conmigo. Yo mismo fui entrando en esa espiral sin salida.

—Mentira. Tú querías saber qué pasaba en la fundación porque hacía tiempo que habías recibido información de que algo estaba pasando, aunque fuera en otros lugares. Me lo contó Hank, sé que él fue el que te empezó a hacer dudar. Y lo entiendo, capullo, lo entiendo. Has recibido una herencia importante y tienes que mirar por tus putos intereses… ¡Es comprensible! Es demasiado patrimonio, demasiado dinero como para jugártela. Y al lado de eso… yo soy insignificante. Ni siquiera me he atrevido a compararme con la importancia de semejante legado… Pero que vengas aquí, aunque esté en el culo del mundo, que me escribas esta cartita tan romántica y que pretendas que me olvide de todo… No es posible, doctor. No tienes ni idea de cómo me sentí cuando me di cuenta de que me habías utilizado… De que todo lo que yo había creído ver estaba solo en mi cabeza… Como Nicole, la pobre. Solo que en esta ocasión no se trataba de inventarlo, sino de entender que no era real, que era un puto juego y que todo era una puta mentira, un juego divertido lleno

de risas y sexo, pero una puta mentira.

Esas palabras me hacen daño. Sé lo mucho que le duelen.

Ashley se echa a llorar y salgo corriendo hacia ella.

La sujeto por los brazos y le pido que me mire.

—No, Ashley, no es eso lo que pasó. Hace mucho que me enamoré de ti, aunque no era consciente de ello. Se me escapó de las manos porque sabía que hablarte de mi familia implicaba una distancia. Debí hacerlo al principio, pero en ese momento no le daba la importancia que ahora. Me olvidé, me dediqué a disfrutar a tu lado y jamás me interesé por tu trabajo solo porque quisiera que me informaras… Si no hubieras descubierto nada habría sido igual. Me gusta compartir tu mundo, escucharte… Y cuando me contabas esas cosas que te hacían sospechar, solo sentía rabia, pero ni siquiera pensaba en que me estabas informando. Llegó a olvidárseme quién era mi preciosa familia… Nunca quise hacerte daño. Hank me presionaba y yo lo ignoraba. Le ponía fecha, pero no era capaz. Sé lo mucho que me he equivocado, acúsame de todo lo que quieras, pero no de que no me importaras o te utilizara porque eso sí es mentira. Ojalá pudiera volver atrás y repararlo, Ashley, pero no puedo.

Ella baja la mirada y deja que la abrace.

Permanecemos mucho rato abrazados sin decir nada hasta que decido que es el momento de seguir hablando.

—Ashley… Estoy loco por ti…

Ella me mira confundida.

—¿Y qué más?

—¿Soy sincero?

—¿Tú que crees, doctor?

—Ahora mismo te empotraría en una de esas paredes, pero hay tantas cosas colgando… Y tengo el culo y los pies tan congelados…

Intenta contenerse la risa.

—Bastaría con apartar algo de esas paredes… —me sugiere. Sonrió abiertamente y me pone un dedo en los labios—. Pero… Ni sueñes con que me vas a tocar mientras estés aquí.

—¿No? Eso no puede ser, Ashley… ¿Me has perdonado o no?

—Estoy en ello…

—¿Nada de tocarte?

—No. Mis padres viven aquí, es indecente… Una falta de respeto.

—Pero si follamos todas las noches cuando estuvimos aquí…

—Pero en esa época te quería más y estaba más ciega.

—¿Y ahora no me quieres?

—Menos.

—¿Y me querrás más?

—Puede.

—¿Nada de nada?

—Nada de nada.

—¿Me vas a putear con algo más?

—Con todo lo que se me ocurra. Es el precio, doctor.

—¿Volverás a llamarme David?

—Puede…

—Dime que somos enemigos, Ashley…

—Lo somos, doctor, somos enemigos.

Y aparece su sonrisa, una que me catapulta hasta el cielo.

—Te he dicho que no puedes tocarme, pero… besarme sí.

—¿Besarte sí?

Ella asiente con la cabeza mientras se le escapa otra sonrisa.

—Si no puedo tocarte, tampoco te beso…

Me golpea en el brazo y se va de mi lado.

Antes de salir, la detengo y la beso, la beso como si solo me quedaran dos minutos de vida.

Epílogo

Un año después. Rye, Inglaterra.

Me miro en el espejo por quinta vez en un minuto. Mi vestido rosa no puede ser más bonito, pero yo estoy desesperada.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —pregunto sollozando.

—¿Casarte? —me preguntan aterrorizadas Kelsi y mi tía al unísono.

—No, no me estoy casando, estoy encerrada en esta sala esperando a que Elisabeth nos dé la señal de salida. Casarme es lo que quiero hacer cuando salga de aquí. ¿Sabéis qué? Que ya me he hartado. Me largo. Salgo de aquí, me voy al jardín.

—Espera —me grita mi tía—. ¿Es que no vas a tener paciencia ni una sola vez en tu vida?

—Llevo aquí encerrada una hora y media.

—Catorce minutos, para ser exactos.

—¡Ah! ¿Sí? Da igual, o sales a ver qué pasa o salgo yo. ¿A qué viene tanta tontería?

—Es que ha habido un problemilla en el jardín con… algo, no sé qué ha pasado. Lo están arreglando.

Nos encontramos en una de las salas del palacio, una que hemos habilitado para que yo pueda vestirme. Hemos elegido este lugar porque para mí es un lugar especial, nada que ver con lo que fue en el pasado.

Después del episodio de Montana, volvimos juntos a Rye. David cambió de trabajo poco después firmando un contrato en el Royal Sussex Hospital, en Brighton, cubriendo la plaza de medicina interna, lo que él siempre ha deseado.

El juicio contra Harry, se celebró dos meses después de mi llegada a Rye. Para David fue muy duro verse las caras con él y con otros compañeros, pero estuvo mucho más tranquilo de lo que me esperaba. El doctor Harry Fitzroy, no salía de su asombro al verme acompañar a David. Aunque después de aquel encuentro volvió a llamarme un par de veces, nunca descolgué la llamada.

Fue condenado a diez años de inhabilitación, dos años de prisión y a indemnizar a la familia con una cantidad considerable. Lamentablemente, eso era lo que valía la vida de Emily. Tiempo después, Andrew, con el que tengo una relación estupenda, me dijo que Harry había ingresado en una clínica de rehabilitación para combatir su adicción al alcohol. Ojalá lo hubiera hecho antes de entrar en el quirófano aquel fatídico día.

Y yo… yo he acabado dirigiendo las visitas del palacio y todo lo que tiene que ver con ellas: mantenimiento, restauración… Todo menos las actividades administrativas.

¿Cómo llegué a este puesto?

No fue rápido ni algo que en un principio pudiera interesarme, pero con la madre de David fui fraguando una relación a fuego lento que terminó con esa propuesta.

David firmó la herencia de su abuelo, pero no forma parte activa de ella, muchas de las funciones que tiene que desempeñar como heredero fundador las ha delegado en mí y yo me esfuerzo, con la ayuda de su madre, de estar a la altura.

Elisabeth se mantuvo algo distante al principio de llegar a Rye, pero poco a poco se fue acercando a mí para proponerme que la acompañara a distintos lugares relacionados con su trabajo. Si bien, no somos amigas íntimas, ni la elegiría jamás para contarle mis problemas, profesionalmente hemos conectado y me ha confesado en muchas ocasiones que se siente orgullosa de lo rápido que aprendo y de todo mi trabajo en general.

Es cierto que a su lado he aprendido tanto en tan poco tiempo… Y también he descubierto todas las caras del mundo del arte, muchas fantásticas, otras más oscuras. Esas no nos lo enseñan en la facultad.

Solo en una ocasión, hemos hablado del incidente del robo. Al poco tiempo de mi vuelta a Rye, me pidió que le contara con detalles todo lo relacionado con lo que fui averiguando. Ese día, para mi sorpresa, a pesar de conocer la mayoría de detalles, por primera vez me pareció una mujer más cercana, más sensible, más vulnerable.

Me habló del dolor que sentía por la traición de Wallace y… la entendí. Sé que las traiciones duelen mucho. Puede que ese día fuera el principio de nuestra buena relación, aunque no me atrevería a ponerle una fecha o a señalar un momento.

Hank combina su trabajo de restauración con la de comisario de arte en el castillo de Bodiam, ocupándose de las exposiciones temporales, las mismas que, con la ayuda de Carter, desarrollo yo en el palacio, aunque mis funciones también abarcan las exposiciones permanentes.

El cuadro de Memling, el original, ocupa un lugar privilegiado en el palacio y cada día recibe la visita de cientos de visitantes. Son tantas las personas que se interesan por conocer detalles de la falsificación, que nos estamos planteando exponerla en otra sala, pero todavía no lo hemos decidido. Estamos barajando los pros y los contras de esa decisión, no es algo muy usual, pero David solo ve «contras». Aunque él se dedica exclusivamente a la medicina, participa en todo lo que puede, especialmente en los debates que se ocasionan un viernes al mes en Londres, en la casa de sus padres, retomando la antigua tradición de cenar juntos.

David tiene una buena relación con su madre, aunque todavía está muy lejos de ser una relación estrecha. Pero se tratan con cariño y la distancia se acorta a momentos. En cambio, con su padre es diferente. La distancia es notable. Lo único que ha cambiado es que ya no discuten. Richard se abstiene de comentar algo que pueda ofender a David y hasta en alguna ocasión se muestra interesado por algo de su trabajo.

Yo, para sorpresa de todos, mantengo una relación excelente con Richard, consiguiendo que se ría a carcajadas muchas veces, algo que, según David, jamás había presenciado.

David me ha dicho que le han contado que Richard suele ir diciendo que lo mejor que ha hecho en su vida es conocerme.

—Eso ya lo sé yo, pero que lo diga él… no me gusta —dijo David refunfuñando.

—Eso son celos… —le dije para provocarlo.

Y… como siempre, acabamos riendo y haciendo saltar cojines por toda la casa para acabar bajo las sábanas o sobre la alfombra o sobre cualquiera de nuestros rincones favoritos de la preciosa casa georgiana, que son muchos.

Disfrutamos de total privacidad desde que Hank se mudó a la casa de invitados. Algo que nos permite estar cerca y lejos al mismo tiempo, lo ideal.

Kelsi me alisa de nuevo el vestido.

La puerta se abre y Elisabeth me indica que ya puedo salir.

Por fin.

No hay muchos invitados, solo los padres de David, Eleanor, la antigua niñera de David, que sigue trabajando para su madre, mi tía, Kelsi, Andrew, el amigo de David y Hank.

David me propuso que estudiáramos algo para que mis padres pudieran viajar sin estresarse demasiado, pero me negué. Ahora sé que aquel es su lugar y solo aquel.

Seguimos hablando cada cinco o seis semanas, pero ya no se tienen

que desplazar hasta la tienda del señor Walker. Ahora tienen un sistema telefónico como el que tienen sus vecinos y, aunque el sonido no es muy nítido y en muchas ocasiones se queda bloqueado, nos sirve para comunicarnos con más comodidad y más frecuencia.

He dejado las dudas y las inquietudes atrás, enterradas. Ya nunca pienso que eligieron su vida por encima de mí, ya solo pienso que son felices y que me quieren a su manera. Aquellas montañas representan mucho para mí, por lo que me une a David. No hemos vuelto a ir desde la última vez que estuvimos todos juntos, pero lo haremos en breve, en cuanto llegue el verano, la única época que David ha jurado que volvería.

David es más de lo que podría soñar. La vida a su lado es tan divertida… Tan intensa…

Salgo al pasillo y me dirijo a los jardines. Ya no soporto más este secuestro. Mi tía y Kelsi me siguen de cerca y antes de llegar a la puerta, me sujetan para que haga un giro a la derecha.

Me sorprende que hagan algo así. Las miro sorprendidas y descubro el motivo de ese cambio de dirección.

La ceremonia se ha trasladado a la sala estrella del palacio, donde se encuentra la de Memling. Una vez expresé mi deseo de casarme rodeada de arte y se va a cumplir.

La sala no solo contiene esa obra, sino que, provisionalmente, han colocado todas las que saben que adoro.

Entro despacio. Han conseguido fusionar el arte con las flores de tal manera que parece algo más que un paraíso.

David está al final de la sala, sonriendo, vestido de forma no tan formal como su madre hubiera deseado, pero lo suficiente para estar radiante.

Yo avanzo con mi vestido largo ajustado y se escucha solo el ruido de mis tacones.

Al llegar a su altura, cuando he dejado atrás a los invitados, David me coge la mano y me la besa.

—¿Te gusta?

—Me encanta, cariño, es… increíble.

—Quería colocar tu obra, la de la campiña, pero hemos coincidido todos en que… no es una obra de arte. Hasta consultamos con un experto…

Le golpeo con el ramo y se echa a reír.

—¿Lo vas a decir o te has echado para atrás?

—Yo no me echo para atrás nunca. —Le suelto golpeándole de nuevo.

Escuchamos a alguien aclararse la garganta. Es el amigo militar de

Richard, el que oficiará la ceremonia civil.

David le ha dado claras instrucciones de cómo la queremos: breve. Y también que nos deje improvisar lo que queremos decir sin rechistar.

Cuando se acerca el momento, David me mira, me coge la mano, me coloca una alianza preciosa y sonríe.

—Enemigos… para siempre —me dice guiñándome un ojo.

—Enemigos… por toda la eternidad —le digo haciendo lo mismo.

El militar mueve la cabeza y se escuchan murmullos y risas en la sala.

Solo nosotros sabemos qué significan esas palabras.

David me besa.

Rodeada de arte, rodeada de amigos y de familia.

Soy increíblemente feliz. Hoy sé que esta historia «fue», «nunca dejó de ser», y «será».

—Te quiero, Ashley.

—Te quiero, doctor.

—Ya sabía yo que lo estropeabas…

ABRIL LAÍNEZ (Manresa, España, 1970). Es el seudónimo de Maite Ruiz-Sarmiento.

Administrativa de profesión, aunque siempre tuvo muy claro que lo suyo eran las letras.

Índice de contenido

Cubierta

Cuando somos enemigos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Epílogo

Sobre la autora

ABRIL LAÍNEZ

Cuando estamos prohibidos

Lectulandia

Me llamo Chloe Handley, soy abogada y vivo en Manhattan.

La llamada de una mujer desconocida y los deseos de mi jefe por enviarme a una delegación europea hacen que mi vida dé un giro de… muchos grados.

Londres es mi destino. Y también un odioso médico con los ojos de color miel que se convierte en el responsable de que una parte de mi vida gire unos cuantos grados más.

Me llamo Andrew Ransey, soy médico y mi vida en Londres se termina para iniciar otra muy distinta en mi tranquilo pueblo natal, cerca de una belleza americana de ojos claros que odia el té, odia la lluvia y me odia a mí. Todo empieza el día que se me ocurre la peor idea que he tenido en toda mi vida.

Abril Laínez

Cuando estamos prohibidos

Enemigos 2

ePub r1.0
Titivillus 01.01.2025

Abril Laínez, 2024

Editor digital: Titivillus
ePub base r3.0 (ePub 3)

Índice de contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67

Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Epílogo 1
Epílogo 2
Sobre la autora

ABRIL LAÍNEZ

Cuando estamos prohibidos

Capítulo 1

Chloe

Manhattan, Nueva York.

Me pregunto por qué no dejo de consultar mi reloj de pulsera cuando en la pared de enfrente, a pocos metros de mí, hay colgado un reloj de agujas del tamaño de una rueda de camión. Incluso tiene un panel luminoso que también muestra la hora digital, y… la fecha.

«Lunes, 1 de junio». Eso es lo que indica, y eso es lo que se me ha incrustado en el cerebro tras cinco minutos más de espera.

El retraso de Lance y mi conflicto con la paciencia están haciendo que empiece a ponerme muy nerviosa. Para una vez que consigo ser puntual…

«Quiero contarte algo importante», me ha dicho a través de un mensaje de voz.

Lance es muy predecible, sé de qué se trata. Lo que no entiendo es por qué ha elegido un restaurante tan alejado… Pero debo reconocer que ha sido una buena elección. No lo conocía, pero la intimidad que proporciona la distribución de las mesas, todas separadas en acogedores reservados, me gusta.

Sé que tiene algo que celebrar. Estoy segura de que ha conseguido el viaje a Italia. Es la manera en la que su empresa, una multinacional del sector inmobiliario, premia al empleado con mejores ventas del semestre.

Espero que eso haga que esté algo más relajado: últimamente ha estado muy inquieto, incluso un poco ausente.

Sé que lo ha conseguido, el tono de su voz cuando me ha dejado el mensaje de voz así lo indicaba; después de siete meses de relación, puedo decir que lo conozco.

Debo confesar que me entusiasma ese viaje. Sé lo importante que es para él, y también me vendrá bien desconectar un tiempo, especialmente estos últimos días en los que no consigo quitarme de la

cabeza la llamada que recibí.

Siento escalofríos al recordarla, pero ahora no es el momento de pensar en ello; solo conseguiré alterarme más.

El viaje. Es mejor que siga pensando en él.

Todavía no he pensado cómo me las voy a ingeniar para ausentarme del bufete durante diez días; eso es lo que creo que dura. Y… si la memoria no me falla, será dentro de tres o cuatro semanas.

Cuando llevo unos minutos imaginando cómo debería planteárselo a mi jefe, Lance hace acto de presencia.

Viene algo acalorado. Me besa en la mejilla al pasar por mi lado y se sienta frente a mí sin decir una sola palabra. Centra toda su atención en el camarero que se ha acercado a nuestra mesa y le pide una copa de vino igual que la que me han servido a mí.

El camarero asiente con la cabeza y se marcha. Es el mismo que me ha mirado con lástima varias veces creyendo que me iban a dar plantón. Y no es para menos: Lance se ha retrasado media hora.

—Siento llegar tarde. El lunes siempre es un día complicado. ¿Has pedido ya? —me pregunta señalando las cartas que descansan sobre la mesa.

—No, claro que no, te estaba esperando.

El camarero llega con la copa de vino y le pedimos algo más de tiempo para poder elegir.

Ambos nos centramos en silencio en la carta. Yo no puedo concentrarme, solo puedo observar a Lance de reojo por encima de ella. Se comporta de una forma extraña.

Me sorprende mirándolo y me sonríe. Vaya, parece que mejora la situación. ¿Habrá tenido malos resultados en las ventas? ¿Y si no lo ha conseguido?

—El viaje a Italia es mío. —Afirma desvaneciendo mis dudas.

—¡Enhorabuena! —me apresuro a exclamar—. Sabía que lo ibas a conseguir.

Me mira fijamente de forma que consigue inquietarme y alarga un brazo para acariciarme fugazmente la mano.

—El viaje es dentro de dos semanas, el 16 de junio.

—¿Dos semanas? Vaya, es antes de lo que esperaba —afirmo intentando ocultar lo mucho que me ha impactado. No quiero que note mi desconcierto. Dos semanas es poco tiempo para que pueda organizarme en el trabajo y delegar todos los temas urgentes.

—He decidido ir solo.

Afortunadamente, soy rápida en disimular cualquier emoción que pueda dejarme en evidencia, así que sonrío y evito a toda costa que perciba que me ha dejado en *shock* y que han empezado a temblarme

las piernas.

—¡Estupendo! —consigo decir, notando que se me está haciendo un agujero en el estómago. No puedo exigirme más, no he tenido tiempo para pensar.

—Quiero reflexionar durante el tiempo que esté en Italia y que tú también lo hagas —me dice entrelazando los dedos y apoyando los brazos en la mesa.

El camarero se acerca a tomar nota de nuestra elección. Debe percibir mis dudas, así que se adelanta y nos recomienda algo que… soy incapaz de retener en mi mente. Asiento con la cabeza y Lance hace lo mismo, aunque él le hace un apunte: señal de que estaba más atento que yo.

—¿Reflexionar? ¿Sobre qué? —le pregunto impaciente en cuanto se aleja el camarero.

—Sobre la libertad, Chloe —pronuncia afligido—. Quiero contarte algo que me ocurrió el viernes, cuando salí con los chicos.

¿Salió con los chicos el viernes? Me dijo que estaba agotado y que solo quería dormir. ¿Por qué no lo ha mencionado durante el fin de semana? El sábado por la noche estuvimos en su casa…

¿Libertad? Pero ¿de qué narices está hablando?

Siento calor en las mejillas. Aunque él no lo sabe, el hecho de haber fantaseado sobre ese viaje me hace sentir tan ridícula que tengo ganas de esconderme. Presentir que lo que me va a decir no me va a gustar, tampoco ayuda.

—El viernes fuimos a North. —Me confiesa refiriéndose a una conocida discoteca—. Allí conocimos a unas chicas estupendas. Una de ellas era muy guapa, muy simpática… Yo le gustaba, ella me gustaba… Empezamos un juego de seducción, pero yo no podía dejar de sentirme mal. No podía disfrutar del momento… ¡Por ti! Eras tú la que se interponía una y otra vez.

—¿Por mí? No recuerdo haber estado el viernes en North…

—No es el momento de ironizar, Chloe, estoy intentando ser sincero contigo.

—¡Oh! Disculpa. Sigue, parece interesante.

—Chloe, no me sentía libre. No dejaba de pensar en ti. Me sentía atado. —Hace una pausa—. La vida es corta, Chloe, solo se vive una vez, no tenemos tiempo para…

—Ve al grano, Lance. Deja las reflexiones para cuando estés en Italia.

Me mira confundido. Mueve la cabeza ligeramente y se peina con los dedos.

—Yo estoy encantado de estar contigo, me gustas, pero no quiero

volver a sentirme como me sentí la otra noche.

¿Encantado de estar conmigo? ¿Le gusto? ¿Eso es lo que ha dicho?

Estoy intentando que mi rostro no muestre ninguna emoción, pero me está costando mucho. El agujero del estómago sigue creciendo.

—No es la primera vez que me encuentro en una situación así —prosigue afligido—, pero hasta el viernes no había tomado conciencia de la importancia que tiene. Le he dado muchas vueltas desde entonces. Chloe, pasé la mitad de la noche en un estado de confusión y frustración que no me gustó. Es una sensación de…

—¿Y la otra mitad de la noche? —le interrumpo. Es todo lo que se me ocurre preguntarle. No me puedo quejar, pensaba que iba a ser incapaz de hablar.

Baja la cabeza.

Creo que intuyo la respuesta.

—Chloe, quiero que tengamos una relación abierta. Que ninguno de los dos se sienta atado. Podemos llegar a un nivel de complicidad y confianza muy superior al que tenemos. Podemos seguir como estamos hasta ahora, pero sin renunciar a nada que nos apetezca solo por vínculos imaginarios que nos autoimponemos. Incluso podemos compartir nuestras experiencias y crecer.

¿Cuánto tiempo le habrá costado aprenderse ese discurso?

Ha llegado el momento de marcharme, pero hay algo que me lo impide. No es él, sino mis piernas. Se niegan a trabajar en equipo. No importa que yo quiera utilizarlas para salir de aquí, ellas se niegan a desclavarme del suelo.

«No me falléis ahora, traidoras». ¿Es que no lo habéis oído? Se va solo a Italia, se siente atado a mí, está «encantado» conmigo y se ha tirado a otra. ¿Qué más necesitáis? ¡Sacadme de aquí!

Si al menos solo me fallaran las piernas, pero tampoco soy capaz de decir nada. Procesar todo esto lleva su tiempo y, aunque soy algo impulsiva, por una vez, estoy siendo capaz de controlarme para no decir nada de lo que pueda arrepentirme después.

—Chloe… Piénsalo. Sé que esto puede sorprenderte, pero tenemos que abrir la mente. Yo no quiero perderte, incluso quiero que nos acerquemos más el uno al otro. La otra noche, solo fue un polvo, uno más, pero no quiero volver a sentirme tan atado.

Mi intuición no ha fallado. Ahora ya sé lo que hizo la otra mitad de la noche.

Esta vez mis piernas reaccionan. ¡Por fin! Han decidido que es suficiente y que mi dignidad todavía puede salvarse. No puedo seguir escuchando lo que está diciendo.

Me levanto ante su atenta mirada.

—Vamos, Chloe, no montes una escena.

¿Una escena? ¡Esto es lo último!

No quisiera marcharme de este modo, pero el silencio, en este momento, es mi mejor aliado si no se me ocurre algo ingenioso que decir. En cualquier caso, necesito perderlo de vista.

Atravieso el restaurante. Me cruzo con el camarero. Lleva en la mano dos platos que no consigo ver. Vaya, me voy a quedar con las ganas de saber qué ha elegido.

Cuando entro en el interior de mi coche, siento la voz agitada de Lance. Se acerca rápidamente e impide que cierre la puerta sujetándola. Inclina la cabeza para hablarme.

—Vamos, Chloe, no puedes irte así, ni siquiera hemos cenado. Podemos hablarlo. Una relación abierta no es algo descabellado. Tienes que evolucionar. Te estás estancando. Puedes acostarte con quien quieras y yo también, eso no significa que no podamos seguir juntos. Además, últimamente has estado muy ausente, muy sumergida en tu trabajo…

¿Yo? Pero ¿qué narices está diciendo? Se está describiendo a él mismo.

—¿Por eso te tiraste a esa tía?

—Puede que influyera…

—¡No me lo puedo creer! ¿Y tú me hablas de evolucionar?

—Vamos, Chloe, solo te pido que lo pienses, no tiene que cambiar nada entre nosotros…

—Lance, me has hecho una propuesta… La respuesta es no. Lo siguiente es… ¡Adiós! No es difícil de entender, ¿verdad? Mucho menos para una mente abierta como la tuya. Hasta mi mente cerrada lo entiende.

—Chloe, yo no quiero hacerte daño, te aprecio mucho.

¿Apreciar? ¿Ese es el verbo que resume nuestra relación?

—Lance, no tienes de qué preocuparte, dentro de unas tres o cuatro manzanas, esta conversación dejará de importarme. Y ahora… quita la mano de la puerta… No te recomiendo que la tengas en el mismo sitio cuando la cierre. Recuerda que tengo una mente cerrada y que si te estrujo la mano… puedo disfrutar con ello… ¡Aún no he evolucionado!

Se aparta moviendo la cabeza en señal de resignación y cierro la puerta despacio. Pongo el coche en marcha y salgo muy despacio de la plaza de aparcamiento, como si me estuviera examinando para obtener el permiso de conducir. No me gusta el resultado. No me gusta cómo me he marchado. Me quema.

Me han fallado las piernas, mi cerebro se ha negado a enviarme

palabras que pudiera pronunciar de forma digna o ingeniosa. Pero… ¿Qué podía decir en este caso?

Mi novio, con el que llevo siete meses saliendo, me ha dicho que se marcha solo a un viaje al que me había invitado mil veces a acompañarle, si lo conseguía; me ha dicho que lo pasó mal deseando a una tía por mi culpa; me ha dicho que se acostó con ella; me ha dicho que quiere que nos acostemos con otras personas y que incluso nos lo contemos… Y me ha dicho que me he quedado anticuada y me ha recomendado que evolucione…

«Lo pasé muy mal luchando contra ese deseo», repito en voz alta las palabras de Lance mientras hago un esfuerzo por concentrarme en la carretera.

¿Qué se le puede decir a alguien que te suelta eso? ¿Merece la pena contestarle?

No, no merece la pena. No creo que sea capaz de entender que yo no quiero a mi lado a alguien que luche contra ese deseo, sino a alguien que «no» sienta ese deseo.

Capítulo 2

Chloe

No puedo marcharme en este estado a mi apartamento, no quiero estar sola, al menos las próximas horas. Necesito hablar con Madison, mi mejor amiga y… también la de Lance. Ellos son primos y están muy unidos.

A pesar de haber vivido en estados diferentes durante varios años, siempre se han apoyado el uno en el otro. Lance se marchó a Seattle con su familia cuando tenía dieciocho años y volvió a Nueva York tan solo hace un año. Fue así como lo conocí: Madison me lo presentó. Pocos meses después empezamos a salir.

A Madison la conozco desde hace seis años, en mi último año de universidad. Yo estudiaba en la facultad de derecho y ella empezó a trabajar en la biblioteca de esa misma facultad.

—¡Chloe! —exclama frunciendo el ceño cuando me abre la puerta de su apartamento—. No te esperaba. ¿Te pasa algo?

Entro asintiendo con la cabeza, pero nada más aterrizar en su salón, me giro bruscamente hacia ella.

—¿Estás sola?

—Sí, estoy sola.

—Lance y yo hemos roto.

Me mira sin mostrar ninguna expresión.

—Voy a buscar algo de beber. ¿Una…?

—Lo que sea.

Vuelve poco después con dos cervezas en la mano y me entrega una sin dejar de mirarme. Se sienta a mi lado, en el sofá, y se encoge de hombros. Es una señal para que hable, es habitual en ella expresarlo de ese modo.

—Me ha pedido que tengamos una relación abierta, ¿te lo puedes creer? —le digo muy alterada—. Salió con sus amigos el viernes y le gustó una tía… Y me ha dicho que lo pasó mal porque quería tirársela y yo… o sea, el hecho de pensar en mí… se lo impedía, ¿te lo puedes

creer? Pero… se la tiró…

Mi discurso es algo desordenado, pero confío en que Madison me entienda.

—Y quiere que follemos por separado… —continúo mientras me levanto y empiezo a dar paseos desordenados por el salón—. Y, además, pretende que nos lo contemos. ¿Te puedes creer? Da por hecho que yo necesito estar con otros tíos. ¿Eso tiene sentido? Y se va solo a Italia, así me lo…

—¿A Italia? ¿Lo ha conseguido? —me interrumpe Madison entusiasmada—. ¿Por qué no me lo ha dicho?

—Sí, lo ha conseguido. —Bajo la voz. Su entusiasmo me confunde—. Se quiere ir solo para reflexionar sobre la libertad… ¡La libertad! ¿Te lo puedes creer? Llevamos siete meses saliendo, Madison, siete puñeteros meses. Sabes mejor que nadie que teníamos una relación muy… muy buena. ¿A qué viene esto? ¿No era más fácil decirme que quería romper en vez de plantearme… esa gilipollez?

Me canso de dar vueltas, empiezo a marearme y me vuelvo a sentar; más bien me desplomo.

—Si te ha planteado eso, es porque quiere eso. Si quisiera romper, lo habría hecho. ¿Tú que le has dicho?

No tengo la mente muy despejada para concentrarme, por eso solo soy capaz de responder a su pregunta, aunque creo que debería centrarme más en el resto de la frase.

—¿Qué querías que le dijera? No hay muchas opciones, Madison.

—Siento que te haya afectado tanto.

—¿Afectado? Pues claro que me ha afectado.

Estoy confundida con las palabras de mi amiga.

—Puede que Lance haya sido poco sutil… Eso no te lo voy a negar.

—¿Sutil? Pero ¿tú me estás escuchando?

—Chloe, sí que te estoy escuchando. Te he entendido perfectamente, no seas dramática. Una relación abierta no es algo descabellado. Tienes que evolucionar. Podéis acostaros con otras personas y seguir juntos…

—¿Estás hablando en serio, Madison?

Está utilizando las mismas palabras que Lance. Está claro que ese tema lo han hablado antes.

—Chloe, solo intento ayudarte.

—¿Ayudarme diciéndome lo que me estás diciendo? ¿Por qué tengo la sensación de que tú sabías algo de esto?

—Eso ahora no tiene importancia —concluye mostrando malestar—. Lance no es impulsivo, él medita mucho las cosas. Es una persona…

—Es un cabrón, un cerdo… Es un…

—Chloe, delante de mí no vas a insultar a Lance.

Me impresionan tanto sus palabras como su tono: está realmente ofendida. No puedo dejar de observarla atónita.

—Yo te entiendo —continúa con un tono mucho más suave—, pero creo que, en vez de montar un drama, deberías pensar en lo que te ha dicho. Una relación abierta es más frecuente de lo que crees. No deberías haberte marchado así, deberías haberte quedado, hablado un poco más con él y permitirle que se explicara… Dejarlo plantado en el restaurante no ha sido una opción muy madura.

¿Cómo sabe ella eso? No le he contado esos detalles.

Está claro.

Nos miramos fijamente. Soy incapaz de saber qué pasa por su cabeza.

—Creo que es mejor que me vaya, Madison.

Me tiemblan las manos y me siento como si estuviera flotando.

—Chloe —me dice casi en un susurro, poniéndose en pie—. Ya sé que esto te ha afectado, pero lo único que quiero es que veas las cosas de otra manera. Es cierto que Lance lo pasó mal la otra noche, no te ha mentido. Se sentía atraído por ella, pero por otro lado…

—Tú lo sabías, ¿verdad? —interrumpo su absurdo discurso—. Sabías que se había acostado con otra tía.

Madison guarda silencio. Por un momento, pienso que nuestra conversación va a dar un giro y va a salir la amiga que yo recuerdo haber tenido tantos años, pero su rostro se transforma y me mira desafiante.

—Eres tú la que has venido a contarme esto, Chloe. No tienes en cuenta que Lance es como un hermano para mí… Hasta nacimos con…

—Sí, lo sé, con horas de diferencia, lo has dicho cientos de veces.

—Pues no pareces recordarlo. No me gusta que me hables mal de él. Puedes desahogarte, eres mi amiga, pero… ¡Modérate!

—Lo de la otra noche… Ha ocurrido más veces, ¿verdad? —le pregunto ignorando su discurso cargante—. Y tú lo sabías…

—Chloe, hazle caso y abre más tu mente, estás algo anticuada.

«Es hora de marcharse, Chloe», me digo sintiendo mucha presión en el pecho. No quiero mostrar lo mucho que me está afectando esta conversación. Me dirijo a la puerta.

—¿Te vas? —me pregunta sorprendida.

—Me voy —le digo sin detenerme, dándole la espalda.

—Si es lo que quieres…

Antes de salir, me doy la vuelta para mirarla. No sé por qué lo

hago. Me encuentro con un rostro congelado.

Silencio.

Cuando salgo a la calle, me siento aliviada de recibir algo de aire fresco.

Esto duele.

«Si es lo que quieres», repito en mi cabeza.

No, no es lo que quiero.

No quiero marcharme con el corazón encogido, sintiendo que he cometido una estupidez al intentar refugiarme en una amiga.

No quiero marcharme sin haber sido capaz de decirle cómo me siento y lo que me parece su actitud.

No quiero marcharme sin respuestas, sin entender por qué me siento traicionada por dos personas a las que quiero.

Pero me he marchado con todas esas sensaciones y muchas otras que irán apareciendo. Seguramente dentro de unas horas sea capaz de admitir que hace tiempo que Madison dejó de ser la amiga que era y que, por alguna razón que desconozco, se ha distanciado.

Siento tantas ganas de llorar. Tantas…

Antes de poner el coche en marcha lo hago, doy rienda suelta a mis lágrimas.

Miro hacia arriba en un intento de localizar a esa persona que tanto echo de menos y que tanto necesitaría abrazar ahora.

«Ojalá estuvieras aquí», digo en voz alta. Pero eso es imposible y todavía siento más ganas de llorar.

Capítulo 3

Chloe

—¡Atrévete! —le digo al niño que se acerca a mí, obligándole a frenar en seco—. Acércate a mi falda, y te hago tragar la cremallera entera.

Me mira desafiante, frunce mucho el ceño y da unos pasos hacia atrás antes de salir corriendo en dirección a su casa.

Se trata del hijo de los vecinos. Vive en la casa contigua a la de mi padre y Paige. Desde que era muy pequeño, mostró interés y mucha pasión por levantarle la falda y tocarle el culo a toda aquella persona que vistiera una y se le acercara, sin discriminación alguna. Un angelito con una maldita costumbre que, a día de hoy, veo que sus padres siguen sin corregir.

Mientras empujo la puerta de la valla le sigo con la mirada, por si acaso cambia de opinión: es rápido como un rayo. Una vez que desaparece de mi vista, lleno mis pulmones de aire y lo expulso lentamente.

Como siempre que vengo a esta casa, desde que murió mi padre, necesito armarme de valor para entrar.

No suelo venir con mucha frecuencia por ese motivo. Siempre que Paige, mi madrastra, y yo nos encontramos, lo hacemos en cualquier otra parte, pero hoy he decidido, después de cuatro meses sin hacerlo, que iba siendo hora de volver.

Descubro la figura de Paige a través de una de las ventanas de la fachada principal mirándome y riéndose. Me acerco a la puerta y espero a que la abra. Evito mirar a mi alrededor. No quiero ver todos los elementos del jardín delantero que me recuerdan a mi padre.

Es la segunda puerta a la que llamo en los dos últimos días con la intención de desahogarme. La primera vez le tocó a Madison, pero sé que en este caso el resultado será distinto.

Lo necesito, necesito un hombro, un abrazo, algo que me haga bajar de la burbuja de tristeza que me ha envuelto estos dos últimos días.

Paige abre la puerta y nos fundimos en un fuerte abrazo.

—¿Con quién hablabas? —me pregunta sonriente, muy característico en ella.

—Con tu vecino, el delincuente de siete años con un futuro prometedor.

—¿Kian? —me pregunta echándose a reír al tiempo que se aparta para dejarme entrar.

—Sí, el mismo. Le he visto la intención y lo he persuadido.

—¿Y si te digo que ha venido a saludarte? Le he dicho que ibas a venir. Ha cambiado, ya tiene ocho años —me dice fingiendo seriedad.

—No, no ha cambiado —le digo mientras cuelgo mi bolso en el perchero del vestíbulo—, tenías que haberle visto la cara.

—¿Dónde está la presunción de inocencia, abogada?

—Eso es un mito. Este niño tiene antecedentes, tengo derecho a desconfiar de él. Y si sus intenciones eran buenas, tendrá que saber que esto es la consecuencia de su oscuro pasado.

Paige suelta una carcajada mientras se dirige al interior de la casa.

Trago saliva antes de seguirla intentando reunir fuerzas para enfrentarme a todo lo que me va a recordar a mi padre.

Para mi sorpresa, las sensaciones que siempre tengo al entrar no son ni la mitad de intensas que otras veces. Puede que entrar bromeando sobre el vecino haya ayudado, pero… puede que el nuevo aspecto del salón sea la verdadera causa.

—¿Qué ha pasado aquí? —le pregunto sonriendo.

—Lo necesitaba, Chloe. No podía convivir con todo lo que me recordaba a tu padre. He guardado casi todas sus cosas y, como ves, estoy haciendo otros cambios. ¿Te gustan?

—Me encantan… y me alegro de que lo hayas hecho —le digo mientras observo el salón.

Hay algunos muebles y objetos de decoración nuevos. Incluso ha reducido las fotografías que reposaban en una de las estanterías de la pared. Solo hay dos. Una de mi padre y Paige durante su viaje de luna de miel, otra, de los tres juntos.

—Me encantan esas fotos —le digo con una mueca de nostalgia.

—Son las mejores. Todo lo demás está guardado, si algún día quieres echarle un vistazo…

—No te preocupes, así está bien. Guardo cosas de él en mi apartamento. Me alegra mucho que te hayas animado a hacer cambios.

Paige asiente con la cabeza.

Ella solo tiene siete años más que yo. La diferencia de edad entre ella y mi padre, veinte años, nunca fue un problema para ellos, al

menos durante los diez años que estuvieron juntos, los años que más feliz he visto a mi padre.

Siempre he tenido una buena relación con ella, excepto cuando la conocí. Su diferencia de edad y mi adolescencia hicieron que me costara un poco aceptarlo, pero necesité poco tiempo para darme cuenta de que la llegada de Paige a nuestras vidas había sido un precioso regalo.

Desde la muerte de mi padre, un año atrás, hemos mantenido más contacto y nos hemos unido más. Es lo que hace compartir un dolor.

Aunque no hablamos ni nos vemos a diario, siempre encontramos un momento para ponernos al corriente de nuestras vidas.

Suelo visitarla en su trabajo. Es la propietaria, desde hace muchos años, de una librería en el sur de Manhattan. Los libros son su mundo y, ahora más que nunca, su evasión.

Nunca he tenido dudas, pero si alguna vez las hubiera tenido, a lo largo del último año me habría quedado muy claro lo mucho que Paige quería a mi padre.

—¿Significa esto que ya no la vendes? —le pregunto refiriéndome a la casa donde nos encontramos.

—Exacto. Es una decisión firme. No la vendo.

Esas palabras merecen otro abrazo y ambas nos apresuramos a fundirnos en él.

Paige se había planteado vender la casa a los pocos meses de morir mi padre; le resultaba muy duro vivir en ella sin él. La compraron juntos con mucha ilusión, al poco tiempo de casarse, y no hay un solo rincón que no tenga algún recuerdo de ellos juntos. Cuando se mudaron a ella, coincidió con mi entrada en la universidad, razón por la que nunca he vivido en ella, aunque, en ocasiones especiales, me he alojado alguna que otra noche.

Yo sigo ocupando el apartamento en el que siempre viví junto a mi padre; el mismo que él me dejó en herencia, justo en el otro extremo de la ciudad. Es luminoso y espacioso. Quizás algo grande para mí sola.

Después de acomodarnos y deleitarnos con una copa de vino, Paige aborda el tema directamente.

—¡Cuéntame! ¿Cuál es el motivo de que necesites un hombro? —me pregunta refiriéndose a las palabras que he utilizado por teléfono para anunciarle mi visita.

—He roto con Lance.

Guarda silencio unos segundos antes de invitarme a contárselo con detalle.

Me lleva media hora y otra copa de vino más ponerla al corriente

de lo sucedido. No me interrumpe en ningún momento, pero sí muestra muchos gestos de sorpresa y mueve la cabeza cada vez que algún detalle de mi triste relato le llama la atención.

—Y… nada más, creo que no me he dejado ningún detalle —le digo encogiéndome de hombros.

Durante mi monólogo, no he podido evitar que alguna lágrima me recorriera la mejilla. Algunos episodios me siguen impactando; supongo que está dentro de la normalidad, teniendo en cuenta que solo han pasado dos días.

—¿No vas a decir nada? —le pregunto sorprendida de su silencio.

—¿Qué te gustaría que te dijera? —me sorprende preguntando.

—Dime que estoy anticuada y que no he evolucionado, eso me gustaría escucharlo.

Nos echamos a reír al tiempo que empiezo a relajarme. Será el vino.

—¿La verdad? —me pregunta acariciándome un brazo.

—La verdad —le pido arrugando la nariz.

—¿Sinceramente, sin tapujos?

—De esa manera.

—¿Teniendo en cuenta que me puedo equivocar y que es mi opinión… o mi interpretación?

—Sí, teniendo en cuenta todo eso, pero dime algo de una vez.

—No esperes un largo discurso.

—Ni lo espero, ni lo quiero.

—Lo que te contó Lance de la otra noche con sus amigos… Me parece forzado. Creo que está con otra y que ahora ha cobrado suficiente protagonismo como para decidir romper contigo. Él te conoce lo suficiente como para saber cómo reaccionarías si te planteaba una relación abierta. Consiguió lo que quería, que te enfadaras, te indignaras y le dijeras «Adiós».

Es lo que he tenido en la cabeza estos días, pero escucharlo de su boca me impacta más.

—Creo que a Italia se va con ella —añade.

—Vaya, eso no lo había pensado —le confieso mientras siento que me escuece.

—Y en cuanto a Madison… Su «neutralidad» deja mucho que desear. Creo que ella está al corriente de todo y… hace tiempo que decidió dónde quería estar. Tú estás fuera de esa ecuación, Chloe.

—Eso duele. No sé si quiero que sigas siendo sincera —le digo guiñándole un ojo.

Recibo una caricia en la mano que acepto encantada.

—Claro que duele… Puede que con Madison haya oportunidad de

arreglarlo, pero sinceramente, no creo que sea así, ni tampoco creo que valga la pena. No lo has elegido tú y no creo que haya nada que te una a Madison de ahora en adelante. Y… hay algo que me ha llamado mucho la atención. Dime, ¿no fue ella la que empujó a una compañera de trabajo de su novio por las escaleras del metro?

—Sí, fue ella, lo recuerdas bien. Decía que se le insinuaba constantemente.

—¿Fue un caso aislado?

—De esas dimensiones sí, pero en todas sus relaciones siempre tiene conflictos de celos y situaciones de ese tipo.

—¿Y te aconseja a ti que abras la mente y evoluciones?

—Es irónico, ¿verdad?

—¿No se lo recordaste?

—Si algo siento, es haber estado tan callada ante Lance y ante ella. Me quedé en *shock* y no estuve muy acertada. Podría haberles dicho tantas cosas…

—No merece la pena, Chloe. Puede que nos hayamos equivocado en algo en las conclusiones que hemos sacado, pero está claro que esas personas no deben estar en tu vida.

—¿Así de fácil?

—No he dicho que lo sea, pero debes trabajar la forma de no alargarlo demasiado.

—Me siento engañada, traicionada…

—¿Echas de menos a Lance?

—No he tenido mucho tiempo de echarle de menos, solo han pasado dos días.

—¿No ha intentado contactar contigo?

—No.

—Chloe, me ha parecido que te afectaba más el tema de Madison que el de Lance.

—¿Eso crees?

—Creo que Lance llegó en un momento de tu vida muy conveniente, y que fue tu refugio, pero… no sé hasta qué punto estabas enamorada de él. Dímelo tú.

—Ahora solo tengo rabia y, a veces, tristeza. Y… los he metido a los dos en el mismo saco.

—Sácalos de tu cabeza y de tu vida.

—¿Así sin más?

—Lo conseguirás antes de lo que crees.

—Entonces… me gustaría cambiar de tema. Es inútil darle más vueltas. Es muy reciente y por eso es inevitable que todavía lo tenga en la cabeza y me duela, pero sé que con un poco de esfuerzo y muy

poco tiempo… serán historia.

—Esa es mi Chloe.

Me da un abrazo rápido y me coloca los dedos en la comisura de los labios para dibujarme una sonrisa.

Es entonces cuando la supuesta fortaleza de mis palabras se derrumba.

Era demasiado frágil, demasiado precipitada.

Ese simple gesto en mis labios me recuerda que hace tiempo que me tienen que invitar a sonreír, como lo acaba de hacer ella.

Y por fin estallo en un llanto que necesito como respirar.

Capítulo 4

Chloe

—¿Qué tal tu trabajo? —me pregunta Paige mientras saboreamos un postre delicioso que ha elaborado ella misma.

Hace un buen rato que he dejado las lágrimas. A cambio, hemos preparado juntas una *pizza* con muchas toneladas de distintos ingredientes y nos hemos dedicado a recordar momentos que nos hicieran sonreír. Solo reír, ese ha sido el pacto.

—Igual que siempre. Ni hacia delante ni hacia atrás. En ese bufete es difícil avanzar. Soy pequeñita, insignificante.

Paige me mira sorprendida y tomo conciencia de que nunca antes le había hablado así de mi trabajo; ni siquiera lo he pensado, ha sido como un acto reflejo.

—¿No te gusta lo que haces? Creía que era lo que querías. Cambiaste de derecho civil a mercantil…

—Me gusta el derecho mercantil, me parece fascinante. Pero ahora… no puedo vivirlo de esa manera. Lo que hago ahora es muy repetitivo. Lo que deseo… queda lejos. Para avanzar, debería trabajar en las diferentes delegaciones europeas, solo así podría salir de donde estoy. Tendría que rotar de vez en cuando. Ya perdí dos años cuando me dediqué a derecho civil, así que ahora me siento un poco estancada.

—¿No tienes opción de avanzar? ¿No puedes rotar en esas delegaciones?

—Sí, pero ahora no es el momento. Lo tendré que hacer antes o después, pero son periodos de seis meses y… Quizás lo haga algún día.

—Chloe, tengo tantas ganas de volverte a ver como eras antes, cargada de energía…

—Hasta yo me echo de menos a mí misma. Solo necesito tiempo. Han pasado muchas cosas y… ¡Me recuperaré!

—¿Por qué no aceptas uno de esos destinos ahora?

—¿Ahora? Ahora no me siento bien, ya te he dicho que necesito

algo de tiempo. Cuando me sienta más fuerte haré planes.

—¿Y si cambias el orden? Puede que no tengas que esperar a estar bien, puede que estés bien si cambias de aires.

Guardo silencio un rato.

—Lo pensaré —le admito—. Y… ahora me gustaría hablarte de otro tema. Sé que nuestro pacto de la noche solo admite temas agradables, pero es importante que te hable de algo que me ha ocurrido.

—¿Qué ha pasado?

—Hace unos días recibí una llamada.

—¿Una llamada? ¿De quién?

—De una mujer. Afirmaba ser mi madre.

El rostro de Paige palidece. Abre mucho los ojos y niega con la cabeza. Se sirve más vino y se lo bebe de un trago.

La imito, creo que ambas necesitamos un estímulo para abordar este tema.

Le ha sorprendido tanto como a mí, aunque a juzgar por su expresión, diría que incluso más.

—¿Estás hablando en serio?

—Claro, Paige. No es un tema para bromear.

—¿Seguro que era tu… madre?

—Deduzco que sí.

—¿Qué es lo que te dijo?

—Que era mi madre, que sabía que mi padre había fallecido y que quería conocerme.

—¿Conocerte? ¿Está aquí, en Nueva York?

—No, nada de eso. Vive en un pueblo al sur de Inglaterra. Eso es todo lo que me dijo, y también su nombre, Caroline… Turner.

—Si ha contactado contigo ha sido porque tu padre ya no está, aunque no sé cómo lo sabe.

—Sí, eso he pensado yo. Paige… ¿Tú sabes algo que justifique esa llamada?

—No, claro que no. ¿A qué te refieres?

—Puede que mi padre… me ocultara algo…

—No, Chloe. Tú sabes lo mismo que yo. Tu padre te contó siempre la verdad. Quizás no te contó la historia completa desde un principio porque la fue adaptando a tu edad y a tus preguntas, pero no te mintió.

—¿Qué historia conoces tú?

—Vamos, Chloe, no quiero que tengas dudas.

—No son dudas, te lo aseguro, solo quiero repasar lo que sabemos por si tú conoces algún detalle, aunque no tenga importancia, que yo

desconozco. Solo quiero saber si existe alguna explicación para esa llamada.

—Tu padre la conoció en Londres cuando participó en un proyecto de investigación de la universidad. Ella trabajaba en un hotel, en el que se alojó los primeros días que estuvo en la ciudad. Salieron juntos durante un tiempo, no mucho, y ella se quedó embarazada. Tu padre alargó la estancia implicándose en otros proyectos de la universidad y estuvo a su lado durante el embarazo. Nada más nacer le dijo que no estaba preparada para ser madre y que no quería formar parte de tu vida. Creo que su padre estaba enfermo y tenían problemas… Ella solo pensaba en ayudar a su familia. Renunció a ti legalmente y tu padre volvió aquí contigo. Y… tu abuela y él te criaron.

—Es la historia que me contaron mi padre y mi abuela.

—Ella renunció por escrito a través de un acuerdo muy detallado a todo lo que tuviera que ver contigo como madre.

—Sí, lo sé, la abuela me enseñó ese documento.

—No tiene sentido esa llamada. ¿Ahora quiere conocerte? ¿Veintiocho años después?

—Eso parece. Puede que tenga curiosidad.

—¿Y tú?

—¿Yo? No, claro que no. Esa mujer no significa nada para mí.

—Si tuvieras esa curiosidad, no temas decirlo, Chloe, es normal.

—No sé qué pensaría mi padre si estuviera aquí.

—Tu padre se aseguró que nunca reclamara nada ni se acercara a ti, pero ahora eres adulta y él hubiera respetado tu decisión. Lo sabes. Entre vosotros existía un vínculo muy especial y, aunque no esté, no hay nada que pueda borrarlo. Tu padre, de estar aquí, le hubiera dicho unas cuantas cosas a esa mujer, estoy segura, pero nunca te hubiera impedido que la conocieras.

—Lo sé. Claro que, esa posibilidad nunca se habría presentado. Está claro que solo me ha llamado cuando ha sabido que mi padre ya no está.

—Eso creo yo también. ¿No te planteó venir a verte?

—No, me dijo que a ella le resultaba imposible, que pensara en la posibilidad de viajar a Londres.

—Puede que quiera pedirte dinero… ¿No te ha pasado por la cabeza?

—Sí, no te lo voy a negar.

—¿Qué le dijiste?

—Que no quería saber nada de ella, y que no me molestara más.

—¿Cuánto tiempo hace que te llamó?

—Una semana. No ha vuelto a intentarlo.

—No sé qué decirte, Chloe. Piénsalo. Si sientes curiosidad por verle la cara, te apoyaré, por supuesto. Podrías plantearte viajar a Londres y conocerla. Hasta podría acompañarte si quisieras.

—No, Paige, te lo agradezco, pero no quiero saber nada de esa mujer. Nunca ha estado en mi vida, y tampoco quiero que esté ahora. Ella decidió lo que quería y yo decido ahora. ¿Crees que voy a salir corriendo porque me ha llamado?

—Decidas lo que decidas, me parecerá bien.

Cuando salgo de la casa de Paige me siento como si mi cabeza fuera a explotar.

Me subo a mi coche y, antes de ponerlo en marcha, escucho el sonido de un mensaje en mi teléfono móvil. Se trata de Madison y me puede la curiosidad.

> Como has bloqueado a Lance, me ha pedido que te transmita yo la invitación. Mañana iremos al concierto de The Sky. ¿Te animas? Tenemos cuatro entradas, también vendrá una «amiga» de Lance.

Lo he tenido que leer tres veces para creérmelo.

Las comillas que adornan esa palabra me han llegado al alma.

¿Bloquear? Yo no he bloqueado a nadie.

¿A qué viene este juego sucio?

Es cínico, cruel… ¡Innecesario!

Sujeto con fuerza el volante… Tanto que llega a dolerme. Respiro hondo. Expulso el aire lentamente.

—¡Maldita sea! —grito en voz alta.

¿Acaso he estado viviendo en una realidad paralela?

¿Cómo se puede derrumbar un mundo aparentemente «normal» en cuestión de días y dar un giro de estas dimensiones?

Podría seguir haciéndome preguntas en este momento, podría llorar, patalear, preguntarme mil veces ¿por qué?; podría analizar en profundidad mi vida, el universo, y la condición humana. Podría… Pero no lo voy a hacer.

Tampoco voy a contestar a ese despreciable mensaje.

Solo voy a hacer dos cosas.

Una, bloquear a esos dos impresentables, esta vez sí que lo voy a hacer.

Dos, sonreír.

Esta vez no necesito que nadie guie la comisura de mis labios.

Siento una paz extraña.

Capítulo 5

Chloe

Hoy debo reunirme con mi jefe para valorar las revisiones que hice en unos contratos de un cliente correspondientes a unas operaciones con una empresa suiza. Es un trabajo que me ha llevado más de una semana, pero creo que he conseguido con éxito localizar todos los puntos que deben ser modificados, o que podrían convertirse en «jaulas», como solemos decir al referirnos a los conflictos más improbables; pero que tienen una posibilidad, aunque sea pequeña, de producirse. Esa es la política del bufete y de mi trabajo en general. Buscar una aguja en un pajar. Esas agujas pueden llevar al traste operaciones millonarias.

Han pasado dos días desde que visité a Paige y mi mundo, aunque sigue siendo plano y carente de emociones, parece empezar a entrar en fase de calma.

Aunque el asunto de la llamada me sigue persiguiendo, suelo apartarlo de mi cabeza imaginando todas las consecuencias negativas que podría tener el contacto con esa persona. La lista es tan larga… Claro que, la mayor parte de ella está confeccionada con situaciones surrealistas que rozan la estupidez más absoluta… Pero a mí me consuelan, incluso me divierten.

He imaginado a una mujer con dos cabezas, a una mujer que lidera una secta y quiere secuestrarme; una líder de una organización terrorista dispuesta a incorporarme a su lista de fieles; una bruja; una estafadora profesional; una farsante que ha robado la identidad de la verdadera persona que afirma ser… Y una larga lista de gilipolleces de todos los colores que me calman y hacen que me sienta satisfecha y orgullosa de haber rechazado la propuesta del encuentro con esa mujer.

Saludo a los recepcionistas, al guarda de seguridad, me canso de esperar el ascensor, y subo hasta la tercera planta utilizando las escaleras. Entro en mi despacho, me deshago de todo lo que me sobra

y me dirijo directamente a la sala de descanso.

Es una amplia y preciosa sala, decorada con muchas plantas artificiales y sillones incomodísimos, pero originales, destinada a exponer todas las quejas, todas las críticas y todos los lamentos respecto a nuestro trabajo y nuestros jefes. Un desahogo necesario que, acompañado de una buena dosis de café y cotilleos, nos ayuda a funcionar e incluso a rendir mejor.

Hoy, como suele ser habitual, las quejas provienen de Miller, un compañero que utiliza la sala incluso para criticar el papel higiénico.

Sarah, a su lado, con una cara de querer que la engulla la tierra, me mira y aprovecha un descuido de Miller para poner los ojos en blanco.

Sarah es la única persona en el bufete con la que tengo una relación más estrecha.

—¿De qué se trata esta vez, Miller? —le pregunto mientras me sirvo un generoso vaso de café.

—Llevo un año esperando poder pisar la delegación de Berlín. —Se apresura emocionado a explicarme—. Promesas, promesas… Y se la han dado a Douglas.

—¿No te interesa otro destino? —le pregunto con la intención de indagar sobre ellos.

Sarah me hace una señal con los brazos para que desista de preguntarle y me echo a reír. Tal y como ella temía, Miller nos proporciona una aburrida explicación que nos cuesta digerir e incluso cortar.

—Si no fuera por esa bruja de Londres, Hill, me iría mañana mismo. —Confiesa Sarah.

—Yo creo que es exagerado. Creo que Nancy nos contó un drama —intervengo refiriéndome a la compañera que nos narró su horrible historia en la sede de Londres debido a una jefa que le hizo la vida imposible.

—No es la única que lo ha comentado, Evelyn también narró episodios muy desagradables con esa mujer —protesta Sarah haciéndome una mueca de fastidio.

Yo solo he hablado en una ocasión con esa mujer de la delegación de Londres, vía telefónica. Es cierto que no era muy agradable conversar con ella, pero siempre me ha parecido que Evelyn y Nancy exageraban un poco, especialmente porque su paso por Londres no fue precisamente voluntario.

—Pero es un portento delante de un tribunal. —La defiende Miller—. Yo nunca he tenido problemas con ella. Incluso diría que me dio un trato especial. Hasta la descubrí alguna vez sonriéndome de

una forma que…

—Tengo que marcharme —dice Sarah saltando del sillón en forma de fresa.

—Y yo. —Finjo consultar mi reloj y sigo a Sarah—. Adiós Miller.

—Os vais a perder la mejor parte.

Ni ella ni yo le contestamos.

En el pasillo, ambas nos miramos y nos echamos a reír.

—¿Te imaginas a alguien mirando embobado a Miller? —Me suelta Sarah.

—Sarah… a ti te he pillado varias veces haciéndolo… Te he visto desde la sala de proyección —le digo haciendo referencia a la sala que está junto a su despacho.

Sarah se echa a reír y me golpea cariñosamente el hombro.

—Vaya, yo creía que no se me notaba… ¡Me has pillado!

Sí, por todos es sabido que la belleza está en el interior, pero es que Miller es el resultado de un rostro desordenado que resulta… ¡Feo! Muy feo.

Cuando nos alejamos unos metros, escucho de nuevo a Sarah.

—Chloe… ¡Me ha gustado escucharte bromear!

—¿Qué quieres decir?

—Que hacía dos o tres siglos que no lo hacías…

Asiento con la cabeza y le regalo una media sonrisa.

Me guiña un ojo y nos alejamos en direcciones opuestas.

Ese comentario me ha llegado a lo más profundo de mi ser, que no sé bien dónde está, pero que últimamente recibe muchas visitas.

Vaya, no creía dar una imagen tan apagada, mucho menos a Sarah que es la persona más cercana a mí.

«Apagada», me repito mientras entro en el despacho de Steven.

Por suerte, la reunión es breve, apenas se alarga más de veinte minutos.

He recibido su felicitación y sus halagos respecto a la revisión de los contratos de Suiza y me siento pletórica.

—Chloe, te faltan muchas áreas en las que trabajar. Podías empezar reforzando adquisiciones.

El bufete tiene como política que todos los abogados, especialmente los que no somos socios, nos formemos en todas las áreas que abarca el derecho mercantil, independientemente de que acabemos especializándonos, por lo general, en una de ellas. Para ello tenemos que pasar periodos en las diferentes delegaciones europeas, solo en algunas de ellas, dependiendo del enfoque que queramos darle a nuestra carrera. Cada delegación tiene un área que refuerza más que otras, de manera que cuando acabamos el «*tour*» podemos tener

posibilidades de un ascenso en la sede central, en la que me encuentro, y así poder trabajar de manera independiente, sin «exceso de supervisión».

—Me faltan muchas cosas por decidir, pero no quiero correr. Y… ese campo no tengo claro que sea el mío.

—Ni lo sabrás si no sales de tu precioso despacho.

—Steven… —Suspiro—. No sé si ahora es un buen momento para hablar de eso.

Lo último que deseo es seguir hablando de este tema porque sé que no va a conducir a nada.

—No quisiera que apuraras el plazo para hacer las rotaciones —continúa, ignorando mi protesta.

—No lo haré —le contesto esquiva.

—Chloe, ya ha pasado un año. Sé que los duelos no tienen una fecha, pero creo que debes empezar a plantearte nuevas metas. Te estás estancando.

—Lo sé, y te aseguro que estoy muchísimo mejor, por eso quiero aprovechar este momento para fortalecerme y pensar en esos nuevos objetivos.

—Tienes una buena oportunidad en Milán, ¿qué te parecería? Y en Madrid también. En esta puedes reforzar todo el asunto contractual. Y… en Londres. El tema de adquisiciones parece que se te da bien —insiste en plantear.

—Lo pensaré —le digo sin disimular mi malestar al tiempo que me pongo en pie dispuesta a desaparecer.

Steven guarda silencio y permite que me vaya, algo que no sé si es bueno o malo, pero que en este momento agradezco.

Antes de volver a mi despacho, me paso por la sala de descanso. No tengo ganas de encerrarme en él.

No encuentro ningún rostro que me invite a charlar, así que finjo estar interesada en alguno de los diarios de economía que se apilan en una de las estanterías con forma de reloj de arena.

Hay un grupo de compañeros, del departamento financiero, que charlan entre ellos compartiendo los planes de su fin de semana, el que está a punto de empezar en cuestión de horas. Hoy es viernes y solo trabajamos hasta las cuatro de la tarde.

Todos los planes de mis compañeros me parecen aburridos, no hay nada que me llame la atención, pero siempre son mejores que los míos.

Siento una extraña presión en el pecho, una que me sorprende; poco acorde con el momento en el que me encuentro. Se añade una sensación de angustia, como si tuviera que salir corriendo en busca de

aire.

Lo hago.

Me siento atrapada y corro hacia mi despacho. Abro la ventana en busca de aire fresco, pero no es precisamente lo que voy a encontrar en un cálido mes de junio.

Aun así, la sensación de espacio me reconforta y empiezo a calmarme.

Solo diez minutos después consulto mi reloj y me dirijo a toda prisa al despacho de Steven; sé que en pocos minutos desaparecerá del edificio.

Abro bruscamente la puerta, aun sabiendo lo mucho que lo odia, y me encuentro con su perpleja mirada.

—Me voy.

—¿Disculpa? ¿Qué quieres decir?

—Ya lo he decidido y me voy.

Me mira fijamente. Por un momento, me parece que la conversación va a ser demasiado larga y maldigo en silencio.

—¿Alguna preferencia? —me pregunta, por fin.

—Sí, solo aceptaré un destino.

—Y ese destino es…

—Londres. Me voy a Londres.

Si el destino le ha sorprendido no lo ha demostrado: se ha limitado a sonreír y a asentir con la cabeza.

Capítulo 6

Andrew

Bristol, Inglaterra.

Recibir la visita de mi padre al acabar el día, es motivo de alegría, pero que lo haga a estas horas de la tarde, sin mi madre, en mi apartamento de Bristol, es motivo de sospecha. Mucho más si hace solo dos días que hemos estado juntos.

Solo puede haber tres razones: que algo no vaya bien, que quiera sorprender a mi madre con algún regalo y haya agotado las ideas, o que haya discutido con ella por algún tema «transcendental» y esté retrasando la llegada a su casa para, entre otras cosas, hacerse el ofendido; algo que nunca suele funcionarle, pero que nunca deja de intentar.

En el hipotético caso de que alguna vez me enamorara de alguien y decidiera pasar el resto de mi vida con esa persona, algo que ahora me parece imposible de concebir, incluso de pronunciar, me gustaría tener una relación como la que tienen ellos.

Sí, se adoran. No pueden vivir el uno sin el otro, y sus discusiones suelen ser tan absurdas que mi hermano Paul y yo, lejos de preocuparnos, hemos crecido disfrutando y entreteniéndonos con ellas por lo simples que eran y por la forma tan divertida en que solían zanjarlas.

A veces, el motivo de discordia era, y es, un simple objeto que se cambia de lugar «accidentalmente», o una chimenea sin avivar «por descuido», o una de esas cenas a las que mi padre se niega a asistir por «falta de interés»; aunque siempre acabe asistiendo.

Mi padre es médico, igual que yo. Dirige su propia clínica privada junto a mi único hermano, Paul, también médico, en Tetbury, la localidad donde ellos residen, la misma en la que yo he vivido desde que nací hasta que empecé mis estudios en la universidad.

Tetbury cuenta con poco más de seis mil habitantes y pocos de

ellos, muy pocos, no han pasado por la clínica o no son pacientes habituales, hecho que ha derivado en muchas ocasiones en invitaciones a todo tipo de eventos, de los cuales, mi padre solo quiere acudir a la mitad de ellos. La otra mitad suele ser motivo de discordia. El timbre de la puerta me sobresalta y acudo a toda prisa a recibirlo, estoy impaciente por saber el motivo de su visita.

El rostro sonriente de mi padre aparece ante mí mientras alza un brazo mostrando una botella de algo que no reconozco.

—¿Celebramos algo? —le pregunto cediéndole el paso.

—¿No puedo invitar a mi hijo a beber *whisky* sin que haya un motivo?

«Si al menos me gustara el *Whisky*…», pienso.

Hago un esfuerzo y decido servir dos vasos, hace rato que no deja de alabar la calidad del mismo mediante una jerga que solo los amantes de este tipo de destilados pueden entender.

—¿Has discutido con mamá? —le pregunto nada más acomodarme en un rincón del sofá, a su lado.

—No, hace tres días que no discutimos.

—¿Cuál fue el motivo?

—Unas flores que pisoteé en la entrada.

—¡Ajá!

—No las vi —protesta a la defensiva.

—No lo dudo. Entonces, ¿le vas a hacer algún regalo?

—No.

—Entonces, ¿se trata de un problema serio?

—¿Por qué me estás haciendo esas preguntas? —Frunce el ceño intentando endurecer su expresión, algo que, por mucho que lo intente, nunca consigue. Es difícil verlo enfadado.

—Porque intento adivinar el motivo de tu visita.

—He venido a Bristol a hacer unas compras y he aprovechado para visitarte. También quiero hablarte de algo.

Se remueve en el sofá buscando una postura más cómoda, da un pequeño trago del líquido que, según sus palabras, tienes más años que yo, y me mira sonriente.

—¿Qué ocurre? —le apremio. Por su expresión no debe ser grave, pero algo me dice que no me va a gustar.

—No me mires así, no ocurre nada. Solo se trata de un asuntillo que me inquieta.

—¿Paul está bien? He hablado con él esta mañana y…

—Sí, no se trata de él —me interrumpe—, sino de… ti. ¿Sigues viéndote con Olivia? ¿Hay algo… entre vosotros?

Abro mucho los ojos impactado por la sorpresa. No me puedo creer

lo que estoy escuchando.

—Claro que no. ¿De dónde has sacado eso?

—Eso mismo creía yo, pero Margaret y George vinieron ayer a cenar e hicieron comentarios que me confundieron.

—¿Qué clase de comentarios?

—Tu hijo y mi hija esto… Nuestros hijos, lo otro… Hasta bromearon con la idea de tener nietos.

—¿Nietos? ¿Estás hablando en serio? ¿De dónde han sacado esa tontería?

—Hablan como si hubiera algo entre vosotros, algo más serio. Me sorprendió, claro está. Tu madre y yo salimos de la situación como pudimos. Por eso he venido, para que me expliques qué está pasando.

—Papá, no está pasando nada. Ya sabes lo que ocurrió y no ha cambiado nada, excepto que empiezo a estar un poco harto de Olivia; ahora mucho más, después de lo que me has contado. Yo no he tenido ni tengo nada serio con ella. Solo tuvimos unas cuantas citas, ya está. Yo no sabía quién era, de lo contrario no habría tenido nada con ella.

—No podías saberlo, claro está. Que yo recuerde nunca habéis coincidido —añade con su habitual tono calmado.

Margaret y George son amigos de mis padres, buenos amigos. Ellos llegaron a Tetbury doce años atrás, en la época en que yo me marché a la universidad. Los he visto en alguna ocasión, en casa de mis padres, pero no conocía a su hija. Ella nunca ha vivido en Tetbury, sino en Londres. Allí la conocí, en un local de copas, y nos liamos.

—Papá —prosigo, en un intento de dejarlo todo claro de una vez por todas—. La segunda vez, o… quizás la tercera, que la vi me dijo que nuestros padres eran amigos, y ahí decidí alejarme de ella.

—¿Cómo lo supo ella? Olivia tampoco te conocía a ti.

—No lo sé. No le he preguntado, ni tampoco lo haré.

—Puede que te nombrara delante de sus padres y ellos se lo aclararan —especula pensativo.

—Puede ser, es lo que más sentido tiene, sin embargo, no entiendo por qué les habló a sus padres de mí… Claro que, no sé qué clase de relación tienen. Yo no te hablo de… mis citas.

—Puedes hacerlo cuando quieras —me dice sonriéndome de la manera que siempre me reconforta—. Yo tampoco sé por qué les hablo de ti, puede que creyera que ibais en serio. Sus padres tardaron poco en comentárnoslo. Fue cuando hablé contigo de ello por primera vez. ¿Cuánto hace de eso? ¿Tres semanas?

—No lo sé, papá, yo diría que una eternidad. Aunque no me hubiera enterado o no hubieras hablado conmigo, me habría alejado igualmente de ella porque es… un poco pesada, no puedo llamarlo de

otra manera. Pero no parece captarlo. En otras circunstancias se lo habría dejado más claro, pero me pediste que tuviera mucho tacto y que fuera muy delicado, ¿recuerdas?

—Sí, Andrew, sé lo que te pedí. —Afirma con pesar—. Es que ese tipo de situaciones suelen ser muy incómodas. Mucho más para ellos que parecían y… parecen estar convencidos de que hay algo más. Yo no quería que la chica lo pasara mal y que eso creara una situación violenta entre sus padres y nosotros. Esas cosas siempre acaban creando tensión.

—Parece que estemos en el siglo XVIII, esto es absurdo.

—Sus padres, especialmente Margaret, son algo… ¿Cómo te diría? Algo anticuados, o conservadores. Sí, esa es la palabra. Son un tanto protectores con su hija y no dejan de hablar de ella.

—No hemos tenido nada serio, solo unas cuantas citas y en todas… solo… ¡Ya me entiendes!

—Hijo, puedes decirlo claramente, que soy mayorcito. Te refieres a que solo ha sido sexo, ¿cierto?

—Cierto —le digo algo incómodo. No es el tema de conversación que elegiría para hablar con mi padre. Y no será por qué él, y también mi madre, no nos hayan abierto la puerta a hablar con ellos de cualquier tema—. Por eso me cuesta entenderlo. No hay nada que comentar, ni por parte de ella ni de sus padres.

—Londres es infinito, hijo… ¡Qué casualidad!

—Casualidad o no, no hay tema que tratar. Me he alejado todo lo que he podido de ella pensando que así se daría cuenta. La he esquivado muchas veces. Hasta le he dicho que no estoy preparado para tener una relación, pero ella me dice que ella tampoco. Sin embargo, sigue llamándome, a pesar de que la mitad de las veces no atiendo sus llamadas. Y sigue enviando algún mensaje o proponiéndome otra cita, a pesar de que siempre le digo que estoy ocupado. Hoy mismo me ha enviado dos mensajes sin sentido.

—¿Qué te ha dicho?

—Que mañana es jueves y espera verme en Londres. Hace más de dos semanas que se presenta en la cafetería del hospital cuando sabe que estoy en ella, conoce mis horarios. Ahí es donde más complicado me resulta esquivarla. ¡No lo capta!

—El hecho de que el hospital esté tan cerca de su trabajo no ayuda mucho. —Me comenta afligido.

—No, no ayuda. Por suerte, solo estoy en el hospital de Londres dos días, aunque el fin de semana también insiste. Esto se está alargando demasiado.

Trabajo tres días a la semana, de lunes a miércoles, en University

Hospital Bristol, y dos más en el King's College, en Londres. Cerca de este último hay docenas de edificios de oficinas, y en uno de ellos trabaja la protagonista de nuestra conversación: Olivia. Una aventura pasajera, que, lejos de acabar como cualquier otra, me está dando muchos dolores de cabeza, especialmente porque es la hija de los mejores amigos de mis padres.

—Esta situación me incomoda, Andrew. —Me confiesa.

—A mí también, mucho.

—Sus padres hablan como si fuerais novios. Margaret dijo que os estabais conociendo y después…

—¿Después qué? —le pregunto al ver que está sopesando continuar.

—Dijo que le encantaba ser nuestra consuegra.

—¿Y qué dijisteis vosotros?

—En todo momento nos mostramos esquivos; estábamos incómodos. Tu madre y yo hablamos después y por eso he venido a comentártelo. Ella no ha podido, está en casa de la abuela.

—¡Joder! Eso no tiene ni pies ni cabeza. No quiero que esto os repercuta a vosotros. Yo no quiero que ella se sienta mal, ni tampoco sus padres ni tampoco vosotros. Pero no quiero seguir con esta pantomima porque me estoy hartando. Hablaré claramente con ella en cuanto la vea y ya no habrá dudas de ninguna clase.

—Vale, pero te pido que seas delicado.

—Pues es lo que he sido y Olivia no parece entenderlo. Si sus padres hablan de nosotros como si fuéramos… una pareja, la única fuente que pueden tener es ella.

—Está claro que ella quiere algo más y por eso se hace la tonta.

—¿Y qué consigue con ello? Estoy intentando que lo capte siendo paciente y esquivándola, pero tendré que dejárselo muy claro. Te aseguro que nunca me había encontrado en una situación así, claro que, normalmente cuando salgo con alguien, o ella o yo dejamos claro si continuamos o no: no jugamos a esto.

—Hijo, solo intento evitar una situación incómoda con sus padres, que ya los conozco y…

—Sus padres no pintan nada aquí, o no deberían.

—Puede que Olivia solo quiera que seáis amigos. Eso podría explicar su insistencia.

—No, papá, créeme, no es eso lo que quiere —replico enfadado.

—No te enfades conmigo.

—No me enfado, es que… esto es absurdo. Te puedo asegurar que lo que menos me apetece en este momento es tener que lidiar con este tema y plantarme delante de ella para decirle que se olvide de mí.

Pero está claro que lo haré.

—¿Y si se lo dices de otra manera?

—¿Qué quieres decir?

—Que saque ella las conclusiones, que sea ella la que tire la toalla. Si te ve con otra… no habrá conversación alguna, ni malentendidos. Busca una situación en la que ella crea que estás con otra. Sal con alguna amiga, déjate ver.

—¿Estás hablando en serio?

—Claro. Si le dices que no quieres nada con ella, se sentirá mal, humillada y montará un drama, y ese drama, sus padres nos lo trasladarán a nosotros. En cambio, si se desencanta por ella misma, será mejor.

—No veo la diferencia.

—Era una idea. Te ahorras el mal trago de hablar con ella.

—No es una buena idea.

—Resuélvelo como quieras, pero sé delicado.

—¿Delicado haciendo que me vea con otra?

—Eso sería más doloroso, pero menos humillante que si le dices a la cara que no te interesa.

—¿Esa psicología es…?

—A mí me funcionó una vez. Solo era una idea.

Se levanta sonriente, me besa en la mejilla, me da un par de palmadas en el hombro y hace ademán de marcharse.

—¡Eh! No te vayas ahora, tienes que contarme esa historia.

—Eso jamás. Fue hace muchos años, antes de conocer a tu madre. Si quieres toma nota, si no, haz lo que consideres oportuno, pero no quiero que Margaret y George sigan pensando lo que no es y mucho menos que nos molesten con el tema. Hijo, siento que te sientas incómodo por nosotros.

Nos fundimos en un nuevo abrazo.

—Me llevo el *Whisky*, a ti no te gusta.

—Déjalo para la próxima visita que me hagas.

Se echa a reír.

Cuando se marcha tardo en volver a la realidad.

¿Qué he hecho mal?

He tenido la sensación de que mi padre me hacía responsable de una situación que yo no he creado… O quizás no, quizás solo está harto de la montaña que se está creando de un granito de arena. Si Olivia no fuera hija de sus amigos, este tema no sería un tema. Pero al intentar ser delicado, sutil y… mil cosas más he salido perdiendo y teniendo que aguantar a esa mujer, que es muy pesada.

Cuando está conmigo no me habla en esos términos. El hecho de

que insista en verme o aparezca cada dos por tres, me hace creer que está interesada, pero luego se contradice cuando afirma que ella, como yo, no quiere una relación. Entonces, ¿qué quiere?

Sea lo que sea lo que hay en su cabeza, me encargaré de aclararle la situación; no le va a quedar ni una sola duda.

Lo lamento por mis padres, pero si sus amigos no lo entienden no es culpa de nadie, menos mía.

¡Qué manera de complicarlo todo tiene la gente!

En cuanto la vea, se lo dejo claro… ¡Muy clarito!

Por supuesto, no voy a tener en cuenta la idea de mi padre. Es absurda, es inmadura, es… ¡Puede que no esté tan mal!

Capítulo 7

Chloe

Londres, Inglaterra.

Últimamente, tengo una extraña relación con los relojes, o… sería más acertado decir con el tiempo. Creo que nunca antes había tenido tanto protagonismo en mi vida.

En esta ocasión, no dejo de consultar el reloj fantaseando con que, por alguna extraña razón que prefiero no analizar, se adelanta una hora. Con eso me conformaría. Es justo el tiempo que me queda para salir del bufete, el de Londres, tras mi primer día trabajando en él.

Estoy deseando de salir por la puerta para refugiarme en mi habitación de hotel, mi alojamiento provisional hasta que me asignen un apartamento; pero eso será dentro de tres días. También un coche, que me entregarán mañana, aunque no tengo muy claro, por lo que he observado esta mañana, que el tráfico de Londres me anime a conducirlo; al menos, no con mucha frecuencia.

Desde que salí del despacho de Steven con la decisión de trasladarme a Londres, solo han pasado seis días; seis largos días en los que apenas he tenido tiempo para respirar.

Steven me confirmó el traslado al día siguiente, a pesar de ser sábado. Lo hizo con la buena intención de que pudiera organizarme e iniciar los preparativos, ya que mi vuelo había sido reservado para cuatro días después. Por supuesto, le pedí algo más de tiempo, pero al parecer, la incorporación debía ser a finales de esta semana; la otra opción era esperar tres meses más.

¡Qué locura! Fue una carrera contrarreloj. Solo tuve tiempo de preparar una maleta para sobrevivir una buena temporada, despedirme de Paige, ordenar mi apartamento…, ¡para encontrarlo decente a mi vuelta!, y acudir a Inwood Hill Park. Un oasis de naturaleza al norte de Manhattan; el lugar donde esparcimos las cenizas de mi padre atendiendo su voluntad; una voluntad que nos

trasmitió cuando su muerte no era ni siquiera una sospecha.

Ese lugar tiene mil recuerdos familiares, incluyendo a mi abuela y también a Paige, cuando se incorporó a nuestras vidas.

No fue una buena idea acudir a ese lugar, solo conseguí romperme y tener que enfrentarme a muchos recuerdos que todavía me duelen sin piedad, pero… era mi forma de «hablarle» de mis nuevos planes. Paige se ofreció a acompañarme, lo que supuso que la tristeza fuera por partida doble.

Y… tras esos días de ritmo frenético, me encuentro en Londres, dispuesta a subir un pequeño escalón en mi carrera dentro del derecho mercantil. Claro que, hoy, mi primer día, no es el más indicado para creer firmemente en ello.

He conocido a la «señorita Hill», como desea que la llame todo el mundo, aunque también estoy segura de que, si existiera la más mínima posibilidad, nos haría llamarla «majestad».

Debe rondar los treinta. Es guapa y viste de forma elegante e impoluta, pero es la mujer más altiva y antipática que he conocido hasta ahora, en mis veintiocho años de existencia.

Y yo pensando que Nancy y Evelyn exageraban cuando hablaban de ella…

Es una persona de trato desagradable que en todo momento me ha mirado por encima del hombro.

Nuestro primer encuentro se ha producido en su majestuoso despacho mediante un discurso de bienvenida muy aprendido que seguramente haya pronunciado muchas veces a lo largo de su carrera.

—El mundo necesita a Baker & Finnian —ha empezado a decir refiriéndose al nombre del bufete, el que hace referencia a los socios fundadores—. Ahí fuera hay millones de contratos, transacciones, adquisiciones, tratados, disputas transoceánicas, financiaciones y un largo etcétera, no es cuestión de enumerarlas todas, que requieren y piden nuestra intervención a gritos. Pero solo unos pocos somos los elegidos para representar esta firma, el resto solo están de paso o se limitan a asomar la cabeza.

Me ha costado un gran esfuerzo no mostrar lo ridículo y forzado que me ha parecido su discurso.

—Te conviene llevarte bien conmigo —ha continuado—, ganarte mi respeto y, a poder ser, impresionarme, aunque eso lo veo más complicado. No soporto a los «becarios» que vienen de la sede central con aires de superioridad. Si quieres escalar en este lugar tendrás que llevarte un informe favorable de tu paso por nuestro bufete, o acabarás cubriendo vacantes sin importancia fruto de bajas laborales o refuerzos puntuales. Aquí puedes aprender, es lo que te ofrezco, pero

no vayas de lista, detesto a ese tipo de personas. Puedes llegar lejos, estar de paso, quedarte en lo más bajo o… simplemente asomar la cabeza.

He conseguido felicitarme a mí misma por ser capaz de no mostrar ni un solo movimiento en mi rostro que me delatara. De haber podido actuar con libertad, le habría hecho tragar el lapicero con forma de balanza, le habría atado su larga trenza al perchero y habría vomitado en sus pies, pero… no lo he hecho.

Steven me advirtió del carácter de esta mujer, pero me aconsejó que hiciera mi trabajo y que aprendiera, porque si algo podía obtener, al margen de su carácter cargado de prepotencia, era un gran aprendizaje. Los retos diarios del mundo mercantil que trata este bufete son una gran oportunidad para formarme.

Pero ese discurso era innecesario y hasta diría que ridículo.

Y lo que más me ha molestado, ha sido escuchar una y otra vez cómo se dirigía a mí como «becaria».

¿Becaria? Estoy segura de que debimos obtener el título en la misma fecha, año arriba…, año abajo.

Después de su bienvenida, me ha asignado al equipo de Thomas, un compañero del departamento de derecho marítimo que se ha encargado de mostrarme los diferentes departamentos, y de presentarme a mis futuros compañeros: todos ellos me han dado la bienvenida de una manera cordial, solo cordial. Incluso he conocido a Harper, uno de los tres socios de esta delegación, que me ha brindado el mismo recibimiento cordial que el resto. Solo la señorita «discursos baratos» me ha recibido a patadas.

—Trata siempre así a las nuevas incorporaciones —me ha aclarado Thomas tras cruzarnos con ella en un par de ocasiones y escuchar otra retahíla de gilipolleces.

—¿A todo el mundo?

—Si te soy sincero, creo que tiene debilidad por los que venís de Estados Unidos, bien de la delegación de Los Ángeles, como de la sede central.

—Eso es interesante. Daría para un estudio —le he dicho consiguiendo que nos echemos a reír.

—Pero no te preocupes, suele ser más tratable cuando pasan unos días. No te enfrentes a ella si no es necesario. Así conocerás su lado bueno.

—¿Lo tiene?

—Digamos que puedes aprender mucho a su lado. Hill domina muchos campos, a pesar de su juventud, pero es que se ha formado junto a Beckett, uno de los socios. Ya lo conocerás, aunque suele pasar

mucho tiempo fuera. Es familiar suyo. Hill empezó a interesarse por el derecho cuando aún llevaba pañales.

Ha sido agradable tratar con Thomas. Me he llevado una impresión muy buena del funcionamiento del bufete, incluso he tomado nota mental de algunos puntos en su forma de derivar los asuntos menos importantes que podrían funcionar en Manhattan. Un tema que siempre ha sido nuestro talón de Aquiles y que, a día de hoy, todavía es motivo de discordia entre algunos compañeros.

Vuelvo a consultar mi reloj por quinta vez en dos minutos. Debo abandonar la sala de descanso, una que está completamente vacía, y que aquí la llaman *Paradise*. Muy original, claro que sí.

He vuelto a intentar beberme un té, necesito algo caliente, pero no he conseguido pasar del primer trago. ¡Me parece odioso! Siempre me lo ha parecido.

Todavía queda una hora para que abandone el edificio. Tengo un dolor de cabeza tremendo y en el botiquín de mi despacho no he encontrado nada que lo aliviara.

Decido probar con un café, puede que la cafeína me ayude, aunque a este paso lo que va a conseguir es matarme. ¡Es muy fuerte y concentrado! Cuando el trago de café lo acompaño con unas muecas que, seguro resultan espeluznantes, aparece la señorita Hill.

Estoy convencida que ha entrado en esta sala porque sabía que yo me encontraba aquí. Thomas me ha dicho que ella nunca la frecuenta. Debe necesitar otra dosis de intimidación.

Se dirige al otro extremo de la sala, caminando despacio, dejando que el repiqueteo de sus tacones sea una tortura. ¿Cómo podrá pasar todo el día subida a esos zapatos? Seguro que guarda unas deportivas en su despacho.

Se apodera de una botella pequeña de agua y vuelve a pasar junto a mí con la misma pose, pero antes de salir se detiene.

Centra su mirada en la taza que sostengo.

—Le iba a sugerir una marca de té, pero por un momento, he olvidado que era americana.

—Puede sugerírmelo de todos modos, quizás mañana me anime a probarlo.

—¿Va a volver mañana, señorita Handley? —me sorprende preguntando, aunque no sé si la sorpresa viene por la pregunta en sí o por no haberme llamado becaria.

—Claro, ¿hay algún motivo para que no lo haga?

—Solo quería asegurarme de que ha entendido la política de nuestro bufete y no va a salir corriendo.

Podría decir tantas cosas…

Sentiría tanto placer al hacerlo…

Pero acudo al sentido común y él me hace decir:

—No voy a salir corriendo.

Tras mi declaración de intenciones desaparece de mi vista, para mi alivio.

No voy a salir corriendo, pero ganas no me faltan.

Cuando empecé en el bufete de Manhattan, no me lo pusieron fácil, entendí rápidamente que eran exigentes desde el principio. Pero se trataba de una exigencia dentro de la más absoluta cordialidad. La forma que tiene esta mujer de dirigirse a mí, no me gusta, y no estoy muy convencida de que solo sea un trato *a priori* ni que lo haga con todo el mundo. Hay algo en sus ojos que me dice que no le caigo bien y que nunca lo haré. Y hay algo que me dice también que voy a tener que esforzarme mucho para que esa mujer me tenga en consideración, deje de llamarme becaria y esté dispuesta a dejarme trabajar en paz.
Con la moral por los suelos, aunque sin haber perdido la esperanza, salgo del edificio dispuesta a cobijarme en mi confortable habitación de hotel.

Tal y como Thomas me ha aconsejado, me dirijo a la esquina de la siguiente manzana para poder localizar un taxi. Según me ha contado, las posibilidades en este punto son mayores.

En los siguientes quince minutos no aparece ningún taxi, lo que significa que voy a tener que esperar mucho más o desplazarme algunas manzanas más.

Tres minutos más. Por fin, aparece uno desde mi izquierda. Al verme se detiene, aunque me pasa de largo unos pocos metros.

Cuando estoy a punto de llegar a su altura, observo una figura que aparece de la nada y tiene las mismas intenciones que yo, e incluso se apresura a abrir la puerta.

—¡Eh! ¿Qué haces? —le grito indignada mirándolo perpleja—. Lo he llamado yo primero.

Gira la cabeza en mi dirección y me encuentro con un rostro que me impacta. Es un rostro sonriente, perteneciente a una… representación de la belleza masculina, con unos ojos de color miel que me han dejado clavada al suelo.

—En eso te equivocas. Deberías ser más rápida.

—¿Más rápida? No estabas aquí cuando lo he visto.

—Se ha detenido delante de mí, no de ti… Por algo será.

—Sé bien lo que ha pasado. No estabas ahí, has surgido de… la nada.

—¿En serio he hecho eso? ¡Increíble!

La belleza masculina es imbécil.

—¿Ya se han decidido? —nos apremia el taxista con un tono que deja poco margen para seguir discutiendo.

—Sí, está decidido. —Le informa el desconocido. Suelta la maneta, da un paso atrás y luego hace una reverencia.

Lo miro mientras entro en el interior. Se acerca a la puerta impidiendo que la cierre.

—¡Me debes una…! —murmura con un tono de voz que me deja helada, acompañando las palabras con una mirada y una sonrisa que hacen que mi cuerpo se estremezca, de extremo a extremo.

Cierro la puerta algo confundida y le indico al taxista el nombre del hotel.

Veinte minutos después, cuando me bajo del taxi, todavía me tiembla el cuerpo. Tengo la mirada color miel metida en el cerebro y no consigo entender por qué me ha impactado tanto.

Y sí, sigo pensando que ha salido de la nada y que me ha robado el taxi.

Capítulo 8

Chloe

Hace más de una hora que dejé atrás el bullicio de Londres en dirección a Tetbury, el lugar donde vive la mujer que afirma ser mi madre.

Confieso que, desde que me llamó por primera vez, en muchas ocasiones, me ha cruzado por la cabeza conocerla, especialmente desde que hablé el tema con Paige. Debo admitir que mi elección por trabajar en Londres, podría…, solo podría, haberse visto un poco influida por esa idea, pero no esperaba que fuera a producirse tan pronto; me hubiera gustado meditarlo con más tiempo.

Dos noches atrás, cuando llegué al hotel, con la moral por los suelos, después de mi primer día en el bufete, esa mujer se comunicó conmigo para decirme, una vez más, que quería conocerme. Me pareció algo sospechoso que volviera a llamarme nada más pisar Londres, pero no imagino de qué forma podría haberlo averiguado.

En un principio, me negué y no le desvelé dónde me encontraba, pero hubo unas palabras que me hicieron cambiar de parecer.

—Ojalá pudiera visitarte, pero estás muy lejos y desgraciadamente no cuento con tanto tiempo. Chloe, estoy enferma y me gustaría conocerte antes de… emprender mi viaje.

Creo que esas palabras fueron las que hicieron que ahora me encuentre camino de ese pueblecito en el corazón de los Cotswolds.
Estoy temblando desde que salí de Londres, no solo por el motivo de la visita, sino porque me siento muy insegura conduciendo desde el lado derecho y circulando por la izquierda de la carretera.

Solo son noventa millas. Es lo que llevo repitiéndome un buen rato, cuando siento que no voy a llegar nunca.

Viajar hasta Tetbury mediante otro tipo de transporte no me ha parecido una buena opción, así que me he decantado por subirme a este precioso coche, gentileza del bufete. No es un coche de alta gama, ni nada parecido, pero es bonito y puede cubrir todas mis necesidades

mientras permanezca en Londres.

Me lo entregaron ayer y solo lo conduje para llegar al hotel. Fue toda una aventura, o más bien toda una pesadilla de la que prefiero olvidarme.

Suspiro por quinta vez en un minuto e intento disfrutar del paisaje. Si pienso en el motivo por el que estoy recorriendo este trayecto, seguramente acabe por darme la vuelta y volver a la ciudad.

Hace rato que he dejado atrás la autopista y me he adentrado en una carretera que une varios pueblos del sureste de Inglaterra.

El paisaje se ha transformado drásticamente presentándome poco a poco las campiñas inglesas, distintivas de esta zona del país.

No dejo de admirar las grandes extensiones de hierba y el color verde tan intenso que reflejan.

Es un paisaje hipnótico, dominado por una sensación de calma que hasta me hace estremecer. Incluso el hecho de poder contemplar el cielo despejado, por primera vez desde que llegué, me sorprende.

A medida que me acerco a Tetbury, el aire se llena con un aroma floral dulce que me agrada. Puedo distinguir el pueblo a poca distancia y mi cuerpo reacciona con la cercanía. El corazón empieza a latirme más deprisa, igual que la respiración.

El cosquilleo molesto que siento a la altura del estómago no me ayuda a calmarme, pero no puedo hacer nada para impedirlo.

Solo puedo intentar relajarme. Para ello, me detengo en un arcén de la carretera y me bajo del coche. Respiro hondo y miro a mi alrededor.

Consigo calmarme, aunque necesito un buen rato para ello. Por primera vez, soy consciente de lo lejos que estoy de casa y de lo mucho que ha cambiado mi vida en cuestión de una semana.

¿De verdad estoy a punto de conocer a la mujer que… me trajo al mundo?

Siento como si estuviera traicionando a mi padre, pero intento consolarme pensando que él, tal y como me dijo Paige, me habría animado a saciar mi curiosidad.

Nunca me habló mal de ella. Me contó la verdad, por capítulos, conforme fui creciendo y preguntando, pero siempre intentó que entendiera que no siempre se puede comprender la actitud de todo el mundo. Y sobre todo… se encargó de que nunca la echara de menos.

Satisfecha con la calma conseguida, me vuelvo a subir al coche y recorro el último tramo que me separa de conocer a esa mujer.

Recorro las primeras calles de Tetbury, asombrada de la elegancia de sus casas y de sus calles empedradas.

Tetbury es conocido, entre otros aspectos, por ser la segunda

residencia de muchas personalidades pertenecientes a la élite londinense. Un destino de lujo en el corazón de los Cotswolds. Eso es lo que he leído sobre este lugar.

Localizo el camino por el que debo desviarme, uno que conduce hasta un parque, el lugar elegido para nuestro encuentro.

En un principio, ella me propuso que nos encontráramos en su casa, pero yo me negué alegando que quería un lugar menos íntimo. Aunque no se mostró muy satisfecha, me dio las indicaciones de este lugar.

Y… aquí estoy.

Detengo mi coche junto a un vehículo oscuro que se encuentra delante de la puerta de hierro que delimita el perímetro del parque; el único acceso, por lo que he podido comprobar. Me dirijo hacia la entrada lentamente. Al pasar junto al coche oscuro, una mujer más o menos de mi edad, baja la ventanilla y se dirige a mí. No puede ser ella, es demasiado joven.

—Tú debes ser Chloe —me dice con una sonrisa dulce y una voz casi susurrante. No espera a que le conteste—: Caroline está dentro, a pocos metros. En el camino principal verás unos bancos de piedra, junto a unas estatuas de animales. Es su lugar preferido del parque.

—Y tú eres…

—Natalie. —Me ofrece una sonrisa y asoma la mano por la ventana para estrechármela—. He acompañado a Caroline, está un poco débil.

Asiento con la cabeza mientras estrechamos la mano para, acto seguido, alejarme en la dirección que me ha indicado.

Avanzo por el camino sintiendo el crujir de algunas hojas bajo mis pies. Me parece un sonido escalofriante… quizás porque esa es la sensación que me acompaña.

Sigo avanzando mientras observo los grandes árboles que bordean el camino, así como la inmensa variedad de flores coloridas que los rodean.

Sin duda, es un rincón espectacular, aunque no me gusta el silencio que lo envuelve. No se escucha ni siquiera el cantar de los pájaros. Tengo la sensación de estar atravesando un cementerio.

Algo me alerta cuando localizo los bancos de piedra: me sorprende que no haya nadie en ellos.

No puede haber duda: solo hay un camino, solo unos bancos y también los animales que esa mujer ha descrito.

Por un momento, los engranajes de mi cerebro trabajan a toda velocidad y empiezo a imaginar situaciones surrealistas, a cuál más retorcida y… hasta peligrosa. Pero una voz me interrumpe y me devuelve a la realidad.

—Hola, Chloe.

La voz es algo lejana. Deduzco de dónde proviene y bordeo un conjunto de árboles que se encuentran a mi derecha. Me encuentro con una pequeña fuente de piedra circular en cuyo borde está sentada ella.

Siento un escalofrío que me recorre todo el cuerpo cuando la veo.

Se levanta lentamente y da dos pasos hacia mí, pero se detiene. Me adelanto a tenderle mi mano y responde lentamente tendiéndome la suya.

Su palidez parece haberse transmitido a su mano, aportándome una sensación fría y frágil.

Aunque su rostro está ligeramente maquillado, no ha conseguido disimular el cerco oscuro que rodea sus ojos.

Está muy delgada. Luce un recogido desenfadado a la altura de la nuca que deja caer un mechón rizado sobre sus mejillas. Viste un pantalón oscuro y una blusa blanca, acompañada de una ligera prenda de abrigo que descansa sobre sus hombros.

—Me estoy viendo a mí misma con veinti… pocos años —me dice con una voz clara y dulce.

Eso mismo me ha parecido a mí, pero he preferido apartarlo de mi mente. Sin duda, el parecido es muy grande.

—Hola, Caroline —le digo por fin esforzándome por pronunciar las palabras en un tono menos frío del que quiero mostrar.

—Debo sentarme, no estoy cómoda de pie. ¿Te importa?

—No, adelante.

La sigo y me siento a su lado, algo alejada. Sus movimientos son lentos y parece tener dificultades para encontrar una postura cómoda.

—Eres muy guapa, Chloe.

—Gracias.

—Esta situación es muy extraña.

—Sí, lo es.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué…?

—Por qué, ¿qué? —repito fríamente marcando el tono que deseo en nuestra conversación.

—¿Qué te contaron sobre mí? —Esta vez lo intenta con un nuevo enfoque.

—Escúcheme…

—Tutéame, por favor.

Dudo un momento y decido hacerle caso.

—Escúchame. He venido porque sentía curiosidad, solo eso. No necesito preguntar… te nada ni profundizar en ningún tema. Si no hubiera estado trabajando en Londres, no habría venido. Así que… la

cercanía y la curiosidad es todo lo que me ha traído hasta aquí.

—Solo dime qué te contaron sobre mí —pronuncia con una voz más clara que la anterior.

—Me contaron la verdad. Que no estabas interesada en ser madre. ¿Me mintieron? ¿Hay alguna historia emocionante que lo desmienta?

Baja la cabeza y niega con la cabeza.

—Yo… no estaba preparada para ser madre.

—Yo no te he pedido explicaciones, ni te voy a reprochar nada. Es que… no me interesa. Nunca has existido en mi vida, más allá de una cuestión biológica, así que… como te he dicho, solo sentía curiosidad.

—Mi padre estaba enfermo y… tenía que ayudar en casa. La maternidad era algo que no podía permitirme.

—¿Cómo me localizaste? —le pregunto intentando que deje de hablar de ese tema. Me incomoda.

—Contraté a una persona para que lo hiciera —me aclara con un hilo de voz que evidencia su fragilidad—. Solo tenía el nombre de tu padre y… que podías vivir en Nueva York, pero no estaba segura.

—¿Esperaste a que mi padre no estuviera? ¿Creíste que así sería más fácil hablar conmigo?

—Chloe, lo hice cuando supe que estaba… enferma. No supe que tu padre había fallecido hasta que el detective me informó. Siento mucho lo que le ocurrió. Si tu padre estuviera vivo, lo habría intentado de todas formas. Supongo que él habría intervenido…

Me siento molesta escuchando a esa mujer nombrar a mi padre.

—Cuando me llamaste por segunda vez, ¿sabías que estaba en Londres?

—No. Fue toda una sorpresa, no lo mencionaste en la llamada anterior. De hecho, no tenía esperanzas de que te desplazaras desde Nueva York.

—No lo mencioné porque aún no estaba aquí.

—¿Estás por… trabajo?

—Sí.

—El detective me dijo que conservas la nacionalidad inglesa.

—Sí, tengo doble nacionalidad.

—Yo también soy abogada, como tú. Tengo un pequeño despacho en Tetbury desde hace muchos años. Compartimos vocación.

Guardo silencio. No quiero que perciba mi sorpresa al confesarme a lo que se dedica. Me parece increíble que sea abogada también. Mi padre nunca mencionó algo así. Si no recuerdo mal, me habló de que trabajaba en un hotel.

—Cuando conocí a tu padre estudiaba mi primer año de carrera. —Me aclara. Parece que me haya leído el pensamiento—. También

trabajaba en un hotel, allí lo conocí. Pero tuve que dejar los estudios un tiempo y los retomé unos años después. ¿Qué derecho ejerces?

—Mercantil.

—¡Oh! Eso está muy alejado de mí. Yo llevo asuntos civiles, los propios de un pueblo pequeño, aunque me especialicé en penal y también he llevado algunos casos. Mi mundo es muy diferente al tuyo.

No me molesto en aclararle que yo empecé con derecho civil.

—Caroline, creo que ambas hemos saciado nuestra curiosidad. Ya nos hemos visto las caras. Es mejor que me marche. —Me levanto lentamente.

—No quería morirme sin conocerte. Te agradezco que lo hayas hecho posible.

—¿Tan enferma estás?

—Si te soy sincera, no sé si habría intentado localizarte de no haber estado enferma. Puede que más adelante, puede que nunca. Pero lo estoy. No te mentí cuando te dije que no contaba con mucho tiempo. Es en ese momento cuando se siente la imperiosa necesidad de ordenarlo todo y de encontrar algo de paz antes de… partir.

Trago saliva impactada por esas palabras.

—Espero que encuentres esa paz.

—¿Qué le pasó a tu padre?

—No quiero hablar de mi padre contigo.

—¿Estuvo enfermo? —insiste.

—No, fue un accidente. Y… es todo lo que te voy a decir de él.

—Dime si tuviste una buena relación con él.

—Echo de menos a mi padre cada día y lo seguiré haciendo mientras viva. También celebro cada día que pasé a su lado. Nunca sentí la necesidad de tener una madre ni jamás me pregunté qué habría sido de mi vida si la hubiera tenido. Me crie con mi padre y con mi abuela. No sé si esto te dará paz o no, pero nunca te he odiado ni lo hago ahora. Puede que sea mucho más simple que todo eso. Yo… solo quería verte la cara. Y siento que estés enferma. No puedo ni quiero decirte nada más.

—Claro, lo entiendo —dice levantándose—. Solo déjame abrazarte una vez.

No espera mi respuesta. Se acerca a mí y me envuelve con sus brazos. Yo, en un principio, estoy rígida como un palo, pero un segundo después consigo mover un brazo y darle unas palmadas en la espalda. No soy capaz de más.

Me aparto suavemente.

—Adiós, Caroline —le digo apartándome de ella—. Yo… solo puedo desearte… esa paz que necesitas.

—Gracias, Chloe. Sé feliz. Ha sido un placer conocerte y… gracias por venir.

La miro por última vez y me alejo a paso ligero.

Estoy muy confundida. ¿Qué le podía decir a alguien que afirma ser mi madre y que solo quiere verme una vez antes de morir?

Siento angustia y ganas de salir corriendo. Algo me dice que esto, sea lo que sea, no se acaba aquí.

Capítulo 9

Andrew

Ha sido un día muy largo, un sábado eterno. No solo por el número de pacientes que han acudido a las urgencias del hospital, sino por todas las veces que he tenido que buscar un rincón aislado para poder dedicarme a recuperar el control de mi respiración y… el control en general.

Debería sentir satisfacción por salir del hospital y dar por terminada mi jornada, pero ni siquiera eso me consuela. Solo siento algo de alivio por poder respirar aire fresco sin interrupciones.

Debería hacer planes para disfrutar de esta noche. Podría aceptar la propuesta de David, mi mejor amigo, o incluso otras que he recibido de algún otro compañero, pero no lo voy a hacer.

Debería hacer muchas cosas, pero de momento, solo soy capaz de estar plantado en mitad de la calle, con los ánimos a ras del suelo, esperando que un taxi se apiade de mí y me lleve hasta mi apartamento.

Puede que esos ánimos cambiaran si tuviera que disputarme el taxi con una belleza inusual de ojos azul claro.

Es curioso que, después de sentirme como me siento, soy capaz de pensar que volver a ver a esa mujer, podría mejorar lo que queda de día.

Y lo haría…

Se me olvidaría la llamada que recibí ayer por la noche del doctor Mitchell. Se me olvidaría que necesito un cambio urgente en mi trabajo, pero que las posibilidades de hacerlo en poco tiempo no existen.

Cuando llego a mi apartamento, me encuentro a David en el portal. Es mi mejor amigo, médico también.

—¿Qué haces aquí?

—Quería asegurarme de que era verdad lo que me has dicho y no una excusa. Tienes un aspecto espantoso, así que… ¡Te creo! —me

confiesa arrugando la frente.

Me ha propuesto salir esta noche y le he dicho que me resultaba imposible hacerlo porque estaba agotado.

—Y si fuera una excusa, ¿qué? Tú también lo has hecho muchas veces.

—¿Estás enamorado? —me pregunta dejándome perplejo.

—¿Qué? ¿De dónde has sacado eso?

—Mis excusas eran por ese motivo. Si tú no lo estás, no es comparable.

—No tengo la cabeza para…

—Invítame a una cerveza y te dejo en paz.

Meneo la cabeza y abro la puerta del edificio haciéndole una señal con la mano.

No tardamos en acomodarnos. En parte, me alegro de que haya venido, creo que necesito más de lo que creía compartir con él lo que siento después de la llamada.

—¿Solo es cansancio?

—Ayer me llamó Mitchell. De siete meses a un año. Ese es el plazo que ha mencionado para que pueda incorporarme a la plantilla del Hospital de Oxford.

—Eso no sería una mala noticia si tu trabajo actual…

—Me proporcionara algo de motivación —termino la frase por él sabiendo que es algo muy parecido a lo que pretendía decir.

—Contar con el compromiso del doctor Mitchell para obtener esa plaza a «corto plazo», es un logro importante, Andrew, y deberías estar celebrándolo.

—Lo sé, pero ese «corto plazo» me parece una vida entera, o dos.

El doctor Mitchell fue mi profesor en la Universidad de Oxford, donde cursé mis estudios de Medicina, y también es miembro del departamento de investigación en el John Radcliffe Hospital. Un peso pesado en la institución que siempre me ha guiado en todos mis pasos. Pasos que, hasta hace un año y medio, eran firmes, pero que dieron un giro y me llevaron de cabeza a la situación en la que estoy, ralentizando mis planes en la medicina interna, mi especialidad. Aun así, conseguí completar casi en su totalidad mi formación, pero a base de muchos obstáculos.

Mitchell fue el que me aconsejó desvincularme, aunque fuera de forma parcial, del hospital de Londres, el que llevo tiempo deseando perder de vista para siempre, y compaginarlo con un trabajo que me permitiera estar activo en la medicina hasta que pueda incorporarme a Oxford y acabar allí la poca formación que aún me queda, dentro de la especialidad. Pero esperaba que el plazo fuera más corto.

—Toca esperar, David, no puedo hacer nada más. Bristol ha supuesto una vía de escape, pero solo eso. Me está costando compaginar dos trabajos que se encuentran a ciento treinta millas el uno del otro. En este apartamento, de jueves a domingo, y en el que he alquilado en Bristol, de lunes a miércoles… Me está consumiendo tanto desplazamiento. Y si añadimos las malditas jornadas de urgencias… —Resoplo con fuerza—. El caso es que cada vez me las plantean con más frecuencia. Hoy mismo he cubierto a una compañera. Esa fase ya la he vivido y ahora me parece fuera de lugar.

—Lo sé, amigo, creo que nadie mejor que yo te puede entender. Todavía, después de casi… un año y medio, sigo pensando que tu futuro en el King's College se torció por mi culpa. Tenías un camino bien trazado y trabajaste mucho para conseguirlo.

—Es bastante absurdo que te culpes por eso. Sabes como yo que la política del hospital deja mucho que desear. Nos abrió los ojos a los dos.

David denunció a un médico que tenía por costumbre beber antes de sus intervenciones quirúrgicas. La vida de una mujer joven fue la primera consecuencia de ello. A pesar de la gravedad del asunto, David no contó con el apoyo ni de la directiva del hospital ni de muchos compañeros, que interpretaron de la manera más mediocre el concepto de corporativismo.

A pesar de que el médico fue inhabilitado por la justicia y a pesar de que ingresó en un centro de desintoxicación por su adicción al alcohol, el hospital optó por negar las posibilidades de ascenso a David y a todo aquel que le había ofrecido apoyo.

El médico denunciado, aparte de contar con la simpatía de todos, pertenecía a una familia muy adinerada e influyente que invertía muchas cantidades de dinero en los proyectos de investigación del hospital. Cantidades que se rebajaron considerablemente tras el juicio.

Mi apoyo a David también tuvo consecuencias para mí, negándome la posibilidad de optar a una plaza en medicina interna, la misma por la que llevo luchando muchos años y me he ganado con creces.

David se marchó pocos meses después del conflicto y yo, de momento, solo he podido optar por reducir mi jornada y trabajar en el hospital de Bristol, un buen lugar, pero lejano a mis aspiraciones en la medicina.

—Andrew, yo lo conseguí. Ahora estoy encantado en el Royal Sussex. —Me confiesa refiriéndose al hospital de Brighton, donde trabaja desde hace poco menos de un año—. Tú también lo conseguirás. La espera valdrá la pena.

—No tengo una garantía absoluta.

—Sé que Mitchell no te lo habría propuesto si no fuera posible. En cualquier caso, podrías entrar por otra puerta, pero entrarás, al fin y al cabo. Es lo que necesitas. Siempre fuiste el preferido de Mitchell.

Nos echamos a reír y nos dedicamos a recordar viejas anécdotas universitarias, un modo de dar por finalizado el tema y también de disfrutar recordando aquellos irrepetibles tiempos.

—¿Cómo está el asunto con… esa mujer, la hija de los amigos de tus padres?

David conoce el tema de Olivia. Solemos estar al corriente de todo lo que sucede en nuestras vidas, como hemos hecho siempre, desde que nos conocemos. Él está casado con Ashley, una americana maravillosa que conoció un año y medio atrás. Aunque nuestras agendas son distintas, siempre encontramos tiempo para llamarnos o reunirnos. Adoro a esa mujer, especialmente por lo que ha conseguido hacer en la vida de mi amigo: que sea feliz.

—Es curioso, mi padre me ha preguntado lo mismo esta mañana. Pues… no sé nada de ella desde hace tres días, desde que hablé con mi padre del tema.

—¿Eso significa algo?

—Nunca antes, desde que la conozco, ha estado tres días sin «manifestarse» de una u otra manera. Creo que se ha dado cuenta.

—No cantes victoria todavía.

—Gracias, eres único dando ánimos —le digo echándome a reír.

—¿Qué es eso que te gusta tanto de ella? No recuerdo su nombre.

—Olivia. Lo que más me atrae de ella es su necesidad de hablar constantemente de sí misma.

—Entiendo. —Confiesa arrugando la nariz.

—¿Decepcionado? Creo que Ashley te está contagiando sus ganas de que tenga una novia o lo más parecido a ese título.

—No desiste. —Me confiesa echándose de nuevo a reír—. Dice que te va a presentar a alguna amiga suya de Los Ángeles.

—Ya lo intentó con la amiga que vino a la boda.

—Seguirá intentándolo con otra.

—Dile que no quiero ni necesito una novia, y que mucho menos quiero que sea americana.

—Eso le va a doler.

Bromeamos durante unos minutos más sobre las ocurrencias de Ashley y nos despedimos.

«Americana», repito en voz alta en cuanto David desaparece.

Seguro que la belleza de ojos claros es americana. Eso me pareció. Su acento era parecido, aunque no igual, al de Ashley. Claro que, no habló mucho. Pero sí lo suficiente para dejarme claro que estaba

enfadada y que no era inglesa.

¿Por qué me acusó de robarle el taxi?

¿Lo hice?

Probablemente sí, pero ni siquiera la vi.

Y esa mueca que hizo con los labios…

«Has salido de la nada», recuerdo sus palabras.

De la nada…

Ojalá saliera de ella, de esa nada, porque es ahí donde siento que estoy: en «ningún lugar».

Me pregunto si no es preocupante que esté pensando en la americana de ojos claros cuando probablemente no vuelva a verla en toda mi vida.

Capítulo 10

Chloe

—¿Se ha incorporado alguien nuevo al bufete? —le pregunto a Thomas en la sala de descanso nada más entrar. Intuía que debía encontrarse aquí.

—No, que yo sepa —responde pensativo.

—Entonces no lo comprendo.

—¿Qué ocurre?

—Ocurre que, por primera vez en una semana, la señorita Hill —recalco su nombre— ha sido amable conmigo.

Thomas se echa a reír y me señala una enorme tetera.

—No, gracias. No consigo hacerme amiga del té.

—¿Sigues añorando tu café neoyorkino?

—Le seré fiel mientras viva.

—¿Qué ha pasado exactamente con Hill? —me pregunta mientras se sienta en uno de los sillones raros y empieza a jugar con un mechón de cabello que se le ha escapado de su coleta pelirroja.

—Me ha felicitado por la revisión de un acuerdo.

—Eso significa que ya ha llegado la paz. Ya te dije que le dieras tiempo, aunque te confieso que tenía mis dudas. No esperes que sea amable todos los días, pero algo es algo. Si no estás en su punto de mira, celébralo.

Thomas ha sido mi paño de lágrimas estos días. Hace una semana exacta que me incorporé y no ha habido un solo momento, hasta hace una hora, que esa mujer me haya dado un respiro. Su actitud altiva y sus comentarios hirientes no han cesado ni un solo momento. Su necesidad de hacerme creer que está por encima del bien, del mal y de todo lo que habita en el planeta, ha sido constante. «Veo que no tienes ni idea». «Así llegarás muy lejos, becaria», «¿Te has planteado cambiar de profesión?», «No estás en Nueva York, sino bajo mis dominios».

Thomas me ha animado en todo momento aconsejándome que no me enfrentara a ella, pero estaba a punto de perder la paciencia.

Intenté consolarme con mi jefe, Steven, pero acabé sintiéndome mucho peor cuando vi que mis quejas le parecían divertidas y les restaba importancia.

—Tiene un programa muy completo para que le saques provecho a tu estancia. Aprovéchalo. Y deja de quejarte, podías haber optado por Milán o por Madrid —añadió sin perder la diversión.

Por lo poco que llevo en este lugar, sé que esa mujer es un peso pesado, y no se puede negar su nivel de conocimientos en el mundo mercantil. A pesar de su volumen de trabajo, parece capacitada para estar en todas partes al mismo tiempo y… con resultados óptimos. Eso no puedo negarlo. La admiraría si no fuera tan prepotente y narcisista. Eso le resta en todos los sentidos.

Mantiene varias reuniones al día, habla constantemente por teléfono esté donde esté y, además, tiene tiempo para supervisar todo mi trabajo con una precisión y meticulosidad que exaspera y… hasta ofende.

No la soporto, y si lo que me ha ofrecido hace un rato no se trata de una tregua permanente, no sé si voy a poder soportarlo más; no sé si voy a ser capaz de seguir callando.

Confieso que cuando ha entrado en mi despacho con una sonrisa felicitándome por el acuerdo que he redactado en su totalidad, uno en el que he trabajado incluso desde mi apartamento, me ha hecho respirar tranquila.

En fin… Puede que lo peor haya pasado. Nadie puede soportar un trato así durante meses. ¿O sí? ¿Nadie se ha quejado formalmente?

Una hora después, decido salir del edificio para aprovechar mi hora de descanso. Ningún día hasta ahora he podido hacerlo. No entiendo la forma que tienen de trabajar, incluso el resto de compañeros me parecen desangelados. Son cordiales, relativamente amables, pero parecen robots. Claro que, en Manhattan tampoco hay un ambiente maravilloso y cercano. Si no fuera por Sarah…

Cuando salgo del despacho, me vuelvo a encontrar con ella.

—¿Te vas?

No interpreto bien su tono y eso me descoloca.

—Sí, necesito un poco de aire fresco.

—Te irá bien. A veces es mejor salir y cargar las pilas fuera.

Sigue la tregua. ¡Qué alivio!

—¿Querrías estar presente mañana en el planteamiento inicial de una demanda contra una empresa australiana? Es muy compleja.

—Claro, será un placer. Me encantará.

Es la primera vez que me pregunta y la primera que su tono es «normal».

Desaparece de mi vista y yo me descubro sonriendo cuando paso delante de uno de los espejos que adornan el vestíbulo.

Siento que floto al caminar y decido dirigirme al edificio anexo, a una cafetería muy acogedora que llevo días intentando visitar: recomendación de Thomas.

Está situada en los bajos del edificio. La mitad está cubierta y la otra mitad se extiende hacia una zona ajardinada delimitada por columnas que parecen de cristal.

Solo los días en que la lluvia no está presente, que son pocos, se puede disfrutar de ella. Hoy es uno de esos días.

Los rayos de sol se cuelan por las columnas y ofrecen todo un espectáculo para la vista.

Empiezo a relajarme al tiempo que disfruto de un refresco cargado de cafeína, decorado con algo parecido a un jardín botánico.

Parece que la tregua de la señorita insoportable me ha sentado bien. Puede que ello me ayude a apartar por completo la visita de… Caroline. Aunque lo he intentado, me resulta difícil apartarla de mi cabeza.

Cierro los ojos para disfrutar de aquellos inusuales rayitos de sol y cuando vuelvo a abrir los ojos me encuentro con otros que me están mirando fijamente.

Son del color de la miel y los he visto antes. Incluso he soñado con ellos.

Capítulo 11

Andrew

«No cantes victoria tan pronto», fue lo que me dijo David refiriéndose a Olivia.

Tenía razón.

Conforme avanzaba la semana me iba alegrando cada vez más de ver que se iban sumando días a su silencio, que ha durado justo una semana; el reloj de esa alegría se detuvo anoche.

Me envió un mensaje que ignoré por no encontrarme de humor para enfrentarme a ella, y se ha repetido esta mañana, cuando me ha llamado. Aunque no he atendido su llamada, me ha enviado un mensaje, uno más.

> ¿Cuándo nos vemos señor ocupado?
> ¿Cafetería? ¿Fin de semana?
> ¿Alguna sugerencia?
> Te he echado de menos.

Así de ingeniosa y original se ha mostrado.

Tengo claro que esta misma noche la voy a llamar para dejarle las cosas claras. Por esa razón, no pienso acudir a la cafetería, a ninguna de las dos del hospital; por si aparece… No es el lugar más indicado para hablar del tema.

Me desprendo de mi uniforme de trabajo y me dirijo a una cafetería que hay a dos manzanas del hospital. Si algo necesito es tomarme un té tranquilo. Ha sido un día espantoso y presiento que seguirá siéndolo.

Asomo la cabeza desde un lateral de la zona exterior para ver si hay alguien sospechoso y me quedo completamente clavado al suelo cuando veo a la americana de ojos claros sentada frente a una de las mesas que hay en una esquina.

No sé qué hacer. Estoy fascinado observando cómo tiene los ojos cerrados y la cabeza ligeramente alzada hacia arriba.

Es americana, seguro. Ashley se queda igual de absorta cuando hay un rayo de sol.

Me acerco lentamente. No sé qué voy a decirle, pero algo se me tiene que ocurrir.

Cuando estoy cerca, sin que haya posibilidades de que ella me haya descubierto todavía, me enfrento a la peor de mis pesadillas: Olivia está en el otro extremo, mirando hacia donde me encuentro. ¿Qué ha pasado? ¿Me ha seguido? ¡Maldita sea!

Intento no desesperarme y recuperar la calma.

Disimulo para que no vea que he advertido su presencia, al tiempo que una idea se me cruza fugazmente por la cabeza.

No hay tiempo para pensar. Seguramente si lo hago no seré capaz de dar ni un paso.

«Papá, no sé por qué te hago caso», pienso mientras acelero mi paso hacia la belleza americana.

En cuanto estoy a su altura, abre los ojos y muestra su sorpresa alzando las cejas.

—¡Hola! ¿Te acuerdas de mí?

—El que me robó el taxi.

Sí, ese mismo, aunque no se lo digo.

Me acerco hacia ella, la sujeto de un brazo y tiro suavemente de ella mientras consigo que se levante.

—¿Qué…? —dice ella sin dar crédito a lo que hago.

—Hay alguien que nos está mirando y necesito besarte. Por favor, no digas nada, solo será un segundo —le digo tan rápido que no tengo claro que haya podido entenderme.

Sé a lo que me expongo y seguramente me salga mal la jugada, pero creo que me da igual. Ni siquiera tengo claro que lo haga por Olivia.

Lo que está claro es que he perdido el juicio.

Sin pensarlo más, me acerco a ella, que sigue perpleja, y me inclino para besarla. Estoy preparado para cualquier cosa, pero no para que acepte mi contacto.

No sé si son seis, cinco o quince segundos, pero esos labios ligeramente separados, carnosos y de un rojo que deslumbra, saben a gloria.

Separo mis labios de ella y los dirijo a su oído: ¡Me debías una!

Me preparo para cualquier cosa, pero no se produce.

Una voz conocida se encarga de ponerle desenlace a esta locura.

—¡Qué decepción, Andrew! No me puedo creer lo que estoy

viendo.

Ella reacciona ante las palabras de Olivia, da un paso atrás para acabar de separarse de mí y la mira horrorizada. Después me mira a mí con una expresión de odio que me estremece.

Yo me limito a mirar fijamente a Olivia.

¿No podía ver la escena y desaparecer? ¿Tenía que acercarse dispuesta a montar un número ridículo?

Claro que, para ridículo, el que yo siento ahora mismo.

—No es el momento, Olivia —le digo tajante. Puedo jurar que mi mente ha dejado de funcionar.

—¿Con una becaria americana? ¡Qué poca clase tienes! —me dice mirándome fijamente y girándose hacia ella después, hacia la ¿becaria americana? ¿Por qué ha dicho eso?

—Yo… Yo no tengo ni idea de… —Empieza a decir la belleza antes de que Olivia la interrumpa.

—¡Cállate, estúpida! —le dice antes de atravesarme una última vez con la mirada y marcharse a toda prisa.

No sé muy bien qué está pasando. Sé que la situación ha sido absurda, pero algo está fuera de lugar y no sé qué es.

Después de seguir con la mirada a Olivia, sorprendido de que la belleza no se haya vuelto a pronunciar, me enfrento a su mirada azul cargada de odio.

—¿Os conocéis? —le pregunto cuando empiezo a sentir que mi cerebro vuelve a funcionar.

—¿Que si nos conocemos? Es mi jefa, maldito imbécil.

Capítulo 12

Chloe

Durante unos segundos tengo la esperanza de que esto se trate de un episodio de mal gusto que mi cerebro se ha empeñado en recrear mientras duermo.

Todo ha sido un sueño. Mi subconsciente se ha liberado y ha recreado una escena en la que el chico guapo de ojos color de miel me besa y aparece la bruja, que es su novia, indignada por la escena. Ahora me despertaré en mi apartamento londinense y descubriré que todo ha sido un sueño. ¡No! Mucho mejor, me despertaré en mi apartamento de Manhattan y descubriré que todo ha sido una estúpida pesadilla.

—¿Es tu jefa? —Esas son las palabras que se llevan toda mi esperanza.

Lo miro fijamente y me doy cuenta de que, una vez más, como viene siendo habitual en mí en las últimas semanas, soy incapaz de decir nada: estoy demasiado impresionada. No proceso tan deprisa como debería, mucho menos los episodios surrealistas.

Por fin, empiezo a reaccionar. La sangre vuelve a circular dentro de mi cerebro y soy capaz de abrir la boca para decir algo.

—Sí, es mi jefa, tu novia es mi jefa. ¿Se puede saber qué narices has hecho? —le acuso muy alterada.

—No, no es mi novia. —Se defiende el chico increíblemente guapo mirándome con incredulidad y hasta… con lástima—. Yo… lo que he hecho… es una estupidez, está claro, pero no era lo que yo pretendía…

—¿No? ¿Y qué pretendías? Sales de la nada otra vez, me dices que… —Hago una breve pausa recordando— que quieres que alguien te vea, o algo parecido, me besas y… aparece la que querías que te viera besándome y… me mira dispuesta a volver a joderme la vida. ¿Me he dejado algo? —La pregunta ha salido en un tono lo suficientemente alto como para que sienta algunas miradas cercanas

clavadas en mí.

—Lo siento, siento que sea… tu jefa. —Se peina con los dedos y después levanta las palmas de las manos a modo de defensa o… a saber de qué.

—Pero ¿en qué narices estabas pensando? Tú no eres muy listo, ¿verdad? —le digo apretando los puños en cuanto siento que la rabia se está apoderando de mí.

—Déjame que te lo explique…

—No, a mí no, a mí no me tienes que explicar nada, eso se lo explicas a tu novia.

—No es mi novia.

—¿No? Vaya. Pues no parecía muy feliz con la escena.

—Eso es lo que yo pretendía, que ella viera la escena, pero no es mi novia. Todo ha pasado muy deprisa. Te he visto… y… no lo he pensado.

—No se te da muy bien pensar, ¿verdad?

—Todo ha ocurrido muy deprisa —repite moviendo la cabeza—. Te he visto y… como ya nos conocíamos…

—¿Conocernos? ¿Te refieres al día en que me intentaste robar el taxi?

—No, no, no. No intenté robártelo, sigues equivocada. En cualquier caso, te lo cedí… y… como me debías una…

—¿Que yo te debía una? ¿Por cederme un taxi que querías robarme? ¿Y por eso has creído que podías besarme e interpretar esa gilipollez de escena?

—Bueno, esa parte no ha sido tan mala, ¿cierto? —Un amago de sonrisa aparece dibujada en sus labios, pero es fugaz—. Después se ha estropeado, pero hasta ahí… Creo que me has respondido un poquito, ¿no?

—¿Te estás burlando de mí? ¡Eres un cínico! —le acusó sin dar crédito a lo que escucho. El muy gilipollas se lo está pasando en grande. Pero ¿qué puedo esperar?

—Escúchame —murmura borrando la sonrisa—, lo siento, ya sé que es una situación ridícula, lo sé, pero…

—Pero me has jodido, eso es lo que ha pasado. Esa bruja —se me olvida que estoy hablando con su novio o con quien quiera que sea, pero ese nombre es el único que soy capaz de pronunciar para referirme a ella— lleva jodiéndome una semana, una que se me está haciendo eterna, y justo hace un par de horas parecía que se había convertido en un ser humano normal que se empezaba a comportar como… un ser humano normal, pero ¡claro!, el impresentable de su novio se abalanza sobre mí y me besa delante de sus ojitos de bruja…

Y tengo que estar bajo sus órdenes durante seis meses más, seis largos meses que tú te has encargado de que se conviertan en un puto infierno.

—Vaya, es peor de lo que pensaba.

—¿Haces esto a menudo? ¿Qué querías, darle celos? ¿No te parece un poco cutre? ¿En qué siglo vives?

—No eran celos, déjame explicártelo…

—No me interesa lo que hayas hecho, solo lo mucho que me has jodido.

—Ojalá pudiera cambiarlo, pero…

—Claro que puedes cambiarlo —le interrumpo intentando utilizar un tono más suave. No quiero que haya más miradas clavadas en nosotros—. A mí no me tienes que explicar nada, a mí no, sino a ella. Ahora mismo vas a salir corriendo detrás de esa… de la señorita Hill —suavizo más el tono de mi voz— y le vas a contar lo que ha pasado. Me importa muy poco lo que le cuentes respecto a ti, solo quiero que quede clara mi parte de la historia. Le vas a decir que no te conozco de nada…

—Eso no es del todo cierto, algo… sí que te conozco.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿A mí me conoces? ¿Te refieres al día que me robaste un taxi? ¿Otra vez ese puñetero tema?

—Eres tú la que insiste en acusarme, pero… sí, me refiero a ese día. Eso cuenta a la hora de decir que nos conocemos, ¿no crees?

—Estoy hablando en serio.

—Vale, disculpa, solo quería dejar claro que yo no robo taxis.

No me puedo creer que siga insistiendo en ese tema. Estoy a punto de lanzarme sobre él y descargar toda la frustración que siento en este momento.

—Mientras tú te diviertes, yo intento arreglar esto porque es a mí a quien perjudica tu brillante idea, ¿lo entiendes?

—Te vuelvo a decir que lo siento.

—No lo digas más, ¡haz algo! Corre tras ella y dile que yo no te conozco de nada —continúo mientras me esfuerzo en recuperar el control—, y también que me has asaltado tú, y también que…

—¿Asaltado? No me gusta mucho esa palabra. No es lo que pretendía.

—Me quedan veinte minutos de descanso y quiero que los aproveches para dejarle claro a esa mujer lo que ha pasado. Deja clara mi parte, lo demás es asunto tuyo. Aunque te aconsejo que aterrices en este siglo porque eso de darle celos besando a otra… Merece un estudio a fondo.

—No es eso lo que pretendía. —Se defiende molesto—. Mi idea era

que ella presenciara la escena, pero no ha salido como yo quería.

—Deja de perder el tiempo aquí. Ve a buscarla y aclárale lo que ha ocurrido. Cuando yo vuelva a entrar en la oficina, lo tiene que tener todo clarito. ¿Te parece bien?

—Me parece justo, pero…

—¡Vete! —Esta vez se lo imploro. Paso de la rabia a la desesperación. Debe haberlo percibido porque me mira de una forma diferente. Si conoce a la bruja, sabrá de lo que es capaz. He conseguido conmoverlo. Necesito que le aclare este maldito asunto.

—Está bien.

—Vete, por favor. —Le insisto—. No sé cómo va eso de «me debes una», pero creo que ahora eres tú quién me debe una a mí…

—Veré que puedo hacer… Lo siento, de verdad.

Me doy la vuelta bruscamente y tropiezo con la silla en una situación de esas en la que se acaba pidiéndole a la tierra que te trague.

Intento alejarme a toda prisa y me enfrento a unas cuantas miradas de clientes de la cafetería que han debido estar pendientes del enfrentamiento.

Me giro antes de atravesar las puertas de salida y veo que el chico guapo que piensa poco ya no está.

¡Menudo gilipollas!

Salgo del local confundida, temblando y sin saber hacia dónde dirigirme. Tengo esperanzas de que ese hombre hable con ella, pero la verdad es que tengo pocas.

No sé qué ha ocurrido, todavía no he tenido tiempo de asimilarlo.

Esos labios…

Esos ojos de color miel…

Ese contacto…

¡La bruja!

«Que poca clase tienes», me retumban en la cabeza sus palabras.

«Becaria americana», me retumba más fuerte aún.

Esto es una locura. ¿Ese tío sabía que ella era mi jefa?

No, claro que no, ¿qué sentido tiene eso?

Claro que, nada tiene sentido en todo esto.

Me siento en un rincón apartado del vestíbulo del edificio mientras intento calmarme. Cierro los ojos esperando que ese gilipollas esté haciendo algo por arreglar esta maldita situación.

¿Qué más me puede pasar? Desde que llegué a esta ciudad, no puedo decir que me haya ocurrido nada bueno.

Si mi padre estuviera aquí me diría que todo lo malo tiene un sentido y que trae siempre algo bueno detrás.

Recordarlo hace que se me dibuje una sonrisa. Creo que él es el único capaz de hacerme sonreír en este momento.

¿Qué bueno puede traerme esto?

Solo es mala suerte. Ese estúpido se ha cruzado en mi camino para complicarme la vida y…

Me interrumpe el sonido de mi teléfono móvil. En la pantalla aparece un número desconocido que no está entre mis contactos.

Dudo.

—¡Hola! —pronuncio en un susurro al descolgar.

—Hola, Chloe. Soy Natalie, ¿te acuerdas de mí? Nos conocimos hace unos días, en el parque de Tetbury.

—Sí, claro que sí —admito recordando a la mujer que me saludó antes de conocer a… Caroline.

—Siento decirte que… tu madre ha fallecido.

¿Y yo me preguntaba qué más podía pasarme?

La respuesta ha llegado en tan solo unos minutos.

Capítulo 13

Andrew

No sé qué estoy haciendo dando vueltas alrededor del hospital. Necesito pensar con claridad, pero ahora es muy difícil conseguirlo.

¿Por qué Olivia no se ha limitado a ver la escena y desaparecer con las conclusiones bien claras? ¿Tenía que acercarse a decir las tonterías que ha dicho?

«Me has decepcionado», han sido sus palabras. ¿De qué va esa mujer?

El único que ha decepcionado a alguien he sido yo a mí mismo.

¡Qué ridículo!

¡Qué situación más infantil y absurda!

Pero me lo tengo bien merecido. ¿En qué momento se me ha ocurrido hacer algo así?

Sé la respuesta, sé que, independientemente de la presencia de Olivia, me he dejado llevar por la presencia de… No sé cómo se llama. Lo de Olivia ha debido ser una excusa que mi mente ha trabajado con tal de acercarme a ella. Pero podía haberlo hecho de mil maneras distintas…

Y lo peor es que Olivia es la jefa de esa belleza.

«Becaria americana», la ha llamado. Y el tono no era muy amigable, más bien despectivo.

¿Es abogada…?

¿Ha dicho que le estaba haciendo la vida imposible? ¿Seis meses? Ojalá pudiera recordar bien lo que ha dicho, pero estoy confundido de todas las maneras.

Sé que esa chica va a tener problemas por mi culpa, me lo ha dejado claro, pero… ¿qué puedo hacer? Me he comprometido, de alguna manera, a intentar aclarar esto, pero eso no va a ser posible.

No puedo llamar a Olivia. ¿O sí? No creo que quiera escucharme, mucho menos con el episodio tan reciente, pero siento que se lo debo a esa chica. Al fin y al cabo, yo he sido el que la ha metido en esto.

¿Por qué escuché a mi padre?

No, no puedo ser tan injusto. Mi padre no tiene la culpa. Seguro que él, incluso llevando a cabo su idea, no lo habría hecho de una forma tan torpe como la mía.

Nunca me había sentido tan estúpido. Debería haber hablado con Olivia mucho antes. Lo único que he hecho es empeorarlo todo y de la forma más tonta e infantil.

Pero ahora no es momento de reflexiones. Debo hacer algo, pero… no sé qué hacer.

Meto mi mano en mi bolsillo y acaricio mi móvil.

¿La llamo o no la llamo?

¿No es un poco ridículo llamarla para decirle que la belleza no tiene nada que ver en todo esto? ¿Acaso eso va a servir para algo? Seguramente no, pero no me siento bien recordando el lío en el que he metido a la chica americana.

Debo intentarlo.

Presiono en la pantalla sobre el nombre de Olivia. Trago saliva, respiro hondo y espero.

Varios tonos de llamada. No descuelga.

Al menos lo he intentado. Espero que sea ella la que aclare la situación.

Debería sentirme peor de lo que me siento.

Debería estar pensando en la reacción que ha tenido Olivia, en los problemas que podría tener la «becaria americana» por mi culpa, pero… solo puedo pensar en los segundos en los que sus labios y los míos se han acariciado.

¿Debería preocuparme?

Capítulo 14

Chloe

Tal y como imaginaba, la situación ha sido cada vez peor en el bufete.

Ayer, cuando volví de mi descanso, no me encontré con la señorita Hill, u Olivia, o la bruja… en ningún momento.

Desconozco si ella volvió antes o después que yo, pero lo que restó de tarde estuvo reunida. Sin embargo, esta mañana me la he encontrado nada más llegar.

Lo primero que he intentado es hablar de lo que ocurrió ayer. Desconozco si el protagonista de ese tema llegó o no a hablar con ella.

—Señorita Hill, querría aclarar el malentendido de ayer con… ese hombre —le he dicho intentando mostrar un tono de voz que indicara seguridad.

Se ha girado bruscamente hacia mí y me ha mirado de una forma que he creído por un momento que saldría fuego de sus ojos.

—¿Me estás hablando de algún asunto personal? —ha recalcado cada palabra y ha acentuado su mirada cargada de odio.

—Yo solo quería aclarar…

—No te atrevas a hablarme nunca más de algo que tenga que ver con mi vida personal. ¡Nunca! Y ahora ponte a trabajar que para eso estás aquí. Encontrarás sobre tu mesa acuerdos que ya no están vigentes. Busca algo que se nos pudiera haber pasado por alto y redacta las conclusiones. ¡De todos!

—¿Y la reunión del contrato australiano?

—Ya te he dejado claro lo que tienes que hacer —me ha dicho recorriéndome con la mirada de arriba a abajo.

Cada vez que recuerdo todo lo que ha ido ocurriendo durante el día, más me deprimo.

Ya no sé si debo seguir culpando al chico guapo, a esa bruja o al poco valor que he tenido para enfrentarme a ella.

¿Qué me ocurre?

Esto no lo voy a soportar mucho tiempo.

Vuelvo a concentrarme en todos los contratos que decoran mi mesa y suspiro.

Por suerte, mi jornada ha terminado y puedo empezar a disfrutar del fin de semana alejada de esa bruja.

Cuando estoy a punto de salir, la ayudante de esa odiosa mujer entra en mi despacho, cargada con una buena pila de carpetas.

—¿Dónde te las dejo? —me pregunta haciendo equilibrio sobre sus tacones de mil centímetros.

—¿Qué es? —pregunto sospechando de qué puede tratarse.

—Contratos antiguos. Debes crear una nueva base de datos con el programa nuevo. Todos tienen fecha de finalización. Hay veintiséis.

—Déjalos en el suelo —le digo sonriendo, dejándome la vida para que no perciba lo que estoy sintiendo.

—¿En qué parte del suelo? —me pregunta con la característica amabilidad que también a ella, como a su jefa, la caracterizan.

—Elige tú.

Los deja caer con desgana.

—Ahí me parece muy bien —le digo antes de recibir una mirada despectiva.

Siento ganas de llorar. Esto no me puede estar pasando. Todo lo que me ha asignado esa bruja es un trabajo administrativo que a mí no me corresponde hacer. No he venido a este lugar para esto.

Me siento como si estuviera en el colegio, castigada por haber hecho alguna travesura.

Una hora más tarde, me lanzo sobre mi cama. Quiero apartarlo todo de mi cabeza. No quiero pensar en esa bruja ni en el beso de su novio inmaduro, pero sí hay algo a lo que tengo que enfrentarme de forma inmediata.

Me apodero de mi móvil.

—Hola, Chloe —me indica la voz dulce de Natalie nada más descolgar el teléfono—. ¿Has cambiado de opinión?

—Sí. ¿Podrías decirme cuándo y dónde se celebra el funeral?

Capítulo 15

Chloe

Son las doce del mediodía y el sol ilumina con debilidad el cementerio de Tetbury. Las oscuras nubes amenazan con descargar de un momento a otro, pero parece que no lo harán durante la ceremonia que a pocos metros se está celebrando.

El cementerio se extiende en una colina suavemente inclinada, completamente rodeada de árboles de grandes dimensiones.

Antes de iniciar el descenso por el camino empedrado, escucho un motor detrás de mí. Me giro lentamente y descubro la figura de un hombre joven, de mi misma edad, ataviado con un traje muy formal, oscuro, bajando de un coche negro y lujoso.

Nuestras miradas se cruzan y me doy la vuelta rápidamente para continuar mi camino sin detenerme.

Sigo avanzando por un camino empedrado que cubre la gran extensión de hierba que conduce hasta las tumbas y pequeños mausoleos.

Al acercarme, puedo calcular que hay más de cincuenta personas, todas ellas alrededor de la figura destacada de un sacerdote situado ligeramente a una altura superior.

Se trata de una ceremonia religiosa y no puedo dejar de pensar que es el único y quizás último dato que voy a tener de la mujer que en este momento están despidiendo todas esas personas.

Se me atraganta la palabra cuando pienso que se trata de mi ma… de la mujer que me parió.

«Y que la luz divina ilumine su camino hacia la paz y la redención», escucho decir antes de detenerme y hacerme un hueco junto al grupo.

Observo con calma y distancia, sin sentir el peso del dolor que parece envolver a los demás. Yo solo me siento envuelta en una extraña sensación de frialdad. Un «lo que pudo haber sido, pero nunca fue y que nunca necesité que fuera».

La ceremonia se alarga veinte minutos más. Muchos de ellos, especialmente los que muestran más señales de dolor, se acercan al féretro para lanzarle alguna flor.

Natalie aparece a mi lado sin que apenas me dé cuenta y me pone una mano en el hombro. Me ofrece una rosa y me hace una señal, pero niego con la cabeza. Ella asiente mostrando que respeta mi decisión y yo, guiada por un impulso, se la arrebato de las manos y me acerco al centro que cubre el grupo de personas para lanzarla con suavidad.

«Adiós, Caroline», pienso mientras veo cómo choca contra la reluciente madera del féretro.

No sé por qué me he animado a hacer algo tan personal, pero por un momento he sentido que era lo único y lo poco que esa mujer se iba a llevar de mí, además de un encuentro frío.

Natalie me está sonriendo cuando vuelvo a mi rincón y algunas miradas están puestas en mí.

Después de dos lecturas en las que, por un lado, Natalie, y por otro una anciana que no conozco, le han dedicado unas preciosas palabras a Caroline, se da por terminada la ceremonia y decido que ha llegado el momento de abandonar este lugar.

Antes de hacerlo, observo de nuevo al hombre joven que se ha bajado del coche lujoso. Está plantado a unos doscientos metros de mí. Algo en él ha llamado mi atención, pero no sé de qué se trata.

Le sigo con la mirada hasta verlo desaparecer.

—¿Estás bien? —me sorprende Natalie.

—Sí —respondo algo confusa antes de preguntarle algo que me ha rondado por la cabeza durante la ceremonia—. ¿Caroline tenía… marido, hijos?

—No —pronuncia tímidamente mientras se desprende de unas grandes gafas de sol que dejan al descubierto unos ojos ligeramente hinchados por el llanto.

—Quería darte las gracias por llamarme y por proporcionarme la información. Tengo que irme, es que esto es… —Me detengo sin saber qué palabras utilizar.

—Conozco toda la historia, Chloe, no tienes que justificarte. Hace muchos años que conozco a Caroline. Aparte de ser su ayudante, éramos amigas. Sé que la viste por primera vez el sábado pasado, cuando nos conocimos, hace justo una semana.

—Así es…

—Tú debes ser Chloe —me dice una voz femenina a mis espaldas.

Se trata de una anciana que viste de forma elegante. Su expresión es algo severa, pero desaparece en pocos segundos para dar lugar a una débil sonrisa.

—Es la señora Catherine Herbert. —Me aclara Natalie haciéndole un gesto cariñoso a la anciana—. Vive en la casa contigua a la de Caroline.

—Hola —le digo confundida alargando mi brazo para saludarla.

—Me alegra conocerte —me dice la anciana volviendo a su expresión severa.

—Igualmente. Yo… Tengo que irme. Ha sido un placer conocerla.

Natalie me sonríe y me frota cariñosamente el brazo, antes de que empiece a alejarme de ellas.

¿Es una lágrima lo que he visto descender por su mejilla?

Necesito salir de aquí. Siento no haber sido más atenta con la anciana, pero presentía que iba a hablar de Caroline y no quería pasar por una situación tan fuera de lugar.

A Caroline nunca llegaré a conocerla, ni tampoco es algo que lamente.

Ahora mismo solo soy capaz de lamentar la oscuridad que envuelve el lugar en el que me encuentro, a pesar de los frágiles rayos de sol. El lugar en el que descansará la mujer que me trajo al mundo. Una mujer religiosa, abogada, con una amiga fiel llamada Natalie y una vecina llamada Catherine.

Abandono Tetbury con una sensación amarga. Me pregunto qué sentido ha tenido el paso fugaz de Caroline por mi vida. Y me pregunto, también, por qué entre muchas otras sensaciones, la que impera en este momento es la de sentirme sola.

Capítulo 16

Andrew

Se van sumando los fines de semana en los que la palabra «nada» y «gris» se convierten en protagonistas. Se suman las excusas, cada vez más elaboradas, a mis amigos cuando me proponen algún plan, principalmente nocturno, y se suman los dolores de cabeza producidos por una exagerada actividad mental que nunca me lleva a ninguna parte; excepto a dar vueltas y vueltas en círculo sin encontrar la salida. Eso es lo que ha ocupado mi tiempo durante el largo fin de semana.

A ello se suma el hecho de que hoy, el primer día laborable de la semana, lunes, me encuentre en el hospital de Londres para solventar un asunto pendiente, uno que se podría haber resuelto sin que estuviera yo presente, pero que el hospital ha considerado, siguiendo su línea de buena colaboración, que debía solucionar en persona.

Debo admitir que no he luchado en exceso por impedirlo. Podría haber buscado una forma de solucionarlo a través de algún compañero, de esos que me deben muchos favores laborales, pero… había algo en mi confusa mente que me susurraba que cabía la posibilidad de encontrarme con la belleza americana. Pero mi intuición ha fallado: ni rastro de ella.

No es que las posibilidades fueran muy altas, al fin y al cabo, a pesar de la cercanía, el recinto que engloba el hospital y los edificios de oficinas es muy amplio, pero algo de esperanza tenía.

Me habría gustado volver a disculparme con ella. Me quedó un sabor muy amargo el jueves pasado, el propio después de tener una idea ridícula. El viernes también lo intenté, pero… ¡Ni rastro de ella! Claro que… sé dónde trabaja y a lo que se dedica, pero no sé ni siquiera su nombre. Intentar localizarla directamente en el bufete donde trabaja Olivia… no es una buena idea.

Se me dibuja una sonrisa cuando la recuerdo en aquel instante en el que estaba enfadada. Era graciosa su forma de expresarse…

Con la belleza en la cabeza, me dirijo al aparcamiento. Mi siguiente parada es el hospital de Bristol. Me espera una dura jornada y no tengo muchos ánimos para afrontarla.

Para bajar a la planta subterránea, debo atravesar la planta principal de extremo a extremo.

Al hacerlo, me encuentro con la persona que menos puede contribuir a cambiar mi estado de ánimo: Olivia.

No puedo creerme mi mala suerte. Me pregunto qué hace saliendo de la cafetería del hospital. ¿Me está buscando? No puede ser. Hoy es lunes. Mi presencia aquí es una excepción.

No tengo mucho tiempo para decidir si pasar de largo e ignorarla, o intentar aclarar el malentendido. Si no fuera por la belleza, lo tendría claro.

No sé por qué, pero el tema «Olivia» siempre está condicionado por alguien.

Se acerca a mí y me obliga a detenerme. Bien, así no le queda muy clara cuál era mi intención.

Su mirada es… ¿desafiante?

—¿Es que no vas a decir nada? Creo que me debes una explicación.

—Yo no te debo nada, Olivia.

—Me has decepcionado mucho, Andrew, no me lo esperaba de ti.

—Eso se debe a que estabas muy confundida.

—¿Confundida? ¿Cómo no iba a estarlo? Si estás con otra y no me lo dices…

—No estoy con otra. Entre esa chica, la que trabaja contigo, y yo no hay nada. Tuve el impulso de… acercarme a ella y lo hice. No la conozco. No tengo relación con ella de ninguna clase.

—Búscate una excusa mejor. ¡Te vas superando!

—No es una excusa, aún no has entendido que no te tengo que dar explicaciones de nada. Solo pretendo aclararte lo que ha ocurrido respecto a esa chica, nada más.

—Para tu información, esa mosquita muerta no trabaja conmigo, sino para mí. ¿Es que no te lo ha dicho?

Esto empieza a superarme. Ya le he aclarado lo de la belleza americana, no tengo por qué seguir hablando con ella, mucho menos con ese tono de reproche con el que se está dirigiendo a mí.

—Olivia, tengo que marcharme. No quiero discutir contigo ni tengo que darte explicaciones de nada. Ya te he aclarado lo de… esa chica.

—¿Sigues con lo de Handley? ¿La inútil que me han enviado de Nueva York? ¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

Aunque agradezco la información, me resulta repulsivo escucharla

hablar con tanta prepotencia. Esta faceta no la conocía de Olivia. Sí, era pesada, y lo sigue siendo, pero nunca antes se mostró tan altiva. Hasta me revuelve el estómago.

—No deberías hablar así de las personas que trabajan contigo.

—Lo que tenga que ver con mi trabajo, es asunto mío. Esperaba más de ti, Andrew.

Ya me he hartado.

—Ese es el problema, Olivia —le digo en un tono más alto que el que he utilizado hasta ahora—, que esperabas algo que no debías esperar. Nos acostamos dos o tres veces, nada más. El hecho de que no atendiera tus llamadas, ni tus mensajes, ni me volviera loco de alegría cuando aparecías en la cafetería del hospital o… te ignorara cada vez que me hacías una propuesta para salir… debería haberte dado una pista de que… íbamos en direcciones opuestas. Ahora, espero que te haya quedado claro.

—No me puedo creer que me estés hablando así. Resulta que es culpa mía porque interpreté mal lo que había entre nosotros.

—No voy a perder más tiempo, Olivia. Entre nosotros ni hubo ni hay nada. —Hago intenciones de marcharme, pero ella insiste en prolongar esta absurda conversación.

—Andrew… Me voy a tragar mi orgullo por un momento, así que espera. —Me mira con una expresión más suave—. Es evidente que entre tú y yo no puede haber nada, pero quisiera que tuviéramos un trato cordial. Ya he visto que no mereces la pena, pero nuestros padres son amigos y… quisiera ser considerada con ellos. No te negaré el saludo si te encuentro por el recinto… ¿Estás de acuerdo?

Esto es lo último que puedo soportar.

La fulmino con la mirada. Ni una palabra más. No puedo permitirme el lujo de perder tiempo ni dignidad con esta tía.

—¿Es que no me vas a responder? —me pregunta indignada mientras me alejo de ella—. ¿Cómo te atreves?

Sé que ha dicho algo más, pero no consigo entenderla. Tampoco me importa.

Este estúpido episodio solo ha hecho que empeorar el día y la maldita semana a la que tengo que enfrentarme.

Algo tiene que cambiar. Es evidente que no puedo continuar así.

Capítulo 17

Chloe

—Tengo que volver. —Me indica Thomas tras colgar una llamada—. El deber me llama. ¿Te quedas un rato más?

—Sí, lo necesito —le digo mostrando una mueca que le hace reír—. Aún tengo un rato libre.

Nos encontramos en una cafetería cercana a la oficina. Thomas me ha animado a salir cuando ha visto el nivel de saturación que tenía por culpa de esa odiosa mujer.

Por suerte, no ha propuesto que acudiéramos a la cafetería donde… donde el novio de la bruja me besó, sino a otra más cercana. Por nada del mundo querría volver a encontrarme con ese hombre.

Por segunda vez en los últimos veinte minutos, recibo la llamada de un número desconocido. No le he dado importancia, pero puede que deba atender la llamada…

—Hola —digo nada más descolgar.

—¿Chloe Handley? —me pregunta una voz masculina grave.

—Sí, soy yo.

—Soy Leonard Pemberton. Soy abogado y amigo de su madre.

Abro muchos los ojos. Algo me dice que esta conversación no va a ser agradable. ¿Mi madre? Qué mal me sigue sonando eso.

—¿Qué es lo que desea, señor Pemberton?

—Quisiera reunirme con usted para hablar del testamento de su madre. He pensado que podríamos reunirnos cuanto antes para…

—¡Un momento! —le interrumpo perpleja—. ¿De qué está hablando? ¿Un testamento?

—Sí, señorita Handley, eso es lo que he dicho. Como beneficiaria de…

—¡Espere! —le vuelvo a interrumpir—. Debe haber algún error.

—Señorita Handley, permítame que se lo explique. Su madre, Caroline Turner, me confió el cumplimiento de sus últimas voluntades, las que se reflejan en un testamento que yo mismo redacté y que obra

en mi poder.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo? —pregunto casi tartamudeando.

—Usted es la persona que ella asignó como única heredera de todos sus bienes.

—¿Qué? Eso no puede ser. Yo no quiero saber nada de un testamento.

—Entiendo su postura, pero le ruego que me escuche.

—Señor Pemberton, no lo entiende. Usted me está hablando de algo que no me interesa y no quiero que perdamos tiempo. Puede que esto le sorprenda, y puede que le parezca brusca mi respuesta, pero… —Me detengo buscando la forma de explicárselo. No sé qué sabe del tema, aunque me temo que no mucho.

—Señorita Handley, aparte de representar profesionalmente a Caroline, también éramos buenos amigos.

—Entonces sabrá que conocí a Caroline hace solo unos días. Nunca he tenido contacto con ella. No entiendo por qué me ha incluido en su testamento ni quiero saberlo, pero sí puedo decirle que no me interesa en absoluto. Siento que Caroline haya perdido la vida, era muy joven, es muy triste, pero mi vínculo con ella fue inexistente. Apareció en mi vida hace unas semanas, cuando me llamó para decirme que quería conocerme porque estaba enferma. Y… acepté, pero si no me hubiera encontrado en Londres en ese momento, probablemente no nos habríamos visto las caras. —Hago una pequeña pausa—. Señor Pemberton, le sugiero que inicie los trámites pertinentes para una renuncia y me la haga llegar.

—Me temo que eso no es posible de la forma que usted lo plantea.

—Claro que es posible —protesto sorprendida.

—¿Puede escucharme un momento? Por favor…

—De acuerdo —acepto resignada. Esto no se va a acabar nunca.

—Las leyes en materia testamentaria en Reino Unido no admiten una renuncia tal y como usted la expresa, de forma inminente y bajo esas condiciones. Por supuesto, llegado el momento, usted podrá hacerlo, mediante el tribunal correspondiente. Pero antes, debe validarse el testamento mediante varios trámites que ya he puesto en marcha. Seguro que en Estados Unidos no es muy diferente.

—Sí, es algo diferente, pero le he entendido.

—Bien, pues lo que yo le propongo es que se reúna conmigo para que, a modo informativo, conozca el contenido de ese testamento, tal y como deseaba su madre. No es una apertura formal, eso llegará más adelante, pero siendo la única beneficiaria, no hay ningún problema en que esté informada.

—Eso no cambia nada, señor Pemberton. Si no redacta ahora la renuncia, hágalo cuando sea pertinente, o yo misma me encargaré de hacerlo. Pero… mi interés no cambia. Lo que quiero decirle es que mi decisión será la misma.

—Solo le pido unas horas de su tiempo. Permítame hacer bien mi trabajo, el que me encargó una buena amiga. Permítame hacerlo bien, por favor. Su decisión de renunciar o no, nadie puede impedírsela. Permítame informarle del contenido de ese testamento, y también mostrárselo. Usted podrá renunciar llegado el momento y yo… podré sentir que he hecho mi trabajo.

—Ese no es su trabajo, señor Pemberton.

—Le hablo como amigo de Caroline…

No puedo seguir discutiendo con este hombre. Esto no nos lleva a nada.

Guardo silencio sintiendo punzadas de dolor en la cabeza.

—Piénselo un poco más. Ahora veo que proponerle una reunión mañana o pasado mañana es algo precipitado, pero llámeme y propóngame una fecha. Piénselo, al menos.

—Lo pensaré, señor Pemberton, ahora no puedo decirle nada más —le informo resignada.

Consulto mi reloj. Llego tarde. Me despido del abogado y me dirijo a la oficina con un enjambre de abejas zumbando en mi cabeza, pero a buen ritmo.

Mientras atravieso el complejo de edificios comerciales, entre el ir y venir de la gente, mi mirada se detiene en un coche que se encuentra a pocos metros de mí.

El conductor y yo cruzamos la mirada.

Es él. El novio de la bruja. El de los ojos color miel, el que me besó…

Siento un ligero temblor en las piernas y aparto la vista rápidamente incapaz de seguir manteniéndola.

El descubrimiento me ha dejado desconcertada, especialmente por mi reacción: una mezcla de atracción y rechazo al mismo tiempo.

Capítulo 18

Chloe

Ya está decidido. Esta mañana he intentado ser positiva y creer que algo iba a cambiar, pero no ha sido así.

Y… lo he decidido.

Han bastado dos comentarios despectivos, tres «becaria», dos encargos absurdos, seis miradas perdonándome la vida y diez minutos de reflexión para que tome la decisión.

O hago una pausa… o estallo por los aires y me llevo a la bruja por delante.

Entro decidida en su despacho, sin llamar. Me he informado bien de mis posibilidades en el departamento correspondiente del bufete y solo me queda el bonito trago de hacérselo saber a ella, a esta encantadora mujer que mantiene una conversación telefónica, al parecer, muy entretenida.

No hay ni rastro de la bruja en esa conversación. Quien quiera que sea el que hay al otro lado del teléfono, está recibiendo su mejor versión: dulzura, amabilidad, risas…

¿Estará hablando con su novio? Igual ya lo ha perdonado.

¡No! Falsa alarma. Se trata de su padre.

—Espero que sea urgente o… como mínimo importante —me dice después de colgar, tras transformar su semblante y convertirlo en uno oscuro, el de siempre.

No le ha hecho ilusión mi visita. Tendré que aprender a vivir con ello.

—Sí, lo es. Quería informarle de que voy a estar ausente los próximos… tres días.

Me mira confundida.

—Eso no es posible, becaria. No me voy a molestar en preguntarle los motivos, principalmente porque no me importan, pero sí le voy a tener que recordar que…

—Ha fallecido mi madre. —Le suelto interrumpiéndola. Por nada

del mundo aguanto un discurso.

—¡Oh! —Hace una pausa—. En ese caso…

Me doy la vuelta para salir, deseando perderla de vista, pero ella no parece conformarse y me veo obligada a escucharla de nuevo.

—¿Pretendes ir y volver a Nueva York en tan solo tres días?

—Yo no he hablado de Nueva York. Mi madre vivía en… Inglaterra.

Me sigue mirando algo confundida.

—¿Era inglesa?

La sensibilidad que está mostrando es para lanzarle un pisapapeles a la cabeza, uno de mármol. De acuerdo, no estoy destrozada de dolor por la pérdida, pero ella no lo sabe. ¿Y si se tratara de una situación normal con una madre normal? ¿Tendríamos que hablar de la nacionalidad de mi madre? Esta mujer no tiene remedio.

—Sí, era inglesa.

—¿Por eso tienes la doble nacionalidad?

—La tengo porque nací aquí —le digo con desgana intentando aguantarme las ganas de reír.

—No seas impertinente, becaria, ya me imagino que es por eso. Solo buscaba el vínculo que puedes tener con este país.

—No soy una becaria —le digo tajante en un tono que la deja confundida—. Y ahora, si me disculpa, dadas las circunstancias, tengo que marcharme. Para hablar de nacionalidades, sería mejor elegir otro momento.

—Tres días —grita—. Y para que veas una muestra de mi educación, no me queda otra que… ofrecerte mis condolencias.

Salgo de su maldito despacho con el estómago revuelto. ¡Menuda mierda de persona!

Tengo varias llamadas perdidas de Paige.

Prefiero hablar con ella desde la tranquilidad de mi apartamento. Tengo mucho que contarle, especialmente mis intenciones de llamar al señor Pemberton, esta misma noche, y decirle que acepto reunirme con él.

Los mensajes de Natalie, animándome a hacerlo, han influido en esa decisión.

Capítulo 19

Andrew

Encontrarme a mi padre en el portal de mi apartamento, en Bristol, después de un día espantoso en el hospital, intuyendo que, o bien tiene algún problema, o bien quiere hablar de nuevo de Olivia, no es la velada que había imaginado cuando contaba las horas que quedaban para terminar mi accidentada jornada.

Está esperando en el salón mientras yo busco desesperadamente la botella de *whisky* que trajo con él la última vez que recibí una visita sorpresa por su parte.

Esta misma mañana hemos hablado del encuentro que tuve ayer con Olivia y hemos zanjado el tema para siempre, o al menos eso creía. Espero que su visita se trate de otro asunto porque no tengo humor para hablar de esa mujer.

Lo único bueno que tuvo encontrarme con ella fue que, justo unos minutos después, pude ver a la belleza americana, Handley; ese fue el nombre que pronunció Olivia.

Verla, aunque fuera durante unos segundos, contribuyó a mejorar mi humor, a pesar de su mirada cargada de misiles.

—¿A qué debo el honor de tu visita?

—¿Lo has encontrado? —me pregunta refiriéndose al *whisky*—. Me alegro. Ha sido un día muy largo en la clínica, me vendrá bien una copa.

—¿Hay algún problema?

—¿Es que tengo que tener algún problema si decido hacerte una visita?

—Papá… Si lo que quieres es hablar de Olivia, te advierto que…

—No, claro que no. Por lo que a mí respecta ese tema está más que terminado. Lamento haberte llevado a esa situación, ahora veo con mucha más claridad, y tu madre también, que no debimos intervenir ni llevarte a una situación incómoda. Cuando volvamos a ver a Margaret y George, si el tema vuelve a surgir, lo zanjaré rápidamente.

Si siguen con la misma cantinela o nos dan quejas de algún tipo, los pondré en su lugar.

—Tema acabado —sentencio mientras pienso que ojalá hubiera adoptado esa postura antes con sus padres, me habría ahorrado muchas situaciones incómodas. Claro que… no habría besado a una belleza de ojos azules.

—Andrew… ¿Dónde estás? Te estaba diciendo que… tu acción fue brillante y tengo que felicitarte. —Se echa a reír.

—No le veo la gracia, la idea fue tuya.

—La idea era mala, pero tú la ejecutaste peor. Cuando te dije que te dejaras ver con otra, me refería a alguna amiga. A alguien que conocieras y te siguiera la corriente en algún lugar que supieras que se encontraba Olivia, no que te abalanzaras a besar a la primera que te encontraras en la calle. Pobre chica, y encima trabaja con ella.

—¿Podemos hablar de otra cosa? Prefiero no pensar más en ese episodio, bastante ridículo me he sentido ya.

—Bien, pues entonces solo me queda hablarte del motivo de mi visita.

—O sea que hay un motivo… —Me sorprende su cambio de expresión, se ha vuelto más sombrío.

—Me voy a tomar un descanso en el trabajo. Y… antes de que preguntes, no estoy enfermo, ni tu madre y yo estamos atravesando una crisis matrimonial, ni se debe a ningún problema de ninguna clase.

—Es justo lo que te iba a preguntar. Entonces, ¿a qué se debe ese descanso? ¿Unas vacaciones? ¿Un viaje?

—Necesito parar, Andrew y desconectar un tiempo de la clínica. Quiero dedicarle más tiempo a tu madre, puede que… algún viaje, y… disfrutar de un tiempo de tranquilidad. Hacer cosas que normalmente no suelo hacer.

—¿Cómo cuáles?

—No lo sé, Andrew. Es un descanso, ya se me ocurrirán.

—No sé si eso me convence de que no hay ningún problema.

—Andrew, llevo treinta años en la clínica y quiero descansar más allá de un periodo corto de vacaciones. No me voy a jubilar todavía, solo tengo sesenta años y no estoy preparado para alejarme de la medicina definitivamente, pero necesito un descanso para recorrer mi última etapa profesional. ¿Me entiendes ahora?

—Claro, y me parece una gran idea. Mamá te lo ha dicho algunas veces.

—Pues esta vez le voy a hacer caso.

—Bien, me alegro por ti. Un descanso siempre es bueno, tienes

razón. Supongo que Paul se las arreglará durante tu ausencia. No sé cuánto tiempo has pensado… ¿Un mes, dos?

—Seis.

Esa cifra me sorprende. No es propio de mi padre. Quiero creerle, pero siento que pueda deberse a algún problema y me lo esté ocultando.

—Te estoy diciendo la verdad… —me dice molesto. Es horrible que me conozca tanto, si hasta sabe lo que estaba pensando.

—Te creo, solo me ha sorprendido, entiéndelo. Te mereces ese descanso y te va a venir muy bien, también a mamá.

—Quería proponerte que ocuparas mi lugar en la clínica durante mi ausencia.

No sé si esta vez podrá leerme el pensamiento, si es así seguro que ha visto un torbellino de interrogantes y neuronas perplejas que han hecho que desaparezca todo vestigio de color de mi rostro.

—¿Yo? ¿En la clínica?

—No quiero que me contestes ahora, solo que lo pienses.

—No sé qué decirte… ¡No entiendo nada!

—Es muy sencillo, Andrew. Te estoy proponiendo que dirijas la clínica junto a tu hermano durante el tiempo que yo esté ausente. Sé que no estás bien en el trabajo…

—No, no lo estoy, pero tengo planes en Oxford, ya lo sabes.

—Todavía queda mucho tiempo para eso. Yo te hablo de los próximos seis meses. Tienes completada la formación y puedes solicitar una excedencia para ejercer en medicina privada. Solo te pido que lo pienses.

—¿Por qué no contratas a alguien que te cubra durante esos meses?

—Es poco tiempo y he pensado en ti porque a mis pacientes les daría confianza saber que los dejo en manos de mi hijo.

—Papá, tus pacientes no me conocen…

—Pero eres mi hijo, como Paul, no alguien que viene de fuera.

—¿Qué opina Paul de este tema?

—A Paul le parece una gran idea que me tome un descanso y que te proponga el puesto también. Supongo que le vendría bien estar más cerca de ti, sigue sin levantar cabeza.

—Papá, necesita tiempo.

Mi hermano está atravesando un momento difícil debido a su ruptura con Kate. Tras tres años de relación, ella decidió poner punto y final; solo hace tres meses de ello.

—Sé que necesita tiempo, Andrew, pero no le veo progresar. No está bien y me preocupa.

—Papá, yo…

—No quiero que me digas nada ahora. —Se levanta con intenciones de marcharse—. Piénsalo. No lo enfoques hacia mí ni hacia tu hermano, sino hacia ti. Estás mal, lo sé, por mucho que intentes maquillarlo. A este ritmo no vas a llegar a Oxford entero. Solo quiero que te tomes unos días y lo pienses. Después me comunicas qué has decidido.

—Está bien —acepto mientras pienso en llamar a mi hermano e informarme bien de lo que está pasando.

El broche final a un día espantoso… otro día espantoso.

Me siento mal por no poder ayudarlo. Pero… ¿Cómo voy a ponerme yo al frente de la clínica?

¿Seis meses? Eso es una locura.

Ni siquiera me entra en la cabeza que mi padre me lo haya propuesto.

Capítulo 20

Chloe

Caroline Turner.

Abogada.

Esas son las palabras que, escritas con elegante letra sobre un cártel de madera, me anuncian que he llegado al lugar acordado con el señor Pemberton.

Es la única referencia que podría haberme hecho sospechar que el despacho de Caroline se encontraba en el interior de una preciosa casa de una sola planta como esta. Había imaginado un local de arquitectura moderna, pero ahora, después de recorrer una parte del pueblo, entiendo que hubiera estado fuera de lugar.

Miro a mi alrededor comprobando con admiración la perfecta simetría que existe entre todas las casas que se alzan a lo largo de la pequeña plaza en la que me encuentro.

El pueblo cuenta con seis mil habitantes, pero por lo que he podido ver, está lleno de vida. Cuenta con una gran variedad de comercios, muchos de ellos enfocados de cara al turismo, que es constante.

Observo la fachada del despacho de Caroline. Está construida con ladrillo rojizo y contrasta con las de color miel que completan la plaza.

Está cubierta por enredaderas, detalle que comparte con las demás, y luce macetas repletas de coloridas flores en el alfeizar de las dos ventanas principales.

Siento una ligera presión en el pecho que se va incrementando conforme atravieso la robusta puerta de madera en forma de arco, que permanece entornada, y desemboco en un pequeño vestíbulo pequeño y luminoso.

Me detengo antes dos puertas decoradas con motivos florales muy coloridas y respiro hondo antes de girar la maneta para abrirlas.

Cuando lo hago, me encuentro con una sala amplia en la que la

madera es la principal protagonista. Hay muebles antiguos, lámparas de pie por todas partes y cientos de estanterías repletas de libros y estatuillas decorativas.

Conviven en armonía varios estilos diferentes y elegantes a la vez. El resultado es una estancia acogedora.

A mi derecha, frente a una mesa antigua de madera, se encuentra Natalie, sentada frente a dos personas. A mi izquierda, algo más apartada, una pequeña sala de espera en la que se encuentran al menos una veintena de personas; unas ocupando las amplias butacas, otras de pie. Y al fondo, tres puertas cerradas.

Me sorprende el silencio que impera en sala, a pesar de todas las personas que se encuentran en su interior. Silencio, solo interrumpido por las voces de las personas que acompañan a Natalie y que por sus gestos no parecen estar contentas.

Me acerco sigilosamente, sintiéndome como si avanzara por el pasillo principal de una iglesia camino del altar, y me detengo en cuanto me encuentro con la mirada y la sonrisa de Natalie, que se levanta rápidamente y acude a mi encuentro.

—Hola, Chloe. Me alegra verte. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. El señor Pemberton me citó aquí.

—Te está esperando. Es la puerta del fondo, la de la derecha. Era el despacho de Caroline. Después, me gustaría hablar contigo, si dispones de unos minutos.

—Claro —acepto con timidez.

El despacho de Caroline contrasta con el resto de la casa. Las líneas modernas y la tecnología lo invaden. Da la sensación de haber atravesado una puerta en el tiempo.

Es amplio y acogedor. Y, a pesar de que la luz del sol es prácticamente inexistente, por lo que he podido comprobar en el tiempo que llevo en Inglaterra, la sensación de luminosidad está muy presente.

El señor Pemberton es mayor de lo que había imaginado. Debe rondar los setenta años. Es muy alto y muy delgado; tiene un aspecto muy saludable.

Tras los cordiales saludos, entramos en materia.

—Señorita Handley… Tome asiento. Bienvenida.

—Llámeme Chloe, por favor.

—Si es lo que desea… En esa misma línea, puede llamarme Leonard.

Ninguno hemos planteado tutearnos, pero al menos hemos decidido quitarle una capa de innecesaria seriedad a este encuentro. Cuando escucho el nombre de «señorita Handley», me recuerda a la

bruja. Los formalismos ingleses me siguen impresionando, no solo por los modales de la bruja, sino por los del resto de compañeros. Siempre tengo la sensación de que imponen un muro para mantener las distancias, excepto Thomas.

—El testamento, tal y como le comenté, está redactado para que usted sea la única beneficiaria. Caroline le dejó un patrimonio que incluye su casa, donde ella residía, un terreno no edificado, de dos hectáreas, a una media milla de la casa, y su negocio, donde nos encontramos: una casa que, como habrá podido comprobar, habilitó para convertirla en su lugar de trabajo.

—Cuando habla de negocio, ¿está hablando de una sociedad?

—Así es, Chloe. Le mostraré toda la documentación llegado el momento. —Se aclara la voz y continúa—. Todos los bienes que le he mencionado están libres de deudas y poseen la documentación en regla… Puedo hacerle un resumen, si lo desea…

—No es necesario.

—Yo también lo creo. Llegado el momento, le mostraré toda la documentación. Pero… puedo decirle que no hay ningún tipo de carga de ninguna clase sobre las propiedades y sobre la actividad. —Hace una pausa y me mira fijamente. Debe esperar mi intervención, pero al ver que no se produce, continúa—: Como le dije por teléfono, solo quiero que se tome un tiempo, el que duren los trámites para tomar una decisión.

Leonard, como me ha pedido que le llame, sigue durante al menos veinte minutos haciendo hincapié en lo mismo. Vuelve a nombrar las propiedades, el valor de las mismas, los deseos de Caroline, y un largo etcétera que acaba por provocarme dolor de cabeza.

Estoy a punto de pedirle que termine su largo discurso, cuando me propone visitar las propiedades mencionadas.

—No es necesario.

—Chloe, ya que ha venido, hagámoslo bien. No le llevará apenas tiempo.

—De acuerdo —acepto sin saber muy bien por qué. Supongo que acabaremos antes viendo la casa que escuchando una y otra vez lo mismo.

—Natalie se ha ofrecido a mostrarle las propiedades, si no tiene inconveniente.

—Yo… no lo tengo, pero todo esto… —Resoplo—. No sé si es buena idea… Leonard.

—Chloe, no volvamos a lo mismo.

—Está bien —me apresuro a decir temiendo haber metido la pata y tener que escuchar de nuevo el discurso.

Cuando salimos del despacho, la sala de espera se ha reducido en número de personas. Es algo que me sorprende, debido al poco tiempo que ha trascurrido desde que entré en el despacho de Leonard.

Natalie nos mira fijamente. Su sonrisa ya no es visible y parece estar preocupada.

El hombre que tiene enfrente le está diciendo algo que la inquieta por la forma en que menea la cabeza.

Ese hombre se pone en pie.

—No basta con que sea comprensiva. Ni basta con mi comprensión —dice antes de dirigirse a toda prisa a la salida.

Natalie nos hace una señal con la mano indicando que esperemos y se acerca a la sala de espera.

El señor Pemberton, mientras, me habla de la antigüedad de la casa, dos siglos, y las diferentes reformas a las que ha sido sometida.

Apenas puedo centrarme en su relato, estoy pendiente de Natalie, que parece afectada por algo mientras conversa con el grupo de personas de la sala de espera.

Veinte minutos después, recibo toda la atención de Natalie y nos disponemos a hacer las visitas que ha anunciado Leonard, el mismo hombre que se ha despedido de mí haciendo uso de buenos modales y recordándome que estaríamos en contacto.

Caminamos en silencio. Al parecer, el despacho y la casa de Caroline se encuentran a poca distancia, la suficiente para poder recorrer el trayecto a pie.

No sé por qué he accedido a esta visita. Siento curiosidad, pero también me siento tan fuera de lugar que no consigo centrarme.

—¿Estás bien? —le pregunto a Natalie al ver que sigue preocupada. Alguien tiene que romper el hielo.

—No, lo siento, es que… es muy complicado atender a todos los clientes.

—¿Has tomado el relevo de Caroline?

—No, Chloe, claro que no. Yo solo he sido la ayudante de Caroline. Ella era la abogada. Pero tenemos doscientos clientes con causas pendientes.

—¿Solo estabais tú y Caroline?

—Sí. Leonard era el que se encargaba de los asuntos notariales, pero no tenía participación activa en el despacho.

—¿Es notario?

—Sí. Él y Caroline eran buenos amigos, como te habrá dicho. Confiaba ciegamente en él y le confió la redacción y la ejecución de su testamento.

—Sí, eso lo sé. ¿Qué es lo que te tiene tan preocupada?

—Todos los clientes están muy nerviosos porque sus pleitos, sus demandas… todos sus asuntos se han quedado congelados con la muerte de tu madre.

—Pero… nadie tiene la culpa de ello. Tendrán que acudir a otro abogado.

—Para muchos de ellos supone un gran problema. Muchos casos requieren una intervención rápida, o estaban en la última fase, y… un cambio de abogado les supone un retraso considerable. Incluso hay juicios que se tendrán que posponer por el cambio de letrado y pueden alargarse mucho tiempo, más del que ya lo han hecho.

—Vaya, entiendo que eso es un problema, está claro. Pero nada se puede hacer.

—Chloe, ¿podrías ayudarme?

Me detengo en seco.

—¿A qué te refieres?

—¿Podrías ponerte al frente del despacho? ¿Podrías ocupar el puesto de tu madre?

No sé qué estará viendo Natalie en mi rostro, seguramente la perplejidad por lo que he escuchado.

«El puesto de mi madre…». Esa expresión es irónica, como una burla del destino.

Capítulo 21

Chloe

—Natalie, no estoy segura de haberte entendido… —consigo pronunciar con dificultad.

—Chloe, necesito atender a todas esas personas, prestarle la ayuda que necesitan antes de cerrar el negocio. Es un trabajo que conlleva unos meses, pero me pregunto si sería posible que tú te hicieras cargo. Solo hasta que todo esté controlado, mientras se tramita la herencia.

—Natalie, eso no es posible. Yo… he venido porque Leonard insistió y… creo que estás al corriente de todo.

—Lo sé, estoy al corriente de todo lo que hablasteis.

—Yo no tenía relación con Caroline… Tú lo sabes.

—Así es. Caroline era mi jefa, pero también mi amiga. Conozco sus asuntos personales.

—Natalie, hablar de una herencia me produce escalofríos. No entiendo por qué Caroline lo hizo, pero mi postura está clara. Solo puedo esperar a que esté formalizada y renunciar a ella. Yo no tengo vínculo ni con Caroline, ni con su despacho ni con nada de todo esto. No formaba parte de mi vida ni yo de la suya. Esto es una situación… circunstancial. Ni siquiera vivo en Inglaterra. Mi vida está en Nueva York y estoy en Londres de forma provisional, por un traslado de trabajo. Me encantaría ayudarte, me caes bien, soy sincera, pero… si conoces la historia como afirmas conocerla… entenderás que todo esto no tiene sentido para mí. No tiene cabida en mi vida.

—Ella quería que tú te quedaras con todo lo que tenía —pronuncia afligida.

—¿Por qué?

—Porque eres su hija, aunque no hayáis tenido contacto. Ella creía que tú lo valorarías.

—¡Por Dios, Natalie! No me conocía de nada. ¿Qué voy yo a valorar? ¿El patrimonio de una mujer que nunca estuvo interesada en ser mi madre? Yo no busco dinero, ni propiedades, si es eso lo que ella

pensó. Si fuera así, aceptaría esa herencia y vendería esos bienes. Pero es una cuestión diferente, mucho más compleja, a una escala muy superior.

—Lo sé y te ruego que no me malinterpretes. Estoy nerviosa y puede que diga algo que no deba. Me caes bien y Caroline me dijo que eras una buena abogada.

—Natalie… —le murmuro intentando olvidar lo que acaba de decir. ¿Una buena abogada? Como si ella pudiera saber algo de mí…—. Deberías contratar a un abogado, alguien que ponga orden en todo esto. O bien, reunirte con todos los clientes y pedirles que se apresuren en buscar otro profesional. Quizás Leonard, da su condición, pueda recomendarte a alguien. Proporciónales a esos clientes sus expedientes. ¿Qué más puedes hacer? Se trata de la muerte de una persona, no hay nada que hacer ni entender. Solo es una sugerencia, discúlpame. No pretendo decirte lo que tienes que hacer.

—No te disculpes, te lo agradezco. Pero… —Hace una pausa y se lleva la mano al estómago; una forma de buscar alivio para su ansiedad—. He seguido todos esos casos con ella, Chloe. El despacho forma parte de mi vida. Todas esas personas residen en Tetbury, o en los pueblos cercanos, o tienen una segunda residencia aquí. Era un despacho en el que se respiraba un ambiente familiar y Caroline se dejaba la vida por conseguir resultados para todos ellos. No era fácil porque, como te imaginarás, en los pueblos todos se conocen. En su inmensa mayoría los casos tratan de conflictos sobre límites de propiedades, derechos de paso, herencias disputadas, disputas entre propietarios y arrendatarios… También algunos casos de custodias de menores, manutenciones, testamentos, disputas contractuales de comercios o de alquileres, disputas familiares, ruidos de vecinos, mascotas molestas, peleas entre borrachos…

Natalie me deja con la boca abierta, no solo por su capacidad para enumerar todas esas causas sin coger aire, sino por la implicación que muestra en ello.

—¿Todo eso abarcaba ella sola? ¿Incluso divorcios y custodias de menores?

—De todo. Incluso algunos asuntos penales, como agresiones o… un homicidio.

—Vaya, ¿también hay homicidios?

—Sí, pero es un caso puntual. Representó a la familia de un hombre que recibió el disparo con una escopeta de su hermano. Un enfrentamiento de muchos años por un asunto de unas tierras heredadas.

—Mi mundo es el derecho mercantil, Natalie. Yo…

—¿Eso sería un impedimento?

—No, claro que no, puedo representar casos civiles, pero no es mi especialidad.

—Caroline me dijo que podías ejercer en el Reino Unido.

—Sí, sí que puedo. Trabajo en un bufete que trata asuntos internacionales y… —Me detengo. No creo que tenga sentido darle explicaciones sobre eso—. Pero esa no es la cuestión, Natalie. No puedo ayudarte y lo siento.

—Solo un tiempo, Chloe. Piénsatelo. Sé que esta propuesta, puede parecerte una locura y no te conozco de nada. No quiero incomodarte, pero necesito ayuda y nadie mejor que tú, que eres la heredera del negocio y su hija… A pesar de las circunstancias.

—No soy la heredera, voy a renunciar. Y no hay nada que me vincule a ese negocio ni a esos clientes. Y… como hija, es algo que no tiene sentido, lo sabes.

—Me quedo sin trabajo, supongo que me está afectando más de lo que quisiera.

—Lo siento, Natalie.

—Solo te pido que lo pienses unos días. ¿Cuánto tiempo vas a estar aquí?

—Vuelvo a Londres hoy mismo.

—¿Y a Nueva York?

—Acabo de llegar, estaré en Londres más o menos medio año. —Nada más pronunciar estas palabras, me arrepiento de haberlo hecho.

—Piénsatelo un poco, por favor.

—Natalie, yo tengo un trabajo. Por algo estoy en Londres, no es un viaje de placer.

—Ya… Está claro. Lo siento, creo que me estoy excediendo. Es que estoy desesperada.

—No te preocupes, no tienes que disculparte. Entiendo que estés afectada, pero debes planteártelo de otra manera. Nada de lo que está pasando es culpa tuya.

—La echo mucho de menos, Chloe. Antes de morir, hasta el día que te conoció, estuvo ocupándose de sus clientes. Estaba débil y no podía apenas acudir al despacho, pero trabajamos codo a codo en su casa, en la que te voy a mostrar.

—¿Dónde murió? ¿En esa casa?

—En el hospital de Bristol, está cerca de aquí.

—No sé qué decirte, Natalie. Estamos hablando de una desconocida para mí.

—Lo sé —admite al tiempo que señala una casa—. Esa es la casa de Caroline. Es preciosa, aunque por dentro lo es más todavía.

Es la última casa de la calle.

Todas son casas adosadas, inspiradas en el estilo victoriano. Fachada de ladrillo rojo, adornada con pequeñas molduras, cuyo acceso a la entrada principal es a través de una pequeña escalinata de pocos peldaños que atraviesa un diminuto jardín delantero. Sus ventanas son grandes, como si buscaran la luz desesperadamente, la poca que debe entrar cuando no está lloviendo. Y la puerta principal es de madera clara adornada con accesorios de hierro fundido y rodeada de pequeñas enredaderas que forman un pequeño arco a su alrededor.

Es preciosa.

La casa de al lado es exactamente igual, aunque cambia el color de la puerta principal.

—¿Recuerdas a la señora que te saludó en el cementerio?

—Sí, la recuerdo —admito recordando el rostro de la anciana.

—Vive ahí. —Señala la casa contigua—. Ella y tu madre se llevaban muy bien.

—Espera, Natalie —le digo cuando se dispone a entrar en el diminuto jardín delantero—. No quiero verla por dentro. Demasiado personal. No quiero, de verdad.

Siento una presión en el pecho que me impide hablar con claridad.

—Quizás otro día… —sugiere afectada.

—Quizás —digo después de guardar silencio uno cuantos segundos.

La siguiente visita nos lleva a un terreno trasero, cerca de la casa. Tal y como me ha indicado Leonard, no está construido. Solo contiene una preciosa alfombra de hierba y está delimitado por una valla pequeña de madera.

—¿Te ha dicho Leonard que este terreno tiene un gran valor?

—No, no hemos hablado de cifras, ni quiero hacerlo.

—No es lo que pretendía. —Me dice molesta—. Solo me refería a que está situado en un lugar privilegiado, con las mejores vistas de Tetbury.

—No quería ser tan brusca… Lo siento. Es que esto me está superando.

Natalie me sonríe con su característica sonrisa dulce y me indica que podemos marcharnos.

Es una de esas personas con las que podría haber congeniado perfectamente. Es dulce, amable, y está envuelta por un aire de bondad que hasta abruma.

Nos despedimos en la puerta del despacho, al que hemos llegado mientras me hablaba de Tetbury y sus costumbres.

—¿Lo pensarás? Todo lo que has visto es tuyo, Chloe. No dejes que vaya a parar a manos del estado. Se convertirán en bienes vacantes y… ya sabes dónde acabarán: fines públicos, benéficos, pero… no sé bien si los repartos son justos y lícitos. Todo lo que has visto es por lo que ella luchó durante toda su vida. Y decidió, a pesar de haber sido una pésima madre, que tú lo conservaras. Entiendo lo que habrá sido tu vida sin una madre, y mucho más conocerla tanto tiempo después, a punto de morir, pero… deja tu rencor al lado, por favor. Piénsalo. Ayúdame con el despacho. Mientras, puedes vivir en esta casa. Me conformo con que sea durante unas semanas…

Su angustia me conmueve, pero estoy tan aturdida que no pudo seguir hablando con ella.

—Lo pensaré y te llamaré. Es todo lo que te puedo decir.

Me marcho sin esperar su respuesta. Ni siquiera entiendo por qué le he dicho algo así. Está claro que no voy a hacer nada de lo que me ha pedido. ¿O sí?

Capítulo 22

Andrew

—Explícame qué está pasando en la familia Ransey —le pido a mi hermano nada más escuchar su voz a través del teléfono—. ¿Es un buen momento para hablar?

—A la segunda pregunta, la respuesta es sí, para ti siempre tengo tiempo, «mi vida». —Recalca las últimas palabras imitando a mi madre—. A la primera pregunta… Te contestaré lo que tú ya sabes. La ciencia todavía no ha avanzado lo suficiente como para tener respuestas.

Me echo a reír.

Paul y yo somos diferentes, él es mucho más reservado y de menos palabras que yo, pero si en algo coincidimos es en la forma en que bromeamos sobre nuestra familia.

—Estoy decepcionado, esperaba que me iluminaras.

—Papá te ha propuesto lo de la clínica, ¿cierto? —me pregunta sin posponer más el tema.

—¿Qué está pasando? No acabo de entenderlo.

—¿Qué parte no entiendes? ¿Qué se tome un descanso, o que te proponga que ocupes su lugar en la clínica?

—Ambas son difíciles de entender. ¿Hay algo que deba saber?

—No, no hay ningún misterio. Últimamente, está un poco estresado. Hay mucho trabajo en la clínica y, después de tantos años al frente, un descanso le vendría bien.

—¿Y la idea de proponerme que lo sustituya?

—Le dije que no era buena idea, que no aceptarías. Pero no me escuchó.

—Me sorprendió mucho su propuesta.

—Cree que a ti también te vendría bien un descanso en tu trabajo. No deja de decir que no estás bien. ¿Es cierto? ¿O se trata de esa tendencia a exagerarlo todo que tiene nuestra familia?

—No estoy atravesando un buen momento —le confieso incómodo

por tener que admitirlo una vez más.

—¿Qué pasa? Papá me ha contado algo, pero… ya sabes, a veces exagera.

Los próximos minutos los dedico a poner a mi hermano al corriente de mi vida profesional. Aunque hemos hablado en otras ocasiones y sé que mi padre lo mantiene al día, le proporciono algunos detalles que mi padre desconoce.

—Siento que estés así. No pinta bien.

—¿Y tú? —Cambio de tema radicalmente, no quiero seguir hablando de mi trabajo. Conforme le he ido contando detalles, he sentido que me alteraba.

—Yo, ¿qué?

—Papá cree que no estás bien. ¿Exagera?

—No va desencaminado. No es algo que me moleste en ocultar.

—¿Has vuelto a saber algo de Sophie?

—No, no mantenemos contacto.

—Si te soy sincero… creí que os reconciliaríais.

—¿Qué te ha hecho creer eso?

—Creía que erais felices juntos…, que solo se trataba de una crisis pasajera.

—¿Tú me veías feliz con ella, Andrew?

Esa pregunta me impacta.

—No sabría qué decirte… ¿No fue ella la que rompió la relación?

—Sí, fue ella. Pero… yo la rompí mucho antes.

—No te entiendo… ¿Qué pasó?

—No quise verlo, Andrew y… me refugié en mi trabajo. Me alejé de ella. Ahora veo que fue un gran error. Si me hubiera detenido a hacerme algunas preguntas y me hubiera contestado con sinceridad, sin miedo… Habría evitado males mayores. Pero… me engañé y opté por el camino más cómodo.

—¿Qué es lo que no quisiste ver?

—Que no la quería como para mantener una relación con ella. La quería como a una amiga.

—¿Por qué nunca me has hablado de esto?

—No sé si eres la persona más indicada para dar consejos sobre el amor… —Se echa a reír.

—Que nunca haya tenido una relación o no me haya enamorado… no significa que no sepa escuchar.

—Lo sé, pero esto ha sido un proceso largo. Y necesitaba escucharme a mí mismo. ¿Me entiendes?

—Sí, te entiendo. Pero sabes que siempre estoy aquí, ¿verdad?

—Eso lo sé. Y… ahora me arrepiento de no haberte hablado de

ello. Después de saber lo bien que te has desenvuelto con la hija de los Hill… —Esta vez no es una risa, es una carcajada maliciosa.

—Mucho has tardado en soltarlo…

—¿Qué ha pasado? Tengo la versión de papá y me parece demasiado ficticia para ser cierta.

—La realidad supera a la ficción muchas veces.

—Lo de esa chica que besaste… que resultó ser una empleada de… la hija de los Hill, ¿es cierto?

—Sí, es cierto. Y que tu padre, y el mío, me pidió que fuera delicado con Olivia para que sus padres, que parecen interesados en que estemos juntos, no se molestaran.

—¿Le hiciste caso? Cuenta, cuenta. Promete ser más interesante de lo que pensaba.

Y lo hago. Lo hago durante la siguiente media hora.

Y nos reímos.

Y bromeamos de todas las maneras que se nos ocurren.

Él, consigue olvidarse un rato de sus conflictos con… su conciencia.

Yo, consigo olvidarme de los míos con mi trabajo.

Me doy cuenta de que echaba de menos estos momentos con él y de que me he perdido muchos momentos de su vida, al parecer importantes.

Y lo mejor de todo es que, en este momento, mientras hablo con él, no soy consciente de que yo también estoy esperando que el tiempo se encargue de solucionar mis problemas. Es más fácil, más cómodo, y trae menos dolores de cabeza. Pero hace más daño.

Capítulo 23

Chloe

—¿Tan claro tienes que vas a renunciar a esa herencia? —me comenta Paige después de escuchar la historia que le he relatado durante más de una hora.

—¿No debería tenerlo tan claro? —le pregunto sorprendida.

—Yo no estoy tan segura…

—Paige… —la apremio para que se salte el silencio que pretende mantener.

—¿Qué te gustaría que te dijera?

Sonrío. Esa es la forma que Paige tiene siempre de abordar un tema. No hace mucho tiempo que me preguntó lo mismo, pero en ese caso se trataba de Lance y Madison.

Es curioso que me parezca algo tan lejano cuando tan solo han pasado tres semanas.

—Lo que piensas.

—¿La verdad?

—Toda la verdad y nada más que la verdad.

—Teniendo en cuenta que…

—Lo sé —la interrumpo— que es solo tu opinión y que puedes equivocarte.

—¿Tanto me repito?

Nos echamos a reír. Sé que intenta que me relaje, pero después del extraño día al que me he enfrentado en Tetbury, va a ser difícil.

—Deberías pensártelo un poco más. No hay nada que te obligue a renunciar a esos bienes. —Me aconseja para mi sorpresa.

—Lo sé, pero es una cuestión… ¿Ética? ¿Emocional?

—Chloe, sé que es un tema complejo en el campo emocional, pero tienes que pensarlo muy bien. Ella quiso que esos bienes te pertenecieran tras su muerte. No sabes por qué, ni lo sabrás, pero ahora, o cuando terminen los trámites, serán tuyos. Es un regalo, no tienes por qué rechazarlo. No va a cambiar nada tu vida ni tu pasado.

Ella ya no está. Ni ha formado parte de tu vida ni lo hará nunca más, pero todo ese patrimonio podría serte útil alguna vez en tu vida.

—Nunca quiso ser mi madre…

—Ella se lo perdió. No la necesitaste, tu padre te dio todo lo que necesitabas.

—No logro imaginarme lo que él pensaría si pudiera ver todo lo que ha pasado.

—Él solo querría que fueras feliz. No hay nada, Chloe, que pueda borrar ni ensuciar la relación que habéis tenido tu padre y tú. A esa mujer la conociste poco antes de morir y ahora eres su heredera. Si renuncias a esa herencia, pasará a manos del estado. Será él el que decida cómo administrar o utilizar esos bienes. Podrían terminar en diferentes manos o ser destinados a usos que no reflejen los deseos de esa mujer. Por alguna razón quiso que fueran tuyos. De esa manera, puedes hacer lo que te venga en gana con ellos. No puso ninguna condición, ¿o sí?

—No, no lo creo. Supongo que el albacea lo habría mencionado.

—Se trata de una estabilidad económica, podrías necesitarla en un futuro. Es dinero, y… siempre es necesario.

—No lo voy a negar, pero…

—Chloe —continúa cuando no termino la frase—, puede que lo que te voy a decir ahora te resulte más raro aún, pero… quizás sea bueno para ti echarle una mano a esa chica… ¿Cómo has dicho que se llama?

—Natalie. ¿Te refieres a ayudarle con los asuntos del despacho? Solo tengo unos días libres. No me importaría echarle una mano, ha sido muy amable y me cae bien, pero lo que ella me ha pedido requiere tiempo y no tiene sentido que yo me ocupe de ello. Esos clientes han perdido a su abogada y necesitan otra.

—Bien, entonces vuelve a Londres y trabaja con esa bruja.

—¿A dónde quieres llegar?

—A que te plantees si merece la pena. ¿Vas a aguantar ese trato? ¿Vas a hacer algo por cambiarlo? La pregunta es… ¿Puedes cambiar algo? Creo que en ese bufete no vas a aprender nada.

—No, no creo que pueda cambiar nada, pero marcharme significaría perderlo todo. Solo tengo que aguantar seis meses.

—Pide una excedencia y aléjate de ese sitio. Podrías conocer mejor a la persona que te dejó esa herencia y… cerrar cualquier herida que pueda haber. Eres una buena abogada, seguro que los clientes de Caroline estarían encantados contigo.

Me deja sin palabras. No me puedo creer que me plantee algo semejante.

—Sé que lo echas de menos —continúa— y que todavía te duele demasiado, pero debes empezar a buscar la forma de ser feliz.

—¿Crees que, ocupándome de ese despacho, del de Caroline, sería feliz?

—Más que junto a esa bruja. Estás amargada en ese lugar, y lo estarás más. Esa mujer no te lo va a poner fácil, mucho menos después de que su novio te besara. Esa herencia es una oportunidad para respirar aire fresco un tiempo, después ya verás lo que haces. Puede que me anime a pasar unas vacaciones en Tetbury…

Me echo a reír.

—Puedes venir cuando quieras.

—Lo haré —me dice antes de despedirse y decirme que me quiere.

Las palabras de Paige me han sacudido de una forma que no esperaba. No tengo nada claro de todo lo que hemos hablado, pero la idea de alejarme del despacho de Londres me produce mucho placer.

Capítulo 24

Chloe

No tengo humor para aguantar un nuevo discurso sobre la política de rotación del bufete y las cinco mil variantes de ese tema con respecto al ascenso y a la importancia de la firma que represento. Por eso, en vez de prestar atención a Steven, estoy esperando que termine pensando en otras cosas, como por ejemplo mis intenciones de obtener una excedencia.

—Chloe, no puedo darte lo que me pides. ¿Qué sentido tiene que te encuentres en la delegación de Londres y quieras ausentarte unos meses? Tendrás que esforzarte más porque hasta ahora me parece inconcebible lo que me estás proponiendo.

—Tengo mis razones, Steven. Necesito unos meses. Cinco, seis… Una excedencia.

—¿Qué motivos alegas?

—Que se ha muerto mi madre, que tengo que ocuparme de sus asuntos y que emocionalmente estoy destrozada.

—¿Desde cuándo tienes madre? ¿Dices que se ha muerto? ¿Estás aquí, en Nueva York?

La primera pregunta que me ha hecho es la mejor. Es una buena pregunta, sin duda, pero no puedo contestarle con la verdad. «Desde nunca» sería lo más acertado.

—Murió hace unos días. Ella vivía aquí, en Inglaterra. Sigo en Londres.

Sin estar segura, creo que son dos minutos los que permanece en silencio.

—Lo siento, Chloe.

—Gracias.

—¿Por esa razón pediste el traslado a Londres?

—No, en absoluto.

Sé que espera una explicación más larga, y debería ofrecérsela por mi propio interés. Si le ofrezco un drama en toda regla, que podría

hacerlo, sería más fácil conmoverla, pero ni siquiera soy capaz de meterme unos segundos más en el papel.

—Sigo sin verlo claro.

—Steven, podría haberte llamado para decirte lo que pienso sobre la política del bufete en cuanto a la mujer que tenéis al frente de la delegación de Londres. Podría pedirte que me explicaras por qué estoy archivando expedientes porque a esa mujer no le he caído en gracia y necesita dejar claro cada dos segundos el poder que tiene en la firma, lo inteligente que es y lo buena e imprescindible que es en su trabajo. Podría pedirte que me explicaras qué voy a aprender en esta delegación y de qué coño me va a servir.

»Podría pedirte que me explicaras también cómo encaja eso en Baker & Finnian, el prestigioso bufete de abogados, el más grande de la costa este. Desde que llegué aquí me he preguntado por qué me llaman becaria, por qué tengo la sensación de estar en una academia militar y sobre todo por qué permitís esto. Muchas personas se han quejado. Pero… no te lo pregunto, no te pido explicaciones. Solo te pido una excedencia porque acabo de enterrar a mi madre, quiero ocuparme de sus asuntos y quiero volver a creer en mi bufete y en mi jefe, el que me aseguró que iba a aprender mucho en este puto lugar.

El silencio vuelve a ser de dos minutos más. El corazón se me está saliendo por la garganta, casi puedo sentir sus ventrículos y sus válvulas jugueteando con mis cuerdas vocales; cuerdas que están secas de tanto que he soltado por la boca.

A pesar de los dos minutos, no tengo tiempo para arrepentirme; lo hecho, hecho está.

—Ayer mismo me dio quejas sobre ti.

—¿Y qué te dijo exactamente?

—Que estaba muy disgustada con tu rendimiento y que esperaba que mejorara.

—Tú tienes la palabra, Steven. Dejaste que Nancy y Evelyn pasaran por esta mierda, ahora me ha tocado a mí.

—Te doy cinco meses, algo menos. Pero después tendrás que viajar a Madrid. En noviembre necesito cubrir esa rotación.

—Me parece justo —afirmo calculando que se trata de casi cinco meses. Esto es todo un logro. No tendré que volver a trabajar con esa maldita bruja.

—Chloe… no te daré más oportunidades. Si en noviembre no te incorporas a la delegación de Madrid, terminaré tu vinculación con Baker & Finnian. No me temblará el pulso.

—También me parece justo.

Me parece más una manera de dejar su última palabra que de

hacer justicia. Me ha hablado como si yo le hubiera fallado antes, como si hubiera desaprovechado alguna otra oportunidad. Pero no voy a discutir, he conseguido lo que quería.

Sé que es una locura, pero ahora soy capaz de sonreír. Y sé de alguien que también lo va a hacer cuando la llame.

—Natalie —le digo cuando escucho su dulce voz—. Puedes contar conmigo.

¿Es un grito de alegría lo que he escuchado?

No sé cómo he sido capaz de enfrentarme a Steven de esa manera, pero si algo no quiero es apagarme más, como bien me ha recordado Paige.

Capítulo 25

Andrew

Puedo justificar las tres primeras veces que he colocado el dedo sobre la pantalla, justo encima del número de teléfono del bufete donde trabaja Olivia para colgar a continuación. Lo que no puedo justificar son las doce veces restantes que lo he hecho.

Es una idea absurda y mi cerebro lleva un buen rato intentándomelo hacer saber, pero es lo único que se me ocurre para poder hablar con la belleza.

No he vuelto a verla en las inmediaciones del hospital, a pesar de haber mantenido los ojos bien abiertos y de haber acudido a tomar café a cafeterías que no suelo frecuentar.

Pulso de nuevo sobre el número y, esta vez, no cuelgo.

—Quisiera hablar con la señorita Handley —le indico a la persona que me atiende identificando el nombre del bufete, el mismo que tantas veces nombraba la pesada de Olivia.

Mi llamada viaja por diferentes departamentos hasta que alguien es capaz de informarme.

—Lo siento, pero la señorita Handley no está disponible. ¿Desea que le haga llegar algún mensaje? ¿De qué se trata?

—¿Cuándo podré encontrarla?

Después de una pausa que se me hace eterna, consigo algo de información.

—La señorita Handley ya no trabaja aquí, si lo desea…

Cuelgo bruscamente.

¿Qué significa lo que me acaba de decir?

Ya no trabaja aquí…

«Está claro, Andrew», me digo en voz alta. ¿Se habrá marchado? ¿La habrán despedido? ¿Trasladado? ¿Habrá vuelto a Nueva York? Esa es la ciudad que nombró Olivia cuando se refirió a ella de aquella forma tan… ¡Prefiero olvidarlo!

No… no puede ser que haya tenido problemas por mi culpa, ¿o sí?

Eso no tendría ni pies ni cabeza. Puede que no le haya beneficiado que yo la besara siendo Olivia su jefa, pero de ahí a un final trágico…

En cualquier caso, ella no está, así que no tiene sentido alguno que siga intentando localizarla. Lo que debería es preguntarme por qué estoy haciendo esto.

Puede que me sienta culpable, o puede que esa belleza me eclipsara hasta el punto de… ¿De qué, Andrew? Me digo siguiendo con mi monólogo.

Hasta el punto de hacerme perder el sentido común. Me respondo.

Lo único que tengo claro es que encontrarme con la belleza es la única ilusión que tengo cuando vengo a trabajar a Londres.

Tenía…

Ahora, ya ni siquiera eso tengo.

Llego a mi apartamento con la misma sensación que llego todos los días después de salir del hospital: sin fuerza, sin ánimos… Sin nada.

El chorro de agua caliente me ayudará a despejarme, pero después de media hora bajo su dominio, mi cabeza sigue sin estar donde debe estar. Solo soy capaz de recrear la conversación con mi padre, con Paul, y las imágenes de un día terrible en el hospital en el que solo durante unos minutos he sentido que estaba ocupando mi lugar.

Las imágenes siguen sucediéndose.

Por un momento siento que estoy a punto de desbordarme, de perder el control.

Me dirijo, desnudo, dejando un reguero de agua a lo largo del pasillo, hacia mi dormitorio. Me estiro en la cama y recupero, unos minutos después, el ritmo saludable de mi respiración.

«Te vendría bien alejarte del hospital».

«Puedes solicitar una excedencia».

«Mientras esperas a que llegue la oportunidad de Oxford».

«Le dije que no era buena idea, que no aceptarías».

«Tu hermano no está bien».

«A ese ritmo no vas a llegar a Oxford entero».

Me sujeto la cabeza como si con ello pudiera hacer desaparecer todo lo que me está torturando.

No puedo continuar así.

Es evidente que necesito alejarme del hospital de Londres, y también del de Bristol.

No puedo seguir así, me repito.

No puedo, no puedo, no puedo…

Puede que la propuesta de mi padre no sea tan descabellada.

Solo necesito la confirmación de Mitchell para dar este paso.

Media hora después la obtengo. La idea de mi padre es bien

acogida por el doctor Mitchell y me anima a seguirla. No interfiere en mi camino hacia Oxford.

Lo que acaba por decidirme a llamar a mi padre es la tremenda sensación de alivio y de libertad que siento en este momento.

—Papá, ya lo he pensado.

Así empieza mi locura.

Capítulo 26

Chloe

Se han cumplido diez días desde que me instalé en Tetbury. El tiempo sigue siendo protagonista en mi vida. Desde hace un mes, tengo la sensación de que existe un reloj coronando mi cabeza que, o bien se detiene y convierte mi vida en una cámara lenta, o bien se acelera y apenas soy consciente de lo que ocurre a mi alrededor.

Tan solo hace un mes que mi vida dio un giro considerable. Fue aquella noche en la que el reloj de la pared del restaurante donde esperaba a Lance se me incrustó en el cerebro, y desde entonces no lo he perdido de vista.

En este momento, mientras disfruto de un generoso batido de frutas en el jardín trasero de la casa de Caroline, miro hacia el cielo y disfruto de la combinación de colores que me ofrece cuando está a punto de anochecer. La ausencia de nubes y de lluvia lo convierte en un espectáculo excepcional.

Me instalé en esta casa dos días después de llegar a Tetbury tras haberme alojado en un precioso hotel en el centro del pueblo.

Fui capaz en menos de veinticuatro horas de darle un giro a mi vida de grandes proporciones, pero instalarme en este lugar requería algo más de tiempo.

Desde el momento en que crucé el umbral de la puerta, tuve la sensación, una de las muchas que me acompañaron y me siguen acompañando a diario, de que se trataba de un hogar cálido a la vez que sofisticado.

Los gustos de su decoradora, la propia Caroline, se decantan claramente por la fusión de los muebles de madera clásicos y las líneas modernas más frías; una fusión arriesgada que da como resultados un lugar acogedor a la vez que elegante; igual que su despacho.

Las paredes están prácticamente vacías, decoradas únicamente con algún que otro cuadro que combinan diferentes estilos: desde un típico paisaje inglés hasta una forma abstracta difícil de contemplar.

Quizás el elemento que más me sorprendió fue el *jacuzzi* que se encuentra en uno de los dormitorios, uno especialmente decorado para ser una sala de relajación exclusivamente: amplios sillones, estanterías repletas de libros… Y unas vistas espectaculares.

Después de cinco días en este lugar sigo luchando por combatir la sensación de estar flotando constantemente. Soy consciente de que me encuentro en el hogar de una mujer que, de la misma forma que entró en mi vida se fue: efímera, superficial…

No consigo sentir que tengo los pies sobre el suelo, en todo momento siento que levito y que tengo que esforzarme por encontrar equilibrio. Es una carga emocional brusca y demasiado grande con la que me está costando lidiar.

Cada día que pasa voy conociendo más aspectos de la dueña de la casa, no solo por todas las menciones que Natalie hace constantemente, sino por los detalles que se encuentran en cada estancia.

A pesar de que Natalie se llevó la mayoría de sus pertenencias: su ropa y otros objetos personales, y los depositó en un desván de la casa donde está ubicada el despacho, todavía quedan suficientes como para tener una pista de su personalidad organizada y de gustos refinados.

Por suerte, no hay ni rastro de imágenes inmortalizadas que reflejen su vida y su entorno: ni una sola fotografía. Desconozco si se debe a que Natalie las hizo desaparecer o simplemente no eran elementos que convivieran con ella.

Son muchas las veces que me pregunto cómo era su vida. La vida de una mujer que nunca estuvo y, como dijo Paige, nunca estará; sin embargo, me encuentro bajo el techo que la cobijó durante muchos años.

Los clientes de Caroline han acogido muy bien la noticia de que me voy a hacer cargo de sus casos, aunque no todos. Solo he podido entrevistarme con una pequeña parte de ellos, pero tres en concreto no se han mostrado muy entusiasmados mostrando su recelo y falta de confianza.

Mi descanso es interrumpido por la voz de la señora Herbert, Catherine, como me ha pedido que la llame; la anciana vecina de la casa contigua, la que conocí en el cementerio tras el funeral.

A pesar de que este rincón de la casa es mi favorito, especialmente porque son pocos los momentos que puedo disfrutarlo sin lluvia, también es el lugar que elige la anciana para comunicarse conmigo, aunque no es el único.

Catherine se ha convertido en algo cercano a una pesadilla. Desde que llegué, no ha transcurrido ni un solo día que no me haya visitado

por alguna razón. Si bien, el primer día me ofreció un generoso pastel de frutos secos como bienvenida, el resto han sido pequeñas invasiones: para hablarme de mi madre; para preguntarme por mi día en el despacho; para sonsacarme aspectos relacionados con mi traslado a Tetbury; para pedirme que le anote mi número de teléfono por si lo necesita en caso de emergencia, o para indicarme que en la estantería del vestíbulo se encuentra un juego de llaves de su casa.

Es una mujer de baja estatura, robusta, que siempre, sea el momento del día que sea, viste de forma elegante. Se muestra dulce y hosca al mismo tiempo. Lo mismo sonríe de forma tierna que frunce el ceño hasta casi nublarse la vista.

Su actitud me desconcierta, no solo por sus frecuentes visitas, sino por los temas de conversación que elige. No se trata de una anciana solitaria que necesite combatir la soledad contándome aspectos de su vida. Se trata de una anciana muy interesada en conocer aspectos de mi vida en Tetbury; lo que he dejado atrás le tiene sin cuidado.

Nombra a Caroline con naturalidad. Se refiere a ella por su nombre, nunca aparece la palabra «madre» en sus frases; frases que suelen contener pequeñas anécdotas vividas junto a Caroline, o relacionadas con sus gustos y sus manías. En conjunto, no puedo decir que hable en exceso o que lo que diga sea aburrido, pero la frecuencia de sus visitas es la que me descoloca.

Me llama la atención lo que puede conocer de la historia que nos une a Caroline y a mí, pero no osaría tratar ese tema ni siquiera estando bajo tortura.

Tres visitas diarias…

Quince minutos por visita…

Ocho días…

El total de minutos es abrumador.

Por suerte, recibe muchas visitas y suele mantenerse ocupada.

—Chloe. —Escucho su voz a mi espalda.

Su jardín y el mío están separados por una valla metálica cubierta parcialmente por plantas enredaderas, pero no lo suficientemente poblada ni alta como para proporcionar intimidad.

Resoplo con cuidado de que no me vea ni oiga y me giro lentamente.

—Catherine… ¿Qué se le ofrece?

—Estoy decorando una parte de mi salón. Dime de estos dos cuadros cuál crees que es más bonito.

Los dos son espantosos, así que me lo pone muy difícil. Parecen cuadros antiguos, pintados por un aficionado… ¡Muy aficionado! De esos que al tercer cuadro desiste por las duras críticas que recibe de su

entorno.

—El de las montañas…

Es el menos feo, aunque más que montañas parecen bolas de harina y agua esperando ser amasadas.

—¿Por qué?

—Porque es muy… soso. Es más bonito el de los pájaros —evito decirle que la bandada de pájaros tiene un tamaño desproporcionado.

—Mnnnnn. —Tuerce la boca mientras recorre los cuadros con la mirada—. Puede que tengas razón. Caroline tenía un buen gusto para la decoración, aunque ella me hubiera dicho que tirara los dos cuadros a la basura.

Otro aspecto que conozco de Caroline. Tenía buena vista y sentido común.

Estoy a punto de sugerirle que haga lo mismo, pero debo evitar a toda costa alargar innecesariamente las conversaciones.

Desaparece sin despedirse y yo miro al cielo dando las gracias.

Además de sus continuas interrupciones, su acento inglés es diferente. Si bien he apreciado la diferencia entre el de Londres y el de Tetbury, no he tenido antes dificultades, excepto con ella. Sin embargo, es ella la que se queja de mi vocalización.

Me va a costar adaptarme a… A tantas cosas. No sé cuánto tiempo estaré en este lugar, pero me queda mucho camino para sentir que estoy… ¡En un lugar!

Mi móvil me devuelve a la realidad bruscamente.

No me lo puede creer. Es Catherine. Tengo grabado su contacto y es la segunda vez desde que estoy aquí que recurre a esta forma de comunicación.

—Catherine…

—Chloe, estoy en un apuro. Me he subido a una escalera de tres peldaños, estoy en el más alto y no puedo bajar. ¿Me echas una mano?

—¿Qué? Claro… Espere…, no se mueva…, voy a buscar las llaves.

¡Dios! Pero ¿qué hace una mujer de su edad en lo alto de una escalera? No parece tener problemas de movilidad, en general, pero su forma de caminar es lenta y muestra señales de cansancio. ¿Qué me voy a encontrar?

Capítulo 27

Chloe

Tengo que hacer un sobreesfuerzo para recordar dónde están las dichosas llaves de la casa de Catherine. Si tuviera la seguridad de que las puertas del jardín por las que se accede al salón están abiertas, saltaría la valla, pero no lo estoy.

«¡Sí!», grito cuando las encuentro.

Salgo corriendo, rezando durante el corto trayecto para que esté ilesa.

Cuando aterrizo en el salón de su casa, compruebo que se encuentra en las alturas y no en el suelo, lo que me hace expulsar el aire que he contenido en los pulmones. De momento, va bien. Pero vuelvo a contenerlo cuando miro a mi alrededor. Me horroriza todo lo que veo. No hay ni un solo centímetro en la pared que esté libre: cuadros, tapices, lámparas, cabezas de animales disecados, estanterías, vitrinas de una sola puerta… Todo lo que pueda colgarse en una pared, y lo que no, también.

El resto del salón, aunque está algo recargado de sillones, mesas y cojines, permite que circule algo más de oxígeno. Parece una tienda de antigüedades, o más bien el almacén de una tienda de antigüedades.

Consigo localizar a Catherine, a pesar de estar camuflada por todo lo que la rodea. Se encuentra en la misma posición que me ha descrito: un pie descansa en el tercer peldaño; otro, en el segundo. Tiene una mano apoyada en la pared, la misma de la que cuelga el cuadro de los pájaros, y la otra está sujeta al arco de apoyo del final de la escalera.

En el suelo hay un pequeño martillo de espuma que ha debido soltar cuando se ha sentido insegura. A su lado, descansa un móvil que no parece haber sufrido daños.

—¿Cómo se le ocurre subirse sola? —le pregunto haciéndome paso entre todo lo que habita aquí para llegar hasta ella.

—Como si fuera la primera vez, pero hoy no he acertado. No sé

cómo bajar, se me aflojan las piernas.

—No se mueva, por favor, o se caerá.

—¿Cómo quieres que me mueva? ¿Por qué te crees que te he llamado? Estos americanos…

Es una señora mayor, no debo decir lo que pienso, así que me muerdo la lengua.

—Menos mal que llevaba el móvil en el bolsillo. Por cierto… ¿Dónde está? —sigue parloteando, pero no le contesto. Necesito estudiar la escena, pero debo darme prisa.

Retiro el cuadro de su mano y con ese simple gesto me doy cuenta de la fragilidad de su posición.

—Espere, Catherine. Estoy buscando la forma de ayudarla a bajar —le digo cuando noto que intenta moverse.

No es sencillo. Cualquier movimiento en falso y se hace añicos en el suelo. Puede que no deba hacer esto sola. ¿Y si se cae?

—¿Y si busco ayuda? —le pregunto pensando en mis recursos.

—¿Qué clase de ayuda?

—¿Y si llamo a los bomberos?

—¿A los bomberos? ¿A esos llamáis en América? No soy un gato, jovencita. Aquí los bomberos apagan fuegos. Además, se encuentran en Bristol. Mientras llegan, seguro que ya no soy capaz de resistir. Colócate detrás de mí y sujétame la mano derecha.

Hago lo que me dice y cojo las riendas de la escena. Le apoyo una mano en la parte baja de la espalda, apoyo mi cuerpo sobre sus piernas, como si fuera un pilar, y le sujeto una mano fuertemente. Creo que he conseguido hacer de muro de contención, aunque el tamaño de Catherine me preocupa. Es robusta y… no es precisamente muy delgada.

—Debe intentar bajar un escalón con la pierna que tiene más arriba. Despacio. Yo la sujeto desde aquí.

Catherine lo hace con mucha soltura y respiro aliviada. El segundo escalón tampoco representa dificultad, pero el tercero y último le hace perder el equilibrio y abalanzarse sobre mí.

Caigo hacia atrás sin posibilidad de sujetarme ni sujetarla a ella. Por suerte, la mayor parte del salón está cubierto por una alfombra.

El impacto lo sufre un lado de mi cuerpo. Siento un golpe en la muñeca y, a continuación, un cuerpo pesado cae sobre el mío.

Grito, aterrorizada, y escucho la voz de Catherine pronunciando palabras que no consigo entender.

Segundos después, las dos yacemos en el suelo: ella está sobre… lo que queda de mí, boca arriba, con las piernas abiertas y ligeramente impulsadas hacia arriba. Yo, debajo, probablemente con todos mis

órganos internos hechos puré. Debajo de mí, por suerte, la alfombra.

—¡Chloe! —grita a todo pulmón. Yo no tengo fuerzas para tanto.

Como si quisiera emerger de unos escombros, levanto ligeramente la cabeza y me topo de bruces con la mirada intensa del ciervo que cuelga de la pared, o de lo que queda de él. Sus ojos saltones, su pelaje tieso por el paso de los años, su boca desencajada… ¡Tengo ganas de llorar!

—¡Chloe! —repite más calmada.

—Sí, sí, aquí estoy. ¿Está… bien? —le pregunto con dificultad.

—Sí, pero me… duele todo el cuerpo. Menudo susto, Chloe, creía que te habías desmayado.

—Tranquila, estoy consciente. Voy a intentar salir de aquí debajo y pedir ayuda.

—¿Ayuda? Ya te he dicho que los bombe…

—Una ambulancia… —le aclaro antes de que siga protestando.

Poco a poco voy deslizándome sobre la alfombra mientras ella se va dejando caer hacia un lado como si rodara en círculo; yo la acompaño con las manos para evitar otro impacto. Aterriza suavemente sobre la alfombra y yo consigo salir a la superficie y respirar.

Compruebo que no tengo nada demasiado dolorido ni nada que me impida moverme con soltura, excepto la muñeca que me produce un dolor muy intenso. Y la moral, que debe estar a punto de volatilizarse.

Me encargo de comprobar que Catherine se encuentra bien mostrándome una sonrisa que no sé descifrar. ¿Estará aturdida?

—Qué situación más embarazosa. Ayúdame a levantarme —dice por fin.

—No, nada de eso, podría tener algo roto.

—Estoy entera. ¿No querrás que esté aquí hasta que llegue el médico? Llama a mi hija.

—He dicho que no —le grito mientras corro por el salón en busca de un cojín que aplicarle bajo la cabeza—. Primero, la ambulancia, luego su hija.

Mientras discutimos, cuando estoy a punto de marearme con tanto objeto presionándome el cerebro, consigo que mi bolsillo libere mi móvil y llamo a emergencias.

Solo quince minutos después, Catherine entra en una ambulancia tumbada en una camilla. La calle estaba desierta hasta hace unos segundos.

—Ven conmigo… No me dejes sola. Si me muero, no quiero estar con estos desconocidos.

—No se va a morir, señora Herbert. —Le indica el sanitario con

cariño.

—Ella también está herida —insiste la anciana—. Se ha hecho daño en un brazo.

Antes de que pueda intervenir, uno de los sanitarios me mira y dirige su mirada a mi mano, que inconscientemente me estoy frotando.

—Nos ha dicho que usted se encontraba bien… —me indica confundido.

—Yo estoy…

—Le he caído encima —grita la anciana.

Puede que esas palabras sean las que han hecho saltar la alarma en la cabeza al sanitario. Se acerca a mí deprisa.

—¿Le duele? —me pregunta cuando presiona con cuidado.

Mi gesto de dolor es el que habla por mí.

—Venga con nosotros, debe examinarla un médico a usted también.

—Yo… No… es que. —Miro hacia mi casa y hacia la de Catherine—. No he cerrado la puerta. No llevo mi documentación.

No sé si es fruto de alguna contusión, este país, o Catherine, pero creo que me han robado la capacidad de ser coherente; es lo único que se me ha ocurrido decir.

El sanitario me hace una señal con la mano indicándome que proceda a solucionar el problema y… lo hago.

Me subo a la ambulancia poco después, completamente devastada, preguntándome qué más me puede ocurrir.

Capítulo 28

Andrew

No me puedo creer que el hospital de Londres sea historia, y que el de Bristol, en el que me encuentro, lo será dentro de cuatro días.

Ha sido una carrera contrarreloj para poder tramitar la excedencia en ambos hospitales. Muchas preguntas, muchas visitas al departamento de personal y algún que otro comentario desagradable que consiguió que las pocas dudas que aún me quedaban sobre si debía o no marcharme, desaparecieran.

Me sentí aliviado al sentir que el King's College no me volvería a ver correr por sus pasillos, al menos como médico, ni tampoco sería testigo de las discusiones que mantenía a diario con mi superior.

Solo han transcurrido tres días desde ese momento, pero empiezo a sentir que me estoy desintoxicando a mucha velocidad.

David utilizó otras palabras para describir ese momento, cuando él lo vivió, pero creo recordar que eran parecidas. Ayer lo expresó de otra manera, cuando vino a visitarme para mostrarme su apoyo en mi decisión.

—Se acabó, Amigo. Nueva etapa —fueron sus palabras nada más entrar por la puerta.

Siento algo de vértigo cuando pienso la satisfacción que ambos hemos sentido al alejarnos del lugar al que tanto tiempo le dedicamos; tanto esfuerzo, tanta ilusión…

Pero tengo claro que, como dijo David, se me presenta una nueva etapa y no tendré que volver a ese dichoso lugar.

El día que me marché, me detuve frente al rincón donde esa belleza inusual me acusó de robarle un taxi.

No sé qué me pasa con ella, pero no logro quitármela de la cabeza.

No volveré a verla, mucho menos si me alejo de Londres una temporada. Seguramente mi siguiente destino sea Oxford. En cualquier caso, las probabilidades son inexistentes.

El sonido de mi móvil anuncia una llamada de Paul. Estoy

disfrutando de un pequeño descanso, todavía me quedan varias horas de trabajo.

—¿Te has pensado mi propuesta? —me dice Paul nada más atender su llamada.

—No he cambiado de opinión. Te lo agradezco, pero prefiero seguir en Bristol, no hay mucha distancia y aún queda algo de tiempo para que cumpla el contrato de alquiler.

Paul me ha ofrecido que viva con él mientras trabaje en la clínica, pero no soy capaz de compartir mi espacio y así se lo he dicho.

—Papá también me propuso que me alojara en su casa… —le digo echándome a reír.

—¿Qué has hecho para que quiera torturarte de ese modo?

Desde que Paul conoció mi decisión, nos hemos vuelto a acercar el uno al otro. Eso me hace sentir bien, muy bien. Y seguramente, cuando empiece a trabajar en la clínica, será mejor.

—Doctor Ransey —me dice una compañera—. Se trata de una paciente que ha ingresado…

—¿Qué ocurre? —le pregunto confundido.

La respuesta me deja sin aliento.

Capítulo 29

Andrew

Mi compañero no se ha sorprendido de que me ocupe yo de una de sus pacientes. Mucho mejor, así me he ahorrado tener que darle explicaciones. Salgo de la zona que estoy cubriendo y me dirijo a la contigua, donde se encuentra la paciente que me interesa.

Rose me ha dicho que la placa que le han hecho en la muñeca no indica que haya fractura, algo que me alegra muchísimo dadas las circunstancias.

Antes de entrar, consulto el nombre de la paciente… Chloe… Handley. ¿De qué me suena ese apellido? Se apellida igual que la belleza…

Cuando entro en el box me encuentro con… ¿La belleza?

Me detengo en la entrada. Miro el historial. La miro a ella.

El apellido no es coincidencia.

Es ella.

Me está mirando mostrando la misma perplejidad que seguramente muestra mi rostro. Está sentada sobre una camilla sujetándose la mano.

Su melena castaña clara está alborotada. Su coleta, que debió vivir mejores tiempos, le cubre parte de un hombro. Y su rostro, aparte de estar iluminado por unos espectaculares ojos azules, también muestra algún mechón rebelde que se ha escapado de su sujeción.

—¿Qué… haces tú aquí? —me pregunta recorriéndome el cuerpo con la mirada. A juzgar por su expresión, diría que más que una bata blanca ha descubierto un uniforme de bailarina.

Entonces, ¿se ha sorprendido de verme? No lo entiendo. Quizás no sabe nada.

—Trabajo aquí —le informo con una expresión calmada, conteniendo mis ganas de bombardearla a preguntas. Sigo sin entender la situación y todavía no me he recuperado de la impresión—. Soy Andrew Ransey.

—¿Eres médico?

Se ha sorprendido, claro está. Sigo sin entenderlo.

—Eso parece. Vaya, quien nos iba a decir que volveríamos a vernos…

—No entiendo qué está pasando…

—Has tenido un accidente y yo soy médico.

—No quiero que me atiendas tú.

—Eso me rompe el corazón.

—Te aseguro que no tengo ganas de bromear. Ha sido una tarde… asquerosa y quiero irme a casa. Pero no quiero que te acerques a mí.

—Vamos a ver, Chloe. No tenemos a disposición de los clientes una carta de médicos. Quiero examinarte esa mano, para eso estoy aquí.

Me sigue mirando con la misma perplejidad, pero cuando me acerco a ella arruga la nariz y se echa ligeramente hacia atrás.

—Prometo no besarte.

—Se me había olvidado por qué te consideraba un gilipollas… —me dice furiosa.

—Solo bromeaba. Creo que es mejor que te relajes.

Parece que me hace caso, aunque su silencio creo que se debe a las mil preguntas que están inundando su cabeza, igual que la mía.

—No hay fractura —le digo examinando la placa—, solo te has hecho una pequeña contusión. Un esguince. ¿Cómo ha ocurrido?

—Qué más da.

—Dime… ¿Qué hacía una anciana subida a una escalera mientras tú la sujetabas?

—¿Qué? ¿Eso es lo que te ha dicho Catherine?

—No exactamente, pero su forma de describirlo, me ha hecho pensar que ha sido así.

—¿Cómo está?

—No sé si debería contártelo, sigues sin responder a mi pregunta.

—Ni la voy a responder. Solo ha sido un accidente.

—Un accidente en el que una anciana ha acabado en el suelo después de afirmar que estaba colgando cuadros y tú… la has ayudado a… ¿Bajar de la escalera? Una situación extraña.

—¿Qué insinúas? ¿Está bien o no está bien? ¿Qué le ha pasado?

—Está bien, podría haber sido trágico por lo que ha contado. No sé si es la forma de cuidar a una anciana…

Su rostro se enrojece y me mira furiosa. No es lo que pretendía, pero creo que es tarde para arreglarlo. No quiero ser tan torpe como cuando la besé, pero voy por el mismo camino.

—Escúchame bien, doctor Andrew… no sé qué, yo no cuido a esa anciana. No sé si lo que estás insinuando es que la he empujado o solo

me ha dado esa impresión, pero te lo voy a dejar muy clarito. Esa señora es mi vecina, hace una semana que la conozco, es… la mujer más pesada que he conocido en mi vida y me llamó para decirme que estaba en la parte alta de una escalera colgando un cuadro y no podía bajar. Esa es la historia. Ojalá no fuéramos vecinas, ojalá no tuviera que aguantarla, pero me ha tocado. Tiene llaves de mi casa, y yo de la suya…

Me echo a reír y está claro que eso la confunde.

—Cálmate, solo bromeaba. No pretendía insinuar nada. Te creo, de verdad. Sé que Catherine es muy pesada y hace siempre lo que le da la gana. La conozco bien… ¡Es mi abuela!

Abre mucho la boca y levanta las cejas hasta arquearlas en un ángulo que le confiere una imagen maquiavélica que me hace sonreír, pero me abstengo de hacerlo.

—¿Tu abuela? ¿Catherine es tu abuela? ¿Otra bromita? Porque no tiene gracia.

—Catherine es mi abuela, es la madre de mi madre. No te miento. La conozco bien y no me ha sorprendido que se subiera a esa escalera.

—Pero te has entretenido haciéndome creer que… ¡Muy simpático, doctor! Si no tuve bastante con encontrarme contigo en Londres, ahora te encuentro aquí, y te burlas de mí y permites que llame pesada a tu abuela y…

—Yo no te he obligado a llamarla pesada. Pero tampoco te lo recrimino, sé que lo es, y mucho.

—¿Está o no está bien?

—¿Tu mano?

—Tu abuela… ¡Catherine!

—Sí, está bien.

—Bien, pues apártate de mi camino porque me largo.

Me encanta su acento estadounidense y su pose altiva e infantil al mismo tiempo.

Esto es una locura, lo sé, pero es lo mejor que me ha pasado en toda la semana, o mes, o año…

—Siéntate por favor… Chloe. Como te he dicho, Catherine está bien, solo alguna contusión, pero no tiene ningún hueso fracturado. Deberá guardar reposo un tiempo, pero se pondrá bien.

—Me alegro.

—Y ahora hablemos de tu muñeca…

Asiente de mala gana y expulsa aire. Parece que está más calmada.

—Está bien.

—Tienes un esguince, pero es leve, de grado medio. Dime si te duele cuando presione.

Le cojo la mano con suavidad y, aunque al principio parece reacia a colaborar, termina por ceder.

El contacto con su mano caliente me produce un extraño escalofrío en el cuerpo.

—Sí, un poco —me dice entre susurros cuando le hago un suave movimiento.

—¿Aquí? —le aprieto en otra zona.

—También.

—Muévela haciendo giros.

—No puedo.

—Apriétame la mano todo lo que puedas.

Me mira furiosa, sé que si pudiera no me la apretaría, me la aplastaría, pero no tiene fuerza.

Sigo haciendo unos pequeños ejercicios, hasta que interviene molesta.

—Vale, ya sabes que me duele, ¿me puedo ir? ¿Algún analgésico? ¿Algún consejo? Tengo prisa y no es un secreto que prefiero perderte de vista.

—Pues relájate porque ahora vendrá la enfermera y le pediré que te inmovilice la mano, será un vendaje ligero, pero no debes moverla en exceso.

—Eso no será necesario.

—¿Siempre es tan complicado hablar contigo?

—Es que nuestros comienzos no fueron buenos.

—Quise buscarte para disculparme de nuevo, no quería traerte problemas.

—Me has conmovido.

Anne, una de las enfermeras de urgencias, irrumpe en la sala. ¡Qué oportuna! Le doy instrucciones del tipo de vendaje que debe hacerle. Lamento tanto la interrupción, que estoy a punto de pedirle que me deje hacerlo a mí, pero sé que no se ajusta al protocolo de actuación y no quiero llamar la atención. Para cuatro días que me quedan aquí…

Mientras Anne hace su trabajo finjo hacer anotaciones en el ordenador, pero no puedo concentrarme.

Cuando mi abuela me ha hablado de lo sucedido, nunca me habría imaginado que pudiera tratarse de la belleza. Me ha dicho que era la hija de su vecina, la que murió hace poco tiempo, que se llamaba Chloe y que también estaba lesionada. Por esa razón, me he ofrecido a atenderla yo, para poder darle las gracias por ayudar a mi abuela. Pero ¿cómo iba a imaginar que pudiera tratarse de ella?

¿Qué hace en Tetbury?

Es evidente que es americana… Incluso Olivia mencionó que había

venido desde Nueva York.

Becaria…

¿Habrá venido por la muerte de su madre?

Sí, eso tiene más sentido. Y si es así, puede que solo esté en el pueblo de forma provisional. Esa idea me entristece.

Lo que no entiendo es que aquella mujer fuera su madre. Tengo entendido que llevaba muchos años en el pueblo… ¿Cuándo llegó? ¿O fue Chloe la que se marchó?

Recuerdo a su madre… Era una mujer muy guapa, muy educada… ¡Abogada! Eso es lo que mencionó la abuela.

¡Me empieza a doler la cabeza! Estoy deseando de que Anne termine, aunque ella debe estar preguntándose por qué llevo tanto rato en el box…

A pesar de estar atando cabos, sigo sin entender algunas cosas. Es demasiado casual este encuentro. Y el de Londres… Y que resulte ser vecina de mi abuela.

Por fin, Anne anuncia que ha terminado. Superviso su trabajo y le doy el visto bueno.

La belleza, Chloe, se baja de la camilla y me mira desafiante.

—Me marcho.

—Aquí tienes la pauta de calmantes y… deberás acudir a tu médico de familia para llevar un control de la mano. Supongo que acudirás al centro de Tetbury…

—Lo haré —dice tajante.

—Debes acudir a la recepción de esta planta, para gestionar la cobertura médica… ¿O estás inscrita?

—Estoy inscrita. —Me aclara cortante—. Trabajo aquí, ¿recuerdas? Lo tengo todo formalizado.

Tiene razón, ella trabaja en Londres, debe tener ese asunto arreglado. Los nervios me han impedido pensar con claridad.

—¿Qué… pasó en tu trabajo? Me refiero al desencuentro con… tu jefa.

—¿No te lo ha contado?

—No he vuelto a verla.

—¿Te dejó? Vaya… ¿Eso hizo? ¿Qué motivos tenía? ¿No le gustó que besaras a la primera mujer que te encontraste en la calle?

—Estás confundida —le digo en un tono muy diferente al que he empleado hasta ahora. Me molesta tener que hablar de ese tema con ella. No soporto que Olivia vuelva a salir en una conversación.

—Me marcho, doctor. No me interesa ese tema ni nada que tenga que ver con… esa mujer.

—¿No me vas a decir qué ha pasado?

—Que tu… abuela… se ha caído encima de mí.

—No me refiero a eso, sino a tu trabajo. ¿Te supuso algún problema… lo que ocurrió? No debería ser así, pero…

—Me despidieron, doctor, eso es lo que pasó.

El color ha desaparecido de mis mejillas. Seguro que ella se ha dado cuenta, a juzgar por la forma en que me mira.

Joder, ¡maldita sea! Es lo último que esperaba escuchar.

—¿Te despidieron?

—Lo que puede hacer un beso…

Se dirige a la puerta, pero antes de desaparecer se gira para mirarme fijamente. Es fuego lo que sale de sus ojos y estoy seguro que le gustaría abrasarme con él.

—¡Chloe!

—¿Qué quieres, doctor?

—¡Me debes una!

—¿Qué has dicho?

—Te he curado la mano.

—Lo habría hecho cualquiera, aunque he tenido suerte y me ha tocado el médico más imbécil.

—Eso duele.

Después solo se escucha un portazo.

Me echo a reír. Estoy confundido, tengo mil preguntas, me ha impactado lo de su despido, pero… esa mujer me encanta. Y ya no está desaparecida.

Capítulo 30

Chloe

Desde que he llegado a este país, tengo la sensación de estar viviendo el argumento de una novela.

Cada vez se enreda más y cada vez me siento más confusa.

Resulta que el imbécil que me besó en Londres, el novio de la bruja, es el nieto de Catherine, la señora que vive en la casa contigua de Caroline, la misma en la que estoy viviendo actualmente y a la que he ido a parar por unas circunstancias muy concretas…

¿No es de locos?

¿Sabía él algo de mí? No, no, claro que no. ¿Qué sentido tiene? Cuando me besó ni siquiera vivía en Tetbury.

No puedo seguir pensando, cada vez le encuentro menos sentido a todo lo que me está pasando.

La mano me duele mucho y solo deseo que el calmante que me han dado no tarde en hacerme efecto.

¡Qué mala suerte!

Voy a tener que lidiar con la mano en este estado durante unos cuantos días, pero puedo dar gracias de que no se hiciera añicos. El golpe ha sido muy fuerte y tengo dolorido casi todo el cuerpo. No puedo ni imaginar cómo estará Catherine, a su edad…

Antes de abandonar el hospital, decido visitar a Catherine. No me voy tranquila si no compruebo por mí misma cómo se encuentra. Espero que su nieto se esté ocupando de otros asuntos.

Así que el chico de los ojos de color miel es médico…

Es increíblemente guapo. Y tiene un cuerpo de los que quitan la respiración. Y… no le queda nada mal ese pelo oscuro, un poco ondulado, y esa barba de pocos días…

«¡Es el calmante!», me digo molesta por estar fantaseando con la belleza de ese hombre.

Claro que, no tengo por qué sentirme mal. Que sea guapo no significa que no sea un gilipollas.

Golpeo la puerta dos veces temiendo ser inoportuna. Me ha costado que me proporcionen el número de habitación de Catherine. He tenido que repetirle mil veces a la enfermera que hemos venido juntas en la ambulancia, pero al parecer, la política del hospital es muy prudente y reservada respecto a proporcionar información si no se es un familiar directo.

No cuenta que se cayera encima de mí y casi me convirtiera en un charco y que mi cuerpo impidiera que ella acabara de ese modo… No, eso no cuenta. Si no se es un familiar, todo lo demás no importa.

Abro la puerta sigilosamente rezando para que el doctor no se encuentre en el interior.

Respiro aliviada cuando compruebo que Catherine está consciente, acompañada de un hombre y una mujer de mediana edad.

Todos ellos me sonríen cuando entro en la habitación.

—Chloe… ¡Cuánto me alegra verte! —exclama Catherine, que está tumbada en la cama, con la mitad del cuerpo incorporada—. ¿Cómo te encuentras? ¡Oh! Ese vendaje…

—No es nada, Catherine, solo un pequeño… esguince, en pocos días estará bien.

—Hola —me dice la mujer—, soy la hija de Catherine. Soy Claire Ransey, y él es mi marido, Adam Ransey.

Ambos, mostrando una sonrisa natural, se acercan a tenderme la mano.

—Encantada de conocerlos —les digo con timidez. ¿Desde cuándo soy tímida?

—Debes ser la hija de Caroline… Siento mucho lo de tu madre —me dice ella.

—Gracias —le digo sintiendo una bola en la garganta. Catherine me mira y se encoge de hombros.

—También quiero agradecerte lo que has hecho por mamá —me dice con un gesto de ternura Claire.

—Me alegro de haberla podido ayudar.

—No quiero ni pensar qué hubiera sucedido si no hubieras estado allí tú.

—En vez de llamarla a ella, te hubiera llamado a ti —protesta Catherine—, solo que no sé cuánto hubiera aguantado en la escalera.

—Catherine, fue una mala idea, no admite discusión. No solo tú has salido herida, sino también esta encantadora joven —interviene Adam.

Los modales ingleses siguen fascinándome.

—Lo sé, lo sé. Deja de reñirme, ya no se puede hacer nada. Acércate, Chloe, que no te veo bien —pide en un tono alto Catherine.

Me acerco a su cama. Ahora más que nunca soy consciente de su avanzada edad y me siento algo culpable por haberla llamado pesada. Tiene mal aspecto.

—¿Cómo se encuentra, Catherine?

—He estado mucho mejor. Solo debo mantener reposo un tiempo. Me voy a ir a casa de mi hija una temporada, no sé cuándo volveré ni cuánto aguantaré.

—Mamá… —protesta Claire.

—Es importante que se cuide, Catherine.

—Siento que te hayas hecho daño. ¿Seguro que no es grave?

—No lo es, no se preocupe, solo es un esguince. Me recuperaré pronto.

—¿Un esguince es grave, Adam?

—No, Catherine. Se recuperará.

—Adam es médico. —Me aclara Claire.

¿Otro médico en esta familia?

—Te voy a echar de menos… igual que echo de menos a Caroline… —confiesa Catherine afligida.

—Yo también, Catherine —le digo sintiéndome algo confundida. Me produce ternura, pero no creo que eche de menos sus interrupciones, mucho menos si tiene muchas ideas como la de subirse a escaleras a colgar cuadros—. Pero estoy segura de que podrá volver pronto a casa.

—No lo creo. Ellos —dice señalando con la cabeza a su hija y su yerno— me lo van a poner difícil. Pero no voy a quejarme, la verdad. Desde que Caroline no está… me siento un poco sola.

—Mamá, ¿cómo puedes decir eso? Llevo años pidiéndote que te mudes con nosotros.

—¿A quién le interesa perder la intimidad?

—Tienes mucho espacio para ti, Catherine —protesta Adam.

—Cuando hablo de intimidad, me refiero a hacer lo que me viene en gana, sin que nadie me controle ni me dé consejos.

—¡Ah! En eso puede que tengas razón. —Aclara Adam sonriendo.

En cuestión de unos segundos, descubro que los tres se animan a bromear y siento envidia de su complicidad y de su buen humor.

—Siento haberte arrastrado conmigo y que hayas salido herida.

—No le dé más vueltas. Lo importante es que estamos bien. Yo… tengo que marcharme.

—Gracias de nuevo, Chloe —me dice Claire acercándose a mí y cogiéndome la mano en un gesto tan íntimo que me sonrojo—. Nos encantaría que vinieras a cenar el viernes a casa.

—¡Oh! Gracias, pero no tienen que molestarse.

—No es molestia. Has hecho mucho por mi madre, y la tuya era una buena persona que siempre recordaremos. Acabas de llegar a Tetbury, queremos darte la bienvenida. Puedes contar con nosotros para todo lo que necesites.

—Así es, Chloe. Nos encantaría que cenaras con nosotros. Te advierto que Claire es más tozuda que Catherine, así que no te molestes en buscar excusas —añade Adam.

—Dejar de atosigarla, puede que tenga planes. ¿Es así, Chloe? —me pregunta la anciana con el ceño fruncido.

—No, yo… no tengo.

—Pues no se hable más —repite el matrimonio al unísono. No me ha dado tiempo a incluir un «pero», o dos.

—Te llamaré para confirmarlo. Mi madre tiene tu número de teléfono, ¿cierto?

Sonrío y asiento con la cabeza. No va a ser fácil escapar de esta.

Cuando me dirijo a la puerta, Catherine interviene de nuevo.

—¿Has conocido a mi nieto, Andrew?

Me detengo y trago saliva.

—Sí, sí, me ha atendido él.

—¿Verdad que es muy guapo?

—Mamá, no avergüences a las personas. Pregúntale si le ha atendido bien, no si le parece guapo. —Claire parece molesta de verdad.

—Sí, me ha atendido estupendamente —admito incómoda.

Esta vez salgo deprisa para que no haya más preguntas embarazosas.

La respuesta que no les he dado, y que nunca les habría dado, es que, efectivamente, es muy guapo, demasiado guapo… y demasiado imbécil.

Capítulo 31

Andrew

—No tardarán —le digo a mi abuela, que espera impaciente la llegada de mis padres para salir del hospital—. Están formalizando tu salida, vendrán enseguida.

Ha pasado la noche en observación y no ha habido complicaciones. Aunque solo tiene varios hematomas, no está en condiciones de estar sola. Mis padres llevan tiempo proponiéndole que se vaya a vivir con ellos, pero siempre se ha negado. Mi abuela es una mujer especial. Es fuerte y un tanto diferente a las mujeres de su edad.

—Ayer conocí a tu vecina, la chica que te ayudó.

Llevo un buen rato pensando cómo sacar el tema y solo he encontrado esa forma. Ella no ha vuelto a mencionarla.

—¿A que es guapa?

—¿Guapa? ¡Oh! No sé, abuela…

—No digas tonterías. Eso se ve claramente, aunque no te fijes.

—De acuerdo… Es muy guapa. ¿Contenta?

—Mantente alejado de ella, es mi amiga.

—Abuela…

—Es la hija de Caroline, una persona que quise mucho y que echo de menos.

—¿Qué hace en Tetbury?

—Creo que ya te lo dije ayer.

—No lo recuerdo, abuela. Ayer estaba pendiente de otras cosas, como por ejemplo de… tu salud.

—Es una larga historia.

—Cuéntamela. —Empiezo a impacientarme. Mi abuela nunca necesita que la animes a contar algo, se anima sola y se recrea.

—¿Por qué quieres conocer la historia?

—No me la cuentes… Esperaremos en silencio a que lleguen mis padres.

—Está bien. Caroline nunca se ocupó de ser su madre. Cuando

nació la dejó en manos de su padre y renunció legalmente a ella.

—Eso es terrible.

—Sí, lo es.

—¿Y qué ocurrió?

—Que su padre, que era americano, se la llevó a América. Nunca tuvieron contacto hasta hace poco. Caroline enfermó y decidió buscarla. Contrató un detective, se gastó mucho dinero en ello, y la localizó.

—¿Vivía en Estados Unidos?

—Sí, en Nueva York. Allí vivió siempre. El detective le proporcionó algunos datos de ella… Que era abogada, dónde vivía, que su padre había fallecido, que tenía un novio… Ese tipo de cosas de una vida normal.

—¿Tiene novio? —pregunto intentando que mi abuela no perciba mi «especial» curiosidad en ese dato.

—Eso le dijeron. ¿Te interesa por alguna razón ese punto en concreto?

—No, no me interesa. ¿Qué pasó después?

—Caroline la llamó hace unas semanas para pedirle que se vieran las caras. Ella no podía viajar hasta América, estaba muy enferma.

—¿Qué le pasaba?

—Su corazón estaba enfermo.

—¿Y qué pasó? —No quiero que se detenga a contarme los detalles de una larga enfermedad, así que la apremio cuanto puedo.

—Chloe no aceptó en un principio, pero yo le dije a Caroline que insistiera y que le dijera la verdad.

—¿Qué verdad?

—Que le quedaban pocos días de vida.

—¡Oh! ¿Y se lo dijo?

—Sí, y Chloe accedió a que se vieran, pero solo estuvieron juntas un rato.

—Debió ser algo muy impactante.

—Caroline estaba contenta. No esperaba más. Quería conocerla y lo hizo. Pero fue un encuentro corto, frío… como cabe esperar. Después, Caroline murió y le aconsejé a Natalie que llamara a Chloe y se lo dijera. Ella estaba en Londres por un asunto de trabajo, así que podría asistir al funeral, si lo deseaba.

—¿Quién es Natalie?

—La secretaria de Caroline.

—¡Ah!

—Asistió al funeral, allí la vi por primera vez. Pero se marchó pronto. Después la llamaron para hablarle de la herencia.

—¿Qué herencia?

—La que le ha dejado Caroline. Su casa, la finca trasera, el despacho… Todo lo que tenía la pobre mujer.

—¿Por qué le dejó todo eso? ¿No hay nadie más en su vida? ¿Caroline no estaba casada ni tenía más hijos?

—No, se lo dejó todo a ella. Quiso que fuera así.

—Una cuestión de conciencia, supongo.

—No lo sé. Caroline no era el tipo de mujer que tuviera problemas con la conciencia. Se lo dejó porque quiso, sin más.

—¿Por esa razón está en Tetbury? ¿Por la herencia? ¿Por eso os conocéis? Fue a ella a quién recurriste cuando tuviste la brillante idea de colgar cuadros.

—Sí, y no sabes cuánto lamento que también se hiciera daño.

—¿Es que había algún hueco disponible en el salón, abuela? ¿Por eso colgabas el cuadro?

—Haré como que no te he escuchado, Andrew.

Me echo a reír cuando me fulmina con la mirada.

—¿Ya no soy tu nieto favorito? ¿Sigues pensando en desheredarme?

—Ya lo he hecho, no pienso dejarte nada. Y si lo hago, incluiré una cláusula que diga que tienes que casarte.

—Abuela… No te molestes. Desherédame sin más, pero deja las cláusulas, mucho más una tan difícil de cumplir como esa.

—Lo pensaré.

Me sonríe con malicia y no puedo evitar acercarme y besarla en la frente. Adoro a esta anciana.

—¿No crees que tardan tus padres?

—No, no tardan. ¿Tienes prisa?

—No, ninguna. Quisiera volver a mi casa, aún no me he hecho a la idea. Hasta voy a echar de menos a Chloe. Es tan educada y encantadora.

—Ella solo está de paso, abuela.

—Estará cuatro o cinco meses. Ha decidido ayudar a Natalie en los asuntos del despacho de Caroline, para atender a los clientes que representaba ella.

Así que es eso lo que está haciendo…

Claro, la despidieron.

Cuatro o cinco meses…

Lástima que mi abuela no vaya a volver a su casa. La visitaría mil veces más…

La puerta se abre y mis padres entran sonrientes.

—Hijo, tenemos que marcharnos ya. Tu padre tiene asuntos que

atender en la clínica.

De nuevo lamento la interrupción, me habría gustado seguir hablando de Chloe.

Cuatro o cinco meses…

¿No es ese el tiempo que voy a estar yo en Tetbury?

Ella va a estar menos tiempo, pero solo un poco.

Desde ayer, no soy capaz de quitármela de la cabeza. Cuando me confesó que la habían despedido, quise retorcerle el cuello a Olivia. ¿La despidió sin más? ¿Sería por el episodio del beso? No acabo de comprenderlo.

Desconozco lo que ha ocurrido, pero cada vez detesto más a esa odiosa mujer.

Y toda la historia que me ha contado mi abuela… Es tan rara… Tan dura…

Chloe está envuelta en misterio, está claro. Como también es un misterio que no me la pueda quitar de la cabeza.

Así que tiene novio…

Claro que, debe haberse quedado en Nueva York…

Capítulo 32

Chloe

Está claro que los Ransey no se han olvidado. Mi esperanza se ha roto esta mañana, cuando Catherine me ha llamado para recordarme la cena. La dichosa cena.

Son personas desconocidas para mí y, además, son los padres de ese médico engreído. Por suerte, Catherine me ha confirmado que solo estarán ellos tres en la cena. No habría aceptado de otra manera.

No entiendo qué hacía ese hombre en Londres… al parecer trabaja en Bristol. Claro que… junto a las oficinas había un hospital…

No, no lo creo. Debió acudir a esa zona para poner en marcha su estúpido plan de poner celosa a la bruja. Todavía hay personas que juegan con eso y creen que forma parte de una relación. ¡Menudo imbécil!

Lo mejor de todo fue su expresión cuando le dije que me habían despedido. La bruja no debió hablarle de mí. O quizás sí…

Puede que ya no estén juntos. O puede que sí. Eso significaría que se dio cuenta de que le mentí, o quizás lo ha aclarado después…

¡A saber! No tengo ni idea de qué se traen entre manos, pero son tal para cual.

Me roba un taxi…

Me besa por sorpresa…

Y lo más extraño es que sea el nieto de Catherine, mi vecina, que tengamos un accidente ella y yo y que trabaje en el hospital que nos asigna la ambulancia que nos llevó.

Es de locos.

¿Por qué me sorprendo? Desde que llegué a Inglaterra todo carece de sentido. Una cosa más no debería quitarme el sueño.

Me miro en el espejo. Esta maldita lesión me está impidiendo desenvolverme con normalidad. Todavía tengo la mano algo hinchada y sigue doliéndome por momentos.

Sé que debería verme de nuevo un médico, pero he estado

demasiado ocupada en el despacho y… me he olvidado.

Natalie me lo ha recordado, pero no le he hecho caso.

Es un amor de persona. Nos reímos y bromeamos a todas horas.

Todavía me siento desubicada, pero me empiezo a familiarizar con los casos que represento en el puesto de Caroline.

Me cuesta entender a algunos clientes. Me hablan de detalles de la vida en Tetbury que dan por hecho que conozco y Natalie tiene que informarme constantemente.

Ayer acudió un nuevo cliente. En un principio, solo nos íbamos a encargar de gestionar lo que estaba pendiente, pero hemos aceptado algunos casos nuevos por su sencillez y rápida resolución.

Confieso que el conflicto me dejó perpleja: un árbol.

Un árbol centenario que, al parecer, se está inclinando ligeramente hacia un lado. Un par de centímetros, pero suficientes para que un vecino de Tetbury decida denunciar al dueño de la casa donde se encuentra el árbol, el de la casa contigua, porque la inclinación afecta a su casa.

Vino al despacho con unos bocetos muy elaborados en los que se apreciaban los veinticinco minutos de sol que ese árbol le robaba a diario por su inclinación, al menos en la temporada de primavera y verano.

El diálogo no ha funcionado. Una parte del conflicto no se conforma con renunciar a esa preciada sombra; la otra, no piensa talar las ramas objeto de la discordia. ¿Es comprensible? No lo es, al menos en cuanto a emprender acciones legales, pero entiendo que luche por esos veinticinco minutos de sol. Yo también lo haría, aquí escasea mucho.

Vuelvo a mirarme en el espejo. Excepto lo que cubre mi muñeca, que más parece un estropajo viejo que un vendaje, el resultado de mi aspecto me satisface.

Me he decantado por un vestido informal de manga larga de color azul que realza mi figura y mi escote; el cabello me lo he recogido en un moño informal a la altura de la nuca y he terminado mi atuendo con unas deportivas de colores. Una mezcla de estilos muy propia de mí.

La casa de los Ransey se encuentra en el otro extremo de Tetbury, a una media hora a pie de la casa de Caroline; una distancia en la que he prescindido del coche. Por suerte, Steven se encargó de que pudiera seguir utilizándolo durante mi excedencia, aunque en el bufete de Londres… «alguien» no pareció estar de acuerdo y puso muchas objeciones.

Me detengo frente a la casa de los Ransey. Es una casa amplia de

tres plantas con un jardín delantero muy cuidado y, aunque no se aprecia en su totalidad, uno trasero de grandes dimensiones.

Es una casa de estilo georgiano. La fachada de ladrillo visto blanco, el tejado de pizarra a dos aguas, el pequeño porche circular de la entrada rodeado de columnas blancas, la simetría en los grandes ventanales…

Es preciosa.

Me recibe Claire, que, tras darme un rápido abrazo, y preguntarme por mi muñeca, me invita a entrar en su hogar.

Me guía hasta un amplio salón, decorado de forma clásica, pero muy colorido y luminoso.

En uno de los sofás en forma de «U» se encuentra Catherine acomodada, mostrando una de esas extrañas sonrisas suyas que no dejan claro si está contenta o enfadada.

—Chloe, cuánto me alegro de verte.

—Catherine, ¿cómo te encuentras?

—Estoy bien, no me puedo quejar. Cuando me pueda mover con soltura, estaré mejor.

Claire se disculpa alegando que se está ocupando de la cena y desaparece durante unos minutos. Catherine me pone al corriente de lo que ha hecho estos cuatro días, pero no parece muy entusiasmada con su nuevo hogar.

—Adam llegará enseguida. —Nos informa Claire asomando la cabeza antes de volver a desaparecer—. Cuando lo haga cenaremos.

Veinte minutos después, cuando Catherine ya ha consumido toda mi energía, Claire aparece junto a Adam, ambos sonríen. Cada uno sujeta una bandeja.

Adam me extiende la mano haciendo equilibrios con la bandeja y se interesa por mi muñeca.

—Chloe, mientras te encuentres en Tetbury, puedes venir a la clínica siempre que lo necesites. ¿Quién te está haciendo el seguimiento de tu mano?

—En realidad, nadie.

—¿No has acudido a la consulta del médico?

—No he tenido mucho tiempo.

—Se debe explorar, cambiar el vendaje… ¿Qué te parece si mañana vas a la clínica? Aunque el sábado permanece cerrada, mañana estará abierta unas horas por la mañana.

—Yo… Se lo agradezco, pero… no quisiera molestar. Puedo…

—No se hable más. Mañana a las nueve te esperamos en la consulta.

—Gracias —acepto. Tengo que pensar en la mano y esto me

facilita su revisión.

Nos dirigimos a una sala anexa al salón donde se encuentra únicamente una mesa rectangular, varias vitrinas repletas de vajillas y una amplia chimenea; apagada como es de esperar a estas alturas del año.

Claire me sirve una base de puré y unas salchichas y me ofrece una jarra con una salsa: *gravy*; típica de la gastronomía inglesa.

Desde que llegué a este país he tenido algún conflicto con su gastronomía. Confieso que nunca he sido muy disciplinada en la cocina, especialmente desde que me independicé. Paige, que es una excelente cocinera, siempre ha intentado integrarme en el arte culinario, pero nunca ha conseguido que mostrara mucho entusiasmo.

Las empanadillas de Cornualles también decoran la mesa. Las he probado con anterioridad, pero no han acabado de seducirme. Como invitada agradecida, solo voy a elogiar «esos manjares», pero me va a costar conducirlos hasta mi estómago.

Me siento incómoda. Son muy amables y en todo momento están pendientes de mí, pero no les conozco y soy consciente de que esas personas conocían a Caroline y me relacionan con ella. Tampoco ayuda el hecho de saber que estoy en la casa de los padres del médico que me besó, ese imbécil que parece burlarse de todo y de todos.

Escucho su voz a mi espalda y rezo para que sea una cuestión de sugestión, pero tardo poco en comprobar que no lo es. Y… justo cuando lo descubro, me encuentro en mitad del proceso de ingerir un generoso trago de vino.

Cuando entra el doctor, yo soy víctima de un pequeño atragantamiento en el que busco desesperadamente la forma de respirar y también de que me trague la tierra.

Capítulo 33

Andrew

La llamada de cortesía que he hecho a mi madre, para interesarme por el estado de mi abuela, ha hecho que el resto de la tarde se convirtiera en una carrera contrarreloj. Ha sido justo cuando me ha informado de quién era su invitada esta noche.

No he compartido con mi madre mis intenciones, pero sí he hecho todo lo posible por terminar lo que estaba haciendo en el apartamento de Londres para poder asistir a esta cena.

No entraba en mis planes este pequeño desvío en la agenda, mucho menos sabiendo que mañana por la mañana debo volver para asistir a una reunión de toda la familia, que mi abuela ha convocado en casa de mis padres para hablarnos de algo importante. ¡A saber qué tiene ahora en la cabeza!

Hoy ha sido mi último día en el hospital de Bristol y en este momento me siento aliviado, extraño, algo desubicado, pero aliviado. Incluso algo excitado por compartir mesa con la invitada de mis padres.

La invitada, en cuanto aparezco, se atraganta. Quiero pensar que ha sido fruto de la casualidad, aunque todo apunta a que mi presencia la ha sorprendido, igual que al resto, que no me esperaban; en ningún momento he desvelado mis intenciones de acudir.

Mi madre le golpea suavemente la espalda.

—¿Estás bien?

—Sí, sí —pronuncia con dificultad.

—Andrew… ¡No te esperábamos!

—¿Eso significa que te alegras?

—Pues claro, ¿qué clase de pregunta es esa? —se defiende mi madre ofendida.

Recorro la mesa saludando a todos los comensales con un beso en la mejilla y me detengo frente a ella para ofrecerle la mano.

Ella se levanta y acepta mi saludo, claramente incómoda.

—Chloe, me alegro de verte.

—Yo también —me dice con una sonrisa forzada.

—Olvidaba que ya os conocíais —interviene mi madre de forma muy oportuna.

—Nos conocimos el lunes en el hospital. ¿Qué tal está tu muñeca? Espero que mejor que el vendaje.

—No deberías criticar el vendaje, me lo hiciste tú.

La miro sorprendido, no esperaba ese ataque. Mis padres no parecen entenderlo, pero la abuela sí porque suelta una carcajada que nos retumba a todos en el cerebro.

—Andrew… estás en baja forma. —Comenta su padre.

Estoy a punto de aclarar quién hizo el vendaje, pero si la señorita americana se divierte, no seré yo quien se lo impida.

—Lo estoy, debo practicar más los vendajes.

—¿Ya no se encargan las enfermeras? —pregunta mi madre ingenuamente.

—Me ofrecí yo. Como Chloe había sido la heroína de la abuela, quise ser considerado.

—Le he dicho a Chloe que mientras esté en Tetbury puede acudir a la clínica siempre que lo necesite. —Presume mi padre.

—Claro, es una gran idea —alabo mientras me imagino que Chloe pueda convertirse en paciente mía.

—Siéntate de una vez, tengo hambre y no soporto que me interrumpan mientras estoy cenando —protesta mi abuela.

Consigue que todos nos echemos a reír, menos Chloe que no está acostumbrada a su carácter.

Me siento en el extremo opuesto de Chloe, para mirarla mejor.

La cena transcurre de forma amena, gracias a las intervenciones de mis padres y de la abuela, que se empeñan en poner a Chloe al corriente de todo lo que acontece en Tetbury.

Sé que no está cómoda. Sonríe, asiente con la cabeza, me fulmina con la mirada…

El siguiente tema no es de su agrado. Mis padres mencionan a su madre y le cuentan algunas anécdotas de ella relacionadas con vecinos de Tetbury, o algunos eventos en los que coincidieron.

Me doy cuenta de que la abuela interviene de forma brusca para que la conversación dé un giro. Ni siquiera ha participado en ella.

Una hora después, cuando la cena ha llegado a su fin, después de que la bombardeen a preguntas sobre la gastronomía americana, y la vida en Nueva York, y vuelvan a mencionar a su madre, mi abuela le pregunta:

—¿Has visto los jardines, Chloe? Son preciosos.

—No, no los he visto.

—Andrew, deberías mostrárselos —me pide mirándome fijamente con una de esas miradas suyas que no admiten discusión.

Chloe se resiste, pero no encuentra la forma de excusarse y acepta. Eso es lo que percibo por la forma en que se revuelve en la silla.

—Después de visitar los jardines, me marcharé. Mañana tengo que trabajar, aún no me he puesto al día con el despacho. Así que… me despido ahora. Les agradezco la invitación, estaba todo delicioso. Ha sido un placer cenar con ustedes.

La belleza tiene exquisitos modales.

Chloe se acerca a mis padres y habla algo con ellos que no logro escuchar. Después se despiden y se acerca a mi abuela. Le coge la mano y le sonríe. Mi abuela le responde haciendo lo mismo. Eso sí que es una sorpresa.

—¿Vendrás algún día a visitarme? —le pregunta.

—Claro, muy pronto.

Cuando salimos del salón y nos dirigimos al exterior, Chloe se coloca delate de mí y me obliga a detenerme bruscamente.

—No voy a pasear contigo, diles que me han encantado los jardines.

—Si vuelvo ahora, sabrán que no te los he mostrado.

—Pasea tú solito, como si yo estuviera a tu lado.

—¿Por qué te caigo tan mal?

—Porque me jodiste con esa bruja de tu novia. Te pedí que se lo aclararas y no lo hiciste.

—Entonces no fue el beso… sino las consecuencias del beso. Eso me calma.

—Eres un imbécil.

—Sí lo hice. Lo intenté ese mismo día, pero no quiso hablar conmigo. Días después se lo dejé claro.

—Lo importante era que se lo aclararas aquel día, aquel maldito día.

—Lo intenté, ya te lo he dicho. No podía obligarla a escucharme.

—Pues sí que deberías haberla obligado. Podías haberla atado, amordazado y crucificado si era necesario para que te escuchara. Deberías haberle dejado claro que no me conocías y que lo del beso fue una gilipollez que te pasó por la cabeza para darle celos. Deberías haberle dicho cualquier cosa y no lo hiciste.

—Lo intenté —le digo molesto. Ya no me apetece bromear, su tono acusatorio me está incomodando—. Si alguien no quiere escucharte, es difícil comunicarse. Solo puede decírselo días después.

—Lo intentaste mal y lo que fuera que le dijeras fue tarde.

—Escúchame…

—Me has preguntado por qué me caías mal y te he respondido. Buenas noches, doctor.

Se dirige a la salida, pero se equivoca. Me mira. Le señalo la dirección correcta con la mano y desaparece de mi vista.

Me quedo con un sabor amargo, uno que se carga todas las ganas que tenía de verla cuando he llegado a esta casa.

Esto no tiene remedio.

Capítulo 34

Andrew

Cuando vuelvo a entrar en la casa de mis padres, los encuentro en el salón, ocupando sus sillones favoritos y sumergidos en una conversación relacionada con unas reformas que quieren hacer en la cocina.

—¿Quieres alguna copa de algo, cariño? —me pregunta mi madre al verme entrar.

—No, gracias, no tardaré en marcharme.

—¿Ya te has quitado a esa pesada de encima?

No estoy segura de haberla entendido. ¿Se refiere a Chloe?

—Mamá, ¿de qué hablas? Chloe es encantadora.

—Me refiero a la hija de los Hill, de esos impresentables.

Vaya, en esta casa no hay secretos. Miro a mi padre y este desvía la mirada. Sé que ha sido él la fuente de información. Él y mi abuela tienen una extraña complicidad. A veces pienso que mi abuela le quiere más a él que a su propia hija. Se adoran.

—Catherine, no sabes guardar secretos, ni uno más. —Se delata mi padre.

—No lo hagas, tendrás que contárselos a mi hija y seguro que no te diviertes tanto.

Ese «tira y afloja» nunca está cargado de malas intenciones, es parte de mi familia, de su esencia.

—¿No te caen bien, abuela?

—No, y no es un secreto. Son altivos y solo les importa el dinero y las apariencias.

—Mamá, no son así, tú les has tratado poco.

—Abuela, ese tema está zanjado —le informo.

—Me alegro. Solo la he visto una vez y me cayó mal. ¿No había nadie mejor para meter en tu cama?

—¡Mamá! —le regaña mi madre. Es la palabra más escuchada en cualquier reunión que se encuentre la abuela.

—Lo siento, pero tengo que marcharme —anuncio riéndome.

—¿Vuelves a Londres? —me pregunta mi padre mientras libra una batalla con un cojín del sillón.

—No, me voy a Bristol, está más cerca.

—No olvides que mañana tenemos una reunión. —Me recuerda la abuela.

—No lo olvido, abuela, pero ¿seguro que es necesario?

—Lo es —responde tajante.

—No te molestes en intentar sonsacarle nada —me advierte mi madre—. No quiere contarnos de qué se trata.

—Está bien, asistiré, pero tengo muchas cosas que hacer. Todavía tengo que traer cosas del apartamento de Londres…

—¿Por qué no dejas ese otro apartamento de Bristol? —me pregunta mi abuela.

—¿Y dónde quieres que viva los próximos meses? ¿Aquí?

—En mi casa. Yo no voy a volver en una buena temporada.

¿En su casa? La abuela es increíble. ¿Cómo se le ha ocurrido…? ¡Un momento! Su casa… la casa contigua a la de Chloe…

Guardo silencio unos minutos mientras discuten.

—Pues… no lo había pensado, abuela. Ya sabes que a mí me gusta vivir solo, así que… ¡Déjame pensarlo!

—Hazlo, la oferta seguirá abierta mañana.

Nos echamos a reír. Mi cabeza empieza a trabajar a toda velocidad, solo se detiene cuando escucho las palabras de mi padre. Unas que hacen que mi cabeza aún trabaje más rápido.

—Mañana iré pronto a la clínica. Tengo que arreglar unos asuntos. He quedado a las nueve para ver el estado de la muñeca de Chloe.

Mi trabajo en la clínica, previsto para el lunes, se va a adelantar.

Capítulo 35

Chloe

He pensado en no acudir a la clínica, pero no me parece correcto. Adam me recordó la cita cuando me despedí de ellos, después de la cena. Además, me conviene que le eche un vistazo. Me sigue molestando y algo no va bien.

Me siento mal.

Estoy cansada de sentirme así, pero no consigo salir de esta burbuja. Ni siquiera me reconozco, siempre parezco enfadada y clavada al suelo como una estatua. Pero es que la cena y la llamada de la bruja, me han superado.

La cena de ayer fue muy incómoda, ese hombre me saca de mis casillas. La forma desafiante en la que me miraba constantemente hizo que tuviera que contenerme mil veces para no lanzarle algo a la cabeza. Además, es falso y… mentiroso. Me dijo que había intentado aclarárselo a la bruja… ¡Mentira!

Esa odiosa mujer me llamó ayer por la noche, ¡por la noche! ¡Un viernes! Después de hacer casi quince días que pedí la excedencia. Ya me extrañaba a mí que no diera señales de vida, pero hasta creí algo que solo una ingenua puede creer: que Steven había tomado partida después de lo que le dije. ¡Qué equivocada estaba!

Todavía siento rabia. Ojalá la hubiera interrumpido en vez de dejarla hablar pensando que mi turno llegaría después. ¡Qué estúpida fui! Nada más soltar su veneno, me colgó.

—Hola, becaria —empezó diciendo—. Disculpa que no te haya llamado antes, pero he estado muy ocupada compartiendo mis conocimientos con los nuevos becarios, unos que son perfectamente dignos de trabajar aquí, inteligentes y llenos de recursos. Ya sabemos que no siempre es así, pero a veces me tocan inútiles con muchas aspiraciones, pero pocas habilidades y tengo que conformarme. Solo he llamado para decirte que me alegro de que hayas solicitado un permiso, no sabes cuánto me alegro de no tener que verte. Si quieres

aceptar un consejo, dedícate a otra cosa, la abogacía no es para ti. Y… quiero aclararte que mi opinión sobre ti no tiene nada que ver con el incidente de… Andrew. No te consueles con eso. Mucho antes tenía claro que eras muy inútil. Soy muy profesional para que esos temas me influyan. Ese hombre me suplica todos los días que le perdone que fuiste un error, que no tiene la culpa de que le llevaras días persiguiendo. Hasta sintió náuseas después de besarte. Si en algo estamos de acuerdo es en pensar que eres una estúpida. Te salió mal la jugada. ¡Hasta nunca, becaria!

Antes de que me llamara becaria por segunda vez, estaba dispuesta a decirle cuatro cosas sin ningún miramiento. Todo tiene un límite, pero me colgó la muy impresentable. ¿Cómo no reaccioné antes? ¿Qué narices me pasa?

Me quedé clavada al suelo con Lance y con Madison, y ahora con esa maldita bruja…

Yo no soy así.

Y ese «Andrew»… No sé qué hay entre ellos, pero lo que me contó esa bruja es despreciable. Está claro que hablaba con odio y con rabia, pero seguro que el muy impresentable intentó darle la vuelta a la situación. Así que yo le perseguía y le dio náuseas besarme…

Es indignante que permitan que esa mujer se comporte de esa manera, pero voy a intentar calmarme. Puede que no le dijera nada ayer, pero… todo llega. Las prisas nunca son buenas.

Seguro que me he pasado de largo la clínica. Natalie me ha indicado cómo llegar de la forma más directa, pero creo que estoy perdida.

Unos minutos después, la localizo. Respiro hondo. Pulso sobre el timbre y espero.

La puerta la abre un hombre joven, debe ser el hijo de Adam, el que no es imbécil. Eso es lo que me ha contado Natalie. Al parecer, en esa familia la vocación por la medicina no falta.

—Hola, soy Chloe Handley.

—Claro, te esperábamos. Pasa, por favor. Soy el doctor Paul Ransey. —Me ofrece la mano—. Te acompaño.

Inicia el paso y me pide que lo siga a lo largo de un pasillo.

Estoy impresionada por la amplitud de la clínica y por todos los detalles que la decoran.

Hay detalles florales por todas partes y también muchas puertas que se desvían del pasillo ante salas de espera confortables.

Paul abre una puerta que muestra un cartel con el nombre de Adam Ransey grabado en color dorado.

—La señorita Handley está aquí.

—Chloe —le digo antes de entrar.

Paul espera a que entre y desaparece.

—¡Chloe! Me alegro de verte. Llegas tarde.

—¿Dónde está tu padre? —le pregunto indignada. No me puedo creer que tena que ver de nuevo a este gilipollas.

—En uno de los despachos con un paciente. Una urgencia. ¿Me permites ver la mano?

—Esperaba a tu padre.

—Como te digo, está atendiendo a un paciente. Además, tengo que practicar los vendajes, ¿recuerdas? El que te hice no fue muy acertado…

Me voy. Me quedo. Me voy. Me quedo…

Esta es la última persona que esperaba ver hoy. ¿Qué hace aquí? ¿Le echa una mano a su familia en la clínica? ¿Cuántos trabajos tiene este hombre?

—Mejor vuelvo otro día.

—Mi padre ha delegado en mí, ¿qué quieres que le cuente? Algo tendré que decirle para justificar que no has querido ser atendida por mí. ¿Prefieres a Paul? ¿Quieres que vaya a buscarlo?

No estoy en condiciones de exigir. Es su clínica y su trabajo y yo, por mucho que lo deteste, necesito que cure mi mano. Además, prefiero pasar desapercibida ante su padre.

—Está bien… No quiero más circos, ya he vivido uno contigo y tengo suficiente.

Sonríe de una forma que de buena gana le borraría.

Me siento en la silla que me indica y él se sienta al lado, en la camilla. Me mira a los ojos con dureza y me quita la venda lentamente. Ya no sonríe.

Estoy nerviosa, lo confieso, es duro tenerle delante sin sentir rabia por él y sin admirar ese perfecto rostro que tiene.

—Sigue hinchada, deberías reposarla más. Te haré un vendaje distinto y te daré otro tratamiento. Pero debes evitar moverla en exceso.

—Eso es complicado.

—No he dicho que sea fácil.

Ha suavizado su expresión y vuelve a mostrarse como… siempre que lo he visto, como si se riera del mundo.

Veinte minutos después, cuando el vendaje me llega al codo y protesto varias veces, recibo una explicación que me convence y le doy las gracias.

—¿Todavía te caigo mal? No me entra en la cabeza que te despidieran por eso.

—No tengo intenciones de hablar contigo de ese tema.

—No pretendía complicarte la vida.

—¿Qué pretendías?

—Una estupidez, prefiero no hablar de ello. Me arrepiento, pero… solo del malentendido, del beso no.

Me acerco a él despacio.

—¿Del beso no?

Sonríe de una forma arrogante. Sé que está jugando.

—No, de eso no.

—Pues bésame otra vez.

Me mira fijamente, sorprendido.

—¿Quieres que lo haga?

—Puede que esta vez no sientas náuseas…

Me mira de nuevo confundido, pero no se pronuncia.

Cuando lo hace, ya he abierto la puerta y estoy a punto de salir.

—¿Por qué has dicho eso?

Salgo a toda prisa de la clínica rezando para que no intente alcanzarme. Su hermano no está en la entrada, así que salgo directamente.

Nada sale bien. Nada me hace sentir mejor. Solo soy capaz de sentirme ridícula, de no acertar en nada, de hablar cuando no debo y de callar cuando no debo también.

No soporto a ese hombre, pero sigo poniéndome nerviosa cuando está cerca.

Capítulo 36

Andrew

La abuela, cumpliendo con su amenaza, nos ha reunido a todos en el salón y nos ha hecho esperar. A pesar de que le hemos preguntado mil veces el motivo de la reunión, solo nos lo ha aclarado cuando ha llegado el señor Leonard Pemberton, notario y amigo de mi abuela.

La perplejidad ha ido aumentando cuando nos ha anunciado que lo que pretendía era leer su testamento.

No han faltado las protestas por parte de todos los miembros de la familia, pero la sorpresa mayor ha llegado cuando nos ha informado de que la lectura no era su único propósito, sino el cumplimiento de la transmisión de sus bienes.

—Dejad de atosigarme. No quiero que el reparto de mis bienes se haga cuando esté muerta porque no podré estar para verlo. Quiero hacerlo mientras viva, saber si estáis conformes, si os parece bien, si os fastidia o si os emociona. Mi pequeño patrimonio pasará a vosotros y quiero verlo con mis ojos.

—Abuela. —He sido yo el primero en intervenir—. Te trataremos como a una reina haya lo que haya en ese documento. Puede que no sea el momento más adecuado para decírtelo, pero te queremos igual con, y sin testamento.

—Eso es precioso, Andrew, pero no te adelantes. Espera a saber qué te he dejado.

Los comentarios han continuado, especialmente por parte de mi madre, que se ha mostrado ofendida. Mi padre ha guardado silencio, señal de que él conocía las intenciones de mi abuela; a nadie le ha sorprendido.

Pero… las risas también se han hecho un hueco. Ha sido cuando nos hemos cansado de batallar con la abuela y hemos optado por tomárnoslo con humor y… cumplir con su voluntad. Incluso el señor Pemberton, que es estirado como un palo, ha puesto su granito de arena para amenizar el ambiente.

—Pobre hombre —me ha susurrado Paul—. Ha venido cargado con esa caja llena de documentos. Creo que, nada más que por eso, tenemos que tirar esto adelante.

Y así nos hemos entretenido mientras mi abuela y mi madre no dejaban de discutir.

La lectura se ha hecho ante el silencio de todos. Si en algo tenía razón la abuela, era en que hacerlo de este modo ha sido mucho mejor que cuando la pérdida es palpable.

A mi hermano le ha dejado la casa en la que vive actualmente en Tetbury, una segunda residencia que adquirieron ella y mi abuelo hace muchos años. Es una casa grande que mi hermano ha ido reformando con muy buenos resultados; a mis padres les ha dejado otra casa, la de verano, en la costa sur de Cornualles, en Porthleven, así como parte de sus ahorros; a mí, la casa donde vivía hasta hace poco, la que ella siempre ha considerado su hogar, junto a una pequeña finca: un terreno sin construir que se encuentra a pocos metros de la casa, orientado hacia el oeste.

Hemos estado más de dos horas firmando el traspaso de bienes. Debía llevar tiempo preparando todos esos documentos, y todavía queda alguno.

Hemos cumplido con su voluntad. Si algo nos ha quedado claro es que la abuela deseaba hacerlo y parecía feliz al terminar.

Yo soy al único al que le ha incluido una cláusula. Al escucharlo he temido que me pidiera que me casara, como ha bromeado alguna vez, pero ha resultado ser más simple. No puedo hacer reformas en la casa mientras ella esté viva. Es consciente de que no va a volver a su casa, pero quiere visitarla de vez en cuando y encontrarse con sus recuerdos intactos.

Ha sido una mañana de locos. Por el testamento y por la visita de Chloe a la clínica.

Ya había decidido mudarme a la casa, nada ha cambiado, pero ahora, después de convertirme en propietario, puedo decir que soy, oficialmente, vecino de la belleza.

Capítulo 37

Chloe

Hoy siento cierta nostalgia con Nueva York. Puede que haya influido el hecho de hablar con Paige y recrear los lugares que me ha descrito, los mismos que hasta hace poco tiempo formaban parte de mi vida.

Hoy echo de menos mi apartamento, el bullicio de Nueva York, mi trabajo en el bufete, la sopa de Paige, mis visitas a su librería, mis sándwiches, los días soleados…

Puede que el hecho de que hoy mi padre hubiera cumplido años también influya.

Y puede que el hecho de no levantar cabeza desde que he pisado este país, también.

Estoy sentada en una preciosa hamaca, en el jardín trasero, que perteneció a la mujer que me trajo al mundo, en su casa, rodeada de todo lo que ella eligió un día para decorar su hogar; en un pueblo que apenas he explorado; descansando de una jornada laboral en un despacho que perteneció a esa misma mujer; ocupándome de sus clientes y escuchando su nombre constantemente en la boca de todos.

He estrechado lazos con su ayudante, Natalie, a la que empiezo a considerar una amiga, he tenido un accidente con otra de sus amigas, que a la vez es la abuela del imbécil que me besó en Londres y que era el novio de mi odiosa jefa; la mujer que más detesto en este mundo.

Mi futuro no es muy prometedor en el bufete, a menos que pase seis meses en España cuando acabe mi excedencia. Y, para colmo, recibo un *mail* de Madison, en el que me informa que Lance ha vuelto a Seattle y que se siente sola.

Estoy rodeada de cinismo, de cosas absurdas, de casualidades y de una rabia que no consigo controlar. ¿Qué más puede pasar?

Juro que nunca más volveré a hacerme esa pregunta.

El médico «beso a la primera que me encuentro», está apoyado en la valla, con una sonrisa de oreja a oreja.

Lleva una camiseta de manga corta ajustada de color blanco; es lo

único que puedo ver de su cuerpo.

Me recorre el cuerpo con la mirada. Le ha debido gustar mi atuendo: una falda corta y una blusa transparente.

—Hola, vecina. ¿Tomando el sol?

—No, estaba esquiando. ¿Se te ofrece algo?

—Un poco de ayuda no me vendría mal.

Lo miro confundida, a saber, por dónde ataca.

—¿Ayudarte yo a ti?

—Me debes una. Te conseguí un taxi, te he curado la mano, te besé… Lo menos que puedes hacer es echarme una mano. Tengo dos bultos en la entrada y me cuesta moverlos.

Me levanto despacio, pensando que esto no me puede estar pasando. Debe estar recogiendo las cosas de Catherine.

Me apoyo en la valla y le devuelvo la sonrisa.

—El taxi me lo robaste, la mano… estabas haciendo tu trabajo, y ayer quedé con tu padre, no contigo… Y el beso… Eso sí, eso sí que es un favor que te debo. Mi vida cambió después de ese beso…

—No pierdes oportunidad de decirme lo mucho que te complicó la vida ese beso… Tienes un punto sádico. Eres rencorosa… Eso no está bien, Chloe. En Inglaterra siempre perdonamos, convivimos en armonía, en paz.

—Es verdad que eres gilipollas… Hasta he llegado a dudar. «¿Y si has sido injusta con él, Chloe?», me lo pregunté una vez, pero… no, no hay más que oírte.

—¿Cuándo te lo preguntaste?

—Ayer, cuando llamé a tu abuela para ver como se encontraba y me habló maravillas de sus nietos.

—Sí, mi abuela es mi mejor fan, tengo que admitirlo, pero tú acabarás siéndolo también. Dame tiempo, chica americana. ¿Me ayudas o no?

—No.

Me separo de él, no solo porque es el momento de hacerlo, sino porque, de nuevo, una vez más, aparece ese tira y afloja en mi cabeza: querer estrangularlo y quedarme embobada observando su rostro.

—¿Qué clase de vecina eres tú? —escucho decir a mi espalda, antes de volver a entrar en mi casa.

Una hora después, hago un esfuerzo por ignorar el ruido que está haciendo en la entrada de la casa. Me consta que estas casas comparten una pared de papel: solía escuchar los movimientos de Catherine, pero… en la calle… ¿Qué coño está haciendo?

Cuando salgo a comprobarlo, lo encuentro junto a varias maletas, dos cajas, una buena montaña de fundas de las que protegen la ropa y

una caja alargada muy alta que está teniendo dificultades para sostener.

«¡Un momento!», me digo alarmada. Eso no está saliendo de la casa de Catherine, sino entrando…

—Vaya, por fin. ¿Me ayudas con esta caja? Lleva algo frágil en su interior.

—¿Qué estás haciendo?

—Mudarme. ¿Qué crees que puedo hacer con todo esto?

—¿Qué quieres decir con «mudarme»?

Consigue apoyar la caja en un arco para enredaderas del jardín. Se vuelve hacia mí.

Observo sus vaqueros desgastados, ligeramente deshilachados en los bajos y sus deportivas de color azul marino.

—Vamos a ver, chica americana… ¿En Nueva York cómo le llamáis a cambiar de casa? Vamos a ser vecinos.

—¿Cómo le llamáis en Inglaterra a un vecino gilipollas?

—Vecino solamente, aquí no insultamos, tenemos unos modales increíbles.

—No te soporto —le digo volviendo a mi casa.

Capítulo 38

Andrew

Mi madre siempre ha afirmado que tengo una personalidad dual. Palabras suyas: «La mitad de ti es muy impulsiva, la otra mitad muy reflexiva». Crecí con esa frase y nunca me sonó muy bien, pero con los años aprendí que mi madre tenía razón. O doy un paso brusco al frente sin pensar en las consecuencias, o paso horas y horas, días y días, pensando si debo o no dar el paso.

Son pocas las veces que pienso en ello, solo aquellas en las que una de las dos personalidades me trae problemas por manifestarse en exceso. Hoy es una de ellas. Hoy, la batalla la tengo con la personalidad impulsiva, la que hizo que aceptara vivir en la casa de mi abuela sin detenerme a pensar lo que eso suponía.

El argumento oficial que influyó en esa decisión fue la corta distancia con la clínica y el poco amor que le tengo al apartamento de Bristol, probablemente porque bajo su techo mi estado de ánimo ha tenido los peores «*ranking*» de mi historia. Pero esa solo es la versión oficial, la no oficial se debe a que una belleza americana con un humor terrible que me detesta, es mi vecina.

Y ahora estoy sentado en el salón de la casa de mi abuela, ahora de mi propiedad por su expreso y extraño deseo de hacer testamento en vida, rodeado de… millones y millones de objetos, los propios de quince generaciones.

Pero ya está hecho y tengo que hacer lo posible para que esto mejore.

Por eso estoy en la cocina, dándole el último toque a un pastel de… varios ingredientes. Es una fusión de diferentes estilos de tartas propias de la región inspirada en lo que he encontrado en el frigorífico.

Es espantoso su aspecto, pero espero que mi vecina valore el detalle.

Todavía caliente, me dirijo con la tarta a la casa contigua. Son las

diez de la noche, espero que esté despierta.

Después de pulsar tres veces el timbre, me abre la puerta una belleza americana con el pelo húmedo, una toalla en la mano y un rostro que más refleja haber recibido a un fantasma que a un vecino con una tarta en la mano.

—Es mi forma de darte la bienvenida. Es eso lo que se suele hacer en estos casos, ¿cierto? Creo que en Estados Unidos es algo muy habitual, ¿no?

—Vivo en Manhattan… respóndete tú mismo. No me gustan las tartas y… en el caso de poner en práctica esa «costumbre», debería ser yo quien te la preparara a ti. Tú eres el último en llegar.

—Podemos fingir que la has preparado tú.

—¿Yo? —la observa frunciendo el ceño—. Eso me ofende.

—No tiene tan mal aspecto.

—¿Qué es lo que quieres?

—Te lo acabo de explicar, ¿aún no lo has entendido, señorita de Manhattan? ¿Cómo dais la bienvenida allí?

Resopla.

Suelta la toalla, se adueña de la tarta y me sonríe con cinismo.

—Allí no damos la bienvenida. Somos insociables, no tenemos amigos, odiamos a los vecinos. Y… cuando viajamos, nos llevamos esa costumbre con nosotros.

Me cierra la puerta en las narices.

Eso me ha dolido.

Vaya, vaya…

Mi otra personalidad, la que disfruta tocando las narices, la que llevo en los genes por transmisión de la abuela, acaba de aflorar, y con mucha fuerza.

Regreso con el corazón roto a mi casa. Es hora de deshacer las maletas. El problema es que los armarios están repletos de los enseres de mi abuela y tengo que hacerme un hueco.

Mi padre me ha asegurado que vendrá la próxima semana a recoger esos enseres, pero mientras… Debo buscar un hueco. Y… puede que, mientras lo busco, cambie de lugar algún armario, o baúl, o… cualquier elemento de la casa. Tengo para elegir.

¡Oh!

Pero… hay un problema. Las paredes que separan las casas son de papel, eso es de lo que siempre se ha quejado la abuela. Puede que haga ruido… Puede. ¿Le molestará a mi vecina?

Lo compruebo una hora y media después, la que ha durado mi mudanza interna, que ha consistido en mover algunos muebles poco pesados y devolverlos de nuevo a su sitio. Me ha llevado un buen rato.

Los golpes en la pared del salón y del pasillo, provenientes de la casa vecina, no me han detenido.

Poco después, escucho el timbre de la puerta.

—¿Tú de qué vas? Son las doce de la noche —me dice en un tono suave. No debe querer despertar a los vecinos.

—Lo sé, tengo relojes en casa. ¿Me informas por algo en concreto?

—Eres imbécil, rematadamente imbécil. Deja de hacer ruido a estas horas o… llamaré a… las autoridades locales. Si es que no lo hacen antes los otros vecinos. —Señala la casa de la izquierda también adosada.

—Leva desocupada muchos años. Ellos no se van a quejar.

—Necesito dormir.

—Lo tendré en cuenta, lo prometo. Es que… no sé si te has dado cuenta, pero estas casas no tienen unas paredes precisamente consideradas con la intimidad. Mi abuela decía que sabía todo lo que hacía su vecina a todas horas. Es un gran inconveniente, ¿no te parece?

—Eso dependerá del vecino que tengas al lado.

—Entonces… estás de suerte, no paso mucho tiempo en casa… Llego tarde y… solo tengo necesidad de cambiar muebles si tengo insomnio. Hoy lo tengo.

—¿Qué es esto, una venganza? ¿Te ha dolido que no mostrara mucho entusiasmo con tu gesto de buen vecino? —me pregunta con un tono muy sarcástico.

—Puede que eso haya provocado que sea algo descuidado y desconsiderado a la hora de mover algunos muebles, no te lo voy a negar.

—Vaya… eso es muy maduro por tu parte, doctor. Pero… —Hace una pausa—. Si te sirve de algo, he probado una porción de tu tarta. El aspecto era terrible, pero teniendo en cuenta tu buena voluntad… me he animado. No está mal. Esa mezcla de cerezas, manzanas, peras, y… ¿qué era el otro ingrediente?

—No lo recuerdo, he seleccionado los únicos alimentos que no estaban en mal estado… los que dejó mi abuela. Espero no haber confundido ninguno: tenían buen aspecto; unos más que otros.

—Definitivamente eres gilipollas.

Se da la vuelta y baja los escalones en dirección a su casa.

—¿De verdad te ha gustado? —le pregunto aguantándome la risa—. ¿No será una estrategia para que deje de hacer ruido?

Un «imbécil» susurrado llega a mis oídos provocando que me eche a reír.

Cierro la puerta sintiendo que estoy animado.

No sé qué tiene la belleza de Manhattan, pero consigue que actúe como un gilipollas. No debería molestarme que me llame así.

Capítulo 39

Chloe

No sé si voy a soportarlo mucho más. Ese hombre me saca de quicio. Desde el altercado de la otra noche, ha vuelto a hacer ruidos, a la misma hora, dos noches más.

Empieza arrastrando algo a la altura del dormitorio. Es lo que deduzco teniendo en cuenta que las casas son simétricas. Yo continúo la escena golpeando en la pared. Él se detiene. Poco después arrastra algo en otra parte que no consigo localizar, puede que en el pasillo o en el salón. Vuelvo a golpear y se termina el espectáculo.

Es como lidiar con un adolescente…

Ya son tres las noches que tengo que aguantarlo.

No me explico qué hace viviendo en esa casa. Catherine me dijo que no podría volver en una temporada, que debía recuperarse de la caída. Su hija lleva tiempo insistiendo en que se mude a vivir con ella, puede que eso signifique que no es solo algo temporal. ¡Puede que no vuelva nunca!

¿Será esa la razón de que el doctor la esté ocupando?

Ese insufrible hombre.

¿Dónde trabaja? ¿En la clínica? ¿Bristol? ¿Londres? Lo he visto en tantos lugares distintos…

Cuando llego al despacho, mi humor debe reflejarse en mi rostro, ya que Natalie se apresura a acompañarme.

—¿Una mala noche?

—Espantosa.

—¿Qué te ha pasado?

Necesito una confidente, una persona con la que compartir lo que me quema por dentro o acabaré explotando.

Mientras preparo un café, suave para mí, fuerte para ella, en una cafetera maravillosa que he comprado en uno de los comercios de Tetbury, le cuento todo lo ocurrido. Lo único que no menciono es la parte del beso y la de la bruja.

—Sí, he escuchado que se ha instalado en la casa de Catherine. —Me aclara—. Aquí no hay secretos. Adam Ransey se ha retirado una temporada para disfrutar de unas vacaciones y su hijo ha ocupado su lugar. No le conozco, pero algunas personas que conozco dicen que es encantador. Su hermano, Paul, es más serio. Es un hombre… más reservado.

—¿No le conoces? ¿No suele vivir en Tetbury? —es mi oportunidad para averiguar algo sobre él.

—No, vive en Londres. Yo apenas le he tratado. Se marchó hace muchos años, cuando se fue a la universidad. Viene de vez en cuando a visitar a su familia.

Empiezo a esclarecer algunas cosas, pero sigo sin entender otras.

—¿Eres paciente de la clínica, Natalie?

—Sí, de Adam. A Paul lo conozco desde hace muchos años, tenemos amigos en común. Supongo que, si necesito atención médica, será Andrew quien lo haga. Es tan guapo… Supongo que ya te has dado cuenta. Es más guapo que Paul. Todo el mundo habla de él en Tetbury. Ya sabes, los pueblos…

Prefiero no pronunciarme sobre el físico de Andrew, no quiero que note que, no solo me he dado cuenta, sino que me vuelvo tonta cuando lo tengo delante, a pesar de lo mal que me cae. Puede que sean imaginaciones mías, pero mientras hablaba de Paul, he percibido algo en su mirada, en su expresión… algo sombrío.

—Tú y Paul… No quiero ser indiscreta. —Me siento impulsada a preguntarle; siento la confianza para hacerlo. No es algo propio de mí.

—No lo eres. —Baja la mirada—. Paul es… Es guapo, eso es todo. Yo… Hace poco que rompió con su novia. Solo somos amigos. Desde que empezó a salir con esa chica, se alejó bastante del grupo de amigos.

—Te gusta, ¿verdad?

—Puede ser… —Sonríe con timidez—. Hablemos de otra cosa.

Durante un buen rato que nos tomamos de descanso antes de meternos de lleno en el trabajo, bromeamos sobre los ruidos que me exasperan y sobre Paul.

Natalie se anima a contarme que siempre ha sentido algo por él, pero que nunca ha sido correspondida. También me ha contado la historia de la clínica. Son muchos los pacientes de Tetbury que confían en ella. Cuenta con consultas concertadas con médicos especialistas, así como un departamento importante de fisioterapia y dos médicos de familia: Paul, que también es traumatólogo, y Adam, ahora sustituido por mi vecino.

Es extraño. Lo vi trabajando en Bristol. ¿Compaginará esos

trabajos? No debe ser de otro modo, al fin y al cabo, Natalie me ha informado que Adam ha anunciado su descanso por un periodo de seis meses. Es curioso que ese hombre y yo tengamos algo en común. Él ayuda a su padre, y yo a mi… A Caroline.

Me centro en el trabajo. Hoy he atendido a tres clientes y he preparado la vista en el juzgado de mañana en Bristol. Una vista que había aplazado para solventar un trámite burocrático relacionado con mi jurisdicción en los tribunales de Reino Unido. Por suerte, está resuelta. Oficialmente, puedo ejercer en todos los ámbitos de la abogacía de este país y puedo pisar los juzgados de todo el Reino Unido.

Tres horas después, tras recibir a un vecino de Tetbury interesado en hablar conmigo, salgo de mi despacho.

—¿Qué quería? —Me pregunta Natalie, muy intrigada.

—Quería que le vendiera el terreno de Caroline, el de detrás de la casa.

—Me lo he imaginado. No me ha parecido que quisiera contratarte como abogada, él tiene muchos abogados. ¿Qué le has dicho?

—Le he dicho que no estaba interesada. ¿Sabes algo de eso que yo no sepa?

—También se lo ofreció a Caroline y ella le dijo lo mismo. Ese hombre es muy influyente en Tetbury. Tiene muchos negocios y es muy activo en la política. Tiene muchos contactos.

—¿Por qué está interesado en ese terreno? No me lo ha dicho.

—Compra muchas fincas. Se dedica a eso, algo de inmuebles. No es nativo de Tetbury, vino hace unos años y se acabó instalando. No me gusta.

—A mí me ha parecido agradable, pero hay algo en él que… ¡No sabría explicarlo!

—Muchas personas en Tetbury lo detestan. Está en todas partes y no es del agrado de todos.

Natalie se marcha con una expresión sombría, y yo me quedo invadida por la sensación de que ese tema no va a acabar con la breve reunión que he mantenido con ese hombre.

Hay algo en él que no me ha gustado.

Capítulo 40

Andrew

Sé que mi vecina puede malinterpretar que prácticamente viva en el jardín trasero de la casa, pero es el único lugar donde puedo utilizar mi ordenador portátil sin interrupciones constantes en la red. Mi abuela, como era de esperar, no contaba con este elemento de la tecnología, así que he tenido que recurrir a una red portátil que solo funciona cerca del jardín o en el exterior.

Estoy tumbado sobre una mullida hamaca accediendo a la base de datos de historiales de la clínica para ponerme al día con algunos casos de pacientes. Es una forma de ganar tiempo y poder dedicarme más a las consultas, que son constantes.

Me está costando adaptarme a la clínica. Me siento algo perdido. Es muy diferente a mi trabajo en el hospital. El diagnóstico y la variedad de áreas es lo que me gusta, lo que me apasiona, por eso me especialicé en medicina interna; en la clínica todo es más reducido.

Pero eso ya llegará. Soy consciente de que solo son unos meses y que estoy ayudando a mi padre. Cuando se acabe esta excedencia, ya pensaré qué hacer, pero si algo tengo claro, es que soy otra persona desde que dejé el trabajo en los hospitales, especialmente en el de Londres.

La vida allí sí que la echo de menos, pero pronto estaré algo menos ocupado y podré pasar los fines de semana.

Vivir y trabajar en Tetbury me permite estar más cerca de mi familia y de acercarme a Paul, pero es demasiado tranquila para mí, no creo que consiga acostumbrarme. Paul no deja de decirme «Creo que no lo pensaste bien antes de aceptar».

Mi padre, a pesar de su descanso, se pasa con frecuencia por la clínica, algo a lo que mi hermano y yo estamos intentando poner fin. Se lo diremos a mi madre, será lo más efectivo.

Y mi vecina… Mi vecina acaba de salir a su jardín.

No hemos vuelto a hablar desde mi traslado, hace tres días. Solo he

recibido de ella golpes en la pared cuando cambio muebles en horas intempestivas. Debe creer que lo hago para fastidiarla, pero no es así.

—Hola, vecina —le digo en cuanto noto su presencia e interpreto que no tiene intenciones de decirme nada.

—Hola. ¿Ocupado?

—Sí, trabajando en mi ordenador —le digo sin moverme de la posición. Si ella no se acerca a la valla, no puedo verla—. Dentro no funciona la red de Internet.

La escucho desaparecer y me siento decepcionado. En cuanto acabe los historiales, la increpo un rato. Este silencio, sabiendo que está cerca, no lo llevo bien.

Me concentro en lo que estoy haciendo, pero solo unos minutos. La señorita americana ha elegido este momento para cortar el césped de los tres escuetos metros cuadrados de hierba que hay en su jardín. Igual que en el mío; la mayor parte está cubierta por piedra blanca.

Me levanto y me acerco a la valla.

—¿Es necesario que pases esa máquina ahora?

—No, no es necesario, pero no veo razón alguna para no hacerlo.

—Intento concentrarme, dentro no tengo cobertura.

Me ignora y sigue «agitando la máquina».

—Deberías engrasarla…

—¿Por qué? A mí me gusta ruidosa.

—A mí no —le digo a conciencia de que esto puede ser la base de un pequeño enfrentamiento; justo lo que me apetece.

—Es que esto no va de ti, doctor. Es mi jardín, mi casa, mis ganas de cortar hierba y mi máquina ruidosa. Sigue con tu ordenador, yo con mi hierba y… a ignorarnos, que es lo más sensato.

—No deberías mecer la máquina como si fuera el carro de un bebé. Esa es…

Me ignora mientras se lo digo, pero antes de que acabe, tal y como sospechaba, la máquina adquiere fuerza, se impulsa hacia delante unos centímetros y ella acaba en el suelo.

Veo un gesto de dolor y temo que se trate de la mano. Salto la valla sin dificultades. Es pequeña, frágil, cuenta con mil apoyos y debe encontrarse entre las favoritas de los ladrones.

Me mira sorprendida y se levanta rápidamente.

Nos miramos fijamente.

—¿Estás bien? ¿Te duele la mano?

—No, no me he apoyado en ella —contesta con sequedad—. Estoy bien, puedes volver a tu casa. Te recomiendo que uses la puerta.

—No hay quien te ablande —le digo muy molesto—. Ya sé que no te caigo bien, pero no hace falta que seas tan borde. ¿Tan grave te

parece que te besara? Porque todo se remonta a eso, ¿no?

—¿Por qué vuelves a hablar de eso? Es tan simple como que me caes mal. ¿Nunca te ha caído alguien mal?

—De acuerdo, te caigo mal sin más, lo acepto.

—No te molestaste en aclararlo con ella. Te diste cuenta de que era mi jefa, tenías suficiente información para saber que tu brillante idea podía perjudicarme. ¿Es motivo para que me caigas bien? Intentaste explicárselo después… ¿Cuándo? ¿Cuándo le dijiste que yo te perseguía? ¿O fue cuando le dijiste que besarme te provocó náuseas?

—¿De qué estás hablando? ¿Qué significa eso de que me perseguías y me provocabas náuseas?

—Es lo que le dijiste a tu novia.

—Ni es mi novia ni lo ha sido nunca, ni le dije jamás algo así. ¿Te lo dijo ella?

Guardamos silencio. La tensión ha conseguido envolverme incluso a mí, que soy el pacífico, en este conflicto.

—No quiero hablar de eso.

—Quizás otro día…

—Quizás. —Me sorprende diciendo.

«¡Maldita Olivia!», pienso mientras vuelvo a saltar la valla.

Capítulo 41

Chloe

El timbre de la puerta. Ya sé de quién se trata. Espero que no venga con ganas de hablar del dichoso tema que hemos hablado antes. Son las diez de la noche. Esto es desesperante.

Ahí está, delante de la puerta, con esa sonrisa que tanto detesto.

—¿Me dejas dormir en tu sofá?

Intento cerrar la puerta, pero él me lo impide.

—Espera. Tengo mis razones para pedirte esto. ¿Has estado alguna vez en la casa de mi abuela? Supongo que sí.

—Solo una vez, en el salón.

—¿El día del accidente?

—Estoy impresionada, ¿cómo lo has deducido?

—Soy muy perspicaz. ¿Solo conoces el salón?

—Eso he dicho. —Hago un nuevo intento de cerrar la puerta.

—Acompáñame, quiero que la veas al completo.

—Ni lo sueñes.

—Por favor, así entenderás los ruidos por la noche. Te conviene, puede que se te ocurra algo para acabar con ellos.

Suelto el aire bruscamente. Localizo las llaves y le sigo. En el fondo, ha despertado mi curiosidad.

Entramos en el salón y siento escalofríos, no solo por los malos recuerdos, sino porque puedo ver con más claridad la cantidad de objetos que hay por todas partes.

El doctor sigue avanzando por el pasillo, se va girando; debe temer que me dé la vuelta y me marche.

Abre la puerta del dormitorio principal.

—Joder… —Se me escapa.

—Eso mismo digo yo cada vez que entro.

Lo primero que veo es una cama con un dintel majestuoso y unas cortinas pesadas que cuelgan en pliegues excesivos. Los remates dorados y los detalles incrustados en la madera parecen competir

entre ellos a la hora de llamar la atención.

El resto de muebles tienen un aire de antigüedad y de decadencia que producen tristeza.

Una cómoda adornada con incrustaciones de marfil abarrotada de objetos ornamentales que amenazan con desbordarse; un espejo ovalado, enmarcado en madera… Eso solo forma parte de la mitad de la estancia.

Se complementa con paredes tapizadas siguiendo un patrón floral, donde el rojo y el dorado se imponen.

No hay un solo espacio vacío; cada centímetro cuadrado está cubierto por cuadros antiguos, espejos y pequeñas estatuillas que parecen mirarte fijamente y retarte.

El aire en la habitación es denso y pesado, y da la sensación de que todo lo que hay aquí absorbe la luz y roba el oxígeno.

—¿Para qué son esas cortinas? —le pregunto señalando las que cuelgan del dintel.

—No tengo respuesta.

—Tienen su punto —observo olvidándome de que estoy con el doctor.

—¿En qué estás pensando?

Me sonrojo y me doy la vuelta para que el doctor no lo aprecie. Cuando soy consciente de que me he relajado, seguramente fascinada por todo lo que veo, vuelvo a adoptar la actitud defensiva.

—Es increíble todo lo que hay aquí. ¿Esto es lo que querías enseñarme?

—No puedo dormir aquí, veo cosas raras cuando abro los ojos.

—¿No cierras las ventanas?

—No, necesito un poco de luz, no… me gusta la oscuridad.

—Pues deberías hacer algún cambio, despejar la habitación.

—No puedo hacer cambios, mi abuela me ha pedido que la conserve igual. No quiere encontrarse otra casa cuando venga alguna vez a visitarla.

—¿No volverá a vivir aquí?

—No lo creo. Ha tenido varios accidentes este año. Tiene ochenta y cinco años.

—¿Esto justifica el ruido que haces cada noche?

Me hace una señal para que le siga. Me muestra rápidamente los otros dos dormitorios y son prácticamente iguales.

—He intentado dormir aquí, girar la cama, buscar una orientación que no me haga abrir los ojos y encontrarme con esos dos búhos disecados. Y en la otra, con la cabeza de ciervo, una de ellas. Está orientado de una forma rara, hay de todo por todas partes. Voy

buscando mi lugar…

—Te comprendo, yo no podría vivir aquí. De hecho, creo que no debes, mucho menos si la oscuridad no te gusta. Da una sensación algo claustrofóbica. No creo que aquí puedas relajarte, ni disfrutar de momentos de tranquilidad, ni ordenar tus cosas.

—Entonces, ¿lo comprendes?

—Claro, ahora entiendo esos ruidos todas las noches. Pobre, doctor, ha debido ser duro. Yo también habría hecho lo mismo. Pero no puedes estar aquí. No encontrarás ni un momento de descanso. Y… si Catherine no te deja hacer cambios, algo que también es comprensible… Solo veo una solución.

—Creo que intuyo lo que me vas a sugerir.

—Que te mudes de casa.

Me dirijo a la salida cruzando el pasillo.

—Eso te encantaría, ¿verdad?

—No pienses en mí, doctor. —Me detengo—. Eso me fascinaría, me haría feliz, me haría saltar de alegría, lo celebraría… pero lo que importa es tu salud mental. Eres médico, seguro que tú sabes más de eso que yo.

—Me has conmovido, vecina. Gracias por el consejo. Esperaba algo más. ¿Lo del sofá no te parece buena idea? Debería empezar cuanto antes a proteger mi salud mental.

—Múdate de casa, doctor, y esta noche duerme en tu sofá.

—Es circular…

—¡Encógete!

Abro la puerta y, cómo no, escucho su voz.

—Pues jódete, porque me quedo.

Dos horas después, vuelve a hacer los mimos ruidos, incluso diría que más intensos.

Esta vez no pienso golpear su pared, sé que es lo que está esperando, pero sí me echo a reír al imaginarlo moviendo todos esos trastos.

Capítulo 42

Chloe

Por fin ha llegado el sábado. No tengo intenciones de acudir al despacho, mucho menos si no está Natalie. Este fin de semana lo va a pasar en Cirencester, un pueblo cercano, visitando a una amiga.

Natalie se ha convertido en mi paño de lágrimas, pero solo para hablar de mis conflictos con el vecino o para contarle algunas cosas de mi vida en Nueva York. Nunca me pronuncio ante el tema de Caroline, pero no impido que me hable de ella.

Voy descubriendo muchas cosas de su personalidad, y también que era querida y respetada en Tetbury. Admiro su forma de trabajar: era pulida, ordenada y muy meticulosa.

Es fácil hacerse cargo de su trabajo, todo está perfectamente planteado. Hasta he ganado mi primer juicio en Tetbury. El señor Winford, mi representado, obtendrá una jugosa indemnización por todo el tiempo que el club de campo ha estado abusando de una parte de su finca sin su permiso.

Sigo atrapada en un cúmulo de emociones, pero puede que los veinticinco días que llevo en Tetbury no sean suficientes para liberarme de esa burbuja emocional.

Mi rutina consiste en acudir al despacho y después a casa, comprando lo que voy necesitando en los comercios que encuentro por el camino.

Apenas conozco el pueblo, ni sus lugares de ocio, a pesar de que Natalie me ha hecho muchas propuestas para salir a divertirnos, pero todavía no me siento cómoda haciéndolo.

Cuando llego a casa, a veces hablo con Paige, a veces atiendo a mi vecino, que todos los días, todos, desde que me mostró la casa de Catherine, busca una excusa para importunarme; bien a través de la puerta, bien de la valla del jardín.

Una patata, un cuchillo afilado, un secador de pelo, harina… Esa es la lista de sus necesidades. Me lo pide, se lo lleva y lo devuelve. Y

entre una y otra, algún dardito envenenado; reconozco que los míos son más frecuentes, pero él se va animando.

Salgo al jardín con cautela, de forma sigilosa y con los ojos bien abiertos para ver si él se encuentra o no en el suyo. No sé si hoy habrá decidido trabajar o no en el jardín. Si es así, me abstendré de salir.

No escucho ningún ruido. Asomo la cabeza y lo localizo tumbado en la hamaca. Me escondo, no quiero que me sorprenda mirando. De repente, se oye el sonido de un móvil.

—Hola, nena, lo de ayer por la noche fue increíble… —le escucho decir perpleja.

No me puedo creer que se exprese así… Hasta había empezado a pensar que era… menos gilipollas.

—¿Abuela? Vaya, no me digas que eres tú —continúa diciendo mientras se ríe a carcajadas.

Me echo a reír. Debe tratarse de Catherine; seguro que ella le está siguiendo el juego.

—No me había dado cuenta que eras tú…

Vuelve a soltar otra carcajada.

Consigue contagiarme y entro corriendo dentro de casa para que no me descubra.

Confieso que me ha impactado escucharlo bromear de esa manera y reírse con tantas ganas también.

Risas…

Antes eran el motor de mi vida, pero desde hace mucho tiempo me he vuelto apagada y gris, como el cielo de este país un día sí y otro no. Un buen rato después, dejo de escuchar su voz y salgo al jardín con cautela. Algo llama mi atención.

Es humo, mucho humo.

Salgo corriendo hacia la valla y veo que procede de la pequeña barbacoa de piedra de su jardín.

Asomo la cabeza para ver dónde está el doctor, pero no veo ni rastro de él.

Me acerco desde otro ángulo y veo que hay algo sobre la parrilla. Es algo de carne… ¿Salchichas? No me sorprende, aquí son muy queridas, especialmente con su peculiar puré de patatas. Es lo que sirvió Claire el día que acudí a cenar a su casa.

El humo sigue creciendo, no lo entiendo. ¿Dónde está él?

Cerca de la barbacoa hay unas fundas de tela que cubren parte de un mobiliario. Es peligroso, podían prenderse.

Me impulso sobre la valla para tener más campo de visión comprobando que la puerta por la que se accede al interior de la casa está abierta.

—Andrew —grito enérgicamente.

Es la primera vez que le llamo de ese modo, pero no me ha parecido muy acertado llamarle doctor, o imbécil.

¿Llamo a su puerta?, ¿qué hago?

El humo gris es cada vez más denso. No percibo llama, que es lo que importa, pero eso no es ninguna seguridad.

Vuelvo a gritar su nombre sin éxito.

Corro hacia la manguera y estiro de ella hasta agotar su extensión.

Agua.

Lista para apagar la dichosa barbacoa.

Se complica. El ángulo en el que se encuentra no me permite maniobrar con comodidad, no podría enfocar el chorro. No tiene demasiada presión.

El humo sigue extendiéndose, por suerte en la dirección opuesta a mi terraza.

Sé que me voy a arrepentir, pero intento saltar la valla. Me apoyo con cuidado y estudio la manera de saltar sin hacerme añicos la mano.

Sujeto la manguera, que me está mojando la pierna y hago un último esfuerzo. Sonrío satisfecha cuando consigo apoyar la otra mano y colocar un pie sobre el otro lado de la valla, en la base de piedra.

Enfoco rápidamente la manguera hacia la barbacoa. Como era de esperar, se genera el vapor y el humo crece, pero poco a poco empieza a disolverse.

Aunque el humo no me alcanza, siento un picor en la garganta que me hace toser repetidamente.

Justo en ese momento, aparece mi vecino. Es evidente, por su aspecto, que acaba de salir de la ducha.

Me mira espantado, mira hacia su barbacoa, abre la boca…

—¿Qué estás haciendo con mis salchichas?

—Pero tú eres tonto, ¿no? ¿Te refieres a tus salchichas calcinadas? ¿Has dejado la barbacoa sola para darte una ducha?

—Una rápida.

—¿Es que no ves el humo? Te he llamado a gritos, ¿qué querías que hiciera?

—Yo no veo apenas humo. ¿No te parece infantil montar todo esto para mojar mis salchichas?

No sé si habla en serio, pero ha elegido un mal momento. Sostengo con fuerza la manguera de nuevo, pero esta vez la enfoco hacia otro lado: hacia él.

Primero expulsa un quejido, después expulsa aire y luego se queda quieto, como una estatua. Y yo… sigo disfrutando del espectáculo. Debe estar congelada, a juzgar por la que me ha caído en la pierna.

Cuando me harto, viendo que él sigue inmóvil, lanzo la manguera al suelo. Paso por delante de él, y entro en su casa. No pienso volver a saltar la valla.

—¡Me debes una, capullo! —le suelto antes de desaparecer de su vista.

Dentro de la casa estoy a salvo, no creo que se tome la revancha y se arriesgue a mojarlo todo.

Una vez a salvo, recojo la manguera y compruebo que el doctor ya no se encuentra en el jardín. Debe estar secándose.

Expulso aire al tiempo que me voy sintiendo cada vez más satisfecha.

Ha sido toda una terapia. Por un momento, he pensado que me la iba a devolver de la misma manera, pero solo me ha fulminado con la mirada mientras con la lengua se lamía los restos de agua que se acumulaban en sus labios.

La escena era seductora, no puedo negarlo.

Capítulo 43

Andrew

—Me debes una… cena —le digo después de aporrear su puerta, una hora después del remojón.

No sé por qué estoy aquí, es ridículo, pero desde que la he visto sonreír, por primera y única vez, aunque se haya debido a que se estaba recreando en mi sufrimiento, no he podido pensar en otra cosa que en acercarme a ella.

—Yo no te debo nada. Por poco no has provocado un incendio —me dice moviendo la cabeza ligeramente.

—Se me olvidó que había puesto las salchichas, lo confieso. No soy muy experto en barbacoas.

—Por eso tienes que mudarte a una casa en medio del campo, sin vecinos a los que puedas fastidiar.

—Sé que me echarías de menos.

—Estoy ocupada, así que, si solo has venido a decirme que te debo una cena, ya lo has hecho. Ahora, si me disculpas.

—¿No me invitas a cenar? No tengo nada más. Las salchichas eran mi último recurso.

—¿Hay restaurantes en el pueblo?

—Sí, ¿me acompañas?

—Eres muy pesado… mucho. Y no me gusta la gente pesada, me cansa, me agobia, me exaspera. Estás en todas partes, a todas horas… Eres insufrible. Más que pesado, diría que esto es acoso, puro acoso. Para de una vez —me grita.

Algo ha cambiado. No me gustan esas palabras. Me impactan, me duelen.

—¿Acoso? ¿De eso me acusas? —le pregunto derrotado.

Me mira con curiosidad, sé que mi reacción le ha llamado la atención.

Esto es lo último, no voy a permitir que me acuse de acosarla.

Me doy la vuelta y bajo los escalones a toda prisa. Entro en mi casa

y siento que se me cae el techo encima, con todos los ciervos, búhos, vitrinas y arcillas.

No recuerdo haberme sentido así antes. Y me duele, me jode, me cabrea. Me deja sin fuerzas.

Capítulo 44

Chloe

Me he pasado.

Siento tanta presión en el estómago, que hasta me produce arcadas.

Me derrumbo sobre el sofá. Me siento como si le hubiera escupido a alguien, quizás mucho peor.

No sé por qué he utilizado esa palabra. No ha sonado nada bien. Esto ha ido demasiado lejos. Es evidente que a él le ha sonado tan mal como a mí cuando he acabado de pronunciarla.

Es la primera vez que veo esa expresión tan dura en su rostro.

Tengo que admitir que yo le he seguido el juego, de alguna manera. Y que… si ese juego se acaba, que es lo que todo parece indicar, lo voy a echar de menos.

No sé qué tiene ese hombre, igual que me provoca, me exaspera o me atrae.

Necesito combatir este malestar y esta confusión, así que nada mejor que una buena ducha.

Veinte minutos después, lo único que consigo es estar limpia. Por fuera, porque por dentro siento algo sucio en mí.

Miro mi móvil. Quizás sea buena idea hablar con Paige y distraerme.

O contarle lo ocurrido…

No, no es eso lo que voy a hacer. Ya va siendo hora que resurja de donde quiera que he estado metida.

Me dirijo a la cocina y pongo en práctica una idea. Por momentos, me parece absurda y una pérdida de tiempo, pero no se me ocurre nada mejor.

En cuarenta minutos, mi idea está acabada, colocada en una bandeja y envuelta por un paño de algodón.

No puedo dejar esto así, me he pasado. No es acoso. Él juega y yo… juego.

Llamo a su puerta, pero no obtengo respuesta. Lo vuelvo a intentar. No cambia nada.

Con la moral cerca del centro de la tierra, me doy la vuelta y bajo una a una las escaleras con pesar.

Escucho un sonido. Sé que ha abierto la puerta, pero no dice nada.

Me giro lentamente y subo un peldaño.

—No son salchichas, pero… puede valer.

—¿Qué es? —me pregunta sin mover ni un solo músculo de su cara.

—Un pastel de verdad.

Aparece una media sonrisa dibujada en su oscuro rostro y el contraste es espectacular.

—¿Por qué?

—Te debía una bienvenida… y quizás… una disculpa.

Me mira sin decir nada.

—¿O lo aceptas o me lo llevo…? ¡Me estoy quemando!

—¿En tu casa, o acompañados de los animalitos del bosque?

—En mi casa —le digo mientras vuelvo sobre mis pasos. Cuando subo las escaleras de mi casa, siento el contacto de unos brazos que se apoderan de la bandeja. El roce me provoca un escalofrío que me recorre todo el cuerpo.

Capítulo 45

Andrew

—¿No es un poco tarde para comer tarta? —me pregunta la belleza nada más entrar en su salón.

Nadie diría que su casa y la mía son exactamente iguales, construidas de forma simétrica.

—¿Para qué la has preparado? —le digo sin dejar de observar la decoración del salón.

—No se me ha ocurrido nada mejor para ir a tu casa —me dice con una mueca infantil.

—¿Es comestible?

—Eso me ofende. Es una receta neoyorkina que se remonta a tiempos ancestrales. El mejor secreto que guardamos en la ciudad. Pasa de generación en generación, pero solo unos pocos conocemos sus ingredientes secretos.

—O sea que… te la has inventado.

—Correcto. ¿Una copa de vino? No tengo nada más bebible.

—Es una buena opción.

Chloe vuelve poco después con dos copas y una botella que deposita sobre una mesa.

—Siento lo que te he dicho antes. —Me aclara bajando la mirada.

—¿No deberías haberlo dicho? ¿Es eso a lo que te refieres?

—No se trata de no decirlo, sino de no pensarlo. No creo que sea así. —Esta vez me mira a los ojos.

Seguimos de pie, en mitad de su salón. Es la primera vez que veo en ella una expresión serena, relajada. No está a la defensiva.

—Hace poco tiempo yo afirmé lo mismo de una persona. Dije que sentía que me acosaba… Era cierto, así me sentía, aunque en el ámbito menos grave de la palabra.

—¿Una mujer?

—Olivia.

Me mira con curiosidad frunciendo ligeramente el ceño.

—¿Has dicho acoso?

—Puede que sea un buen momento para escuchar la historia… de una puñetera vez —continúo diciéndole mientras no dejo de observar su reacción—. ¿No crees?

—Sí, puede ser un buen momento —me dice mientras se acerca a la mesa y procede a servir las copas.

—Conocí a Olivia en Londres, en un *pub*. Recalco que nunca antes de aquel día, la había visto. Nos acostamos juntos dos… ¡No! Tres veces. Esa es mi historia con ella. Desde la primera vez hasta la última trascurrió un mes, más o menos. Fin de la historia. Tres noches, o más bien tres partes de una noche, y dos cenas.

—¿Ya está? Una historia muy intensa, pero… Falta algo en esa historia, ¿no? No la comprendo. Has hablado de acoso.

—No he terminado. La última vez que estuvimos juntos mencionó a unas personas que… conocemos en común.

No quiero incluir a mis padres en la historia, no es necesario. Creo que puedo explicarle lo sucedido sin tener que mencionarlos.

—¿Eso es malo?

—Pregunté a esas personas y me dijeron que ella y su entorno hablaban de nosotros como si tuviéramos una relación. Yo lo negué, por supuesto, y me pidieron que fuera sutil, delicado a la hora de hacérselo saber. En otras circunstancias, habría hablado con ella directamente, que es lo que debía haber hecho desde un principio, pero quise atender esa petición y mi «sutileza» me llevó a creer que con esquivarla sería suficiente. Esperaba que se diera cuenta de que no me interesaba.

—¿No funcionó?

—No. Me llamaba constantemente, aunque no atendiera sus llamadas, me escribía mensajes, me proponía encuentros, acudía a la cafetería del hospital cuando sabía que me encontraba allí, Interactuaba con mis compañeros…

—Si eso no funcionaba, ¿por qué no se lo dijiste?

—Un error. Cuando te vi en la cafetería, solo tenía intenciones de saludarte, pero enseguida la vi a ella observándome y… se me ocurrió besarte. No fue una gran idea, pero fue algo impulsivo. Pensé que, si me veía con otra mujer, desistiría. Sé que fue una muy mala idea, hasta ridícula, pero así ocurrió. No me siento orgulloso. No lo hice con la primera que me encontré, ya nos habíamos visto antes… ¿recuerdas?

—Cuando me robaste el taxi.

—No te lo robé, seguiré jurándolo hasta que me muera.

Me ofrece una media sonrisa, algo es algo.

—Me lo robaste descaradamente, pero ya lo hablaremos en otro momento. Continúa…

—Cuando me pediste que se lo aclarara, lo intenté, pero no atendía mis llamadas. Me la encontré días después, en la cafetería del hospital, y es allí donde se lo aclararé todo, pero no estaba muy receptiva; aun así, no dejé pasar la oportunidad. Le aclaré lo que tenía que ver contigo y conmigo, y también lo que tenía que ver con ella y conmigo. No se lo tomó muy bien, pero acabó pidiéndome que tuviéramos una relación cordial. No he vuelto a verla nunca más.

—Vaya, sí que es simple la historia… ¿Te sentías acosado?

—Tenía la sensación de que me perseguía. No me gustaba que acudiera a la cafetería del hospital, era mi espacio y yo no la había invitado. ¿No me crees?

—Sí, te creo. No sé por qué, pero te creo. Puede que ahora le encuentre algo más de sentido. Me parecía todo tan absurdo…

—Absurdo es, no te lo voy a negar. Podía haberte aclarado antes esta historia, pero no me lo has permitido. Siento que tuvieras problemas, pero no podía saberlo de ninguna manera. ¿Habría cambiado algo que aquel mismo día, después de aquella escena, hubiera podido hablar con ella para aclararle lo ocurrido?

—No, no lo creo. Yo lo intenté y no me permitió hacerlo, me dijo que no quería hablar de asuntos personales.

—¿Te despidió por eso? Es que sigue sin entrarme en la cabeza.

—No me despidió. Te mentí. Me marché yo.

—¿Por qué me mentiste? —le pregunto pensando en todo el malestar que he sentido pensando que por mi culpa había perdido su trabajo.

—Para joderte. Desconocía la relación que tenías con ella, así que tampoco podía saber el alcance de esa mentira. En realidad, me daba igual.

—Si era para joderme… No puedo quejarme. Pero deberías saber que me he sentido mal muchas veces por creer que te habían despedido por mi culpa.

—No haberme besado. Por mucho que lo justifiques, me utilizaste y eso me trajo consecuencias. No me despidió, pero me atacó de todas las maneras posibles. Tenías razones para sentirte mal, no voy a consolarte.

Me echo a reír. Tiene una peculiar manera de ser sincera.

—¿Te atacó? ¿A qué te refieres?

—Empecé a trabajar en el bufete el 11 de junio. La primera semana me trató muy mal, desde que pisé el bufete por primera vez. Me despreciaba, me infravaloraba, se dirigía a mí de una forma altiva y

despectiva… Era muy desagradable. Pero un día cambió. Parecía más humana y el trato fue mucho mejor. Ese mismo día, horas después, fue cuando me besaste.

—Vaya… Y ese episodio hizo que volviera a tratarte mal.

—Exacto. Fue peor. Me apartó de los casos en los que debía involucrarme, como parte de mi formación, y me asignó tareas de archivo, largas y tediosas.

—¿Y te marchaste?

—Poco después murió Caroline y su ayudante me pidió que le echara una mano en el despacho. Se convirtió en una vía de escape, aunque no estaba convencida, pero cualquier cosa era mejor que seguir en ese lugar, con esa mujer. Pedí una excedencia.

Me produce escalofríos conocer esa historia, ya no solo por la actitud de Olivia, que me está revolviendo el estómago, sino por la similitud que tiene con mi historia.

—Mi abuela me contó que estabas en Londres cuando… Caroline murió, también me contó vuestra relación y las circunstancias.

Se oscurece su mirada. He tocado una tecla delicada.

—¿Qué te contó?

Comparto con ella todo lo que mi abuela me dijo y ella asiente con la cabeza.

—Tu abuela conoce la historia mejor que yo. Yo no le conté nada, todo lo que sabe es por Caroline.

—¿No lo hablaste con ella?

—No profundizamos en ese tema demasiado. Y… siento haberla llamado pesada.

—No debes disculparte, mi abuela es pesada y mucho. Pero también es una mujer muy inteligente, que dice lo que quiere cuando le viene en gana. Es diferente.

—Sí, ahora lo sé. He hablado más veces con ella y me he dado cuenta, pero en aquel momento, estaba algo saturada y descolocada con ese tema y no quería hablar de… esa mujer, de Caroline.

—Mi abuela me ha dicho hoy que la has llamado.

—Sí, lo hago cada dos o tres días. Me hace reír. Y también quiero saber cómo evoluciona.

—Es una mujer muy selectiva, pocos seres humanos le caen bien, ni siquiera tengo claro que le caigamos bien los miembros de mi familia…

Chloe dibuja otra media sonrisa. Aún no he visto una sonrisa completa.

—Deduzco con eso que yo soy de esos afortunados seres humanos…

—No te quepa duda. Vi como te protegía en la cena, cuando mis padres no dejaban de hablarte de… Caroline. La conozco bien y no tardé en captar cómo actuaba.

—Sí, lo noté.

—¿Es ese un tema delicado?

—No, pero no tengo interés en hablarlo. Me sobra, no quiero mencionarlo. Estoy en Tetbury con un objetivo concreto. Después me marcharé y… seguiré con mi vida.

—¿Volverás al bufete de Londres?

—No, eso jamás. Ya he puesto a mi jefe de Nueva York al corriente de la situación con esa bruja, y mi próximo destino, cuando acabe la excedencia de cinco meses, es España.

—Siento lo de Olivia. ¿Por qué trabaja así? Llegué a verla como una mujer pesada, altiva, superficial… pero nunca pensé que fuera una tirana en su trabajo. ¿Se lo permiten? ¿Puede hacerlo?

—Es un secreto a voces y se lo permiten. O lo tomas o lo dejas, es a la conclusión a la que he llegado. La otra opción es emprender alguna batalla, incluso legal, pero si el objetivo es crecer en el bufete, no es la mejor opción. Se debe tomar como una prueba dura y esperar a que pase. Es así de incomprensible, pero es así de real.

Yo no estoy en condiciones de rebatirle ese argumento. Sé lo que es sentirse así en un trabajo, aunque haya diferencias.

—Es increíble. ¿Qué te dijo cuando pediste la excedencia?

—No tuve que tramitarlo con ella ni con su bufete directamente. Pedí unos días libres con la excusa de la muerte de Caroline y tomé la decisión; no volví a aquel despacho. Hace una semana me llamó y me dijo cosas terribles. Me colgó, pero me hubiera gustado decirle unas cuantas cosas.

—¡Menudo asco de persona! Escuché que te llamaba becaria.

—Era su forma de humillarme. Hace tiempo que dejé de serlo.

—¿Qué tal te va en Tetbury?

—Bien, excepto por los problemas que me produce un vecino molesto.

—Eso es justo lo que me ocurre a mí.

—¿En qué te he molestado yo, doctor?

—Ayer me quemaste la cena.

—Ayer evité un incendio.

—Me diste con las puertas en las narices varias veces.

—¿Quién te pidió que llamaras?

—Necesitaba cosas, es lo que hacen los buenos vecinos. Ni siquiera me ayudaste con las maletas.

—Es que no soy una buena vecina.

—¿Sufriste mucho con la abuela? ¿Tan pesada fue?

—No, ella… solo quería hablarme de Caroline… Pero yo no estaba muy receptiva. Acababa de llegar, de dejar el bufete; Caroline, vivir en esta casa, trabajar en su despacho… El cambio era muy brusco en todos los sentidos.

—Entiendo. ¿Te vas adaptando?

—Me siento un poco fuera de lugar todavía, pero es una forma interesante de ejercer la abogacía. Hasta hace poco me movía en contratos, acuerdos en los que una sola coma fuera de lugar puede hacer que se pierdan millones de dólares. Tratados y leyes internacionales… Y ahora, me ocupo de disputas de vecinos. Hace unos días, me visitó un vecino de Cherington. Es un pueblo cercano, ¿cierto?

—Sí, está a pocas millas de aquí.

—Ese hombre quería saber qué le pasaría si le pegaba una paliza a su vecino. Le interesaba saber los días que podía estar en el calabozo, o si estaría en libertad hasta el juicio… Incluso las penas de prisión que corresponden a una paliza si la víctima tiene que estar o no en un hospital.

—¿En serio? Ese era un tío previsor. Quería saber con precisión a qué se exponía. ¿Por qué odiaba a esa otra persona?

—Porque boicoteaba una zona particular de siembra de hortalizas. Toda una compleja trama de conspiración para que sus zanahorias y sus patatas no lleguen nunca a la mesa.

Me echo a reír al ver el tono irónico en que se expresa.

—Ese pueblo debe contar con ciento y pocos habitantes. Se aburren, no se lo tengas en cuenta.

Me parece ver una sonrisa, pero desaparece rápidamente.

—Me pregunto —le digo después de un silencio demasiado largo— por qué Caroline no influyó un poco en mi abuela y le sugirió algunos cambios en la decoración… Este lugar es precioso.

—Lo es, reconozco que está decorado con mucho estilo. ¿Vas a vivir mucho tiempo ahí?

—La intención es que sea durante todo el periodo que substituya a mi padre, unos pocos meses, pero no sé si mi salud aguantará. Debe haber algún estudio sobre ello. —Suspiro—. Debo negociar con la abuela.

—¿Todo ese tiempo sustituirás a tu padre?

Le hago un resumen de mis planes y le explico por encima los motivos que me llevaron a marcharme de los hospitales, aunque solo menciono que no me sentía bien, no especifico los detalles.

Chloe me escucha atentamente y me interrumpe alguna vez para

destacar las similitudes con su trayectoria. También comentamos varias veces el cúmulo de casualidades que nos han rodeado todos estos días.

—¿Más vino? —le pregunto cuando se agotan los temas y recurrimos al silencio.

—Sí —me dice ofreciéndome la copa vacía.

Me levanto para servirlas. Ella también lo hace en cuanto propongo un brindis.

—Por las buenas vecinas que preparan tartas —le digo alzando la copa.

—Por los que roban un taxi y se niegan a reconocerlo…

—No te lo robé, es que te cuesta admitir que hay que ser más rápida. Te encontrabas en Londres, es una ciudad de muchos millones de habitantes. O corres o vuelas.

—¿Y qué hice yo?

—Caminar en modo paseo.

—¿Y los modales ingleses?

—Si de lo que se trata es de supervivencia…

Dibuja una sonrisa más amplia que las anteriores. No es media sonrisa, pero tampoco es completa. Seguimos en pie, nos miramos, dejamos nuestras copas sobre la mesa y… Solo hay algo que necesite igual que respirar en este momento, y es… ¡Besarla!

Capítulo 46

Chloe

Una semana de enfrentamientos, una palabra clave: «acoso», un juego disfrazado de «no juego», unas historias ordenadas y… llega el beso.

Este no va a llegar por sorpresa, como aquel, el que podemos bautizar como «el principio de todo», aunque yo me decanto más por bautizar así al taxi. ¿Y de qué es el principio? Me digo mientras veo sus intenciones de hacerlo…

«No lo sé», me digo mientras soy consciente de lo mucho que lo deseo. Pero también sé que no quiero principios porque conllevan finales. Una frase por la que nunca pasaré a la historia, pero que se justifica con el caos mental al que me enfrento desde hace unas semanas.

No soy capaz de meter nada más en mi cabeza, está al límite de su capacidad y si me besa, y si le beso… siento que me voy a desbordar.

—¡Un momento! —le detengo en pleno avance, cuando casi estaba a punto de alcanzar la meta.

Levanta las cejas y mira… ¿Cómo me va a mirar? Pues frustrado.

—No creo que sea una buena idea…

—Entiendo —dice metiéndose las manos en los bolsillos. En los de unos pantalones vaqueros que hace rato que han contribuido a ese desbordamiento mental—. Seguro que una de las razones podría ser que… hubiera otra persona, ni siquiera lo he pensado.

—No hay otra persona.

—De acuerdo, entonces, no es eso.

—Hemos aclarado los temas que había en el aire y nos hemos entendido —le digo con la voz entrecortada. Mi seguridad debe estar abrumándole—. Llegados a este punto y… con muchos meses de convivencia por delante… sería más inteligente seguir siendo unos vecinos estupendos.

—¿Eso sugieres? —me pregunta sin darme una sola pista de lo que está pensando. Su rostro está congelado.

—Imagínate que estoy prohibida.

—¿Prohibida?

—Sí, prohibida.

—Tú estás prohibida… ¿Y yo? —Veo un brillo en sus ojos que me sugiere que se está divirtiendo.

—Tú también estás prohibido.

—Entiendo. Tú, prohibida, y yo, prohibido. Los dos prohibidos.

—Exacto, prohibidos.

—¿Cómo se interpreta eso?

—Como todo lo prohibido. Ya sabes… se evita, se respeta, se mantiene la distancia… ¡Está prohibido!

—Bien, bien, entiendo. Estamos prohibidos.

—Eso es.

Asiente con la cabeza y saca una mano del bolsillo y la levanta a media altura. Separa su dedo meñique y me lo agita para llamar mi atención.

—¿Qué? ¿Qué haces? —le pregunto algo confundida.

—Te ofrezco el meñique. ¿Es que en Nueva York no lo hacéis cuando sois niños? Este es el lazo de la amistad. Dame tu meñique, lo entrelazamos y… ya somos amigos para siempre y… así nos prohibimos. Ese es el pacto, ¿no?

Suelto una carcajada que me sale de lo más profundo de mi ser. Se ve tan ridículo con el dedo en alto… Me imagino la escena en la que nos abrazamos los meñiques y no puedo parar de reír.

—¿Qué? ¿No hay trato?

—No pienso hacerlo, es ridículo.

—De todas maneras, no iba a funcionar, Chloe.

Se acerca a mí, me sujeta la cabeza con las manos. No le detengo.

—Me encanta lo prohibido… —me susurra al oído mientras me roza con su barba.

Me recorre un escalofrío por la espalda. Me pongo de puntillas.

—Solo era una idea, si no se puede… no se puede —le digo consiguiendo que me sonría de una manera que provoca cosquilleos por todas las partes de mi cuerpo, como fuegos artificiales.

Nos lanzamos el uno hacia los labios del otro con cierta prisa, o quizás con cierta ansia.

Nos comemos a besos, esa es la mejor descripción del baile de movimientos y mordiscos que mantenemos con los labios y con la lengua. Nos desnudamos sin prisa, pero sin pausa, regalándonos sonrisas cuando alguna prenda se resiste y la torpeza se impone a la pasión.

Yo, me ocupo de mi ropa, él, de la suya.

Nos pegamos el uno a al otro. Siento mi calor y el suyo. Es irresistible, es hipnótico, es… imparable.

Seguimos con la sucesión de besos y de caricias hasta donde alcanzan las manos.

Nos sumergimos en una extraña serie de movimientos que parecen reacios a mantener un ritmo: a veces de prisa, a veces a cámara lenta; a veces nos miramos como si pudiéramos colarnos en la mirada del otro, y a veces simplemente nos miramos de reojo.

El sofá es nuestro próximo objetivo, lo dice la forma en la que nos vamos acercando a él. Aunque cuesta, conseguimos llegar. Nos recibe con un mullido abrazo y decidimos invadirlo. Él se sienta, y yo lo hago cuando tira de mí, a horcajadas sobre sus piernas.

Y en ese momento, en ese instante de calentura en que ya no hay quien nos detenga, mi mente me da una idea para hacerlo.

—¿Es la mano? —me pregunta cuando se la coloco sobre el pecho para detenerlo.

—Es la protección —le digo mientras observo embobada la nueva imagen que tienen sus sonrisas.

Capítulo 47

Andrew

La observo mientras mete la mano en su bolso buscando lo que ha hecho que se detenga este increíble momento.

Camina de puntillas, deprisa, y se gira en una ocasión para mirarme y sonreírme.

Eso es lo que me ha perdido. A la vista está, que esto no estaba en mis planes, de lo contrario ella no estaría buscando esa dichosa barrera en su bolso.

Me han perdido sus carcajadas cuando le he mostrado el dedo meñique, y su mueca infantil cuando me ha hablado de algo prohibido. Prohibida es como la consideraba hasta ahora, a pesar de mis torpes intentos por acercarme a ella.

Y ahora me pierde que tarde tanto en encontrar lo que busca, a pesar de lo mucho que estoy disfrutando con la visión que tengo de su cuerpo; un cuerpo perfectamente delineado, con una piel suave que desprende un aroma dulce… ¿Flores? ¿Fruta?

Chloe regresa con el culpable de la interrupción en la mano, sujetándolo en alto y sonriendo triunfante, como si hubiera encontrado un tesoro.

La miro fijamente mientras se acerca a mí y noto que baja la mirada. Temo que se eche atrás, que lo que sea que dicte su razón, le indique que estamos prohibidos de verdad.

Tiro de ella, me apodero del envoltorio y cubro mi impaciente erección con lo que guarda en su interior.

Ella observa sonriente y se echa a reír. No tengo ni idea de por qué lo hace, ni pienso preguntarle, solo deseo entrar dentro de su espectacular cuerpo.

En el momento en el que siento que estamos encajados, acoplados como dos piezas de un puzle, toco el cielo. Lo toco de verdad. ¡Bendita sensación!

¿Qué me está pasando? Cualquiera diría que es la primera vez que

lo hago, pero quizás sí la primera que pierdo el control ante unas sensaciones demasiado intensas; me sorprenden, no las comprendo, pero… me rindo ante ellas.

Chloe cabalga sobre mí provocando que mi cuerpo se tense y se relaje a la vez. No faltan los besos, ni las sonrisas, ni las caricias.

Su aroma y sus gemidos me envuelven de todas las maneras posibles, algunas me impactan por su fuerza.

Chloe hace un movimiento con la cabeza hacia atrás y su ya imperfecta y desastrosa coleta, se deshace dejando su larga melena suelta, cubriéndole el cuello y parte del pecho.

La imagen me seduce hasta tal punto que me lanzo sobre su melena y la estrujo y la amaso entre mis dedos.

Llega el orgasmo, casi al unísono. Ella grita, y yo grito. Su voz es dulce, aguda, la mía ronca.

Se deja caer sobre mí como si le faltara vida y yo la acojo mientras la abrazo como si pudiera romperse.

Ambos buscamos el aire desesperadamente y permanecemos así hasta que nuestros pulmones recuperan el ritmo.

—¿Más vino, doctor? —me susurra al oído.

—¿Qué tal… «Andrew»? —le sugiero sonriendo.

—Te llamé así una vez, cuando se incendiaba tu barbacoa.

—¡Ah! Por eso no presté atención…

Me golpea en el brazo y se levanta en busca del caldo.

Complicidad, eso es lo que siento sin dejar de estar perplejo.

Tengo la sensación de que el tiempo está haciendo estragos en esta sala: la lógica del tiempo, concretamente. Una que parece haberse olvidado de que hace unas horas esta mujer y yo éramos lo más parecido a unos rivales, enemigos, y que ahora me hace sentir como si lleváramos media vida juntos.

Capítulo 48

Chloe

Desde aquella noche en la que acordamos prohibirnos durante unos minutos y acordamos «desprohibirnos» durante dos segundos, han trascurrido tres días. No he vuelto a saber de él, solo he escuchado algún sonido que me ha indicado que debía encontrarse en casa. Incluso ayer por la noche escuché risas y una voz masculina que lo acompañaba.

Nada más terminar aquel momento íntimo, que no dejo de recrear en mi cabeza, que incluso se ha colado en mis sueños, el doctor se marchó a su casa. Ni yo le pedí que se quedara ni él tampoco lo comentó.

Fue un brusco aterrizaje el que nos autoimpusimos. Pasamos de una pasión desbordada, a una fría despedida…

—Hasta… otro día, cuando sea, quién sabe… —le dije cuando vi sus intenciones de marcharse. No se me ocurrió nada más acertado… ¡Soy consciente!

—Claro, seguro que nos vemos a menudo, es inevitable —me contestó con una sonrisa forzada. Él tampoco estuvo muy brillante.

Supongo que es mejor así, sin tener excesivo contacto, pero confieso que le echo de menos, aunque solo sea para que me toque las narices. También confieso que creía que lo volvería a ver al día siguiente.

Me gustaría tener valor para ir a su casa con cualquier excusa, pero no quiero que piense que busco repetir lo del otro día, o que quiero una continuidad… o algo más.

Por otro lado, también me lo impide lo que sentí aquella noche. Eso ha hecho que intente recordarme que me voy a marchar en unos meses y que esa intensidad podría derivar en una catástrofe interior.

Por vueltas que le doy, y le doy muchas, no consigo entender la fuerza con la que me entregué y todo lo que me hizo sentir.

Hasta Natalie me ha notado distraída, pero no he alcanzado el

nivel de confianza necesario para compartir con ella que la otra noche, con el vecino del que me he quejado varias veces, tuve el mejor sexo que he tenido en toda mi vida. ¡No! Es mejor quedármelo para mí solita. Ni siquiera se lo he contado a Paige. Hay algo en esta extraña historia que quiero proteger y aislar.

Son cerca de las diez de la noche. He escuchado la puerta exterior del doctor y unas voces masculinas.

Poco después, solo unos minutos, escucho el sonido de un coche alejándose. Aquí todos los sonidos se acaban por interpretar con rapidez. En esta calle no viven muchas personas.

Escucho golpes en mi puerta y acudo a abrirla ilusionada, lo reconozco.

—Chloe, tienes que venir a ver esto —me pide con un gesto de terror que consigue asustarme.

—¿Qué pasa?

—Ven y te lo enseño.

Estoy descalza. Miro mis pies y luego las llaves que cuelgan a un lado de la puerta. Debe haberse dado cuenta.

—Solo las llaves, que es urgente.

Le hago caso y me enfrento a la hierba húmeda del jardín sintiendo un escalofrío.

Entramos en su casa y sigue tirando de mí hasta que llegamos al dormitorio, el de la cama con dintel.

—Mira bien la cama.

Le hago caso.

—¿Qué ocurre?, ¿qué tengo que ver? —le digo sorprendida de la naturalidad con la que hemos actuado.

—Ahí ocurrió algo terrible.

—¿Qué pasó? ¿Murió alguien?

—¿Cómo lo has sabido?

—Teniendo en cuenta los años que debe tener… No es tan raro. Seguro que han dormido unas cuantas generaciones. ¿Quién murió?

—Cuentan las gentes de Tetbury que, en esta casa, antes de que fuera propiedad de mi… ¡No puedo calcular el parentesco conmigo! Se produjo en 1842.

—Un antepasado…

—Eso.

—¿Qué pasó?

—Mi antepasado se enamoró de una criada. Estaba casado y tenía hijos. Y… su mujer lo descubrió ahí, en esa cama… tirándose a la criada. En un ataque de rabia se adueñó de un cuchillo y acabó con la vida de la criada.

—¿Quién?

—Joder, la mujer, la que tenía rabia.

—Bien, bien…

—El marido, impactado por la escena —sigue contando de forma muy sobreactuada. Tengo ganas de echarme a reír, pero me contengo— no hizo nada. Todo estaba lleno de sangre, la cama, las paredes… Creo que fueron mil y pico puñaladas.

—Guau… Debió dejarla hecha un colador.

—Seriedad, belleza, que estamos hablando de una difunta.

Esa es la primera vez que me llama así y no sé cómo tomármelo. Pero de momento, sigo escuchando su disparatada historia.

—Sigue, me muero de curiosidad —digo con un interés todavía más sobreactuado que el suyo.

—El fantasma de la criada… Elisabeth se llamaba, vaga desde entonces por esta casa buscando la luz… Todavía hay sangre de la pobre Elisabeth en esas paredes. Por eso lo cubrieron con tapices de florecitas.

—Eso es terrible, me estás asustando…

—Y hay más… Cuenta la leyenda que no la enterraron en el jardín, sino que la emparedaron. Ahí, detrás de la cama.

—Eso es imposible. Esas paredes son de papel, ahí no hay ningún muro añadido.

—Pues en otra parte, en el dormitorio de al lado, el que hace esquina.

—De acuerdo… Una historia muy impactante. ¿A dónde quieres llegar?

—No puedo dormir aquí. Mira esa cama… ¿Tú dormirías?

—No, creo que no. Con una historia como esa…

—Lo he intentado, pero en cuanto me meto en la cama, solo veo a mi antepasado y a la criada dando vueltas en la cama. Es una escena tan real… De repente, su mujer abre las cortinas del dintel y los descubre pasándoselo en grande y luego la sangre… ¡Terrible!

—Terrible, doctor. Vaya con tu antepasado, menudo cabrón era. Se tira a la criada y luego deja que su mujer le ateste mil puñaladas y le ayuda a deshacerse del cuerpo…

—Todos tenemos un antepasado del que no estamos orgullosos… ¿A ti no te ocurre?

—No.

—Por ese motivo tienes que dejarme dormir en tu casa… ¡Tres noches solo! Desde que mi hermano me contó la historia no he pegado ojo. He negociado con mi abuela y me ha dado permiso para desocupar un dormitorio e instalar una cama nueva. Tardarán tres

días en traérmela.

—Vaya, tú no pides un poco de azúcar o un té…

—Esto es serio, ¿no dejarás que duerma aquí?

—¿Qué opina tu abuela del fantasma?

—Se hace la fuerte, pero creo que últimamente se manifestaba mucho y por eso no insiste demasiado en volver.

—Claro… Debió planear lo del accidente. ¿Tú crees que la veía?

—Seguro, pero no me lo ha dicho, no habrá querido asustarme.

—En el sofá. No puedo permitir que Elisabeth se manifieste y te haga daño.

—Eres muy generosa. Me parece justo en el sofá.

—Tres noches.

—A menos que se retrasen los de la tienda de muebles…

—Tres.

—Vale, tres. Solo tres noches.

—¿Qué harás durante el día?

—Solo aparece a partir de medianoche. El resto de día está tranquila… ¡Dicen! Puede que los sonidos que escuchabas y tanto te enfadaban no solo fueran de los muebles que yo arrastraba…

—¡Oh! No me digas eso… ¡Qué susto!

Nos echamos a reír los dos.

—¿No se te ha ocurrido nada mejor?

—No, pero lo de negociar con la abuela es verdad. Ahí no puedo dormir.

Me doy la vuelta para salir del dormitorio, pero su brazo me detiene. Se acerca a mí y me besa.

No me resisto a la sorpresa y acojo su boca enseguida.

Nos dedicamos a ella en cuerpo y alma. Me escuece la piel por el roce de su barba, pero me gusta.

Este hombre es hipnótico: su forma de acariciarme, sus cambios de ritmos, su prodigiosa lengua.

Nos desvestimos rápidamente, esta vez yo me encargo de su ropa y él de la mía.

La iluminación amarilla le confiere a la estancia un aspecto siniestro, y qué decir de todo lo que nos rodea, pero a él no parece importarle; a mí tampoco, ahora solo puedo pensar en lo que siento cada vez que me toca.

Me impulsa hacia arriba por la cintura y le abrazo la suya con mis piernas. Me apoya sobre un poste del dintel y siento que se me clava el dibujo en espiral en el que está tallado.

—Tenemos dos centímetros cuadrados, no podemos salirnos o tropezaremos con algo.

Me echo a reír. Entonces me baja de esa posición, me alza los brazos en toda su extensión y los entrelaza con el poste. Tira de un borde de la cortina del dintel, arrancando una pequeña cenefa que no se desprende por completo y consiguiendo que se mueva ligeramente la estructura.

—Servirá —me dice—. Siempre he querido hacer esto —añade.

Me mira con los ojos muy abiertos y yo asiento. No es la primera vez que interpreto una mirada suya.

Me ata las manos suavemente, mientras parte de la cenefa cuelga unida a la cortina.

—¿Nunca antes lo has hecho? —le pregunto sorprendida. Mi cabeza da por hecho que la vida sexual del doctor ha llevado siempre un ritmo frenético.

Me sonríe de forma arrogante. Justo el resultado de lo que yo acabo de pensar.

El lazo es suave. Con un par de movimientos podría deshacerse, pero no tengo intenciones de liberarme. Me excita sentir que estoy en sus manos, que soy el centro de todas sus atenciones. Y me excita más todavía encontrarme con esa mirada penetrante, de color miel. Mi cuerpo reacciona de una forma desmesurada ante el conjunto de acciones del doctor.

Empieza a recorrer mi cuerpo con un reguero de besos y de caricias que me estremecen de todas las maneras posibles. De mi garganta salen todo tipo de sonidos, especialmente cuando me separa las piernas y me lame y juega con sus dedos.

Pierdo la noción del tiempo por la descarga y la intensidad de lo que me provoca.

El doctor es adictivo, es hipnótico, es jodidamente irresistible.

El grito de placer que sale de mi garganta, ha debido estremecer a la mismísima Elisabeth, pero no tanto como cuando me vuelve a impulsar en el aire al tiempo que deshace el lazo, se introduce dentro de mí y danzamos durante minutos hasta conseguir, en mi caso, el mejor orgasmo de mi vida.

—Joder, Chloe, cómo te deseaba… —me dice recuperando la respiración y dejándome caer en el suelo. Me sujeta para que no me caiga cuando percibe que el equilibrio no está de mi lado. Me da la vuelta suavemente y me abraza por la espalda.

—Como te deseaba… —me repite al oído.

Esa frase, cargada de intimidad, hace que sienta que estoy envuelta en fuegos artificiales, más de los que acabo de recibir. Por un lado, me excita y me alaga escucharlo de su boca, pero por otra… me confunde reaccionar con tanto entusiasmo. Ese debe ser el motivo por el que le

doy un giro a la conversación.

—¿Por qué me has llamado belleza?

—¿Eso he hecho? Es este lugar… es la maldición de Elisabeth. Yo no lo recuerdo.

Me echo a reír, no puedo hacer otra cosa.

Me doy cuenta de que desde que llegue a Inglaterra, aquella sensación de estar en una burbuja ha desaparecido, aunque… ahora siento que estoy dentro de otra, otra muy distinta.

Capítulo 49

Andrew

Tres semanas después.

La empresa de muebles se sigue retrasando, mi cama nunca llega.

Esa es una de las frases que no falta antes de que acabe el día. Ella sabe que no existe tal encargo, pero nos sirve de juego, uno de los muchos que forman parte de esas horas que compartimos cuando el día llega a su fin o los fines de semana.

Estar prohibidos se ha convertido en algo más que un lema. Es la frase que detona el artefacto, el que hace que todo estalle por los aires y nos rindamos ante un sexo que se ha convertido en una pura y bendita adicción.

Mantenemos un ritmo extraño, después de cada tempestad, llamamos a la calma, y lo hacemos bruscamente, como si quisiéramos dejar constancia de que más allá de la explosión no hay vida.

Es como si después del sexo recibiéramos una descarga eléctrica de esas que se colocaban en las vallas para disuadir a los ladrones. De las que indican que estás invadiendo una propiedad privada y te hacen reaccionar.

Ahí es cuando estamos prohibidos… Ahí sí.

Ahí cobra valor la palabra «prohibido», pero sin ser pronunciada.

Esa palabra se ha convertido en el escopetazo de salida, entre risas y miles de gestos sensuales que encenderían incluso a un iceberg, y también el jarro de agua fría que pone fin a esa desbordada pasión que sentimos cuando nos rozamos, dejando claro que no hay nada más.

Pero lo hay, de muchas maneras distintas.

Hay risas, hay relatos de nuestras vidas, de nuestras trayectorias. Hay bromas, hay provocaciones y… también cientos de referencias al tiempo.

«Estamos de paso», es una de las que utilizamos con frecuencia,

tanto ella como yo, para referirnos a nuestra vida en Tetbury.

«Cuando entre en Oxford», suelo mencionar yo. «Cuando me incorpore al bufete de Madrid», suele utilizar ella. «Echaré de menos esto», hemos mencionado ambos refiriéndonos a algo que le gusta de la vida en Tetbury.

Somos hoy y ahora, nada más. Algo comprensible teniendo en cuenta lo que nos ha traído a Tetbury, pero inquietante a la vez por la velocidad en la que nos hemos acercado el uno al otro, a pesar de las barreras que siempre nos encargamos de imponer.

Desde aquella primera noche, en la que el fantasma de Elisabeth fue el protagonista, no he vuelto a dormir en mi casa. La empresa de muebles, esa que nunca existió, sigue «retrasando» la entrega de una nueva cama y Chloe sigue acogiéndome en la suya.

Mi abuela me traicionó. Aunque ella desconoce lo que hay entre nosotros, algo que he procurado mantener muy oculto, tanto a ella como a mis padres y a Paul. Solo saben que nos hemos hecho buenos amigos, le contó a Chloe que tenía prohibido hacer reformas y hasta le pidió que le hiciera de espía y le informara de si las había llegado o no a hacer.

Sé que mi abuela solo bromea y que, con una pequeña conversación, me permitiría hacer algunos cambios, siempre que no me deshiciera de nada de lo que habita en la casa.

Chloe la ha visitado en dos ocasiones. Hablar con ella es algo que a mi abuela le da vida, al menos eso afirma mi madre.

—Esa chica le encanta. Se le ilumina la cara cuando viene a visitarla —me dijo días atrás satisfecha.

Mi abuela me ha confesado que su amistad con Caroline era muy grande y que Chloe, a pesar del vínculo que mantenía con ella, es todo lo que le queda de su amiga.

Todos los miembros de mi familia conocíamos esa amistad, pero nunca que fuera tan importante para mi abuela. Mis padres le habían dado las gracias miles de veces a Caroline por gestos de atención y de cariño que había tenido con la abuela. Ellos me lo contaron muchas veces, incluso la abuela, cuando iba a visitarla.

Tengo algún recuerdo de esa mujer, creo que la vi en alguna ocasión. Mi abuela me mostró una fotografía con ella hace unos días, ahí comprobé el parecido que tenía con Chloe.

Se lo conté a Chloe, pero no pareció agradarle el tema. Me ha hablado de muchos aspectos de su vida: de su padre, de su vida en Nueva York, de Paige y su librería… Pero nunca de nada que se salga de esos temas.

De Caroline no habla casi nunca, solo la menciona alguna vez para

hacer alguna observación sobre algo relacionado con la casa o su trabajo.

Hace unos días me contó que había descubierto en el despacho el informe que el detective había redactado para Caroline referente a ella. En él aparecían muchos datos de su vida, incluso alguna fotografía de Chloe en algún momento rutinario de su vida en Nueva York.

En ese momento aproveché, para aclarar el asunto de ese «novio» al que hizo alusión la abuela una vez y del que Chloe negó su existencia.

—Fue una relación, unos meses. Debió ser la época en la que me investigó el detective —me dijo sin mostrar ninguna emoción.

—¿Por qué se acabó?

—Una infidelidad y una petición de relación abierta.

—¿Cómo se une eso?

—Ya había empezado por su cuenta la relación abierta, me propuso seguir con ella.

No insistí más, no la vi dispuesta a abrirse en ese campo, pero tuve la sensación de que era algo importante en su vida. También su amiga, de la que sí me habló y me contó lo ocurrido.

De Olivia no hemos vuelto a hablar, excepto durante una de esas eternas veladas dentro de su fascinante *jacuzzi*, o enredados en el sofá, en medio de esas sesiones de «me acerco y me alejo» cuando creemos que nos vamos a electrocutar. En esa ocasión me contó con detalle lo vivido junto a ella en el bufete, lo que consiguió que aún sintiera más asco por esa mujer. Ni siquiera le he contado que hace unos días recibí un mensaje de ella indicándome que se había enterado por boca de sus padres que me había mudado a Tetbury y que le hubiera gustado conocerlo por mí. Ni siquiera le contesté.

Mi padre me contó que cenaron una vez con sus padres y que, a pesar de haber algo de tensión y haber hecho algún comentario sobre nuestra «ruptura», el ambiente fue bueno y pronto se dejó de hablar de ello. Eso tampoco lo he compartido con Chloe, no quiero relacionar a esa maldita mujer con mis padres.

Chloe me ha hablado de muchos aspectos de su vida, pero siempre dedica poco tiempo a ello, como si hablara en modo «resumen». Es como un misterio para mí. Tengo la sensación de que su vida es solitaria, de que no había muchas personas en ella. Me sorprende y, por otro lado, me acerca más a ella.

Tengo la necesidad de abrazarla y sentir que la protejo muchas veces. Por momentos, me parece una mujer que se come el mundo y por otros momentos, me parece frágil, incapaz de librar ninguna

batalla. Es una dualidad bien repartida, ninguna de las dos facetas destaca sobre la otra.

Sé que estas tres semanas están siendo lo mejor que me ha pasado en… mucho tiempo, y también lo más intenso, lo que más horas de sueño me roba, en todos los sentidos.

Me encanta llegar a mi casa, ducharme y saltar la valla del jardín. Es una pequeña costumbre que hemos adquirido.

Siento fascinación por ella, por su misteriosa personalidad, por su cuerpo y por sus sonrisas. Cuento las horas para estar a su lado y, por primera vez, Oxford no me produce ansiedad; que llegue cuando tiene que llegar. No hay prisa.

Soy consciente de que apenas hace un mes que la conozco, pero podría afirmar que hace más de año que está en mi vida.

¿Está en mi vida?

Solo de paso.

Eso es lo que me consuela y me preocupa a la vez.

Lo quiero y no lo quiero.

Pero esta es una excepción. Procuro no pensar en ello, no estoy preparado para lo que pudiera descubrir.

Capítulo 50

Chloe

—¿Sabes quiénes son? —le pregunto a Natalie mostrándole una fotografía antigua que encontré ayer en la casa de Caroline.

—Es Caroline y… creo, no estoy segura, de que ellos son sus padres. ¿Dónde la has encontrado?

—En el fondo de un cajón —le digo sin desvelarse que se trataba de un cajón con doble fondo que descubrí mientras me peleaba con unas perchas atascadas en la barra del armario. Solo contenían una fotografía en la que en la parte trasera indicaba: Castle Combe.

—¿Qué sabes de… ellos? Supongo que no están vivos…

—No, sus padres murieron hace muchos años. Caroline no solía hablar de su pasado antes de llegar a Tetbury. Solo me habló de ti en la recta final de su enfermedad, cuando decidió buscarte. Puede que Catherine Herbert, la abuela de tu… vecino, te pueda proporcionar más información. Ellas eran buenas amigas y creo que puede saber más cosas.

—¿A ella se las contaba?

—Para Caroline era como una madre. Y… puede que sepa más. Como no nació en Tetbury, no puedo decirte nada de su familia.

Esa idea me sorprende. Sé que Caroline y Catherine tenían una buena relación, pero no hasta ese punto.

Después de salir del despacho, decido visitar a Catherine.

No está planeado, pero es la forma en la que ella siempre me invita a visitarla: «las sorpresas son las mejores visitas».

Me recibe una persona que no la conozco, pero que deduzco debe trabajar para los Ransey en la casa.

No es la primera vez que vengo a esta casa, pero siempre siento un pellizco en el estómago cuando lo hago.

Me siento extraña. Sé que el doctor se crio en esta casa y no puedo dejar de pensar en él mientras camino hacia el salón, donde se encuentra Catherine concentrada en la lectura.

Está sentada frente a una mesa auxiliar donde descansa una bandeja con todo lo necesario para servir un buen té. Ya lo voy aprendiendo. Y… a juzgar por la hora y la taza vacía, no he interrumpido ese sagrado momento del día. Va vestida elegantemente con un traje de chaqueta azul claro. Por un momento, en mi mente se recrea una imagen de la reina.

Me mira por encima de sus gafas y me sonríe.

—Catherine, espero no molestarla.

—Pasa, querida. ¡Qué alegría verte! No molestas, este libro es muy malo.

Después de unos minutos «cordiales» interesándonos por la salud, la de mi mano, que ya está recuperada desde hace días, la suya y mi trabajo en el despacho, abordo la cuestión que me ha traído hasta aquí.

Le muestro la fotografía.

—Son los padres de Caroline, y esa es ella cuando tenía… siete u ocho años. Ya conocía esa fotografía. ¿Qué quieres saber más?

—Nada, solo… En realidad, nada. Curiosidad. La encontré en su casa. Sé que esas personas no están vivas… No sé por qué pregunto, Catherine.

—Porque tienes curiosidad, Chloe, es algo normal. —Suaviza el tono—. Esa foto está hecha en Castle Combe, un pueblo del condado de Wilshire, a unas veinte millas de Tetbury. Allí nació y se crio con sus padres. Sus padres trabajaban en una finca perteneciente a una persona muy adinerada de la región. Vivian y trabajaban en ella. Su madre se encargaba de las tareas del hogar y su padre dirigía algunas labores del campo y del mantenimiento de la finca.

La escucho atentamente, pero no me siento bien. Como siempre que se trata de ella, me siento extraña, como si flotara; como si estuviera escuchando una historia trágica, de terror, de las que producen escalofríos.

—Ella se fue a Londres a trabajar y poco después estudió derecho. Allí empezó a ejercerlo, en Londres, pero un asunto de trabajo la trajo hasta aquí y… decidió instalarse.

—¿Por qué aquí?

—Siempre le gustó este pueblo y estaba cansada de la vida en una gran ciudad. No hay más misterio que ese, excepto que quiso volver cerca del lugar donde se crio.

—Claro… eso tiene sentido —le digo con la voz atascada en la garganta.

—Te pareces mucho a ella físicamente. Caroline era una mujer divertida, muy inteligente. Le gustaba vivir rodeada de comodidades,

ya te habrás dado cuenta. En Tetbury era muy querida.

—¿Tenías amigos? ¿Novio?

—Natalie era una buena amiga y también Hannah, pero se marchó a Manchester hace un año. Estuvo en su funeral. Fueron buenas amigas y salían juntas a divertirse. Hannah regentaba una pastelería en Chipping Steps. —Me informa refiriéndose a una preciosa calle empedrada llena de comercios en el centro de Tetbury—. Y… novio no tuvo. Muchas aventuras pasajeras, solo eso. Era muy guapa y tenía mucho éxito con los hombres, pero nunca se mostró interesada por el matrimonio o por una relación duradera.

—Ajá —le digo a punto de pedirle que acabe.

—Conoció a tu padre en Londres.

—Esa parte de la historia sí que la conozco.

—Se quedó embarazada de él y… no se sintió capaz de afrontar la maternidad.

—Lo sé. Me lo dijo ella también. Su padre estaba enfermo y ella tenía que ayudar a la familia.

—Chloe, puedo hablar con Lucy, ella es prima de mi difunto marido. Él era de Castle Combe. Seguro que Lucy podría darte información de sus padres. Es un pueblo pequeño y se conocen todos, así como las historias de todos.

—No es necesario. Yo…

—Antes o después volverás a Nueva York. Sé lo que debes sentir, pero no renuncies a saber tus orígenes. Quienes fueron tus abuelos, quién fue ella… Puede que eso te ayude a cerrar esa herida, porque la herida existe.

—¿Sabes, Catherine? Esperaba que me contaras una historia distinta. Una que me impactara, me enterneciera, me sedujera… Una que justificara por qué me trajo al mundo y luego se desentendió, por qué firmó unos documentos en los que renunciaba a ser mi madre y a acercarse a mí. Esperaba algo complejo, una vida secreta, una tragedia, un guion de película que me ayudara a entenderlo. Pero… no tienes esa historia, ¿verdad?

—No, cielo, no la tengo.

—Entonces no me interesa nada más. Sé que te preguntarás qué hago aquí…

—Dímelo, querida.

—Me lo pregunto a todas horas… —Se me entrecorta la voz y siento un nudo en la garganta—. Lo siento, Catherine, pero tengo que irme, no quiero hablar más de esto. Gracias por recibirme y por compartir conmigo lo que sabes.

Le cojo una mano y se la beso.

—Chloe…

Me marcho a toda prisa. La otra opción es echarme a llorar. En cuestión de segundos se me ha removido todo por dentro y me he venido abajo. Paige me ha advertido alguna vez de que esto podría pasarme. Ella siempre me anima a descubrir detalles de la figura de Caroline, y a cerrar esa puerta. Algo parecido a lo que Catherine me ha dicho, pero ahora he entendido que no puedo, que no quiero entrar en ese mundo desconocido que me hace sentir constantemente que no puedo tocar el suelo.

Salgo a toda prisa en dirección al calor de… de su casa. Espero que el doctor no se encuentre en su casa ni que salte la valla. Si no recuerdo mal, hoy se encontraba con su amigo… ¿Cómo se llama? David, eso es. Y si no recuerdo mal, también, tenían intenciones de cenar fuera.

Espero que no haya cambiado los planes. Necesito estar sola, poner orden en mi cabeza y sacarme de dentro esta maldita sensación.

Capítulo 51

Andrew

La abuela me ha llamado para contarme su conversación con Chloe, y solo he necesitado que diga que no está bien, que la ha visto desbordada, para que anule mi cita con David.

He buscado una excusa relacionada con la clínica y con mi padre; no podía decirle otra cosa, nunca le he hablado de Chloe.

—No está bien, Andrew —me ha dicho mi abuela—. Creo que necesita a un amigo. Porque… Sois amigos, ¿me equivoco? —me ha dicho con ese tono tan propio de ella que puede ocultar cualquier cosa.

—Claro, ya te lo he dicho alguna vez. ¿No te lo ha dicho ella? —No sé por qué pregunto algo que me puede pasar factura. Con la abuela nunca se debe jugar con fuego; la quemadura está garantizada.

—No hemos hablado de ti, Andrew. Hemos hablado de Caroline. Creo que llegó con más fuerza de la que tiene ahora.

En cuanto he llegado a casa, me he dirigido al jardín, he saltado la valla y me he encontrado con que la puerta que da acceso a la suya estaba cerrada. Eso no es muy frecuente.

Llamo a su puerta y no da señales de vida.

¿Y si no está? ¿Y si se ha ido a pasear? Su coche está aparcado en la calle.

Tengo que encontrar las llaves de su casa. ¿Dónde las puede guardar la abuela?

Diez minutos después, aparecen. No hay misterio, están donde tenían que estar, pero los nervios han impedido que las vea a la primera.

Abro sigilosamente y la llamo, pero no obtengo respuesta. Entro a toda prisa y la encuentro en el suelo del salón, junto a la chimenea apagada —de lo contrario, me habría preocupado mucho más— sentada y abrazándose las piernas. Levanta la cabeza y me mira sorprendida.

—¿Qué haces… aquí?

—Intentar rescatarte de lo que sea que te tiene en ese estado.

—¿De qué…?

—Me ha llamado mi abuela, me ha dicho que no estabas bien. ¿Lo estás?

—Estoy bien.

—No tienes buen aspecto.

—Un día largo de trabajo.

—¿Y la conversación con mi abuela? Ella afirma que te ha afectado.

—No, no ha habido nada especial.

Me dirijo a la cocina y busco una botella de vino, la que abrimos la noche anterior.

Vuelvo al salón con dos copas, las sirvo y me siento a su lado después de descalzarme.

—Brindemos por algo…

—¿Por qué? Hoy no soy buena compañía…

—Brindemos por lo beneficioso que es desahogarse conmigo y contarme todo lo que te tiene en ese estado. No lo niegues, tienes un brillo raro en los ojos, y no es como el brillo que yo conozco cuando… ¡Ya me entiendes!

—¿Cuándo estamos a punto de follar?

—A eso me refería —le digo echándome a reír por su oportuna delicadeza.

No está bien, mi abuela no se ha equivocado. Ha dibujado una sonrisa tan forzada… que la ha convertido en siniestra.

Le paso la mano por la espalda y le acaricio el pelo. Guardamos silencio unos minutos que se me hacen eternos, pero por fin, ella decide romperlo.

—¿Qué tal el día en la clínica?

—Joder, Chloe, no quiero que hablemos de eso, quiero que me cuentes qué te pasa, quiero que confíes en mí. Sé qué tiene que ver con Caroline, sé que… ese tema te afecta.

—¿Qué quieres que te cuente? Que vivo en la casa de esa mujer, que me he hecho cargo de su despacho y que hoy, especialmente hoy… ahora, no dejo de preguntarme qué coño hago aquí. Me siento ridícula, me siento fuera de lugar, como si estuviera mendigando una información que no me lleva a nada y que tiene que ver con una mujer, una que me trajo al mundo y me entregó a mi padre. Una que me llamó cuando se estaba muriendo y que sentía curiosidad por conocerme. Una que me declaró su única heredera y yo… sigo aquí, esperando que ese hombre, el notario, me diga que todo está resuelto

y que puedo firmar o renunciar. Y… sigue sin tener sentido.

Hace una pausa y se levanta. No digo nada, espero a que siga. Me está encogiendo el corazón ver el dolor que reflejan sus palabras.

—Fue su elección, no hay nada más que hablar. Ella quiso sacarme de su vida y ya está. No la necesité, mi padre me dio lo mejor de todo, lo mejor, lo más auténtico, pero… aquí estoy. Un año después de su muerte, me encuentro metida en la vida de esa mujer… Como si me importara…

»Elegí Londres entre varias ciudades para rotar en el bufete. Y la elegí porque esa mujer ya me había llamado para decirme que existía y pensé que estando en Londres podría pensarme si conocerla o no. Acepté en cuanto me dijo que estaba enferma, pero se murió a los pocos días. Bien, hasta ahí la historia podría tener sentido, pero… ¿Qué hago aquí metida en su mundo?

»No hay ni una sola historia fascinante, trágica, conmovedora que me explique algo diferente a lo que siempre me contaron, que es que no me quiso y nada más. Mi esperanza era tu abuela. Hoy he ido a visitarla creyendo que obtendría esa historia. Puede que no cambiara nada, pero al menos tendría algo mejor que el argumento de que no estaba preparada y su familia estaba enferma. ¿Estuvo enferma siempre? ¿Después no maduró? Nunca me buscó, nunca mostró interés por cargarse ese acuerdo y conocerme. Nunca contactó con mi padre…

»Y… la pregunta es… ¿Para qué quería yo que hiciera algo así? Para nada, joder. No la he necesitado. Entonces, dime… ¿Qué hago aquí? Y lo mejor de todo es que me lo pregunto cuando llevo un mes en este lugar. No quiero sus bienes, yo no quiero dinero, y… ya no sé qué pensar. Hoy he visto una fotografía de ella con sus padres. ¡Qué ironía! Ella sí los tuvo, y seguro que los quiso. Ella, esa maldita mujer, sí que sabía lo que era una madre…

Chloe se sienta en el sofá y oculta su rostro entre sus manos, apoyando los codos en sus piernas. Me siento a su lado y le sostengo la barbilla para que me mire.

Me duele verla en ese estado. Entiendo todos esos interrogantes, pero sobre todo me llama la atención su forma de plantearlo todo.

—Chloe, creo que todo sería más sencillo si te enfrentaras al hecho de que sí te importa.

—Eso es lo que más me jode —me dice mientras unas lágrimas empiezan a caer por sus mejillas—, que sé que es así.

Las recojo y la acerco a mi pecho cuando veo que no van a ser las únicas lágrimas. Acepta mi abrazo y llora. Llora todo lo que necesita. Así le pido que lo haga.

Siento mi camisa humedecida por las lágrimas… Este momento no es uno cualquiera. Esto une. Esto es más que el abrazo que me ha pedido mi abuela, el de un amigo.

Se ha abierto a mí, ha compartido todo lo que le quemaba… y por momentos, lo he sentido como algo mío.

—Deja de luchar, Chloe —le susurro—. Te importa porque era tu madre. Digamos que el destino te trajo aquí para que la conocieras. Mucho mejor eso que vivir en la oscuridad.

Me levanto y la alzo entre mis brazos. Se apoya en mi hombro y me abraza con fuerza.

—Es mejor que descanses… —le digo con intenciones de llevarla a la cama cuando veo que el llanto ha cesado.

—Ni se te ocurra dejarme sola ahora, Andrew.

Y no lo hago, mucho menos después de llamarme Andrew.

Capítulo 52

Chloe

Una semana. Eso es lo que ha trascurrido desde que me derrumbara en sus brazos, le llamara Andrew por primera vez —me lo ha recordado mil veces— y pasáramos toda la noche abrazados. Claro que, también cenamos sobre la cama, nos metimos en el *jacuzzi*, su lugar preferido, y me hizo reír contándome anécdotas de la clínica.

No volvimos a hablar de Caroline, no hizo falta. Aunque no puedo negar que sigo pensando en ello, he conseguido darle un enfoque diferente.

Hablar con Paige también me ha ayudado. Ella, Andrew y Catherine me han hecho escuchar palabras que, en cierta manera, han iniciado el proceso de curación. Porque, tal y como me dijo Catherine, hay una herida, una que se abrió en el momento en que recibí su primera llamada.

Aquella noche… en sus brazos, algo cambió dentro de mí, algo que me hizo verlo y sentirlo de otro modo distinto.

En tan solo un mes, se ha convertido en tanto… Sin embargo, seguimos acercándonos y separándonos cuando el nivel de intimidad nos desborda.

A veces, le siento tan cerca que hasta me asusta, y cuando se aleja, me asusta más, por el vacío que siento cuando lo hace.

Pero algo está cambiando en mí y siento que empiezo a ser la misma de siempre: más fuerte, más segura.

Me centro en la cena que me he animado a preparar y me interrumpe el timbre de la puerta.

No creo que se trate de mi doctor, él suele entrar de un modo distinto: saltar la valla es su forma predilecta.

De todas las opciones que podría barajar, la bruja es la última que pasa por mi cabeza.

Y ahí está, delante de mí.

La sorprendida debería ser yo, sin embargo, su rostro muestra el

propio de haber visto a alguien de color verde, con quince ojos.

—¿Qué haces tú aquí? ¡No me lo puedo creer! —Lo pronuncia con tanto asco que hasta se le desfigura la cara.

—Eso debería preguntarlo yo —le digo muy despacio haciendo un gran esfuerzo por no saltarle a la yugular… todavía.

—No he venido a verte a ti, como comprenderás, sino a Andrew, pero veo que no ha sido buena idea. Ahora lo entiendo todo…

—Su casa es la de al lado —le digo sin esperar su reacción. A continuación, llevada por un impulso, le cierro bruscamente la puerta.

No puedo ver su reacción, pero sí puedo ver lo que hace desde la ventana de la cocina, a donde me he dirigido a toda prisa.

Las cortinas me proporcionan la intimidad que necesito y puedo ver cómo se aleja y se detiene frente a la casa contigua.

Ya no puedo ver más. Mi ángulo de visión se limita a eso.

Me alejo e intento calmarme, pero sé que me va a costar.

¿Por qué no le he dicho nada más? Otra vez esa maldita sensación de haberme quedado a un paso. Igual que cuando me colgó.

¿Por qué viene a ver a Andrew? Esa pregunta no hace que me sienta mejor, al contrario.

Esa bruja me ha revuelto el estómago.

Vuelvo asomarme a la ventana, pero no puedo verla. ¿Se habrá marchado?

Cuanto detesto a esa mujer. ¿A qué narices ha venido?

La verdad es que ha sido muy interesante que me encuentre aquí, en la casa de Andrew, o en la que ella creía que era su casa.

Tengo que regodearme en esa expresión, en esa sorpresa al verme. Me puedo hacer una idea de lo que ha pasado por su cabeza.

Intento concentrarme en la cena, y pocos minutos después consigo terminarla: una combinación de arroz, pollo especiado, ensalada y una salsa que, si bien no es la más adecuada, es la única que he encontrado y que se le parece. Es la segunda vez que lo preparo, no se me ha quemado y a Andrew le pareció delicioso la vez anterior.

Sigo estando alterada.

Vuelvo a mirar por la ventana. Esta vez veo el coche de Andrew.

Tengo que contárselo.

Como viene siendo habitual, me cuelo a través de la valla. Es increíble la agilidad que he adquirido con este salto.

Puede que esté en la ducha… Si es así, le sorprenderé, como he hecho otras veces. Puede que hasta se me olvide la bruja…

Entro como un huracán y me detengo cuando escucho voces, pero ya es demasiado tarde para retroceder.

Andrew y la bruja se encuentran en el salón, de pie, el uno frente

al otro, y ninguno parece estar contento.

Se giran hacia mí y me miran fijamente.

—Chloe, pasa, no te quedes ahí… La visita ya se marchaba, tiene claro que no es bienvenida.

—Vaya, vaya, la inútil de la becaria no ha podido resistirse a venir. ¿Para esto querías la excedencia? No sé por qué me sorprende.

Siento que algo malo, que quema, oscuro y tenebroso, se empieza a apoderar de mí.

Ha llegado el momento de decirle a esa bruja todo lo que pienso de ella.

Solo tenía que ser paciente y esperar el momento. Y ese momento ha llegado.

Capítulo 53

Andrew

La entrada de Chloe ha sido triunfal. Ha aterrizado, literalmente, en el salón. Venía a toda prisa y se ha frenado en seco cuando ha visto a Olivia. ¿Qué debe pensar al verla aquí?

No estoy satisfecho de haberle permitido el paso, pero a pesar de haberle dicho que no quiero hablar con ella, ha insistido en hablar conmigo de algo importante y… ha insistido tanto que ha despertado mi curiosidad. Claro que, más que curiosidad, he visto la oportunidad de pedirle «cariñosamente» que no vuelva a molestarme; todo lo que me ha contado Chloe sobre ella ha influido en esta decisión.

Pero creo que no va a ser necesario. Chloe, después de escuchar lo que Olivia le ha dicho, se está acercando a ella lentamente, y algo en su mirada me indica que va a ser ella la que se pronuncie.

—Me produces una mezcla entre el asco y la compasión, probablemente lo peor que puedes despertar en alguien.

—No te dirijas a mí, becaria, no…

—Te vas a callar y me vas a escuchar, y lo vas a hacer atentamente. —Chloe la interrumpe mientras se acerca más a ella, tanto que, Olivia se ha visto obligada a retroceder unos pasos. Ha debido ver en su mirada algo que le ha hecho saltar las alarmas.

Olivia me mira, como si yo fuera a dar un paso para protegerla. Chloe detiene su avance a escasos centímetros de Olivia.

—Eres una amargada. Una maldita amargada que está rodeada de personas que la detestan. Nadie te soporta. Nadie quiere estar a tu lado. Te sonríen y te siguen el juego porque saben lo mucho que disfrutas jodiendo y humillando a la gente. Pero cuando te das la vuelta, todos vomitan, se deshacen del asco que les produces. Esa eres tú dentro del bufete, el único lugar donde debes sentir que eres algo, donde creces a base de pisotear, de insultar y de recalcarle a todos lo importante que eres. Pero cuando sales de allí, te conviertes en esto… en un ser ridículo que llama a una puerta donde no es bienvenida. Eso

debe doler, «señorita Hill».

»En todas las delegaciones se considera un castigo trabajar en Londres porque todo el mundo sabe que está al frente una mujer amargada y patética. Por suerte, no voy a tener que aguantarte más. La "becaria" no tiene que verte más la cara, de eso puedes estar segura. Nunca iba a aprender nada de ti, nunca. Ni te admiro ni soy capaz de ver nada bueno en ti.

—Espero que…

—Lo único que vas a esperar es a que yo acabe —le dice acercando su rostro más al de Olivia, consiguiendo que ella eche la cabeza para atrás, a pesar de sus intentos por mantenerse erguida y altiva—. Te voy a hacer tres recomendaciones, solo tres. Una, te sugiero que cuando vuelvas al despacho empieces a besarle el culo a todo el mundo, puede que tu patético reinado empiece a desmoronarse con la actuación de algunas personas. Dos, te sugiero que no vayas persiguiendo a nadie que te deteste y te considere una pesada, deberías aprender a interpretar cuando alguien te esquiva porque después de follar contigo no quiere nada más. Es una regla importante de la dignidad. Yo no sé lo que se siente, pero tú seguro que puedes recrearte en el tema. Y… tres, no intentes joderme. Ahora que nos conocemos mejor, que… sé tantas «cositas» sobre ti, no deberías ni siquiera intentarlo. Y ahora, señorita Hill, vuelve y llamarme becaria. Hazlo una sola vez…

—No tengo por qué aguantar esto…

—Tranquila, ya he terminado.

Chloe se da la vuelta despacio y desaparece por donde ha venido.

Olivia me mira mientras mueve suavemente la cabeza.

—Eres un maldito cobarde. He venido a pedirte que fuéramos amigos… y permites que esa inútil me acorrale de esa manera. A mí no me acorrala nadie, pero sé ser prudente con la gente agresiva.

—Olivia, ahórrate el discurso, no quiero escucharte. Pienso exactamente igual que Chloe, no le quitaría ni una coma a lo que te ha dicho. Así que lárgate.

—No me voy a marchar sin decirte a la cara que estabas muy equivocado. —Empieza a alzar la voz. Está colorada, como si fuera a explotar—. Nunca me interesaste, solo eres un medicucho. Nunca debí escuchar a mis padres, ellos tienen la culpa de todo.

Sigue hablando cada vez más alto. Se mueve hacia delante y hacia atrás y me señala con un dedo.

—Espero que te quede bien claro que nunca me has importado, que solo me acerqué a ti para complacer a mis padres porque solo les importa ese maldito terreno, ese que tu maldita abuela se niega a

venderles.

¿De qué demonios está hablando?

—Les dije que no era buena idea, que yo no salgo con fracasados como tú, pero era demasiado importante para ellos como para que razonaran. —Está fuera de sí, cada vez más roja, con los ojos fuera de su órbita—. Solo era cuestión de tiempo, solo el suficiente para formar parte de tu maldita familia y ablandar a la estúpida de tu abuela. Que te quede claro que no me importabas lo más mínimo. Te hubiera dejado después de esa maldita venta, no me has interesado nunca.

Respira de forma agitada. Ahora sonríe con cinismo, debe creer que me ha hundido con sus palabras.

Sigo perplejo, pero me esfuerzo en disimularlo y quiero que siga hablando. Lo mejor es descolocarla.

—Aún no me has dicho a qué has venido…

—A seguir con ese maldito plan, estúpido. Ahora que eres el dueño de ese maldito terreno, no era necesario convencer a tu abuela. Ese era el nuevo plan. Todos sois unos estúpidos: tú, mis padres… Pero ahora ya lo sabes, ahora ya sabes que nunca he tenido interés en ti, merezco una persona con más clase, mucha más. No un medicucho que se tira becarias y luego me viene a contar el cuento que no la conoce de nada.

—Es curioso que me hables de clase cuando me acabas de contar por qué te acostaste conmigo para obtener la venta de un terreno… Eso tiene mucha clase, claro que sí. ¡Sal de mi casa! No vuelvas a acercarte a mí, e intenta tener en cuenta la última recomendación de Chloe. Voy a tardar dos minutos en contarle lo que acabas de soltar por esa boquita. La de cosas que va a saber de ti… ¡Largo! No quisiera echarte a empujones de mi casa. ¡Qué bajo has caído!

—Maldito hijo de puta…

Se marcha a toda prisa. Sostengo la puerta cuando veo sus intenciones de dar un portazo. Veo como se aleja y la observo hasta que su coche desaparece.

No puedo creerme lo que he escuchado.

No tiene sentido, no entra en mi cabeza que lo que me ha soltado pueda ser verdad. Estaba tan furiosa que no ha sido capaz de medir sus palabras. Creo que tenía tanto interés en defender su persona que ni siquiera ha sido consciente de todo lo que ha desvelado sobre sus padres.

Ese terreno… Mi abuela…

Tengo que hablar con Chloe, contarle todo lo que ha pasado. También tengo que hablar con mis padres y con mi abuela, pero eso será después.

No debí ocultarle a Chloe el nexo que había entre Olivia y mis padres. Ahora va a sonar peor de lo que hubiera sonado en su momento. No quise involucrarlos, pero a la vista está que lo único que conseguí era empeorar la situación.

Pero ¿quién podía imaginar la trama absurda que Olivia ha confesado? ¿Se acercó a mí para que mi abuela les vendiera el terreno a sus padres? ¿El terreno de aquí detrás? ¿Y cómo sabe ella que ahora soy el dueño? ¿Es eso lo que ha dicho?

Sí, no me cabe duda. Voy a compartir la surrealista escena y la increíble confesión de Olivia con Chloe. Voy a darle un motivo para que se eche a reír. Voy a compartir con ella lo orgulloso que me siento de haber sido protagonista de un guion de serie barato.

Capítulo 54

Chloe

—Te has perdido la mejor parte —me dice nada más entrar en la cocina, después de saltar la valla y acceder por la puerta trasera. Esa valla nos pierde…

—La parte que he vivido yo, la he disfrutado mucho —le confieso mientras me sirvo otro vaso de agua.

—¿Estás bien?

—Sí, lo estoy. He renacido, me he quedado muy a gusto. Siento haberte nombrado, aunque fuera indirectamente…

—No te preocupes, me ha encantado. —Me confiesa mientras se sirve un vaso de agua y se sienta frente a mí—. Has estado genial, le has dejado todo bien claro. Dabas miedo, has conseguido asustarme hasta a mí. Recuérdame que no sea tu enemigo nunca.

—Ya lo fuiste.

—Eso solo eran discrepancias vecinales.

—Te declaré la guerra en cuanto me robaste el taxi —le digo intentando relajarme. Aunque me esfuerzo por mantener la calma, la escena me ha alterado mucho.

—Pero esa guerra ya ha terminado.

—No te confundas, doctor. La guerra sigue declarada y activa. Mientras no lo admitas, no firmaremos la paz. Esto solo es un «Alto al fuego».

—Tendrás que torturarme para que lo admita… Claro que, después de ver cómo te enfrentabas a Olivia, puede que me lo piense.

—No sé qué me ha entrado por el cuerpo cuando la he escuchado hablarme de esa forma… ¡Otra vez! Tendrías que haber visto su cara cuando le he abierto la puerta. Se ha equivocado de casa, eso creo.

—Eso no lo sabía. Vaya, habría matado por verlo. ¿Qué habrá pasado por su cabeza?

—Lo he estado pensando. Seguro que al verme aquí ha creído que llevamos tiempo juntos, desde el día del beso en Londres. Menuda

casualidad. ¿Qué quería exactamente?

—No te lo vas a creer. Como te he dicho, te has perdido la mejor parte de esta historia. Escúchame atentamente porque solo así podrás ir siguiendo la historia. Si te despistas un segundo, te pierdes seguro.

Consigue despertar mi curiosidad y tener toda mi atención. No solo han sido sus palabras, sino la preocupación que muestra.

Durante los próximos minutos me relata con detalles la confesión de Olivia. No le interrumpo, pero por un momento, me parece que me está gastando una broma. Es todo tan raro…

—No lo entiendo, Andrew. ¿Qué tienen que ver sus padres?

—Sus padres viven aquí, en Tetbury.

—¿Cómo?

—Es una parte que no te conté cuando te hablé de mi relación con Olivia. ¿Recuerdas que te dije que unos conocidos en común me pidieron que fuera sutil con ella a la hora de decirle que no me interesaba?

Asiento con la cabeza. Andrew empieza su relato.

Cuando termina todavía estoy más confundida. La historia en sí no tiene desperdicio, pero no puedo procesar tan rápido el hecho de que esa bruja, de una manera tan extraña, tenga algo que ver con la familia de Andrew, y que sus padres vivan aquí; no me cabe en la cabeza todo ese cúmulo de circunstancias casuales.

Es una locura.

—¿Por qué no me lo contaste antes? —No oculto mi malestar.

—Lo siento. Quería mantener a mis padres al margen, no quería que te llevaras una impresión equivocada de ellos. La historia es bastante ridícula.

—Corrígeme si me equivoco. Los padres de la bruja son amigos de tus padres —le digo sintiendo un nudo en la garganta—, y le pidieron a su hija que se intentara liar contigo, ¿lo he entendido bien?

—Sí, pero lo que pretendían era algo más que un lío. Pretendían que tuviéramos una relación seria, de esa manera Olivia estaría integrada en mi familia.

—Y eso hubiera hecho que tu abuela les vendiera el terreno a sus padres… ¿Correcto?

—Ese parece que era el plan, pero no deben conocer bien a mi abuela.

—Entonces… ¿Qué quería cuando ha venido?

—Intentarlo de nuevo, al menos un acercamiento, una amistad… ¡Qué sé yo! Eso he interpretado.

—No tiene sentido. ¿Otra vez? Me dijiste que habíais acabado mal.

—Es que hay otra cosa que no te he dicho.

—Vaya… ¿Qué tal si cuentas la historia completa? Me estoy volviendo loca. Bastante me está costando entenderlo, como para que me vayas racionando la información.

—Sí, lo siento, tienes razón. Mi abuela hizo un testamento en vida para repartir sus bienes. Es muy reciente, hace unas pocas semanas. La casa de los animalitos del bosque y el terreno… ahora son de mi propiedad. Por lo que ha dicho Olivia, estaba al corriente de todo.

—Me está costando seguir esta historia.

—Ahora soy yo el dueño, Chloe, no necesita negociar con mi abuela, sino conmigo. Por eso pretendía acercarse a mí…

—Eso es ridículo.

—Y retorcido.

—Patético.

—Deduzco que ese terreno tiene mucho valor. Está en la parte trasera de la casa, a unos pocos metros. Si quieres te lo muestro…

—Creo que sé a dónde te refieres. Caroline también tenía un terreno ahí, aparece en el testamento. Natalie me lo mostró.

Nos miramos fijamente. No necesitamos más para salir de casa a toda prisa y dirigirnos hacia el protagonista de nuestra conversación.

Está cerca. Desde las ventanas traseras de la casa se puede distinguir con claridad la valla que lo delimita. Aunque lo he visitado en alguna ocasión, nunca antes me había fijado en la valla contigua.

—Así que este es el objeto del delito… —le digo subiéndome sobre el primer poste horizontal de la valla y apoyando los codos sobre el último.

—Así es —admite mientras se coloca detrás de mí y me abraza.

—No debiste ocultarme lo de sus padres…

—Lo siento. No le di importancia, no creía que Olivia fuera a ser tema de conversación nunca más.

—¿De verdad fue idea de tu padre lo del beso?

—No de esa forma, él me sugirió que me dejara ver con otra, pero no de la forma en la que lo hice.

—¿Qué tiene este terreno para que haya hecho algo así? Creo que los dos son iguales, el tuyo y… este.

—Es tuyo, ¿no?

—Supongo que sí, pero aún no ha llegado ese momento. El caso es que no me pareció que su valor fuera tan alto cuando hablé con Pemberton… Ni Natalie me ha contado nada sobre ello. Pero… un hombre se interesó por el terreno hace unas semanas. Vino al despacho. Un tal… ¿Cómo se llamaba? George, creo.

—George Hill, ese es el nombre de su padre.

—Hill… ¡Claro! Evidentemente no lo relacioné… ¿Es ese su padre?

—Sí, el mismo.

—Es increíble.

—¿Te ofreció alguna suma?

—No, no llegamos a ello. Solo me dijo que estaba interesado y que me podía hacer una oferta generosa. Pero le dije que no estaba interesada, ni siquiera puedo negociar con él. El testamento aún no está validado.

—Tenemos que averiguar qué está pasando. Que alguien te haya hecho una oferta por el terreno y a la abuela también, no es algo extraño viniendo de un hombre del sector inmobiliario, un empresario. Fíjate en esta extensión de terreno… Es enorme, podría servir para muchas cosas. Pero que lo planeen de esa manera… Que le pidan a su hija algo así y que ella acepte… Eso ya no es normal. Aparte de repugnante, aquí hay algo que se nos escapa, Chloe. Mañana hablaré con mis padres y con mi abuela.

—¿Se lo vas a contar todo?

—Por supuesto, lo importante es que sepan quiénes son esos amigos.

—Yo hablaré con Natalie otra vez para ver si recuerda algo, o quizás con el señor Pemberton. Pero te aseguro que cuando me leyó el testamento no me pareció que el terreno tuviera un valor especial. Me habría llamado la atención.

Volvemos a la casa pensativos. Nos miramos, nos sonreímos, pero no podemos dejar de pensar en el episodio.

Cuando llegamos a la puerta de mi casa, Andrew me susurra al oído.

—¿Un *jacuzzi*? Nos lo hemos ganado.

—No. Sigo enfadada, doctor. Debiste contarme lo de sus padres.

—Vaya, así que enfadada, ¿eh? ¿Mucho?

—Bastante. —Me esfuerzo por interpretar mi papel.

—Es que necesito un baño urgente.

—Pues no hay *jacuzzi*.

—Bien, pues me voy a mi casa, rencorosa, me bañaré allí.

—¿En la bañera?

—Pues claro, ¿crees que necesito tu *jacuzzi*? Si algo tiene mi casa es que hay de todo lo que puedas necesitar, incluso bañera.

Se marcha haciéndose el ofendido.

Entro en casa. Sé que no tardará en volver.

Pero me equivoco.

Pasa más de media hora y no hay señales del doctor.

Bien, ha ganado. Me toca saltar otra vez.

Entro en su casa y me dirijo al dormitorio, pero no está, ni

tampoco en el salón.

Escucho un sonido que proviene del baño principal.

Abro la puerta y me encuentro con una imagen que me hace estallar en carcajadas.

—Andrew está sumergido en una bañera antigua, de las que tienen patas; unas patas ornamentadas de forma muy recargada, de color dorado y que alzan la pequeña bañera.

Esa es la cuestión. Es pequeña, muy pequeña, apta para alguien tres veces más pequeño que Andrew. Está sumergido con las piernas encogidas, apenas cubierto por un poco de agua y con su portátil descansando en las rodillas, que casi le tocan la cara.

Es tan ridícula la escena que no puedo parar de reír.

—¿De qué te ríes?

Me acerco hasta tocar el borde de la bañera. Me apodero rápidamente de mi móvil e intento inmortalizar la imagen.

—¡Eh! Eso no se puede hacer, listilla —me dice levantándose al tiempo que intenta apoderarse del móvil.

Alzo los brazos en señal de rendición y deposito el móvil sobre un tocador de baño.

—Has hecho una foto.

—No la he hecho. Puedes comprobarlo —le digo riendo de ver su cuerpo desnudo, con el portátil debajo del brazo y sin poder separar los pies por la estrechez de la bañera.

Se tambalea, se sujeta en el borde de una barra para toallas y consigue salvar la caída, pero no la del portátil, que se desliza sobre su pierna e impacta con el fondo.

Desconozco por qué, pero Andrew ni siquiera se ha dado cuenta.

—¡El portátil!

—Joder… —grita sin posibilidad de maniobrar.

Me apresuro para sacarlo del agua, chocando con sus piernas.

Gotea agua por todas partes, y no hay pilotos luminosos.

Me apresuro a secarlo, pero el agua que refleja el borde de la pantalla no presagia nada bueno.

—Hora de la muerte… —dice saliendo de la bañera.

—¿Tú crees que se ha muerto?

—Intenta reanimarlo. —Me sugiere frunciendo el ceño.

—¿Ha sido culpa mía?

—Pues… no quería decirlo, pero…

—Se te ha caído a ti, capullo.

—Me has alterado con la foto.

—No hay foto, te he tomado el pelo.

—Vale. Si me dejas cenar en tu casa y luego nos metemos en el

jacuzzi… te perdono.

—Claro, es justo lo que estaba pensando.

Me alejo.

—¿Dónde vas?

—Hoy estoy prohibida, doctor. Y la cena es para mí sola.

Capítulo 55

Chloe

La sábana resbala dejando al descubierto nuestras piernas entrelazadas. Él se incorpora y la rescata para cubrirme con ella. Se vuelve a recostar y me atrae hacia su cuerpo. Descanso en su pecho y siento su latido. Alzo la mirada y lo observo.

Hace rato que ambos estamos distraídos.

Como vine siendo habitual, después de la tormenta, ha llegado la calma.

A pesar de todo lo que compartimos y vivimos a diario, ese aspecto nunca cambia.

Cuando más nos acercamos, más brusca es la separación. El «cerca y lejos» es constante.

A veces es él el que suelta la palabra que lo activa, a veces yo.

«Cuando vuelva a Nueva York», «Cuando viva en Oxford», «En Madrid…»; solemos pronunciar el nombre de ese destino y automáticamente todo cambia. Surge de forma espontánea. Aunque forme parte de la conversación, siempre reaccionamos. Es como si se tratara de las palabras que se pronuncian después de chasquear los dedos para despertar de un estado de hipnosis.

Y no solo son esas palabras. En algunas ocasiones dejamos a medias frases, tanto él como yo, porque implican un grado de confesión, intimidad o plan de futuro en el que nunca queremos entrar.

No sé él, pero yo me detengo bruscamente en cuanto me doy cuenta y le doy la vuelta a la frase. Creo que temo que responda de una manera que no quiero escuchar.

—Sigo sin entender que puedan ocurrir cosas así —le digo refiriéndome al asunto de la bruja mientras le pellizco para que regrese de donde quiera que esté.

—Eso mismo estaba pensando yo. No me entra en la cabeza que sus padres le pidieran algo así, que se acercara a mí para eso.

—¿Los conoces?

—Los he visto alguna vez, pero no tengo relación.

—¿Qué les hizo pensar que aceptarías ese acercamiento?

—No creo que tuvieran ninguna seguridad. No me conocen de nada.

—¿Qué pretendían, que te casaras con su hija? ¿Qué te comprometieras? ¿Bastaba con ser amigos?

—No lo sé, supongo que la idea era ir probando. Una vez que hubieran conseguido lo que querían… puede que su hija me hubiera dejado. Es así de absurdo. ¿Qué les hizo creer que porque yo mantuviera una relación con ella mi abuela les vendería el terreno?

—Es tan rebuscado…

—Es de locos. Qué asco he sentido.

—Te ha tenido que doler que la bruja se acercara a ti con un fin concreto. ¿Cómo llevas que no se muriera por tus huesos? —me echo a reír para provocarlo.

Sonríe forzado y me mira de una forma extraña. Se separa de mí y se sienta en el borde de la cama. ¿Qué he dicho?

—Si se hubieran molestado en averiguar más sobre mí, se podrían haber ahorrado el circo. ¿Comprometerme yo? ¿Novia? ¡Valientes estúpidos!

De nuevo el ambiente se convierte en un iceberg. Pero hoy me afecta más que otras veces. ¿Por qué?

Capítulo 56

Andrew

Tal y como sospechaba, mis padres comentaron con los padres de Olivia lo que mi abuela había hecho respecto al testamento. Esa debió ser la información que, sentados sobre la mesa familiar, los Hill emplearon para volver al ataque.

Siento haberles tenido que contar lo que la hija de sus amigos me confesó ayer, con todo lo que supone para ellos: hace muchos años que son amigos.

Por la forma en que han reaccionado, ha sido toda una sorpresa y jamás antes han tenido un motivo para desconfiar de ellos.

Mi madre ha dudado en un principio, después ha llorado, después ha maldecido a los Hill… Ha sido todo un espectáculo de emociones.

He excluido la parte de la historia que vincula a Chloe con Olivia, es un tema que solo le pertenece a ella contarlo. Claro que, desconozco si mis padres se enfrentarán en algún momento a los Hill y ese tema podría salir a relucir. Seguramente su hija los ha puesto al corriente de todo… O quizás no. Había tanto odio en las palabras de Olivia hacia sus padres. Tanto resentimiento…

Mi abuela, aparte de recrearse recalcando que a ella nunca le han gustado los Hill, ha confesado que él la ha visitado en al menos cuatro ocasiones para ofrecerle la compra del terreno; mis padres solo tenían conocimiento de una de las cuatro veces.

—No le daba importancia. —Se ha defendido cuando mis padres le han reprochado que no compartiera esa información con ellos—. Me divertía rechazándolo.

La cantidad que le ofrecía a mi abuela era la propia de un terreno de esas hectáreas, nada que llamara la atención. La insistencia por obtener esa venta, la justificaba alegando algo tan simple como la atracción que sentía por la belleza de esa zona, ubicada en las afueras de Tetbury; la más tranquila de todas.

Ese terreno está situado en un extremo de una amplia colina

ligeramente inclinada. Está rodeada, por un lado, de un pequeño bosque denso; por otro, de campiñas; y por otro, de unas maravillosas vistas en las que se aprecia la silueta de Tetbury, incluso se distinguen los edificios históricos de más altura.

Sin duda, es un paraje precioso, pero eso no justifica todo lo que han planeado hacer por adquirirlo. Mi padre me ha contado que George Hill tiene muchos contactos dentro de la administración local de Tetbury, e incluso del distrito, pero que algunas operaciones han hecho que se gane muchos enemigos. Es un miembro muy activo de la sociedad más destacada de Tetbury, pero no es precisamente muy querido.

Mi padre también me ha contado que, en una ocasión, un año atrás, le pidió que convenciera a mi abuela para que le vendiera ese terreno, algo a lo que mi padre se negó. Si era tan importante, ¿por qué no volvió a insistirle?

Es todo un misterio que pienso desvelar. Cuento con la colaboración de Chloe, que va a investigar entre los documentos de Caroline, pero no está segura de que pueda encontrar algo.

Ese podría ser otro ejemplo de nuestras idas y venidas, de nuestro «cerca» y «lejos».

Ayer por la noche planeamos informarnos sobre este tema. Estábamos cerca. Referimos mil veces el tema de Olivia, especulamos sobre las causas del interés de su padre… Éramos un equipo, uno unido, como muchas otras veces, aunque solo sea preparando una simple ensalada o bajo las sábanas. Pero después, sus bromas me llegaron como dardos, y fue ahí donde sentí esa maldita distancia.

A veces es una simple frase, una simple palabra.

—Creo que le voy a vender la casa y el terreno a los padres de Olivia… ¿No te encantaría tenerlos de vecinos? Cuando su hija los visite…

Sí, hasta ahí consiguió que me echara a reír: esa es nuestra complicidad, pero después… un «Antes o después tengo que venderlo, ¿para qué quiero yo esas propiedades?».

Y ese fue el «lejos», como lo está el lugar donde ella hace planes.

¿Hasta qué punto le importo a Chloe?

¿Solo soy algo pasajero?

El problema viene cuando me lo pregunto a mí mismo. No sé la respuesta porque tal como llega la pregunta la aparto de mi cabeza.

No puedo contestarme, me acojona.

Capítulo 57

Chloe

Tres días después

Natalie se ha hecho un buen corte en la pierna, uno que ha hecho que casi se desmaye cuando ha visto la sangre. No era la cantidad, que no era excesiva, sino su aprensión a ella.

Nos encontrábamos en el desván del despacho intentando localizar unos documentos antiguos relacionados con un caso actual.

El desván está repleto de archivos, de muebles antiguos, los que se encontraban en el despacho cuando Caroline lo adquirió; y también de los objetos personales que Natalie trasladó desde su casa con motivo de mi llegada.

En un intento por mover un carro de archivadores, hemos conseguido que Natalie tropezara y se rozara con un mueble cuyas bisagras han resultado ser un arma peligrosa.

He detenido la sangre todo cuanto he podido, pero tenemos que acudir a un centro médico cuando se recupere de la impresión.

Luce una raja en el pantalón vaquero, la que me he visto obligada a hacer para acceder a la herida cuando ella, presa de los nervios, se negaba a bajarse los pantalones.

Le he contenido la hemorragia y se la he cubierto de gasas, pero sigue habiendo un hilo de sangre y un corte con muy mal aspecto.

—Andrew, dime que todavía estás en la clínica —le pido enfrentándome al movimiento enérgico de cabeza de Natalie, que se niega a acudir a la clínica porque… en ella trabaja un médico que no le apetece ver.

Le cuento lo sucedido y se ofrece a venir a buscarme, pero es una pérdida de tiempo. Natalie puede caminar y puedo llevarla en mi coche. Así se lo digo.

—La clínica está cerrada, hemos tenido suerte de que Andrew todavía se encuentre allí. Paul no está, así que… ¡Vamos!

Asiente con la cabeza y salimos del despacho con ciertas dificultades: las propias de una persona nerviosa y herida.

Andrew nos está esperando en la puerta y en cuanto nos ve, corre a nuestro encuentro. No he seguido sus indicaciones de aparcar en la parte trasera, la de las urgencias y me está reprimiendo por ello.

Le lanzo una mirada asesina y él sonríe con disimulo. Ha entendido que no estaba en condiciones de concentrarme en cuanto ha escuchado los lamentos de Natalie.

Nada más entrar, Paul sale a recibirnos. Natalie palidece todavía más y me mira desconcertada, a lo que yo me encojo de hombros. No tenía ni idea de si Paul se encontraría o no, pero era la única manera de sacarla del despacho. La otra era llamar a una ambulancia y me niego a volver a pasar por eso en un caso que no es grave.

Paul y Natalie se miran. Paul se encarga de Natalie y la conduce, cojeando, hasta una consulta.

Vuelve poco después.

—Hola, Chloe.

—Hola, Paul. No me tengas en cuenta la paciente que te he traído, no tengo nada en contra tuya.

Le hablo de una forma cercana. Nos hemos encontrado en situaciones anteriores, cuando ha acudido a visitar a su hermano y hemos coincidido en el jardín.

Los dos hermanos se echan a reír.

—¿Con qué se ha cortado?

—Con unas bisagras de un mueble antiguo. Estábamos en un desván repleto de cosas.

—Está muy nerviosa —me dice mientras abre un armario y se adueña de algunas cajas pequeñas—. Yo me encargo, Andrew, no te preocupes.

—No le gusta la sangre. A juzgar por su reacción parecía que se había amputado la pierna.

—Es un buen corte. —Afirma Paul volviendo a entrar en la consulta.

Andrew me coge de la mano y corre por un pasillo tirando de mí hasta llegar a una consulta.

Me besa con ansia y me deja en el mismo estado que Natalie: en *shock*.

—Si no fuera porque tengo que ayudar a Paul…

—¿Por qué?

—Porque te follaría encima de esa camilla. Cada vez que viniera a trabajar me acordaría y las horas pasarían más rápido.

—Te he preguntado «por qué» tienes que ayudarle…

—¡Ah! Eso. Porque la sutura no es el punto flaco de Paul.

Nos volvemos a besar mientras me sube a la camilla.

—Andrew… —le regaño—. Tu hermano está ahí, y Natalie.

—No pasa nada, tardarán un rato.

—Andrew… —le digo incómoda al ver que no se detiene.

—Sabré yo lo que se tarda… Relájate. Ya te dije que me gusta lo prohibido, y esto es perfecto.

—Cuando estamos prohibidos… de la otra manera, me gusta más —le confieso mientras me enfrento a una mirada penetrante—. Esto me pone nerviosa.

—Cobarde…

Me pongo de puntillas y le mordisqueo el labio a la vez que le pongo la mano sobre la cremallera de su pantalón.

—No soy cobarde… soy sensata, y esto no está listo para un polvo rápido —le digo sabiendo que eso le va a molestar, principalmente porque no es cierto.

Me sonríe con cinismo y me muerde en el cuello.

Seguimos jugando hasta que una voz nos interrumpe:

—Ejem… ¡Disculpad!

Me quiero morir. La voz de Paul se encuentra a mi espalda y no soy capaz de darme la vuelta.

—Paul… ¿Pasa algo?

—Necesito que me eches una mano… La sutura…

—¿Ya? Sí, claro, voy enseguida.

—Joder, lo siento, he sido inoportuno. —Se disculpa Paul.

No me doy la vuelta, no puedo.

Cuando se marcha, miro molesta a Andrew.

—¿Lo tenías controlado?

—¡Mejor voy a ayudarle! —dice abandonando la consulta en una actitud fría.

Me dirijo a la sala de espera de la entrada, la que hay cerca de la consulta donde están atendiendo a Natalie.

El corazón me late deprisa, me presiona en el pecho. No ha sido porque nos hayan descubierto, sino por la expresión de terror que ha mostrado Andrew cuando ha escuchado hablar a Paul.

No le ha gustado que nos descubriera, a pesar de ser culpa suya.

No ha bromeado, ni le ha restado importancia. Se ha marchado en modo «iceberg».

Los siguientes veinte minutos se me hacen eternos, tengo clavada su decepción en mi cabeza y estoy enfadada conmigo misma por sentirme así.

Paul es el primero en aparecer.

—Hemos hecho todo lo que hemos podido por ella, pero… —Sonríe, no puede seguir con el juego—. Es broma, está bien, pero debería descansar un par de días, hasta que la herida esté más cerrada.

—¿Está más calmada?

—Ahora sí, pero le ha costado. Lleva doce puntos, pero Andrew es un artista, no le quedará cicatriz.

Asiento sonriendo mientras observo como vuelve a entrar en la consulta. ¿Ha salido a darme el parte de la paciente? ¿Dónde está Andrew?

Sale poco después, acompañando a Natalie.

—Yo la llevaré a casa —dice Paul desde dentro de la consulta.

Natalie se sonroja y yo le guiño un ojo, consiguiendo que se sonroje más todavía.

Me acerco a ella y, para mi sorpresa, se lanza a abrazarme.

—Gracias por aguantarme, Chloe. Sé que con la sangre dejo de ser yo.

—No hay de qué. Por cierto —le susurro controlando que Andrew no pueda oírnos—. Esa herida ha sido muy oportuna. Dentro de lo malo…

—Estás confundida, no creo que le interese lo más mínimo.

—Se ha ofrecido a llevarte —sigo susurrando mientras Andrew habla con Paul.

—Es un caballero, es todo.

Todos abandonamos la clínica.

Paul y Natalie desaparecen en dirección al coche de Paul. Andrew se dirige al suyo haciéndome una señal con la mano y yo… al mío.

Le he perdido de vista por el camino. Cuando llego, su coche está aparcado en la puerta.

Entro dentro de casa y sale a mi encuentro.

Está descalzo. Camina lentamente y se acerca en silencio a mí.

Se apodera de mis llaves y abre la puerta. Me coge en brazos manteniendo el silencio y me lleva hasta el dormitorio.

Y lo que esa noche ocurre en el interior me desconcierta.

Andrew parece otra persona.

Me acaricia como si fuera de porcelana, y sus movimientos son lentos, como si se tratara de una secuencia a cámara lenta.

Estamos a oscuras, completamente a oscuras, algo impensable en él.

No puedo verlo, solo sentirlo.

Y lo hago, lo siento como nunca antes lo he sentido.

Me rindo al placer que me está haciendo sentir con una mezcla de

paz y miedo al mismo tiempo.

Capítulo 58

Andrew

Dos semanas después.

Sé que Chloe está nerviosa. Todos los días no se enfrenta una persona a sus orígenes.

Está callada y tiene la mirada puesta en el paisaje, el que ve a través de la ventana del copiloto.

Nos dirigimos a Castle Combe.

Desde que mi abuela le habló de la posibilidad de hablar con una prima de mi abuelo que podría hablarle de sus abuelos, ha estado dándole vueltas a la posibilidad. Y se ha decidido, por fin.

Puede que yo haya contribuido a ello.

Las últimas dos semanas parece que se han enterrado los «cerca y lejos», es como si la noche en que mi hermano Paul nos sorprendió en la consulta hubiéramos firmado una tregua.

Nunca hemos hablado de ello, pero aquel día me hirió su expresión cuando Paul apareció en la puerta. Palideció y me miró de un modo que me atravesó el alma.

Paul sospechaba hacía tiempo que Chloe y yo éramos más que unos vecinos bien avenidos, como yo le intentaba hacer creer. No era algo que me importara especialmente, pero no soy muy amante de hablar de mi vida privada, ni siquiera con él. Había sido un descuido mío y lo asumí, pero la expresión de Chloe me dejó claro lo mucho que le afectaba. Y eso… acabó por afectarme.

He pagado un precio alto. Paul se ha convertido en una tortura con sus comentarios, pero puedo soportarlos. Mientras no lo comente con el resto de la familia… Eso sí que no lo soportaría, pero no lo va a hacer, así me lo ha hecho saber.

—¿Crees que les voy a ir con el cuento? Ni que fuéramos dos críos, Andrew —me dijo, cuando le pedí confidencialidad.

Paul solo conoce mi «aventura» con la vecina americana, no la

historia completa, la que incluye la forma accidentada en la que nos conocimos y su vínculo con Olivia, eso solo nos pertenece a ella y a mí.

Chloe parece despertar en cuanto entramos en Castle Combe, y no es para menos. La estampa que tenemos delante sigue conquistándome incluso a mí que la he visto muchas veces.

Las calles empedradas serpentean entre casas de piedra que parecen sacadas de un cuento de hadas, con sus fachadas cubiertas de hiedra y enredaderas que añaden un encanto antiguo al paisaje. Es como viajar en el tiempo siglos atrás.

Algunas de sus construcciones, con sus techos inclinados y sus ventanas pequeñas, sus chimeneas de ladrillo y sus puertas de madera maciza, parecen propias de aquellos tiempos de caballeros y doncellas.

—Es impresionante —dice con los ojos muy abiertos.

—Lo es, especialmente su castillo.

—¿Es bonito? ¿Podemos visitarlo?

—No hay castillo, Chloe, el nombre engaña.

—¿Ni siquiera en ruinas?

—No, no queda rastro de él, pero lo hubo.

—Vaya, qué decepción, aquí falta un castillo…

—Como los que tenéis en Nueva York…

Chloe me golpea la pierna y pone los ojos en blanco.

—Aquí tenemos historia de verdad, Chloe.

—Tengo que dejar alguna huella aquí… quiero pasar a la historia de Castle Combe. —Me confiesa impresionada por todo lo que hay a su alrededor.

—Ya formas parte de la historia de este pueblo, ¿cierto?

Detengo el coche en la única zona habilitada para ello y lo aparco a la sombra. Este verano está siendo algo más caluroso de lo habitual. Claro que, Chloe suele afirmar que las temperaturas son perfectas frente a las de Nueva York en esta época del año.

—No me refería a eso, Andrew —me dice bajándose del coche, molesta por lo último que he comentado.

Me apresuro en reunirme con ella, que ha empezado a caminar a toda prisa. La detengo sosteniéndola por el brazo, le abrazo la cintura y le impulso la barbilla para que mire a los ojos.

—Chloe —le digo con mucha suavidad—, no podemos hablar siempre como si fuera un delito nombrar tu pasado. Tienes que liberarte de eso de una vez por todas. Aquí nació tu familia, y puede que más antepasados. No hablamos de amor, ni de familia feliz, ni de lazos… Son familia y punto. No tienes que quererlos, ni incluirlos en tu vida. Solo estás dando un paseo por tu historia. Cada vez que sale el

tema, te muestras esquiva, te entristeces… Libérate de eso.

No le digo que estoy harto de tener que medir constantemente las palabras porque no quiero molestarla, pero es la verdad. A pesar de haber dado un paso importante aquella noche en la que me habló de lo que sentía y lloró durante más de una hora, todavía parece reacia a hablar con naturalidad de ese tema.

Por un momento, creo que se va a mostrar a la defensiva, pero me sorprenden sus palabras:

—Un paseo por mi historia… ¡Eso me gusta! Quizás necesitaba la forma de enfocarlo de una manera que no me implicase.

—Pues adelante, enfócalo de ese modo. No estás traicionando a nadie, ni a tu padre ni a ti misma. —Al nombrar a su padre reacciona volviendo la cabeza—. Solo estás averiguando tus orígenes, no cambia nada lo que has vivido y lo que sientes, ni la que es tu verdadera familia.

Nunca hemos atravesado esa línea de intimidad en la que «yo opino sobre algo de tu vida» y «tú opinas sobre algo de la mía». Por eso me siento extraño y temo que ella lo pueda ver excesivo.

—Vayamos a hablar con esa mujer —me dice acercándose y besándome—. Acompáñame en el paseo por mi historia.

Eso me gusta.

Esa mujer, la prima de mi abuelo, resulta ser encantadora. Nos recibe con una sonrisa dulce. Es pequeña y delgada. Camina con soltura y nos guía hacia un salón decorado de la misma forma que le gusta a mi abuela, quizás algo menos recargado.

Nos sirve un té nada más sentarnos y contengo la risa cuando veo la expresión de Chloe. Sé lo mucho que lo odia.

Tras unos minutos de conversación superficial y formal, posiblemente alertada por mi abuela, la prima de mi abuelo entra de lleno en el tema que nos ha traído hasta aquí.

Nos habla de la vida de los abuelos de Chloe en la finca. Allí se crio Caroline hasta que se marchó a Londres. Los bisabuelos también trabajaron en la misma finca. Eran personas humildes, trabajadoras y buenos vecinos, según las palabras de la anciana.

Su relato se extiende más allá de lo que hemos venido a buscar, pero no nos atrevemos a interrumpirla, parece emocionada. La vida social en un pueblo de trescientos habitantes no debe ser muy ajetreada.

—Tengo entendido que el padre… que mi abuelo estuvo enfermo.

—Eso no lo recuerdo.

Chloe no oculta su sorpresa.

—Me dijeron que estuvo muy enfermo y que… Caroline —con ella

no se atreve a nombrar el parentesco—, les cuidó y ayudó.

—No, eso no ocurrió. Frederick y Emily Turner murieron jóvenes.

—¿Jóvenes?

—Sí, fue a causa de un accidente. Una tragedia. Fueron arrollados por un coche en la carretera de Bristol. Tenían alrededor de los cuarenta años.

Chloe abre mucho los ojos.

—¿Cuarenta? Entonces su hija era muy joven…

—La pequeña Caroline se quedó huérfana a los quince años. Los dueños de la finca, los Clifford la acogieron hasta que se marchó. Nunca más ha vuelto. La casa de sus padres se vendió hace muchos años, unos cuantos después de que ella se marchase, pero no se la vio por aquí. Solo en una ocasión, la señora Haype, me dijo que la había visto en el cementerio visitando la tumba de sus padres.

Ahí termina la información, al menos la interesante porque se explaya unos cuantos minutos más con temas que no son de nuestro interés, aun así, le permitimos recrearse.

Cuando nos despedimos de ella, le pregunto a Chloe si está bien; su rostro indica lo contrario.

—Me contaron que Caroline no podía hacerse cargo de mí y que tenía que cuidar a su padre enfermo.

—¿Qué edad tenía cuando naciste?

—Según mi padre… unos veintidós o veintitrés.

—Pues no cuadra. Al parecer murieron muy jóvenes en el accidente.

—Es todo mentira, Andrew. Caroline también me lo dijo.

—¿Caroline? ¿Qué te dijo?

—Fue de lo poco que hablamos cuando nos encontramos. Me dijo que su padre estaba enfermo cuando yo nací y que tenía que ayudar en su casa, que la maternidad se le quedó grande. No podía afrontarla.

—Pues esa no era la razón.

—Tu abuela también me lo dijo.

—¿Mi abuela? Pues… algo falla.

—Hablaré con ella. Y… ahora, vamos a olvidarnos de esta visita. Quiero recorrer las calles de este lugar.

—A por ello —le digo acercándola a mi cuerpo y tirándole suavemente de la coleta, un gesto con el que suelo provocarla.

Seguimos estando cerca…

Veamos cuánto dura.

—Andrew… —Llama mi atención. Se detiene, me acaricia la mejilla y me sonríe de forma angelical—. Gracias por acompañarme. Eres… lo mejor que me ha pasado en… Inglaterra.

Termina la frase sonriendo de forma provocativa.

—¡Eh! ¿No sería más bonito decir que soy lo mejor que te ha pasado en la vida? —protesto sonriente a la vez que siento un escalofrío.

No contesta. Se echa a reír de la misma forma que cuando le gasto una broma, y sigue caminando. Se comporta igual que si le hubiera dicho que es un alivio que no llueva. Enseguida desaparece su sonrisa y se detiene delante de una casa. Alaga en voz alta el conjunto de plantas que decoran sus ventanas.

Era demasiado íntimo.

Vuelve a estar lejos.

Capítulo 59

Chloe

Catherine le pide a Andrew que le sirva un poco más de té y a continuación guarda silencio.

De vuelta a Tetbury, se me ha ocurrido que sería una buena idea visitar a la abuela y hacerla partícipe de lo que hemos averiguado en Castle Combe.

A Andrew le ha sorprendido mi iniciativa, pero no ha tardado en apoyarla.

La madre de Andrew nos ha recibido, pero se ha marchado poco después a sus clases de yoga.

La visita a Castle Come ha sido un cúmulo de emociones. La belleza del pueblo, el almuerzo en el restaurante, el paseo… Eso ha sido de lo mejor que he vivido desde que llegué. Estábamos tan cerca…

Ha sido tan íntimo, tan nuestro…

Pero la frase que ha pronunciado me ha hecho despertar. Sí, probablemente él se encuentra entre lo mejor que me ha pasado en la vida, no puedo negarlo, pero tampoco podía decírselo. No en ese instante, no sabiendo que para él era solo una forma más de bromear.

Y la distancia se ha impuesto de nuevo. Mucho estaba tardando en volver a aparecer.

Me centro en la figura de Catherine.

—¿Lo sabía, Catherine? —le insisto después de su prolongado silencio—. ¿Conocía la historia de sus padres?

—Sí, querida, la conocía. Ella me contó que ese fue el argumento que le proporcionó a tu padre cuando naciste. Y… también el que corroboró cuando te vio.

—Pero era mentira. Sus padres murieron mucho antes de que ella conociera a mi padre y se quedara embarazada.

—Así es. Su vida no fue fácil, Chloe. Se quedó huérfana muy joven y se vio obligada a vivir bajo la tutela de personas que, si bien se

portaron muy bien con ella, no eran de su familia. Cuando decidió marcharse, cumpliendo la mayoría de edad, pasó muchas calamidades. No tenía recursos, solo una vieja casa que no conseguía vender.

—Pero… salió adelante.

—Sí, se fue a trabajar a Londres y poco a poco se fue estabilizando. Años después, cuando contaba con veintiún años conoció a tu padre y… no estaba preparada para emprender ese camino.

—Es raro que no decidiera interrumpir el embarazo.

—No lo hizo, Chloe, eso es evidente.

—¿Por qué mintió a mi padre? A mí también…

—Era muy joven, Chloe, supongo que inventó algo que consideró convincente, algo de mala conciencia tendría.

—¿Por qué usted no me lo dijo antes, Catherine?

—Porque lo que tengas que averiguar sobre ella, debes hacerlo tú. Yo solo te he hablado de su personalidad, de la amiga que tuve, pero el resto debes averiguarlo tú, hasta donde puedas y quieras llegar.

—¿Hay más que averiguar? —le pregunta Andrew.

—Yo te he contado lo que tenía que contarle de Caroline, nada más. No creo que me entendáis, pero es lo que siento que puedo hacer y debo.

—Si hay algo más, me gustaría saberlo.

—Entonces debes hacer lo mismo que has hecho hoy, ir a buscar esa información. Con eso no te estoy confirmando nada, querida. Puede que encuentres más o puede que no. Averígualo tú, solo así tendrá sentido.

—Al menos, dígame si cree que debería seguir buscando.

—¿Por qué no? Encuentres lo que encuentres, ya sea algo bueno o algo malo o… nada, te mantendrá en contacto con esa historia. Podrás cerrar esa herida, por pequeña o grande que sea. Estaré aquí para aclararte cualquier cosa que necesites, pero no me pidas que te cuente más. Quisiera que fueras tú la que te implicaras en ello.

—Abuela, no sé si es buena idea. Buscar… Buscar, ¿qué? Al menos, dale una pista.

—No sé qué pista dar. ¿Es que no me has entendido?

La abuela parece molesta y siento que debemos acabar con este tema. No es una situación cómoda, ni para ella ni para mí. Creo entender que podría haber algo más, pero no quiero decirle que probablemente me dé igual y no sienta necesidad de buscar, mucho menos después de lo que he descubierto.

—Gracias, Catherine —le digo sinceramente. Respeto su papel, al fin y al cabo, era su amiga.

—¿Qué sabes de tu ayudante y mi nieto? —nos sorprende

preguntando endureciendo su expresión.

—¿De qué hablas abuela?

—Paul parece que últimamente sale mucho y… mis contactos me han contado que se le ha visto en Bristol con Natalie, la ayudante de Caroline.

Yo no sé qué responder, ni siquiera sé de qué me habla. Natalie no me ha contado nada, solo que Paul la llevó a casa. No parecía dispuesta a hablar más del tema. Parecía dolida.

—Abuela… tendrás que averiguarlo por ti misma. Paul es mi hermano y… si quieres saber algo, tendrás que buscarlo. —Le suelta utilizando el mismo método que ella ha planteado para mí.

—Eres un mal nieto —protesta Catherine mientras yo me echo a reír—. Te voy a desheredar…

—Ya no puedes.

—Eso es lo que tú te crees. ¿Quién te ha dicho que repartí todo mi patrimonio? —Sonríe con maldad.

Nos despedimos de ella, pero antes de salir escuchamos su voz.

—Chloe, no dejes de indagar sobre el terreno… Solo es una humilde sugerencia.

Andrew y yo nos miramos. Creo que hemos llegado a la conclusión de que no es solo una humilde sugerencia.

Capítulo 60

Chloe

Tumbada sobre mi cama, mirando el techo, no dejo de pensar en el tema que ha sobrevolado sobre mi cabeza durante la última semana: el terreno.

Si bien, no me he dedicado en cuerpo y alma, siguen impactándome las palabras de Catherine.

Sé que hay algo detrás de ese terreno y quiero averiguarlo, pero hasta ahora no he obtenido mucha información.

Natalie me ha proporcionado algunas anotaciones que hizo Caroline en las que aparecían referencias al terreno, pero ninguna aporta algo de luz. Se trata de un pequeño esquema que podría reunir los interrogantes que ella se pudo ir planteando, pero no estoy segura de estar bien encaminada.

Natalie ha recordado que Caroline empleó algún tiempo en investigar ese terreno, pero nunca le aclaró el motivo, solo se limitó a decirle que quería averiguar el valor exacto que podría tener en el mercado. También me ha recordado que el padre de la bruja le ofreció varias veces la compra, pero eso es todo lo que compartió con ella.

He puesto al corriente a Natalie del motivo por el que me interesaba, aunque para ello he tenido que contarle toda la historia: desde mi paso por el bufete de Londres en el que conocí a la bruja, hasta el parentesco con ese hombre. La parte que excluí de la historia fue la relación de Andrew y esa odiosa mujer; no me pareció relevante: forma parte de la vida privada de Andrew.

Es cierto que sin esa parte la historia se debilita, pero Natalie ha comprendido mi interés por conocer el valor de ese terreno y me ha ayudado durante toda la semana.

Hemos puesto patas arriba el despacho, incluso el desván, pero no hemos encontrado nada.

Me llamó la atención que Natalie buscara en el doble fondo de un cajón, y en la puerta oculta que contenía un armario. No había nada

en su interior, pero me dejó claro que ese tipo de escondites, igual que el que encontré en la casa, era del agrado de Caroline.

La búsqueda de compartimentos secretos la he trasladado a la casa, pero no he tenido éxito. Sé que puede tratarse de una pérdida de tiempo, pero quiero descartarlo.

Si no encuentro nada, mañana mismo pediré información del terreno en los organismos correspondientes.

Andrew entra como un huracán en el dormitorio. No me sorprende porque he escuchado sus movimientos: desde el salto de la valla, hasta la entrada triunfal en la casa, pasando por derrapar en el pasillo, frenar en el salón y buscarme por el resto de estancias; pero sí me sorprende en sí la visita, me ha dicho que tenía que trabajar en unos documentos de la clínica.

—Hola, belleza —me dice sonriendo con una mueca infantil. Sabe lo mucho que adoro que me llame así, por lo que deduzco que está de buen humor y quiere provocarme—. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Estoy pensando…

Se sienta en el borde de la cama.

—¿Trabajando? —me pregunta al ver que mi ordenador portátil descansa a mi lado.

—No exactamente. He hecho algunas consultas.

—¿Sigues dándole vueltas a eso del terreno? Mi padre me ha dicho que iba a averiguarlo. Él conoce a muchas personas en Tetbury, seguro que, si hay algo interesante, se lo contarán.

—No creo que se trate de rumores de pueblo.

—No le va a preguntar al primero que se encuentre, Chloe. Conoce al alcalde y muchas personas que trabajan en la administración de Tetbury…

—Si es así…

—Yo creo que esta historia no es tan emocionante como crees. Ese desgraciado de George debe querer el terreno para hacerse una casa, por las vistas, y seguro que no dijo nada porque sabía que ni mi abuela ni Caroline iban a permitir que edificara en él.

—¿Y para hacerse una casita a las afueras planea algo tan retorcido?

—Las vistas son espectaculares.

—Demasiado simple, Andrew.

—De acuerdo, pero… deja de darle vueltas. Llevas toda la semana haciendo horas extras en el despacho buscando algo que no existe. No deberías seguir con ello. Ya averiguaremos qué hay detrás de esa oferta, si es que hay algo. No creo que esos terrenos valgan más de lo que ya conocemos. Hemos visto la cifra en los documentos que firmé

cuando mi abuela me regaló la propiedad, nada fuera de lo normal. Más bien tirando a bajo. Y Pemberton te dijo lo mismo.

Esa es la primera consulta que hice. El señor Pemberton me proporcionó una cantidad que no llamaba especialmente la atención, parecida a la que averiguó Andrew en las escrituras de propiedad.

Andrew se apoya sobre la cama y me besa.

—Necesito que me prestes tu portátil.

—Lo estoy usando.

—Te cargaste el mío. Es lo mínimo que puedes hacer.

—¿Yo me lo cargué?

—Me distrajiste en la bañera con la amenaza de hacerme una foto. Querías publicarla en las Redes Sociales, y eso hizo que me defendiera. Sé que alguien te contrató para hacérmela. Yo, desnudo, estoy muy cotizado.

—¡Dios! Eres imposible —le digo escuchando la quinta versión de ese momento, cada vez más disparatada.

—¿Me lo prestas o no? Solo voy a conectar con una base de datos de la clínica, no puedo seguir trabajando.

—Si admites que yo no lo rompí y si admites que me robaste el taxi.

—Eso jamás, tortúrame.

Resoplo. Tengo algo en mente y necesito que se marche.

Se lo entrego y me incorporo en la cama.

—Dime la contraseña.

Se lo arrebato de las manos y tecleo el número para que tenga acceso.

—Pero que original que eres… ¿La fecha de nacimiento?

—¿Cómo lo has…?

—He visto el movimiento de tus dedos. Tengo una memoria especial.

—La cambiaré.

—Te conviene, pero ahora no.

Estoy impresionada. No entiendo cómo ha podido averiguarlo. Seguro que se fijó la vez anterior que me lo pidió, hoy ha sido imposible que haya podido verlo.

Andrew se traslada a la butaca del dormitorio y se concentra en el ordenador.

—¿Es que no piensas marcharte?

—No, me quedo aquí, a tu lado. Trabajo mejor.

¡Mierda!

Bien, pues tendré que hacerlo con él delante.

Me apodero de una escalera pequeña.

Antes de subirme a ella, observo desde un rincón lo que ha llamado mi atención antes de que él llegara.

Se trata de un pequeño armario, con un diseño clásico, que está situado en una esquina del dormitorio. Es un mueble fabricado a medida que encaja perfectamente en la esquina y que cumple con la función de almacenar zapatos y complementos; según he deducido por la distribución interior.

Algo en la parte superior me ha llamado la atención. A primera vista, parece una simple moldura decorativa, una parte del diseño original del mueble. Pero al mirarlo con más detenimiento, percibo que la madera tiene un tono ligeramente diferente, una sombra apenas perceptible que delinea los bordes. Si me acerco, como estoy haciendo ahora, mi teoría cobra fuerza.

—No seguirás buscando pasadizos secretos, ¿verdad?

—Compartimentos secretos. Ya te conté que Caroline contaba con unos cuantos en el despacho, e incluso ahí. —Señalo el armario donde encontré la foto de sus padres.

—¿Quién no tiene un cajón de doble fondo? Paul y yo diseñamos algo parecido cuando éramos pequeños para guardar… No sé qué guardábamos…

Me detengo antes de subir.

—¿No serías de esos niños que tenían revistas con imágenes pornográficas?

—Eso me ofende.

Lo miro con una expresión que él conoce. Una que indica que no pienso insistirle más, pero que no le creo.

—Es que nosotros no vivíamos en Nueva York, la vida aquí era más aburrida, teníamos que entretenernos. William Hart se las robaba a su hermano mayor, que a su vez se las robaba a su padre. Y… antes de que preguntes, esa familia no era normal. ¿Qué esperas encontrar?

Le explico lo que he descubierto y se levanta a sostener la escalera. Paso los dedos por la superficie y siento una ligera irregularidad, una pequeña hendidura que no debería estar aquí. Con una mezcla de curiosidad y cautela, aplicó presión en el borde y extraigo la moldura con facilidad; las protestas de Andrew inundan la habitación, pero no le escucho.

El hueco deja al descubierto una pieza de madera de las mismas dimensiones del armario, de pocos centímetros de alto.

—Aquí hay algo —grito satisfecha.

Bajo la escalera cargada con la caja y enseguida siento los brazos de Andrew que acuden en mi ayuda.

La trasportamos hasta la cama y nos sentamos a su lado.

Está cerrada herméticamente… O eso es lo que parece hasta que Andrew golpea un lateral y desprende una solapa.

Mira en su interior.

—Parece que hay documentos…

La agita y la coloca boca abajo hasta que aparecen tres carpetas; dos de ellas, muestran un logo que reconozco; la tercera es una simple cubierta para proteger documentos.

—Estas son iguales que las que contenían el informe sobre mí que contrató Caroline al detective.

Andrew frunce el ceño y se apresura a abrirlas.

Una de ellas contiene planos hechos a mano y un informe que muestra cifras y otros detalles.

Andrew reconoce unos datos que identifica rápidamente.

—Son del terreno. —Afirma confundido.

—¿Y la otra? —le digo señalando la que muestra también el logo del detective.

Descubrimos que es un informe sobre una persona: Alexander Butler. Parece una investigación sobre la vida de ese hombre, es parecida a la que hizo sobre mí.

—Caroline debió contratar los servicios de ese detective… —deduce Andrew sin dejar de mostrar una expresión malhumorada—. Veamos esta otra.

En cuanto abre la última carpeta, extrae lo que a simple vista son unas pocas fotografías.

Yo no puedo verlas, Andrew se encuentra en un ángulo que solo le permite verlas a él.

En un principio, me da la impresión de que está jugando porque cuando intento alcanzarlas las aparta.

Las sigue pasando de una a una hasta llegar a la última.

Me mira de una forma que me produce escalofríos.

—¿Qué es? —le susurro.

—Júzgalo tú misma, cariño.

Ese «cariño», el primero que ha salido de su boca para dirigirse a mí, se difumina. Desaparece de mi mente en cuanto veo el contenido de las fotografías.

Se trata de un hombre y una mujer. Todas ellas muestran momentos de felicidad: risas, besos, e incluso instantes bajo las sábanas: enredados entre ellas o cubiertos parcialmente por ellas, mostrando una parte de su cuerpo desnudo. Parecen hechas desde cierta distancia.

No puedo hablar ni reaccionar.

Le doy la vuelta a una de ellas. Muestra una fecha. Son fotografías

tomadas hace diez años. Eso confirma lo que sospechaba, que no son recientes.

—¿Estás bien? —me pregunta Andrew.

—Sí, solo un poco… perpleja. No esperaba encontrar fotografías íntimas del padre de la bruja y Caroline.

Capítulo 61

Andrew

Acabo de escuchar el sonido que indica que Paul se ha marchado de la clínica. Estoy solo, sentado frente al escritorio de mi consulta mirando el calendario.

Este momento me recuerda a las veces que lo hacía cuando trabajaba en el hospital de Londres, cuando me quedaba embobado pensando en todo el tiempo que me quedaba para tener una oportunidad en Oxford; antes de decidir incorporarme a la clínica.

Aquellos momentos de angustia parecen tan lejanos…

Sigo repasando el calendario calculando fechas. Es como si ese conjunto de números que baraja mi cabeza pudieran hacerme sentir mejor, pero no es cierto.

Números…

Tres días para que acabe el verano.

Tres o cuatro meses desde aquellos momentos de tensión constante en los hospitales de Bristol y Londres.

Dos meses y diez días desde que me encontré a Chloe en el hospital de Bristol, tras el accidente que sufrió con la abuela.

Dos meses y un día desde que la besé por primera vez… ¡No!, por segunda vez. El beso de Londres, delante de Olivia no tiene recuento.

Dos meses desde que entró en mi vida…

Y la peor fecha de todas, la que más miedo me da calcular es la de su marcha.

«Noviembre es el mes que pacté con el bufete para incorporarme a Madrid. No sé la fecha exacta, todavía no me lo han comunicado», me dijo ayer, como el que comenta lo deliciosa que está la cena; en el mismo tono, con el mismo grado de implicación.

Eso solo significa que Chloe se marchará en poco más de un mes. Solo un mes.

Me aterra cada vez más.

Las últimas veinticuatro horas han sido un infierno. Desde que

pronunció esas palabras, no he podido pensar en otra cosa.

Ni siquiera la conversación con el doctor Mitchell, ha conseguido que me anime. Saber que el tiempo en el que podría incorporarme a Oxford puede reducirse en dos o tres meses es una buena noticia, pero no consigo mostrar el entusiasmo que debería.

Abandono la consulta harto de mirar el calendario. Si sigo aquí más tiempo, voy a acabar con los ánimos por los suelos, un poco más. ¡Malditos números! No debería haberme concentrado en ese maldito calendario.

El sonido de mi móvil me indica que he recibido un mensaje. Se agradece la interrupción.

Chloe…

Tu padre está en mi casa.

¿Qué ocurre? Voy para allá.

Espero impaciente la respuesta mientras busco una explicación.

Tranquilo, solo estamos hablando del terreno. Te informo para que no hagas una de tus entradas triunfales.

Llamaré al timbre.

Eso era lo que le preocupaba, que mi padre no descubriera lo que hay entre nosotros…

Mi ánimo ha mejorado.

Capítulo 62

Chloe

Me pregunto qué hubiera pasado si no le hubiera enviado ese mensaje y Andrew hubiera entrado corriendo en mi salón pronunciando alguna de esas frases suyas como «Llevo toda la tarde pensando en ti», «belleza, necesito tocarte». O una de sus habituales declaraciones explícitas en las que describe con detalle lo que necesita que hagamos dentro del *jacuzzi*, o en el sofá, o en la cocina…; o en todos los sitios en los que, según sus propias palabras, a última hora de la tarde, cuando está a punto de salir de la clínica, imagina que vamos a estar juntos.

Imagina y planea.

Eso es lo que suele hacer él. Bendita imaginación la suya.

Descubro que el mensaje que le he enviado a escondidas era innecesario. Adam acaba de llamarle a él para indicarle dónde se encuentra, y solo unos minutos después, Andrew llama a mi puerta; pulsando el timbre, como ha anunciado en el mensaje.

Adam se ofrece a abrir la puerta y poco después ambos aparecen en el salón.

Está más serio de lo habitual, no parece él. Claro que, nunca antes se había producido una situación como esta. La única vez que su padre ha estado junto a nosotros dos, fue cuando me invitaron a cenar.

Para mí también ha sido una sorpresa encontrar a Adam delante de la puerta de mi casa, pero la visita era para su hijo, que no se encontraba en casa.

Adam sabe que Andrew ha compartido conmigo lo sucedido con la bruja, «la hija de sus amigos» como él lo expresa, pero desconoce lo que me vincula a ella. Desconoce tantas cosas…

Andrew le pidió que intentara averiguar algo sobre los terrenos. Ese ha sido el motivo de la visita. Por ser parte implicada, me ha incluido en la explicación.

Andrew se esfuerza tanto por mantener la distancia conmigo que

hasta me dan ganas de llorar.

—Chloe, ¿cómo estás? —me pregunta de forma tan fría que hasta parece que le va a salir vapor del aliento.

Ambos se acomodan en las sillas que hay a mi lado. Nos encontramos sentados frente a la mesa principal del salón, con un despliegue de documentos sobre ella.

—Le estaba contando a Chloe lo que he averiguado de los terrenos, más o menos lo que te he anticipado cuando hemos hablado por teléfono, y poco más de lo que vosotros habéis deducido.

Andrew y yo hemos llegado a algunas conclusiones después de haber estudiado la información que figuraba en la carpeta de Caroline, aunque no era mucha. Solo aparecían unos nombres de empresas y muchas palabras marcadas con interrogantes como «informe medioambiental», «junta territorial». Seguramente la línea que Caroline quería investigar.

—Los terrenos —Adam inicia de nuevo el relato para hacer partícipe a su hijo—, junto a las ocho hectáreas que los rodean, resultan ser el área de interés para un proyecto de construcción por parte de una promotora y una constructora londinense: un complejo de casas de lujo y todo tipo de servicios. Es algo que se está cociendo desde hace un año y medio. Mi fuente es muy fiable, alguien que conoce bien las propuestas de expansión del distrito, pero debo recalcar que todo lo que me ha contado es extraoficial.

—Entiendo… —interviene su hijo frunciendo el ceño—. ¿Qué más sabes?

—No es fácil saber el valor del terreno, pero en este momento es muy superior a la oferta que George le hizo a Catherine y a tu madre; a ti creo que no te propuso cifras, ¿cierto?

—No, no hablamos de dinero.

—¿Qué pinta George en todo esto? —pregunta Andrew, aunque ya hace días que hemos deducido la respuesta.

—Él hace de intermediario. Es su trabajo, me ha hablado de ello muchas veces, aunque para otros proyectos, claro está. Él debe cobrar una cuantiosa comisión por esa venta, de ahí su interés.

—¿Por qué no se ocupa la promotora directamente? —pregunta Andrew sin perder su semblante de hielo.

—Porque ese proyecto contiene trabas administrativas que George solventa con mucha facilidad.

—Y si hay vecinos reacios a vender, las cosas se complican —intervengo basándome en la experiencia—. Eso puede ralentizar mucho un proyecto.

—Efectivamente, Chloe. Y es ahí donde quiero llegar.

—¿Qué quieres decir? —pregunta el hombre de hielo.

—Que el interés de la promotora no llega tan lejos. Tienen varios proyectos en la zona, mi amigo me ha hablado de otros más ambiciosos, cerca de Tetbury, en los que George no participa. El que más pierde es George.

—Debe jugarse mucho dinero —planteo pensativa.

—Esto es más complejo de lo que nosotros podemos comprender, pero lo que necesitábamos saber es lo que os he contado. Ahora ya sabemos su desesperación. Creo que tenía un plazo para llevar a cabo las negociaciones y se acaba dentro de poco tiempo.

—¿Has hablado con él después de lo que te conté?

—No, de momento no. No me he planteado nada. Tu madre dice que… A su debido tiempo, y tiene razón.

—Lo que me cuesta creer es que un proyecto así pudiera dejarse perder —vuelve a comentar Andrew—. Si es que eso puedo ocurrir.

—Andrew —me animo a aclararle—, como ha dicho tu padre, los terrenos no son únicos ni exclusivos.

—Pero… lo más sencillo sería intentar ofrecer más dinero… No lo han probado. Es una forma de seducir a los dueños de los terrenos. ¿Qué opinas, Chloe? Tú entiendes más de operaciones de este tipo.

No sé interpretar el tono que emplea Andrew. No sé decir si es una pregunta sin más, o hay algo irónico detrás. El caso es que su mirada sigue siendo de hielo y eso me confunde.

—Creo que la discreción es la que da valor a la operación —continúo diciendo—. Si interviene directamente la promotora, el coste del terreno adquiere más valor y los propietarios exigirían más dinero por la venta. No podemos saber si llegará una oferta mayor por parte de la promotora, pero en mi opinión la operación estaba estudiada para adquirirlos a bajo coste, que era lo que pretendía, y pretende, George. Seguramente después de adquirirlos se los habría vendido a la promotora por un precio mayor, pero… debe haber otros acuerdos paralelos. Los costes de este proyecto están estudiados minuciosamente. En cualquier caso, George es el que pierde. La promotora tiene otros proyectos… esa es la clave.

—George tiene otros intereses, efectivamente —continúa Adam—. Él es el dueño de una pequeña empresa de servicios que también participaría en la construcción. En cualquier caso, lo has expresado muy bien, Chloe. El que tiene intereses aquí es George. Se juega mucho dinero, no solo por la venta de los terrenos, sino por otras actividades que entran en la construcción. La promotora tiene más objetivos, seguramente George no debe participar en ellos; de ahí su desesperación. Solo alguien desesperado, además de mediocre, hace lo

que él hizo. Somos amigos desde que llegaron a Tetbury. Yo le abrí muchas puertas y le presenté a muchas personas que le han facilitado llegar a dónde ha llegado…

—¿Llamamos a la puerta de la promotora, vendemos y nos forramos? —nos sorprende Andrew sonriendo por primera vez en toda la velada.

—¿Por qué no negocias con George directamente? Mejor que se lleve él la comisión. —Se echa a reír Adam.

—Si todavía está dentro del plazo… puede que intente algo más —expreso algo preocupada.

—Eso es cierto. —Afirma Adam—. Lo que pase por la cabeza de George ahora, no podemos saberlo. Pero creo que no tiene muchas opciones. Caroline y Catherine llevan negándole la venta mucho tiempo, y ahora que todo se ha complicado… Claro que, no sabemos si su hija le habrá hablado de la conversación que tuvo contigo, cuando desenmascaró a sus padres. Si es así… mucho menos intentará dar algún paso.

—Deben estar al corriente… —apunta Andrew.

—Su silencio es el que me confirma eso. Él y yo no solíamos hablar con mucha frecuencia, pero Margaret y mamá, sí, y hace días, desde el incidente, que no la ha llamado.

—Esperemos que nos deje en paz a todos —confieso moviendo la cabeza.

—Me tengo que marchar, a pesar de tener la mejor compañía. —Me sonríe y se acerca para darme un pequeño abrazo que me sorprende.

—Adam… —le pregunto sin mostrar el interés que siento—. El nombre de Alexander Butler, ¿te dice algo?

—Andrew me lo comentó, pero no me dice nada. He preguntado, pero con el proyecto no tiene nada que ver. Puede tratarse de un inversor, Chloe, por eso aparecía en las notas de tu madre. Quizás ella averiguó más.

—Puede ser —comento decepcionada—. Seguramente se trate de algo así.

—¿Caroline y George habían trabajado juntos alguna vez en algo, papá? —pregunta Andrew. Sé que lo ha hecho por las dichosas fotos.

—George lidia con muchas demandas… ¡Es posible! ¿Por qué lo preguntas?

—Su nombre aparecía en las notas de Caroline, no sabemos si solo se debe al asunto del terreno —intervengo.

Siento un escalofrío cuando piensa en esas fotos…

Se añade un nuevo escalofrío cuando pienso en ese tal Alexander,

que no sé quién es. Y se vuelve más intenso cuando compruebo que Andrew sigue con esa expresión de hielo que tanto me está afectando esta noche.

Capítulo 63

Andrew

—Hay más conclusiones que datos oficiales, ¿no te parece? —le pregunto a Chloe cuando estamos a solas, después de despedir a mi padre.

—Tenemos respuestas, ahora ya sabemos a qué se debe el interés de George. —Me sonríe con timidez—. ¿Estás bien?

—Sí, lo estoy —le miento—, es que este tema me supera.

Me mira con desconfianza. Sé que ha notado la distancia que he establecido. Ahora me siento culpable por haberme dejado llevar por esas sensaciones tan negativas que he sentido al recibir su mensaje.

La tengo delante y se me olvida todo. Vuelvo a sentir que estamos cerca. Al fin y al cabo, es normal que me alertara de la presencia de mi padre. La posibilidad de que yo entrara en su casa diciendo y haciendo tonterías de las mías… forma parte de nuestra intimidad.

Ahora me resulta fácil verlo de ese modo, pero hay momentos en que el malestar se intensifica, cuando nos alejamos, y no puedo razonar de la misma manera.

Sé que me estoy engañando, pero necesito otra tregua, necesito volver a sentirla cerca y a tocar cada centímetro de su cuerpo, por eso me acerco a ella despacio.

—Siento haber estado tan…

—¿Distante?

—¿Eso te he parecido?

—Sí, pero ya me has aclarado que solo se trata de estar superado por el tema. ¿Es correcto?

Hay algo de ironía en sus palabras, pero su sonrisa, que también tiene algo extraño, me invita a romper la distancia física que también existe en este momento. Pero… no hace falta, es ella la que acorta la distancia y se lanza bruscamente a besarme.

Pierdo la noción del tiempo. Nos entregamos con devoción a estimular cada centímetro de nuestro cuerpo. En el suelo, sobre la

mullida alfombra que preside el salón.

Es fuego, una vez más, lo que sale de nuestros poros. Es pasión, es deseo y mil cosas más que hacen que hagamos un ovillo con nuestros cuerpos y rodemos de mil maneras distintas sobre la alfombra.

Pero también hay algo más. En mí hay una necesidad distinta de retenerla bajo mis caricias, de sujetarla para sentir que es real. En ella hay una furia que no logro interpretar.

Terminamos agotados, exhaustos, envueltos en sudor y protegidos por una sonrisa de oreja a oreja.

Hacemos un nuevo ovillo con nuestros cuerpos e improvisamos una cama en el suelo con la ayuda de unos cojines.

El silencio, que se ha prolongado demasiado, se termina cuando ella comparte conmigo sus pensamientos.

—Creo que le voy a hacer una visita a tu abuela.

—¿Por lo de las fotos de Caroline y George?

—Sí, tengo la sensación de que ella… sabe algo más.

—¿Te preocupa?

—Me confunde. Es una pieza que no encaja en la historia que conozco hasta ahora. Y… quiero saber también quién es ese tal Alexander, puede que tu abuela lo sepa.

—Puede…

Chloe vuelve a sumergirse en su mundo.

Lo que daría por ser yo, y solo yo, el centro de su mente en este momento.

Lo que daría por ser «nosotros» lo único que ocupara su mente.

Creo que no puedo competir con todo lo demás.

Capítulo 64

Chloe

Natalie me interrumpe desde la puerta de mi despacho haciendo gestos que no logro comprender. Le pido que espere alzando la mano y acaba por rendirse y desaparecer. Estoy en medio de una conversación importante, repasando el acuerdo que le he propuesto a un cliente para que la paz con su hijo, con el que se disputa un tercio de una casa, llegue a su vida.

Después de varios minutos, me olvido de que Natalie tenía algo que decirme. Como siempre, estaba pensando en un doctor de ojos de color miel. Y esta vez se me queda una sonrisa dibujada después de hacerlo.

Desde el día que se mostró tan frío, hace tres días, hemos compartido muchos momentos, de esos tan especiales en los que estamos cerca, somos cómplices y las risas están garantizadas.

Por suerte, Natalie vuelve a abrir la puerta. A pesar de que mis pensamientos eran positivos, no hubieran tardado en enredarse.

—Es George Hill —me dice acompañando su cara de temor.

Es la última visita que esperaba.

—Que pase… —le digo a Natalie con seguridad. Me muero por saber qué quiere de mí.

Entra decidido en mi despacho, con los aires de un hombre muy acostumbrado a las reuniones de trabajo.

Las imágenes de él y de Caroline aparecen en mi cabeza. Aún no he podido hablar con Catherine sobre ello. Mañana está planeada la visita, justo cuando los padres de Andrew se marchen a disfrutar de un pequeño viaje de tres días.

—Señorita Handley…

—Señor Hill… Siéntese. ¿A qué se debo su visita?

Me observa antes de decidirse a hablar:

—Quería saber si ha reconsiderado mi oferta.

—¿La venta del terreno? —le pregunto fingiendo sorpresa. A

menos que él se pronuncie, no seré yo quien le hable de todo lo que hemos averiguado.

—Estoy dispuesto a subir un poco mi oferta.

—No se moleste, señor Hill, ya le dije que no estaba interesada.

—¿Tiene intenciones de instalarse definitivamente en Tetbury? —Creo que se está desviando del motivo por el que me ha venido a visitar.

—Mis planes no son asunto suyo.

—Tengo una buena oferta, Chloe, puede que ahora no quiera rechazarla. —Me plantea esquivando mi comentario.

—No es una cuestión económica, de lo contrario intentaría negociar. Dígame, señor Hill, ¿por qué está tan interesado en adquirir mi terreno?

—Estará de acuerdo conmigo que es una zona preciosa. Y… tengo entendido que todavía no es suyo.

—Entonces pruebe a vendérselo al propietario actual… hasta que sea mío.

—No he venido a jugar, señorita Hill. Esta es mi oferta. —Me muestra un documento que tiene resaltada una cifra. Es solo un poco superior a la que hemos barajado hasta ahora. Me alegro de haberla visto, así disponemos de más información. ¿Cómo no lo he pensado?

—No me interesa, creo que ya ha quedado claro. No se moleste en volver a pedírmelo.

—Te pareces mucho a tu madre. —Afirma mientras se levanta.

—¿En qué sentido?

—Espero que solo en el aspecto físico. —Sentencia antes de abandonar el despacho.

Capítulo 65

Andrew

La abuela nos recibe con una de sus sonrisas buenas, de las naturales, de las que no hay que molestarse en interpretar.

Puede que observar tanto a Chloe y darle tantas vueltas a la cabeza, me esté afectando demasiado.

Chloe me ha contado el episodio de esta mañana y también me ha pedido que la acompañe a visitar a mi abuela.

—Puede que te cuente cosas… íntimas —la he tanteado.

—No tengo nada que ocultarte, Andrew. Me gustaría que estuvieras a mi lado.

Ese comentario me ha convertido en mantequilla. Ha sido el complemento perfecto a tres días de acercamiento intenso.

—Esperaba tu visita antes, Chloe. —Confiesa mi abuela—. Adam me ha puesto al corriente de todo lo que habéis averiguado de ese dichoso terreno. Ya me imaginaba yo que ese hombre no estaba interesado por las buenas vistas y la paz que aporta.

—Hoy ha vuelto a visitarme.

—¿Qué ha pasado? —nos pregunta preocupada.

—Me ha hecho una nueva oferta.

—Solo un poco más alta que la que te hizo a ti y a Caroline. Supongo que os hizo la misma oferta —interviene Andrew.

—La de Caroline era algo inferior, por las dimensiones del terreno, pero era poca la diferencia. ¿Qué ha pasado?

—Nada, Catherine. Le he dicho que no me interesaba y se ha marchado, pero antes de hacerlo, me ha dicho que esperaba que solo me pareciera físicamente a madre.

Catherine no se pronuncia, solo mueve la cabeza.

—¿Qué sabes de ese tema, abuela?

—¿De qué tema?

Chloe le entrega las fotos que encontró. Mi abuela no pestañea mientras las va pasando. Su rostro está congelado.

—¿De dónde has sacado esto?

—Catherine… —Hace una pausa y suspira—, entendí su postura cuando me dijo que debía ser yo la que averiguara quién era Caroline. Lo he hecho. No sé si ha sido simple curiosidad, o la manera de curar esa posible herida que usted mencionó. En cualquier caso, le he hecho caso, he investigado. He visitado Castle Combe, me he ocupado de sus casos, vivo en su casa y he seguido su línea de rechazar la venta de ese terreno. He buscado escondites secretos y he encontrado eso. Hasta aquí llego.

—Te comprendo, querida.

—Si usted cree que hay algo que deba saber, le ruego que me lo cuente, sea lo que sea, aunque mi percepción de ella como madre sea aún peor. Creo que ya tengo una idea de quién era la mujer que me trajo al mundo y cómo era su vida.

—Yo solo pretendía que la fueras conociendo poco a poco, hasta donde tú quisieras poner el límite.

—Ya lo he puesto. Dígame lo que crea oportuno, pero hasta aquí he llegado, no necesito más.

—No tengo nada que callar, ni hay nada que Caroline hubiera deseado que no te contara, llegado el momento. Si algo tenía Caroline era que no le importaba lo que pensaran los demás de ella. Te contaré lo que quieras.

—¿Qué significan esas fotos? Las encontré en una especie de compartimento secreto en lo alto de un armario. Supongo que estuvo liada con ese tío, ¿no?

El discurso de Chloe me ha impactado. Ha dejado claro que está cansada de este tema. La entiendo, aunque también entiendo que cada vez hay menos que la ate a Tetbury, y eso me duele.

Mi abuela le aprieta la mano y le sonríe. Yo, acato sus órdenes y sirvo la limonada.

—Tuvieron una relación hace muchos años, diez u once años. Él estaba casado con esa estúpida de Margaret, y también tenía una hija… ya sabemos quién, pero no vivía con ellos. Estaba en la universidad. Cuando ellos llegaron a Tetbury, su hija ya no les acompañaba. La relación con Caroline duró cerca de un año.

—¿Tú lo supiste después, abuela?

—Sí, mucho después. Caroline todavía no era mi amiga, aún no se había mudado a la casa de al lado. Vivía en la casa que luego convirtió en despacho.

—Pero… ¿él seguía casado? —le pregunto con curiosidad.

—Sí, era una relación a escondidas. Él le hizo creer que estaba tramitando su separación. Caroline estaba muy enamorada de él. Poco

después, él dejó a Caroline. Le dijo que se había dado cuenta de que quería a su esposa y que no quería volver a verla. Yo creo que él también quiso mucho a Caroline, pero era ambicioso y se dio cuenta de que no le interesaba divorciarse. Margaret proviene de una familia adinerada, era ella la que tenía más dinero, más influencias… No podía jugársela. Se hubiera quedado sin nada.

—¿Y las fotos? ¿Son parte del recuerdo de esa relación?

—No, las fotos son el chantaje que Caroline le estuvo haciendo durante años.

Chloe palidece y creo que yo también. Menudo giro le ha dado a la historia.

—¿Chantaje?

—Caroline hizo esas fotos cuando empezó a notar un cambio en él, cuando empezó a sospechar que él se estaba alejando.

—¿Lo planeó?

—Digamos que las fue haciendo discretamente pensando en un «Por si acaso». Y cuando la dejó definitivamente, poco después, cuando se repuso del dolor de la ruptura, le chantajeó con ellas. Le amenazó con enseñárselas a su mujer. Ese hombre era lo suficiente inteligente para saber que Caroline era capaz de eso y de mucho más.

—¿Quién hizo las fotos?

—Como ves, todas están hechas en un dormitorio. Ella instaló algo para capturarlas. No me preguntes qué. Me dijo que un amigo la ayudó instalar un dispositivo.

—¿Ese chantaje duró tiempo?

—Sí, hasta hace… un año, quizás más. Yo estaba al corriente. Caroline hacía tiempo que me lo había contado.

—¿Te pareció bien, abuela?

—Andrew, éramos amigas, pero yo no le decía cómo vivir su vida. Le aconsejaba, sí, lo hice en muchas ocasiones respecto a… Chloe, cuando quería conocerla, pero lo demás era asunto suyo. Además, ese hombre me caía mal.

—Hay algo que no entiendo. —Plantea Chloe muy confundida—. Si lo que quería era dinero cuando lo chantajeaba, ¿por qué no le vendió el terreno?

—No era dinero lo que quería, Chloe. El chantaje tenía dos objetivos: el placer de… hacerle daño, y también información. Cuando Caroline se encontraba algún obstáculo, principalmente burocrático…, administrativo, que pudiera perjudicar a un cliente que representaba, le pedía que moviera hilos y despejara el camino. Le facilitaba su trabajo.

—Increíble —exclama Chloe algo molesta.

—No le pedía nada ilegal, Chloe, nada que él no pudiera concederle sin demasiado tiempo ni esfuerzo.

—¿Por qué dejó de chantajearle?

—No era algo a lo que le pusiera fecha, simplemente estaba más pendiente de otras cosas, como su enfermedad, o simplemente no necesitó sus servicios.

Chloe está algo incómoda. Se revuelve en su asiento y juega con un anillo. No deja de darle vueltas.

—¿Ellos hablaron antes de… morir? Esas fotos…

—Sí, cuando él se enteró de su gravedad fue a visitarla y ella se lo permitió. Él se mostró compasivo con ella y a ella no le gustó. Está claro que no llegó a conocerla bien. Caroline era muy orgullosa. Fue a pedirle que le entregara esas fotos, que ya les había sacado partido y que no las iba a necesitar; temía que cayeran en las manos equivocadas.

—¿Le dio alguna copia?

—No, nada de eso, Chloe. No se las dio. Esas fotos son originales. Se hicieron desde una cámara que… no sé dónde debe estar. No sé bien cómo funciona, pero ya no es como las fotos que se hacían antes, con los negativos…

—Es otro sistema, abuela. —Le echo una mano cuando veo su angustia.

—¿Y la cámara?

—No lo sé, Chloe, debe estar entre sus cosas. Natalie las trasladó todas al desván del despacho antes de que tú llegaras. Puede que se encuentre allí.

—¿Esa aventura era conocida por alguien?

—No lo creo, fueron muy discretos. A mí nunca me llegó el rumor, y créeme si te aseguro que me llegan todos.

—Así que se enamoró de él… —plantea moviendo la cabeza.

—Me atrevería a jurar que es la única persona de la que se enamoró.

—De sí misma, también… Supongo. —Afirma Chloe sin ocultar su decepción. Supongo que le habría gustado escuchar que, al menos, había sentido algo especial por su padre.

Mi abuela se limita a mover la cabeza asintiendo.

—Bien, pues ya conozco la historia. Y… también querría preguntarle por un nombre. Encontré un informe sobre él, uno como el que encargó para mí a un detective. No sé si lo conocerá… Un tal Alexander Butler —le dice entregándole la carpeta con el informe.

Mi abuela no se molesta en mirar el contenido.

—Ese hombre es tu hermano.

Capítulo 66

Chloe

El informe de Alexander, mi supuesto hermano, no incluye ninguna fotografía. He buscado su nombre en Internet, pero su imagen no aparece en ninguna parte.

Según el informe del detective, tiene veintiséis años, vive en un exclusivo barrio de Londres, Knightsbridge, y cursó estudios superiores de economía.

Trabaja en una importante industria naval, propiedad de su padre, Christopher Butler; nada más que llame mi atención.

Parece que tiene una vida muy acomodada. Ahora entiendo que se bajara de aquel coche tan lujoso… Era él, estoy segura.

Alexander era el hombre que descubrí en lo alto de la colina del cementerio, el día del funeral de Caroline.

Catherine me ha dicho que es un caso parecido al mío, que nunca ejerció como madre y que quiso conocerlo al final de sus días.

La pregunta de si había más hijos ha sido inevitable, pero la respuesta ha sido negativa.

A Natalie le pregunté si Caroline tenía más hijos. Fue al principio, cuando llegué a Tetbury. También a Catherine, pero ambas lo negaron.

Catherine me ha dicho que duda de que Natalie lo sepa, y en su caso me mintió porque formaba parte de ese misterio que guardó en torno a ella para que yo fuera averiguando detalles.

¿Por qué no lo incluyó en su testamento a él?

¿Por qué yo?

Catherine me ha respondido a ello: «A él no le hace falta el dinero». ¿Será ese el único motivo?

¿Sabrá él que yo existo? A eso no ha sabido responderme Catherine.

Y la mejor pregunta, la que no me quito de la cabeza desde hace tres días, desde que conocí su identidad por boca de Catherine:

¿quiero conocerlo?

Tampoco sé si él querría, ni tampoco si merece la pena.

Confieso que tener la certeza de que tengo un hermano, me inquieta y me transporta a una sensación extraña que no sabría definir. No si es buena o es mala, pero sé que me persigue.

He puesto al corriente de todo a Paige, que se ha sorprendido más que yo. Conoce la historia completa de Caroline. Todo lo que sé lo he compartido con ella, incluso lo que hay entre Andrew y yo. Necesitaba hablarlo con ella, contarle mis inquietudes, lo que me hace sentir, lo que temo. Ha sido un relato completo en el que he sentido que me quitaba un peso de encima.

—Extraña vida, la de esa mujer. ¿Cómo te sientes? —me ha preguntado.

—Bien, estoy bien. No ha cambiado nada, ahora conozco mejor algunos aspectos de su vida.

—¿No conoces la historia con el padre de ese chico? ¿También le dijo que tenía que cuidar a sus padres?

—No lo sé. Catherine me ha dicho que las historias se parecen. Cuando se quedó embarazada decidió renunciar a él, pero no sé si utilizó también el mismo argumento. Total, sus padres llevaban muertos muchos años, qué más daba utilizar esa excusa una o dos veces, o más…

Llega el momento en que pasamos de la seriedad a las bromas. Me encanta el sentido del humor de Paige. No dejamos de imaginar situaciones en torno a esos posibles argumentos, y a bromear con todo lo que le he contado: el plan de los padres de la bruja, los terrenos, mi supuesto hermano, los escondites secretos, el chantaje de las fotos, el que pueda tener veinte hermanos repartidos por el mundo… Una versión más surrealista de lo que es ya de por sí la historia. Nos hemos divertido.

—¿Y Andrew? —me ha preguntado adoptando un tono mucho más serio.

—Ya te lo he dicho. Lo pasamos bien, me divierto, el sexo es increíble… Es fantástico. Si no fuera por él… mi estancia aquí creo que ya hace tiempo que habría terminado.

—¿Sigue en pie lo de Madrid?

—No he vuelto a tener noticias. Supongo que a finales de octubre me lo notificarán.

—Para eso solo queda un mes, Chloe.

—Así es. Tendré que incorporarme en noviembre, pero antes tendremos que formalizarlo.

—¿Estás preparada?

—Sí, claro que sí.

—Chloe… No lo creo.

—Ya me adaptaré. Los cambios son así, pero al menos, no será como trabajar en el bufete de Londres.

—Lo que no te voy a preguntar es si estás preparada para separarte de Andrew, ya sé la respuesta.

—¡Ah! ¿La sabes?

—No estás preparada, Chloe. Te has enamorado. ¿Me lo vas a discutir?

Guardo silencio. Siento un nudo en el estómago, una mezcla de miedo y emoción que no puedo ignorar. Es como si, de repente, algo hubiera cambiado.

—No, no te lo voy a discutir —le digo antes de despedirme de ella. Escucho un ruido en el pasillo. Andrew entra en el dormitorio. Me mira confundido.

—¿Estás bien? —me pregunta borrando la sonrisa que mostraba.

Me acerco a él.

—Fóllame, Andrew —le digo manteniendo la distancia física.

—¿Qué…? ¿Qué te pasa?

—Ya te he dicho lo que quiero, ¿algún problema?

Andrew se acerca a mí y me abraza.

—Algo te pasa, cariño.

Nos miramos fijamente. Él parece arrepentirse de haberlo dicho. Yo me enfado conmigo misma por haberme sentido tan bien al escucharlo.

No hablamos.

Andrew atiende mi deseo.

Cerca y lejos…

Capítulo 67

Chloe

Una semana después.

No esperaba encontrar valor ni motivos para ponerme en contacto con Alexander, pero lo hice.

No fue fácil localizarlo. No atendió las tres llamadas que le hice directamente al teléfono que constaba en el informe. Solo reaccionó tres días después de que le dejara un recado a su secretaria, sin mencionar nada más que mi nombre y mi interés por hablar con él de un asunto «familiar».

Fue una situación extraña, pero más divertida de lo que esperaba. Su secretaria tardó en darle el recado, pero en cuanto lo hizo y escuchó mi nombre, se puso en contacto conmigo. Sabía cómo me llamaba, y sabía de mi existencia, pero era algo reciente, algo que conoció por boca de Caroline justo el día que se encontraron, un par de meses antes de su muerte.

Me he preguntado varias veces por qué a él le habló de mí y a mí no me desveló su existencia, pero no tengo respuesta. Puede que, dentro de unos minutos, las tenga. Cuando nos veamos en la cafetería a la que me dirijo, en Bristol, a petición mía, por sugerencia de Andrew.

Lo encuentro de pie, junto a una mesa redonda rodeada de sillones mullidos. Es una cafetería preciosa, envuelta por jardines verticales que adornan todo el perímetro de las paredes.

Alexander es alto y delgado, y tiene los ojos del mismo color que el mío: azul claro. Su pelo es corto y está perfectamente afeitado. Viste de forma informal, pero no todo lo que podría esperarse de alguien de su edad.

—Cuanto me alegra conocerte, Chloe, ¿o debería decir hermana?

Vaya, es igual de simpático que se mostró cuando hablamos por teléfono, pero ahora tiene más valor por la amplia sonrisa que

muestra.

Me da un tímido abrazo, y me pide que tome asiento.

Perdemos un buen rato entre sonrisas, expresiones como «Así que tú eres Chloe», «Así que tengo un hermano», y otras frases propias de un momento en el que los dos somos un manojo de nervios.

Somos dos perfectos desconocidos, ¿qué podemos decirnos?

—Eres muy guapa, Chloe. Caroline me habló de ti.

—A mí no. Me enteré de que existías porque… una amiga suya me lo dijo.

—¿No te habló de mí? Vaya, creo que tú eras su preferida.

Nos hemos reído mucho con su comentario, jugando a imaginar situaciones propias de una familia de verdad con dos hijos, algo muy alejado de lo que nos une.

Nos ponemos al día sobre otros aspectos más generales de nuestras vidas.

Alexander me relata una vida feliz junto a su padre y su madrastra, a la que llama mamá, un trabajo que le gusta y una vida acomodada que le gusta más aún.

Yo le hablo escuetamente de la mía. La muerte de mi padre, mi amistad con Paige, mi trabajo en Nueva York, y mi traslado provisional a Londres. Hasta ahí llego. No le hablo de Andrew.

—Entonces, ¿vives en Londres o aquí en Bristol?

—Es una larga historia, pero vivo en Tetbury, solo provisionalmente, dentro de poco tiempo me marcharé.

Está algo confundido, pero no me pregunta más sobre ello.

—¿Cuándo te hablaron de Caroline?

—Mi madrastra, a la que considero mi madre, me adoptó cuando yo era un bebé. No fue hasta los dieciséis años que me dijeron la verdad. En un principio, me contaron que ella no quiso saber nada de mí y que renunció a mí porque no estaba preparada para ser madre y tenía responsabilidades con un familiar enfermo. En ese momento quise localizarla, pero solo me duró el interés unas semanas. Cuando se puso en contacto conmigo, hace pocos meses, decidí conocerla, y fue cuando mi padre, que no estaba muy conforme en que la conociera, me contó el resto de la historia para que estuviera bien informado.

—¿Qué resto de la historia?

—Lo del trato. ¿No lo conoces?

—No sé de qué trato me hablas…

—Caroline quería interrumpir el embarazo, pero mi padre no quería. Ella aceptó no hacerlo a cambio de una cantidad generosa de dinero que le permitiría ayudar a su familia. Mi padre aceptó. Le

entregó una cantidad de dinero, incluso superior a la que ella reclamaba y le pidió que renunciara por escrito.

—¿Dinero? ¡Dios mío!

—Su padre estaba enfermo y ella tenía que coger las riendas de la familia.

No sé si voy a ser capaz de hablar, creo que estoy entrando en algo parecido al *shock*.

—¿También es esa tu historia?

—Sí, es casi igual, pero… a mí nadie me habló de dinero.

—Quizás contigo fue distinto.

—Quizás, pero no creo que eso cambie nada. Te puedo decir que, sus padres murieron cuando ella tenía dieciséis años.

Le cuento mi viaje a Castle Combe. Se sorprende, pero no parece afectarle porque se echa a reír.

—Es increíble. O sea que… no era verdad. ¿Por qué lo hizo? Seguramente tenía que justificar el hecho de pedirle dinero.

—Probablemente, tiene sentido.

—No sé cómo te afecta a ti, Chloe, pero a mí ya poco me sorprende o me importa de lo que pueda escuchar. Yo tengo una madre y está claro que ella no lo fue nunca. Asistí a su funeral por respeto, al fin y al cabo, nos unía un lazo de sangre. Creo, corrígeme si me equivoco, que a ti este asunto te ha afectado más. Cuéntame, hermanita.

Ese comentario me hace sonreír, pero también me produce escalofríos.

Siento cómo desciende una lágrima por mi mejilla y me apresuro a apartarla.

—Como creía, a ti esto te está afectando.

Se sienta en otra butaca que queda a mi lado y me pasa la mano por la espalda.

Y entonces le cuento toda la historia completa, pero solo la que tiene relación con Caroline. No le hablo de nada más.

Alexander me escucha e interviene en varias ocasiones.

Una vez más, siento que me une algo a un desconocido. Y una vez más, siento que está de paso por mi vida.

En el caso de Andrew… duele más.

Capítulo 68

Andrew

Estoy deseando de ver a Chloe, no he podido quitarme de la cabeza lo que me ha contado por teléfono sobre su hermano. Al parecer es un buen tío, pero… lo que le ha contado sobre el dinero que Caroline recibió, le ha afectado. Ella lo niega, pero la conozco lo suficiente como para saber a ciencia cierta que es verdad. Su tono la ha delatado, y también su manera de rechazar la idea de que hable con mi abuela para averiguar si también fue su caso. Me ha dicho que está cansada y que se acabó el tema de Caroline. «Estoy saturada», es lo que ha dicho.

Si ella no quiere hacerlo, se lo preguntaré yo a mi abuela. Creo que, a estas alturas, debe conocer toda la verdad. Pero se lo diré cuando considere oportuno, cuando esté más tranquila.

Quiero hacer que se siente mejor, abrazarla, consolarla y protegerla toda la noche. Es lo que deseo últimamente a cada momento de una forma que… hasta me preocupa, pero que acabo ignorando.

Está hablando por teléfono y no parece estar muy contenta con la llamada. Me hace una señal para indicarme que está a punto de acabar. Así es. Cuelga poco después.

La beso, le hago cosquillas, me burlo de su coleta y siento que se relaja en mis brazos. Ya soy feliz.

—No parecías contenta…

—Era mi jefe, Steven, el del bufete de Nueva York. Su forma de decir las cosas, me molesta.

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha hablado de Madrid. Quería recordarme mi incorporación en noviembre.

—Todavía queda mucho tiempo, ¿ya te lo está recordando? —le comento con un nudo en la garganta. Se me acaba de desplomar el techo encima.

—Hoy es el primer día de octubre, Andrew, no queda tanto. Me enviará la documentación dentro de una semana, quiere que lo firme todo cuanto antes. Eso es lo que me ha molestado.

—¿Qué lo tengas que firmar?

—No, que me amenace con despedirme. Me ha dicho que en cuanto lo reciba que debo enviarlo firmado o que me dé por despedida. «Dos días para que lo revises o búscate otro empleo». Eso ha dicho.

—¿Por qué? No lo entiendo.

—No confía en mí, cree que puedo cambiar de parecer y quiere asegurarse. Me ha dicho que en Madrid necesitan confirmación.

Sé que lo que le voy a preguntar, me va a doler, pero necesito hacerlo.

—¿Por qué ibas a cambiar de opinión? Me dijiste que era una buena oportunidad.

—Y lo es. No sé por qué desconfía, supongo que la excedencia que le pedí ha hecho que me vea algo inestable a la hora de cumplir. Pero sabe perfectamente lo que pasó con la bruja, al menos una parte, la que yo le conté. He sacado ese tema a relucir y me ha dicho que me olvide de la delegación de Londres, que ya hace tiempo que estoy desvinculada y que no ve pertinente comentarlo. ¿Te lo puedes creer? Puede que la bruja haya hecho algo…

Sí, efectivamente, tal y como suponía, su respuesta me ha afectado.

Estamos abrazados, con muchos meses juntos a nuestra espalda, pero parece que seamos hermanos hablando de sus próximas vacaciones.

—¿Tienes ganas de marcharte a Madrid?

—Tendría más si pudiera volver a Nueva York. Por suerte, Paige me ha dicho que vendrá a visitarme en cuanto esté instalada. ¿Y tú? ¿Tienes alguna novedad sobre Oxford?

—Me incorporaré en febrero, mucho antes de lo que esperaba.

—¿Qué harás cuando vuelva tu padre a la clínica?

—Le convenceré para que alargue su descanso o… trabajaré con él hasta que me marche.

—¿Y si te digo que te voy a echar de menos?

La profundidad me abruma.

—Yo también, Chloe. Además, si te marchas dentro de un mes… no sé qué voy a hacer sin vecinos. ¿Has pensado qué vas a hacer con la herencia?

—La aceptaré y ya lo pensaré después. Puede que venga en verano, a descansar un poco cuando tenga vacaciones estivales.

—He preparado algo de cena —le digo sin ser capaz de soportar

por más tiempo esta conversación—. Voy a buscarla. Tienes que contarme esa conversación con Alexander con detalle.

—Sí, estoy deseando hacerlo —me dice con una sonrisa dulce que, en otro momento, me habría deshecho—. La cena… No será ese… puré espantoso, ¿cierto?

—Es un simple plato de pasta y queso —le digo con sequedad. ¿De verdad le importa lo que vamos a comer?

Desaparezco a toda velocidad.

Entro en mi casa recogiendo parte de mis ánimos, que ya han llegado al suelo.

¿Es que no le afecta marcharse? ¿Tan poco le importo? No ha movido ni un músculo cuando me ha dado la noticia. Solo le ha afectado que su jefe la amenazara con despedirla si no validaba el contrato…

¿Y si hablo con ella?

¿Para qué?

¿Para ponerla en una situación incómoda? ¿Para que me diga algo que me rompa en tres pedazos? «Lo he pasado muy bien contigo, Andrew, ha sido estupendo, pero ya sabíamos que esto tenía un final». «Me importa muy poco este maldito pueblo, mi madre, el terreno y la maldita casa y… por supuesto, tú». «Estuvo bien mientras duró».

Puede que no fuera tan dura, pero el contexto sería el mismo. Mismas palabras, pero envueltas en dulzura y corrección.

No. Eso no estoy dispuesto a escucharlo. Me ha dejado clara su postura, no necesito arrastrarme y recibir una patada.

Ahora más que nunca debería estar prohibida para mí. No debería exponerme más a ella, no, sabiendo que dentro de poco habrá una herida.

Y… esa herida llevará su nombre.

Capítulo 69

Chloe

Tres días después

Sin duda, me equivoqué de profesión. Lo mío es la interpretación. Habría sido una gran actriz. Desde que estoy en Tetbury, he tenido muchas ocasiones para confirmarlo.

¿Quién si no una gran actriz es capaz de mostrar indiferencia ante algo que la ha abierto en canal?

Solo alguien con muchas dotes interpretativas es capaz de disimular ante Andrew como lo hice yo cuando recibí la llamada de Steven; solo alguien así puede centrarse en lo mucho que me afectó su amenaza de despido y mostrarse indiferente ante la idea de que solo queda un mes para que me marche a Madrid.

Esa llamada me rompió por dentro, pero quizás mucho más la actitud de Andrew. En un primer momento, pensé que podría tratarse de mí, que mi manera de actuar podría influirle. Lo he pensado, le ha dado la vuelta a la situación y he visto que él no tenía motivos para hablarme de esa marcha en un tono distinto.

¿Y si se trata de un simple «acción y reacción»? ¿Quién da el primer paso? Si tú no lo das, yo tampoco.

Si yo me mostré conforme con la idea de marcharme, y no mencioné ni una sola palabra de lo que supone para nosotros esa separación… ¿Por qué tendría que hacerlo él? ¿Y si él piensa igual?

¿Es una cuestión de «si tú no das el paso, yo me protejo»? ¿Es una protección ante un posible rechazo?

Nuestro «cerca y lejos» ha sido constante. Han sido dos meses y medio, setenta y siete días exactos desde que me besó aquella noche, desde que le dije que estábamos prohibidos…

Quizás es poco tiempo. Quizás estoy pidiendo demasiado.

¿Qué son dos meses y medio en una relación?

No lo sé, la verdad, nunca antes había sentido algo así, pero es real

y me recorre todo el cuerpo, el alma, y si hay algo más, ¡también!

Tengo que plantearlo de otro modo. Tengo que explorar su reacción, asegurarme de que esto no es una cadena de acciones y reacciones. Puede que me esté engañando, pero ahora siento la fuerza necesaria para averiguarlo.

Decidida, me dirijo al jardín trasero y salto la valla, intentando hacer el menor ruido posible. He escuchado su coche, sé que está en casa.

De puntillas, me dirijo al salón, de donde proceden las voces. ¿Está hablando por teléfono?

No, no se trata de una llamada, hay alguien con él. Un hombre.

Algo llama mi atención. Puede que esa forma de pronunciar la palabra «Ella».

Escucho detenidamente y busco un rincón donde esconderme; en esta casa no es complicado.

Lo que escucho hace que sienta angustia, que mi mente trabaje a una velocidad imposible de frenar.

Solo necesito un poco más para entender que están hablando del terreno… y de mí.

Me concentro en seguir escuchando, puede que me equivoque; aún tengo esperanzas.

No estoy equivocada, está hablando de mí, y del terreno.

«Convencerla», «se acaba el tiempo»…

Se me está nublando la vista, necesito salir de aquí.

Capítulo 70

Andrew

—Tienes que confiar en mí —le digo a Gabriel. Es un amigo de la infancia, y su mujer es paciente mía. Ha venido a mi casa desesperado. No me gustan estas visitas fuera de la clínica, pero entiendo que lo haya hecho.

—Tienes que convencerla, Andrew.

—Lo haré, no te desesperes. Estamos a tiempo. Tenemos tres semanas para convencerla. Tienes que confiar en mí.

—Si está dispuesta a marcharse, no la vas a convencer. No hay tiempo, se acaba el plazo, no puedes ser tan optimista.

Su mujer sufre una enfermedad grave. Debe someterse a un tratamiento muy invasivo y no está dispuesta. Se ha rendido antes de empezar. Se niega a someterse a la intervención quirúrgica y al tratamiento posterior. Tiene más posibilidades de éxito de las que ella contempla, pero se ha cerrado. Todavía contamos con unas semanas de tiempo y estamos intentando convencerla.

Gabriel lo ha intentado de mil maneras, sin éxito. Se ha sentido tan presionada que, incluso, lo ha apartado de su vida y se ha mudado a una segunda casa que tienen en Tetbury. Le ha amenazado con marcharse a Bristol a vivir con su hermana, si no respeta su decisión.

Es una situación compleja, pero Gabriel desconoce los avances que he hecho con Nancy. Está prácticamente decidida a hacerlo, así me lo comunicó ayer, pero me ha pedido que no lo comparta con su marido; necesita uno o dos días para acabar de mentalizarse, antes de compartirlo con él.

Me siento en una situación comprometida, pero me debo a mi paciente y no puedo romper su confianza ni la confidencialidad con la que están protegidas nuestras conversaciones. No puedo decirle que Nancy ha concertado la primera visita en Londres, en el hospital Marsden para iniciar el proceso.

—Gabriel, debes tranquilizarte. Estamos a tiempo, créeme. Sigue

en Tetbury, no se va a marchar todavía, tenemos tiempo para convencerla. Sabes que yo la veo prácticamente cada día y conseguiré que firme esos malditos papeles. La estoy intentando convencer, pero dame un poco más de tiempo.

—Se acaba el tiempo, he hablado con Jhon Effert. —Me confiesa refiriéndose al médico que se ocupará de su caso en Londres.

—Effert es cosa mía, yo me ocupo. Yo también he hablado con él y sé del tiempo que disponemos. Tres semanas son mucho tiempo. Lo conseguiremos antes de que se decida a marcharse de Tetbury. Confía en mí, pero dame unos días.

—De acuerdo… No me falles, Andrew, nos jugamos mucho, esto es… el fin. Si se va decidida a no volver y no firma, lo perdemos todo. Hay mucho en juego.

Sé que me queda un buen rato por seguir escuchando una y otra vez lo mismo, pero no puedo hablar ni tampoco dejar de comprender su situación. Él también necesita ayuda y lo menos que puedo hacer es escucharlo.

Un sonido del interior de la casa llama mi atención. Debe ser Chloe. Ha debido venir, pero el sonido de la puerta del jardín me indica que ha debido marcharse al darse cuenta de que tengo a un invitado en el salón.

Me muero por verla.

Gabriel, por fin, se marcha algo más tranquilo. Sé que mañana se sentirá mejor.

Paul me está llamando. Maldita sea, solo quiero estar con Chloe.

Paul me mantiene al teléfono más de lo que desearía, pero por fin termina.

Corro en dirección al jardín. Salto la valla.

Chloe no está en casa.

Capítulo 71

Chloe

Me tengo que sujetar la mano para que deje de temblar. Incluso he tenido que hacer un gran esfuerzo por no vaciar mi estómago.

Sigo intentando procesar lo que he escuchado, pero se mezcla en mi cabeza y no puedo pensar con claridad.

«Yo la convenceré para que firme».

«Lo conseguiremos antes de que se decida a marcharse de Tetbury».

«Tres semanas…».

«Confía en mí».

Desde que descubrió el valor del terreno, todo ha cambiado. En más de una ocasión, entre bromas, me ha insinuado que le venda a él el terreno, que él sacará más provecho.

¿Qué piensa hacer? Supongo que está esperando a que llegue el día de mi partida y planteármelo directamente con cualquier argumento triste y desolador.

Cuando su padre estuvo en mi casa, Andrew comentó la posibilidad de ofrecerle a la promotora la compra… ¿Hablaría en serio? Desde que lo visitó la bruja y le desveló la operación que había detrás, parece distinto. ¿Quién era ese hombre que hablaba con él? ¿Otro intermediario? ¿Está haciendo él lo mismo que la bruja y que su padre?

Necesito aire fresco.

Salgo a toda prisa. Sin apenas darme cuenta dirijo mis pasos hacia el terreno. Parece que ha dejado de llover.

Me subo a un peldaño de la valla.

Este es el lugar que le interesa a tantas personas…

Antes era George, ahora Andrew… ¿Quién más?

Natalie me dijo que Caroline adoraba venir aquí a despejar sus ideas, pero ella tenía un interés distinto. ¿O había algo más que aún no he descubierto?

Veo conspiraciones por todas partes, pero ya no sé qué creer. Andrew está interesado en este lugar y quiere que se lo venda. Le ha dicho a su… socio, o intermediario, o quien quiera que sea, que le dé tiempo. Últimamente, me ha preguntado un par de veces si ya me había llegado el contrato que anunció Steven.

Y yo creyendo que podíamos tener un problema de interpretación. ¡Qué ingenua! He llegado a pensar que, quizás ninguno de los dos se pronunciaba de una forma más íntima porque esperaba que el otro diera el primer paso.

En mi caso ha sido así, pero Andrew tiene otros objetivos.

Ni siquiera sé que espero, pero… quizás algo más acorde con los momentos que hemos vivido, no esta situación tan vacía.

No soporto la idea de sentir que solo estoy de paso, que mi camino sigue y que todo lo que hemos vivido se queda aquí. Y… si fuera eso lo que tuviera que aceptar, lo haría, pero que Andrew siga a mi lado para convencerme de que le venda este maldito pedazo de tierra…

¿No es todo esto una puta locura? Me siento como si estuviera viviendo dentro de una obra de teatro donde todos los personajes interpretan un papel.

Tengo que salir de esta obra, pero me duele tanto alejarme de él, incluso sabiendo lo que sé. Me rompe tanto sentir que me he equivocado y que mi destino es viajar a otro país para pasar los seis próximos meses en un bufete que… no me interesa.

¡Maldita sea, Andrew!

Escucho pasos detrás de mí y hago un esfuerzo por mantenerme calmada y disimular todo lo que estoy sintiendo en este momento.

—Chloe, ¿estás aquí? Te he buscado en tu casa. Si no me equivoco has entrado en la mía…

Lo miro asustada, no quiero que sepa que le he escuchado.

—Te oí hablar con alguien y me marché corriendo —le digo sonriendo, sintiendo que la sonrisa me está agrietando la piel.

—Hablaba con un paciente. Tiene un problema y… no ha podido esperar.

Joder, se podía haber inventado algo mejor.

—Espero que no sea grave —le digo con una carita dulce que hasta yo me deshago.

—Bueno, no es un tema fácil. Una enfermedad grave, sí, pero prefiero hablar de otra cosa.

—Vaya, lo siento.

—¿Qué haces aquí? Me abraza por la espalda y apoya su barbilla en mi hombro.

—¿Sabes? —le pregunto centrándome en el papel que quiero

representar—. Estoy pensando que… este terreno podría donarlo. En vez de renunciar a la herencia, podría aceptarla y donarlo a alguna asociación que lo necesite. Una fundación, una ONG… ¿No sería una buena manera de sacarle provecho de verdad? Para tenerlo aquí muerto de risa…

—En ese caso, véndemelo a mí. Yo le sacaré provecho. Me encargaré de que no acabe en las manos equivocadas.

Cierro los ojos y me esfuerzo en seguir manteniendo la compostura.

—¿Hablas en serio?

—Claro, ¿tú para qué puedes quererlo? ¿Volverás a Tetbury algún día?

—No lo sé, quizás en verano. ¿Y si me quedo a vivir aquí?

Me echo a reír.

No dice nada, guarda silencio. Me giro para verle la cara.

—Algún día vendré con Paige, le encantará.

Suena su teléfono. Parece molesto por algo, no ha debido gustarle la idea de que lo done.

—Es mi abuela. —Me informa con desgana—. Hola, abuela. ¿Cómo? ¿Estás en la puerta de mi casa? ¿De la de Chloe?

Lo miro con curiosidad en cuanto pronuncia mi nombre.

—Mi abuela ha venido a visitarnos. —Menea la cabeza—. ¡Qué oportuna!

Está de malhumor. La abuela ha interrumpido su intento de negociar la venta del terreno. ¡Qué se joda!

«¡Gracias Catherine!», pienso.

Sé que tendría que haberla llamado hace días, cuando me encontré con Alexander, pero es que ya no soy capaz de lidiar con más temas y de seguir dándole vueltas y vueltas a lo mismo.

Capítulo 72

Chloe

—¿A solas? —pregunta Andrew cuando su abuela le pide intimidad para hablar conmigo.

Catherine ignora la pregunta de su nieto y se despide de la mujer que la acompaña; es la misma que he visto en alguna ocasión en la casa de los Ransey: la enfermera que le cuida.

—Abuela, quieres más a Chloe que a mí. —Finge estar destrozado—. Creía que la visita era para mí.

—He venido a visitar mi casa, quiero ver si has cumplido con el trato. Pero antes, quiero charlar con Chloe, si ella no tiene inconveniente.

—No, claro que no. Estaré encantada —pronuncio con dificultad.

He sabido que no estoy bien, en el momento en el que me he preguntado si esta situación también podría ser un montaje. ¿Y si la abuela quiere acercarse a mí para…?

¡No! No puedo seguir con esta línea de pensamientos, debo centrarme.

Catherine entra en mi casa con la ayuda de Andrew, que la sujeta por un brazo para facilitarle el ascenso de las escaleras. Parece haberse recuperado, aunque sus movimientos son más lentos que antes y su expresión más cansada.

—Veo que está mejor —le digo cuando relevo a Andrew y la guio yo hasta el salón. Él sigue en la puerta. Me mira fijamente. No expresa nada, es de cera. Alzo la mano para indicarle que puede cerrar y lo hace de mala gana.

—Me he recuperado de la caída, pero el contador de años no se ha detenido. Avanza imparable y sin piedad.

Catherine rechaza mi oferta de té, y golpea el sillón, a su lado, indicándome que me siente cerca de ella.

—Andrew me dijo que habías conocido a tu hermano.

—Sí, me animé a contactar con él y nos encontramos en una

cafetería.

—Andrew no me contó los detalles, pero me dijo que estabas contenta.

—Sí, resultó ser encantador. Alegre, bromista… Muy educado y correcto. Hablamos mucho rato de nosotros y de Caroline. Siento no haberte llamado antes para contártelo, pero es que necesitaba alejarme un poco, coger aire.

—No debes sentirte obligada a nada. Ni siquiera tengo que caerte bien. Yo…

—Catherine, no digas eso, por favor. Claro que me caes bien, muy bien. De lo contrario, lo habrías notado. Me has ayudado mucho, me has orientado sobre qué pasos debía dar y te lo agradezco muchísimo.

—Me alegra escuchar eso, querida.

—Alexander y yo compartimos la misma historia con Caroline.

—Sí, eso lo sé. Sé que ese joven se crio con su padre…

—Y con su madrastra. Su padre se casó cuando él era un bebé y ella ha sido su verdadera madre.

—Es un caso como tú.

—No, mi padre se casó cuando yo era una adolescente.

—¿Y qué más similitudes compartís?

—Catherine —me detengo pensando cómo abordar el siguiente tema. No quiero dar vueltas—, te lo preguntaré directamente. ¿Mi padre también le dio dinero para que no interrumpiera el embarazo y lo invirtiera en «su padre enfermo»? Eso es lo que me contó Alexander en su caso.

Catherine baja la mirada y tarda en responder.

—Sí, así fue. Contigo lo hizo primero. Ya sabrás que ese muchacho es unos años más joven que tú.

—¿Hubo más… casos similares? ¿Tengo más hermanos?

—No, te aseguro que no.

—¿Era un *modus operandi*? ¿Dinero? ¿Era eso lo que buscaba? Porque lo del padre enfermo ya sabemos que era mentira. ¿En ambas situaciones se quedó embarazada sin pretenderlo? ¿Obra del destino? ¿Dos veces?

—Me gustaría ser delicada, pero creo que debo ser honesta y contestarte sin remilgos.

—Te lo agradecería.

—El dinero fue lo que la movió, por supuesto. En tu caso no se quedó embarazada pretendiéndolo, en el de…

—Alexander.

—En ese caso sí. Le salió bien una vez y probó una segunda.

—Joder, Catherine, me parece… repugnante.

—Déjame que te cuente su breve historia. No pretendo justificarla, nunca lo he hecho. Será el broche final a esta historia. Algunas cosas ya te las he contado, pero es mejor que estén unidas en un mismo relato.

—De acuerdo.

—Caroline se crio en el campo. Tuvo una buena educación y no le faltó de nada, pero su vida cambió cuando sus padres murieron. Aunque los dueños de la finca se portaron bien con ella, se sentía sola y no quería pasarse la vida allí. Se marchó a Londres prácticamente sin nada. Ni siquiera podía obtener beneficios de la casa de sus padres porque no estaba en muy buen estado.

»Encontró varios trabajos y salió adelante. Entró a trabajar en un hotel y conoció a tu padre, que se alojaba allí. Empezaron a salir un tiempo y se quedó embarazada. No estaba planeado. Tu padre quiso seguir adelante, incluso quería continuar la relación. Creo que estaba participando en algo de trabajo y alargó su estancia. Caroline no quería dar ese giro en su vida y le dijo a tu padre que no quería continuar con el embarazo. Tu padre insistió e insistió, se lo pidió de mil maneras. Ella aceptó seguir a cambio de dinero para poder ayudar a su padre enfermo. Tu padre aceptó y cuando naciste, te entregó a él, firmó la renuncia y desapareció de vuestras vidas.

—No hay nada nuevo, excepto lo del dinero. Mi padre me contó la verdad, pero no incluyó ese aspecto.

—Quizás quiso ahorrarte los detalles escabrosos. No los necesitabas saber.

—Ahora tampoco, Catherine. Me gustaba más la otra versión, era menos sucia. ¿Y con Alexander repitió?

—Sí, lo hizo. En esa ocasión también conoció a su padre en un hotel, pero en otro. Trabajó en varios. Fue así como se pagó la universidad. El padre de Alexander tenía una buena posición, y la sigue teniendo por lo que me contó Caroline. En ese caso, ella buscó el embarazo y ocurrió lo mismo.

—Tuvo suerte.

—En realidad, hubo otra persona con la que lo intentó. Fue después de Alexander.

—¿Qué?

—No le salió bien. Él estuvo de acuerdo en interrumpir el embarazo. Y ella… tuvo que hacerlo. Era un hombre adinerado, podría haber sacado partido, pero el precio de ser madre era demasiado.

—Es increíble. ¿Habría tenido otro hijo si ese hombre hubiera aceptado?

—Eso me contó.

—¿Por qué nos llamó?

—Nunca se arrepintió. Ella era una mujer segura de sí misma, no le importaba lo que opinaran de ella, pero… la enfermedad cambió algo en ella. No hay más misterios, Chloe.

—¿Por qué no incluyó a Alexander en el testamento?

—Porque él tiene mucho dinero, no lo necesita. No es una opinión, me lo contó Caroline.

—Yo tampoco vivo en la miseria, podría haber elegido a otra persona… Natalie, Pemberton…

—Te eligió a ti.

—¿No contempló que pudiera rechazarlo?

—Confió en que no lo hicieras y le sacaras provecho.

—¿Provecho? Esto es provisional, Catherine. Acepté venir aquí porque mi situación laboral era pésima. Pero dentro de tres semanas me marcho a Madrid, y luego a Nuevo York.

—¿Te vas?

—Sí.

Catherine se entristece. No voy a entrar en una de mis teorías conspiratorias, si lo hiciera pensaría que le entristece que me marche sin vender el puto terreno.

—Oh, cuánto siento escuchar eso, querida.

—Aún no he aceptado el testamento.

—¿Qué estabas buscando ahí? —Me sorprende dándole un giro a la conversación. Señala una vitrina del salón. Desmonté hace días sus cajoneras pensando que podría haber más compartimentos secretos. No volví a montarlo.

—Eso… He desmontado las cajoneras. Supongo que buscaba más sorpresas.

—No busques más.

—¿No habrá más fotos o chantajes?

—No, no hay más. En cuanto a eso… George se lo merecía. La engañó, la apartó de su vida con mentiras. Ese hombre es despreciable. Ella solo buscó la manera de beneficiarse en su trabajo. No es lo más ético, pero…

—No, sin duda no es muy ético, profesionalmente hablando.

—Chloe, escúchame, te hablaré como si fuera tu abuela. Ahora ya sabes quién era Caroline. No busques más, no lo hay. Ella era así… No te he ocultado nada. Yo la quise mucho. Nos escuchábamos y pasábamos buenos momentos. No te diré que me siento orgullosa de las cosas que hizo, pero nunca me metí en su vida. Ella era feliz, al menos consiguió serlo durante muchos años. Adoraba su trabajo y se

ganó una buena reputación en este pueblo. Adoraba esta casa y el terreno. Allí pasaba horas.

»Ahora ya sabes quién es. Me hubiera gustado poderte contar algo más bonito en cuanto a su vínculo contigo, pero no lo hay. Esa era ella. Cierra esa herida o lo que sea que pudiera haberte creado enfrentarte a ella. Acepta esa herencia, querida. Es tuya. Puede que ahora no puedas valorarlo, pero nunca se sabe qué te depara el destino. No vendas ese terreno, no lo hagas. A nadie. Quédatelo. Deja que pase el tiempo.

No puedo contener las lágrimas. Estoy demasiado sensible. Catherine extiende sus brazos y yo me cobijo en ellos mientras doy rienda suelta al resultado de ese caos y ese dolor que me envuelve.

Parte de ese dolor, el más agudo, se llama Andrew.

Capítulo 73

Andrew

Mi abuela tiene un don, siempre lo ha tenido. A veces creo que es capaz de meterse en la mente de las personas. Desde que era pequeño siempre ha conseguido que «sus frases», esas que deja caer y que jamás se molesta en aclarar, incluso es capaz de negar que las ha pronunciado, den vueltas en mi cabeza durante horas, o días… En este caso son dos días, los que hace que hablé con ella por última vez, tras quedarse a solas con Chloe en su casa.

Consiguió que me riera a carcajadas sobre sus comentarios sobre el estado de la casa, y también que me sorprendiera cuando me aconsejó que me deshiciera de algunos trastos, como los llamó ella.

Pero su frase llegó al final, cuando se despedía.

—Chloe me ha dicho que pronto se marchará.

—Sí, así es.

—Tú también te marcharás algún día…

—Sí, también.

—¿Los dos os marcháis?

—Así es, abuela.

—¿Todo lo que habéis compartido se desvanece sin más?

—¿Qué quieres decir, abuela?

—Buenas noches, cariño.

Esa frase me ha torturado. No sé qué sabe mi abuela, pero solo hay dos personas que le han podido hablar de Chloe y de mí. Paul y la misma Chloe. A Paul lo he descartado, ya lo he interrogado y me ha jurado que él no ha dicho una sola palabra. Solo puede ser Chloe… Pero me extraña.

Podrían haber sido los padres de Olivia, pero sé que no hablan con los míos, así que no han podido contar nada de lo que les haya contado su hija.

Solo queda Chloe. ¿Le contaría algo ella? Mi abuela lo niega, se hace la loca; ya lo he intentado.

No sé qué le ha contado ni si lo ha hecho, pero esa frase me ha hecho pensar tanto…

Todo lo que hemos compartido se desvanece…

Eso parece. Mucho más en los últimos dos días, que parece algo más distante. La noche que nos visitó la abuela hizo planes con Natalie, ayer también.

—Pronto me iré, Andrew, tengo que dejar resuelto todo lo que pueda para que Natalie no tenga problemas —me dijo ayer, cuando le pedí el portátil como excusa para acercarme a ella y le reproché cariñosamente que no pasara la noche conmigo.

Recordarme que se va a marchar pronto y que el tiempo que le queda se lo quiere dedicar al trabajo… me escuece, y mucho.

Pero… hoy sé que está en casa y no puedo soportar más la distancia.

No pienso forzar ninguna situación. Si eso es lo que ella desea… Al fin y al cabo, la despedida será menos dura y… quizás deba ser así. Ella tiene sus planes y yo los míos. Y si quiere que pasemos estas semanas juntos… tampoco me opondré.

Entonces, ¿por qué me tortura la frase de mi abuela?

Entro en su salón, después de casi romperme la crisma con la valla. Hoy no he estado muy acertado en el impulso.

Está sentada en el suelo manipulando un cajón.

—Hola.

—Hola. —Me sonríe.

—¿Dónde está mi portátil? —Me pregunta concentrada en el cajón.

—En casa, se me ha olvidado traerlo.

—¿Todavía no te has comprado uno?

—¡Eh! Me lo rompiste tú, no puedes exigirme algo así.

—¿Yo? Se te resbaló a ti, capullo. Y… no pienso comprarte ninguno, pierdes tu tiempo. No es buena idea intentar negociar conmigo, Andrew. La respuesta es no.

Es raro el tema que está planteando, no la entiendo muy bien.

—¿Quieres que vaya a buscarlo?

—Vale.

¿Cómo hemos llegado a esto?

Desaparezco por la puerta principal, no voy a volver a saltar.

No parece importarle nada más que el cajón. ¡Maldita sea! Esto es un puñetero y constante quebradero de cabeza.

Cuando llego al salón de mi casa, decido serenarme, no voy a correr con el portátil. Puede que si me retraso venga a buscarme.

Es una idea bastante tonta, pero…

Puede que no haya sido mala idea venir a buscar el portátil, había

olvidado que debo modificar la agenda de la clínica. Nancy se somete por fin a la operación y quiero estar en el hospital de Londres ese día, por suerte no se trata del hospital del que tantos buenos recuerdos tengo. David ha hecho posible que el trámite se agilice debido a que el hospital en el que trabaja mantiene acuerdos con el de Londres. Me ha echado una mano.

Le envío un mensaje interno a Helen para que modifique la agenda desde la aplicación de la clínica.

Cierro la aplicación y recuerdo algo que me hace acceder de nuevo a ella. Lo consulto y antes de cerrarlo, se abre una ventana en mitad de la pantalla que me impide continuar.

Se trata de una alerta de mensaje de otra aplicación.

El nombre indica que se trata del bufete de Nueva York.

¿Será el que estaba esperando? ¿El del contrato? No ha vuelto a mencionarlo.

No, no, Andrew. No puedes hacerlo.

Pues lo hago.

Abro el mensaje. Me pide una contraseña. Se acabó. Claro que… ¿No usará la misma… la de su fecha de nacimiento?

Tecleo los ocho dígitos y… ¡Acierto!

Tuvimos una conversación sobre esto, sobre la importancia de las contraseñas. Lo admitió y se propuso hacer cambios, pero veo, para mi suerte, que no lo ha hecho.

El único correo no leído aparece en la pantalla.

Pulso sobre él y encuentro una explicación de un tal Steven Ford pidiéndole que firme de forma electrónica los documentos y los envíe con brevedad. Le recuerda que no le va a dar ni un solo margen de error y que, si no llegan a administración en dos días, tal y como le dijo en la conversación mantenida telefónicamente, se tomarán medidas.

Debe ser lo que a ella le enfadó tanto. Y con razón. Al final va a resultar que Olivia no es el único angelito en ese bufete.

Dos de noviembre. Esa es la fecha de incorporación.

Al final se adjuntan unos documentos que ocupan seis páginas y otra carpeta con el título: reserva vuelo.

Ahí está todo su viaje organizado.

Se va a Madrid.

Se va…

Tiene que firmar esos dichosos documentos.

¿Cómo lo voy a hacer para que no sepa que lo he consultado?

Me he metido en un lío, tendré que decirle que he pulsado por error. ¿Y la contraseña?

Qué más da. Le diré la verdad.

Se va, se va a Madrid.

Siento un dolor en el pecho que hace que me impulse hacia delante. Desaparece, pero quedan las secuelas. Y esas se van a instalar para siempre.

Coloco el ratón sobre el mensaje.

Busco una opción concreta.

La encuentro: «Eliminar».

Dos segundos después me indica que el mensaje ha sido eliminado correctamente.

Acabo de cometer una locura, una auténtica locura.

Capítulo 74

Chloe

Andrew ha llamado al timbre esta vez, no ha saltado la valla. No es que tenga importancia, pero… hasta eso ha cambiado.

Intento mantenerme serena cuando está a mi lado, pero en cuanto lo veo mi cuerpo reacciona de todas las maneras que conoce.

He intentado alejarme de él, pero no me sirve de nada. Si me quedo en el despacho, no lo puedo apartar de mi cabeza, si salgo con Natalie, como hice hace dos noches, lo único que consigo es que me pregunte si estoy bien o si estoy en otro mundo.

Me dolió tanto lo que escuché aquella tarde en su casa…

Es todo tan confuso.

Al menos, después de hablar con Catherine, pude eliminarla de la conspiración. Ella me recomendó que no me deshiciera del terreno, que debo pensar en el futuro. Sé que tiene razón, pero en este momento solo desearía prenderle fuego.

Andrew se ha convertido en una persona muy importante para mí, pero me engaño creyendo que es recíproco. Él tiene claro, desde hace tiempo, que lo que surgió entre nosotros era algo pasajero, con fecha de caducidad. Ahora que sabe que me marcho, simplemente lo acepta sin más. Claro que, no parece contento. El terreno sigue sin pertenecerle, aún no he aceptado la herencia y me marcho en poco tiempo. Por eso se muestra tan serio y malhumorado. Aunque a veces, solo a veces, parece el mismo de antes.

—Aquí lo tienes. No volveré a pedírtelo.

—Puedes pedírmelo cuando quieras, pero te aconsejo que te compres uno. Muy pronto no podré prestártelo.

—¿Tienes ya una fecha?

—No, aún no me han enviado el contrato, pero no tardarán. Creo que será algún día de la primera semana de noviembre.

—Aún nos quedan unos días juntos.

Hasta este momento le he dado la espalda. Llevo una hora y media

intentando arreglar el cajón que he estropeado.

Ese tono de voz hace que me dé la vuelta.

—¿Estás bien? —le pregunto. Tiene un aspecto terrible. Está muy pálido.

—Estoy bien, pero no quiero hablar de cuando te marches.

Me pongo en pie sin dejar de mirarlo. El corazón empieza a latirme con fuerza y creo que se ha dado cuenta.

Se acerca a mí lentamente, me acaricia una mejilla y me enfrento a unos penetrantes ojos de color miel.

Andrew junta los labios en una suave línea y se acerca lentamente para besarme.

Es lento, es suave, y el contacto entre nuestros labios solo se puede definir como «caricias».

A fuego lento. Así transcurre todo el tiempo que permanecemos pegados el uno al otro. En el salón, en la cama, y para finalizar en el *jacuzzi*.

Se me olvidan las dudas, los silencios, el terreno, las estrategias, las conspiraciones…

Se me olvida todo cuando siento que está dentro de mí.

Se me rompe el alma cuando siento que se aleja.

Joder, jamás antes había sentido algo parecido.

Ha sido diferente, como si fuera la última vez, como si ambos quisiéramos aferrarnos a un último momento.

Quizás lo sea.

Capítulo 75

Andrew

Salgo aliviado de la consulta. Hoy ha sido un día de mucho trabajo y mis fuerzas están al límite. No he descansado las dos últimas noches.

Me despierto con mucha frecuencia y cuando miro a Chloe o siento que se mueve, me corroe la culpa.

Cuando eliminé el archivo, lo hice sabiendo que eso podría suponer su despido. No quiero que se marche, pero ¿qué derecho tengo yo a interferir en su vida profesional?

Puede que hoy se lo cuente todo, no puedo seguir así. Quizás esté a tiempo de arreglarlo. Me inventaré cualquier excusa…

¡Menudo lío!

¿Qué coño me está pasando? No me imagino ninguna situación anterior en toda mi vida en la que se me hubiera cruzado por la cabeza hacer algo así.

—Andrew… —escucho decir a mi espalda, justo cuando me disponía a entrar en mi coche.

¡George!

Lo miro algo confundido, no recuerdo haber hablado con ese hombre más que una vez, en casa de mis padres, años atrás.

—¿Disculpe?

—¿No me reconoce? Soy George Hill, el padre de Olivia.

—Le he reconocido, lo que no sé es por qué se dirige a mí.

—Hemos estado a punto de ser familia, no debería ser tan amargo conmigo.

—¿Familia? Pasé dos veces por la cama del apartamento de su hija, señor Hill. ¿A eso lo llama familia?

—No debería ser tan grosero, he venido a disculparme.

—Vaya, eso es interesante.

—Olivia me ha contado el episodio que vivió el otro día. Sigo sin creerme que nos involucrara a mí y a mi esposa en algo tan retorcido y… En fin, no quiero cebarme con mi pequeña. Ella no está bien, está

sometida a mucha presión y mucho trabajo, de ahí que dijera todas esas tonterías sobre… No quiero ni mencionarlo.

—¡Ah! ¿Entonces no era verdad? Vaya con Olivia, imaginación no le falta. Algo más que sé de ella. Es que las dos veces que nos acostamos… no pude comprobarlo.

—Estoy siendo amable, señor Ransey, le pido que no ofenda a mi hija.

—Su hija se ofende sola, señor Hill. En cuanto a sus disculpas, las acepto. Ya decía yo que… esa historia era poco creíble. ¿Qué clase de padres harían algo así? ¿Convencer a su hija para que se acueste con el hijo de unos buenos amigos para obtener una venta de un… simple terreno? ¿Y qué clase de mujer lo aceptaría? Eso es de locos. Ni que el terreno valiera tanto… ¿Lo vale, señor Hill?

—Margaret está enamorada de ese lugar, es todo.

—Ya me imagino que no hay un proyecto millonario detrás. —Me echo a reír y le golpeo suavemente el hombro—. Se lo haré saber a mis padres. Se alegrarán de comprobar que son una familia «normal» y que todo ha sido un malentendido fruto del estrés de su angelical hija.

—Mi hija perdió los papeles, la presencia de esa americana —pronuncia con desprecio— le hizo perder los nervios.

—¿Americana? No la llamé así, señor Hill. Ese tono es algo despectivo. Es la hija de Caroline Turner, tengo entendido que eran amigos… buenos amigos… ¿O no?

Me mira fijamente y guarda silencio.

—Aléjese de mi familia, de toda, incluida la «americana». Y no vuelva a molestarnos con ese terreno. Los planes que tenemos, no le incluyen. Y… trasmítale a su hija, lo mismo. Y ahora, si me disculpa, tengo que marcharme.

Capítulo 76

Chloe

—No creo que en ningún libro de todos los que hay en la librería haya una historia como esa. —Señala Paige entre risas. Sé que quiere animarme.

—Mucho menos basada en hechos reales.

—Tienes en tu mano contar una historia exclusiva.

—Quizás me anime a escribirla. Veamos… Podría empezar de la siguiente manera. Había una vez…

—Una joven y talentosa abogada que, tras una ruptura con un novio por recibir una propuesta inesperada y fuera de lugar… —Se anima Paige a relatar.

—Y la traición de una amiga que nunca fue amiga… Se traslada, siguiendo un impulso, a la ciudad de Londres para trabajar en un bufete cuya coordinadora principal es exactamente igual a las brujas malas, las peores, las de cuento infantil. El novio de la bruja, que resultó no ser su novio, la besa en mitad de la calle, delante de las narices de la bruja, que… indignada y rabiosa decide lanzar su veneno sobre la joven abogada, alias «la becaria». La madre biológica de la becaria, desaparecida durante casi treinta años, contacta con ella para pedirle un encuentro y para contarle que se está muriendo. La joven abogada acude al encuentro, al funeral y a la apertura de su testamento, convirtiéndose en su única heredera.

»El veneno de la bruja empuja a la abogada a trasladarse a Tetbury, ocupar el puesto de abogada de la madre ausente y la casa de la misma, situada frente a un terreno, también incluido en el legado, que cobrará un gran protagonismo. La vecina resulta ser una anciana encantadora, abuela del novio que no era novio de la bruja. El novio «no novio» resulta ser médico y trabaja en el hospital donde la anciana y la joven abogada son trasladadas para ser atendidas después de un accidente provocado por una imprudencia de la anciana. Y… el médico guapo se convierte en el vecino de la joven abogada. Y…

—Se enamora de él… ¡Cuenta bien la historia!

—Con el paso del tiempo —continúo después de suspirar— la abogada y el médico, una vez resueltas sus diferencias, se unen para disfrutar de… la vida, pero la aparición de la bruja lo cambia todo cuando confiesa haber urdido un plan junto a sus padres para convertirse en novia real del médico y obtener la venta de un terreno que vale millones de… libras. Millones que afectan al médico hasta el punto de intentar obtener la parte de la abogada a cualquier precio.

—La abogada descubre, entre medias, un pasado algo «oscuro» de la mujer que la parió; pasado que se entremezcla con el padre de la bruja, el más interesado en adquirir los terrenos, también examante de la madre biológica de la abogada —continúa Paige.

—Y el médico, que solo quería divertirse con la abogada el tiempo que permaneciera en el pueblo, está dispuesto a cualquier cosa por adquirir el terreno de la discordia. Le promete a un socio que hará lo posible por convencer a la abogada y hasta se alía con el padre de la bruja.

—¡Un momento! Eso último, no me lo has contado —me interrumpe Paige.

—Ha sido hace un rato. Cuando he salido del despacho, he pasado cerca de la clínica y he visto a Andrew delante de su coche hablando con George Hill. Me he detenido cerca para observar sin ser vista. Han sido solo unos minutos, pero he podido ver cómo Andrew le daba una palmada en el hombro y se echa a reír.

—Y eso significa…

—Que tiene alguna relación con él, deduzco que tendrá que ver con el terreno. O… quizás hay algo más, algo que se me escapa y que, sinceramente, ya no quiero saber, Paige.

—Es una historia compleja y completa, no le falta de nada. Escuchando cómo la narrabas, me parecía cada vez más rebuscada. Siento que tengas que vivir esto, Chloe.

—¿Por qué mi padre no me contó que le dio dinero a Caroline? Tú… dices no saber nada, ¿cierto?

—Chloe, no te mentiría. Tu padre jamás me habló de ese tema. No lo hablamos más que un par de veces, no era un tema que, a él, a esas alturas, le preocupara. De todas formas, cuando llegó contigo a Nueva York, tardó poco en adaptarse a su nueva vida y Caroline dejó de existir. Durante un tiempo, los dos primeros años, estaba más pendiente de si se le ocurría aparecer en tu vida, pero pronto dejó de preocuparse. No entiendo la vida que eligió esa mujer. Esos embarazos…, su chantaje con esas fotos…

—La parte de Caroline no la hemos incluido con detalles en la

novela.

»Ahora ya sabes quién era, tal y como te dijo Catherine. No hay una historia preciosa detrás: hay lo que has descubierto. Cierra esa puerta y sigue adelante. Pronto te irás a España, aunque sé que no es lo que más deseas, pero creo que tu falta de ilusión se debe más a Andrew que al trabajo en sí. Fue bonito mientras duró, Chloe, pero hay muchas cosas que os separan. Tú te has enamorado de él, lo que sientes es muy fuerte. En poco tiempo has sentido algo muy intenso, pero creo que él, basándome en todo lo que me has contado, no lo ve de la misma forma. Creo que ese terreno le importa mucho, a pesar de que su familia no piensa de la misma forma. No creo que Catherine se lleve una alegría cuando se entere de que está negociando la venta. Si es que tú se lo vendes.

—No, no lo voy a hacer. Voy a aceptar la herencia y a dejarla donde está. Ahora me resulta difícil tomar decisiones, lo haré más adelante, cuando sienta de otra forma. Ahora estoy hundida. Cuando le tengo delante solo pienso en estar cerca de él, en no separarme nunca y daría cualquier cosa por borrar todo lo malo y por entrar en su cabeza y saber si, al menos, algo ha sentido por mí.

—Puedes hablar con él, Chloe. No tienes que marcharte sin tener esa conversación. La verdad es la verdad, aunque duela.

—No lo sé… eso todavía no lo tengo claro. Veré qué ocurre, pero desde que lo he visto con ese hombre… No creo que merezca la pena. Entre Andrew y yo siempre ha habido una línea trazada. Cuando nos acercábamos, saltaba una alarma que nos alertaba y nos hacía retroceder.

—Tú también lo hacías.

—Sí, en un principio era una forma de protegerme, pero después era la forma de decirle «no te preocupes, yo pienso igual que tú».

—Y pasito a pasito, te has enamorado.

—Me he… enamorado, Paige, de la persona equivocada, pero… me he enamorado. ¿Qué más me puede pasar aquí?

—No creo que mucho más.

—Se acaba el tiempo, él quiere ese terreno. Supongo que veré cómo da un paso más. No puede permitir que se acabe el plazo y yo me marche sin salirse con la suya.

—¿Un secuestro? ¿Una extorsión en toda regla?

—Ya nada me sorprendería.

Nos echamos a reír y proponemos situaciones disparatadas. Después de despedirnos, me siento mucho mejor.

Decido entretenerme con una información que necesito obtener para un caso que se presentó la semana pasada.

Me apodero de mi portátil. No sé por qué se me dibuja una sonrisa cuando me acuerdo de las veces que él me lo ha pedido.

Llega la sorpresa cuando descubro un *mail* del bufete.

Cierro los ojos y siento un escalofrío. Ha llegado el contrato.

Abro el archivo y siento que se me nubla la vista.

No se trata del contrato… ¡Me han despedido!

Capítulo 77

Chloe

Lo he leído más de veinte veces en la última media hora, y también he intentado localizar a Steven, la persona que lo firma, pero no ha atendido mis llamadas.

Me da vueltas todo, no consigo entenderlo ni asimilar que me han despedido.

El sonido de mi móvil me sobresalta. Steven me devuelve la llamada.

—Chloe, ¿has intentado hablar conmigo? —Su tono de voz es frío, como el acero.

—Sí, claro que lo he intentado, ¿te sorprende? ¿Qué significa lo que me has enviado?

—Creo que está claro, Chloe. Baker & Finnian ha decidido poner fin al vínculo contractual que manteníamos; prescinde de tus servicios.

—¿De qué coño vas, Steven? ¿Por qué?

—Baja el tono, Chloe —me advierte con su característico control—. ¿Me preguntas por qué? ¿Ahora juegas a hacerte la ingenua? Se te olvida firmar el contrato, le das prioridad a otros asuntos y ahora te quejas.

—¿Qué contrato? No me has enviado nada, llevo días esperándolo.

—Chloe, no es el momento de juegos. Te lo avisé. —Se aclara la voz—. Eres la única en tu sección que ha rechazado mil veces las rotaciones en las delegaciones europeas, pero te lo he permitido porque estabas pasando un mal momento con la muerte de tu padre. Un año después seguías sin decidirte y cuando lo haces lo único que recibo son quejas sobre Hill y una petición de excedencia para ocuparte de una madre que… ni siquiera sabía que existía. También te lo concedí, pero te dije que en noviembre debías cumplir con tu incorporación a Madrid y hace días te lo recordé. Te avisé de que, si no devolvías el contrato en un plazo inferior a cuarenta y ocho horas, podías considerarte en la calle. Eres tú quién ha elegido. No puedes

reprocharme nada, he tenido contigo un trato muy generoso y siento que has abusado.

—Yo no he recibido ese contrato —alzo la voz.

—Chloe, se te envió hace dos días, el seis de octubre a las 19:14 horas, y fue leído a las 19:21 horas. Sabes cómo funciona nuestro correo y que tenemos confirmación de recepción y de lectura.

—Te digo que no lo tengo. Lo estoy comprobando de nuevo mientras hablo contigo y no hay nada.

—Chloe, no voy a discutir.

—Si ha habido un error, ¿no te parece más justo intentar subsanarlo? Envíame ese contrato ahora y te lo devuelvo firmado en cuanto lo lea… Te aseguro que yo no lo he recibido.

Steven guarda silencio unos segundos que se me hacen eternos, pero que me crean algo de esperanza.

—Chloe, la decisión está tomada. Ese archivo está recibido y leído, no tenemos más que hablar. Te deseo lo mejor, Chloe, podrías haber llegado muy lejos, pero has antepuesto tus asuntos personales una y otra vez y no te he visto interesada en ascender ni un solo peldaño. Si me disculpas, entro en una reunión.

Soy la primera en colgar.

Me siento impotente y frustrada. Es una situación tan injusta…

El cuerpo me tiembla, las lágrimas empiezan a salir desbocadas y mi cabeza es un enjambre de ideas desordenadas.

Andrew aparece en el salón, se me olvida todo lo que he descubierto de él y corro hacia él para derrumbarme en sus brazos.

Capítulo 78

Andrew

Si no fuera porque me siento sucio, un traidor, y un cobarde, habría recibido ese abrazo como si se tratara de un elixir que alarga la vida. Pero no puedo, mucho menos cuando veo en el estado en el que se encuentra.

No me atrevo ni a pensar que he sido el causante de que su carrera se vaya al traste. ¿Cómo me sentiría yo si alguien manipulara mi contrato con el hospital de Oxford?

—Lo que menos comprendo es que le hayas aclarado que no tenías el contrato y no te haya creído o haya intentado enviártelo de nuevo.

No sé por qué sigo siendo tan ruin y le pregunto algo así. Sé la respuesta. Precisamente el plazo de dos días con amenaza de despido, fueron los que me motivaron a eliminar el archivo.

Sé que debería confesarle mi implicación, pero no estoy preparado para enfrentarme a su desprecio y a su odio. No, ahora que la tengo en mis brazos, acurrucada sobre mi pecho, permitiéndome que aspire el aroma de su pelo y sintiendo que está aquí y que su marcha inminente ya no existe.

Puedo lidiar con mi culpa y mi egoísmo, pero no con ver su desprecio hacia mí en sus ojos. Desprecio que me merecería y que seguramente llegará cuando reúna el valor de confesárselo, pero de momento… no lo he reunido.

—Creo que eso da igual, Andrew. Tengo la sensación de que querían despedirme y han ideado la forma. Ellos saben que yo no lo he recibido, no pueden decirlo porque no es real, pero es una manera fácil y cobarde de quitarme del medio. Los reproches de Steven sobre mi trayectoria me lo han confirmado. Y el hecho de que hace unos días recalcara que debía firmar antes de dos días… me lo confirma. Creo que esa bruja, esa maldita mujer despreciable, ha debido hacer algo para influir en… vete a saber quién. Ha sido su forma de vengarse.

Si no supiera que Olivia no tiene la culpa, ahora mismo acudiría a Londres para estrangularla, pero sé que he sido yo. Claro que, independientemente de mi culpa, de mi repugnante acción, no entiendo que ese vínculo sea tan frágil, mucho menos después de tantos años trabajando para ellos.

—Lo que te ha reprochado, ¿qué ha sido?

—No voy a negar que no he estado al cien por cien durante el último año, pero la muerte de mi padre me hundió. Pedí un permiso de un mes y volví algo más recuperada, pero rota por dentro. Me preguntaba cómo iba a vivir sin él, no cómo podía ascender. Tampoco soportaba la idea de trasladarme a otra ciudad y alejarme de Paige o… en aquel momento, mis amigos, los que creía que lo eran.

—¿Y tu novio?

—También estaba por ahí.

Sonrío al escuchar la forma en que lo ha pronunciado y ella dibuja una efímera media sonrisa.

—No sé qué voy a hacer ahora, Andrew, esto lo ha cambiado todo. No me hago a la idea de que ya no trabajo en Baker…

—Chloe, acabas de enterarte, ahora es pronto, ya lo irás asimilando y encontrando el nuevo camino. De momento, tienes un trabajo, aunque no sea el de tus sueños, y no tienes que decidir nada todavía. Puedes seguir haciendo lo que haces y… ya lo verás.

—¿Quedarme en Tetbury?

—¿Por qué no? No se está tan mal.

—¿Me lo dice el que está deseando de que lo llamen de Oxford?

—Aún queda tiempo y… creo que no lo has entendido.

—Explícate bien.

—¡Quédate! —le suelto sin pensarlo, puede que sea un buen momento para dejar de jugar a no hablar.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que… te aclares o sepas lo que quieres. Hasta que te salga otra oportunidad…

—¿Hasta que te vayas a Oxford?

—¿Por qué no?

—Porque no…

Ha sido tan tajante que no he querido comentarle nada más.

—¿Un *jacuzzi*? —le pregunto cuando vuelvo a ver la angustia reflejada en su rostro y las lágrimas amenazan con salir de nuevo.

—¿Por qué no? —me susurra resignada.

Capítulo 79

Chloe

Pasar parte del día en Bristol está resultando ser un soplo de aire fresco, un bálsamo. Aunque sea sábado, he accedido a la reunión en el despacho del abogado que representa a la exmujer de mi cliente porque sabía que nos llevaría poco tiempo.

Y así ha sido. Apenas una hora. Las dos partes han llegado a un acuerdo, tal y como preveíamos. Estoy disfrutando de una mañana de compras por el centro de la ciudad, y de un paseo bajo unos generosos e insólitos rayos de sol.

Me han llamado la atención los gestos de cariño y atención que se dedicaban los dos examantes, solo enfrentados por la custodia de dos perros y tres gatos. Ambos han compartido risas y algún que otro abrazo.

El abogado de ella, risueño y con un gran sentido del humor, ha bromeado con ellos diciéndoles que, visto lo visto, podíamos aprovechar que estábamos todos reunidos para anular la petición de divorcio. Se han reído a carcajadas y ambos han compartido con nosotros que se querían mucho, pero que… «No había podido ser», refiriéndose a su continuidad como matrimonio.

He sentido un escalofrío al escucharlos. Sé que las historias son distintas en miles de aspectos, pero mi desenlace con Andrew es el mismo.

No puede ser.

Esa es la frase que resume mi historia de amor con él.

Pero todavía es… Todavía no se ha acabado oficialmente.

Sobrevive, se arrastra con agonía, pero se mantiene.

En cualquier caso, sobreviviendo, resurgiendo o agonizando, seguimos compartiendo momentos cuando llega la noche o el fin de semana.

Desde que me despidieron, cinco días atrás, se ha deshecho en atenciones conmigo, principalmente haciéndome reír, que es lo que

más necesito, y preparando recetas de su abuela, no con los mismos resultados, como ayer, que quemó un pescado en el horno, pero con buenas intenciones; y jugando bajo las sábanas, o bajo el *jacuzzi* o sobre la alfombra… Incluso en una ocasión en el jardín, pero solo durante unos minutos, los que la lluvia nos permitió.

Sigo lidiando con todo lo que esconde Andrew. No solo aquella conversación con aquel hombre en su casa, sino con el hecho de que no me haya hablado de su encuentro con George.

No parecía algo formal, estaban en mitad de la calle, en un aparcamiento público. Entonces, ¿por qué no me lo ha comentado? En varias ocasiones he forzado el tema, de manera discreta, para invitarle a hablar de ese hombre o de la bruja, incluso he vuelto a referir la visita que me hizo al despacho para volver a ofrecerme la venta del terreno; no se ha pronunciado.

No puedo olvidarlo, pero estos últimos días… de alguna manera, lo he hecho. Me he engañado un poco más, lo sé, pero necesitaba su cercanía y sus caricias como respirar, y sigo haciéndolo.

Ahora no tengo fechas, no tengo rumbo, estoy más perdida que nunca y me aterroriza pensar en «mañana».

Paige me ha aconsejado que me tome un tiempo antes de decidir qué quiero hacer. Puede que tenga razón, pero ¿qué significa tomarme un tiempo? ¿Seguir jugando con Andrew al juego de «estamos cerca» hasta que vuelva a ocurrir algo más? ¿Olvidarme de que sé el interés que tiene en ese maldito terreno? ¿Seguir jugando a que estamos bien mientras sé qué le mueve a permanecer cerca de mí?

No hay intimidad verbal entre nosotros, ni una profundidad a la hora de expresar qué sentimos, qué nos gustaría. No hay planes de ningún tipo más allá de lo que vamos a cenar esta noche o cualquier otra. Hay un muro de hormigón que cuando parece que lo vamos a cruzar suelta la red, nos atrapa y nos hace retroceder.

Esa es nuestra historia.

Sin trabajo, sin planes, sin las ideas claras…

Trabajo sí tengo, en el despacho de Caroline.

No he vuelto a hablar con Steven, excepto el mensaje que recibí al día siguiente en el que me reenviaba una copia del mensaje del conflicto, el mismo que él afirmaba que yo había recibido y leído.

Firmé el despido y recibí una justa compensación económica. Y ahí terminó una etapa de cuatro años dentro de mi carrera.

Siento tanta rabia…

Solo explico lo ocurrido aferrándome a la idea de que esa maldita mujer ha hecho algo que me ha perjudicado. Necesitaba vengarse, hacerme pagar por todo lo que le ha pasado.

Me detengo frente a un escaparate y decido que ha llegado el momento de renovar algo mi armario. Esta terapia solía practicarla con Madison, cuando estábamos con los ánimos por los suelos.

Una hora y media después, más rápido de lo que hubiera esperado, teniendo en cuenta que me ha costado encontrar mi estilo, salgo de la tienda con varias bolsas que contienen vestidos, pantalones y blusas.

Una visita a la peluquería y un almuerzo ligero rematan mi escapada de sábado a Bristol.

Cuando estoy a punto de entrar en el aparcamiento, me llama la atención una tienda con productos de informática. Su escaparte muestra todo tipo de ordenadores, entre ellos una amplia gama de portátiles de diferentes tamaños.

Puede que sea un regalo apropiado para Andrew. Nunca nos hemos regalado nada. Insiste en que yo se lo rompí, aunque sé que bromea.

Se me dibuja una sonrisa cuando imagino la guerra que me ha dado con el portátil.

Entro decidida a comprar uno de ellos cuando algo que me cruza por la cabeza hace que me detenga bruscamente.

El sonido de la puerta, una campana chirriante, vuelve a sonar cuando decido salir de la tienda, ante la atenta mirada de dos jóvenes dependientes.

Debe creer que me he equivocado, pero la realidad es que he sentido un calor que me subía desde los pies y se instalaba en mi nuca cuando he pensado en el mensaje del bufete.

Consulto mi móvil a toda prisa y accedo a la aplicación del correo.

Abro el archivo y localizo la copia que me reenvió Steven. La fecha coincide con la que me dijo él. La hora, que es la que me interesa, indica que se envió a las 19:14 horas y la lectura… a las 19:21 horas.

Solo unos minutos después de recibirlo.

Es extraño. El correo interno que utilizamos en el bufete indica la confirmación de recepción y de lectura, es una herramienta imprescindible para nosotros.

Veamos, ¿dónde estaba ese día a esa hora?

Estaba en casa. Sí, lo recuerdo. Estaba arreglando la maldita cajonera de la vitrina.

Lo repaso todo mentalmente.

Andrew llegó, le reclamé el portátil. Se lo había prestado el día anterior. Fue a su casa a buscarlo y tardó mucho en volver, quizás una hora o más.

¿Coinciden las horas?

Durante el trayecto a mi casa, no dejo de pensar en lo que ocurrió ese día. He pasado de pensar en que ha sido la excusa del bufete para

despedirme a que podría ser que sí lo recibiera.

Entro a toda prisa en casa. Son las tres de la tarde. El coche de Andrew no está, tengo entendido que trabajaba en la clínica durante la mañana y después se reunía con su familia en la casa de sus padres. Seguro que no volverá hasta que se tomen el dichoso té.

Abro el motivo de la discordia y accedo al historial de navegación.

Localizo la fecha y el intervalo horario.

A las 19:08 hay un acceso a una página. Es la clínica de Andrew.

A las 19:13 vuelve a haber otro acceso a la misma aplicación.

Justo un minuto antes de «supuestamente» recibir el mensaje del bufete, Andrew estaba trabajando en mi ordenador. No me dijo que fuera a utilizarlo, solo recuerdo que fue a buscarlo cuando se lo pedí…

Los mensajes del bufete aparecen en ventanas de alerta sea lo que sea lo que se esté utilizando…

Pero requieren contraseña. Solo se podría leer si…

¡La contraseña! Él la conoce. Es la misma que utilizo para iniciar la sesión. ¿Y si lo leyó y probó con la contraseña?

«De acuerdo», me digo en voz alta. Andrew podía haber borrado ese mensaje, pero ¿por qué?

En el supuesto caso de que hubiera sido él… ¿Cuál sería el motivo?

«Veamos, Chloe», sigo hablando en voz alta. Era un contrato. En la cabecera del *mail*, por lo que he visto en la copia, Steven me pide de nuevo que lo devuelva firmado y… ¡Necesito consultarlo de nuevo!

Bla, bla, bla…

Aquí. Este el párrafo que me interesa.

Revísalo y devuélvelo firmado a administración antes de dos días. Es el margen que tienes para estudiarlo. Pasados esos dos días, si no obtengo respuesta, tal y como te dije en la conversación mantenida vía telefónica, tomaré las medidas oportunas.

Eso es lo que podría haber leído él.

Andrew sabía que anteriormente Steven me había amenazado con despedirme si no firmaba el contrato. Algo que me molestó y que compartí con él.

El mensaje vuelve a recalcarlo…

¿Qué hizo?

¿Eliminarlo?

No tengo manera de saberlo, no aparece por ninguna parte. Si se elimina, desaparece.

Entonces, ¿por qué lo hizo? Si es que lo hizo.

No puedo probarlo, pero las pruebas actúan en su contra.

«Quería que no me marchara», concluyo.

Necesitaba tiempo para esa puta venta.

Eso es.

¿Y no le importó hacerme tanto daño?

No solo me ha hecho daño por haber perdido mi trabajo y haberle dado una patada a mi carrera, no. Hay otro daño, uno que ahora mismo hace que me lleve la mano al pecho y sienta las embestidas de mi corazón.

Capítulo 80

Andrew

—¡Qué guapo estás esta tarde! ¿Has quedado con Natalie, hermanito? —le pregunto a Paul cuando abandonamos la casa de mis padres para devolverle uno de los muchos tiros que él me ha estado lanzando durante el almuerzo con mis padres.

—No, hoy no. Voy a salir con unos amigos, estaremos en el *Light* Club, ¿te animas?

—No, no puedo, pero gracias.

—Supongo que no me dirás que tienes planes con Chloe…

—¿No te parece una buena excusa? —le pregunto con ironía.

—Teniendo en cuenta que va a salir con Natalie…

Palidezco en cuanto escucho esas palabras, pero intento que Paul no lo perciba.

—Ya lo sabía, he quedado con David.

—¿Estarás en Bristol, o vais a Londres?

—Aún no lo sé.

—Si cambias de opinión, me llamas.

Asiento con la cabeza. Llevamos tiempo planeando salir juntos una noche, pero hoy no es el mejor día. No esperaba este cambio de planes.

Cuando nos despedimos siento que el vacío del estómago va en aumento. Chloe no me ha dicho que tuviera planes.

Maldigo todo cuanto puedo. Hoy quería pedirle que cenáramos fuera de Tetbury y fuera de nuestras casas, pero he llegado tarde.
Menudo día. Si sigo así, acabaré mal. Si los remordimientos y la culpa que siento por el despido de Chloe no fueran suficientes, he tenido que escuchar las lamentaciones de mis padres en cuanto se han enterado.

Mi abuela me ha preguntado cuándo se marchaba Chloe, estaba al corriente de su marcha a Madrid, y me he visto obligado a contárselo. He sido breve, sin entrar en detalles, pero se me ha ocurrido la brillante idea de decir que estaba muy afectada.

¡Pobre chica!

Esa ha sido la frase de cabecera precedida de lamentaciones respecto a su madre muerta, al poco tiempo que han estado juntas, bla… bla… bla… Mis padres conocen poco de la historia, pero lo poco que saben no dejan de comentarlo.

Mi abuela se ha mantenido al margen de las lamentaciones, pero sí se ha añadido a la conversación realzando la personalidad de Chloe y lo mucho que le gusta.

He compartido con ellos mi encuentro con George, pero solo he conseguido que volvamos a hablar de lo mismo: de Olivia, del dichoso terreno, del proyecto de construcción… Ese fue el motivo por el que no le hablé a Chloe de ese encuentro; porque me confesó en algún momento estar saturada de todo.

Mis padres no han tenido noticias de los Hill ni creo que las tengan, al menos de forma directa. Me han contado que se encontraron en la inauguración del Club Gastronómico de Tetbury, el tipo de eventos al que suelen acudir mis padres como invitados; también mi hermano y yo recibimos ese tipo de invitaciones, pero solemos declinarlas casi todas. Paul tiene más raíces en Tetbury, así que siempre bromeamos con que debe ser él el que asista.

El encuentro entre mis padres y los de Olivia fue discreto. Ambos respetaron la distancia, pero emplearon unos segundos de su tiempo para saludarse cordialmente y así no llamar la atención del resto de invitados. En Tetbury se suele estar pendiente de ese tipo de cosas.

En conjunto, he sentido en muchos momentos que estaba algo sobrepasado por darle tantas vueltas a lo mismo.

Ahora me siento como un globo a punto de estallar. Mi único consuelo era reunirme con ella esta noche, pero no va a poder ser.

En cuanto llego a mi casa y consulto mi móvil, me encuentro con dos mensajes. Uno de Chloe.

> Esta noche salgo con Natalie.

Ni un simple muñeco de esos espantosos le ha añadido… Escueta, muy escueta.

Eso me centrifuga el estómago obligándome a tumbarme sobre la cama en busca de un poco de relajación.

El otro mensaje es de David.

¿Hoy también tienes trabajo? ¿Otra inauguración de un club? ¿Tu abuela te necesita?

¿Estás reparando la valla del jardín? ¿Un paciente ha llamado a tu puerta? ¿Asistiendo un parto?

¿Podemos salir, o hay alguna excusa nueva? Estoy en Gloucester.

Me echo a reír por todas las excusas que ha enumerado, algunas se las he proporcionado yo en otras ocasiones. Chloe ha ocupado todo mi tiempo.

Aun así, me siento culpable de no encontrar un solo momento para él.

No estoy de humor para salir. Me quema por dentro lo que le hice a Chloe y no puedo sacarlo de mi cabeza. Me está destrozando, mucho más sabiendo que no voy a ser capaz de confesárselo… Pero debería salir.

Puede que la propuesta de David haya llegado en el mejor momento, pero desconozco qué planes tiene y no a todos soy capaz de sumarme.

Le escribo un mensaje:

No soy buena compañía.

Nunca lo eres. ¿Estás bien?

No, no estoy bien, no te voy a mentir.

¿En Bristol? ¿Dentro de una hora y media?

¿Estás seguro? La historia es larga.

Estoy seguro. ¿En Honey Hall?

Allí estaré.

Capítulo 81

Andrew

David, puntual como siempre, ya se encontraba en Honey Hall, un *pub* al que hemos acudido en varias ocasiones coincidiendo con mi estancia en Bristol, durante el tiempo que trabajé en el hospital. David tiene un pequeño apartamento en Gloucester, a unas treinta y cinco millas de Bristol. En él se aloja un día a la semana, el que colabora en una clínica privada de la que recientemente se ha estrenado como socio. Para solventar la distancia con Brighton, su residencia habitual y la ciudad que acoge el hospital donde trabaja, se vio obligado a alquilar un pequeño apartamento que muchas veces nos ha servido de refugio.

David está felizmente casado, pero hasta llegar a ello vivió una accidentada y compleja historia de amor. Quizás ese sea el motivo por el que me he animado a contarle la mía con Chloe. Me quema dentro y necesito expulsarla, y solo David puede escucharme y entenderme; son muchos años de amistad y de complicidad.

Una vez estuve yo en el otro lado, escuchándole y aconsejándole, en la medida de lo posible, sobre sus conflictos con Ashley. Hoy, aunque en otro contexto muy distinto, le toca a él aguantarme.

Nos ponemos al día sobre diferentes aspectos de nuestras vidas antes de meternos en el tema que necesito compartir con él.

—Soy todo oídos. ¿Problemas con la clínica? ¿Con Paul? ¿Tus padres? ¿Otra vez la pesada esa de…? ¿Cómo se llamaba?

—Debes referirte a Olivia —le aclaro negando con la cabeza. David está al corriente de la etapa en la que me sentía acosado por ella.

—¿Tu abuela? ¿Oxford?

—Se llama Chloe, Chloe Handley. Es neoyorkina, como tu chica.

—Me alegro que no esté delante Ashley. Ella es de Los Ángeles.

—Es cierto, no me acordaba. —Nos echamos a reír—. ¿No te sorprende?

—No, pero tenía ganas de que me lo contaras. Llamé a Paul hace

unas semanas para preguntarle a qué se debían tus excusas. Me dijo que había una «americana» preciosa que te tenía muy ocupado.

—Paul no me ha contado nada. Vaya, me encanta que habléis a mis espaldas —le digo sonriendo. David conoce a toda mi familia, igual que yo a la suya.

—Hablé con él para una consulta que le hice sobre un antiguo paciente de la clínica. Si te digo la verdad, lo que me dijo lo interpreté como una aventura cualquiera, una de tantas.

—Seguramente lo sea, pero… han pasado muchas cosas, cosas que no te vas a creer. Es un cúmulo de circunstancias sin sentido, forzadas, casualidades… Un puñetero caos.

—¿Desde el principio?

—Voy a pedir más cerveza —le digo dirigiéndome a la barra y saludando al dueño del *pub*; un antiguo amigo de la infancia.

Me lleva más de una hora poner a David al corriente de todo lo ocurrido en los últimos cuatro meses. Desde aquel día de junio en la que le «robé» el taxi, hasta ayer mismo, cuando cenamos un pescado que carbonicé en el horno.

No me he dejado ni un solo detalle: Olivia y sus padres, el terreno, la relación de Olivia con Chloe en el bufete, el enfrentamiento… Hasta llegar al despido.

David me ha escuchado atentamente, interrumpiéndome alguna vez para que le aclarara algo que, como era de esperar, se escapaba de su entendimiento.

Creo que no me he dejado nada.

—Y yo que creía que mi historia con Ashley era complicada… —Menea la cabeza y desaparece en busca de más cerveza.

Cuando vuelve, se acomoda en el asiento y me sonríe de forma irónica.

—¿De verdad la han despedido por ello?

—Sí, al menos ese ha sido el detonante.

—No parece un motivo muy lógico, podría demandarlos. ¿Se lo ha planteado?

—¿Demandar a un bufete compuesto por un ejército de abogados?

—No parece buena idea. ¿Por qué lo hiciste, Andrew? Sé que querías que se quedara, pero me parece muy fuerte, no es propio de ti.

—Es que no lo pensé. Ya sabes que a veces actúo de forma impulsiva, y esta es una de esas veces.

—Es su trabajo… Aunque no alcanzo a comprender que la despidan por un error así, su carrera puede haberse visto muy dañada.

—Lo sé, David, y te aseguro que mataría por volver atrás. No sabes cuánto me arrepiento.

—¿Ella está bien?

—Ella tiene muchas cosas en la cabeza por todo lo que ha pasado y por el asunto que te he contado de su madre, pero esto le ha hecho daño.

—¿Qué planes tiene?

—No lo sé, no hablamos de ello.

—Me has contado una historia llena de personajes y tramas rocambolescas, pero no me has hablado de ti, de lo que sientes.

—No… sé qué decirte. Saca tú las conclusiones. Estoy cansado de casualidades y… de ese muro que tenemos siempre delante.

—¿Qué hace ese muro?

—Nos impide acercarnos. Yo no lo hago porque creo que ella está cómoda con ese muro. Sexo, risas, una trama de misterio… De eso tenemos para aburrirnos, pero la parte más… —Me detengo. Es curioso que no haya parado de hablar y ahora, ante esa pregunta, me falten las palabras.

—¿Emotiva? ¿Sentimental?

—Sí, supongo que se llama así.

—¿No has hablado con ella nunca de ese tema?

—No es algo que tenga un hueco entre nosotros. No me involucro en su vida, ni ella en la mía. No hablamos de planes, ni nos decimos lo que sea que sentimos. No hay palabras íntimas, cariñosas, o cualquier cosa que requiera un mínimo de profundidad.

—¿Te gustaría?

—No lo sé, David. Esto está por encima de mis capacidades, al menos de las de entendimiento. Solo lleva unos meses en mi vida, pero estoy completamente agotado de este alejamiento y acercamiento constante. Es un baile dañino.

—El diálogo suele ser muy buen aliado en estos casos de tantas dudas.

—No veo en ella que podamos hablar de esa manera. Chloe vino aquí con un propósito y si no se ha marchado aún es porque la han despedido, pero cualquier día cuando se sienta mejor, cogerá el primer vuelo a Nueva York y me dirá que ha sido un placer conocerme, que estaría encantada de enseñarme Nueva York y que espera que seamos buenos amigos y nos felicitemos en nuestro cumpleaños o con motivo del año nuevo.

—No corresponde con lo que me has contado. ¿Y si ella piensa como tú?

—Si alguien ha dado un paso de vez en cuando, he sido yo.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. No puedo vivir con la sensación de que la han

despedido por mi culpa, pero tampoco puedo contárselo.

—¿Y si le cuentas lo que sientes por ella antes?

—Es que no sé lo que siento.

—Vamos, Andrew, te has enamorado. Estás loco por esa mujer, ¿no eres capaz de reconocérmelo?

—Es que ya no sé lo que siento.

—Hasta que no lo admitas contigo mismo, no vas a avanzar mucho.

—Hace cuatro meses que la conozco, tres que nos acostamos…

—El mismo tiempo que hacía que yo conocía a Ashley cuando le dije la primera vez que la quería y que me moría por ella.

—Eso es distinto.

—Tú me ayudaste a abrir los ojos.

—Yo no necesito abrir los ojos. Chloe me gusta, estoy contento cuando estoy con ella, el sexo es inmejorable, pero… ella tiene un mundo y yo otro. Ella se irá y yo me iré.

—Entonces, ¿de qué te lamentas?

—De haberle jodido el futuro…

—¿Ya está? ¿Eso es lo único que lamentas? ¿O es que te mueres cada vez que piensas en el momento en que se suba a ese avión? ¿Acaso no borraste ese archivo para que se quedara? ¿O es que ahora has cambiado tanto que disfrutas jodiendo a la gente? Eso no es propio de ti, tú nunca jugarías con el trabajo de nadie.

—¿Por qué tengo la sensación de que me estás echando una bronca?

—Porque no tienes cojones a admitir que estás coladísimo por esa mujer, que estás tan enamorado que has sido capaz de hacer esa estupidez con tal de retenerla a tu lado.

—¿Y qué cambiaría si admitiera eso?

—¿Por qué me has contado esta historia con todos los detalles?

—Para desahogarme. Es evidente que me gusta Chloe, pero dadas las circunstancias, no quiero ir más lejos. Lo que me preocupa es lidiar con mi conciencia por lo que he hecho, por eso te lo he contado.

—Eso solo tiene una solución. No puedes cambiar lo que has hecho, pero puedes confesárselo a ella.

—Sí, eso es lo que debería, pero…

—Pero estás tan enamorado que no eres capaz de enfrentarte a ello porque sabes que te va a odiar. Y… mientras esté en Tetbury, puedes disfrutar de esa «relación» que me has descrito.

—Puede ser…

—Prueba a decir en voz alta que estás locamente enamorado de ella —me pide con el ceño muy fruncido.

—David, ¿qué es esto? ¿Una especie de terapia? Necesito que dejemos el tema aquí, por favor. Me estoy empezando a poner muy nervioso…

—Mis terapias son infalibles, prueba a decir en voz alta lo que sientes, aunque solo sean unas palabras. —Sonríe de forma cínica, pero sé que está hablando en serio.

—Me muero por esa belleza americana de ojos azules… No la comprendo, pero estoy loco por ella. ¿Contento?

Mi teléfono me indica que tengo una llamada de Paul.

—Mi hermano. ¡Qué raro!

Descuelgo buscando rápidamente un motivo para que se produzca esa llamada.

—Hola, Paul. ¿Me echas de menos?

—Mucho —me contesta risueño—. He visto tu coche en la calle de las fuentes.

—Sí, estoy con David en el Honey Hall. ¿Te unes?

—No, estoy con los chicos en el Light Club, he pensado que… dado que tu americana se encuentra aquí, te animarías a unirte.

Siento un cosquilleo en las piernas. Sé que Paul no me llama por ese motivo. Hay algo más.

—¿Crees que la estoy siguiendo?

—¡Eh! No te molestes, es que no me parece que esté muy bien. Creo que ella y Natalie han bebido demasiado. No las perderé de vista, pero… si quieres venir, ya que estás cerca.

—Voy para allá.

—Estamos en la planta baja, detrás de las columnas rojas.

Cuelgo y miro a David fijamente.

—Paul está con sus amigos en el Light Club. Chloe está allí con Natalie… Ya te contaré quién es. Dice que Chloe… y Natalie… han bebido un poco de más.

David me mira fijamente.

—¿Y a qué esperamos?

Sonrío. No hace falta añadir nada más.

Capítulo 82

Andrew

No encuentro a Chloe. Solo puedo ver el corro que comprenden Paul, sus dos amigos, Natalie y una chica que desconozco.

—Está en el baño. —Me indica Paul al oído.

David saluda con entusiasmo a los amigos de Paul. Todos nos conocemos desde hace muchos años. Yo soy algo más escueto, estoy pendiente de que aparezca Chloe.

Lo hace un interminable minuto después. Está preciosa. Lleva un vestido que nunca antes le he visto y su larga melena está suelta, sin su habitual recogido.

Lleva una copa en la mano, llena, y me mira con asombro, pero su mirada parece más perdida de lo habitual: el alcohol, claro está.

David la observa y me mira. Alza las cejas. Conozco ese gesto. Es su manera de aprobar la impresión que le ha dado Chloe.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta con una voz que me deja claro su nivel de alcohol en sangre.

—Es el lugar de moda, es fácil coincidir —le aclaro—. He salido con David.

—David… tu amigo…

—Te lo presentaré —le digo sin dejar de observarla. Me lanzaría y devoraría esos labios con sabor a… cóctel de color azul; es lo que porta su copa.

Le hago una señal a David, que se acerca desde el otro lado del corro; el mismo al que se han unido dos chicos más que desconozco.

—Chloe, este es mi amigo David, te he hablado de él.

—Hola —le dice Chloe ofreciéndole la mano, con cierta dificultad para decidir qué hacer con la mano que sostiene la copa—. Encantada de conocerte, David. ¿A ti también te ha hablado de mí?

David me mira. Aunque no la conoce, las señales del exceso de alcohol son más que notables.

—Sí, Andrew me ha hablado maravillas de ti. Mi mujer también es

estadounidense, como tú, de Los Ángeles.

—Sí, ya lo sé. —Se echa a reír—. Eso sí que me lo ha contado él, algunas cosas no… pero eso sí.

David y yo intercambiamos una nueva mirada.

—¿Te gusta Inglaterra, Chloe?

—A veces —pronuncia mientras se esfuerza en sonreír—. Sí, me gusta… algunos días sí. Los que llueve son mis favoritos… o sea, o sea… todos.

Chloe dibuja una sonrisa e intenta mirarme, pero sus ojos, brillantes hasta deslumbrar, no consiguen sostener mucho tiempo la mirada. Mira hacia atrás, y localiza algo que la invita a dirigirse hasta allí. Se intenta sentar en una banqueta de patas muy largas, pero no lo consigue. Me acerco y la ayudo a impulsarse.

—Me alegro de conocerte, Chloe. Un día me gustaría presentarte a Ashley, le encantará hablar contigo.

—A mí también. Encantada… David.

Al tomar asiento, el cansancio es más notable. Está claro que ha bebido demasiado.

David se acerca a mí.

—Creo que ese asiento no es muy seguro. Necesita descansar…

Asiento con la cabeza mientras veo como se aleja y se une al grupo.

Me siento a su lado, atento a cualquier movimiento que la haga caerse de la banqueta, que no debe faltar mucho.

Chloe intenta hacer malabarismos con su copa para sostenerla y llevársela a los labios. La ayudo cuando veo que su destino es convertirse en añicos.

—¡Qué casualidad que estés aquí! —pronuncia con dificultad. De cada tres palabras, una se le traba un poco.

—Paul me animó a venir, me dijo que estabais aquí.

—También es casualidad que estuviera Paul, ayer… No, ayer, no, hoy hemos venido nosotras… Él y Natalie… No… No he dicho nada.

—Ya sé que hay algo entre ellos, Paul me lo contó.

Me va a costar entenderla, tendré que esforzarme. Me gustaría proponerle que nos marcháramos, pero debo esperar un poco.

Alarga la mano para recuperar la copa y me mira con una mueca infantil que me hace sonreír.

—Si sigues bebiendo, mañana estarás mal todo el día.

—Eso es muy bonito, Andrew… Es muy íntimo… muy bonito. Solo llevo tres de esos… —señala la copa.

—Puede que sea mucho.

—Sí, yo nunca bebo.

—¿Y por qué lo has hecho hoy?

—Para eso que… va bien. Ya sabes…

—No sé si te entiendo…

—En Nueva York decimos que eso ayuda a olvidar… Algo así.

—Eso es universal, no de Nueva York, pero creo que te he entendido. ¿Y qué quieres olvidar, Chloe?

—Todo, todo, todo, todo… No quiero nada.

—¿Qué es todo?

—Que me han despedido… y que llueve y… ese maldito terreno y todo, ya me entiendes. ¿Tú no sabrás por qué me han despedido?

—Chloe, no pienses ahora en eso —le digo con un nudo en la garganta que me obliga a darle un trago a su copa.

—¿Está rico? —me pregunta con otra mueca infantil que me comería de todas las maneras.

—Sí. —No puedo evitar echarme a reír.

—Estás lejos…

—Estoy pegado a ti, Chloe.

—Ahora así, pero otro día no. Eso también lo quiero olvidar.

Intento procesar lo que dice, pero ¿cómo voy a sacar conclusiones?

—Me siento un poco cansado, ¿te apetece que volvamos a casa?

—¿Y Natalie?

—No está en condiciones de conducir…

—Hemos venido con esa, con Emily… ¡No! ¡Se llama Victoria! No sé cómo se llama. Es nueva.

—Natalie se irá con Paul.

—La semana que viene iré a Londres a entregar el coche. Es del bufete.

—¿Tienes que volver al bufete?

—Sí, no… Nooooo, solo a un sitio que me han dicho. Ni coche voy a tener… Y el mío, que es precioso… allí en Manhattan.

—Si quieres vamos a buscarlo.

Se echa a reír.

—Vámonos, doctor.

—Sí, es lo mejor. ¿A dónde vamos?

—A casa.

—Uuuuuuuu, eso es muy bonito… ¿A la mía?

La ignoro y la ayudo a bajarse. Si pudiera la cogería en brazos, pero no quiero dar un espectáculo.

Me acerco a Paul y le hablo de mis planes. David se acerca también y me sonríe.

—Lo siento, es que…

—No te preocupes, yo me quedaré un rato, estoy cómodo. Mañana

te llamaré.

Le golpeo en el hombro y le susurro un «gracias».

Natalie también se acerca y le da un abrazo a Chloe. Tengo que sostenerla cuando acaban.

Paul interviene, me guiña un ojo y se aleja con Natalie. Hacía mucho tiempo que no le veía así. Nunca antes me había dado cuenta de que no era feliz en su matrimonio. Me lo ha contado con detalles desde que trabajamos juntos y soy consciente de que vivió unos años muy duros. Ahora parece distinto, no sé si ha sido Natalie o qué ha sido, pero está siempre animado y con ganas de bromear. Mis padres opinan lo mismo que yo.

Entramos en mi coche, que, para mi gusto, está demasiado lejos, unos cincuenta metros; en su estado parecen veinte millas.

Me aseguro de que se acomode en el asiento y emprendo la marcha.

Durante parte del trayecto está callada, solo gira la cabeza de vez en cuando para mirarme. Cuando falta poco para llegar, se pronuncia de nuevo con la misma dificultad, o quizás con más.

—Natalie me ha dicho que me quede… ella quiere que me quede… ¿Y Tú?

—Yo también.

—¿Por qué?

Detengo el coche frente a mi casa. Me giro hacia ella y aprovecho que su mirada está más o menos centrada. No es una conversación que quiera mantener en su estado, pero debo contestarle.

—Porque me gusta que estés aquí, me gusta estar contigo.

—¿Cuánto?

—Mucho.

—A mí también me gusta.

—Entonces estamos contentos. ¿Es que has planeado marcharte? —Quizás deba aprovecharme de su estado para sacarle algo de información.

—No he planeado nada de nada de nada, nada. Me han despedido. ¿Tú sabes por qué?

—Te ayudaré a bajar, no pienses en eso ahora —le vuelvo a decir.

Sus llaves se resisten durante unos minutos. Estoy a punto de ir a buscar las que guardo en mi casa, pero no quiero dejarla sola.

—Aquí están —dice eufórica—. Las llaves de la casa de esa mujer, la de las fotos… con ese gilipollas, es tu amigo, ¿no?

—¿Quién?

—El padre de la… bruja.

—No, no es mi amigo, Chloe.

La desvisto con prisa mientras me mira con rabia. No soporto esta situación. Me divierten algunos momentos, pero me descoloca su jerga y no saber qué pasa por su cabeza.

Cuando la tumbo en la cama, me sujeta un brazo.

—Es lo más profundo que nos hemos dicho… Andrew.

—¿A qué te refieres?

—Me gusta estar contigo y juntos, lo que me has dicho ayer… —me dice enfadada.

Sé que se refiere a lo que le he dicho en el coche y ella a mí. Que quería que se quedara y que me gusta estar con ella.

«Lo más profundo que nos hemos dicho». No puedo saber si es un halago, un reproche o qué es. Otras veces nos hemos comentado cosas de forma cariñosa, pero… puede que tenga razón y sea la vez que más directos hemos sido en cuanto a algo íntimo. Supongo que «te deseo, me vuelves loco o me muero por tocarte…», no cuentan.

—Cuando estamos prohibidos…

—¿Qué? —le pregunto. Espero que no pretenda que nos acostemos, no sé cómo voy a decirle que no sin que se moleste. En ese estado…

—Que no me gusta.

—¿No te gusta?

Se coloca en posición fetal y me acaricia la mejilla. Es una caricia tan dulce, tan tierna, tan sorprendente en este momento en que su mente está tan nublada…

—No me gusta cuando estamos prohibidos de verdad, de verdad… no cuando es mentira, ¿me entiendes?

—Claro. Ahora descansa.

—Si quieres el terreno… te lo vendo.

¡Dios mío! Está fatal. Ahora le toca al terreno. ¿Es que ha planeado marcharse? Puede que su subconsciente esté trabajando en este momento a gran velocidad.

—¿Lo quieres o no?

—Claro que lo quiero. Ya lo hablaremos.

—Ya lo sabía.

Sus ojos empiezan a cerrarse.

—¿Por qué, Andrew, por… qué?

Se queda dormida.

Me desnudo lentamente, me acuesto a su lado y me abrazo a ella. Y siento, aunque sea en medio de esta situación tan cómica, que estamos juntos de verdad.

«Sí, estoy enamorado», susurro tan despacio que solo yo puedo oírme.

David estaría orgulloso de escucharme.

Capítulo 83

Chloe

Todo el día en la cama. Eso es lo que he hecho en este soleado domingo.

Andrew me ha dado unas pastillas para aliviar la maldita resaca, pero no han sido muy efectivas. Me duele la cabeza, y todo el cuerpo.

Tengo imágenes borrosas de lo que ocurrió ayer por la noche; lo peor es no recordar con nitidez cómo llegué hasta aquí.

He hablado apenas unos minutos con Andrew y me ha explicado lo ocurrido, pero no consigo darle forma.

Sé que salí con Natalie y su amiga y que fuimos a ese club del centro de Bristol. Sé que bebí mucho, pero desde que llegué al club casi todo es confuso.

¡Qué vergüenza! ¿Dije algo que no debía? Andrew me ha jurado que no, pero en esas situaciones se habla de más, lo sé porque si algo recuerdo es hablar mucho. Sé que conocí a David, que hablé con su hermano de Tetbury y de Nueva York, que un amigo suyo fue muy amable y me contó su viaje a Nueva York; que Natalie estaba contenta al ver a Paul, que se besaron delante de todos…

También recuerdo haber hablado con Andrew del padre de la bruja, y del terreno… «Me gusta estar contigo». Eso sí lo recuerdo vagamente. Lo único que tengo claro es que ayer estaba guapísimo… Su amigo también es muy guapo y me gustó, pero lo veo borroso. ¿Cuántos de esos cócteles azules me bebí? Me pasé, seguro. Estaban tan ricos… Y el primero me relajó tanto…

Después le haré un interrogatorio en toda regla para que me cuente las gilipolleces que pude decir. Espero no haber soltado nada de lo que llevo en la cabeza estos días, especialmente lo que sospecho del portátil.

Tengo que hablar con él, quiero preguntarle directamente, aunque la respuesta no sea la que me guste. No puedo seguir con esta maldita oscuridad, ni con la certeza de sus malditos planes con el terreno, ni…

nada de lo que he descubierto. Quiero la puta verdad y cuando sea capaz de sostener mi cabeza se la voy a pedir.

Es lo que he decidido esta mañana, mientras volvía al mundo, después de haber viajado a dónde quiera que te lleven tres o cuatro cócteles el día después.

Me levanto con dificultad. Paseo por toda la casa y me detengo en la cocina para beberme un vaso de agua de un trago.

Son las cuatro de la tarde. ¿Tanto he dormido?

Hay un sándwich sobre la mesa. Sé que debo comer algo, pero no tengo apenas hambre.

Lo parto por la mitad y me esfuerzo en comérmelo. Vuelvo al dormitorio. Estoy mejor. Quiero darme una ducha.

Camino del baño, veo algo que me llama la atención. Me acerco despacio a las puertas por las que se accede al jardín desde el interior de la casa, las que siempre dejamos abiertas. Al otro lado del muro trasero, junto a otra puerta, puedo apreciar lo que parece la cabeza de Andrew.

Me acerco sigilosamente, aunque sé que se ha alejado, y me valgo de una silla para impulsarme. Me asomo con discreción. Veo su espalda. Camina en dirección a los terrenos de la discordia y se detiene cuando llega.

Me canso de observarlo, lleva más de diez minutos parado delante de la extensión de tierra sin moverse. Me asomo de nuevo. Se ha apoyado en la valla. En alguna ocasión hemos estado juntos en ese lugar, pero nunca antes lo había visto acudir solo.

Se mueve hacia un lado y me apresuro en esconderme. Devuelvo la silla a su sitio y entro en casa.

Estoy inquieta. Algo me dice que esa escena es importante y no me atrevo a volver a subirme a la silla. ¿Y si está cerca?

Abro la puerta unos centímetros. Espero. Quizás escuche algo que me indique si está cerca o si sigue allí.

Debe estar haciendo planes sobre el terreno. Sé que ayer comentamos algo sobre él.

Escucho algo.

Me acerco a la puerta y me escondo. Si entra en su jardín y quiere saltar mi valla para acceder al mío, me daré cuenta y tendré tiempo de salir de aquí para que no me descubra.

Oigo su móvil. Esa espantosa melodía la tengo grabada en el cerebro.

—¿Me echaste de menos? —le escucho decir antes de echarse a reír.

¿De quién se trata?

Me concentro.

Escucho la puerta trasera del jardín cerrarse. Después sus pasos a lo largo del jardín y después su voz se aleja en el interior de la casa.

Mataría por saber con quién está hablando y de qué.

Espero unos segundos.

Sé que mi cabeza me va a estallar por el camino, pero hago un esfuerzo y salgo al jardín. Voy vestida con una camiseta de manga corta que me llega hasta las rodillas y ropa interior. Espero no rozarme al saltar la valla.

Lo hago con éxito. Me acerco sigilosamente y entro en el interior. No quiero que me descubra por nada del mundo. Si lo hace, le diré que quería darle una sorpresa.

Escucho su voz, procede del salón. Avanzo por el pasillo y me escondo en el mismo lugar que la vez anterior, cuando le escuché hablando con aquel hombre.

Me siento despacio en el suelo y me acurruco abrazada a mis piernas, solo así podré estar quieta y sostener mi cabeza, que me va a explotar.

—William está un poco loco —le dice riendo a quién sea que haya al otro lado.

William era uno de los amigos de Paul. ¿Será de ese de quién habla?

—¡Ah! Y… ¿de qué quieres hablar, David? ¿Hay algo que te preocupa? —Se vuelve a echar a reír.

¿David? Está hablando con su amigo.

Entonces… ¿No se trata del terreno?

Unos segundos después pronuncia dos palabras que hacen que agudice más el oído.

—¿De Chloe? —dice en un tono más serio y siento un escalofrío tan grande que me abrazo más fuerte a mis piernas.

Capítulo 84

Andrew

El día está siendo peor que aburrido. Chloe está indispuesta y yo no consigo entretenerme con nada.

He dormido junto a ella toda la noche, pero he dormido poco. Los demonios que siempre me acompañan estos días se acostaron a mi lado y no me soltaron.

Acabo de visitar el terreno. Esa preciosa extensión que ayer Chloe bromeaba con venderme. O quizás no bromeaba. Puede que haya planeado marcharse y hablara en serio.

He sentido algo muy especial estando frente a ese pedazo de tierra. El día que se marche me va a costar mirarlo sin verla a ella. No quiero ni pensarlo.

La presión que he sentido en el pecho ha hecho que vuelva a casa, no podía soportarlo.

David me ha llamado de camino. Me acaba de contar lo bien que lo pasó con los amigos de Paul y no ha dejado de bromear conmigo por haberme marchado con Chloe.

—Bueno, no te he llamado para hablar de lo que hicimos en el club. Quiero hablar de otra cosa.

—¡Ah! Y… ¿de qué quieres hablar, David? ¿Hay algo que te preocupa? —le digo echándome a reír por el giro tan brusco que ha dado.

—De Chloe, de eso quiero hablar —me dice adoptando un tono más serio.

—¿De Chloe?

—Sí, ¿no quieres hablar de ella?

—No, no sé de qué vamos a hablar.

—Ayer estabas fatal, quiero saber cómo estás hoy.

—Bien —le digo más serio para provocarlo.

—Veamos. Voy a ir poco a poco. No estás receptivo. Quiero que me digas cómo te sientes hoy con esa chica… ya sabes la que no te

importa nada. Chloe. Porque… no te importa ¿verdad?

—No, no me importa. Chloe me importa más bien poco.

—De acuerdo. Y tampoco te importa que se marche, ¿cierto?

—Me importa muy poco que se marche, antes o después tendrá que volver a su casa de Nueva York.

—Claro. Y tampoco estás coladito por ella.

—No, no siento nada por ella.

—Nada de nada…

—Bueno, es guapa, atractiva, pero nada más.

—¿Y tú no quieres ningún compromiso de ninguna clase?

—¿Compromiso yo? Yo no quiero compromisos. Estás loco, ¿es que no me conoces? ¿Crees que voy a caer rendido como tú con Ashley? Estoy deseando de salir de Tetbury, me muero por volver a llevar la vida que llevaba antes.

—Claro. Solo es sexo lo de esa chica contigo… —Me sigue tentando. Sé dónde quiere llegar, pero no se lo voy a poner fácil. Me estoy divirtiendo—. Ya me di cuenta ayer.

—Ya sabes para qué quiero a Chloe. La necesito mientras esté en Tetbury, es todo.

—Así que la necesitas…

—Claro, lo pasamos bien. Sexo y más sexo. Y compañía, Tetbury es aburrido.

—Entonces no estás enamorado de ella…

—¿Enamorado yo? Eso es imposible. —Me echo a reír de forma estúpida.

—Vale, se acabó el juego. Ayer vi cómo la mirabas. ¿Vas a seguir negando que estás locamente enamorado? Me aburres.

Me echo a reír a carcajadas.

—Sí, dejemos el juego —le digo cambiando el tono bruscamente—. Me estoy agobiando de escucharme. No voy a negártelo. Me rindo ante la evidencia, amigo. Ayer… lo dije en voz alta. Esto que siento es muy fuerte.

Le cuento a David lo que ocurrió después de marcharnos del club. No deja de reírse, pero deja de hacerlo en cuanto le hablo del momento en que le susurré que estaba enamorado de ella.

¡Qué momento!

Fue despacio, entre susurros, cuando sus ojos se cerraron.

El resto de la conversación recibo los consejos de David. Cree que debo hablar con ella. Cuando esté recuperada de la resaca, lo haré. Es lo que le prometo.

Capítulo 85

Chloe

¡Cómo duele! Cómo duele escucharle hablar así de mí. David es su mejor amigo, con el que más confianza tiene, me lo ha dicho muchas veces.

«No me importa nada».

«Ya sabes para qué la quiero».

«Mientras esté en Tetbury…».

«Sexo».

«¿Compromisos yo?».

«¿Enamorado yo?».

Repito esas malditas frases una y otra vez en mi cabeza mientras siento que cada vez se rompe algo más dentro de mí.

Duele mucho. Arde. Quema.

No sé dónde meterme. Quisiera correr y no parar, sacarme esta maldita presión del pecho.

Las lágrimas empiezan a correr por mis mejillas y sé que no se van a detener.

Corro hacia el baño. Cierro la puerta con pestillo.

Me siento en el suelo mientras espero a que el agua de la ducha salga más caliente.

Entro lentamente, sintiendo como poco a poco mis músculos entumecidos agradecen el calor.

Tres cuartos de hora son suficientes. Tengo la piel arrugada. Las lágrimas se mezclan con el agua y se van por el desagüe. Ya no me quedan más.

¿Cómo he sido tan tonta? Ni lejos ni cerca… No había nada.

Solo le importaba el sexo, la compañía mientras estuviera en Tetbury. Él tiene planes, quiere volver a su vida, lo ha dicho claramente. Le importa el terreno. Quiere retenerme para que se lo venda; debe tener poco margen de tiempo. Ahora más que nunca sé que él fue capaz de borrar el mensaje del bufete. Es tan sucio, tan

ruin…

Me siento en el borde de la cama, no soporto deambular por la casa.

Escucho pasos. ¡Maldita sea!

Entra en el dormitorio y se sienta a mi lado.

—¿Estás mejor?

Me valgo de la oscuridad para que no me vea la cara.

—Estoy mejor, me he dado una ducha. Tengo que marcharme.

—¿Ahora?

—He quedado con Natalie —le digo después de imaginar que querrá estar a mi lado esta noche, acostado a mi lado.

No soporto esa imagen por todo lo que supone para mí.

O me levanto y le digo todo lo que pienso de él o me alejo. Ahora solo estoy en condiciones de alejarme.

—Sí, mañana tengo un juicio y vamos a repasar unos detalles. Hemos hablado y… las dos estamos mejor. Supongo que vendré tarde…

—Bien. Si te sientes con fuerza…

Me pasa la mano por la espalda y se acerca a besarme la mejilla. Me arde el cuerpo… y el alma.

—Estaré un par de días en Londres. Mañana intervienen a una paciente y quiero acompañarla. Aprovecharé para hacer varias cosas. Seguramente vuelva el martes por la noche.

—Ajá. —Solo soy capaz de decir eso.

—Voy a prepararme.

—¿No deberías comer algo?

—Lo he hecho. Gracias por el sándwich.

Me vuelve a besar y sale de la habitación.

En medio del torbellino de mociones que me invade, todavía soy capaz de levantarme y correr hacia él.

—Andrew…

Se detiene y me sonríe.

—Adiós —le digo mientras me pongo de puntillas y le beso suavemente. Sé que será la última vez que toque sus labios.

Me doy la vuelta y lo dejo desconcertado, lo sé, pero poco después escucho la puerta.

Capítulo 86

Chloe

Dos días después

No creo que se pueda estar más cansada ni que se puedan hacer más cosas en solo dos días. Eso sí, el reloj parecía haberse detenido porque nunca he sentido que dos días fueran tan largos.

La noche en que le dije adiós a Andrew, la pasé en casa de Natalie. Tardé dos horas en reunirme con ella en su casa. Las que tardó en llegar a Tetbury desde que la llamé. Acababa de entrar en la casa de sus padres cuando le dije que necesitaba que me diera alojamiento esa noche. No solo aceptó, sino que adelantó su vuelta. Aun así, pasé más de dos horas paseando por los alrededores de Tetbury. Dos horas muy necesarias para mi salud mental, las que hicieron que se despejara mi cabeza y se abrieran mis ojos por completo.

Aproveché para llamar a Paige y ponerla al corriente. Lloré de nuevo. Tanto que hasta llegué a enfadarme conmigo misma.

—¿Qué vas a hacer, cariño? —me dijo claramente preocupada.

—No lo sé, de momento he salido de la casa, no soporto tenerlo cerca. Esto es una jodida putada, Paige. No quiero sentir esto.

—Chloe, sal de ahí. Lárgate. Vuelve a casa —sentenció con una voz que me estremeció.

—Eso es lo que voy a hacer. —Fue mi manera de anunciarlo.

—Voy a consultar los vuelos. Prepara lo que tengas que preparar y sal de ahí.

—¿Cuándo? —le pregunté confundida.

—Lo estoy consultando mientras hablamos, Chloe. Hay vuelos diarios, muchos. Mañana por la mañana, por la tarde, por la noche… El miércoles… No sé cuánto tiempo necesitas, pero sea lo que sea lo que tienes que hacer solvéntalo rápido.

Guardé silencio más tiempo del que podría recordar. Paige me llamó la atención un par de veces temiendo que se hubiera cortado la

llamada, pero por fin, después de hacer un repaso mental rápido, me decidí. No me lo había planteado tan pronto.

—El miércoles por la mañana. Me alojaré mañana en Londres. Dejaré el coche en el lugar que me han indicado —le dije sorprendida de los planes que estaba haciendo.

La idea de volver a casa, me calmaba y me curaba al mismo tiempo. Tuve claro, en ese momento, de lo mucho que lo necesitaba. Lo que no esperaba es que fuera tan pronto.

Paige me confirmó el vuelo.

—A las 9.15 de la mañana hay uno. El miércoles.

—Ese es perfecto.

—Me encargo de la reserva —me dijo con tristeza—. Estoy deseando verte, Chloe, pero siento que tengas que marcharte así.

Eso es lo que he pensado yo cientos de veces en estos dos días, pero por mucho que me he esforzado, no he encontrado nada que me retuviera. Que me doliera *sí*, muchas cosas, que me retuvieran… ninguna.

Natalie fue el hombro en el que apoyarme después de hablar con Paige. Si hubiera tenido quince, los habría utilizado todos.

Solo le hablé de lo que sentía. Intenté no profundizar demasiado, es una historia muy larga, aunque breve en el tiempo, y no estaba dispuesta a relatarla de nuevo.

Lloré en sus brazos. Fue ahí donde me di cuenta del cariño que sentía por ella.

Natalie me habló de su relación con Paul, y me contara lo que me contara, aunque solo fueran detalles insignificantes, sentí envidia. No sé si es la palabra, al menos no en la connotación negativa; es el deseo de sentir eso que te están contando. Eso sentía yo. Pero el hermano de Paul es distinto. Él no quiere compromisos, solo sexo y terrenos. Él no se enamora.

Le pedí a Natalie que no le hablara a Paul de mi marcha, que quería hacerlo mientras Andrew permaneciera en Londres. Sé que no lo hará.

Ella me confesó que llevaba años enamorada de Paul y que él nunca había mostrado interés. Pero algo cambió una noche, la del accidente en el desván. Antes se habían acercado, pero solo como amigos.

Ese accidente cambió su vida, igual que el accidente que sufrí con Catherine, que también cambió la mía.

Empiezo a creer que el universo envía señales para que nos dirijamos hacia un lugar u otro, para que nos movamos en una u otra dirección, para que reaccionemos de una u otra manera.

Si bien, las que yo recibí respecto a Andrew, me costó interpretarlas y aceptarlas, y me engañé de mil maneras distintas, las que he recibido estos días las he captado rápidamente.

Algo ahí arriba me está diciendo que debo volver a casa. Seguramente el hecho de que esta mañana haya podido firmar la herencia de Caroline, ha sido otra señal.

Ayer por la tarde, me llamó el señor Pemberton para indicarme que a final de semana estaría la documentación de la herencia lista. «Podrás aceptarla o renunciar a ella. Espero que cuando vengas lo tengas decidido», fue lo que me dijo.

En cuanto le hablé de mi marcha y de mis intenciones de aceptarla, hizo todo lo posible por tenerlo listo antes de mi marcha. Y así ha sido.

Esta mañana me he convertido en la dueña oficial del terreno, de la casa, del despacho y de una pequeña cantidad de dinero depositada en la cuenta corriente del banco de Caroline.

Han sido dos horas intensas hablando con el señor Pemberton. Dos horas en las que, no solo hemos solventado el tema de la herencia, sino que también hemos planeado la manera de que el despacho no se cierre, al menos de momento. Un sobrino suyo está interesado en trabajar en él. Lo hemos planeado y, aunque aún quedan muchos trámites, Natalie ha acogido la noticia con entusiasmo.

Pueden disponer del despacho y eso les facilitará el traspaso.

Soy consciente de que en dos días es imposible solucionarlo todo, pero han sido suficientes para determinar el nuevo camino. Por supuesto, estaremos en contacto, tal y como le he prometido a Natalie, de la que ya me he despedido entre un mar de lágrimas.

Y después de eso, solo me quedaba Catherine. No estaba dispuesta a marcharme sin verla.

No he podido despedirme oficialmente de ella, no quiero que alerte a su nieto.

La he visitado y hemos charlado durante un buen rato. Se han añadido sus padres y he disfrutado observando esa complicidad que tanto he admirado en ellos.

Cuando ha llegado el momento de decir adiós, lo he hecho, pero de una forma discreta.

Le he cogido la mano a mi anciana amiga, la he besado y después le he dado un pequeño abrazo mientras le susurraba: «Gracias por todo, Catherine».

Sé que mis ojos, al borde de las lágrimas, le han llamado la atención, pero se ha limitado a sonreír y a despedirse con la mano.

Cuando he llegado al marco de la puerta, la he escuchado decir.

—Vuelve algún día, querida. No te vayas para siempre.

No sé si esas palabras escondían que algo sospechaba o simplemente me pedía una visita nueva en pocos días. No me atrevo a asegurarlo, pero había algo distinto en su tono de voz.

Todavía he tenido tiempo para hacer una última visita. Ha sido a una oficina, en el centro de Tetbury, la de un constructor llamado George Hill. Me ha recibido sin dudar.

Nada más entrar en su lujoso despacho me ha preguntado si había cambiado de opinión.

—No, si es al terreno al que se refiere. He venido a traerle algo que es suyo.

Le he entregado las fotos que guardaba Caroline, y la cámara donde se hicieron, la que contiene el archivo original.

Ha abierto el sobre despacio y al ver su contenido, me ha mirado como si fuera una aparición divina. Ha tardado más de dos minutos, que he esperado con paciencia, en pronunciarse.

—¿Por qué?

—Porque ella y yo no somos iguales.

No ha habido más conversación.

Y ya solo queda él. Andrew.

Observo la casa de Caroline, la mía ahora. Está limpia y ordenada. Así la voy a dejar.

Mis maletas se encuentran en el vestíbulo. Tengo que marcharme. Esta noche dormiré en Londres.

Solo me queda algo. Entro en el dormitorio en busca de mi portátil.

Lo he borrado todo. Está vacío. Solo hay un programa que contiene un archivo. Es la carta que le he escrito al doctor.

Salgo a la calle y accedo a su casa por la puerta principal.

Entro en el salón y coloco el portátil, con la tapa abierta en el centro de la mesa. El archivo está abierto, cuando vuelva lo verá.

Recorro la casa hasta llegar al dormitorio y la primera lágrima resbala en cuanto veo el dintel de la cama.

Puedo sentir las caricias, su olor, el placer que me hizo sentir con las manos en alto, atada a unos de sus postes.

Con el corazón encogido salgo a toda prisa y me detengo cuando veo el ciervo que me miró el día del accidente.

Las bromas de Andrew se suceden en mi cabeza, y el momento en que lo vi en el hospital, y el día que me vendó la mano…

Necesito salir de aquí.

Me apodero de la copia de las llaves de mi casa, sé dónde las guarda. En su lugar cuelgo las de la mía.

Salgo a la calle sintiendo que el sonido que he escuchado no ha sido el propio de cerrar una puerta, ha sido de algo que se me ha roto por dentro, algo más. Un chasquido seco, frío y doloroso.

Entro en mi casa y me apodero de las maletas que tardo poco en cargar en el coche.

Una última vez.

Entro despacio visitando todas las estancias. Una a una me van ofreciendo recuerdos de Andrew. Cocinando, enredando en el *jacuzzi*, entrando a toda prisa por la puerta del jardín…

Le veo en cada rincón y en cada uno me rompo un poco más.

Salgo envuelta en lágrimas sabiendo que una parte de mí se queda en este lugar para siempre.

La alfombra del salón me ha traído tantos recuerdos que he tenido que pasar corriendo sobre ella para no detenerme y romperme más.

Cierro la puerta. Le doy dos vueltas a la llave.

Bajo los escalones y recorro la distancia hasta mi coche.

Me subo en él.

Antes de ponerlo en marcha, me doy la vuelta y miro por última vez el lugar donde, durante muchos días, a pesar del desenlace, he sido feliz y me he enamorado.

«Adiós, doctor», digo en voz alta mientras siento que las lágrimas me entorpecen la visión de la carretera.

Capítulo 87

Andrew

Qué dos días más largos… casi tres.

Estoy deseando de ver a Chloe, aunque todavía quedan unas horas para que ella llegue a casa.

Mi abuela me ha dicho que ayer la visitó y que le parecía triste. Sí, es de la forma que ha estado estos últimos días, desde que un cabrón sin sentimientos provocara su despido.

Apenas hemos hablado. Entre el día en que se emborrachó, la resaca, y sus planes de trabajo el domingo por la noche con Natalie…

Joder, cómo la he echado de menos.

El viaje a Londres ha sido fructífero. No solo fue bien la intervención de Nancy, sino que pude poner al día mi apartamento y dedicarle horas a intentar solucionar esta extraña situación con Chloe.

Todavía no he decidido si le voy a contar lo del despido, sigo siendo demasiado cobarde para eso, y sigo estando acojonado de que eso provoque un rechazo absoluto hacia mí. Pero sí voy a intentar que sepa, poco a poco, lo que significa para mí. A lo que sí le voy a echar valor es a saber qué siente ella. Sea lo que sea lo aceptaré, pero no quiero seguir jugando a interpretar, a deducir, a romperme cuando se va y a volverme loco de alegría cuando viene.

Lo del despido… quizás más adelante. Necesito saber qué planes tiene ahora que no tiene que marcharse a España.

No sé nada de ella. He estado a punto de llamarla o enviarle algún mensaje, pero no es nuestro estilo.

Entro decidido en mi casa y enseguida me llama la atención lo que hay colocado sobre la mesa. Es el portátil de Chloe. ¿Qué hace aquí?

Siento un escalofrío y presiento con él que algo no va bien.

La tapa está levantada y la pantalla oscura.

Pulso sobre el teclado y se abre un archivo.

En cuanto empiezo a leerlo, busco una silla para poder seguir haciéndolo.

Estoy enamorada, Andrew. Y en ese estado me marcho. Decide si, tras esta confesión, merece o no la pena seguir leyendo.

Me llevo muchas cosas de Tetbury. Me llevo a una amiga, y el recuerdo de una adorable anciana que me ha robado el corazón y me ha ayudado a conocer la verdad, aunque haya dolido y no haya formado parte del cuento que imaginé. La verdad es la verdad.

Me llevo también la bendita sensación de haber sido una abogada de verdad. De haberme reído a carcajadas con mis clientes, y de haber llorado también con ellos. De haber ganado tres casos y haber llevado a un acuerdo el resto.

Me llevo también una casa, una preciosa donde he vivido contigo momentos inolvidables. Y un terreno, uno maldito que me abrió los ojos. El que tú tanto has deseado. Te escuché hablar con aquel hombre… le dijiste que tenías que convencerme, que te diera tiempo. Pobre Andrew. Se acababa el tiempo. Habías descubierto por casualidad el valor del terreno y tuviste que trabajar a contrarreloj para conseguirlo. Ese hombre te presionaba y quizás también el padre de la bruja, con quien te vi charlar. Había complicidad, me alegro de que no seas rencoroso.

Maldito terreno. Hace unos días lo observabas. Se acababa el tiempo, Andrew, y yo todavía no te lo había vendido. Has debido vivir muy angustiado. Te vi desde lo alto del muro de mi jardín.

Tampoco era de gran ayuda mi contrato en España, por eso te encargaste de eliminarlo. Necesitabas tiempo para convencerme, necesitabas que firmara la herencia, y a alguien con quien follar mientras tanto.

Eso también me lo llevo.

Y también tu conversación con tu amigo David, en la que le confesabas lo mucho que significaba tu vecina para ti. Te escuché. Me colé en tu casa. Ya no confiaba en ti.

Eso es lo que me llevo también.

Sé que me cogiste cariño y que lo pasabas bien conmigo, eso no te lo voy a negar. También me lo llevo.

He visto conspiraciones por todas partes, Andrew. He dudado de todo el mundo. Ha sido una historia tan rocambolesca, tan llena de casualidades que he sentido por momentos que me iba a volver loca.

Lo peor ha sido negarme a ver que dentro de ti, para mí, no había nada. Yo he sido… En un principio, un reto; después, un entretenimiento, y para acabar, la dueña de un suculento terreno valorado en muchas libras.

No quise verlo. Me dolía verte lejos y después cerca, pero me reponía y me engañaba.

Había un muro infranqueable y yo, aunque conocía su existencia, tardé en entender que nunca caería, de ninguna de las maneras.

Tengo una disculpa, me estaba enamorando de ti. Un estado en el que, dicen, se suele estar más ciego de lo habitual.

Todo eso me llevo, Andrew.

También el taxi que me robaste, y el beso en mitad de la calle. Me llevo los momentos en que estuvimos prohibidos y los que sentí que el muro nos daba una tregua. No era real, pero me hacía feliz.

Tardé en ver que no hemos compartido nada íntimo, excepto la cama. Me gustó el momento del dintel.

He firmado la herencia.

He hablado con Leonard Pemberton. Él puede venderte el terreno. Se encargará de todo. Y lo hará a un precio bajo, el que siempre pensamos que tenía. No te preocupes, puedes sacarle mucho beneficio. Espero que aún estés a tiempo de

negociar.

Todo no está perdido, Andrew. Sé que ahora sentirás que ha merecido la pena.

No te guardo rencor por provocar mi despido, he tenido muchos días para entender que España no era mi destino, ni ese bufete tampoco.

Ahora sí que estamos prohibidos, Andrew, prohibidos de verdad.

Sé que con el tiempo lamentaré haberte escrito esto. Algún día saldrá mi orgullo, ese que he perdido al escribirte, y me torturará, pero de momento permanece tranquilo.

Todavía duele, y todavía estoy enamorada, así que no puedo pedirme más.

Suerte en Oxford, doctor.

No olvides que hoy… no puedes saltar la valla. Hoy no estaré al otro lado… ni nunca más.

Chloe.

Capítulo 88

Andrew

Seis días después

El timbre de la puerta me sobresalta. Resoplo y pongo los ojos en blanco.

Solo puede tratarse de Paul. Esta tarde me ha amenazado con visitarme. A pesar de haberle dejado claro que me apetece estar solo, está empeñado en hacerme compañía a todas horas; como si no compartiéramos suficiente espacio en la clínica.

Agradezco su interés, y también el de David, que no deja de llamarme, pero ahora más que nunca necesito estar solo y continuar luchando para que la marcha de Chloe no siga partiendo mi cuerpo y mi mente en pedacitos. Pero la destrucción sigue su avance y no encuentro consuelo, mucho menos cuando algún pedazo entero, de los pocos que me quedan, se rebela y se pronuncia con la rabia que también siento por haberla perdido de esta forma.

Me dirijo a la puerta sin prisa, con la esperanza de que quien quiera que haya al otro lado, se canse de esperar y me deje solo con mis pensamientos.

El primer rostro que me encuentro es el de Paul, tal y como había previsto; el segundo, el de mi abuela.

¡No me lo puedo creer!

Mi abuela, que no muestra un semblante muy conciliador, empuja la puerta y entra sin decir nada, arrastrando a mi hermano que la tiene sujeta por un brazo.

Fulmino a Paul con la mirada.

—¿Me ves capaz de disuadirla?

Niego con la cabeza, sé que esa capacidad no la tiene ningún ser humano.

Me aparto para dejarles paso. Mi abuela se suelta del brazo de Paul y se dirige a su butaca preferida.

—Tenía que elegir entre acompañarla yo o acompañarla papá. ¡Me debes una!

Hubiera sonreído si esa expresión no me hubiera producido una descarga eléctrica. No había vuelto a pensar en ese momento.

Es extraño. He repasado mentalmente cada segundo que he vivido con ella, sin embargo, el punto de partida, el momento en el que la vi por primera vez, no ha pasado por mi cabeza.

Sonrío. A pesar del dolor de la descarga, he sido capaz de ver su rostro, su expresión de enfado cuando vio mis intenciones de subirme al taxi.

—Os dejaré solos —anuncia Paul devolviéndome a la realidad.

—¿Qué te he hecho? ¿De qué quieres vengarte?

Paul se echa a reír y mi abuela protesta como solo ella sabe hacer.

—Ven a buscarme antes de la hora de la cena. Y dejad de hablar de mí, aún puedo desheredaros a los dos.

—Ya hiciste el reparto, abuela, te lo he dicho muchas veces, todas las que me has amenazado con ello —protesta Paul sonriendo.

—Y yo te he dicho todas esas veces que no des por hecho que lo repartí todo.

—Volveré a buscarte —anuncia de nuevo Paul.

—No es necesario, ya la acompañaré yo —me ofrezco resignado.

—Te recuerdo que donde vive la abuela también viven papá y mamá… ¿Sigues queriendo acompañarla? Tendrás que quedarte a cenar, tendrás que contestar a preguntas, yo no estaré para echarte una mano…

—Vale, hazlo tú.

Ha sido imposible ocultar mi estado de ánimo a mis padres. Paul, previamente acordado conmigo, les ha explicado que estaba «triste» por la marcha de Chloe y les ha pedido que me dejan tranquilo unos días, pero el plazo de «unos días» está llegando a su fin y ambos sabemos que no me dejarán en paz hasta que me siente frente a ellos y les cuente cómo me siento.

La abuela, como era de esperar, mucho ha tardado, se ha pasado la petición por… donde siempre se pasa ella lo que no le interesa.

—Estoy bien abuela —empiezo a decirle mientras me siento a su lado y le ofrezco el vaso de agua que me ha pedido—. Te advierto que no tengo ganas de hablar de nada.

—La casa está fatal —dice moviendo la cabeza en todas las direcciones del salón.

—La casa está igual que la dejaste, abuela, no puedes decir lo contrario. Puede que no esté reluciente, no tengo tiempo de ordenarla, ni ganas.

—Le pediré a la señora Martin que venga —me dice refiriéndose a la persona que siempre se ha encargado de ayudarle en la limpieza.

—De acuerdo. —De nada me vale discutir.

—Pero no me refiero a que la tengas más o menos limpia, me refiero a que no está igual que antes. Le sobran trastos, pero le falta vida, la que había cuando yo estaba aquí, o la que había estos últimos meses, cuando Chloe vivía al otro lado.

—Chloe apenas ha pisado esta casa, abuela.

—Chloe se encargaba de que el que vivía en esta casa estuviera contento. Ahora es un fantasma, uno más de los muchos que habitan aquí.

—No quiero hablar de Chloe, abuela. Sé que es eso lo que pretendes, pero no es lo que necesito.

—¿Qué necesitas?

—Estar tranquilo y tiempo… No te voy a negar que su marcha me ha afectado, creo que, a estas alturas, a ti no puedo engañarte. También sé que has sometido a Paul a un duro interrogatorio y le has sacado algo de información. Pero hasta ahí quiero que llegue.

—¿Por qué se marchó?

—No lo sé, abuela, solo me dejó una carta de despedida.

—¿Qué dice esa carta?

—Abuela… por favor.

—Andrew, escúchame. Chloe se marchó de forma precipitada. Vino a visitarme y ni siquiera se despidió. Algo interpreté en su forma de actuar, pero no anunció su marcha. Eso significa que huía de algo. Por muchos motivos que tuviera para marcharse a América rápidamente, no tenía por qué hacerlo sin decir adiós. No me dijo nada porque no quería que te avisara. Paul me ha dicho que a Natalie le pidió que le guardara el secreto. Se marchó cuando tú estabas en Londres. Eres tú el motivo de que haya salido corriendo como si la persiguiera el mismísimo demonio. Y quiero que me contestes a tres preguntas. La primera, ¿por qué se marchó? La segunda y la tercera te las formularé después. Y ten por seguro, querido, que hasta Dios sabe que me vas a contestar a todas.

Podría negarme, nada me obliga a hablarle de ello, a pesar de sus amenazas, pero en cierto modo, necesito hablarlo con ella. Es la única persona que ha tratado a Chloe, la única con la que puedo hablar de ella sabiendo que la ha conocido y la única que conoce muchas circunstancias que la rodean.

Me levanto y vuelvo con el portátil. Le muestro la pantalla y le pido que lo lea.

Lo coloca entre sus piernas y levanta la cabeza, como hace ella

siempre que lee, para enfocar la vista a través de sus gafas correctamente.

Tarda una eternidad en leerlo. Cuando termina cierra la tapa del portátil y me lo devuelve. Su expresión es la de querer hacerme pedacitos, pero creo que ha visto que ya lo estoy.

—Ahora explícame qué significa todo eso de David, del terreno y de otras cosas que se me escapan. No pretendo meterme en tu vida, querido, pero te irá bien desahogarte. Esta historia es más complicada de lo que creía. Y presiento que no muchos la conocen.

—Al completo, solo la conoce David.

A pesar de que mi hermano ha sido mi apoyo estos días y me he derrumbado con él, no conoce la historia completa.

—Aún queda una hora para que Paul vuelva. Te escucho.

Una vez más, como hice con David, le cuento la historia completa, omitiendo detalles de la intimidad sexual y otros que me resulta violento comentar con ella. Mientras lo relato vuelvo a tener la misma sensación de nostalgia mezclada con culpa y angustia. Es un cóctel terrible.

—Hay muchos malentendidos, Andrew y muchas cosas que no habéis hablado. La segunda pregunta: ¿qué sientes por ella?

—¿Hace falta contestar?

—Esa estúpida conversación con David, en la que no admitías lo que sentías, te ha traído muchos problemas, así que no vuelvas a hacerlo. La pregunta es sencilla.

—Estoy enamorado de ella, abuela.

—¿Por qué te inmiscuiste en su trabajo? Es muy grave, Andrew.

—No quería que se marchara, no pensé bien lo que hacía. No me digas nada respecto a eso, no estoy orgulloso y me siento muy culpable.

—La tercera y última pregunta… tu hermano no tardará en llegar.

Respiro aliviado, pero esperaba que la abuela me dijera algo más, no que me bombardeara solo a preguntas.

—¿Qué más quieres saber? —le pregunto sin ocultar mi decepción.

—Quiero saber si piensas seguir lamentándote de ello, culpándote, vagando como un fantasma y encerrándote aquí, en esta casa rodeada de trastos viejos, o, por el contrario, piensas hacer algo más productivo, como subirte a un avión, cruzar un océano y plantarte delante de ella para darle todas las explicaciones que merece y que tú necesitas dar.

Me quedo callado, todavía no sé qué responderle, antes tengo que procesar lo que ha dicho.

—Su vida está allí, abuela. Ese es su lugar.

—Tráela de vuelta o quédate a su lado, pero haz algo. Siéntate a pensar si eres capaz de conformarte con perderla. Si es así, solo tienes que esperar a que se te pase el disgusto. Si la quieres, como creo que la quieres, mueve el culo de ese asiento.

Mi abuela suaviza su rostro cuando ve que hay una lágrima descendiendo por mi mejilla. Lo único que no he sido capaz de hacer en todos estos días, pero que necesito hacerlo ahora, igual que necesito aire en mis pulmones.

Capítulo 89

Chloe

De los diez días que hace que aterricé en Nueva York, los dos últimos los he pasado en la librería de Paige ayudándola con todo el trabajo que se le ha ido acumulando. Los clientes no faltan y su ayudante se ha ausentado unos días para acudir al funeral de un familiar en Hartford, Connecticut.

Todo lo relacionado con el mundo de los libros es entretenido y apasionante. Eso es lo que me ha mantenido distraída estos dos días, los únicos que no he pasado atrincherada en mi apartamento.

No tengo noticias de Andrew, aunque tampoco las esperaba. Ni una llamada, ni un mensaje. No sé si le habría atendido, pero me habría gustado que al menos hubiera disimulado algo de interés. Claro que si no lo hay… Al fin y al cabo, después de leer el archivo, debió entender que era una estupidez intentar justificar algo de lo que le acusaba.

Tenía razón cuando le dije que me arrepentiría de haberle escrito todas esas confesiones. Me desnudé y le hablé de mis sentimientos. ¡Qué estúpida fui! Si ahora tuviera que escribirlo de nuevo borraría la parte en que le confesaba lo enamorada que estaba de él.

¿Estaba?

No puedo hablar en pasado, es demasiado pronto. A pesar de todo lo ocurrido, sigo sintiendo algo muy fuerte dentro de mí, algo que me duele cada vez que pienso en él y que me desespera.

Me toca seguir hacia delante y apartarlo de mi cabeza, pero hasta pensarlo me duele.

Me he enamorado de una manera que hasta la idea de olvidarlo me duele. Una contradicción más de esta historia.

El apoyo de Paige está siendo fundamental, así como todas las veces que hablo con Natalie. Ella me consulta todas las dudas que le van surgiendo del despacho. Me hace reír cuando me cuenta la reacción de algunos clientes cuando han conocido mi ausencia.

—Creo que te quieren más que a Caroline —me suele decir hasta que escucha mi risa.

De Andrew no hemos hablado, solo en una ocasión me dijo que Paul le había contado que estaba mal por mi marcha. Debe ser la culpa, o la vergüenza de que le haya descubierto, o… la cama vacía; al menos le servía de entretenimiento.

Andrew es un misterio, a pesar de haberle desenmascarado. Hubo una faceta suya que me sigue desconcertando. Estuvo a mi lado en muchos momentos delicados: la visita a Castle Combe, la búsqueda de Alexander, la verdad sobre Caroline… En esos momentos sentía que me cuidaba y me trataba como si fuera de cristal.

No sé por qué me sigo autoengañando, esos momentos fueron cercanos en mi mente, para él solo eran parte del juego: una manera de pasar el rato con una amiga con la que se divertía.

Al menos, antes de que Olivia diera pistas sobre lo que podía valer el terreno, vivimos algo más natural y auténtico. Sin profundidad, pero al menos más real.

Estoy subida sobre una escalera de pocos peldaños, colocando una pila de libros que me ha dado Paige.

La voz de Paige me sobresalta.

—Mira quién hay en la sección infantil.

Desde lo alto de la escalera distingo la figura de Madison. Miro a Paige y hago un gesto de asco que la hace reír antes de desaparecer.

Por el rabillo del ojo veo que se está acercando y finjo seguir ocupada.

Poco después siento una caricia en la pierna.

Miro hacia abajo fingiendo que me he sobresaltado y dejo caer un libro que impacta parcialmente en su cabeza. No he tenido la mejor de las punterías, pero ha sido suficiente. Y, además, por alguna razón que solo el destino conoce, el libro que se me ha caído tiene cerca de ochocientas páginas y la cubierta es de cartón duro prensado.

Los daños no parecen graves.

—¿Te ha dolido? —le pregunto mientras coloco el último libro.

—Espero que haya sido un accidente.

La miro con tanto desprecio que no puede pasarle desapercibido.

Recojo el libro accidentado y vuelvo a subirme a la escalera.

—¿Así es como vas a reaccionar después de tanto tiempo?

Bajo de nuevo despacio y me detengo frente a ella.

—¿No crees que tenemos una conversación pendiente? Tengo que contarte muchas cosas y, podríamos aclarar lo que pasó.

Me echo a reír y me mira con recelo.

—Me rio para contrarrestar la repugnancia. Es una buena terapia.

Estoy asqueada porque ni siquiera me acordaba de que existías y has tenido que venir aquí a recordármelo.

—No sé por qué esperaba de ti que…

—Dos salidas. Escoge la de la derecha o la de las escaleras, pero lárgate ya —la interrumpo y le doy la espalda para caminar erguida y satisfecha hasta la mesa donde a Paige se le están acumulando las consultas.

Lo bien que me ha sentado…

Al verla, he sentido que hacía años que no nos veíamos, como si hubiera formado parte de mi vida durante la adolescencia.

No me ha sorprendido su presencia porque Paige me había comentado que había acudido alguna vez, desde que me marché, a comprar algún libro y que le había preguntado por mí.

Dentro de una semana se cumplirán cinco meses desde que me marché a Londres. Me parece una vida entera, la misma que voy a necesitar para olvidar esos ojos de color miel.

Capítulo 90

Andrew

Es mi único recurso. No tengo otro. Si la dueña de esa librería se niega a darme información, estoy perdido.

No tengo otra forma de localizarla. No quiero arriesgarme a llamarla o enviarle un mensaje; sé que no me atendería.

Desde que la abuela me ayudó a tomar la decisión, solo han pasado cuatro días, los justos para preparar el viaje, resolver dos asuntos urgentes en la clínica y pedirle a mi padre que volviera mientras yo esté ausente. Como era de esperar, no le ha costado nada aceptar. No le queda mucho tiempo de descanso, según lo que él mismo estipuló, pero la pequeña interrupción ha sido bien acogida. Paul cree que ahora necesita alejarse de mi madre, algo con lo que estoy de acuerdo. Seguirle el ritmo a Claire Ransey no es apto para todos los mortales.

Confieso que estoy acojonado.

Espero que Paige se apiade de mí y me ayude a localizarla. No he sido capaz de conseguir su dirección. Acudí en busca de ayuda al despacho de Natalie, pero ella me juró y perjuró que no conocía la dirección; solo me confirmó que se encontraba en Nueva York.

El señor Pemberton, el único que tenía su dirección por los documentos de la herencia, se negó a dármela, así que, por suerte, se me ocurrió la opción de la librería.

No fue difícil. Conociendo el parentesco de Paige con Chloe, y deduciendo que aún debe conservar el apellido de casada, solo tuve que buscar su nombre entre las librerías de Manhattan.

Si esta opción falla, solo me queda pedirle a la abuela que convenza a Pemberton para que se la proporcione, dada su amistad, pero espero que no sea necesario.

Observo mi maleta, es un auténtico incordio. Debería haberle hecho caso a Paul y reservar alojamiento en un hotel, pero he llegado aquí con la ilusión de encontrarla, de que me perdone, de que me escuche y de que me permita quedarme a su lado. Si algo falla,

improvisaré. Buscaré un hotel y un vuelo de regreso a Inglaterra.

Solo con pensarlo se me nubla la vista.

Consulto mi reloj. Solo queda media hora para que cierren, así que debo darme prisa. No puedo apurar, necesito un pequeño margen. Desconozco si Paige tiene que marcharse rápidamente o tendrá tiempo para atender a un pobre inglés desesperado por localizar a su hijastra.

Mi móvil impide que entre.

Retrocedo unos pasos y me alejo. Se trata de Paul. Consulto de nuevo mi reloj. Deben ser las dos de la madrugada en Inglaterra. Algo ha ocurrido.

—Paul… ¿qué ocurre?

—Estoy con Natalie, está activado el altavoz. ¿Ya has llegado? ¿Ya has visto a Chloe?

—Pues… no, estoy en ello.

—Tenemos la dirección de Chloe —me dice entusiasmada Natalie.

Se me dibuja una sonrisa. La escena me produce mucha ternura. Estoy muy sensible.

—Se nos olvidó consultar el informe del detective que encargó Caroline.

—¡Oh! Vaya. Eso es estupendo. Gracias, chicos.

Esto me plantea un conflicto. Ahora no sé si debo ir directamente a su apartamento.

—Te la enviamos.

—Vale, gracias. Daos prisa. Ya os contaré.

Aunque el mensaje con su dirección me llega nada más colgar, he decidido entrar. Ya que estoy aquí… Puede que sea bueno tantear el terreno con Paige. Espero no equivocarme.

Entro sigilosamente y me dirijo a una pila de libros que hay en la entrada. Finjo estar interesado. Reconozco a Paige enseguida; Chloe me mostró una vez una fotografía de ellas dos juntas. Está situada detrás de un mostrador. Me mira y me sonríe, pero sigue atendiendo a cuatro jóvenes.

Los cuatro jóvenes, dos chicas y dos chicos, parecen entusiasmados con algo y hablan prácticamente todos a la vez. Paige se ríe, está encantada con sus clientes. Eso es bueno, así estará de buen humor.

No parece haber nadie más en la librería. Llevo rato observándola desde el otro lado de la calle y el trasiego de clientes me ha producido vértigo, pero por suerte, ahora solo quedan los cuatro jóvenes.

Dudo otra vez. No sé si debo acercarme a Paige o utilizar la dirección de su apartamento.

Mis dudas se disipan.

Acabo de ver a Chloe.

¡Dios mío! Es ella…

Maldita sea, esto no estaba previsto. No tengo tiempo de pensar. La opción de Paige o la de acudir a su apartamento directamente era todo lo que mi mente era capaz de procesar hasta hace tan solo un minuto.

¡Qué guapa está! Se me acelera el pulso y empiezo a notar un sudor frío en la nuca.

Está subida en lo alto de una escalera colocando unos libros en unas estanterías.

¿Qué hago?

Solo puedo hacer una cosa y es lo que voy a hacer.

Abandono mi maleta en un rincón y me dirijo hacia ella.

No se ha dado cuenta de mi presencia.

—Verte ahí subida, me recuerda algo…

Uno de sus libros impacta contra el suelo.

Me mira como si hubiera descubierto al mismísimo Lucifer. Sus ojos se agrandan, sus labios se separan y, de los dos libros que sigue sosteniendo, uno sucumbe ante la gravedad e impacta contra el filo de la escalera.

—¿Qué…? ¿Qué haces tú aquí?

Lo dice en un tono tan alto que deduzco que ha debido alertar a todo el mundo.

—Estás en la sección de derecho… ¡Qué interesante!

—¡Ah! Y eso, ¿por qué?

Adopta la actitud defensiva y lo agradezco. Aún no sé ni qué le voy a decir.

—Porque en alguno de esos libros debe decir cómo se celebra un juicio justo. Podrías repasarlo.

Me la estoy jugando, no es la mejor manera, pero me recuerda a nuestros inicios.

—¿A eso has venido? —Vuelve a alzar la voz. Esta vez no me queda duda de que todos están pendientes. Incluso puedo notar como se acercan los únicos clientes que quedaban, los cuatro jóvenes.

Están a pocos metros de mí, pero intento ignorarlo.

—Sí, a eso he venido, Chloe. He cometido errores, lo sé, pero me acusaste de cosas que no eran reales, y quiero defenderme. Me acusaste sin pruebas, sin ninguna prueba, a menos que la imaginación se considere una prueba. Eres inocente hasta que se demuestra lo contrario… ¿No es así? Y tú me sentenciaste sin darme la posibilidad de defenderme.

—Venga, defiéndete… Pero lo tienes complicado.

—Vale, expondré mis alegatos.

—Alegaciones… —me corrige.

—Pues eso, mis alegaciones. ¿No son alegatos?

—Esos son los argumentos del final del procedimiento.

—¿No sería mejor que bajaras de esa escalera?

El grupo de jóvenes sigue cerca, observando. No deben tener más de dieciocho años. Paige está un paso detrás de ellos, observando también. Cruzamos la mirada, levanta los hombros y no sé interpretarlo.

—¿Podemos hablar en privado? Nos están mirando, Chloe.

—Son buenos clientes, el que no debería estar aquí eres tú.

No me queda otra que seguir participando del *show*.

—Chloe, el hombre con el que me escuchaste hablar, era el marido de una paciente. No sé cómo llegaste a esa conclusión, pero estuvimos hablando de su mujer, de seguir convenciéndola para que se sometiera a un tratamiento. Si repasas lo que escuchaste verás que tiene sentido.

—Ajá…

—¿Sigues sin querer bajar?

—Sigue siendo insuficiente para que baje.

—Yo no quiero nada de ese maldito terreno. Para mí sigue siendo de mi abuela y yo no pienso tocar eso de ninguna de las maneras, mucho menos venderlo para que construyan algo. Yo no tengo nada que ver con el impresentable de George. Si me viste hablar con él fue porque él se acercó a mí para decirme que su hija estaba muy nerviosa y que todo lo que me dijo era falso. No te lo conté porque aquellos días estabas desbordada. Afirmabas estar saturada de todo. ¿Bajas?

—Tendrás que esforzarte, más. ¿No ves que no quiere bajar? —se anima a decir uno de los jóvenes.

Me giro hacia donde procede la voz. No me lo puedo creer.

—Ya le has escuchado. —Le apoya Chloe.

—La conversación con David fue otra mala interpretación.

—Tendrás que esforzarte más, sé muy bien lo que escuché.

—Era un juego de palabras, Chloe. Él pretendía romper mi coraza jugando a que a mí no me importabas, yo me hacía el duro… No sé hasta dónde escuchaste, pero al final le confieso algo muy distinto.

—Vaya, me lo perdí. Qué oportuno. Justo me marché cuando le dijiste algo bonito de mí.

—Sí, le dije que no quería seguir jugando, que estaba locamente enamorado de ti, que la idea de que te marcharas a Nueva York me volvía loco.

—¡Ohhhhhhh! —Se escucha una ovación del sector adolescente. Chloe se encoge de hombros.

Me giro hacia ellos, todos están sonrientes. Paige niega con la cabeza y se cruza de brazos.

—Confieso que fui yo quien borró el archivo, pero estaba desesperado, no razonaba.

—Me despidieron por tu culpa, Andrew. Borraste ese archivo y jugaste con mi carrera…

—¿Eso hizo? ¡Qué cabrón! —dice una voz femenina joven.

Me giro hacia ellos.

—Sí, soy un cabrón, pero ese archivo significaba que ella se marchaba, y no soportaba la idea de perderla, de alejarme de ella. Al final la perdí por imbécil, pero entonces no pensaba con claridad. ¿Algo más?

—Pues habérselo dicho, tío. —Se queja otro de ellos.

—Sí, eso cierto. Pero es lo que hemos hecho este tiempo. —Me giro hacia Chloe—. Muchas veces te veía tan lejos que me dolía. Sentía que no te importaba, que solo pensabas en tu trabajo en Madrid o en tus asuntos con Caroline. Y que tenías claro que estabas de paso en Tetbury y que lo que había entre nosotros era algo que terminaría en cuanto reanudases tus planes profesionales. Cuando leí tu carta no entendía por qué yo no había podido ver esos sentimientos de los que hablabas. A veces daba un paso y notaba tu frialdad o tu indiferencia, y retrocedía. Aprendí a marcar la línea, pero a veces dolía. Y cada día dolía más porque cada día me enamoraba más de ti. Ha sido una lucha, contigo, conmigo mismo… Cuando creí que te perdía, cometí esa estupidez. Me arrepiento mucho y ojalá pudiera volver atrás. Nunca tuve el valor de confesártelo porque no podía exponerme a que me odiaras.

—¡Ohhh! —se escucha de nuevo del sector femenino—. Eso es muy bonito.

Chloe permanece callada, mirándome fijamente.

—Chloe, necesito que me perdones, necesito que me creas.

—Tienes que esforzarte más, tío… —me sugiere uno de los jóvenes—. Le sueltas cuatro cursiladas y crees que es suficiente.

—No le perdones, Chloe —dice su compañera. No sé si se conocen o se ha aprendido el nombre.

—¿Alguien está de mi parte? —les pregunto mirándolos a todos. Paige baja la cabeza y sonríe.

—Yo. Perdónalo, Chloe… —dice el otro joven.

Ella los mira y me mira.

—No le perdones, todos los tíos son iguales. Ahora te suelta el rollo y luego pasa de ti —dice otra enfadada.

—¿Tú qué sabes? —protesta uno del sector masculino—. Si tú nunca te has colado por nadie. Es que no ves que está desesperado…

—Gracias, amigo —le digo y me vuelvo hacia Chloe—. Nos

faltaron muchas cosas, Chloe. Puede que los dos lo hiciéramos, no te lo voy a discutir, pero atrincheramos, lo que fuera que había entre nosotros, en cuatro paredes. Nunca salimos fuera de Tetbury, ni siquiera nos acercamos a Londres. Encontramos refugio en mi casa y fuera… la vida continuaba sin más. Cuando estuvimos en la clínica, sentí que te molestaba que Paul nos hubiera descubierto y eso me dolió. Yo no pretendía airearlo a los cuatro vientos, pero de ahí a esconderme…

—Yo me molesté porque pensé que eras tú el que se sentía mal porque Paul nos había descubierto —dice por fin Chloe.

—Si algo he hecho estos días es pensar en todo lo que hemos vivido. Olvídate de esos momentos en que yo estaba lejos, ya te he contado que no eran reales, solo era «en defensa propia»; olvídate de esas conversaciones que te hicieron creer algo que no era; quédate con aquellos momentos que vivimos. Ese soy yo, Chloe. Me faltó tener la confianza y el valor de derribar ese maldito muro que nos separaba, pero creía que para ti era una fortaleza indestructible bajo la que te refugiabas, y… no pude hacerlo. He venido hasta aquí porque estoy enamorado de ti, te quiero… No puedo perderte.

—Joder, eso es precioso. Chloe, dale una oportunidad —dice un miembro del coro.

—¿Qué intenciones tienes, tío? —pregunta otra.

—Quiero que vuelva conmigo a Inglaterra, casarme con ella, decirle todos los días que la quiero…

Chloe me mira con los ojos muy brillantes.

—Inglaterra… inglés… Puafffff. No le perdones, Chloe, los ingleses son muy raros.

—Vaya, un grupo sin prejuicios —le digo a Chloe consiguiendo que muestre una media sonrisa por primera vez.

—Los ingleses me gustan. Están rodeados de castillos. —Suelta otro.

—Eso es en Escocia, inculto. —Le reprocha la compañera.

—Eso es lo que he dicho. ¿No hay castillos en Inglaterra…?

—Algunos, pero tu amiga tiene razón, hay más en Escocia —le informo, a ver si así me lo gano. No es el momento de aclararle en qué está confundido.

—¿Y no es lo mismo?

Me echo a reír mientras discuten.

—Son países diferentes, atontado… —le aclara la más indignada por el error de su amigo.

—Callaos, ya —interviene la otra—. Venga, Chloe, ¿qué le contestas? Es inglés, pero es muy romántico…

—No sé, chicos, ¿le perdono?

—Síííííí —responden muertos de risa.

—Bájate y bésale, Chloe, que el inglés se está esforzando.

—¿Y por qué no te quedas tú en Nueva York? —pregunta el más reacio.

—Si eso es lo que tengo que hacer para estar a su lado, lo haré —confieso sin pensarlo.

Una ovación.

—¿Qué opinas, Paige? —le pregunta, Chloe.

—Creo que ha llegado el momento de dejaros a solas.

—¿Nos perdemos el beso? —Se siguen riendo.

Paige se los lleva hacia un rincón.

Le muestro el dedo meñique y niega con la cabeza.

—¿Amigos? —le pregunto sin dejar de ofrecerle el dedo.

Chloe baja de la escalera lentamente, pero antes, me lanza el último libro que sostenía y lo cojo al vuelo.

Se pone de puntillas y me besa.

—Te quiero… —le susurro.

—Te quiero, Andrew… Joder, como te quiero…

—Cásate conmigo, Chloe…

—¿Casarnos?

—Hace mil años que estamos separados, Chloe…

—Solo diez días…

—Pues eso, mil años.

Se echa a reír.

Seguimos besándonos. Una pequeña ovación se escucha de fondo, y unas carcajadas. Se alejan poco a poco. Después una puerta metálica impacta y nos sobresalta. Unas luces se apagan a nuestro alrededor.

—¡Buenas noches, chicos! —Dice una voz dulce antes de emitir otro sonido fuerte, el de otra puerta.

Chloe sonríe, me muerde el labio.

—Te robé el taxi…

Suelta una carcajada.

Por primera vez siento que vamos a estar prohibidos para siempre.

—Nunca lo he hecho en una librería —me dice guiñándome un ojo.

—Eso tiene arreglo, belleza.

Solo me queda decir que ahora soy el hombre más feliz del mundo.

Epílogo 1

Chloe

Doce meses después. Tetbury, Inglaterra.

Le he pedido a Andrew que me deje a solas con ella. Me está esperando en lo alto de la colina, apoyado sobre el coche, protestando por el día que he elegido para venir aquí, especialmente porque está a punto de oscurecer.

Andrew está situado en el mismo lugar donde una vez descubrí a Alexander, sin saber de quién podía tratarse. La vida me tenía guardada una sorpresa, en este caso agradable.

Es la primera vez, desde el funeral que he vuelto a pisar este lugar. No he sentido que tuviera que volver, ni siquiera durante este último año, hasta hoy…

Observo la tumba de Caroline. Es un pequeño muro de piedra mármol gris. La superficie lisa lleva grabado su nombre y las fechas de su vida, apenas acompañada por un par de adornos florales en las esquinas. El grabado es discreto, con letras elegantes pero sobrias; como ella lo deseó, según me contó Catherine.

La presencia de su memoria en una piedra…

—Caroline… —le digo mientras inclino una rodilla para depositar un sencillo ramo de flores rojas—. Te he conocido a través de las personas que te quisieron. He conocido tu mundo, tu casa, tus secretos, tu pasado… Solo una pequeña parte de la mujer que debiste ser, pero que nunca quisiste que conociera. No hay rencores, no hay nada. Creo que estamos en paz. La herida que tuve, más bien pequeña y tardía, ya está curada, más que curada. Hoy he venido a darte las gracias porque sin ti, no habría conocido a Andrew. No puedo llamarte de otro modo, pero siempre serás Caroline. ¡Gracias!

Le regalo a una sonrisa y enfilo la colina en busca de Andrew.

Hoy es un día especial, hoy celebramos Acción de Gracias. Sí, en Inglaterra. Es la segunda vez que lo hacemos. La primera fue a las

pocas semanas de volver de Nueva York, después de la pintoresca declaración de Andrew en la librería.

Conocí a Ashley, la mujer de David, y se nos ocurrió a ambas; sentíamos nostalgia.

Lo que en un principio iba a ser una cena de cuatro comensales, se convirtió en una de nueve. Durante los preparativos se fueron añadiendo Paul y Natalie, Catherine, y los padres de Andrew. Ashley y yo les enseñamos que era una forma de dar las gracias por todo lo recibido durante el año. Cada uno se animó a expresar su gratitud en voz alta, como hacen muchas familias, y cuando le tocó el turno a Andrew, aprovechó para hablarles «oficialmente» de nuestra relación; un secreto a voces que se empeñó en aclarar.

Este año hemos vuelto a prepararla, pero hay tres personas más que se han unido. Por un lado, Paige, que ha venido por segunda vez en un año a visitarme y también a contarme que está empezando a salir con un abogado guapísimo que conoció en la sección jurídica de la librería; la misma en la que Andrew hizo alegaciones en su defensa. Estoy feliz por ella.

También se ha unido Alexander, que no ha querido acompañarme hoy a visitar a Caroline, pero que, por su exquisita educación y sentido del deber, la ha visitado dos veces en el último año; también ha encargado que haya flores frescas cada mes.

Alexander se ha convertido en un buen amigo. Él y Andrew se adoran y muchos de los fines de semana que pasamos en Londres, nos reunimos con él y con su exclusivo círculo de amigos. En un principio era algo chocante, después descubrimos lo divertidos que eran. En algunas ocasiones, solo algunas, Alexander nos ha invitado a participar en algunas actividades o eventos que jamás nos hubiéramos imaginado: un torneo de polo, un pase privado en una galería de arte, un concierto en una sala de ópera, y alguna cena benéfica en algún hotel de lujo. Hasta David y Ashley se han animado. Son una pareja maravillosa. Aunque la distancia hace que solo nos encontremos alguna que otra vez, Ashley y yo vamos estrechando el camino; la nostalgia de Estados Unidos, nos ha unido.

También se ha añadido a la cena Robert, el abogado, sobrino de Pemberton, que trabaja en el despacho, el de Caroline, o… el mío, según se mire.

Cuando volví de Nueva York, vivimos en Tetbury durante unos meses, hasta que llamaron a Andrew del hospital de Oxford para que se incorporara a su plantilla.

Yo me dediqué al despacho durante todo ese tiempo, pero ahora lo compagino con un bufete de Oxford, el lugar donde residimos. Fue

Alexander quien me recomendó; él me ayudó a incorporarme, algo que le agradeceré eternamente por todo lo que ha supuesto en mi carrera trabajar con ese equipo maravilloso de abogados.

El despacho de Tetbury está en manos de Robert, pero estamos en contacto continuamente y no me he desvinculado de él, sigo supervisando todo el trabajo.

Vivo a caballo entre Tetbury y Oxford, donde tenemos la residencia oficial: un bonito apartamento a las afueras.

Reformamos las casas de Tetbury, las dos. Yo quería borrar la huella de Caroline para poner la mía propia, y en el caso de la de Andrew… era necesario. Catherine le dio permiso, solo guardó algunos muebles ante las protestas de los padres de Andrew.

La familia de Andrew es encantadora. Siento que formo parte de ellos porque así se han esforzado en que me sienta. Catherine es mi mejor aliada. Adoro a esa anciana de todas las maneras posibles.

No he vuelto a saber nada de la bruja, sin embargo, su padre me ha prestado la ayuda que he necesitado en algunos casos en cuanto se la he pedido. Tengo entendido que quieren volver a Londres.

Natalie se ha convertido en mi mejor amiga. Ella y Paul siguen avanzando en su relación y compartimos muchos momentos juntos.

A veces siento algo de vértigo al pensar en el giro que ha dado mi vida, pero nunca antes me había sentido tan segura ni tan feliz. Solo mi padre consiguió hacerme sentir así durante muchos años, y Paige, que se ha convertido en un pilar de mi vida.

Mi padre ha pasado a una dimensión distinta. Siento que está a mi lado en todo momento y las heridas han empezado a cicatrizar. Soy capaz de pensar en él y recordarlo sin acabar inundada en un mar de lágrimas. Ahora más que nunca soy capaz de recordar cada momento vivido a su lado.

La cena se va a celebrar en la casa de los padres de Andrew, por expreso deseo de ellos, tal y como lo hicimos el año pasado, pero este año nos hemos esforzado más. Hemos preparado pavo asado, puré de patatas, salsa de arándanos y pastel de calabaza. En su amplio salón, desde el que se pueden apreciar, a través de los grandes ventanales, la cuidada iluminación del jardín.

Andrew y yo entramos deprisa en el salón de sus padres. Nos están esperando, pero todavía hay algo de trajín en la cocina.

Media hora después, todos sentados frente a la mesa, inicio yo el turno de agradecimientos:

—Sé que os ha sorprendido que eligiera el día de hoy para acudir al cementerio, pero me ha parecido especialmente simbólico hacerlo. Allí hay alguien a quien le he dado las gracias por haber hecho posible

que conociera a Andrew.

Todos los rostros sonríen. Catherine me guiña el ojo y es la primera en alzar su copa. El resto se une.

Nos saltamos el protocolo, pero no hay nada más precioso que ver a Adam levantándose con los ojos llenos de lágrimas diciendo:

—Por la familia.

Eso es lo que son todos, mi nueva familia.

Epílogo 2

Andrew

Trece meses después. Tetbury, Inglaterra.

Es el día de Navidad.

Estoy sentado frente al árbol, uno que ha sido motivo de discordia. Chloe me acusó de recargarlo demasiado, y cada vez que me daba la vuelta, ella aprovechaba para descolgar algunos de mis preciosos adornos de colores. Lo ha convertido en un esqueleto tremendamente soso, pero no pienso volver a decírselo, no pienso exponerme de nuevo a que me diga que soy un hortera empedernido. Eso duele.

Chloe está durmiendo. Está en el dormitorio de nuestra nueva casa de Tetbury, la que reformamos durante este último año. Es una casa gigante porque conseguimos comunicarlas entre ellas. No fue fácil, debido a que se trataba de una construcción antigua, pero el arquitecto se las ingenió para que los jardines se convirtieran en uno solo. Echo de menos la valla…

Voy a tener que volver a llamar a Chloe, pero me da algo de pena. Está cansada después de la larga noche que hemos vivido. La de nuestra boda. Nuestra noche de bodas.

Nos casamos ayer mediante una ceremonia civil, aquí en Tetbury. La ofició el alcalde, amigo de mi padre, junto al señor Pemberton, que se ofreció. Yo me negué, todavía me acuerdo cuando me negó la dirección de Chloe en Nueva York, pero ella me convenció de que protegía su intimidad.

Fue una boda relativamente precipitada: un regalo para Catherine Herbert, mi maravillosa abuela.

En el último año, su salud nos ha dado algún susto, a pesar de que ha salido adelante. Sus insinuaciones constantes sobre el deseo de vernos casados antes de morir, no hemos podido pasarlas por alto. A pesar de que nunca nos lo ha pedido directamente, se las ha ingeniado para dejarlo caer siempre que ha encontrado la ocasión.

Le concedimos el deseo. Lo anunciamos dos semanas después de la reunión de Acción de gracias, ante el asombro de todos.

El regalo no solo consistía en permitirle vernos casados, sino también en ver su vestido de boda en el cuerpo de Chloe. Hubo que hacerle algún que otro arreglo: más ajustado, menos bordados y algún corte para eliminar la cola, que era excesiva, pero Chloe lo convirtió en una preciosa versión que hizo llorar de emoción a mi abuela, a pesar de haber protestado por la fecha que habíamos elegido.

Y también lloró de risa…

Fue justo en el momento en que comprobó que Chloe había elegido unas zapatillas Converse como calzado para acompañar su vestido.

Estaba preciosa.

Acudieron las mismas personas que se sentaron en la mesa de Acción de gracias, incluso Paige que en un solo mes ha venido dos veces.

Fue una ceremonia cercana y muy íntima, llena de risas, de comentarios cargados de humor y de amor… El que siento por la belleza americana de ojos azules que se acaba de despertar y se acerca lentamente a mí y a su ridículo árbol.

Le tengo preparada una sorpresa. Sobre la alfombra hay tres regalos. La caja pequeña contiene unos pendientes. El paquete pequeño es la versión más hortera que encontré en Londres de un cojín con la imagen de los rascacielos de Nueva York. Y el paquete grande, que he sudado para envolverlo, contiene el ciervo que colgaba de la pared. Mi abuela lo conservó y un buen trabajo me ha costado que me lo regalara. Me ha costado una botella de un licor dulce que se bebe a escondidas de mis padres; aunque eso es lo que cree ella.

—Cariño, abre este primero, le digo besándola e interrumpiendo su bostezo. Es algo que quiero que coloquemos en nuestra casa de Oxford. Sé que te va a gustar.

—Veamos… —dice emocionada como una niña al tiempo que se sienta en el suelo—. Es algo decorativo… interpreto.

—Ábrelo ya —le apremio, no soporto la lentitud con la que abre siempre los regalos.

—Ya voy… ¿qué prisa tienes?

—Ten cuidado —le pido—. Hay algo que puede hacerte daño.

Me refiero a los cuernos del ciervo.

Cuando lo ve, me fulmina con la mirada y se echa a reír a carcajadas.

El pobre ciervo también me mira, está algo desmejorado con tanto traslado. Pobre animal.

Chloe sigue llorando de la risa y yo no necesito más para ser feliz.

ABRIL LAÍNEZ (Manresa, España, 1970). Es el seudónimo de Maite Ruiz-Sarmiento.

Administrativa de profesión, aunque siempre tuvo muy claro que lo suyo eran las letras.

Índice de contenido

Cubierta

Cuando estamos prohibidos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Capítulo 81

Capítulo 82

Capítulo 83

Capítulo 84

Capítulo 85

Capítulo 86

Capítulo 87

Capítulo 88

Capítulo 89

Capítulo 90

Epílogo 1

Epílogo 2

Sobre la autora